



amenaza entre las  
**SOMBRAS**

**LINDA HOWARD**

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

amenaza entre las  
**SOMBRAS**

LINDA HOWARD

Para Morgan Yancy, jefe operativo de un grupo paramilitar, su trabajo era lo primero. Pero, tras sufrir una emboscada en la que estuvo a punto de morir, su supervisor estaba más que decidido a descubrir quién iba tras los miembros de su escuadrón de élite... y por qué. Ante el temor de que el desconocido enemigo volviera a atacar, Morgan había sido enviado a un lugar aislado para permanecer oculto, aunque vigilante. Sin embargo, entre la atractiva anfitriona a la que estaba decidido a proteger, y una mortífera amenaza agazapada entre las sombras, pasar desapercibido demostró ser la misión más peligrosa a la que se había enfrentado jamás.

Bo Maran, la jefa de policía a tiempo parcial del pequeño pueblo montañoso de Virginia Occidental, había conseguido al fin construirse la vida que deseaba. Tenía amigos, un perro y algo de dinero en el banco. Y de repente Morgan apareció ante su puerta. Bo no necesitaba a ningún hombre misterioso en su vida, y menos uno tan problemático, atractivo y hermético como Morgan. Ella ya tenía bastante con apaciguar a los habitantes de Hamrickville tras una disputa personal que se había torcido.

A medida que pasaban los días y las semanas, más difícil les resultaba a Bo y a Morgan luchar contra la intensa atracción y la creciente intimidad, a pesar de que ella era muy consciente de que ese hombre se escondía de algo. Sin embargo, descubrir la verdad podría costarle a Bo más de lo que estaba dispuesta a dar. Y, cuando la tapadera de Morgan fue descubierta, podría costarle la vida.



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 Linda Howington

© 2017, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Amenaza entre las sombras, n.º 226 - abril 2017

Título original: Troublemaker

Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Traductor: Amparo Sánchez Hoyos

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-9745-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Si te ha gustado este libro...

A todos los queridos perros que han enriquecido mi vida

## Capítulo 1

Era uno de esos luminosos días de principios de marzo que te hacen pensar que la primavera ya ha llegado, a pesar de que la zorra del invierno aún no había retirado sus garras para marcharse de la ciudad. De todos modos no era raro que Morgan Yancy no supiera en qué época del año vivía. Tenía que pararse y pensar: ¿se encontraba en el hemisferio norte o en el sur? Su trabajo lo obligaba a viajar casi sin previo aviso a los lugares más recónditos e infernales del mundo. No era raro que desde el Ártico se dirigiera al desierto de Irak, y después a Sudamérica, allí donde su talento fuera requerido.

Hacía treinta y seis horas que había llegado al diminuto apartamento que llamaba su hogar. Tras dormir veinticuatro horas seguidas, había despertado para descubrir que sus días se confundían con las noches. No era la primera vez, y no sería la última. Permaneció un rato despierto, comió unas galletitas rancias con mantequilla de cacahuete, se desperezó, corrió más de once kilómetros en medio de la noche hasta agotarse y volvió a quedarse frito.

Cuando despertó era primavera, o como si lo fuera.

Se dio una ducha fría con la intención de deshacerse de las telarañas de su cerebro, y luego rebuscó en la nevera hasta encontrar unos restos de café molido, suficiente para preparar una cafetera. Bastaría. Destapó el cartón de leche y lo olió, hizo una mueca de asco y vertió el contenido por el sumidero. También encontró un pedazo de queso verduzco, que arrojó al cubo de la basura. Definitivamente iba a tener que ir a la compra mientras estuviera en casa. Podía apañárselas sin queso y leche, pero las cosas podían ponerse peligrosas si no tenía café. Lo curioso era que podía pasarse días, incluso semanas, sin él, tomando lo que tuviera más a mano en su lugar, pero, cuando estaba en casa exigía café.

El luminoso sol lo animó a salir al patio, del tamaño de un sello. Con la taza de café en una mano, echó un vistazo a su alrededor.

El tiempo era perfecto, lo bastante fresco para no sentir calor, pero lo bastante cálido para estar cómodo sin una chaqueta. Soplaba una ligera brisa y en el cielo flotaban unas cuantas nubes algodonosas.

En ocasiones la vida era muy dura y no le dejaba elección: tenía que ir de pesca. Perdería su hombría si dejara pasar un día diseñado para pescar sin sacar el barco.

Además, el viejo *Shark* necesitaba que le sacudieran las telarañas del motor de vez en cuando. Cierto que lo ponía a punto cada vez que estaba en casa, pero no lo había sacado a navegar desde hacía unos cinco meses, lo cual, si lo pensaba bien, era el tiempo que llevaba sin pasar más de un día en su casa. El equipo llevaba una temporada agotadora.

Sacó el móvil del bolsillo derecho del pantalón y llamó a Kodak, su amigo del grupo de operaciones. El verdadero nombre de Kodak era Tyler Gordon, pero cuando se tenía una memoria eidética, ¿cómo demonios podían llamarte aparte de Kodak?

Kodak contestó a la llamada con voz somnolienta, nada sorprendente dado que había participado en la última misión junto a Morgan.

—¿Sí, qué hay? —la voz ronca y adormilada hacía que las palabras resultaran apenas inteligibles.

—Voy a sacar el *Shark*. ¿Te apetece venir?

—¡Mierda! ¿Es que nunca duermes?

—Ya he dormido. Llevo casi dos días durmiendo. ¿Qué demonios has estado haciendo tú?

—No dormir en algunos momentos. Ahora sí estoy durmiendo, o al menos lo estaba —se oyó un enorme bostezo al otro lado de la línea—. Diviértete, amigo, aunque yo no estaré allí contigo. ¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—Seguramente hasta que se haga de noche.

A Morgan no le sorprendió la reacción de su amigo. Kodak era lo más parecido a un perro en celo, así de sencillo. Prefería tener sexo antes de llenar la barriga con una comida decente. Y no sería porque él no hubiera pensado en lo mismo, pero tendría que esperar a haber comido, cuestión en la que no había avanzado gran cosa.

—Por esta vez paso —otro bostezo llegó hasta el oído de Morgan—. Luego te llamo —y, sin más, Kodak colgó el teléfono.

Morgan se encogió de hombros y guardó el móvil de nuevo en el bolsillo. Al parecer iba a pasar todo el día pescando él solo. No le importaba. En realidad lo prefería así, casi siempre. El sol, el viento, el agua, la bendita soledad, era estupendo cuando estaba desconectando de una misión.

En cinco minutos había tragado suficiente café para ponerse en marcha, se había puesto una camiseta, calcetines y botas, y conducía su camioneta en dirección al puerto. Se aprovisionó del desayuno en un local de comida rápida, pero, qué demonios, casi todos los días se alimentaba de comida basura. Además, en su opinión, los Estados Unidos de América poseían la comida basura más rica que existía. Si los vigilantes de la grasa querían quejarse realmente de la comida, deberían visitar algunos de los tugurios que



frecuentaba por el mundo. Quizás les haría cambiar de opinión acerca de la sabrosa comida basura.

El puerto deportivo en el que mantenía atracado el *Shark* estaba en la zona portuaria más vieja y deteriorada, río abajo, pero a él le gustaba porque era pequeño y le permitía vigilar cualquier barco nuevo o vehículo sospechoso en la zona de aparcamiento. Si fuera capaz de mantener cierta regularidad en la navegación, podría llevar una mejor vigilancia, aunque hasta el momento nunca había tenido problemas, no había ningún motivo para tenerlos, pero ya era una costumbre mantenerse alerta. Además, poseía un talento especial para detectar vehículos que estuvieran fuera de lugar. No notó nada raro en esa ocasión, aunque sí revisó todo el aparcamiento antes de detenerse. No vio ningún coche aparcado mirando hacia el agua, ni tampoco ningún coche de alquiler o cualquier otra cosa que resultara sospechosa.

Aparcó la camioneta, se bajó y la cerró antes de comprobar de nuevo que la había cerrado. Estaba en su naturaleza. Cuando se trataba de una cuestión de seguridad, siempre lo comprobaba todo dos veces. Mientras introducía la llave en el candado de la verja de seguridad que bloqueaba la entrada a los muelles, el dueño del puerto, Brawley, sacó la cabeza por la garita y gritó:

—¡Cuánto tiempo! Buen día para ir de pesca.

—Eso espero —contestó Morgan, alzando la voz para ser oído.

—¿Vas a salir a la bahía?

—No creo que llegue tan lejos —la bahía de Chesapeake estaba a algo más de sesenta y cuatro kilómetros por el Potomac, y le llevaría casi todo el tiempo disponible para pescar en ir y volver.

—Péscame uno —gritó Brawley antes de volver a meterse en la garita.

A través de la ventana, Morgan lo vio tomar el teléfono, un viejo trasto con cable que seguramente llevaba allí desde que se construyó el puerto. Sujetando el auricular entre el hombro y la oreja, marcó un número. Ya no se veían muchos teléfonos como ese.

Morgan echó el candado y se dirigió hacia el punto de amarre que tenía alquilado a nombre de Ivan Smith, nombre que había elegido porque le divertía. Ivan era John en ruso. A fin de cuentas se encontraban en Washington D.C., y seguramente la mitad de la población suponía que la otra mitad empleaba seudónimos.

Revisó todos los barcos junto a los que pasaba, buscando cualquier detalle que no le resultara familiar, no tanto los barcos en sí mismos, aunque un puerto pequeño y aislado como ese tenía menor rotación que los más grandes, sino más bien los equipos, por ejemplo una instalación de radio muy

costosa o un barco demasiado destartado, o alguna persona que no encajara en el lugar. Que llevara calzado de suela dura, o fuera armada, o algo así.

Nada. El lugar parecía estar en orden. El olor del río, el sonido del agua lamiendo los barcos, el crujir de los muelles, el suave bamboleo de las embarcaciones, todo le infundía una sensación de calma y le liberaba de parte de la tensión que sufría. Desde luego había nacido con el gusto por el agua. En una ocasión, dándose cuenta de que estaba haciendo algo con la mano izquierda, un compañero del equipo le había preguntado si era ambidiestro, a lo que un instructor que estaba cerca había contestado, «no, es anfibio».

Y no podía ser más cierto. De haber nacido con branquias habría sido feliz.

Criado en los alrededores de Pensacola, no recordaba ni un solo día en que el océano no hubiera formado parte de su vida. El Potomac estaba muy lejos de ser el golfo de México, pero, con tal de que fuera agua, le bastaba. ¡Demonios!, sería feliz remando con una canoa por un lago, al menos durante algún tiempo, hasta sentir la comezón por falta de acción. No había nada mejor que provocar una explosión, o recibir un tiro, para que un hombre experimentara un auténtico chute de adrenalina.

Subió a bordo del *Shark*, sintiéndose de inmediato rodeado por una sensación de familiaridad. Y porque Morgan respetaba el agua tanto como la amaba, comprobó los niveles de aceite y combustible, la batería, la radio y la bomba de achique. También sacó las cuerdas que guardaba en un armario cerrado y las comprobó. Por último, confirmó que tuviera el teléfono móvil, aunque sabía de sobra que lo llevaba, y lo mismo con el cuchillo que llevaba en el bolsillo, la pistola en la cartuchera de la espalda, y la de apoyo fijada al tobillo, y la de apoyo del apoyo que guardaba en el fondo de la caja de aparejos. Todo estaba en orden.

Soltó el amarre del *Shark* y se instaló en su asiento para poner el motor en marcha. Enseguida se oyó el familiar rugido. Morgan se colocó la gorra de capitán del revés, salió del amarre marcha atrás y giró el timón, apuntando el barco hacia la libertad. Las agitadas aguas reflejaban el cielo azul, aunque las profundidades eran de un color verde sucio. A medida que el barco ganaba velocidad, Morgan sentía cada vez menos los saltos y golpes del casco contra la superficie. A mayor velocidad, mayor suavidad.

Eso sí que era vida. Si además tuviera suerte con la pesca, por lo menos para poder presumir, para darle envidia a Kodak, el día sería perfecto.

A pesar de que oficialmente había salido de pesca, no podía ignorar los hábitos arraigados durante dieciséis años de entrenamiento intensivo, combates reales y su innato instinto salvaje. No había llegado a cumplir los treinta y cuatro años sin aprender a mantenerse vivo. Observó el agua con la

misma atención con la que había observado el aparcamiento, girando la cabeza de un lado a otro mientras comprobaba todo lo que discurría a ambos lados del barco. Se fijó en cada uno de los barcos que flotaban en el agua, en cuántas personas había en cada uno, en qué hacían, en la velocidad que llevaban y en qué dirección. Prestó especial atención a cualquiera que pareciera fijarse especialmente en él, cosa que casi nadie hizo. El *Shark* no era nada llamativo.

Había más tráfico fluvial del que se había esperado dado que era un día de diario, o eso creía. Estaba casi seguro de que era... ¿miércoles? ¿Jueves? ¡Mierda! Si era viernes, había perdido seriamente la noción del tiempo. Tras dar la vuelta al mundo un par de veces, acababas metido en una especie de zona de penumbra en la que mañana se convertía en ayer, y hoy ni siquiera se había producido. Estiró una pierna y sacó el móvil del bolsillo del pantalón para comprobar la fecha en la pantalla. Jueves. Bien. No se había equivocado mucho, lo cual, después de una larga misión, era más de lo que podía pedir.

El Potomac era un río muy grande, más de diecisiete kilómetros de ancho en algunos puntos a medida que se abría hacia la bahía de Chesapeake. Evitar a los demás barcos debería haberle resultado sencillo, pero daba la sensación de que la mayoría de las personas que habían salido a navegar desconocían las normas de circulación por el río. Los barcos navegaban en cualquier dirección, cruzándose delante de otros barcos, algunos salpicando deliberadamente. Unos idiotas vestidos con monos impermeables conducían a toda velocidad sus motos náuticas, aparentemente ignorantes de la topografía del río y de si los barcos con los que se cruzaban tendrían la opción de elegir entre golpearlos o esquivarlos. Lo increíble era que nadie hubiera resultado herido aún. Después de dos situaciones complicadas, y tras haber renunciado a la idea de meterle un tiro al segundo piloto, Morgan se rindió y se dirigió hacia el centro del río. ¡A la mierda!, que los demás maniobraran alrededor suyo. A lo mejor se ganaba algún impropio y miradas asesinas, pero al menos evitaría el peligro de destrozar el *Shark*.

Y porque navegaba en el centro del río y no junto a la orilla, al dirigir la mirada hacia un yate de recreo anclado a unos noventa metros a su izquierda, su aguda vista captó el destello que el sol arrancó a unos cabellos grises cuando la capucha del chubasquero del dueño fue empujada hacia atrás por el viento. Había dos personas en cubierta, una vestida con una camisa azul y la otra con una cazadora negra. El cabello gris le resultó familiar e, impulsivamente, viró el *Shark* hacia la embarcación. Si la persona de cabellos grises era quien creía que era, quería asegurarse de que todo estuviera en orden.

El casco saltó sobre el agua. Mientras se acercaba, la persona vestida con la camisa azul descendió bajo cubierta y la mujer, porque se trataba de una mujer, del pelo gris empezó a agitar una mano para saludarlo, haciendo grandes y entusiastas aspavientos de bienvenida. Morgan estaba en lo cierto.

Tras devolverle el saludo, unos segundos después aminoró la marcha y situó el *Shark* junto al yate de recreo. Apagó el motor y bajó el motor eléctrico de pesca al agua para poder mantener la posición.

—Congresista —saludó a Joan Kingsley, miembro de la Cámara de Representantes desde hacía doce legislaturas, y miembro destacado del Comité de Servicios para las Fuerzas Armadas, CSFA.

Se habían conocido tras el secuestro en Venezuela del hijo de Kingsley. Morgan y su equipo de operaciones especiales, OG, había sido enviado allí para rescatarlo. La congresista Kingsley había insistido en dar las gracias personalmente a todos los hombres implicados en salvar la vida de su hijo. Incluso les había invitado a una opulenta barbacoa. En circunstancias normales no habrían podido aceptar la invitación, pero, dada la pertenencia de Kingsley al CSFA, habían hecho una excepción. Uno no podía rechazar a quien manejaba los hilos del presupuesto. Mac, el jefe de los equipos de ofensiva global, OG, era demasiado listo para hacer algo así, de modo que había dado el visto bueno.

Para sorpresa de Morgan, esa mujer le había gustado. Era sin duda una política, atenta a todos los detalles, pero también una mujer agradecida y genuinamente amistosa. Poseía una sonrisa cálida y abierta, y parecía tratar por igual a todas las personas. Su esposo, abogado en Washington D.C., era razonablemente amable, pero, a diferencia de la congresista, su afabilidad era más calculada. Bueno, dado que era abogado, tampoco se podía esperar otra cosa.

—No te había reconocido —la mujer se apoyó en la barandilla y, mirando hacia abajo, sonrió—. Me preguntaba quién se acercaba a toda marcha hacia nosotros.

—Lo siento. No pretendía asustarla.

—No estaba preocupada —la mujer rio—. A fin de cuentas mi barco es más grande que el tuyo.

—Sí, señora, desde luego que lo es —Morgan asintió mientras recorría el yate con la mirada.

Todo parecía estar en orden, y dado que no había nadie más en cubierta, de haber tenido algún problema, la mujer podría haberle hecho alguna señal para indicárselo.

Era un importante miembro del Congreso y debería emplear más medidas de seguridad, pero no sería él quien la sermoneara al respecto. Se contentaba con saber que no había ningún problema. Esa había sido su intención.

—Sube a bordo y tómate algo con nosotros —lo invitó la congresista—. Estamos pasando un día de asueto —la mujer se volvió al tiempo que el hombre de la camisa azul regresaba a cubierta—. Dex, está aquí Morgan Yancy.

—Ya veo —Dexter Kingsley se acercó a la barandilla mientras se abotonaba la camisa azul sobre la camiseta blanca. Lucía una estudiada sonrisa sobre el impecable bronceado, un bronceado más propio de un bote o de una cabina que del sol—. Hace un buen día para navegar. ¿Quiere subir a tomar una copa? —la invitación había sido idéntica a la de su esposa, pero, de algún modo, le faltaba sinceridad.

Morgan no se sentía tentado en absoluto. Las conversaciones de sociedad no eran lo suyo, menos aún cuando tenía ante sí la perspectiva de la pesca.

—Gracias, pero me dirigía a uno de mis lugares de pesca. Solo me he acercado para saludar a la congresista —sacó el motor de pesca del agua y, apoyando una mano en el yate, empujó para apartar el barco y se sentó ante el timón—. Que tengan un buen día.

—Lo mismo digo —contestó la congresista Kingsley antes de despedirse con una sonrisa y agitando la mano en el aire.

Morgan puso en marcha el motor, que cobró vida al instante, y se alejó del yate hasta estar seguro de no chocar violentamente contra él. Alzó el rostro contra el viento y se dejó bañar por la mezcla de agua y ociosidad.

Ya era de noche, pasadas las nueve y media, cuando aparcó la camioneta frente al apartamento. Era tarde cuando había amarrado el *Shark*, limpiado y guardado la caja de aparejos antes de dirigirse a su casa. Había hecho una breve parada en el supermercado para cubrir sus necesidades básicas, y con las bolsas de plástico sujetas en una mano salió del vehículo. Un clic del mando a distancia cerró la camioneta.

Los apartamentos tenían una antigüedad de al menos treinta años y estaban dispuestos en seis filas de edificios de dos plantas de ladrillo y hormigón. El efecto debía ser, supuestamente, moderno y despejado, y quizás treinta años atrás lo hubiera sido, pero en esos momentos no era más que endemoniadamente feo. Cada unidad de la planta baja, como la suya, disponía de un pequeño patio, mientras que los pisos superiores tenían

terrazas que se le antojaban bastante inútiles salvo para las frecuentes barbacoas veraniegas.

Las bolsas de plástico le golpeaban el muslo izquierdo con cada paso que daba, recordándole por qué odiaba ir a la compra. Cada vez que iba al supermercado se le ocurría la idea de dejar una mochila en la camioneta para meter los artículos y subirlos a su casa, pero dado que no estaba en casa lo bastante a menudo para convertirlo en una costumbre, siempre se olvidaba de hacerlo. También había estado a punto de olvidar que no le quedaba café. Al ver la señal del supermercado, había dado un volantazo para entrar en el aparcamiento, haciéndose acreedor de varios bocinazos de los coches que lo seguían. No podía evitarlo. Necesitaba café.

Una columna de hormigón y algunos arbustos le tapaban parcialmente la vista del edificio de apartamentos, irritándolo profundamente. La comunidad de propietarios no estaba dispuesta a deshacerse de una parte de la vegetación y de la sombra de los árboles solo porque a él no le gustara. No podía explicarles que los arbustos proporcionaban un refugio para las emboscadas porque los civiles no entendían esa clase de cosas, de modo que tenía que aguantarse. Además, tampoco tenía grandes motivos de preocupación. La tasa de criminalidad en esa zona era muy baja, un aliciente para las familias jóvenes que constituían la mayoría de los residentes.

Aun así, los hábitos eran una mierda, no podía simplemente ignorar toda una vida de entrenamiento. Para evitar girar en una esquina ciega, describió una curva amplia para entrar de frente. Dado el escaso tráfico que había en el complejo de apartamentos, casi nunca tenía que esperar a que pasara algún coche.

Pero, a pesar de las aproximaciones de frente, no acababa de gustarle la situación. A veces, como en ese momento, le gustaba menos que de costumbre, aunque no sabría decir por qué. Tampoco le hacía falta. Era lo que tenía el instinto.

Morgan se paró en seco.

En ocasiones... como en ese momento.

La repentina oleada de consciencia fue como una sacudida eléctrica que puso todos sus nervios en alerta. Instintivamente deslizó la mano derecha sobre la pistola guardada en la cartuchera a su espalda mientras intentaba descubrir entre los arbustos cualquier movimiento que no debería producirse, cualquier cosa que pudiera explicar el que se le hubiera erizado el vello de la nuca. No veía nada, pero sus sentidos estaban gritando, en alerta. Allí había algo, aunque no fuera peligro...

Aún no había terminado de formular el pensamiento en su cabeza cuando los arbustos se movieron ligeramente y vio una sombra negra. Una nueva oleada de adrenalina inundó a Morgan, que reaccionó sin pensar, producto del entrenamiento, dejando caer las bolsas de plástico y lanzándose hacia la izquierda mientras sacaba el arma con la mano derecha.

El cuerpo seguía estirado por completo cuando vio un pequeño destello y sintió un mazazo en el pecho.

Dos ideas, distantes aunque claras, se formaron en su cabeza: «Silenciador». «Subsónico».

Morgan se estrelló contra el suelo, el impacto casi tan fuerte como el mazazo contra el pecho. Rodó con la pistola firmemente sujeta en la mano, como si arma y mano constituyeran una sola unidad de funcionamiento. Una parte de su cerebro sabía que le habían disparado, pero la otra permanecía despiadadamente concentrada en el exterior, decidida a hacer lo que tuviera que hacer. Disparó hacia donde había visto el destello; el sonido desgarró la noche. Sin embargo, sabía muy bien que solo un aficionado permanecería en el mismo lugar, de modo que apuntó a un lugar alejado de los arbustos, siguiendo la dirección de la sombra negra que había visto fugazmente. Y volvió a disparar.

Su mente desconectó de las oleadas de dolor que lo atravesaban, porque solo así era capaz de funcionar. Sus pensamientos se sucedían a velocidad de vértigo, analizando probabilidades y ángulos de tiro, seleccionando la mejor opción a pesar de que la adrenalina mantenía su cuerpo en movimiento. Sin ser consciente de que se movía, rodó tras una boca de incendios, sin darse cuenta de dónde estaba hasta que ya estuvo allí. Una boca de incendios no proporcionaba mucha cobertura, pero era más que nada.

La vista se le enturbiaba, los objetos se acercaban aceleradamente antes de recular, como si una invisible corriente de aire los empujara para luego tirar de ellos hacia atrás. En la periferia vio luces que se encendían, cortinas que se abrían, vecinos que se asomaban para ver qué demonios estaba pasando. Morgan parpadeó con fuerza, intentando centrarse. Sí, el aumento de luz le permitió ver una figura masculina algo desdibujada sobre la que disparó un tercer tiro, controló el retroceso, y volvió a disparar. La forma oscura cayó al suelo, inmóvil.

Por Dios cómo le dolía el pecho. Mierda. Se le había jodido el tatuaje.

La vista volvió a emborronarse, pero Morgan aguantó sin soltar el arma. «Abatido», no era lo mismo que «eliminado». Si se dejaba ir, si permitía que la oscuridad lo abrazara, el otro tipo podría levantarse y terminar el trabajo.

La muerte no era segura hasta que se confirmaba, y en esos momentos él no estaba en condiciones de confirmar una mierda.

Las puertas se abrían y la gente gritaba. Los sonidos le llegaban distorsionados y extrañamente lejanos, las luces se apagaban. A través de las crecientes sombras creyó ver aparecer a un osado que investigaba el tiroteo. Las palabras se acercaban a él, lo rodeaban y algunas lograron abrirse paso en su consciencia.

—¡Shawn! ¿Te has vuelto loco? —se oyó una voz femenina, enfadada y aterrada a la vez.

—Tú llama a la policía —añadió un hombre, quizás Shawn, quizás otro.

—Ya lo he hecho —anunció una tercera voz.

—¿Qué demonios está pasando?

Más ruido, más voces añadidas al coro de personas que se acercaban, primero con cautela, y luego más confiadas al ver que nada más sucedía. Morgan intentó gritar, decir algo, hacer algún ruido, pero el esfuerzo lo superaba. Sentía la respiración entrecortada a medida que el dolor aumentaba, como una marea a punto de inundarlo.

«Puede que esto sea el final para mí», pensó, casi demasiado agotado para que pudiera importarle. Intentó controlar la respiración porque había oído ese sonido entrecortado antes y nunca presagiaba nada bueno. No iba a tener que resistir mucho más, media hora a lo sumo si algún vecino era capaz de reaccionar y lo llevaba al hospital. Pero media hora parecía una eternidad cuando no estaba seguro de poder aguantar ni siquiera un minuto más.

Morgan apoyó la cabeza sobre el asfalto, sintiendo su frescor. La mano estirada descansaba sobre la hierba al borde de la acera y a su mente acudió el distante pensamiento de lo agradable que resultaba tocar la tierra. Si había llegado su hora, bueno, era una mierda morir, pero tampoco estaba mal del todo considerando todas las maneras tan espeluznantes en que podría haber muerto.

Pero por otra parte se sentía jodidamente furioso porque, si moría, no sabría quién lo había matado y, sobre todo, por qué.

Alguien se inclinó sobre él, una forma borrosa desdibujándose ante sus ojos. Tenía que enviarle un aviso a MacNamara, y con su último aliento balbuceó:

—Emboscada.



## Capítulo 2

La consciencia, o su falta, era algo curioso, iba y venía sin una frontera claramente delimitada, y sin ninguna dirección. En ocasiones Morgan ascendía unos grados desde la nada hasta una vaga y distante consciencia de «ser», y la misma vaga y distante consciencia de la negra nada. Y a continuación volvía a hundirse y no había nada más hasta que la marea de consciencia lo volvía a empujar a la superficie como un objeto a la deriva en el mar.

En una ocasión había percibido muchas luces brillantes, calor, y una sensación de bienestar, pero eso también había desaparecido.

«No estoy muerto».

Ese fue el primer pensamiento coherente de Morgan. Aunque puntualmente había sido consciente de otras cosas: dolor, ruido, voces indescifrables, algunas que casi reconocía, además de un irritante pitido intermitente. Nada de aquello significaba nada para él. Simplemente estaba allí, a lo lejos, como un punto de luz en lo alto de un profundo y oscuro pozo. En una ocasión, sin embargo, emergió lo bastante como para darse cuenta de lo que significaba sentir dolor y oír los ruidos. Estaba vivo.

El tiempo carecía de sentido. Las personas le hablaban, pero él no podía responder, ni siquiera cuando era capaz de comprender sus palabras. De todos modos, esas personas parecían saberlo. Manejaban su cuerpo, le hacían cosas, le explicaban el proceso paso a paso. En ocasiones le traía sin cuidado, pero otras muchas sí le importaba porque, demonios, algunas cosas no se le hacían a un hombre. Pero todo parecía dar igual. Ellos hacían lo que tenían que hacer y punto.

Moverse no era una opción. No solo parecía incapaz, ni siquiera tenía interés en intentarlo. Ya solo en existir se le iba la mayor parte de la energía. Los pulmones bombeaban el aire en un extraño ritmo que no era capaz de controlar, tenía un tubo metido por la garganta y no podía evitar pensar que vivir quizás no fuera tan buena idea.

Pero morir también escapaba a su control. De haber podido elegir, quizás habría permanecido en la oscuridad porque, cada vez que salía a la superficie, el dolor se le antojaba como un grandísimo hijo de perra que lo zarandeaba con suma facilidad. De haber podido, le habría pateado el culo a ese bastardo, pero siempre acababa ganando todas las batallas. En otras

ocasiones el dolor era más distante, como si un manto de lana lo protegiera de él, a pesar de que nunca lo abandonaba del todo. Al final, y con mucho esfuerzo, llegó a la conclusión de que ese manto de lana eran las drogas... a lo mejor.

Su única arma contra el dolor era la tozudez. A Morgan no le gustaba perder. Lo odiaba jodidamente. Un vestigio de voluntad, de pura cabezonería, le hizo centrarse en el dolor. Era su objetivo, su adversario, y seguía regresando a por más. Quizás consiguiera derribarlo, pero, por Dios que no lo iba a derrotar. Incluso en los momentos en los que solo le apetecía aullar de pura agonía, de haber sido capaz de aullar, luchaba por mantener la consciencia, luchaba por cada ligera mejoría.

A un nivel muy básico, luchar era lo que sabía hacer, era lo que era, de modo que luchaba contra todo. No solo por mantener la consciencia, también contra el tubo de la garganta que le impedía hablar, contra las agujas que tenía clavadas en los brazos y que le impedían, al menos en su cabeza, moverse. Ellos, ninguno tenía nombre, lo sujetaron para que no pudiera mover ni un músculo, ni siquiera la cabeza.

La ira surgió para hacer compañía al dolor. Estaba tan furioso que temía explotar, y lo que empeoraba todo aún más era que no tenía ninguna manera de expresar esa ira por sentirse tan indefenso mientras cada centímetro de su cuerpo, cada uno de sus instintos, era objeto de abuso.

Pasado un tiempo, y agotado, se quedaba dormido, o se hundía de nuevo en la inconsciencia. Quizás ambas cosas fueran una misma. Desde luego él era incapaz de distinguir la una de la otra.

Y de repente un día abrió los ojos y enfocó la mirada, la enfocó de verdad, sobre la mujer de mediana edad que, de pie junto a él, manipulaba los tubitos que salían de unas bolsitas de plástico colgadas de un árbol metálico. Y por primera vez Morgan pensó «hospital». Las torturas a las que le habían estado sometiendo eran en realidad cuidados. No obstante, sus sentimientos no variaron. Concentró en la mirada toda la animosidad que sentía y miró a la mujer.

—¡Vaya, hola! —saludó ella con una sonrisa—. ¿Cómo estás hoy?

De haber podido hablar le habría explicado con todo lujo de detalles cómo estaba, y su vocabulario no habría sido muy selecto.

La mujer parecía saber exactamente lo que pensaba, porque su sonrisa se hizo más amplia mientras le daba una palmadita en el hombro.

—Pronto te quitaremos el tubo, y entonces podrás contárnoslo todo.

Morgan intentó contárselo en ese preciso momento, pero solo consiguió emitir unos débiles gruñidos antes de quedarse, vergonzosamente, dormido otra vez.

Cuando despertó de nuevo supo de inmediato dónde se encontraba... más o menos. Moviendo únicamente los ojos, porque no podía mover nada más, tomó nota de lo que le rodeaba. Veía borroso, pero estaba entrenado para observar y analizar y, tras un tiempo indeterminado, llegó a la conclusión de que, aunque estaba tumbado en una cama de hospital con las barandillas subidas a cada lado, y era más que evidente que se encontraba en alguna clase de instalación, desde luego no era un hospital. Para empezar, la habitación estaba pintada de azul, las ventanas cubiertas con cortinas y la puerta era normal, no como las grandes y robustas puertas que se encontraban en los hospitales. Daba la sensación de ser un dormitorio normal, pero repleto de equipos médicos colocados como mejor cupieran.

Y luego estaban las enfermeras, malditos fueran sus sádicos culos, que lo asistían. A veces vestían coloridos uniformes, pero en otras ocasiones no. La mujer de mediana edad que se encontraba allí en la anterior ocasión en que había despertado siempre vestía vaqueros, deportivas y una sudadera, como si acabara de llegar de una granja. En ocasiones, cuando la puerta se abría, le daba tiempo de captar la presencia de alguien armado en el pasillo, pero nadie que él reconociera.

Sus ideas no estaban claras, y los recuerdos aún menos. Tenía un recuerdo muy borroso de Axel MacNamara de pie junto a su cama en un par de ocasiones en que había despertado, haciéndole insistentemente preguntas. Claro que MacNamara siempre preguntaba con mucha insistencia. Morgan solo había sido capaz de parpadear unas cuantas veces y no tenía ni idea de por qué demonios parpadecía. De modo que al cabo de unos minutos su jefe solía rendirse y marcharse.

Sin embargo, incluso en medio de la neblina de sedantes y trauma, la ira seguía bullendo con fuerza en su interior. En los momentos en que era capaz de pensar, recordaba lo sucedido, aunque la emboscada seguía mezclándose con lo que le había seguido, y a veces habría disparado contra las enfermeras de haber tenido un arma a mano. No podía elaborar conclusiones sobre las ramificaciones del ataque, pero sabía que debían ser muchas y malas y, por descentrado e indefenso que se sintiera, seguía firmemente decidido a encontrar al responsable de aquello y averiguar su objetivo. Alguien más ingenuo y confiado podría haber pensado que el objetivo era, simplemente, matarlo a él, pero Morgan había dejado de ser ingenuo más o menos al cumplir los tres años y «confiada», no formaba parte de la descripción de su

persona. Matarlo debía formar parte de un plan más amplio. La cuestión era qué plan, y quién estaba detrás.

Había sido capaz de llegar a esa conclusión, pero no de comunicarse lo bastante bien como para transmitirla. Su indefensión resultaba tan mortificante que habría destrozado la habitación entera de haber podido moverse. Sin embargo, por el modo en que lo habían atado a la cama era incluso incapaz de apretar el timbre para llamar a la enfermera, suponiendo que quisiera llamar a la enfermera, que no era el caso, porque cada vez que aparecía le hacía cosas que no le gustaban.

Un día, sin embargo, al despertar se sintió como si hubiera girado en una esquina. Qué esquina, no sabía, pero tuvo la clara sensación de que su cuerpo había decidido vivir. El equipo médico debía haber llegado a la misma conclusión sobre su estado físico, pues más o menos una hora más tarde un médico, al menos supuso que ese tipo era médico a pesar de que podrían haberlo sacado de la calle, ya que vestía pantalones vaqueros y una camisa de franela, entró en la habitación.

—Vamos a sacar ese tubo de tu garganta —anunció alegremente—, así podrás empezar a comer y a beber. ¿Estás preparado? Tose, así será más fácil.

Morgan, que un instante antes había deseado con todas sus fuerzas que le sacaran ese tubo de la garganta, sintió cómo su cuerpo entero se rebelaba contra lo que le estaba sucediendo. «¡Mierda!». Lo único que habría facilitado el proceso sería estar inconsciente. Tenía la sensación de que los pulmones le eran arrancados junto con el tubo, mientras le partían el pecho en dos. Su vista se enturbió y todo se volvió negro, y su cuerpo se arqueó involuntariamente. De haber podido, le habría dado una paliza a ese hijo de perra porque si eso era «fácil», de haber sido «difícil», habría muerto más de uno.

De repente el tubo había salido y Morgan respiraba por sus propios medios, temblando y empapado en sudor, pero al menos era capaz de hablar... más o menos. Al menos en teoría. Sentía como si le hubieran frotado la garganta con papel de lija y la boca no estaba mucho mejor. Le llevó tres intentos pronunciar una palabra ronca y casi inaudible.

—Agua.

—Claro —una sonriente mujer de cabellos entrecanos le sirvió un vaso de agua y sujetó una pajita junto a su boca.

Morgan consiguió así hacer bajar un poco de agua por su irritada garganta. Casi podía sentir las mucosas de su boca absorber la humedad y tomó ansioso dos tragos más antes de que la mujer le apartara el vaso.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se dispuso a hablar de nuevo.

—No más... drogas.

Necesitaba tener la mente despejada. No estaba muy seguro de por qué, pero el instinto lo estaba volviendo loco.

—No nos hagas el numerito del machito ahora —contestó ella sin dejar de sonreír—. El dolor le provoca estrés a tu cuerpo, y el estrés retrasa la recuperación. Ajustaremos la dosis todos los días, ¿de acuerdo?

Lo cual significaba que iban a darle más drogas, lo quisiera o no. Morgan estaba bastante seguro de que en un hospital de verdad no habrían ignorado sus deseos, pero era evidente que no se encontraba en un hospital de verdad. Iban a hacerle lo que fuera necesario, y él iba a tener que aguantarse. De repente, malditas drogas, se durmió de nuevo.

La siguiente vez que despertó, Axel MacNamara estaba allí.

La visita debía haber sido programada para coincidir con el final de los efectos de lo que le hubieran metido en vena porque Morgan se sentía mínimamente despejado. Sí, MacNamara era de los que pensaba en cosas como esa. Ese bastardo lo planificaba todo, seguramente hasta las veces que masticaba cada bocado.

Morgan no diría que tuviera la mente despejada, pero al menos la niebla era menos espesa. Lo suficiente para ser consciente de una vaga sensación de miedo que era incapaz de analizar, ni siquiera de identificar. Estaba entrenado para ignorar la existencia del miedo, conformándose con una sensación de alarma que activaba su reacción de lucha o huida. Sin embargo, en esos momentos tenía miedo, aunque no sabría decir de qué. Quizás temiera que esa neblina, la sensación de estar desconectado de todo menos del dolor, fuera a ser permanente. A lo mejor tenía miedo de que sus lesiones fueran demasiado importantes para sanar por completo. A lo mejor temía la nueva realidad. Pero no, sabía que había mejorado, aunque pasar de «casi muerto», a «hecho una mierda», no fuera un gran progreso.

—Hola —saludó a MacNamara mientras intentaba disimular su inquietud.

De inmediato frunció el ceño, pues su voz sonaba floja y pastosa. Se giró para alcanzar la taza que descansaba sobre la mesita junto a la cama, y descubrió que seguía atado y que la pérdida del efecto de los analgésicos le obligaba a luchar contra su cuerpo, destrozado y remendado, que protestaba a cada movimiento. El dolor y la impotencia le resultaban insufribles.

—Quítame estas... malditas correas —consiguió rugir con una voz ronca a la que imprimió cierta fuerza gracias a la ira.

—¿Vas a volver a arrancarte las vías? —Axel no movió ni un músculo.

La idea resultaba de lo más tentadora, pero Morgan sabía que, si lo hacía, las correas regresarían

—No —refunfuñó.

MacNamara lo soltó y pulsó el botón que hacía subir la parte superior del colchón. Morgan se sintió algo mareado durante unos segundos, pero tras respirar hondo repetidamente se esforzó por no comportarse como una damisela y desmayarse. Jamás podría vivir con ello.

—¿Estás lo bastante bien para contestar algunas preguntas? —preguntó Axel con su habitual brusquedad. Nunca perdía el tiempo con cumplidos, ni siquiera para preguntar cómo se encontraba.

Morgan lo miró todo lo furioso que pudo a través de su borrosa visión, básicamente porque estaba de un humor de perros.

—Pregunta —contestó mientras, en esa ocasión alargaba con éxito una mano hacia la taza que, esperaba, contendría un poco de agua.

El movimiento resultó agónico y sentía como si alguien le estuviera acuchillando el pecho. Apretó los dientes y continuó alargando el brazo, en parte porque no estaba dispuesto a rendirse ante el dolor, en parte porque tenía muchas ganas de beber esa agua.

Cualquier otro le habría acercado la taza, pero MacNamara no. Sin embargo, en esos momentos Morgan apreció su falta de amabilidad. Quería hacerlo él mismo. Cerrando la temblorosa mano en torno a la taza, la levantó. Contenía un par de dedos de agua que apuró de un trago antes de dejar la taza de nuevo sobre la mesita. A continuación se dejó caer sobre la almohada, agotado como si acabara de correr más de treinta kilómetros.

—¿Recuerdas qué paso?

—Sí —quizás estuviera un poco aturdido, pero no sufría amnesia.

MacNamara acercó una silla a la cama y se sentó. Era un hombre delgado, realmente la mínima expresión, de estatura media, aunque nadie confundiría su falta de estatura con falta de fuerza. Era una persona intensa y despiadada, la clase de tipo que necesitaban los equipos de operaciones para que los respaldara.

—¿Sabes quién te disparó?

—No —Morgan respiró hondo—. ¿Y tú?

—Era de la mafia rusa.

Morgan parpadeó perplejo, tan desconcertado como era capaz de sentirse. ¿La mafia rusa? ¿Qué demonios? Él no tenía nada que ver con la mafia rusa.

—¡No jodas!

—No jodo.

—No conozco a... nadie en la mafia rusa —había tenido la intención de decir que no conocía a ningún ruso, pero recordó que sí conocía a unos cuantos, aunque ninguno de la mafia—. ¿Cómo se llama?

—Albert Rykov. Y se llamaba. Está muerto.

«Bien», pensó Morgan. No solía sentir mucha piedad por las personas que le disparaban. En realidad no sentía ninguna piedad.

—Nunca había oído hablar de él —de repente se le ocurrió una idea—. ¿Podría haber ido tras otra persona?

—No —la afirmación de Axel fue rotunda. No tenía la menor duda.

—¿Y por qué iba a ser yo un objetivo para la mafia rusa? —no tenía ningún sentido

Morgan se frotó el rostro con una mano y sintió el áspero bigote, a pesar de que recordaba vagamente a las enfermeras afeitándolo de vez en cuando... o no. De repente se fijó espantado en su mano, delgada y pálida. Esa no era su mano, aunque sabía que sí lo era porque estaba pegada a su brazo... que también estaba espantosamente delgado. Durante unos segundos se sintió desconectar y tuvo que esforzarse por devolver sus pensamientos al buen camino. ¿De qué estaban hablando? Ah, sí, los rusos.

—No lo eres. Rykov estaba asociado a la mafia, pero esto tiene toda la pinta de ser un golpe independiente. Alguien de fuera encargó el trabajo.

En ese caso, las posibilidades se multiplicaban porque Morgan seguía siendo incapaz de pensar en alguien que quisiera verlo muerto, lo cual, en teoría, convertía a toda la población mundial en sospechosa.

—Cuéntame todo lo que pasó desde que regresaste a los Estados Unidos de América —le pidió Axel mientras se reclinaba en la silla y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Entregué mi informe —Morgan supuso que su jefe ya lo sabía puesto que tendría todo el papeleo en su poder—, comí algo en McDonald's, me fui a casa, me duché y me acosté. Dormí veinticuatro horas seguidas. Después me levanté, corrí unos cuantos kilómetros de noche, volví a casa y me dormí de nuevo —las sencillas frases eran interrumpidas por pausas para respirar.

—¿Sucedió algo en el McDonald's? ¿O mientras corrías? ¿Hablaste con alguien?

—No, no, y con nadie, aparte de la cajera que me entregó el pedido por la ventanilla del autoservicio.

—¿Reconociste a la cajera?

—No, era una cría.

—¿Viste a alguien dentro del restaurante?

—No —de eso estaba seguro porque recordó haberse sentido algo inquieto por el reducido campo de visión.

Después de una misión, siempre le llevaba un poco de tiempo desconectar del modo combate.

—¿Y luego qué?

Morgan suspiró ruidosamente e intentó hacer acopio de la cada vez menor energía que tenía, aunque tampoco había tenido mucha desde el principio. Se sentía tan débil que no reconocía su propio cuerpo, y eso le desconcertaba más de lo que podría achacar a las drogas.

—Cuando desperté, me apetecía ir de pesca. Llamé a Kodak, pero estaba ocupado, de modo que fui solo.

Axel asintió y Morgan supuso que ya estaría al corriente de todo eso, igual que de lo del informe.

—¿Hablaste con alguien?

—Con la congresista Kingsley y su marido. Estaban en el río.

—¿Había alguien con ellos?

—No, estaban solos.

—¿Alguien más?

—No hablé con nadie —Morgan hizo memoria—, solo con Brawley, el dueño del puerto. Nos saludamos.

—¿Y...? —Axel era un maestro leyendo expresiones.

Hasta que no oyó el «y», Morgan no había sido consciente de que existía un «y». Intentó respirar hondo, pero desistió cuando el dolor en el pecho se hizo insufrible.

—Podría ser casualidad, pero después de saludarme hizo una llamada.

—¿Cuánto después?

—Inmediatamente después.

—¿Desde un móvil?

Si Brawley hubiera empleado un móvil, Axel podría obtener de las torres de repetición la información sobre posibles receptores de la llamada.

—No —Morgan vio claramente en su cabeza el anticuado teléfono fijo que había utilizado Brawley—. Un fijo con cable.

—¡Mierda! —la exclamación de Axel estaba cargada de frustración. No sería imposible obtener la información, pero haría falta una orden judicial. La tecnología les habría ayudado a sortear ese paso de haber llamado desde un móvil.

Pero, independientemente de la llamada, a Morgan no se le ocurría ninguna manera de que Brawley conociera su dirección y, sobre todo, no se le ocurría ningún motivo para que le hubiera tendido una emboscada.

El esfuerzo de permanecer sentado y contestar las preguntas empezaba a pasarle factura. Ya le quedaba muy poquita energía.

—No hay ningún motivo... —murmuró mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás.



Los ojos se le cerraron automáticamente, pero él intentó abrirlos de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Axel.

—No hay ningún motivo para que Brawley hiciera algo así —Morgan consiguió terminar la frase tras reconstruir laboriosamente sus pensamientos. Al menos creyó haberlo dicho en voz alta.

Quizás su boca no funcionara debidamente. Sus ojos volvieron a cerrarse, pero ya le daba igual porque la oscuridad crecía y lo engullía por completo, y no había nada que pudiera hacer.

La siguiente vez que vio a Axel, Morgan se mantenía sentado por sus propios medios. Habían pasado casi tres semanas desde que le habían disparado. Lo sabía porque lo había preguntado. Y mantenerse sentado no era lo único que podía hacer. Desde hacía dos días, y dos veces al día, daba unos cuantos pasitos por la habitación, sujeto por dos enfermeras que impedían que cayera de bruces. También empezaba a comer alimentos semisólidos, y jamás en su vida se había alegrado tanto de ver ante sí un plato de puré de patata o de avena. Al día siguiente, eso le habían dicho, podría tomar huevos. Él había pedido un filete para acompañar a esos huevos, pero se habían reído. Sin lugar a dudas eran las enfermeras más malvadas del universo.

Y lo más inquietante era que empezaba a quererlas.

No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde que Axel le había interrogado, pero se imaginó que alrededor de una semana. Lo sorprendente era que no hubiera vuelto cada día para arrancarle algún detalle más.

En ocasiones, la meticulosidad de Axel le sacaba de quicio, pero en esos momentos Morgan la habría agradecido, pues lo que quería era atrapar al bastardo, o bastardos, que había organizado la emboscada. Típico de MacNamara elegir ese momento para mantenerse lejos.

—Ya era hora —exclamó Morgan a modo de saludo.

—He estado ocupado siguiendo pistas y organizando las cosas.

—¿Qué cosas? ¿Qué pistas?

—Para eso he venido —replicó con aspereza su jefe mientras se dejaba caer en la silla de las visitas.

Que le hubiera replicado así era bueno. Si Axel hubiera intentado mostrarse amable —haciendo énfasis en la palabra «intentado», porque jamás lo habría logrado—, Morgan habría sospechado que su recuperación no era tan buena como parecían indicar los pasitos y el puré de patata.

—Adelante.

—Fuiste localizado por la matriculación del barco. Hemos descubierto que alguien entró en los registros estatales y obtuvo información sobre ti del formulario de matriculación.

Allí había algo que no encajaba.

—Utilizo un apartado postal como dirección —le explicó Morgan.

—Sí, pero el formulario también incluye el número de tu permiso de conducir y el de la seguridad social. Ambos números fueron rastreados, y así consiguieron tu dirección.

—La pregunta es por qué.

—Sí. Pero hay otro detalle, uno mucho más serio.

Casi resultaba cómico que Axel pensara que había algo más serio que el que uno de sus agentes hubiera sido descubierto. Bueno, dado que trataba con asuntos de importancia mundial, seguramente era así, tuvo que reconocer Morgan.

—Al principio no sabíamos qué estaba pasando, si era un ataque orquestado contra el equipo de ofensiva global, o si iban a volver a intentar matarte. Llené el hospital de hombres armados para proteger tu culo, pero la logística era una pesadilla, demasiadas escaleras y ascensores, demasiadas personas yendo y viniendo. En cuanto estuviste medio estabilizado, hice que te trajeran aquí. Yo soy el único que conoce tu paradero.

—Tú y las personas que me trasladaron hasta aquí.

—Cambié el transporte tres veces.

Ese era Axel, paranoico y precavido hasta un punto enloquecedor.

—Entonces, ¿cuál es ese detalle que te tiene preocupado?

—Los archivos del equipo fueron pirateados después de que te hiciera trasladar.

Mierda. Morgan frunció el ceño mientras sopesaba la situación. Era evidente que quienquiera que hubiera intentado matarlo seguía tras él. Y también era obvio que ese alguien sabía lo que hacía.

—Lo que más me preocupa es la brecha en la seguridad —puntualizó Axel mientras Morgan sofocaba una sonrisa irónica.

Claro, perder a uno de sus hombres desde luego estaba muy por debajo de la seguridad en la lista de Axel.

—Después de hacer que te trasladaran, hice correr el rumor de que tenías problemas de memoria, pero que la estabas recuperando, y que los médicos no veían ninguna razón para que no la recuperaras del todo.

—Vaya, pues gracias —Morgan frunció el ceño. Eso era demasiado, incluso para Axel—. ¿Y por qué no pintaste una diana en mi espalda?

—La diana ya estaba pintada —señaló el otro hombre—. Mi trabajo consiste en averiguar quién y por qué lo hizo. A no ser que te estés follando a la mujer de otro, hay muchas probabilidades de que esto tenga algo que ver con el trabajo.

—En el aspecto doméstico estoy limpio.

—Entonces está relacionado con los equipos de ofensiva global.

De eso no había duda. Aun así, Morgan sacudió la cabeza.

—Pero, ¿por qué?

—Si consigo averiguarlo, entonces sabré quién ha sido. Y viceversa. Lo único que necesito es algo que me sitúe en la buena dirección.

—¿Y cuál es el plan? —porque Axel siempre tenía un plan. Pudiera ser que a Morgan no le gustara, pero sin duda ese plan existía.

—Voy a rodear tu localización de tanta seguridad que quien quiera encontrarte va a tener que cavar muy hondo, y eso hará saltar una trampa que he preparado. Pero no puedes ser demasiado fácil de encontrar, porque entonces sabrán que es una trampa y no picarán —le explicó Axel.

—Estupendo. ¿Y ya está? ¿Y yo qué hago mientras tanto? —aparte de esforzarse por caminar más de treinta segundos de golpe, lo cual tampoco estaba nada mal.

—Voy a enviarte con mi exhermanastra —anunció su jefe con una sonrisa que solo podía ser descrita como verdaderamente malvada.

Y desde luego no era lo que Morgan se había esperado.

—¿Qué?

Axel repitió amablemente la última frase, palabra por palabra.

—¿Vas a implicar a civiles? —eso era lo que más le había asustado a Morgan.

Siempre ocultaban su trabajo a las personas normales. Ciertamente tenían empleados civiles, pero ellos sabían lo que ese trabajo implicaba. Estaba en su contrato. Mezclar deliberadamente a inocentes, poniéndolos en peligro, no era lo suyo.

—No espero que surja ningún problema. He hecho algunas averiguaciones, organizado cosas. No hay motivo alguno para implicar a ningún civil. Más allá de para que te proporcione un alojamiento.

—¿Y tu exhermanastra está de acuerdo con esto?

—Lo estará —contestó Axel despreocupadamente—. En cuanto salte la alarma, entraremos en acción.

—Pero la alarma no te dirá quién es.

—Me indicará una dirección y, sobre todo, podré situar a algunas personas en posición para que descubran cualquier amenaza contra ti.

—¿Y cómo demonios vas a hacer eso?

—Es una ciudad muy pequeña —su jefe enumeró todos los puntos a favor—, lo bastante pequeña como para que cualquier extraño sea descubierto. Está relativamente cerca de Washington D. C., en Virginia Occidental. No tiene aeropuerto, tren ni autobús. El que vaya tras de ti tendrá que hacerlo en coche, y el número de carreteras es muy limitado —hizo una pausa y concluyó con lo que solo podía describirse como un suspiro de satisfacción—. Y lo mejor de todo es que a ella le va a fastidiar de lo lindo.

A Axel MacNamara la mayoría de la gente, y de las cosas, le importaba una mierda, pero lo que sí le importaba era su país y los agentes de los equipos de ofensiva global que él supervisaba. Cada vez que participaban en una misión ponían sus vidas en juego, y no solo los respetaba por ello, sino que había jurado, tanto personal como profesionalmente, desvivirse por ellos independientemente del contexto. En ocasiones suponía luchar con uñas y dientes para asegurarse de que dispusieran del mejor material disponible. En ocasiones suponía suavizar los escollos políticos. En ocasiones retocar e hilar muy fino con determinados sucesos para que algunos detalles pertinentes fueran alterados u ocultados por completo. Ellos hacían el trabajo que se les encargaba y, si la mierda empezaba a salpicar, él procuraba que aquello se detuviera ante los mandos, no ante los hombres a los que consideraba suyos.

Por norma general, odiaba a los políticos, pero también se parecía mucho a ellos y, por la misma naturaleza de su trabajo, debía relacionarse con ellos.

Era una mierda, pero les seguía el juego.

La situación con Morgan Yancy era preocupante, no tanto por la amenaza a la vida de su hombre, sino porque el sistema informático de los equipos de ofensiva global había sido pirateado. Sus misiones eran material altamente clasificado, y extremadamente sensibles políticamente.

Tenía que andar con cuidado. Si se mostraba demasiado evidente, podría espantar a su presa. Si no era lo suficientemente evidente, su presa podría sacar conclusiones equivocadas e ignorar el cebo. Y por eso dejó caer cierta información aquí y allá, pero nunca demasiada a la vez y, en ocasiones, no decía nada en absoluto.

Algunos días después de su conversación con Morgan, y tras exponerle las bases de su plan, consiguió hacerse hueco en una de las innumerables fiestas de Washington D. C., a la que asistía la congresista Joan Kingsley. Su esposo, Dexter, se encontraba ausente, pero esa mujer había navegado por las aguas sociales de la capital tanto tiempo que no le importaba estar sola. Para ser un

político, era una persona muy agradable, incluso para él, a quien no le gustaba ningún político. Así pues la toleraba mucho más de lo que toleraba a muchos otros, aunque procuraba no olvidar nunca que en primer lugar era una política y en segundo aliada, a pesar de que el equipo de Morgan hubiera salvado a su hijo. La gratitud en Washington D. C., tenía sus límites.

Era inevitable que tanto la congresista como su esposo estuvieran en la lista de sospechosos. Habían hablado con Morgan el día del ataque. A lo mejor ella estaba limpia y su marido no, o al revés. A lo mejor ambos eran inocentes, o ambos culpables. Axel no iba a concederles el beneficio de la duda porque no tenía información suficiente y, por tanto, los consideraba a ambos culpables. Independientemente de ello, la congresista Kingsley tenía contactos y fuentes de información de las que él mismo carecía, y también era un buen medio para esparcir la información que a él le interesaba.

A pesar de lo fácil que resultaba de localizar por sus cabellos canosos, MacNamara no la abordó. La congresista recorría un circuito mil veces ensayado en la sala abarrotada, hablando con todos los presentes, sonriendo con esa calidez que encandilaba a casi todas las personas que la conocían. Pero Axel era inmune a los encantos. Cada día se levantaba convencido de que la mayoría de la gente iba a hacer algo malo y que al resto simplemente aún no se le había ocurrido.

Llegado un momento la perdió de vista, aunque tuvo mucho cuidado de que no se notara que la estaba vigilando. Sin embargo, unos diez minutos más tarde la mujer apareció con los labios recién pintados, por lo que supuso que había hecho una visita a los aseos. También podría haberse reunido con su amante, intercambiado información con alguien o haber hecho una llamada privada. Sin ninguna evidencia en contra, optó por la versión del aseo.

La fiesta llevaba hora y media cuando sus caminos se encontraron. Axel alzó la copa hacia ella a modo de saludo, pero no interrumpió la conversación que mantenía con el ayudante de un senador, a pesar de que se aburría mortalmente y que lo que más le hubiera gustado era poder hacerle tragar a ese pomposo idiota un par de calcetines sucios. Sin embargo, iba a dejar que fuera la congresista quien acudiera a él. Él no abordaba a nadie.

Por fin el ayudante del senador hizo una pausa para dejar su copa vacía en la bandeja que portaba un camarero que pasó junto a ellos.

La ocasión fue aprovechada por la congresista Kingsley para intervenir.

—Hola, Karl, Axel.

—Congresista —saludó a su vez MacNamara mientras asistía divertido a la lucha que mantenía el ayudante del senador contra su propio ego y la jerarquía del Capitolio.

La congresista era un personaje importante, pero para Karl el Congreso era inferior al Senado. Por tanto, su posición como ayudante en jefe de un senador debería ser superior a la de ella. Y entonces su ego topó con el desagradable hecho de que la congresista Kingsley había sido elegida, y en varias ocasiones, mientras que él simplemente había sido contratado como ayudante.

—Congresista Kingsley —murmuró Karl al fin, aludiendo a su cargo a pesar de que ella lo había saludado por su nombre de pila. «Dardos envenenados», meditó Axel.

La mujer miró a Karl con gesto significativo.

—¿Podrías disculparnos? Me gustaría discutir algunos detalles con Axel.

—Por supuesto —Karl no tuvo otra opción que aceptar y quitarse de en medio.

Axel tomó un sorbo de su copa, agua con hielo. Porque cuando te encontrabas nadando en una piscina infestada de tiburones necesitabas todos tus sentidos. Esperó a que fuera ella quien dirigiera la conversación hacia donde quisiera llevarla, aunque sí imprimiera en su rostro una expresión inquisitiva.

—He oído algo muy inquietante —la congresista bajó la voz hasta casi un susurro.

Axel enarcó las cejas, invitándola a continuar.

—Me han dicho que han matado a Morgan.

—No es cierto —se apresuró él a aclararle.

—Gracias a Dios —un sincero alivio se reflejó en la mirada de la mujer—. Pero ¿ha resultado herido? Mi fuente fue muy clara con respecto a la identidad de la víctima.

A Axel le hubiera gustado saber quién era esa fuente, pero no iba a perder el tiempo intentando sonsacarle esa información. Esa mujer era una experta en el juego.

—Le dispararon. Y no voy a negar que ha sido grave. Pero lo he enviado a un lugar seguro para que se recupere.

—¿Qué pasó?

—Un intento de asesinato. El problema es que él no es capaz de decirme por qué.

—¿No lo sabe?

—Cree que sí —MacNamara agitó una mano en el aire—. Sufrió una severa conmoción y está teniendo algunos problemas de memoria, pero dice que sabrá lo que está pasando si consigue recordarlo. No hay ningún daño cerebral permanente, y el médico asegura que lo recordará todo cuando remita la inflamación.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y cuándo será eso?

—No hay fecha, cada uno opina una cosa. Ahora mismo ha sufrido una recaída a causa de una neumonía, pero los médicos opinan que ya empieza a mejorar. Yo creo que en unos meses, seguramente, habrá regresado a la normalidad.

—No debe resultarle fácil permanecer inactivo hasta entonces. No lo conozco tan bien como tú, pero sospecho que no debe ser un paciente muy dócil.

—Se ha quedado corta —él asintió.

—Me alegra saber que va a reponerse. A todos nos conmocionaría si le sucediera algo. Dale recuerdos de nuestra parte cuando lo veas.

—Lo haré —Axel asintió, pero evitó informar a la congresista de que no vería a Morgan hasta que la presa hubiera caído en la trampa, suponiendo que eso sucediera.

Había sembrado rumores por varios círculos de la capital y no le quedaba más que esperar a que alguno enraizara. Morgan había sido atacado por algún motivo, y ese motivo debía tener relación con algo que hubiera visto o hecho ese día. Quizás la amenaza que buscaba estaba en alguna capa más profunda, ni siquiera en la congresista Kingsley, o Brawley, ni siquiera en Kodak, sino en alguien que les conocía. Pero no sabría nada hasta que alguien actuara.

## Capítulo 3

La jefa de policía, Isabeau Maran levantó la vista de un irritante montón de papeles al oír abrirse la puerta de la comisaría y sentir que entraba un soplo de aire fresco y primaveral. Su golden retriever, Tricks, dormitaba sobre una cómoda cama de lana en el suelo junto a su escritorio. Pero, ante el ruido, el animal abrió los ojos y alzó su hermosa cabeza dorada. No golpeó el rabo contra el suelo en señal de bienvenida, porque así era Tricks, y como no sabía quién era el que entraba por la puerta, no iba a desperdiciar su energía hasta que supiera si el recién llegado era digno de un recibimiento acogedor o no.

Un resplandeciente sol iluminó el suelo de baldosa y Bo entornó los ojos mientras Daina Conner entraba en la comisaría. Una vez establecida la identidad del intruso, Tricks golpeó el suelo dos veces con el rabo, lo que indicaba un grado moderado de placer, aunque no lo suficiente para hacerla incorporarse, para a continuación volver a colocar la cabeza entre las patas y reanudar la siestecita.

—¿Qué sucede? —no era que Bo no se alegrara especialmente de ver a Daina, pues había pocas mujeres solteras de su edad en Hamrickville, Virginia Occidental, pero solían reunirse fuera de las dependencias policiales.

Físicamente no podían ser más opuestas: Daina era curvilínea, rubia y de ojos azules, mientras que Bo tenía los cabellos y los ojos oscuros, y las únicas curvas que tenía eran las del camino de entrada a su casa. Sin embargo, ambas poseían los mismos gustos para las películas, se reían de los mismos chistes y se apoyaban la una a la otra.

—He bebido demasiada cerveza durante la comida —anunció Daina dejándose caer en la desvencijada silla frente al escritorio de Bo. Sus rubios cabellos cayeron sobre sus ojos y ella los retiró relajadamente—. Hasta las tres no tengo ninguna cita y pensé que no había mejor lugar que este para esperar a que se me pasara la borrachera. Podemos charlar mientras tomamos un café, y después me pasas el test de alcoholemia para saber si puedo conducir.

Daina era la propietaria del salón de belleza local, The Chop Shop, a unos tres kilómetros de la ciudad por la carretera principal. El trayecto era lo bastante corto como para hacer pensar a Bo que no era el temor de conducir un poco achispada lo que había llevado a Daina a la comisaría, sino más bien la necesidad de matar el tiempo hasta la siguiente cita.



Y eso significaba que ya podía despedirse de la idea de avanzar en el papeleo. Bo se apartó del escritorio y se dirigió hacia la máquina de café que descansaba en un rincón, sobre un archivador. La única razón para que estuviera allí era la proximidad del enchufe. Quedaba un resto de... ¿la mañana, quizás? No sabría decirlo. Ya se lo había encontrado a su llegada, poco después del mediodía, de modo que podría llevar allí desde el día anterior.

Bo se llevó la jarra al cuarto de baño, vació el resto de café, aclaró la jarra y la llenó de agua. Tras regresar al despacho, procedió a preparar una nueva cafetera.

—¿Y con quién has estado bebiendo cerveza? —preguntó sin molestarse en señalar que si fuera algo más puntillosa la habría arrestado por mostrarse ebria en público.

Y no se molestó en señalarlo porque, obviamente, no era nada puntillosa. En su opinión, Daina no iba por ahí tambaleándose, y había tomado una decisión responsable al no conducir y acudir en cambio a la comisaría. La filosofía de Bo consistía en no fastidiar a la gente si no era necesario.

—Con Kenny Michaels. He decidido reformar la cocina y hemos estado repasando lo que quiero que haga, los colores de la pintura y, por cierto, creo que he visto al menos un trillón de muestras de pintura. En fin, cosas así.

—¿Y qué colores has elegido? —mientras el café terminaba de hacerse, Bo se dirigió a lo que llamaban sala de descanso, que en sus inicios había sido un enorme armario, ocupado por una nevera color aguacate, el microondas, una mesa diminuta y dos sillas.

Abrió el congelador que, como toda nevera color aguacate que se preciara, se negaba a pasar a mejor vida, y sacó una pinta de helado. Bueno, al principio sí había sido una pinta, pero el envase ya iba aproximadamente por la mitad. Bo desconocía si a Daina le gustaba el sabor a vainilla, pero era lo único que había. Destapó el envase y hundió una cuchara en el helado antes de colocarlo delante de su amiga.

—Come.

—Una especie de mezcla entre gris peltre y azul grisáceo —contestó la otra mujer distraídamente mientras tomaba la cuchara—. No es muy propio para una cocina, pero esa es la idea. No quiero nada que estimule mi apetito o ayude a que la comida tenga buen aspecto. Quiero algo relajado, sedante... ya me entiendes, para que pueda permanecer alejada de allí —Daina se detuvo, sacó la cuchara de la boca y la miró fijamente—. ¿Qué demonios? Esto es helado —exclamó contemplando el envase con el ceño fruncido, como si no tuviera la menor idea de cómo había llegado a sus manos.

—Cinco puntos por tus dotes de observación —Bo se sentó—. ¿Kenny Michaels? Es bastante mono.

Lo era a su manera de obrero de la construcción con el martillo colgando del bolsillo del pantalón. No era alto, pero tampoco bajo, robusto y musculoso. Divorciado, de treinta y tantos años, y con un hijo en el instituto. No tenía ninguna información de nada malo sobre él, lo cual seguramente significaba que no había nada malo en él.

—Pues claro. ¿Por qué si no iba a renovar mi cocina? ¿Y por qué estoy comiendo helado? —Daina seguía teniendo una expresión perpleja, pero hundió la cuchara en el helado y se la llevó a la boca—. No es que me queje, pero ya he tomado postre.

—Te ayudará a despejarte.

—¡No me jodas! —su amiga abrió los ojos como platos mientras levantaba el envase y lo miraba de nuevo—. ¿Una razón legal para comer helado? ¡Dios existe!

En ese instante, Tricks comprendió que alguien en la habitación estaba comiendo, y no era ella, porque se puso en pie y se plantó delante de Daina, el extravagante rabo moviéndose de un lado a otro, la oscura mirada fija en el envase de helado.

—¡Oh, Dios mío! —Daina se quedó inmóvil con otra cucharada a punto de entrar en su boca. Respiró muy quieta, como si una cobra la estuviera hipnotizando—. ¿Qué hago?

—Dile que no —Bo disimuló una risa—. No puede comer helado.

—¿No? —insistió su amiga en un tono casi suplicante.

Tricks percibió su posición de ventaja y se acercó un poco más, apoyando la cabeza sobre la rodilla de la mujer y ofreciéndole su desgarradora mirada especial capaz de convertir al más rudo de los hombres, no digamos una amiga medio borracha, en un trozo de plastilina entre sus patas.

Bo suspiró. No había que ceder a las súplicas de Tricks porque entonces recibía el mensaje de que, si insistía lo suficiente, al final la otra persona cedería, y esa perra era implacable en sus esfuerzos por conseguir lo que deseaba.

—Tricks, no —ordenó.

Tricks ni se movió.

—Jovencita —insistió su dueña—, he dicho que no —dio dos fuertes palmadas—. Vuelve a tu cama ahora mismo.

A regañadientes, Tricks se alejó, la expresión tan rebelde como la de un bebé frustrado, pero regresó a su cama y se tumbó con un sonoro suspiro... y dándole la espalda a Bo para mostrarle su indignación.

Bo apenas fue capaz de reprimir una carcajada. Convivir con una diva canina, extremadamente inteligente además, era de todo menos aburrido y te mantenía en permanente alerta. Ella era la única persona a la que Tricks obedecía aunque no le gustara la orden, así que tenía que estar siempre pendiente de ella. Pero no le importaba. Adoraba a su perra, a pesar de que durante el complicado primer año a menudo se hubiera arrancado el cabello presa de la frustración. Por muy alfa que fuera Tricks, había tenido que demostrar una y otra vez que ella lo era todavía más, y solo el hecho de que hubiera controlado el asunto de la comida le había alegrado el día.

—Me asusta —admitió Daina mientras se apresuraba a engullir un poco más de helado.

—Claro, por eso te encuentro cada dos por tres tirada en el suelo jugando con ella.

—Yo no he dicho que no la quiera. He dicho que me asusta. Si viviera conmigo, yo sería su esclava.

—Seguramente —Bo devolvió su atención al montón de papeles—. ¿Te apetece echarte una siesta o prefieres interrumpirme mientras intento navegar entre todos estos papeles?

—¿Puedo ayudarte en algo? No sé, leer informes y hacerte un resumen para que puedas poner tus iniciales en la base...

—Estás achispada. ¿Qué fiabilidad tendrían tus resúmenes?

La cafetera empezó a emitir unos ruidos característicos que indicaban que casi había terminado de preparar el café. Bo llenó una taza y se la entregó a su amiga.

—A mí me gusta el café con leche y azúcar —le recordó Daina.

A Bo también le gustaba así, pero, por algún motivo inexplicable, el suministro de ambos productos solía desaparecer y se había acostumbrado a conformarse con el café solo.

—Añádele un poco de helado y problema resuelto.

—Buena idea —Diana vertió cuidadosamente una generosa cucharada de helado en el café y tomó un sorbo. Lo saboreó un rato antes de inclinar la cabeza—. No está mal —tras emitir el veredicto, añadió dos cucharadas más, y habría vertido el contenido del envase entero si no hubiera provocado que el café se desbordara—. ¿Por qué sigues con tanto papeleo? ¿No está todo informatizado?

—Más o menos —Bo contempló el anticuado monitor que descansaba sobre su escritorio—. Quizás. Algún día.

El ordenador, una auténtica antigüedad de más de diez años, necesitaba una renovación desesperada, pero pagar las nóminas de sus policías era

mucho más importante para ella. Se sentía capaz de trabajar con los papeles, incluso de llevárselos a su casa para trabajar con su propio ordenador con tal de que los chicos recibieran un sueldo mínimamente decente, unos coches fiables y todo el equipo que necesitaran. Hamrickville y Bo mantenían una poco convencional relación simbiótica y no iba a ponerse nerviosa por no tener un ordenador nuevo.

—Y volviendo al asunto de ese Kenny Michaels —ella decidió regresar a un tema mucho más interesante—, ¿estás realmente interesada en él?

—Podría ser —su amiga tomó otro sorbo de café con helado—. Pero aún es pronto. Todavía estoy en la fase de intriga.

Sin dejar de darles la espalda, Tricks soltó un lastimero gemido a medio camino entre un quejido y un lamento. Daina volvió a ponerse tensa, la expresión de su rostro de clara culpabilidad, mientras miraba al animal.

—Ignórala —le aconsejó Bo—. Me está delatando por no dejarle darte la lata.

—¿A quién se lo está contando?

—A ti. Eres su única esperanza. Si consigue que cedas, confía en conseguir un poco de helado antes de que yo intervenga y lo impida.

—¿Y qué tal si le doy un poquitín para que se ponga contenta y...?

—No.

—Solo una...

—¡No! Estamos hablando de Tricks. ¿Sabes qué pasaría? Pues jamás volverías a poder comer en su presencia, nada, punto. La tendrías sentada en tu regazo. Yo tendría que encerrarla en otra habitación y entonces me enfadaría contigo.

De nuevo se oyó un prolongado gemido. Daba la sensación de que a la perra se le hubiera partido el corazón.

Daina también le dirigió una mirada de súplica a Bo.

—No me obligues a encerrarte.

—De acuerdo. Pero al menos podrías darle una de sus chu... —la joven se interrumpió antes de poder finalizar la palabra «chuche», ante la furibunda mirada de la policía.

Tricks entendía muchas palabras, y esa en concreto la habría hecho ponerse en pie de un salto al acecho de lo que consideraba una golosina prometida. Peor aún, tras haber oído deletrear la palabra en varias ocasiones, el animal ya se imaginaba a qué se referían y tampoco se le podía engañar por ahí.

—Lo siento —Daina dio un respingo—. Me olvidé. ¿Nunca se te ha ocurrido hacerle pruebas? Estoy bastante segura de que es una superdotada perruna o algo así.

—Yo ya sé que lo es y no necesito hacerle ninguna prueba. ¿Para qué? No tengo intención de matricularla en una buena universidad ni nada de eso.

Su amiga soltó una carcajada, se reclinó en el asiento y rebañó el helado que quedaba en el envase.

—Yo opino que le iría muy bien. Escucha, ponme a hacer algo. Hasta que esté lo bastante sobria para conducir de regreso al salón de belleza lo menos que puedo hacer es ayudarte. Supongo que no habrá nada confidencial ahí, ¿no?

—No, todo es de conocimiento público.

—Pues qué mierda. Ya no tengo motivación.

Bo rio y reanudó la lectura de un informe mientras Daina terminaba el helado y el café. A pesar de las interrupciones, consiguió reducir considerablemente el montón de papeles. La interrupción que no fue capaz de ignorar fue la provocada por Tricks cuando se levantó y fue en busca de la pelotita de tenis para, a continuación dar una palmada en la rodilla de su dueña con una de sus enormes patas. En realidad, más que una palmada fue un cachete.

—¿Hora de dar un paseo, princesa? —Bo rascó al animal detrás de las sedosas orejas y se puso en pie—. ¿Te apetece acompañarnos? —le preguntó a Daina, que consultó la hora en el móvil.

—Claro, ¿por qué no? ¿Cuánto tenéis pensado caminar?

—Unos ochocientos metros.

—¡Ochocientos metros! —su amiga se detuvo con expresión horrorizada—. ¿Y cuánto tiempo nos llevará eso?

Bo ocultó una sonrisa. Solía sacar a Tricks de paseo varias veces al día y para ella ochocientos metros no eran nada. Sin embargo, para Daina, que opinaba que caminar del coche al salón de belleza era una proeza de gasto energético, y que además llevaba zapatos de plataforma, ochocientos metros debía parecer algo irrealizable.

—Quince, veinte minutos, depende de cuánto tenga que olisquear Tricks.

—Lo siento, pero no puedo. Saca el alcoholímetro para ver si ya puedo conducir.

Bo estaba bastante segura de que sí podría, pero en el improbable caso de que Daina tuviera un accidente, el ayuntamiento sería el responsable. De modo que hizo lo que su amiga le había pedido. Tricks no apreció el retraso y le sacudió un par de veces más con la pata antes de propinarle un topetazo a la pierna.

—¡Ya está bien! —exclamó ella—. Aguanta un poco —comprobó la pantalla—. Todo en orden —informó a Daina antes de que otro topetazo la

desplazara hacia un lado—. De acuerdo, de acuerdo, ya voy. Debes tener muchas ganas de hacer pis.

Daina se marchó y Bo cerró la puerta de la comisaría antes de sacar a Tricks por la parte trasera. El animal de inmediato dejó la pelota a los pies de su dueña y echó a correr. Captada la indirecta, ella lanzó la pelota todo lo lejos que pudo, lo cual, tras dos años de entrenamiento de sus músculos lanzadores, era bastante lejos. La perra capturó la pelota al primer bote y se detuvo, colocándose en una hermosa y regia pose, esperando la alabanza que sabía llegaba cada vez que atrapaba la pelota.

—¡Perfecto! ¡Qué bonito salto! —gritó Bo.

Tricks meneó el rabo y abandonó su pose para regresar trotando junto a su dueña, cada movimiento de su cuerpo expresando la felicidad que sentía. A pesar de la urgencia por mear, tuvo que lanzarle la pelota tres veces más antes de que el animal por fin se agachara para aliviarse.

Bo sacó del bolsillo las llaves del Jeep Wrangler rojo, de siete años de antigüedad, y Tricks saltó al asiento del copiloto, donde esperó feliz a que le fijara el arnés del cinturón de seguridad especial para perros.

Mientras salía del aparcamiento, su segundo al mando, y verdadera alma de la comisaría, Jesse Tucker, llegó y detuvo el coche patrulla junto al todoterreno de Bo. Ambos bajaron las ventanillas para poder hablar.

—Estoy harta del papeleo —ella apoyó un codo en la puerta del coche y entornó los ojos, deslumbrada por el sol de mediodía—. A no ser que surja algo, me voy a casa para trabajar un poco desde allí —en sus ratos libres ejercía como escritora técnica freelance y de ahí obtenía el grueso de sus ingresos.

—Todo está tranquilo como siempre —contestó él—. El parte meteorológico indica que esta noche volverán a bajar las temperaturas y puede que nieve algo.

—Mantendré los dedos cruzados para que no suceda.

La primavera, desde luego, no parecía tener prisa por llegar. Desde febrero habían disfrutado de algunos días soleados y cálidos, como ese, que animaban a todo el mundo a pensar que ya se había terminado la temporada de nieve. Pero, a pesar de que según el calendario ya era primavera, el tiempo no había mejorado mucho aún. No era raro que nevara en abril y su trabajo sería el mismo independientemente del tiempo, pero eso no le impedía sentirse contrariada.

—Te informaré antes de irme a casa —le anunció su segundo, a pesar de que siempre lo hacía. Jesse aparcó el coche patrulla y Bo salió a la calle principal de Hamrickville que, en lugar de denominarse «Calle Principal», se

llamaba «Calle Ancha». Varias personas la saludaron a su paso: Harold Patterson, desde la barbería, Doris Brown, que entraba en la pastelería de su propiedad, y también el alcalde Buddy Owenby, que ya caminaba bien después de haberse roto el tobillo en diciembre mientras cazaba ciervos. El alcalde tenía un horario restringido y, al igual que ella, su puesto lo era solo a tiempo parcial. Él, además, era el dueño de la pequeña tienda de ultramarinos que surtía al pueblo. A Bo le caía bien el alcalde Buddy. Llevaba cuatro años en el cargo y era en gran medida el responsable de que una pequeña ciudad como la suya resultara tan viable. Suya había sido la idea de ceder el gobierno de la ciudad, en la medida de lo posible, a los más jóvenes, implicándoles y, sobre todo, manteniéndolos allí. Hamrickville no había sufrido el goteo de pérdidas de sus ciudadanos más jóvenes en busca de pastos más verdes.

Pero si a ella la saludaban muchas personas, Tricks recibía el saludo de, al menos, el doble.

—¡Tricks! —gritaban algunos al paso del todoterreno.

Daba la sensación de que todo el pueblo conociera a su mascota. Por su parte, Tricks permanecía sentada en el asiento del copiloto, la lengua fuera y una enorme y feliz sonrisa perruna en la cara. A pesar de sus maneras de diva, el animal poseía el típico carácter del retriever: alegre, sin el menor asomo de dignidad, y siempre dispuesta a jugar.

Cuando ya se habían alejado unos cuantos kilómetros del pueblo, Bo tomó una carretera secundaria y condujo unos tres kilómetros más antes de llegar al camino que llevaba a su casa. El buzón de correos estaba situado al otro lado de la carretera, de modo que pasó ante el camino de entrada, comprobó que no viniera ningún coche de frente, ni por detrás, antes de virar hacia el arcén derecho para tener un mejor ángulo de giro, luego a la izquierda entre ambos lados de la carretera y recto hasta el arcén izquierdo, junto al buzón de correos. Había realizado la maniobra tantas veces que en ambos arcones había un rastro de neumáticos.

El buzón estaba bastante lejos de la calle, y el arcén era lo bastante ancho como para que otros coches pudieran pasar. Y, si a alguien no le gustaba, pues que se fastidiara. A fin de cuentas era la jefa de policía, y aunque vivía en el campo y no dentro de los límites del pueblo, nadie del departamento del sheriff iba a molestarla con algo tan mundano como la manera que tenía de recoger el correo. Su trabajo no le proporcionaba muchas ventajas, pero las pocas que sí le daba las aprovechaba.

Apagó el motor y se bajó del coche, tirando con fuerza de la apertura del buzón, ligeramente atascada tras haber sufrido el ataque de un par de

adolescentes con un bate de béisbol. Sacó el típico lote de ofertas, folletos, un par de facturas y un enorme sobre que no llevaba remitente. Bo contempló el sobre con desconfianza, fijándose en el sello, el lugar de envío y la fecha. Se lo habían enviado hacía tres días desde la ciudad de Nueva York.

La desconfianza de Bo aumentó. No conocía a nadie en la ciudad de Nueva York, ni en todo el estado.

El sentido común le dijo que una carta bomba sería enviada en una caja, no en su sobre, en el supuesto caso de que tuviera motivos para temer la recepción de una carta bomba, cosa que no tenía. Hamrickville no era precisamente un semillero de delincuencia, ni de ninguna otra cosa.

Le dio la vuelta al sobre y contempló la parte trasera. Estaba en blanco. El papel era grueso y de color crema, del tamaño de una tarjeta de felicitación grande. Y, desde luego, estaba dirigido a ella, pues empleaba su nombre formal: Isabeau, en lugar de Bo.

Tampoco era su cumpleaños.

Una camioneta pasó a toda velocidad haciendo sonar el claxon. Sam Higgins el conductor del autobús escolar, agitó una mano. Ella le devolvió el saludo antes de que la curiosidad la pudiera. Dejó el resto del correo sobre el capó del coche y abrió el sobre.

La tarjeta, en efecto, llevaba la leyenda *Feliz cumpleaños*. En realidad, la frase completa era: *Feliz cumpleaños para una maravillosa hermana*. ¿Qué demonios era eso? Tenía un par de hermanastros y/o hermanastras a los que no conocía. Se consideraba hija única y así le gustaba que fuera. Debía ser un error de identidad, pero ¿cuántas Isabeau Maran podía haber por ahí? Desde luego en Hamrickville, Virginia Occidental, solo había una.

Abrió la tarjeta. Pegada al interior había una pequeña foto de alguien a quien sí reconoció, porque siempre se reconocía a una alimaña de mierda por lo que era, aunque hubieran pasado años desde la última vez que lo había visto y, con suerte, pasarían muchos más, el resto de su vida por ejemplo, hasta que lo volviera a ver.

Debajo de la foto había algo escrito.

Espero que te guste el regalo que te he enviado. Cuídalo bien.

No había ninguna firma. Tampoco la necesitaba.

—¡No me has enviado ningún regalo, gilipollas! —le espetó a la foto. Y, si lo hubiera hecho, ella lo habría quemado.

No había hecho más que pensarlo cuando una llama amarillenta atravesó la tarjeta. Bo soltó un grito y la dejó caer. La tarjeta entera quedó reducida a cenizas antes de que pudiera pisotearla siquiera. De todos modos lo hizo, por si acaso. Solo pensar en el gilipollas de su exhermanastro le provocaba un



estallido de ira, tan potente como la sustancia química con la que él había impregnado la tarjeta. Si esa cosa se le hubiera caído sobre el regazo, ella también habría ardido, aunque a él no le habría importado. Siempre encontraba esa mierda divertida.

Ignoraba por qué la buena suerte la había abandonado y Axel había vuelto a ponerse en contacto con ella después de tantos años, suponiendo que una tarjeta incendiaria pudiera considerarse un «contacto». Sin embargo había conseguido ponerla de un pésimo humor. Estaba tan enfadada que volvió a pisotear las cenizas un par de veces más.

Respirando con fuerza, contempló los restos calcinados. De haber tenido a ese tipo a mano habría intentado estrangularlo. Siempre le había despertado ese deseo y supuso que ella ejercería el mismo efecto sobre él. El odio había sido mutuo y a primera vista cuando la madre de ella se había casado con el padre de él aunque, gracias a Dios, la unión no había durado mucho. De haberlo hecho, sin duda ella, o Axel, estaría en esos momentos en prisión, cumpliendo condena por asesinato. Pero todo eso pertenecía al pasado, aunque ese imbécil parecía tener algún motivo para creer que enviarle una felicitación trampa podría resultar divertido. Además, ¿cómo demonios había averiguado su dirección? Ellos no se mantenían en contacto.

Bob vació el buzón de correos y se metió en el todoterreno. Tricks percibió de inmediato el cambio de humor en su dueña y le ofreció un rápido lametón en la mano mientras ella se volvía a poner el cinturón.

—No pasa nada —la tranquilizó mientras le rascaba detrás de la oreja.

Y con eso todo terminó. La lunática tarjeta de ese idiota la había enfurecido, pero no era más que una tarjeta y ya había disfrutado de su pequeña rabieta. Con esto bastaba. Ese tipo no se merecía que ella malgastara en él ni un ápice más de energía.

Tras comprobar si había tráfico, que no había, cruzó la carretera hacia el camino de entrada de su casa, situada al final de un bosque por un camino que se curvaba y alejaba de la carretera. La casa estaba a unos ochocientos metros de la entrada del camino, sobre un pequeño promontorio, y alejada de la vista desde la carretera. No tenía ningún vecino próximo, la casa más cercana estaba a casi dos kilómetros en dirección al pueblo. No era una casa bien aislada contra el frío, pero tampoco tenía otra opción, de modo que se aguantaba. Al menos disponía de sitio de sobra para que Tricks retozara y jugara, lo cual no era poca cosa.

El trayecto entre los árboles resultaba agradable y ella ya se había acostumbrado a esa cierta sensación de regreso al hogar. Durante unos años había lamentado tener que vivir allí por culpa de los estragos causados, en su

vida y sus planes, por la burbuja inmobiliaria, pero después de un tiempo su postura se había vuelto más filosófica. A fin de cuentas ella tenía su parte de culpa en todo aquello. De haber seguido los consejos de otros, no habría acabado en la difícil situación de invertir todo su dinero en una casa para ver cómo el comprador se largaba, dejándola arruinada y con una casa que no quería y no podía vender.

Y esa casa que no quería era la que en esos momentos llamaba hogar. Se encontraba cómoda allí, aunque indiscutiblemente habría preferido un apartamento en la ciudad. La máxima «si tienes limones, haz limonada», le había proporcionado amigos, una sorprendente sensación de pertenencia, y a Tricks. Contempló a su perra y no pudo evitar sonreír ante la expresión de felicidad dibujada en el peludo rostro. A Tricks le encantaba ir a cualquier sitio, pero en esos momentos era muy consciente de dirigirse hacia su casa, pues se sabía de memoria la rutina del buzón de correos y el camino de entrada. Casa significaba comodidad y familiaridad y todos sus juguetes, además de una siesta vespertina y después la cena.

Bo abordó la última curva y la casa apareció ante ella. Y también un desconocido Chevy Tahoe negro aparcado en el camino. Detuvo el todoterreno y a su mente acudió un horrible pensamiento: ¿Y si Axel había decidido visitarla y esa horrible tarjeta sorpresa era su modo de anunciarse? Entornó los ojos. Si era Axel, ya podía marcharse por donde había llegado, y cuanto antes mejor. No era bienvenido en su casa.

Pero el hombre que descendió lentamente del SUV no era Axel. Una rápida mirada le bastó a la policía para saber que era un extraño, un hombre alto con oscuros cabellos algo greñudos. Bo abrió la guantera y sacó el arma que Jesse había insistido en que tuviera. A su lado, la atención de Tricks estaba fija en ese hombre al que dedicó un emocionado ladrido. Tiraba del arnés del cinturón, ansiosa por bajar del todoterreno. En su mundo, extraño equivalía a alguien nuevo con quien jugar.

Sin embargo, el mundo de su dueña no era tan optimista. Sin apagar el motor, por si acaso necesitaba emprender una huida rápida, bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¿Puedo ayudarle? —las palabras surgieron corteses, en el tono que Jesse le había enseñado a emplear, más alto que el que una mujer emplearía habitualmente, y más autoritario.

—¿Es usted Isabeau Maran? —el hombre apoyó un brazo sobre el SUV.

—Lo soy —el hecho de que supiera su nombre no le hizo mostrarse menos cautelosa.

Además, ese tipo parecía un fantasma, el rostro mortalmente pálido y los ojos hundidos rodeados de negras sombras.

—Me llamo Morgan Yancy —el extraño se pasó una mano por la frente—. Su hermanastro me ha enviado.

## Capítulo 4

—Yo no tengo ningún hermanastro —contestó ella secamente mientras comprendía que ese hombre era el «regalo», que Axel le había enviado.

No sabía qué sentido tenía aquello, y tampoco le importaba. No iba a tener nada que ver con Axel, ni con su regalo, que a pesar de tener más aspecto de broma que de regalo, no le había hecho reír.

—Axel MacNamara —le aclaró él.

Tenía una voz curiosa, débil y falta de aire. Era un tipo grande, al menos alto, pues su cabeza superaba con creces el techo del SUV, y esa vocecilla no encajaba con el resto.

—Ya sé de quién está hablando. Pero da igual.

—Ya me dijo que reaccionaría así.

El tipo miró a su alrededor, paseando la mirada lentamente de objeto en objeto como si el mero hecho de mover los ojos ya le supusiera un supremo esfuerzo. Bo tenía la impresión de que estaba intentando ganar tiempo. De repente cayó en la cuenta de que no tenía aspecto macabro sino enfermizo. Una pátina de sudor le cubría el rostro aunque hacía demasiado fresco para sudar solo por estar esperando sentado en el coche.

—Y tenía razón.

De repente, una idea surgió en su mente y Bo entornó los ojos, observando a ese hombre más detenidamente. Las personas enfermas y débiles hablaban con voz débil, como si no tuvieran la fuerza suficiente para respirar hondo. La palidez de su piel agudizaba la angulosidad de su rostro, la incipiente barba y los círculos oscuros alrededor de los ojos.

Daba la sensación de que el brazo apoyado sobre el techo del SUV era lo único que le impedía desplomarse sobre el suelo. Al contemplar su mano lo confirmó. Tenía las puntas de los dedos blancas por la fuerza con la que las apretaba contra la carrocería. Y sudaba por el esfuerzo que le exigía mantenerse en pie.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella en tono aún desconfiado, aunque con un toque de preocupación que no podía evitar sentir.

—Me dispararon —el extraño se pasó el otro brazo por el rostro para secarse el sudor con la manga de la camisa mientras la miraba con severidad, una severidad que ella sintió perfectamente a pesar de la distancia que los

separaba—. No fue nada divertido, y no me gustaría volver a experimentarlo, de manera que le agradecería que guardara esa pistola.

Era imposible que desde donde estaba pudiera ver la pistola en la mano de Bo, pero debía haber estado observándola detenidamente, imaginándose que al inclinarse dentro del coche había sacado un arma de la guantera. A pesar de lo aislados que estaban, ella no tenía miedo, pero sí era precavida.

—No me cabe duda de que eso le agradaría —contestó ella con un toque de ironía—, pero de momento va a seguir en mi mano. ¿Qué está haciendo aquí?

—Ya se lo he dicho. Me han enviado.

—¿Por qué? —ideas no le faltaban, pues conocía de sobra la perversa manera de funcionar del cerebro de Axel.

—Para recuperarme, y ocultarme.

A su lado, Tricks había decidido que ya había mostrado paciencia de sobra. Le dio un topetazo a Bo en el brazo y volvió a ladrar, las orejas tiesas y los oscuros ojos fijos en el extraño al que aún no había podido saludar adecuadamente. El hombre la miró fugazmente, desestimándola de inmediato al no encontrarla amenazadora. Y era cierto que Tricks no constituía ninguna amenaza, salvo para la ropa limpia, pero Bo no confiaba en la gente a la que no le gustaban los animales, de modo que sus recelos aumentaron de nuevo.

—No lo creo. No lo conozco. No quiero conocerlo y, desde luego, no me apetece tenerlo como compañero de piso.

—Un compañero de piso que paga —le explicó él mientras, lentamente, sacaba un móvil del bolsillo—. Llame a Axel. Él se lo explicará.

—No quiero hablar con ese gilipollas.

—Y sin duda él tampoco tendrá ganas de hablar con usted, pero hará lo que haga falta.

¿Insinuaba que ella no haría lo necesario? Bo lo miró con expresión hostil y desconfiada. Un desperdicio total porque el extraño eligió ese momento para cerrar los ojos y tragar saliva, como si se estuviera esforzando por mantenerse consciente.

Podría ser un buen actor, pero ni siquiera el ganador de un Óscar sería capaz de hacer que su rostro se volviera de color gris. Bo tuvo la alarmante convicción de que estaba a punto de desmayarse sobre el camino de grava.

¡Mierda!

Mascullando entre dientes, apagó el motor del todoterreno y abrió la puerta. Tricks saltó todo lo que le permitió el arnés, deseosa de bajarse.

—Quieta —le ordenó su dueña mientras se bajaba del coche y cerraba de un portazo.

Sus botas crujieron sobre la grava y en el rostro sintió un viento helado que transportaba el limpio olor de la inminente lluvia, o nieve. La perra comenzó a ladrar, manifestando con su letanía el desagrado que le provocaba que la hubieran dejado atrás mientras Bo se aproximaba al SUV Tahoe, pistola en mano y la mirada fija en el indeseado visitante.

Podría haberse ahorrado el esfuerzo, pues ese tipo no parecía capaz de golpear nada que no fuera el suelo al caer. Se aferraba, literalmente, al coche, la rodilla derecha apoyada contra la carrocería, el brazo derecho sobre el techo, la mano izquierda sujetando la puerta.

—Siéntese —ordenó ella con dureza y en el mismo tono que empleaba con su perra cuando Tricks decidía, como solía hacer habitualmente, poner a prueba la superioridad de Bo.

El tono funcionaba con los hombres al igual que con los animales, pues no le dejaba ninguna otra opción. El hombre suspiró con respiración temblorosa y prácticamente se derrumbó sobre el asiento del conductor, medio caído, antes de poder erguirse.

Dentro del todoterreno, el ladrido de Tricks evidenciaba que la paciencia estaba a punto de agotársele, que estaba profundamente contrariada por seguir atada estando ya en su casa donde, normalmente disfrutaba de libertad.

—Muéstreme su identificación —Bo ignoró el ladrido y se detuvo a una distancia prudente mientras ese hombre dejaba el móvil sobre el salpicadero del coche y, laboriosamente sacaba la cartera del bolsillo.

Sujetándola en la mano izquierda, extendió el brazo hacia ella con la evidente intención de que ella tomara toda la cartera. Y lo hizo, con un rápido y brusco movimiento para luego alejarse un poco más, por si él se recuperaba repentinamente y saltaba sobre ella. No lo creía capaz, pero no iba a correr ese riesgo.

En la cartera había dinero suelto, suficiente para hacer una buena cantidad, algunas tarjetas de crédito y un permiso de conducir. Bo miró de la cartera al hombre sentado en el coche. En el permiso de conducir, de Virginia, ponía, en efecto, Morgan Yancy. Pero el Morgan Yancy de la foto tenía un aspecto mucho más saludable que el del coche. El rostro presentaba el aspecto duro de un hombre que se mantenía en óptima forma física, no era un rostro atractivo, pero desde luego sí muy masculino. Cabellos marrones: comprobado. Ojos azules: comprobado, pues estaba lo bastante cerca como para distinguirlo. Los ojos eran de un curioso tono azul, feroz y gélido, como si pertenecieran a un águila, un águila de ojos azules. Según el permiso de conducir medía casi metro noventa: comprobado. Y pesaba... ¿ciento cuatro

kilos? Ni hablar. Al menos estaba quince o veinte kilos por debajo de la cifra que indicaba el permiso, lo cual explicaba por qué la ropa colgaba de sus hombros como si fuera un saco.

A su favor estaba el hecho de que esa ropa que tan mal le quedaba estaba limpia y en buen estado, nada elegante, solo unos vaqueros, botas y una camisa de franela. En su contra que el conocido asesino en serie, Ted Bundy, solía ir limpio y bien vestido, de modo que no demostraba nada.

Tricks volvió a ladrar.

El extraño tomó el móvil del salpicadero y se lo arrojó. Sobresaltada, Bo consiguió atraparlo con una mano sin soltar la cartera que sujetaba en la otra. Un milagro para alguien que no practicaba ningún deporte. Debería haberlo dejado caer al suelo. ¿Quién en su sano juicio lanzaba un móvil?

—Llámelo —le ordenó mientras cerraba los ojos y apoyaba la cabeza contra el reposacabezas del asiento. Respiraba con evidente dificultad.

—No conozco su número.

—Es el único número programado en el teléfono.

Eso sí que era digno de una película de espías, aunque totalmente inútil porque...

—Hace diecisiete años que no hablo con él. Ni siquiera reconocería su voz —aparte de que no tenía ninguna gana de volver a oír la voz de Axel. Jamás.

—Pues apáñese —él ni siquiera abrió los ojos—. A lo mejor conoce algún detalle suyo que nadie más sabe.

Ese tipo daba muchas cosas por sentado, pensó ella con no poco resentimiento. Un completo extraño aparecía sin ser invitado y, evidentemente, esperando que se ocupara de él. O a lo mejor había agotado su energía y no era capaz de continuar avanzando por la carretera. Por su aspecto, Bo se quedó con la segunda opción.

«¡Mierda!». No quería verse mezclada en nada, pero al mismo tiempo no veía cómo podía echar a ese hombre que, evidentemente era incapaz de seguir adelante.

Dio unos cuantos pasos más para alejarse de él, solo por si fingía e intentaba atacarla mientras estaba distraída con el teléfono. No lo creía, pero era muy precavida, y desconfiada. Mirando del teléfono al hombre y de nuevo al teléfono, examinó el aparato. Era un modelo barato, con teclado en lugar de pantalla táctil. Pulsó el botón de llamada y se lo llevó a la oreja.

Tras unos extraños sonidos, y cuando empezaba a pensar que la llamada no había conseguido entrar, sonó un clic y una voz masculina contestó.

—Sí.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Yo también me alegro de hablar contigo —la voz era masculina, madura, y no había manera de identificar en ella a su antiguo hermanastro.

—Lo siento —contestó Bo—. Pero no hablaré con usted ni un segundo más a no ser que me diga algo que le identifique.

—Te diré una palabra: «franjas» —el hombre rio.

Bo sacudió la cabeza, desolada. Aunque «franjas», no lo hubiera identificado claramente, la risa adolescente sí. Sin duda era Axel MacNamara. Nadie más, ni siquiera su madre, sabía que cuando tenía trece años, Bo había decidido, por algún motivo desconocido, que le quedaría muy bien llevar unas franjas, como las de los tigres, en las piernas, que le harían destacar entre la multitud. Echando la vista atrás, seguía preguntándose por qué lo hizo, pero quizás como contestación bastaría que tenía trece años.

Así pues, se había pintado con bloqueador solar unas franjas antes de exponer las piernas al sol. El efecto resultante había sido parecido al de una enfermedad de la piel. Y el único remedio, cubrir el resto de las piernas con el bloqueador, lo cual le había llevado muchísimo tiempo y por eso Axel, el hermanastro infernal, la había descubierto, e intentar igualar el color bronceado. La consecuencia final fue que, ese verano, no había llevado pantalones cortos ni un solo día.

—De acuerdo —admitió ella a regañadientes—. Ya sé quién eres. ¿Qué demonios crees que haces enviándome a un extraño y esperando que yo...?

—Corta el rollo dramático —la interrumpió Axel con el frío desdén que siempre la había sacado de sus casillas—. Ni siquiera yo te habría enviado a alguien peligroso. Bueno, matizaré esto último: ese hombre no es peligroso para ti. Necesita un lugar seguro para recuperarse hasta que yo me haya ocupado de una situación delicada. No sé cuánto tiempo será eso.

—¿Y se supone que debo alojar a un extraño durante un tiempo indeterminado? —Bo observó con atención al susodicho extraño.

Sus ojos seguían cerrados, aunque se mantenía más o menos erguido. Sin embargo, ella no habría podido jurar que estuviera consciente.

—Sí. Aliméntalo y ocúpate también de su colada, porque te aseguro que él no puede hacerlo por sí mismo.

Bo sentía aumentar la tensión, junto con un irrefrenable impulso de darse de cabezazos contra algo. Axel siempre le había provocado ese efecto.

—¿Y qué te hizo pensar que yo te haría un favor alguna vez? —preguntó ella furiosa.

—No lo pienso. Por eso te ofrezco cien mil pavos, libres de impuestos, por hacerlo. Una palabra tuya y el dinero es para ti.



Bo se quedó paralizada. El corazón, la respiración, todo pareció ralentizarse. Cien mil dólares. ¡Cien mil dólares! No era una fortuna, pero sí un enorme impulso para sus finanzas. A pesar de que no bastaría para pagar la casa, sí amortizaría una buena parte del préstamo, le insuflaría oxígeno y aliviaría no poco estrés. Hasta ese momento se dedicaba a sobrevivir, apenas sacando la cabeza fuera del agua, pero no le iría mal hacer un poco más que sobrevivir.

Respiró hondo y se obligó a regresar al mundo real en lugar de lanzarse de cabeza a lo que parecía un estupendo trato. Hacía tiempo que había dejado de saltar sin mirar primero.

—Entiendo. ¿Y exactamente cómo puede ser libre de impuestos? ¿Me pagarías bajo cuerda? Sabes muy bien que el fisco rastrea todo depósito por encima de los diez mil, ¿verdad? No sé en qué estarás metido, pero no quiero formar parte de ello. Además, ¿es verdad que le han disparado? —pensándolo bien, no entendía cómo no había reaccionado a ese detalle cuando Morgan Yancy lo había mencionado. Hasta ese momento no le había llamado la atención.

—Sí —contestó el extraño desde el asiento delantero del Tahoe—. Me dispararon.

Al menos quedaba claro que estaba consciente.

—En el pecho —añadió Axel al otro lado de la línea—. Casi lo matan. Lo perdimos dos veces. Escucha, no puede volver a su casa porque no sabemos quién lo busca ni por qué. Y, de todos modos, ahora no está físicamente bien para cuidar de sí mismo, pero tenía que sacarlo de la circulación rápidamente y llevarlo a un sitio en el que nadie lo buscara. Por otra parte, me gustaría que no estuviera muy lejos. Tu pueblo es perfecto para ambas cosas.

—Supongo que eres consciente de estar hablando por un móvil, ¿verdad? —Bo sacudió la cabeza incrédula—. Y que es más que probable que esté pinchado.

—Estos móviles no. Están encriptados, la señal rebota de un lado a otro y, además, son desechables —Axel hizo una pausa antes de continuar—. Te pagarán lo suficiente para cubrir los impuestos por los cien mil. Y no te preocupes, no van a auditarte. Vamos, ¿sí o no?

Bo no quería tomar una decisión precipitada. El peor error financiero de su vida lo había cometido por saltar sin pensar.

—Necesito tiempo.

—Lo siento. Es ahora o nunca. Ya te he dicho que este teléfono no volverá a ser utilizado nunca más, y es demasiado peligroso contactar conmigo por los medios habituales.

Pero hacía mucho tiempo que ella no tomaba decisiones sin tener algunas respuestas.

—Veamos. Primero: no me gusta que me presionen. Segundo: no me fío de ti, lo cual me hace pensar que tienes miedo de que, si me das tiempo para que me lo piense, descubra qué esconde todo este asunto. De modo que ahí tienes tu respuesta...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Axel parecía irritado, y eso le producía a Bo un inmenso placer.

Dada la diferencia de edad entre ambos, durante el tiempo que sus padres respectivos habían estado casados, ella nunca había salido victoriosa de sus frecuentes discusiones. Pero yo no tenía trece años, y sabía lo que hacía.

—Ciento cincuenta mil —se oyó al otro lado de la línea.

—No te estaba regateando el dinero, pero gracias —contestó ella con frialdad—. Lo tendré en cuenta, caso de que acceda.

—Escucha —por primera vez que ella recordara, en la voz de Axel no había rastro de burla. Le hablaba muy seriamente—. Ya sé que esta situación es inusual. Pero tus circunstancias particulares lo convierten en una ventaja para mis propósitos. Nadie nos asociaría jamás...

—Gracias a Dios —interrumpió Bo, incapaz de resistirse a lanzarle el golpe.

—Lo mismo digo. Pero tú tienes recursos, vives aislada, sin necesidad de trasladarle a un lugar más alejado en caso de que necesite verlo y, sobre todo, necesitas el dinero.

Eso era verdad. Desde el colosal error cometido siete años atrás, el dinero, o más bien la falta de dinero, había estado detrás de cada decisión que había tomado. Con el tiempo había aprendido a tomar buenas decisiones económicas, a comportarse como un adulto y a hacer lo que debía hacerse, lo cual se traducía en tener dos trabajos. En ocasiones una parte de ella aún soñaba con la embriagadora sensación del riesgo y de salir a flote, pero al mismo tiempo era bastante feliz estando donde estaba. Era una felicidad aprendida, pero felicidad al fin y al cabo.

No se avergonzaba de su situación económica. En esos momentos era mucho mejor de lo que había sido, y había salido del pozo por sus propios medios. Aun así, ¿cómo sabía Axel tantos detalles de su vida?

—Te he estado investigando —como si le hubiera leído la mente, su exhermanastro le dio la respuesta.

—Si tan ansioso estás por esconderlo, ¿no habrás dejado algún rastro?

—Para alguien que sepa dónde buscar, sí, pero he utilizado intermediarios, personas de confianza y dado instrucciones únicamente verbales. Hay

muchas capas entre nosotros. Me he asegurado de que estés protegida y permanezcas anónima.

No era propio de Axel mostrarse conciliador, mucho menos agradable, lo cual le indicó a Bo lo importante que debía ser ese asunto para él. Permanecer a salvo sin duda sería importante para Morgan Yancy, al menos mientras siguiera en ese estado. Ella no era una persona sensiblera, pero tampoco canalla, y ya sabía que no iba a echarlo de allí por la sencilla razón de que en su estado no podía conducir. Independientemente de lo que decidiera, de momento iba a pasar la noche en su casa. Ya vería si había recuperado sus fuerzas al día siguiente.

Ciento cincuenta mil dólares...

Bo suspiró. Por mucho dinero que le ofreciera, tenía otras personas en las que pensar.

—No funcionará —concluyó tajante—. Si le persigue un asesino, no pondré en peligro la vida de la gente de aquí. No funcionará.

—No lo harás —le aseguró Axel—. Nadie podrá establecer la conexión, nadie podrá rastrearlo hasta ti. Proporcióname un lugar para que pueda esconderse. Supongo que podría enviarle a otra casa, pero la seguridad ha sido violada y ninguna de esas casas sería ahora segura. Por eso estoy contactando contigo extraoficialmente. El problema es interno.

El dilema era urgente, y enloquecedor. Bo necesitaba el dinero, pero no se fiaba de Axel. No quería a un extraño, y encima herido, en su casa, pero ese hombre no podía marcharse. De modo que iba a permitirle quedarse un tiempo, breve, lo quisiera o no en su casa, a no ser que llamara a Jesse, o a una ambulancia, para que se lo llevara... ¿adónde? Había un médico local, pero, por la pinta que tenía, Morgan Yancy no necesitaba cuidados médicos. Necesitaba tiempo para curarse y recuperar fuerzas. Si lo enviaba a un hospital, quedaría registrado en los archivos informáticos, lo cual significaba que, si Axel no mentía, estaría poniendo en peligro la vida de ese hombre.

Cierto que no se fiaba de Axel, aunque no estaba segura de si era desconfianza de verdad o, simplemente, que le caía fatal. Era evidente que tenía algún trabajo relacionado con el gobierno, pero, considerando el gobierno que tenían, no era precisamente un punto a favor.

—Espera —le indicó mientras sujetaba el teléfono contra el muslo para que su exhermanastro no pudiera oír sus palabras. Se acercó al SUV y se dirigió al extraño—. ¿Yancy?

Él abrió los ojos a medias, iluminando el rostro gris con un breve destello azul.

—¿Sí? —murmuró.

—Axel dice que no hay modo de rastrearlo hasta mí.

El extraño respiró hondo, o al menos lo intentó, y ella percibió lo mucho que le costaba, como si los músculos de su pecho se lo impidieran.

—Por eso he venido conduciendo yo mismo —él tragó con dificultad—. No hay ningún registro, y el Tahoe está limpio, no puede ser relacionado con nadie.

—¿Desde dónde ha venido conduciendo?

El hombre sacudió la cabeza. No iba a decírselo. Dado su estado, seguramente venía desde muy lejos. Eso o... «¡maldita sea!».

—¿Exactamente cuándo salió del hospital?

—Esta mañana —contestó él antes de cerrar los ojos nuevamente.

«Doble ¡maldita sea!».

Quizás lo lamentaría. Casi seguro que lo lamentaría, pero ciento cincuenta mil dólares era mucho dinero y, aunque no se fiaba de Axel, era evidente que el hombre sentado en el coche no suponía ninguna amenaza, al menos no de inmediato. Más aún, confiaba en Axel para que no le delatara y, al parecer, conocía a su exhermanastro mejor que ella, lo cual no era decir mucho puesto que el padre de él y la madre de ella solo habían estado casados durante la friolera de ocho meses. Morgan Yancy apostaba su vida a que podía confiar en Axel.

—De acuerdo —Bo se llevó de nuevo el móvil a la oreja—. Pero, si el dinero no está en mi cuenta dentro de dos días, lo echo de casa.

—Estará —contestó Axel—. Lo tendrás mañana.

Una vez tomada la decisión, para bien o para mal, ella puso en marcha su sentido práctico.

—Iré a buscar el número de cuenta.

—¡Por favor! —la voz al otro lado de la línea estaba cargada de desprecio—. Ya lo tengo —la llamada se cortó.

Había colgado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bo mientras pulsaba la tecla para desconectar el teléfono.

Yancy se removió en el asiento y levantó lentamente la cabeza, como si el esfuerzo fuera mayor de lo que podía soportar. Alargó una mano y ella le devolvió el móvil. Con suma destreza, abrió el teléfono y retiró la batería, como si lo hubiera hecho mil veces.

Habiendo decidido que ya bastaba de tanta tontería, Tricks volvió a ladrar, pero en esa ocasión empleó su ladrido especial. Tenía todo un repertorio de sonidos diferentes que empleaba para doblegar a su antojo la voluntad de los humanos, y el agudo y desgarrador ladrido de cachorro era su as en la

manga. Era la versión perruna de, «¡Mami ayúdame!». Y aunque Bo sabía que la estaba manipulando, normalmente le divertía tanto oírlo que accedía a los deseos de la perra. Y en esos momentos, Tricks quería salir del todoterreno, así de sencillo.

—Ahora mismo vuelvo —Bo se apartó, dejando al extraño en la misma posición.

Se acercó al todoterreno mientras se ajustaba la chaqueta vaquera pues empezaba a sentir escalofríos. La temperatura había descendido varios grados desde su llegada a casa. Abrió la puerta del copiloto y, tras guardar la pistola en el bolsillo de la chaqueta, soltó a Tricks. No temía que Yancy fuera a saltar sobre ella, pero tampoco pasaba nada por mostrarse cautelosa.

Tricks tomó la pelota de béisbol y saltó del coche, el cuerpo entero bamboleándose de felicidad. Antes de que su dueña pudiera sujetarla por el collar, había desaparecido, directa hacia el Tahoe, directa al asiento del conductor. A Tricks le encantaba conocer gente, pero quizás Morgan Yancy no fuera un amante de los animales, o no estuviera de humor para lametones y empujones para que lanzara la pelota, acción que, para el animal, era el mayor honor que pudiera concederle a alguien.

—¡No! —ordenó Bo mientras corría tras su mascota, aunque sabía que ya era demasiado tarde. Al menos esperaba que Tricks no saltara sobre el regazo de ese tipo.

Tras rodear la parte trasera del Tahoe, se detuvo bruscamente. Tricks, por supuesto, estaba plantada junto a la puerta, levantada sobre las patas traseras y apoyando las delanteras sobre el marco de la puerta, el rostro al mismo nivel que el del extraño, que había abierto los ojos y girado la cabeza de manera que se encontraban casi nariz contra nariz. Pero, antes de que él pudiera reaccionar, Tricks bajó ligeramente el morro y le olisqueó el cuello, luego el pecho sobre el que se detuvo en un punto, como si hubiera encontrado algo interesante. Bo permanecía inmóvil, preguntándose si sería en ese punto donde habría recibido el disparo.

La perra no paraba de mover el morro por encima y alrededor de ese punto, sin llegar a tocarlo. El extraño permanecía sentado muy quieto mientras el animal le ofrecía la olisqueada más concienzuda que sin duda habría experimentado en su vida. Seguidamente empezó a lamerle la camisa con suma delicadeza, siempre sobre el mismo punto, y por último bajó las patas delanteras y apoyó la cabeza sobre el muslo del hombre.

Bo suspiró. Ya lo había visto en otras ocasiones. Tricks siempre parecía saber si alguien estaba triste, enfermo o herido, y siempre le ofrecía a ese alguien el consuelo de su compañía.

—Vamos, princesa —la llamó ella con dulzura, dándole una palmada en la cabeza—. Levántate, ¿quieres? —tras acariciarle el lomo, se colocó entre la perra y el hombre—. ¿Ahí fue donde te dispararon? —si iba a alojarle en su casa, muy bien podía tutearle, aunque le habló en un tono más brusco que el que había empleado con la perra.

—Sí —murmuró él—. Justo ahí.

—Intentaré mantenerla alejada de ti. Se pone muy pesada hasta que se acostumbra a alguien —Bo lo miró detenidamente. Desde luego ese tipo tenía un aspecto horrible.

A continuación desvió la mirada hacia la puerta de la casa. En una situación normal, la distancia no debería ser un problema, pues estarían a menos de veinte metros. Pero la situación no era normal, porque ese tipo parecía necesitar ayuda hasta para caminar veinte metros. Estaba segura de que no podría cubrir esa distancia él solo. En cambio ella podría intentar acercarlo un poco.

—Si te sientes capaz de pasarte al asiento del copiloto, acercaré el Tahoe a la terraza para que no tengas que andar tanto.

A ella le hubiera parecido bien si estuviera en su caso. Debía ser práctica en cuanto a la logística para meterlo en la casa y cuidar de él porque una cosa era segura: era incapaz de hacerlo él solo.

—Puedo ir andando desde aquí —le aseguró él con severidad mientras alzaba el demacrado rostro y miraba la casa como si fuera un enemigo a batir.

El estómago de Bo se encogió ante la feroz determinación que vio en su mirada. Y supo que iba a intentarlo, aún a sabiendas de que no podría lograrlo, lo intentaría de todos modos, y seguiría intentándolo hasta derrumbarse inconsciente sobre el suelo. Esa clase de férrea voluntad a ella, sencillamente, no le entraba en la cabeza.

—No, no puedes —en su voz no había ni gota de simpatía—. Apenas puedes tenerte en pie. Si prefieres conducir tú mismo, perfecto, acerca el coche hasta que el lado del conductor esté lo más cerca posible de la terraza. Si no puedes, apártate para que lo haga yo. La otra opción es que te quedes sentado en el coche toda la noche porque, si te caes de bruces al suelo, no voy a poder levantarte.

No había sido una manera muy sutil de presentar la situación, pero qué demonios. Aunque había accedido a ocuparse de él, y aunque le pagaban muy bien por hacerlo, seguía alterada por ver invadida su casa por alguien a quien no había invitado, de ahí la falta de simpatía. Además, no le parecía la clase de persona que respondiera ante la simpatía de los demás, aunque tampoco lo conocía, y aún no se sentía capaz de evaluar su personalidad o

comprender lo que debía haber sufrido. Pero, si a ella le hubieran disparado y tuviera el aspecto que tenía ese hombre, a esas alturas estaría harta de tantas ayudas.

—Puedo conducir —murmuró él.

—De acuerdo —Bo asintió y cerró la puerta.

Metió a Tricks en la casa y cerró la puerta para mantenerla dentro. El animal, por supuesto, corrió a la ventana y apoyó las patas delanteras sobre el alféizar, inclinando la cabeza de un lado a otro mientras observaba detenidamente las extrañas maniobras. Bo esperó en la terraza mientras Yancy ponía el motor en marcha y lentamente describía un amplio círculo con el Tahoe, deteniéndolo justo frente a la puerta de la casa.

Antes de que ella pudiera acercarse al coche, él se bajó, esforzándose por mantenerse erguido. Se había excedido tanto que cada movimiento que hacía le resultaba agónico.

—¿Has traído equipaje? —preguntó ella mientras se colocaba entre el hombre y su coche y encajaba el hombro izquierdo bajo su brazo derecho.

—Macuto —contestó él con una voz débil que reflejaba tal agotamiento que resultaba casi inaudible—. En la parte trasera.

Bo arrugó la nariz. Ese hombre estaba muy caliente y olía... a enfermo. No se le ocurría otra manera de describir la mezcla de sudor y medicamentos, quizás antibióticos para que no se le infectara la herida, y también un toque de esparadrapo.

—Ya volveré a buscarlo.

Por el aspecto que tenía ese tipo, cuanto antes lo metiera en la casa, mejor. Intentó sujetarlo, pero no era sencillo. Aunque fuera una mujer más alta que la media, él le sacaba como mínimo la cabeza, y aunque era evidente que había perdido peso, seguía pesando más que ella. Desde su llegada se había debilitado notablemente y se apoyaba pesadamente sobre ella, apenas capaz de arrastrar los pies por el suelo. Solo tenía que subir un peldaño, afortunadamente, porque Bo no lo creía capaz de más, ni siquiera con su ayuda.

Tricks los recibió dando saltitos a su alrededor, colocándose en medio y molestando todo lo que podía mientras su dueña intentaba acercar al invitado al sofá.

—Apártate —la reprendió Bo—. ¿Dónde está la pelotita?

Distraída, Tricks corrió en busca de la pelota de tenis. Al no encontrarla en el primer lugar en que la buscó, inició un cacería que le proporcionó a Bo unos cuantos segundos para poder acomodar a ese hombre en el sofá.

—Vamos, tumbate —le ordenó ella mientras colocaba un cojín para que apoyara la cabeza.

Un destello de resentimiento asomó al rostro del extraño, seguido de inmediato por un gesto de resignación. Lentamente se dejó caer, estirándose en el sofá, que le quedaba corto. Los pies le colgaban de un extremo, pero no se podía hacer nada al respecto. Tras emitir un prolongado suspiro, él cerró los ojos. Bo esperó unos segundos. Tenía la impresión de que no estaba cómodo y al final optó por colocar otro cojín bajo sus rodillas. El hombre ni se movió.

Irguiéndose, giró los hombros para aflojar los músculos. El esfuerzo de ayudarlo a entrar en la casa le había arrancado sudores.

Tricks había encontrado la pelota de tenis y se la llevó a su dueña, empujándola contra su mano.

—Buena chica —la alabó ella, rascándole detrás de las orejas.

El animal olisqueó al hombre tumbado en el sofá antes de revolverse feliz ante la presencia de alguien nuevo en casa. Dio un par de saltitos y ladró con suavidad hacia Bo antes de correr de su cajita de juguetes al sofá una y otra vez hasta que hubo depositado un montón de peluches, palitos de goma y pelotas junto a él.

La respiración de Yancy se había hecho más profunda. Quizás se hubiera dormido. En cualquier caso, permanecía ignorante del creciente montón de ofrendas. Al menos el trasiego mantenía a Tricks ocupada.

—Adelante, chica —la animó Bo mientras el animal seguía buscando juguetes y ella se disponía a salir a buscar el macuto.

El pesado petate le arrancó más de un gruñido mientras lo sacaba del Tahoe. Pesaba tanto que no pudo evitar dejarlo caer al suelo. Era evidente que él no lo había metido en el SUV. Seguramente tampoco lo había llenado él mismo.

Resoplando, agarró el macuto por un lado y lo arrastró hasta el interior de la casa, donde lo dejó caer de golpe. Contempló las escaleras que conducían a la planta superior, donde estaban los dormitorios, y reflexionó sobre la logística de su invitado. Dudaba mucho que fuera capaz de subir hasta el dormitorio de invitados, y eso significaba que iba a tener que dormir en el sofá. Y tampoco tenía sentido subir la pesada bolsa si la iba a necesitar abajo. Al menos disponía en la planta baja de un cuarto de baño completo. De lo contrario habrían tenido un serio problema. De momento, lo único que podía hacer era acercar el macuto al sofá para que pudiera alcanzarlo si necesitaba algo.



A pesar de las idas y venidas de Tricks, él seguía con los ojos cerrados. Bo se detuvo un instante a pensar en todo lo que haría falta: preparar comida para ambos y, seguramente, ayudarlo a ir al baño.

—¿Estás despierto? —preguntó en un intento de calibrar la situación.

Sin respuesta.

¿Eso era bueno o malo? Si estaba durmiendo, era bueno. Pero, si había perdido el conocimiento, podría ser muy malo. No debería molestarlo si dormía. Pero, si estaba inconsciente, no hacer nada podría matarlo.

Era todo un dilema.

«Mejor cometer un error y tener que pedir perdón que no hacer nada», recordó el dicho. Inclinandose sobre él, lo sacudió suavemente del hombro.

—Eh...

No pudo decir nada más porque el extraño abrió los ojos de golpe y su brazo derecho se disparó, la mano agarrándola del cuello, los dedos hundiéndose en su garganta, impidiéndole respirar. Durante un instante ella solo vio el destello azul de sus ojos llenando su campo de visión mientras, rápidamente, empezaba a enturbiarse. Una sensación de pánico la asaltó, ardiente y ácida. La brusca certeza de que iba a morir se transformó en una instintiva rabia y, sin pensárselo dos veces, ni ver hacia dónde apuntaba, propinó con todas sus fuerzas un puñetazo en el rostro de ese tipo. El impacto le provocó un calambre hasta el codo.

—¡Mierda! —exclamó él mientras le soltaba el cuello.

Bo se tambaleó hacia atrás, luchando por respirar, la mano en la garganta, masajeando la dolorida piel.

—¡Mierda! —exclamó ella también, en cuanto consiguió inspirar un mínimo de aire.

Se contemplaron el uno al otro desde una aceptable distancia de seguridad.

El que se hubiera inventado el dicho sobre mejor pedir perdón que tal y tal y tal era un imbécil.

Ese hombre no llevaba ni cinco minutos en su casa y ya había intentado matarla. Aquello no podía salir bien.

## Capítulo 5

Debería haber imaginado que Axel le mentiría. «No supone ninguna amenaza para ti». ¡Sí claro!

Bo lo contempló y sacudió la mano con fuerza. Sacudirle un puñetazo en el rostro a alguien dolía. Seguramente también le había dolido a él, pero ese era su problema. El extraño se sentó con mucho esfuerzo y se palpó la nariz. Un poco de sangre corrió por su cara y se la limpió con el dorso de la mano.

Durante un segundo ella sintió una punzada de culpabilidad, aunque tampoco demasiada, por haber golpeado a un hombre herido. El sentido común le decía que no debía enfadarse, pero ese tipo había intentado estrangularla y el sentido común no era su fuerte en esos momentos. Ni siquiera lo había provocado. Por débil que estuviera él, Bo era muy consciente de que podría haberla matado, y lo habría hecho de no darse cuenta de lo que hacía y de quién era ella.

No le apetecía verlo sangrar en su sofá, de modo que hundió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo de papel limpio, de los que siempre llevaba por si Tricks la babeaba inesperadamente, y se lo ofreció. Él lo tomó y se limpió la sangre del rostro y después del dorso de la mano. No parecía querer mirarla a la cara.

Pues mala suerte para él.

—¿Qué demonios? —exigió saber, sin darle más detalles, aunque tampoco hacía falta ser un genio para adivinar a qué se refería.

—Lo siento —murmuró él mientras sujetaba el pañuelo contra la nariz—. Es que... no vuelvas a sacudirme, ¿de acuerdo? Grita, o arrójame algo.

—Pues claro que te voy a arrojar algo —irritada, Bo comprendió que prácticamente estaba admitiendo que no iba a echarle de su casa. Había firmado un pacto con el diablo, e iba a cobrar por ello.

Además... no era estúpida. A fin de cuentas a ese tipo le habían disparado, y sabía sumar dos más dos.

—¿Fue en combate? —preguntó.

Él se encogió de hombros y se quedó paralizado ante el evidente dolor que le provocó el movimiento.

—Más o menos —contestó después de unos segundos.

Bo no entendía cómo podía haber «más o menos» combate. O luchabas o no luchabas. Aun así, bastaría con eso. Había captado la idea. Seguía

enfurruñada por el incidente, pero lo entendía. De pie, los brazos cruzados sobre el pecho, taladrándolo con la mirada, volvió a hablar.

—De acuerdo —asintió—. Pero no vuelvas a estrangularme.

—Intentaré no hacerlo —los ojos azules la miraron penetrantes mientras seguía secándose la sangre que manaba de la nariz—. Sacudes buenos puñetazos. ¿Qué tal la mano?

—Me duele.

—Y a mí la nariz.

—Me alegro.

Tenía toda la pinta de estar a punto de desplomarse y Bo se preguntó si, en caso de que lo hiciera, lo levantaría o lo dejaría tirado. No, lo levantaría. De lo contrario, Tricks se volvería loca de contenta pensando que un humano tirado en el suelo era un nuevo juego. Pensar en su perra le hizo buscarla con la mirada. De la cocina le llegó el sonido de unos grandes sorbos. Era Tricks bebiendo agua. Devolvió su atención al invitado y lo descubrió observando atentamente el montón de peluches y muñecos de goma frente al sofá. El pecho subió y bajó cuando, con mucho cuidado, intentó respirar hondo.

—¿Una trampa cazabobos? —preguntó al fin.

Como si supiera que hablaban de ella, Tricks abandonó el cuenco de agua y se unió a ellos con otro juguete más en la boca. Un pollo de goma que hacía ruido cada vez que lo apretaba, y con el que nunca había jugado mucho, pero que mordió repetidamente, para reproducir lo que se suponía era un cloqueo, antes de soltarlo sobre su regazo.

—Sobornos —le explicó ella—. Intenta seducirte para que juegues con ella.

Él contempló el pollo de goma tumbado sobre sus piernas. Tricks lo empujó un poco más, como si intentara animarle a que lo tomara en la mano.

—Pues va a tener que ser algo mejor que un pollo.

—No se rendirá hasta que cedas, mi consejo es que cedas.

—¿Y no podrías encerrarla en una jaula o algo así? —él la miró contrariado, la expresión a medio camino entre irritada y agotada.

En realidad tenía razón y, normalmente, Bo ya habría obligado a su perra a comportarse, pero estaba tan enfadada que no tenía ninguna intención de darle un respiro.

—Antes te encerraría a ti en una jaula —espetó—. Ven aquí, bonita —dio una palmada y Tricks acudió rauda, frotando el hocico contra la rodilla de su dueña. Bo se agachó para acariciarla antes de devolver la mirada, con los ojos entornados, al intruso—. Esta es su casa, no la tuya. Estás aquí solo porque yo lo tolero.

—Estoy aquí porque necesitas el dinero —contestó él. A pesar de su estado, no iba a achantarse.

Saber que ese tipo tenía razón no le ayudó a calmar el mal humor. Por otra parte, seguir discutiendo con él sería infantil. Bo apretó los dientes.

—Tienes razón —admitió a regañadientes—, y esto no nos está llevando a ninguna parte. De todos modos, intentaré mantenerla apartada de ti. Y, antes de que te vuelvas a desmayar, necesitas comer algo. ¿Qué te apetece?

—No tengo hambre.

—De acuerdo. Te prepararé un batido.

—No, gracias —él la miró con expresión consternada—. De verdad que no tengo hambre.

—No he preguntado si tenías hambre —el tono de Bo era de lo más seco—. Si no tomas algo estarás cada vez más débil. Es de sentido común. Si no te ves capaz de tomar nada sólido, puedo preparar un batido con mantequilla de cacahuete, leche, plátanos... esas cosas. Al menos así tomarás algo nutritivo.

—¿Y qué tal simplemente un poco de leche?

—Me parece bien, siempre que lleve mantequilla de cacahuete y plátano.

Él murmuró algo inaudible. Sin embargo la expresión en el rostro de Bo indicaba claramente que, o se lo tomaba o se lo llevaba puesto, de modo que al final claudicó.

—Me da igual, haz lo que quieras.

Eso era lo que tenía intención de hacer. Bo se dirigió a la cocina, en el centro de la planta baja diáfana. Vivía en un granero. Un granero de verdad. Ella misma había supervisado el diseño y la remodelación, aunque la intención no había sido vivir allí, porque ella nunca había sentido deseos de vivir en un granero. Lo había hecho para un cliente que luego la había dejado en la estacada, endeudada y dueña de un granero que no quería, situado en un lugar que ella no había elegido para vivir.

Pero al final había salido bien, no podía decir lo contrario. El granero era suyo, y había construido su vida allí, en ese pequeño rincón de Virginia Occidental, con sus montañas, ríos y mucho espacio para Tricks. Tenía amigos, un trabajo, en realidad dos, y estaba más que contenta con todo ello.

La cocina era un cuadrado con mucha luz, enmarcado por unos postes que lo delimitaban. El suelo era de pizarra, siendo el del resto de la planta de tarima de madera. Era un espacio tan abierto que le permitía mantener al mismo tiempo un ojo sobre Tricks y Yancy mientras echaba diversas cosas a la batidora, leche, yogur, mantequilla de cacahuete, un plátano, esencia de vainilla. No puso mucha cantidad de cada cosa porque no lo creía capaz de comer mucho. Al menos eso creía, puesto que ella nunca había estado

seriamente enferma o herida, pero se imaginaba que el apetito de su huésped tardaría en regresar. El truco estaba en mantenerlo bien nutrido mientras mejoraba. El trato consistía en proporcionarle un lugar seguro para que pudiera recuperarse, ¿no? En cuanto estuviera bien y pudiera cuidar de sí mismo se largaría. Por tanto, cuanto mejor lo cuidara, aunque tuviera que obligarle a comer, más rentable le saldría todo aquello.

Además, le gustaba la idea de obligarle a hacer algo. No solo había intentado estrangularla, a ese tipo no le gustaba Tricks. Y lo segundo era lo más grave. Ciertamente había muchas personas que no eran amantes de los animales, pero, considerando su situación, se había mostrado bastante grosero al respecto. Ni siquiera debía ser alérgico porque no había estornudado, ni nada parecido, ni una sola vez desde que estaba tumbado en el sofá, el lugar favorito de la perra para tumbarse. Algunas personas eran simplemente intransigentes sin motivo alguno.

Añadió un poco de hielo a la mezcla y puso en marcha la batidora. Cuando el contenido tuvo un aspecto cremoso, la apagó y llenó un vaso en el que metió una pajita. A continuación, lo llevó al sofá.

—Toma —dejó el vaso sobre la mesita—. Que aproveche.

Sin mucho entusiasmo, él tomó el batido y probó un sorbo. No debía estar tan malo como se había temido, pues a continuación tomó varios sorbos más antes de suspirar y dejar el vaso en la mesita.

—Gracias —el tono de voz no era amable, pero al menos se lo había agradecido.

—De nada. Tengo que sacarla de paseo —al oír la palabra «paseo», Tricks tomó la pelota de tenis y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo, el cuerpo entero vibrando de anticipación—. Estaré fuera unos veinte minutos, quizás algo más. ¿Quieres que encienda la televisión?

—No, solo quiero tumbarme y descansar un rato.

—De acuerdo. Tómate el resto del batido.

Bo estuvo a punto de no cerrar la puerta con llave, pero de repente pensó que era bastante probable que él se durmiera de nuevo, lo cual sería lo mismo que dejar la casa desprotegida. Sin decir nada, fue en busca de las llaves y la pistola, como solía hacer siempre, y se puso un abrigo más grueso, cubriéndose la cabeza con la capucha. El viento se había vuelto claramente gélido y unos negros nubarrones que descendían de la colina presagiaban el comienzo inminente de una nevada.

Bo cerró la puerta con llave y atravesó el patio. Tricks, como de costumbre, dejó caer la pelota a sus pies y echó a correr, segura de que su dueña la lanzaría en la dirección que ella había elegido.

Tenían una ruta fija, un sendero que había sido dibujado por los cientos de paseos que había dado desde que tenía a Tricks. El sendero bordeaba el bosque y Bo se mantuvo bien apartada de un lago oculto en el que a veces dejaba que la perra nadara en verano. Ir al lago era un premio, no formaba parte de la rutina. Más allá del bosque había una pradera, y más allá más bosque por el que el sendero ascendía hasta una elevada colina. Durante sus primeros paseos con Tricks, Bo solía llegar a la colina sin aliento, y desde luego ni se le ocurría subirla, pero desde hacía tiempo la coronaba sin problema. Durante todo el trayecto lanzó la pelota una y otra vez, mientras la perra iba y volvía sin parar.

Era el mejor momento del día, salir de paseo con su perra, oír el crujido de las botas al pisar las hojas secas, ver lo feliz que era Tricks corriendo sin parar.

Le habría gustado dar un paseo más largo, por si el tiempo se ponía feo durante la noche y no pudiera pasear a Tricks al día siguiente. Pero la esperaba su segundo trabajo en casa, y no podía prolongar el paseo eternamente.

—Vamos a casa, chica —anunció.

Con un alegre movimiento del rabo, Tricks se dio media vuelta.

Habían desandado la mitad del camino cuando, de repente, se hizo un profundo silencio a su alrededor. El viento cesó de golpe y unos silenciosos copos de nieve comenzaron a caer sobre ellas, decorando el pelaje dorado de Tricks como si fuera confeti. Bo sacó el móvil del bolsillo y tomó unas cuantas fotos de su mascota con la cabeza cubierta de copos de nieve porque estaba muy bonita con esa decoración que se derretía rápidamente sobre ella. Tricks adoraba a la cámara y enseguida se detenía para posar, los ojos brillantes y sonriente, como si supiera lo bien que salía en las fotos.

—Buena chica —exclamó Bo con voz cantarina mientras se agachaba para acariciar la cabeza de su perra, que se acurrucó contra ella durante unos segundos antes de continuar el paseo.

Para cuando hubieron llegado a la casa, la ventisca había parado, pero dado el frío que hacía, no sería raro que volviera a nevar.

Al entrar en la casa, vio a su invitado profundamente dormido sobre el sofá. Tricks trotó hasta él y reanudó su exploración olfativa de pies a cabeza. Bo estuvo atenta a cualquier movimiento, pero Yancy ni se movió y, después de un minuto, la perra lo abandonó por uno de los peluches que seguían amontonados junto al sofá. Comenzó por agitarlo en el aire y luego corrió con él hasta su cama donde lo golpeó un par de veces contra el suelo antes de abandonarlo y elegir otro.

Ella revisó el contenido del vaso. Se había bebido casi la mitad del batido, lo cual seguramente no estaba nada mal por esa vez. Así pues, vertió las sobras por el fregadero.

Aún faltaba un poco para dar de comer a Tricks, y comer ella misma, de modo que se dirigió a la pequeña zona que utilizaba como despacho, debajo de la escalera, y abrió el archivo del ordenador. El proyecto en el que estaba trabajando no era demasiado interesante. Tenía que convertir el lenguaje técnico sobre el funcionamiento de una videocámara a un lenguaje que todo el mundo fuera capaz de entender. Era algo que se le daba muy bien. La ayudaba mucho tener el producto en sus manos, pero, cuando no era posible, era capaz de hacerlo con esquemas. Siempre que pudiera visualizar la acción, podía describirla.

Uno de los acuerdos a los que había llegado con el ayuntamiento era que le proporcionaran Wi-Fi en su casa, así podía recibir y enviar todos los datos que necesitaba en su trabajo sin tener que recurrir a la Wi-Fi de la biblioteca. Solo con eso había mejorado notablemente su productividad. Siempre tenía algún trabajo pendiente y se esforzaba mucho por entregar los proyectos en la fecha límite, o antes, de modo que a lo largo de los años el negocio y sus ingresos habían crecido, al menos lo suficiente como para mantenerla a flote tras quedarse colgada con el granero y la deuda personal que había adquirido para finalizar ese proyecto. Con ese golpe había concluido su breve negocio de reformas de casas, y había vuelto a la escritura técnica para poder comer.

En ocasiones Bo se maravillaba al pensar en cómo había cambiado su vida por ese mal negocio. En su momento, el pánico se había apoderado de ella, pero si el cliente no la hubiera dejado colgada con el granero, se habría trasladado a otra ciudad, a otra casa, y no habría echado las raíces que tenía allí. El concepto de «raíces», había sido ajeno a ella. Solía ir de un lugar a otro, sin ningún apego hacia lugares o personas. De repente la vida la había atrapado y allí estaba. Tenía un sitio que se había convertido en su hogar, tenía amigos, y muy buenos, y tenía a Tricks. Con todo, al final había concluido que había salido ganando con aquel negocio. Claro que en ocasiones desearía acudir a un concierto o visitar un museo, comer en un restaurante con una carta de vinos decente, y algún día se iría de vacaciones para hacer todo eso, pero curiosamente estaba contenta con lo que tenía. Nadie podría estar más sorprendido que ella misma.

Tricks se acurrucó sobre la alfombra, junto a la silla de Bo y se echó una siesta. Con la perra y el hombre dormidos, ella disfrutó de un par de horas de profunda concentración y terminó uno de los proyectos una semana antes de tiempo, pudiendo así comenzar otro. Cuando su estómago le recordó que era

hora de comer, se apartó del escritorio y estiró los músculos. La perra levantó de inmediato la cabeza, con expresión de alegre anticipación porque ella también sabía que era hora de comer.

Bo se acercó al sofá y comprobó que Yancy ni se había movido. ¿Lo despertaba e intentaba que comiera algo, en el mejor momento para ella, o esperaba a que él despertara por su cuenta? Había llegado a su casa agotado, y lo mejor sería que durmiera, incluso toda la noche, lo que le planteó otro problema.

¿Qué pasaría si lo dejaba dormir, se acostaba ella misma y lo dejaba solo ahí abajo? Intentó anticipar posibles sucesos si se despertaba desorientado, en un lugar extraño sin una luz para guiarle hasta el cuarto de baño si necesitaba usarlo. Claro que tampoco sabía dónde estaba el cuarto de baño, y ella desconocía si tendría la fuerza suficiente para dar vueltas buscándolo.

Dudaba mucho que le encontrara el lado gracioso si le dejaba una botella vacía con una nota que dijera «Usa esto».

¿Dónde estaba el orinal cuando lo necesitaba? Le encantaría dejarle uno a su alcance. Si alguien hiciera algo así por ella, se sentiría furiosa y humillada, pero, bueno, a fin de cuentas seguía ofendida por todo el asunto del estrangulamiento.

Soltó un suspiro. Debía comportarse como un adulto. Una pena. Por otro lado, él le había pedido que le arrojara alguna cosa. Y eso podía hacerlo. Y tanto que podía.

Estaba tumbado sobre los cojines, pero los peluches de Tricks eran lo suficientemente blanditos y estaban convenientemente apilados frente al sofá, de modo que Bo ni siquiera tenía que ir a por ellos. Eligió un osito y se lo lanzó a la tripa.

—¡Eh!

Nada. Él ni siquiera movió un músculo.

Tricks levantó la cabeza de golpe, muy atenta al nuevo juego. Se acercó trotando, alerta, ansiosa. Para apartarla, porque ese animal era muy capaz de saltar sobre el estómago de Yancy para recuperar su osito, Bo dejó caer el patito que tenía en la mano y se dirigió a ella.

—Vamos, cielo, hora de comer —solo la comida era capaz de distraer la atención de Tricks del juego.

Con su mascota dando brincos a su lado, ella regresó a la cocina, destapó el contenedor de plástico y sacó la cantidad adecuada. Y como a Tricks le gustaba animar su comida con alguna chuche, le añadió unos trozos de pavo antes de dejar el cuenco sobre el comedero elevado.

Tricks contempló el menú y levantó la vista. Y esperó.



—Ya veo, es uno de esos días —Bo suspiró. Llevaba toda la vida de Tricks luchando en sus guerras alimenticias y sabía cómo proceder.

Pero ese día no iba a funcionar.

Bo se agachó, tomó una croqueta del cuenco y se lo ofreció. El animal volvió la cabeza, como si la croqueta no fuera merecedora de su atención y le hubiera ofendido que su dueña se la hubiera ofrecido.

Bo dejó la croqueta de nuevo en el bol y empezó a rascar al animal detrás de las orejas mientras le decía con voz melosa lo guapa que era, que era el cachorrito más bonito del mundo, y que a veces le arrancarían la cabeza por ser insoportable. Sin embargo, el tono de voz empleado era tan dulce que Tricks se lo tragó. Bo le ofreció otra croqueta. En esa ocasión, la perra la olisqueó como si tuviera alguna posibilidad de gustarle, pero volvió de nuevo la cabeza. Bo repitió el proceso de rascado de orejas y palabras dulces, y eligió una tercera croqueta. Tricks la olisqueó, consideró durante un minuto si la había alabado lo suficiente y por fin tomó la croqueta de manos de su dueña. Debió pasar la inspección, pues tras un animado movimiento de cola, y sin más necesidad de que la animaran, hundió la cabeza en el bol y empezó a comer.

Bo puso los ojos en blanco ante la diva perruna y, dejándola ocupada en comer, corrió de nuevo junto a su invitado/paciente que, por cierto, era más problemático que su perro.

Recogió el pato de peluche del suelo y se lo arrojó. Aterrizó sobre su estómago. Ni se movió.

—Maldita sea —murmuró ella mientras elegía una jirafa con una sola pata.

Tricks le había arrancado las otras tres patas, pero utilizaba la que le quedaba para zarandear al bicho de un lado a otro cuando lo estaba «matando». Bo sabía que su perro no iba a tardar mucho en terminar de comer y tenía que despertar a Yancy antes de que eso sucediera. Hizo acopio de más fuerza y arrojó el peluche. Aterrizó en plena cara.

Yancy despertó del mismo modo en que lo había hecho la otra vez, cuando había intentado estrangularla, pero en esa ocasión su enemigo era un animal de peluche. Bo percibió el iracundo brillo en los ojos azules mientras él se incorporaba, soltaba un gruñido y volvía a desplomarse sobre el sofá, la mano libre sobre el pecho y una expresión de dolor en el rostro.

Horrorizada, Bo abrió los ojos como platos mientras se tapaba la boca con una mano, aunque la apartó de inmediato para poder hablar.

—¡Lo siento! ¡Cuánto lo siento!

—¿Qué demonios? —preguntó él con voz ronca tras despegar los rojos labios. Respiraba agitadamente.

Era casi como una repetición del episodio de ahogamiento. Casi.

—Intentaba despertarte... otra vez —le explicó ella en tono de disculpa—. Te llamé, pero no funcionó. Dijiste que podía arrojarte algo —añadió con una mueca—. Ya veo que no ha sido buena idea.

Moviéndose con mucho cuidado, como un anciano de noventa años, él se sentó. El osito y el pato cayeron al suelo. Yancy los miró, y luego a la jirafa de una pata que seguía presa de su mortal apretón. Soltando los dedos con aparente esfuerzo, como si las articulaciones estuvieran congeladas, la dejó caer al suelo junto a sus compañeros. La expresión de su rostro era totalmente vacía. Bo recordó con un escalofrío cómo la había agarrado del cuello. Estaba claro que ese tipo vivía peligrosamente, dado que le habían disparado, pero de repente comprendió que ella solo conocía un mínimo aspecto de su vida. Sintió el vello erizarse en la nuca, con la sensación de que le había estado preocupando un perro cuando en realidad se enfrentaba a un lobo.

—El oso y el pato tampoco funcionaron —le explicó mientras entrelazaba los dedos de las manos.

Se sentía fatal. Simplemente no había considerado cuánto dolor sufría ese hombre, sobre todo cuando se movía bruscamente.

—Está bien —él se frotó el rostro con una mano y dejó escapar un suspiro—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Unas dos horas y media.

—Lo siento —murmuró él—. No pretendía dormir tanto. Supongo que conducir hasta aquí me agotó más de lo esperado.

—Supongo que sí, dado que acabas de salir del hospital —contestó Bo en tono neutral, a pesar de que, en su opinión, a ese tipo deberían examinarle la cabeza por excederse tanto.

La siesta no parecía haberle ayudado demasiado. Su piel seguía teniendo un color horrible, entre gris y blanco mortecino.

—Te he despertado porque necesitas comer, aunque solo sea un poco, y no puedes correr el riesgo de deshidratarte. Y luego están las cuestiones prácticas, por ejemplo si serás capaz de subir hasta el dormitorio de invitados...

Yancy la miró con gesto desolado, como si acabara de caer en la cuenta, pero sacudió la cabeza.

—Ya me imaginé que no. Y eso significa que vas a tener que dormir en el sofá, aunque supongo que podría prepararte una cama en el suelo para que pudieras estirarte. Sin embargo, en mi opinión, no vas a poder levantarte y tumbarte tú solo.

—Si podría —murmuró él—, pero preferiría no hacerlo.

—Entendido —curiosamente, ella lo había entendido. Si hacía falta, lo haría. Se arrastraría escaleras arriba, o haría lo que fuera, a pesar del dolor que su férrea determinación le acarrearía—. En ese caso, tengo que enseñarte dónde está el cuarto de baño, ya que supongo que, a estas alturas, lo necesitarás. Y, si no lo haces, quiere decir que estás deshidratado y voy a tener que empezar a verter líquido por esa garganta.

—Sí —contestó él—. Quiero decir que sí, necesito ir al baño.

—Pues vamos allá —Bo frunció el ceño mientras reflexionaba—. Me pregunto dónde podría alquilar una silla de ruedas.

—¡No! —espetó él—. Voy a caminar. Ya he tenido bastantes sillas de ruedas. Solo recuperaré las fuerzas si me esfuerzo.

Ella estuvo a punto de iniciar una discusión sobre lo mala que era esa idea, pero se mordió la lengua. La férrea determinación solía ir acompañada de una profunda tozudez y, si le decía que hacer algo así era una estupidez, él seguramente se mataría por demostrarle lo contrario.

—¿Ya te has recuperado lo suficiente? —preguntó—. ¿Cuánto hace que te dispararon?

—Hace alrededor de un mes —él se limpió el sudor de la frente, sudor provocado por el esfuerzo de haberse batido contra una jirafa de peluche con una sola pata, y después haberse sentado.

—No sé gran cosa sobre heridas de bala, pero deberías estar mejor a estas alturas.

—La operación a corazón abierto fue peor que el disparo —Yancy soltó un bufido.

—Eso desde luego lo explica —Bo dejó escapar el aire—. ¿Te abrieron la caja torácica con un serrucho?

—Eso casi fue lo de menos, pero sí —él dibujó una especie de sonrisa en el rostro—. No creo que el hueso se haya soldado del todo aún. Después tuve neumonía. Los médicos no me querían dejar marchar, pero ya llevaba demasiado tiempo en ese sitio. Mac y yo decidimos que era hora de trasladarse —mientras hablaba intentaba levantarse del sofá.

Bo se colocó a un lado para intentar ayudarlo, pero la posición era muy incómoda y se trasladó a un extremo del sofá para al menos poder agarrarlo del brazo izquierdo y ayudarlo a levantarse.

«Mac» era sin duda Axel, y la neumonía sufrida tras la operación a corazón abierto explicaba la extrema debilidad del paciente.

—¿Tomas alguna medicación?

—Ya no tomo antibióticos. Mis pulmones están limpios —por fin Yancy había conseguido ponerse de pie, aunque respiraba con dificultad y se tambaleaba.

Algo en sus palabras llamó la atención de Bo. Su puesto de jefe de policía era administrativo, no real, pero había aprendido muchas cosas de Jesse.

—Lo de los antibióticos está bien, pero ¿qué pasa con las demás medicinas?

—Si quieres preguntar por los analgésicos, ¿por qué no lo haces claramente? —los ojos azules emitían destellos de irritación.

—De acuerdo —si ese tipo pensaba que se iba a arrugar, iba a aprender unas cuantas cosas sobre ella—. ¿No se supone que deberías tomar algo para el dolor?

—Olvídalo. No voy a meterme más mierda. Me aturde.

—¿Y? —una idea surgió en la mente de Bo, que lo miró con los ojos entornados—. A no ser que sientas la necesidad de permanecer alerta porque este sitio no sea tan seguro como Axel dijo que era. No sé por qué iba a tener que creer una sola palabra suya.

—Tengo que conseguir moverme por mí mismo —declaró él lacónicamente—. Aquí no hay enfermeras ni auxiliares para levantarme si me caigo. Si a ti te parece bien, preferiría sujetarme yo solo.

Las sospechas de Bo desaparecieron por completo, pues lo que decía ese hombre era muy lógico, por no hablar de que seguramente se sentía cada vez más irritado por su estado físico y tener que depender de otros.

—Yo no diría que te sujetes muy bien —observó ella.

—Mejor que si la cabeza me estuviera dando vueltas.

Eso era verdad, pero también inquietante. Bo encajó el hombro bajo el brazo derecho de Yancy y le rodeó la cintura con el brazo izquierdo mientras le agarraba el cinturón con la mano derecha y lo conducía hacia el cuarto de baño, al fondo de la planta.

Él se agarró al hombro derecho de Bo con una mano, apoyando todo su peso sobre ella mientras arrastraba dificultosamente los pies. Por suerte el baño de la planta baja no era muy grande, aunque sí era un baño completo. No iba a serle muy difícil sujetarse a distintos elementos como el lavabo, el retrete, el picaporte. Ella lo ayudó a apoyar la cadera contra el lavabo.

—Si me necesitas, grita. No estaré muy lejos.

—Gracias —contestó él en un tono menos hosco que de costumbre.

Bo le ofreció la intimidad que necesitaba y se retiró a una distancia donde no le oyerá mear. Ciertamente se trataba de su intimidad, no solo la de él, pero no le gustaba oír orinar a un extraño.

No sabía cuánto tiempo necesitaría para poder subir las escaleras, ni para poder entrar en la bañera y ducharse. Ducharse iba a ser un problema en breve, no esa misma noche, porque era evidente que estaba agotado, pero sin duda al día siguiente. Iba a necesitar un taburete de ducha para sentarse, pero ella no tenía ninguno. Lo que sí tenía era alguna silla de plástico de terraza. Estaban apiladas en el cuarto trastero y quizás conseguiría meter una en la bañera. En caso contrario, ya se le ocurriría algo.

Un par de minutos más tarde oyó la cisterna, imposible no oírlo, seguido del ruido de cañerías que le indicaba que el agua caía por el sumidero. Al menos era de los que se lavaba las manos. Bo sonrió para sus adentros. Se imaginaba la expresión de su rostro si le mandaba lavarse las manos.

Cuando la puerta del cuarto de baño se abrió, ella se apresuró a reunirse con él.

—Vamos a hablar de la cena —propuso mientras lo ayudaba a caminar hasta el sofá—. Opino que deberías comer algo sólido, pero, si aún no te apetece, te prepararé otro batido.

—¿Qué tienes de comida? —preguntó él sin demasiado entusiasmo.

—Lo que suelo tener, una cena congelada.

En ocasiones cocinaba, pero no habitualmente. Cocinar no era su fuerte. Se las apañaba y, quizás, prepararía unos espaguetis al día siguiente si a él le apetecían, pero esa noche estaba cansada y no tenía ganas de hacer nada.

—¿Hay algo con carne? —el pecho de Yancy ascendió y descendió.

—Lo siento —ella hizo un rápido inventario mental de las cenas congeladas que tenía—. Pollo y pavo.

Al día siguiente iría a la compra, pero ese tipo había aparecido sin previo aviso y esa noche iba a tener que conformarse con lo que hubiera.

Ya habían llegado al sofá y le sujetó lo mejor que pudo mientras él se sentaba, más bien se derrumbaba, sobre los cojines. Bo se devanó los sesos pensando en algún alimento digno de hombres.

—También puedo prepararte un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada —quizás no fuera comida de hombres, pero, desde luego no lo era de chicas.

—¡No jodas! —él levantó la cabeza bruscamente—. Eh... perdona.

—No pasa nada. Yo también he dicho «joder», un par de veces en mi vida.

—Un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada suena fabuloso —él casi suspiró, como si se sintiera agradecido por no tener que comer yogur o brotes.

La elección no era la más nutritiva, pero al menos era un alimento sólido. Por si acaso, ella le preparó medio sándwich. Si conseguía comérselo y quería

más, ya le prepararía otro, aunque dudaba que fuera a ser necesario. Preparado el sándwich, se le ocurrió que quizás le apeteciera algo de beber. Sus opciones eran agua, leche descremada y cerveza.

—¿Agua o leche? —preguntó. No iba a hablarle aún de la cerveza.

—¿Qué clase de leche?

Al parecer ese tipo sabía algo sobre las mujeres.

—Desnatada.

—Agua, por favor.

Ella soltó un bufido y llenó un vaso con agua. Puso el vaso, una servilleta, y el plato con el medio sándwich, sobre una bandeja, que colocó sobre el regazo de Yancy.

—Si eres capaz de terminarte el medio sándwich, te prepararé otro —le explicó antes de que hiciera algún comentario.

No se quedó para verlo comer, aunque Tricks no mostró tantos escrúpulos. La perra se había comportado de maravilla, quitándose de en medio y sin demandar atención, pero la comida dio al traste con toda su buena voluntad. Así pues, se instaló justo delante de él, los oscuros ojos fijos en el sándwich, siguiendo cada movimiento que hacía para trasladarlo de la bandeja a la boca y de vuelta a la bandeja. Aproximadamente cada diez segundos se acercaba un poco más, por si era la distancia lo que le estaba impidiendo a ese humano comprender su mensaje. Pasado un minuto estaba prácticamente sentada encima de sus pies, el hocico delicadamente posado sobre el borde de la bandeja.

Bo se mordió el interior de la mejilla para reprimir una carcajada y siguió atenta al espectáculo de hipnosis frustrada.

—¿Me va a atacar? —preguntó él con cautela cuando ya llevaba comida la mitad del sándwich.

—Yo no le acercaría el sándwich a la boca —respondió ella.

De inmediato se ablandó. No le gustaría que Tricks lo asustara y le hiciera hacer algún movimiento brusco. Ese honor ya lo había tenido ella, y aún se sentía culpable. Lo menos que podía hacer era permitir que ese hombre pudiera comer en paz su frugal cena.

—¿Una chuche? —preguntó mientras abría el bote de chuches de Tricks.

La pregunta era retórica, pues Tricks había abandonado al invitado en cuanto Bo había alargado una mano hacia el bote. Trotando, con la mirada brillante, se acercó a su dueña, que por el rabillo del ojo vio cómo Morgan se metía en la boca lo que le quedaba del sándwich.

Se agachó para ofrecerle a su perro la chuche, además de una buena rascada detrás de las orejas y un beso en la cabeza.

—¿Quieres otro? —le preguntó a Morgan. Por su tono de voz tuvo la sensación de que le estaba ofreciendo una chuche también a su invitado.

—No gracias —contestó él—. He tenido bastante con uno.

Tras recoger la bandeja y dejarle el vaso de agua al lado para que pudiera beber si lo necesitaba, Bo se calentó una cena de pavo y comió en silencio, sentada a la barra de la cocina. Únicamente cuando ya había terminado se le ocurrió preguntarle si le apetecía ver televisión.

—Claro —contestó Morgan, aunque sin demasiado entusiasmo.

Pero al menos habría algo de sonido y no ese incómodo silencio. Por las noches ella solía leer, ver televisión o navegar por Internet, pero no le apetecía sentarse a su lado y ya había pasado bastante tiempo sentada ante el ordenador. Así pues solo le quedaba leer, o subirse al dormitorio y ver la televisión en el pequeño aparato que tenía allí.

Pero tampoco era lo bastante tarde para retirarse a su habitación. Ni siquiera se había hecho de noche. Estaban ya en abril y con el cambio horario no anocheaba hasta las ocho. Las nubes, sin embargo, contribuían a una mayor oscuridad. Bo se asomó por la ventana y vio una fina capa de nieve, que más bien parecía escarcha, sobre el suelo.

—Ha nevado —anunció ella en un intento de entablar conversación—. Aunque no muy copiosamente.

—Estamos en abril —él miró con el ceño fruncido hacia la ventana.

Desde su posición sentada en el sofá no veía la nieve en el suelo, pero sí unos cuantos copos que revoloteaban frente a la ventana.

—No es la primera vez que aquí nieva en abril.

En realidad casi siempre nevaba en abril. Era el recordatorio de la Madre Naturaleza de que en cualquier momento podía caer sobre ellos.

—Yo soy de Florida. La nieve es un asco.

—Yo me he acostumbrado —contestó Bo.

Se había criado en varios sitios diferentes, pero ninguno había recibido el calificativo de hogar. Hasta aterrizar en Virginia Occidental.

El tiempo avanzaba y ella se sentía cada vez más incómoda. No le gustaba ver su hogar, su intimidad, invadida por un extraño. Lo soportaría, pero no le gustaba. La escasa conversación que mantenían era tan breve y forzada como la que habían mantenido sobre la nieve. Tras ponerse el abrigo, sacó a Tricks por última vez y regresó para descubrir que en ese reducido espacio de tiempo su invitado se había dormido de nuevo.

Lo tomó como una señal para subir a la habitación de invitados a por un par de mantas y una almohada. Con el fin de despertarlo, se colocó a una distancia segura y gritó a pleno pulmón, enloqueciendo a Tricks, que

comenzó a ladrar frenéticamente. Y eso, desde luego, lo despertó, aunque sin la violenta reacción de las dos primeras ocasiones.

Bo lo ayudó a hacer otra visita al cuarto de baño, relleno el vaso con agua, improvisó una cama sobre el sofá y, tras ayudarlo a sentarse, le quitó las botas y las dejó a un lado.

—¿Quieres dejarte los pantalones puestos? —preguntó en el tono más prosaico de que fue capaz.

Lo cierto era que le daba igual si se los quitaba o no, su cuerpo no le despertaba el menor interés, pero quizás a él sí le importaba.

—¿Llevas algún pantalón de pijama en tu bolsa?

—Me los dejaré puestos —anunció él, contestando en cierto modo la pregunta sobre el pijama.

Bo reflexionó un minuto antes de sacar el móvil del bolsillo y llamar a su teléfono fijo. Tenía ambas líneas telefónicas por si surgía una emergencia, y era una exigencia de sus jefes. Había un teléfono en la cocina y otro en su dormitorio. En cuanto sonó, colgó la llamada y le pasó el móvil a Yancy, que lo tomó y la miró con expresión inquisitiva.

—Si me necesitas, llama al último número marcado. Tengo un teléfono en mi dormitorio. Eso, suponiendo que no tengas tu propio móvil —ella se interrumpió—. ¿O sí lo tienes?

—Tengo otro desechable en la bolsa.

—Mañana nos ocuparemos de eso —Bo se encogió de hombros—. Esta noche quédate con el mío.

—¿Y qué pasa si alguien te llama?

—Es verdad. Está nevando y a saber lo que puede hacer algún idiota en la autopista.

—Mi móvil está en el bolsillo con cremallera a la izquierda.

Ella lo sacó del bolso de viaje. Era idéntico al que había utilizado para llamar a Axel y dejó grabado su número en él. Después, con no poca sensación de alivio, le deseó buenas noches a su invitado y subió con Tricks a la planta superior, hacia la intimidad de su habitación.

Hasta que no hubo cerrado la puerta de su dormitorio y sentido cómo se le relajaban los músculos de los hombros, no fue consciente de lo tensa que había estado. Tricks y ella estaban siempre solas y le producía una extraña sensación manejarse por su propia casa en presencia de un extraño. Tenerlo allí le impediría bajar en ropa interior para prepararse la primera taza de café de la mañana, significaba que Tricks y ella no podían jugar a esconder la pelota por toda la casa, que debía responder a cualquier hora a cualquier necesidad que surgiera. Tenía que mantener cerrada la puerta del dormitorio



en su propia casa, no por una cuestión de intimidad, porque sabía muy bien que él no podía subir las escaleras, pero para protegerle de un perro con un ataque de curiosidad en medio de la noche. Solo de pensar en lo que podría sucederle a Tricks si ese hombre era despertado por la sensación de un frío y mojado hocico apoyado en algún lugar sensible, se estremeció.

Ya había tenido toda la compañía que era capaz de soportar por un día.

## Capítulo 6

Cuando Morgan despertó, no recordaba dónde estaba. Se quedó tumbado muy quieto, aguzando sus sentidos para localizar cualquier peligro, algo que estuviera mal. Pero, cuando el olor particular del entorno llegó a su memoria, todo encajó.

Estaba en casa de Isabeau Maran. Allí olía muy bien, a la madera de la estructura del granero, al cuero del sofá sobre el que estaba tumbado, y a una mezcla de algo que había en un bol... cómo se llamaba... eso, popurrí de flores secas. Menudo nombrecito. Pero, sobre todo, olía a ella. Era su casa y su olor estaba por todas partes. Se había familiarizado con ese olor en cuanto ella le había ayudado a entrar en su casa... granero... lo que fuera. El día anterior se había sentido tan agotado que le resultaría bastante difícil describirla. Solo podría decir que era atractiva, delgada, de largos y oscuros cabellos, y que olía muy bien. No tanto porque oliera a mujer, sino más bien porque no olía a antiséptico.

No le importaría no volver a oler a hospital nunca más. Llevaba un mes entero inmerso en un dolor de pesadillas, medicinas, incertidumbre, miedo, ira, desconexión de la realidad, y no quería que le recordaran nada de eso.

Morgan dejó escapar un suspiro. Necesitaba mear y tenía que evaluar su situación. Lo odiaba, odiaba cada instante en que se sentía así de débil. Podía intentar ir al baño él solo, o podía pedirle ayuda a ella. Ya le había tenido que acompañar al baño dos veces, y todo en él se rebelaba ante la idea de volver a pedirle ayuda. Además, no podía decirse de ella que fuera una persona cálida y acogedora que diera la sensación de ofrecerle esa ayuda desinteresadamente, tal y como hacían las enfermeras. Esa mujer parecía preferir a su perra a las personas, lo cual, y dado que había tenido que convivir con Mac siendo una adolescente, resultaba bastante lógico. En cualquier caso, seguía teniendo ganas de mear. Durante unos minutos permaneció tumbado, temiendo el esfuerzo que iba a necesitar para realizar tan sencilla tarea, pero maldito fuera si iba a pedirle ayuda. Aunque tuviera que ir a gatas, llegaría al cuarto de baño por sus propios medios.

La casa no estaba a oscuras. La televisión seguía encendida, aunque le había quitado el sonido porque lo volvía loco. Últimamente había muchas cosas que lo volvían loco porque nada le parecía normal. Consiguió sentarse, aliviado al comprobar que el dolor en el pecho no pasaba de ahí. La

neumonía había sido una auténtica mierda y la tos casi lo había matado en sentido figurado, mientras que la propia neumonía casi lo había rematado en sentido literal. Permaneció sentado durante unos minutos para asegurarse de que no se mareaba, y luego apoyó la mano derecha sobre el brazo del sofá y se impulsó hacia arriba.

Bueno, pues no estaba tan mal. La cabeza le daba vueltas un poco, pero la sensación desapareció a medida que se ponía de pie.

Atravesó la estancia con pasos muy lentos. Era incapaz de dar sus habituales pasos cargados de firmeza. Lo mejor que podía hacer era medio arrastrar los pies. Su cuerpo siempre había sido una poderosa máquina que respondía a sus deseos, pero no se reconocía a sí mismo en ese frágil y dolorido caparazón. Quizás lo peor de toda esa situación de mierda era la incertidumbre de no saber si iba a volver a ser físicamente el que había sido antes de ser disparado.

Se tomó un tiempo para mirar a su alrededor, fijándose en detalles que no había visto antes. Junto a la puerta había un teclado numérico en el que parpadeaba una luz roja. Era un sistema de seguridad, y estaba activado. Menos mal que no le hacía falta ir al Tahoe.

El granero estaba bastante despejado, salvo por los juguetes de la perra esparcidos por todas partes. En la amplia y diáfana estancia de la planta inferior había muebles —delimitando un salón, una cocina, el comedor y lo que parecía un pequeño despacho—, pero eran solo los muebles estrictamente necesarios. El ambiente era muy atípico para una mujer, una mezcla de granero con zona industrial. Él no entendía una mierda de decoración, pero sí conocía a las mujeres lo suficiente y sabía que les encantaba rodearse de cosas. Isabeau Maran, al parecer, ni tenía un montón de cosas, ni le gustaba tenerlas.

Menos mal porque, por lento que fuera, le permitió llegar al cuarto de baño sin mayores problemas. Al menos podía caminar por sus propios medios. Conducir durante todo el día lo había dejado hecho polvo, algo absolutamente humillante. Antes de que le dispararan, había sido capaz de nadar varios kilómetros, pero en esos momentos, el mero hecho de permanecer sentado varias horas lo había agotado. La última hora que había conducido la había superado por pura determinación, y lo había logrado por los pelos. Para cuando había detenido el coche en el camino frente al granero, se había alegrado de que nadie más estuviera allí, porque solo había tenido fuerzas para echar la cabeza hacia atrás y dormir un poco. Su anfitriona había aparecido unos cuarenta y cinco minutos más tarde.

Mac se había olvidado mencionar que su exhermanastra era una chiflada de los perros, que, en su opinión, al menos era mejor que una chiflada de los gatos. Por lo menos solo tenía un perro, y los perros siempre eran más fáciles de controlar que los gatos. A él le gustaban los animales, en general, pero no en esos momentos. Le faltaba la energía suficiente para jugar, mimar o defenderse de un exageradamente amistoso retriever. La señorita Maran había dejado muy claro qué posición ocupaba el perro en el escalafón de su hogar: varios puestos por encima de él.

Eso lo había pillado. Su presencia allí había sido una desagradable sorpresa. Él era un extraño, y además había sido impuesto. Pero se sentía tan incómodo con la situación como ella.

Ya lo solucionarían, porque en esos momentos no había elección, y porque ella necesitaba el dinero. A pesar del hecho de que le fueran a pagar muy bien por alojarlo, se sentía agradecido de que ella hubiera aceptado. Por lo que había podido oír de la conversación que esa mujer había mantenido con Mac, había estado a punto de negarse, incluso después de conocer la cifra que le ofrecía. Se había mostrado inflexible con que su presencia allí no supusiera un peligro para nadie, pero él no podría asegurárselo. Hasta los mejores planes tenían sus fallos, o se desmoronaban por completo cuando algún imprevisto lo jodía todo. Pero Morgan se reservaría esa información, o lo más probable era que se encontrara en la carretera a la mañana siguiente, sin ningún sitio al que ir, aunque de todos modos sería incapaz de llegar por sus propios medios.

Consiguió regresar al sofá y durante un rato contempló sin interés la silenciosa televisión antes de pulsar el botón de apagado en el mando a distancia. La habitación se sumió en la oscuridad, una oscuridad que le resultó calmante. Las habitaciones de hospital, incluso de los hospitales improvisados, nunca estaban a oscuras. En cuanto había recuperado la consciencia había sufrido la irritante, y constante, presencia de la luz, aunque fuera muy tenue. Tan irritante le había resultado que habría apagado todas las máquinas, machacado todas las luces y sellado la entrada... de haber podido. Pero no había podido. Sin embargo, lo que sí podía hacer allí era tener apagada la maldita televisión. Sabía que, en cuanto su vista se acostumbrara, ya no estaría sumido en la más completa oscuridad. Los relojes digitales del microondas y del horno de la cocina eran puntos de luz, pero puntos de luz normales, no de máquinas enganchadas a su cuerpo. Y no era solo la luz lo que le había molestado, también el incesante ruido, los sonidos de las máquinas en funcionamiento, conversaciones fuera de la habitación, personas andando por el pasillo.

Morgan respiró hondo, con mucho cuidado. Todo su tórax protestó, músculos y costillas, pero sintió relajarse algo en su interior ante el silencio y la oscuridad.

Bo no durmió bien porque sabía que en su casa había un extraño. No le gustaba compartir su espacio, ni estaba acostumbrada a ello. La puerta del dormitorio estaba cerrada y Tricks, que solía recorrer toda la casa a su antojo, estaba muy inquieta. La perra se subió a la cama, se tumbó en la alfombra junto a la cama, se acercó a la puerta, olisqueó por todo el dormitorio. Al final Bo se sentó en la cama.

—Súbete aquí y duérmete.

Tricks emitió unos sonidos guturales, indicativos de que estaban manteniendo una discusión, pero saltó sobre la cama y se acomodó. Bo le dio varios golpes a la almohada e intentó acomodarse ella también.

Al fin consiguió dormirse, pero despertó irritada consigo misma, con Axel, con el tipo de su sofá por haberse dejado disparar. Si hubiera tenido más cuidado, no estaría como estaba. Por otra parte, ella no estaría ganando ciento cincuenta mil por cuidar de él. De modo que, desde ese punto de vista, se sentía agradecida ante el poco cuidado que había tenido Yancy dejándose disparar.

Cuando Bo retiró las mantas, Tricks saltó, los ojos brillantes ante la perspectiva del primer paseo del día. Corrió hasta la puerta y permaneció sentada, moviendo la cola, mirando expectante de su dueña al picaporte, como si estuviera intentando explicarle cómo se abría la puerta.

Normalmente, Bo ni se molestaba en vestirse, pero ese día sí. Entró en el baño, se cepilló los cabellos y bebió un vaso de agua. Para cuando estuvo vestida, Tricks corría sin parar de su dueña a la puerta, dejándole muy claro que el retraso le resultaba inaceptable. Bo se obligó a permanecer serena, pues así iban a ser las cosas durante una temporada. Había accedido a ello, e iba a tener que asumirlo como una persona adulta. No iba a culpar a Morgan Yancy por ser descuidado, lo que haría sería ocuparse de él lo mejor que pudiera y ganarse el dinero que le pagara Axel.

Pensó en el macilento rostro de aspecto agotado y sintió una punzada de culpabilidad. Había permitido que su abrumador desprecio hacia Axel afectara a su interacción con un hombre que a duras penas sobrevivía.

Con esa idea en mente se dispuso a enganchar la correa de Tricks, pero recordó que estaba en la planta inferior. Lo único que podía hacer era evitar que la perra saltara sobre el regazo de Morgan, que lo molestara.

Preparándose para lo que tuviera pensado hacer Tricks, abrió la puerta del dormitorio.

—Vamos a dar un paseo.

La manera en que Tricks encaraba cada nuevo día siempre hacía sonreír a su dueña. Esa perra nunca se limitaba a caminar. Hacía cabriolas, bailaba, prácticamente brincaba. Estaba contentísima con la perspectiva de salir a la calle, de desayunar, de vivir en general. Bo también sospechaba que Tricks se levantaba cada mañana con la mente puesta en su particular golpe de estado porque no paraba de intentar organizar las cosas a su gusto.

Las amplias escaleras, de tipo industrial, se abrían a la planta inferior y desde allí ella vio que Morgan seguía tumbado en el sofá, aunque la manta que lo había tapado estaba tirada en el suelo. El pobre era demasiado alto para ese sofá y no podía estar cómodo. Sin embargo, hasta que pudiera subir las escaleras por sus propios medios, sus opciones eran limitadas.

Tricks, por supuesto, se dirigió directamente hacia él.

—Vamos a la calle —insistió Bo, haciendo una parada en la cocina para pulsar el botón mágico de la cafetera y colocar una taza sobre la bandeja de salida. Con suerte, a su regreso tendría esperándola una humeante taza de café. Tras desconectar la alarma, abrió la puerta y Tricks salió disparada.

El suelo estaba blanco, pero no había caído una gran nevada, seguramente menos de tres centímetros. Y eso era bueno, porque el sol ya intentaba atravesar el manto gris de las nubes y, en cuanto lo lograra, la nieve se derretiría. De momento el día era frío, pero no gélido. Con todo no estaba mal. El año anterior habían sufrido una enorme nevada a mediados de abril, todo un mazazo para el ánimo, ya que parecía que el invierno nunca fuera a dejarles.

Tuvo que lanzar la pelota unas cuantas veces antes de que Tricks se decidiera a hacer sus cosas. Después la perra se dedicó a olisquearlo todo, como si estuviera comprobando si alguna extraña criatura hubiera invadido su territorio durante la noche. Encontró un palito y se revolcó con él sobre la nieve, retorciéndose y saltando. Por fin oyó a su dueña que la llamaba.

—¿Lista para desayunar?

Tricks siempre estaba lista para desayunar, o para cualquier otra comida. Regresó de inmediato trotando hacia Bo con la versión perruna de la mirada resplandeciente. Bo recuperó la pelota del suelo mientras se preguntaba exactamente quién era el perro y quién el amo. No le importaba. Tricks y ella tenían su rutina, y las dos estaban contentas con ella.

Al entrar por la puerta las recibió el delicioso aroma del café y, al mismo tiempo, ella se fijó en que Morgan estaba despierto y sentado. Su aspecto era

ligeramente mejor al del día anterior, a pesar de la incipiente barba. Al menos no parecía estar a punto de morir.

Él la miró con expresión vacía y desconfiada. Claro que, considerando lo poco amable que había sido con él el día anterior, no podía culparlo por ello.

—¿Tomas café o prefieres otra cosa? —preguntó ella tras colgar la chaqueta del perchero junto a la puerta.

—Café —contestó él de inmediato mientras una expresión de alivio asomó fugazmente a su rostro.

—¿Leche y azúcar?

—Nada. Solo.

Bo necesitaba seriamente esa primera taza de café, pero pensó que él la necesitaba más. Sin embargo, sí se tomó su tiempo para meter otra cápsula en la cafetera, deslizar una segunda taza en posición y pulsar la tecla de encendido antes de llevarle a Morgan la taza de café ya preparada.

Los ojos azules enfocaron la taza como si contuviera auténtica ambrosía.

—Gracias —Morgan tomó la taza con ambas manos.

Eran unas manos grandes y de aspecto áspero, con cicatrices, marcas de agujas, y huesudas por el sufrimiento por el que había pasado, pero Bo sabía por experiencia propia lo fuertes que eran esas manos, porque las había sentido cerrarse alrededor de su cuello.

Lo vio cerrar los ojos brevemente mientras tomaba el primer sorbo. Ella conocía muy bien esa sensación.

—¿No te permitían tomar café en el hospital? —le preguntó.

—En cuanto empecé a comer, sí, pero esta es la primera taza de hoy. Ya temía que iba a tener que conformarme con leche descremada.

La voz seguía siendo débil y algo ronca, los ojos estaban hinchados de dormir, pero daba la sensación de haber recuperado parte de la energía. No mucha, pero cualquier cosa ya era algo.

—Hoy te compraré leche para hombres. La despensa está vacía, incluso para mí —reconoció ella—. No he tenido tiempo de ir a la compra últimamente.

Entre los deberes de su cargo de jefa de policía y los proyectos de escritura técnica, había llegado al límite. Algo que no estaba mal para el volumen de su trasero, pero una tortura para su agenda. Regresando a la cocina, tomó su taza de café y probó unos cuantos sorbos antes de dejarla sobre la encimera para servirle a Tricks algo de comida en su cuenco, y rellenar el del agua fresca. La perra acudió rauda. Nunca había que animarla para comer a primera hora de la mañana, esa rutina la reservaba para la cena, cuando no tenía tanta hambre.

Alimentar a la perra era fácil, alimentar al hombre era más problemático.

—Estoy perdida con el desayuno —admitió Bo—. Tengo la consabida leche descremada y cereales, con frutos secos, por si te interesa —a ella, desde luego, no le interesaba. Los cereales estaban reservados para cuando no había nada más de comer en casa—. También tengo avena instantánea, y puedo añadirle pasas para que sea más sustanciosa. Aparte de eso, están los batidos o... —reflexionó un instante antes de abrir la puerta de la nevera y echar un vistazo al contenido. Menos mal, tenía queso—. Un sándwich a la plancha de queso.

—El café será suficiente, gracias —contestó él—. No tengo hambre.

—Ya pasamos por todo esto ayer. Tienes que comer.

—Sándwich —se resignó a regañadientes—. Mantequilla de cacahuete.

—Siento que no haya mucho donde elegir, pero ya te he dicho que no he ido a la compra últimamente —Bo se avergonzaba de la falta de opciones, a pesar de que nadie la había advertido de la llegada de ese hombre—. ¿Qué te gustaría que comprara? ¿Huevos, salchichas, tortitas? —sacó un cuaderno y empezó a escribir una lista. *Huevos, jamón, salsa, fruta, leche entera...*

—Sí —él asentía a todo.

La enormidad de tener que alimentarlo se hizo de repente evidente para ella. No sería solo el desayuno, sino tres comidas al día, cada día, durante un tiempo indeterminado. Cada vez garabateaba a mayor velocidad. *Filetes*, pensó aunque no lo veía muy preparado para eso. Podría congelarlos mientras tanto. *Ingredientes para ensaladas. Hamburguesas, patatas, cebolla congelada.*

Aquello le iba a costar una fortuna. Menos mal que Axel pagaba bien.

Y la comida no era el único problema. No podía esconder a ese hombre durante un tiempo infinito. Para empezar, la factura del supermercado iba a delatarla, y Hamrickville era lo bastante pequeño como para que algo así no pasara desapercibido. Por otra parte, tampoco era su intención esconderlo. Era cuestión de tiempo que estallara el escándalo. Le contaría a Jesse que tenía a Morgan en su casa, junto con algunos detalles básicos, como la operación a corazón abierto y su necesidad de recuperarse en un lugar tranquilo.

Sin embargo, no podía descubrir el verdadero nombre de Morgan, ya que se estaba ocultando.

Pensaba en todas esas cosas mientras untaba dos rebanadas con mantequilla de cacahuete y mermelada. En esa ocasión le preparó uno entero.

—¿Qué nombre tenías pensado utilizar mientras estés aquí? —le preguntó mientras le servía el sándwich.



Era evidente que ya lo había hablado con Axel, pues no dudó ni un instante antes de responder.

—Poseo una segunda identidad que no despertará sospechas en caso de que alguien la compruebe.

—Pues ten por seguro de que será comprobada. En cuanto mi subcomisario descubra que estás aquí, se pondrá a investigar.

Morgan no pareció sorprenderse de que ella tuviera un subcomisario, lo cual le indicó a Bo que ya la habían investigado a ella y su relación profesional con Hamrickville. Ladeó la cabeza y lo estudió detenidamente. Si tenía preparada una segunda identidad, ¿cómo sabía ella que la que le había dado era la verdadera? Por otra parte, ¿importaba eso realmente?

—Sí, te he dicho mi verdadero nombre —apuntó él secamente, interpretando su expresión.

—Da igual si lo has hecho o no —Bo se encogió de hombros—, porque de todos modos no me enteraría. No te conozco. Lo único que sé es que te ha enviado Axel, que estás fatal y que necesitas ayuda, aparte de que para hoy espero recibir un sustancioso ingreso en mi cuenta. Por mí como si te llamas Lady Gaga.

—Me quedaré con Morgan —contestó él—. Mi segunda identidad es Morgan Rees, R-E-E-S —no lo pronunció como se decía «Ris», sino como se deletreaba—. Mi segundo nombre es Allen.

—¿Es Allen tu verdadero segundo nombre?

—No.

—De acuerdo. Morgan Rees. Entendido. Y, si Jesse pregunta, no conozco tu segundo nombre porque nunca hemos estado liados ni nada de eso.

—¿Jesse es tu subcomisario?

—Sí. Jesse Tucker. Ya lo conocerás, seguramente esta misma tarde.

—¿Por qué?

—Porque, cuando le diga que estás aquí, va a tener que comprobarlo por él mismo.

—¿Es tu novio? —los ojos azules se entornaron. Morgan la taladró con la mirada, desconcertándola con su intensidad.

—¡No por Dios! —contestó horrorizada.

¿Qué le había llevado a preguntar algo así? ¿La previsión de la complicación de los celos por un contacto prolongado? Ella supuso que era motivo suficiente, dadas las circunstancias.

—Pero vendrá para comprobar por sí mismo si soy de fiar.

—Es un buen policía. También es un buen amigo, aunque no hay nada romántico.

Jesse solía mostrarse algo protector con ella, no porque albergara sentimientos románticos hacia ella, sino porque temía que ser jefa de policía la convirtiera en objetivo para algunas personas que desconocían que el puesto era administrativo y deseaban ver aflorar ese aspecto de «jefa». Vivía sola en una zona aislada, detalle que en ocasiones le inquietaba a ella misma, de modo que agradecía el interés que mostraba por su bienestar.

Pensándolo bien, Jesse siempre hacía una llamada antes de retirarse cada noche, pero la noche anterior no lo había hecho. La omisión era tan inusual que Bo buscó rápidamente el móvil y marcó el número de su compañero, con el ceño fruncido de preocupación.

—Buenos días, jefa —contestó Jesse a la segunda llamada.

—Estaba preocupada —Bo dejó escapar un suspiro de alivio—. Anoche no llamaste, acabo de darme cuenta.

—Ah... —Jesse se interrumpió, como si no supiera qué decir. Bo casi podía oír su vergüenza.

—¿Qué pasó? —insistió ella—. ¿Alguien resultó herido?

—¿Herido? ¡No! No fue nada de eso.

—Ah... —ella imitó su expresión.

Jesse estaba loco por una de las estilistas, Kalie Vaughan, que trabajaba en el salón de Daina. Últimamente, Kalie había aceptado su invitación a salir, y Bo sospechaba que el olvido de Jesse de la noche anterior tenía algo que ver con la chica, ya fuera una pelea, o todo lo contrario. Ella sonrió, porque sospechaba que se trataba más bien de lo segundo.

—De acuerdo. Saluda a Kalie de mi parte.

—Está bien, me has pillado —admitió él en tono avergonzado.

—Sí, te he pillado —Bo no se molestó en ocultar el tono engreído de su voz—. Me acercaré por ahí hacia el mediodía, a no ser que me necesites antes.

Colgó la llamada y encontró a Morgan mirándola fijamente, tan concentrado en ella que le provocó un escalofrío en la columna. De nuevo percibió al hombre peligroso que era cuando no se estaba recuperando de una herida de bala. No, aunque se estuviera recuperando de una herida de bala, seguía siendo un hombre peligroso. La mano que había sentido alrededor del cuello era una buena evidencia de ello. Se trataba de un depredador herido, pero depredador al fin y al cabo.

—¿Qué está pasando? —preguntó él, los músculos tensos como si estuviera preparado para saltar, aunque dado lo débil que estaba, sus capacidades eran más bien reducidas.

«Hará lo que haga falta hacer». Bo no necesitaba preguntárselo, lo sabía, a pesar de que sus únicas pruebas eran tan reducidas como la ferocidad de su mirada y la explosiva reacción cuando lo despertaban bruscamente.

—Nada —le aseguró ella, pero el destello de la mirada azul le hizo matizar la respuesta—. Nada oficial. Jesse ha estado saliendo con alguien que nos cae muy bien a todos y por eso se olvidó de llamar anoche.

Morgan se relajó visiblemente, reclinándose contra el respaldo del sofá para terminarse el sándwich.

—¿Quieres otro? —Bo recogió la taza vacía.

—Por favor.

Regresó a la cocina y procedió con la rutina de preparar otra taza de café, beber un trago del suyo y echar un vistazo a Tricks. La perra estaba en su rincón, revisando el cajón de los juguetes, aunque la mayor parte de los peluches estaban tirados en el suelo junto al sofá. Encontró un sucio hueso de goma cubierto de pelo pegado en las zonas más rugosas. El aspecto era asqueroso, aunque no para Tricks. Portándolo orgullosa, correteó hasta el invitado y lo dejó sobre el sofá, junto a su pierna. A continuación reculó unos cuantos pasos y lo observó resplandeciente, evidentemente esperando algo. La exuberante cola se movía suavemente de un lado a otro, como si intentara animarlo.

—¿Qué quiere? —preguntó Morgan, alzando ligeramente la voz.

—O que se lo lances, o que la alabes por la estupenda selección de juguetes que posee, o jugar al tira y afloja. O, en caso de que le hayas gustado realmente, te lo ha llevado para que lo muerdas. Ella es así de generosa.

Morgan emitió un sonido ronco que podría haberse confundido con una risa, aunque no era evidente.

—¿Puedo elegir?

Bo se apiadó de él y, tras servirle la segunda taza de café, tomó el hueso antes de que Tricks pudiera arrebatárselo.

—Jamás muestres debilidad —le aconsejó ella—. Si lo haces, no habrá fuerza humana para ayudarte.

—Es un retriever, no un tigre —él bufó.

—Es una fuerza de la naturaleza, y no lo olvides —el tono de Bo era humorístico, aunque también encerraba seriedad.

Ella era el único ser humano cuya autoridad reconocía, en cierto modo, Tricks. No era que no le gustaran otras personas, a Tricks le encantaba la gente en general, pero tenía tendencia a creer que la humanidad existía para mimarla, alabarla y cumplir sus deseos. Bo se esforzaba mucho por evitar que Tricks fuera una pesadez, a no ser que estuviera enfadada con la «víctima»,

en cuyo caso le permitía ser todo lo pesada que quisiera, y podía ser increíblemente pesada.

Para demostrar su tozudez, la perra intentó arrancar el hueso de la mano de Bo.

—Te lo daré —le aseguró ella mientras le entregaba el juguete—, pero tendrás que tumbarte para mordisquearlo. Vamos, tumbate.

Tricks apartó la mirada, como si le pareciera increíble estar escuchando esa sarta de tonterías.

—Tumbate —insistió Bo.

Pero Tricks regresó junto al sofá y golpeó la pierna de Morgan con el hueso.

—¡No! —la reprendió su dueña, quitandoselo y, sin una palabra más, devolviéndolo al cajón de los juguetes antes de cerrar la tapa.

El perro resopló, pero Bo la ignoró, fijando toda su atención en Morgan.

—Cuando termines esa taza de café, ¿te apetece intentar ducharte? Si no puedes permanecer de pie, puedo meter una silla de plástico en la bañera.

—Puedo mantenerme en pie —contestó él en tono gruñón.

—Estupendo. ¿Necesitas que te saque algo de la bolsa? ¿Ropa limpia? ¿Vendas? —estaba bastante segura de que necesitaría vendas.

—Solo ropa limpia.

—¿Nada de vendas? —insistió ella.

—La operación fue hace un mes. Ya no llevo vendas.

—Entiendo. ¿Y qué hay de las incisiones para los tubos y esas cosas? —Bo no se molestó en disimular el tono de sospecha en su voz.

—Ya están cicatrizadas —contestó él secamente—. He terminado con todo eso.

Bo no podría sujetarlo mientras lo vendaba contra su voluntad, sobre todo dado que no sabía exactamente dónde podría necesitar un vendaje. De modo que se encogió de hombros.

—Tú decides. ¿Alguna ropa en particular? ¿Pantalones de chándal y cosas así?

—Una muda, calcetines, el neceser de afeitado. El resto no importa. No tengo pensado salir.

No le gustaba la idea de que rebuscara en su bolsa. Y Bo lo supo porque a ella tampoco le habría gustado de estar en su lugar.

—Si no quieres que hurgue entre tus cosas, dilo.

—Lo habría dicho. No me importa —le aseguró él.

—De acuerdo.

—Sin embargo te advierto que hay un arma ahí dentro.

—No me sorprende. ¿Tienes permiso? —aunque no lo tuviera, se trataba de una de esas ocasiones, como cuando no fichó a Daina por embriaguez, en que prefería seguir su propio juicio a aplicar la ley.

—Sí.

—¿A qué nombre está?

—A los dos —Morgan seguía mostrándose inexpresivo.

¡Cómo le gustaría saber a Bo para qué organización trabajaba ese hombre! Sin duda pertenecía al gobierno, pero ¿en cuál de las miles de agencias? Sin embargo, pensando que la ignorancia era seguramente su mejor opción, optó por no preguntar más. En caso de que Jesse investigara sobre él, estaba cubierto, y eso era lo único que importaba.

Bo se agachó junto al macuto y lo abrió. El neceser de afeitado lo encontró con facilidad, porque estaba encima del todo. Debajo del neceser había una cartuchera para una pistola Glock 41, Gen4. Pesaba mucho y estaba en medio, de modo que la sacó y la dejó a un lado junto con el neceser. Lo mismo hizo con las tres cajas de munición.

—¿Crees que tendrás suficiente con tres? —preguntó ella. ¿Exactamente qué le preocupaba encontrar en Hamrickville?

—Si no son suficientes, tengo más.

Los calcetines y la ropa interior estaban cuidadosamente doblados. Calcetines, camiseta y calzoncillos, fueron apartados. Una rápida búsqueda descubrió unos pantalones tipo militar, que ella eligió basándose en la teoría de que estaría más cómodo con ellos que con los vaqueros o los pantalones tácticos, que constituían la otra opción. Había camisetas, unas pocas camisas de franela, y una sudadera roja descolorida, que no iba a necesitar a no ser que fuera a salir de la casa, y no sería ese día.

—¿Servirá esto? —preguntó ella mientras señalaba las prendas elegidas—. ¿Tienes otros zapatos? ¿Deportivas quizás?

—Hay unas deportivas en uno de los bolsillos laterales.

—¿Las quieres?

—Sí. Los calcetines pueden resbalar sobre el suelo de madera.

Era verdad. No le pasó desapercibida la talla de las deportivas, un cuarenta y cinco, y tomó mentalmente nota de comprarle unos calcetines antideslizantes. Seguramente se mofaría al verlos, pero allí los tendría por si los necesitaba. Y, si nunca se los llegaba a poner, no se habría gastado en ellos más que un par de pavos.

Llevó la ropa elegida hasta el cuarto de baño y sacó un par de toallas y una manopla del armario de ropa blanca, dejándoselas a la vista. En la ducha había gel, una alfombrilla antideslizante en el suelo de la bañera y otra

alfombrilla, también antideslizante, en el suelo. Podría utilizar el toallero para sujetarse mientras entraba y salía de la bañera, aunque ella esperaba que no apoyara todo su peso, o se desprendería de la pared.

Para cuando hubo terminado de comprobarlo todo, Morgan ya había conseguido llegar al cuarto de baño. Se trasladaba con suma cautela y daba la impresión de estar sujetándose el pecho con el brazo izquierdo, aunque lo consiguió sin tener aspecto de estar a punto de morir.

—Si estás demasiado agotado para regresar solo al sofá, grita —le indicó ella con tono jovial—. Yo estaré ahí mismo, comiéndome mis copos de avena.

—Gracias, pero me las arreglaré —contestó él.

Sin duda preferiría darse a sí mismo un puñetazo en la cara antes que volver a pedir ayuda.

Bo se sentó en uno de los taburetes de la cocina a tomarse los copos de avena con un plátano troceado mientras bebía otra taza de café y oía el sonido de la ducha. Después de unos minutos, el sonido del agua cesó y otro ocupó su lugar, el del agua del grifo del lavabo. Se estaba afeitando.

Había terminado de desayunar, enjuagado el bol y la cuchara para meterlo en el lavavajillas, y ya pensaba en la tercera taza de café cuando Morgan salió del cuarto de baño. Por la puerta abierta salió una nube de vapor y humedad, a pesar de que había conectado el ventilador. Los cabellos oscuros estaban mojados y daba la impresión de habérselos peinado con los dedos. Estaba recién afeitado y su expresión era demacrada, como si el esfuerzo lo hubiera agotado. Tanto los pantalones de chándal como la camiseta colgaban de su cuerpo. Lentamente regresó al sofá y se sentó.

—¿Te apetece otra taza de café? —preguntó ella.

—No, gracias. Con dos tengo suficiente.

Dos era seguramente el límite de lo que debería tomar, considerando el esfuerzo que necesitaba para ir y volver del cuarto de baño. Sin embargo, no hacía falta mencionar eso. Bo recogió la taza de Morgan y la enjuagó.

—Tengo que irme. Voy a la ciudad para comprar algo y luego tendré que regresar hacia el mediodía para trabajar. ¿Estarás bien aquí solo?

Él la miró a los ojos. Ambos pensaron lo mismo. Estaría bien, porque tenía que estarlo. No tenía elección.

—Estaré bien —la mirada azul se posó en Tricks, que jugaba encantada con sus peluches—. ¿Y qué pasa con Princesa?

—Se llama Tricks —la boca de Bo se curvó en una sonrisa al comprender que no le había dicho su nombre—. T-R-I-C-K-S —le deletreó.

—Pues yo creía que era Princesa. Así la llamaste ayer.

—Princesa es su título, pero se llama Tricks. Además, la llamo un montón de cosas. Durante el primer año de su vida ella estaba convencida de que su nombre era «No, No, Cochina».

Los ojos de Morgan se iluminaron y algo increíble sucedió. El Señor Estoico echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

## Capítulo 7

Bo hizo una rápida incursión al pueblo, con Tricks de copiloto, para comprar en el supermercado. Le inquietaba dejar a un extraño solo en su casa, pero ¿qué podía hacerle? ¿Revolver los armarios de la cocina? Quizás lograra arrastrarse escaleras arriba, pero desde luego no sería capaz de subir los peldaños. Y arriba lo más interesante que había era el cajón de la ropa interior, suponiendo que le fuera ese rollo. Bo dudaba que hiciera el esfuerzo, aunque fuera capaz de ello. Ni siquiera había querido que le dejara la televisión encendida. Seguramente se había quedado dormido de nuevo al rato de marcharse ella.

La fina capa de nieve ya empezaba a derretirse y las carreteras estaban en buen estado. Bo dejó a Tricks en el todoterreno, con las ventanillas ligeramente bajadas para que le entrara aire fresco, y recorrió el supermercado a velocidad de vértigo.

Empezó por lo más importante: hacer acopio de comida y chuches para Tricks. A continuación regresó a la parte delantera de la tienda y empezó a llenar el carro con frutas y verduras frescas, aunque las verduras solían requerir alguna preparación y ella no era muy ducha en esas cosas. Quizás consiguiera preparar una ensalada o algo así. Eligió unas cuantas pizzas congeladas, leche para hombres, beicon y huevos, galletas, tortitas y gofres congeladas, cualquier cosa que se le ocurriera que pudiera prepararse rápidamente y que fuera propia de un hombre. Patatas fritas con salsa. Queso, queso y más queso. ¿Aceitunas? ¿Los hombres comían aceitunas? Las aceitunas le recordaron la comida italiana, de modo que eligió también lasaña congelada, espaguetis, que a su vez le recordó la necesidad de comprar pan de ajo. ¡Cielo santo! Alimentar a un hombre se iba a llevar buena parte de lo que Axel le iba a pagar.

No se tomó tiempo para revisar su elección, ni para planear un menú en concreto, porque tenía mucha prisa. Ya en la caja, la pequeña cajera de cabellos grises, la señorita Virginia Rose —una maestra jubilada que había conseguido un trabajo de cajera en el supermercado porque no soportaba estar retirada y necesitaba mantenerse al día con los cotilleos del pueblo— alzó las cejas ante la cantidad de comida depositada en la cinta.

—¡Madre mía! Nunca te había visto comprar tanta comida.



La señorita Virginia nunca preguntaba directamente, pero sí facilitaba mucho la confesión.

Bo estuvo encantada de satisfacer su curiosidad. La mejor manera de evitar parecer culpable era facilitar todos los detalles que pudiera.

—Un viejo amigo se va a quedar un tiempo en mi casa. Un auténtico devorador de comida basura —empujó dos paquetes de galletas Oreo por la cinta, una normal y la otra dorada, para que pudiera elegir. Quizás incluso probara una o dos ella misma.

La señorita Virginia seguramente hubiera deseado ampliar la información sobre ese viejo amigo, pero ella tenía mucha prisa. De todos modos, la noticia no tardaría en estar por todo el pueblo. No podía ocultarlo, ni siquiera tenía intención de hacerlo. Si la gente pensaba que allí había un misterio encerrado, se empeñaría en descubrirlo, y la cosa no acabaría bien.

Pagó al contado la montaña de comida que se llevó. Tiempo atrás, habría echado mano de la tarjeta de crédito, pero tras llegar al límite de sus tarjetas mientras estaba reformando el granero, tuvo que aprender otros procedimientos. El total de la cuenta le hizo dar un respingo, y le recordó que debía comprobar su cuenta bancaria para asegurarse de que Axel hubiera ingresado la cantidad prometida. ¿A qué hora realizaban los bancos las transferencias electrónicas? Realmente sentía curiosidad por saberlo.

Cargó toda la compra en el todoterreno. Tricks se había entretenido observando las idas y venidas de la gente, aunque Bo se hizo acreedora de un buen lametón de bienvenida cuando se sentó al volante.

—Vámonos, cielo —anunció mientras rascaba al animal detrás de la oreja—. Quiero darte un buen paseo antes de ir a la comisaría.

En el camino de entrada hacia su casa, las únicas huellas de neumáticos seguían siendo las suyas, lo que significaba que Yancy no había cambiado de idea, marchándose durante la hora escasa que había estado ausente. El Tahoe seguía aparcado en el mismo sitio, el parabrisas cubierto de nieve. No había huellas desde la casa hasta el SUV, de manera que no había salido de la casa.

Bo dejó a Tricks bajar del coche y la observó correr de un lado a otro, oliendo, meando y oliendo otra vez. La dejó con sus asuntos mientras descargaba las bolsas del supermercado y entraba en la casa.

Morgan dormía, una pierna estirada y el pie derecho apoyado en el suelo. El brazo izquierdo descansaba sobre el pecho, el derecho colgaba. Estaba más o menos tapado con la manta, más bien menos. Si el ruido de su entrada ni siquiera lo había despertado, no había motivo para hacerlo. Seguramente le iría bien el descanso.

Rápidamente metió toda la compra en casa y la guardó antes de salir de nuevo con la pelota de tenis en la mano. Para cuando hubo regresado del paseo con Tricks, solo le quedaban cuarenta minutos antes de entrar a trabajar.

Dudó un instante mientras contemplaba al durmiente. ¿Debería dejarlo dormir o despertarlo para que se tomara un sándwich? Necesitaba comer, pero también necesitaba dormir, de lo contrario no estaría todo el tiempo durmiendo. ¿Qué sabía ella de cuidar enfermos? Era evidente que no mucho. De haber sido Morgan un perro se las habría apañado mejor. Al empezar a convivir con esa pequeña bola peluda que había bautizado como Tricks, le había aterrorizado su ignorancia y había leído cada artículo y libro sobre el cuidado de perros que había caído en sus manos. No era de naturaleza afectuosa y maternal, y no dejaba de tener gracia que le hubiera tocado ese papel.

Se lo pensó unos segundos más antes de preparar un sándwich de jamón y queso, meterlo en una bolsa con unas patatas fritas y, junto con un vaso de agua, dejarlo todo en la mesita de café para que lo viera al despertar. Tendría que conformarse con eso.

Tricks y ella regresaron a la ciudad. De camino llamó al banco para preguntar si había habido alguna transferencia electrónica y, después de esperar unos minutos en línea, la cajera volvió a ponerse al aparato.

—Jefa, anoche entró una transferencia para ti. Ya está en tu cuenta.

—¿Tan rápido? —preguntó Bo con el corazón repentinamente acelerado.

Hasta entonces el dinero había sido más una posibilidad que una realidad, y la sensación de haber dejado de estar prácticamente arruinada resultaba tan sorprendente que balbuceó algo sobre una parte de una herencia y colgó.

¡Cielo santo! ¡Menudo cambio en su vida! Durante siete años se había estado desenterrando a sí misma de un profundo hoyo y, de repente, a la velocidad del rayo, se encontraba de nuevo siendo solvente y viviendo con seguridad. El alivio fue tan fulminante y sobrecogedor que se sintió mareada y tuvo que detener el todoterreno a un lado de la carretera para tranquilizarse un poco. Impulsivamente, abrazó a Tricks y recibió un estupendo lametón a cambio.

—Adivina qué, bonita —anunció mientras acariciaba el suave pelaje—. Te voy a comprar un nuevo peluche. ¿Qué te parece? ¿Quieres un juguete nuevo?

Tricks inclinó la cabeza hacia atrás, encantada con las caricias, los ojos medio entornados y una sonrisa de felicidad, marca golden retriever, en la cara.

La mente de Bo daba vueltas sin parar a todas las cosas que podría hacer, una de las cuales sería comprarse un nuevo coche, más adecuado para ella. Sin embargo, los últimos siete años le habían enseñado mucho y, rápidamente, rechazó la idea. De ninguna manera. No necesitaba un coche nuevo. Quizás lo deseara, pero no lo necesitaba. El todoterreno funcionaba bien, y estaba pagado. Desde luego no era el vehículo más cómodo y práctico para ella, y ya tenía unos cuantos kilómetros, pero se había acostumbrado a él y no se sentía capaz de gastarse un dinero que no necesitaba gastar. Así se había metido en ese lío financiero años atrás. Tampoco necesitaba un vestuario nuevo. Ni joyas. Ni un televisor más grande.

Lo que sí necesitaba, un hogar, amigos, un trabajo, Tricks, todo eso ya lo tenía.

Comprarle a Tricks un nuevo peluche para celebrarlo se le antojó la mejor idea. Aparte de eso, emplearía los ciento cincuenta mil dólares para pagar lo que le quedaba de deuda de la tarjeta de crédito y amortizar una buena cantidad de la hipoteca. Podría incluso refinanciarla para reducir el tiempo. Sin la deuda de la tarjeta de crédito iba a poder pagar un poco más de hipoteca, además de empezar a ahorrar para cuando realmente necesitara un coche nuevo.

Los siete años de duro trabajo le habían permitido comprarse cierto margen de maniobra y tranquilidad, por fin. Pero no dejaba de resultar irritante que fuera Axel, de entre todas las personas, quien le hubiera proporcionado los medios para salir del agujero.

Daba igual lo irritante que le resultara. Iba a salir de todos modos.

Cuando sintió que el corazón había vuelto a latir a un ritmo normal, se incorporó a la autopista y llegó a la ciudad. La escasa nieve caída se había fundido y un tibio sol intentaba abrirse camino en un deprimente cielo gris. Había poco tráfico. La gente sin duda esperaba a que desapareciera toda la nieve, y a que la temperatura subiera unos cuantos grados por encima del punto de congelación, antes de salir a hacer sus compras del viernes. Pasó junto a varias personas que se dirigían a comer y las saludó tocando el claxon y agitando una mano. Al llegar al segundo semáforo, alguien gritó «¡Tricks!», y el desfile real dio comienzo.

Tricks parecía encantada y respondía de vez en cuando con un ladrido cuando oía su nombre. Conocía bien la rutina y estaba más que feliz de desempeñar su parte.

El director del colegio, Evan Cummins, salió del banco, en el que su esposa, Lisa, era vicepresidenta de préstamos comerciales. El banco era demasiado pequeño para tener una vicepresidenta de préstamos comerciales, pero el

título sonaba bien y a la mujer le gustaba. Evan agitó una mano en el aire para llamar la atención de Bo y ella detuvo el vehículo junto a la acera y bajó la ventanilla. Él cruzó la calle a la carrera y se asomó a la ventanilla.

—Buenos días, jefa —saludó alegremente—. Hola, Tricks.

—Buenos días —contestó Bo—. ¿Algún problema?

—No, todo va bien que yo sepa, lo cual suele significar que algo me va a estallar en la cara en cuanto regrese a la escuela. Solo quería preguntarte si te parece bien que Tricks monte en la carroza de los mayores durante el desfile. Ha sido la elección más votada de los niños.

La imagen que se formó en la cabeza de Bo le hizo soltar una carcajada.

—¿Va a tener que ponerse una tiara?

El desfile era el evento más importante de la ciudad. Se celebraba en mayo, justo antes de terminar las clases para poder garantizar la participación de los chicos. Todos se implicaban en la decoración de las carrozas y la competencia entre las distintas clases era feroz. El día incluía una exhibición de coches antiguos, avionetas, y puestos callejeros con comida esparcidos por el pequeño parque de la ciudad con el fin de que la gente pudiera celebrar un pícnic sin tener que llevar su propia comida. Por supuesto también se elegía al rey y a la reina del día, siempre de entre los mayores del colegio.

—No me sorprendería —contestó el hombre.

El director de la escuela era un hombre de aspecto agradable, cuarenta y tantos años, cabellos castaños y ojos marrones. Cuando sonreía se le formaba un hoyuelo junto a la boca. Todos los alumnos y los profesores del colegio parecían estar contentos con él, descontando las escasas ocasiones en que alguno de los críos se metía en un lío. Había nacido en el pueblo, lo cual, en opinión de Bo, era una ventaja porque conocía a todo el mundo, y los padres de sus alumnos habían sido en muchos casos compañeros suyos de colegio. Y por eso la gente confiaba en él más de lo que habría hecho si hubiera llegado de fuera.

Bo reflexionó sobre la propuesta. A Tricks le encantaba ser el centro de atención, pero solo cuando su dueña estaba cerca.

—No sé cómo reaccionará encima de una carroza si yo no estoy con ella. Y no, no me apetece subirme a la carroza. Quizás si practicamos antes no haya ningún problema, pero lo más probable es que se baje de un salto y empiece a buscarme.

—¿Y qué tal si te escondes donde nadie pueda verte? —Evan reflexionó gesticulando ante las distintas posibilidades que surgían en su cabeza—. Me refiero a esconderte en la carroza. No quiero que se lastime al saltar en

marcha. Los chicos se mueren de ganas de que esté ahí. Creo que, si fuera a la escuela, la elegirían reina.

Cuando Tricks contaba un año de edad, Evan había convencido a Bo para que acudiera con ella a la escuela en el día de las profesiones. La simpática perra se había paseado por el edificio de ladrillo rojo como si fuera la dueña, había dejado su pelotita de tenis junto a unos cuantos alumnos elegidos para que se la lanzaran, se había tumbado panza arriba, repartido lametones, y encandilado a todos los niños.

—Déjame pensarlo —Bo seguía albergando dudas

No tenía muchas ganas de pasar una hora y pico agachada en una carroza que se movía a paso de tortuga, sobre todo porque no había ninguna garantía de que Tricks se quedara quietecita ni siquiera si ella estaba cerca. Soltó un suspiro. ¡Pues claro que accedería!, siempre y cuando Tricks colaborara.

—Vamos a tener que ensayar un par de veces para ver qué tal se le da. Puede que no le guste el jaleo.

Por otra parte, ¿desde cuándo no le gustaba a Tricks ser el centro de atención? En cualquier caso, Bo no iba a obligar a su perra a hacer algo que no estaba acostumbrada a hacer.

—Ya organizaré algo —prometió Evan antes de dar una palmada en la puerta del coche y erguirse—. Gracias, jefa. Les diré a los chicos que a lo mejor, y que todo depende de Tricks.

Bo subió la ventanilla del coche y continuó su camino hacia la comisaría, pero antes de llegar vio el coche patrulla de Jesse llegar a toda velocidad y pararse bruscamente frente a la pastelería de Doris Brown. A continuación saltó del coche y corrió al interior del establecimiento.

A no ser que necesitara urgentemente un bollo, pensó Bo, había pasado algo. Detuvo el todoterreno junto la acera en el lado opuesto de la calle, bajó un poco la ventanilla para que le entrara aire fresco a Tricks, y cruzó a toda velocidad para reunirse con su compañero. ¿Había sufrido alguien un infarto? Justo en el momento en que llegaba a la puerta de la pastelería oyó un grito y un fuerte estruendo. El corazón le dio un vuelco. Abrió la puerta de golpe y entró en la tienda.

La escena que apareció ante sus ojos, a primera vista, resultaba demasiado caótica para comprenderla. Jesse y otro hombre rodaban por el suelo, lanzándose puñetazos. La señorita Doris permanecía detrás del mostrador, las manos sobre las mejillas, los ojos como platos, llenos de pánico, mientras emitía pequeños gritos, parecidos al sonido de una alarma de coche. Su nieta, Emily, lloraba sentada en el suelo con una mano tapándose el ojo izquierdo. El cristal de uno de los mostradores estaba roto, al igual que la mesa. Una

cliente, Brandwyn Wyman, había agarrado una silla y describía círculos alrededor de los hombres, preparada para sacudir a uno de ellos en la cabeza a la menor oportunidad.

Lo único que comprendió Bo era que se estaba desarrollando una pelea y que ella estaba de parte de Jesse. Sin pensárselo dos veces, por si se echaba atrás, tragó nerviosamente y se lanzó, encajando un brazo bajo la barbilla del otro tipo y tirando hacia atrás con todas sus fuerzas. Como mínimo lograría distraerlo para que Jesse pudiera esposarlo.

El hombre se volvió con fuerza y se arrojó hacia un lado, intentando despegarse de ella. El impacto contra el suelo fue muy fuerte y Bo sintió que se le nublaba la vista y el sonido se apagaba. Nunca había participado en una pelea y no había estado preparada para el golpe. Resultó... sorprendente, pero consiguió apretar con más fuerza el brazo y no soltarse, inclinándose sobre el hombro de ese tipo para agarrarse la muñeca con la mano que tenía libre y así impedir que se soltara. Otro grito rasgó el aire. Jesse soltaba juramentos propios de un marinero y Bo sintió cómo se tensaban los músculos de su prisionero al reunir todas sus fuerzas y ponerse en pie, con ella aún aferrada a su cuello como si le fuera la vida en ello. El hombre lanzó un puñetazo a ciegas hacia atrás, golpeándola en la mejilla derecha. Y entonces sucedieron varias cosas simultáneamente:

Bo vio estrellas. Literalmente.

Sintió una tremenda ira crecer en su interior, una rabia que anulaba todo sentido común y le daba la sensación de que el cuerpo se le había expandido.

Y oyó una exclamación.

—¡Te voy a arrancar la jodida cabeza!

Para su espanto, comprendió que había sido ella la que había gritado, porque estaba uniendo la palabra a la acción, y había apoyado las rodillas contra la espalda de ese tipo mientras tiraba de él hacia atrás con todas sus fuerzas.

Jesse se levantó del suelo como un tigre y se unió a ellos.

Y Brandwyn decidió intervenir, cual ángel vengador pelirrojo y de apenas metro sesenta, con la determinación reflejada en su mirada mientras blandía la silla con la precisión de una jugadora profesional de béisbol, evitando la cabeza de Bo por cinco centímetros, pero machacando a su objetivo.

El tipo cayó como un leño. No siendo experta en montar a caballo, ni a humanos, Bo no pudo soltarse lo bastante rápido para evitar otro impacto contra el suelo. Se golpeó la nuca contra el suelo, el hombro derecho contra otra cosa y lo siguiente que hubo fue un breve momento de silencio.

—¡Mierda!

De nuevo, la exclamación había surgido de su boca, débil y sorprendida. Parpadeó mirando el techo e intentó encajar su entorno porque tenía la sensación de estar girando y bailando. Oyó a Jesse hablar por la radio, el tono brusco y urgente, y luego vio aparecer en su campo de visión la cara redonda de la señorita Doris, arrodillada frente a ella.

—¡Oh señor, señor, señor! —exclamaba la mujer una y otra vez.

Bo respiró hondo y todo encajó a su alrededor con un audible estallido. Giró la cabeza y vio a Jesse esposar al otro hombre mientras lanzaba furtivas miradas hacia ella.

—Traiga algo de hielo, señorita Doris. Para Emily y para la jefa.

La señorita Doris se puso en pie y se marchó corriendo. Su lugar fue ocupado por Emily y por Brandwyn. El ojo izquierdo de Emily estaba hinchado y se le estaba amoratando a toda velocidad, pero por lo demás no parecía herida. Tomó unas servilletas del dispensador de una de las mesas y las presionó delicadamente contra la mejilla de Bo. Brandwyn se agachó junto a ella, repartiendo su atención entre Bo y el hombre inconsciente, como si temiera que fuera a recuperarse y provocar más problemas. De ser así, y por la feroz expresión en su rostro, estaría preparada.

—¿Qué demonios ha pasado?

Bo se preguntó quién había tomado el mando de su lengua, porque las tres últimas frases habían sido juramentos. Cierto que, de vez en cuando, discutía, pero desde que era jefa de policía tenía cuidado con no decir la palabra que empezaba por «j». Sin embargo, había roto su propia ley y no le cabía duda de que antes de que acabara el día, toda la ciudad sabría de sus exabruptos. El alcalde Buddy quizás sintiera la necesidad de hablar con ella acerca de su modo de expresarse en público.

—Mierda —exclamó ella a modo de respuesta ante sus pensamientos—. ¡Maldita sea! —lo había hecho de nuevo—. ¿Podría alguien amordazarme, por favor?

Jesse se reunió con el grupito agachado junto a Bo. Él tampoco tenía muy buen aspecto. Llevaba la camisa rota y de su nariz goteaba sangre. Emily le ofreció un pañuelo y Jesse intentó limpiarse antes de, simplemente, presionar la nariz con el pañuelo.

—Los paramédicos llegarán enseguida —anunció con voz nasal aunque reconfortante—. Y supongo que medio condado también.

Bo empezó a mover con cuidado brazos y piernas, comprobando su estado. No creía tener nada roto, pero se sentía aturdida y no podía estar segura.

—¿Por qué?

Las tres personas agachadas sobre ella se miraron alarmadas.

—No sufro ninguna contusión —insistió ella con cierta irritabilidad—. Al menos eso creo.

—Pues te diste un buen golpe en la cabeza contra el suelo.

—Sí es verdad —eso sí lo recordaba—. Entiendo lo que queréis decir.

De todos modos se apoyó sobre el codo izquierdo y se sentó. Si los paramédicos y la mitad del condado estaban a punto de llegar, al menos quería recibirlos sentada, preferentemente en una silla.

—Con calma —le aconsejó Emily con preocupación.

Era una joven muy guapa y dulce, muy parecida a su abuela, tanto en la dulzura como en su toque especial para la repostería.

—Qué pasada —exclamó Brandwyn—. Saltaste sobre su espalda como un mono sobre un elefante.

Y así se había sentido ella, más o menos, aunque no le había resultado agradable. Desde luego, el elefante había controlado la situación. Soltando un pequeño gruñido, se sentó en una silla mientras la señorita Doris regresaba a toda prisa con tres bolsas de hielo, una para el ojo de Emily, otra para la mejilla de Bo, y la tercera para la nariz de Jesse.

Bo se sentía rara, ligeramente desconectada de todo, incluso del palpitante dolor en la mejilla y en el hombro. Era la primera experiencia que tenía con la violencia, y esperaba que fuera la última. Tenía la sensación de que el altercado hubiera durado al menos media hora, pero seguramente no habría pasado de... ¿un minuto como máximo? Se palmeó el abrigo en busca del teléfono, pero no lo encontró.

—He perdido el móvil.

—Aquí está —anunció Brandwyn tras mirar a su alrededor.

Se agachó y lo recogió de debajo de una mesa donde se había deslizado. Bo lo tomó y pulsó un botón para consultar la hora. En efecto, habían pasado menos de cinco minutos desde que había hablado con Evan frente al banco. De todos modos, ¿qué podía importar eso?

Y no importaba. Consultar la hora formaba parte de esa sensación de desconexión que tenía. Necesitaba encontrar algo sólido, algo normal.

Quizás lo mejor sería entablar una conversación. En cuanto tuvo la idea, comprendió que el resto llevaba un buen rato conversando. Jesse hacía preguntas, Brandwyn y la señorita Doris hablaban entre ellas, y Emily empezó a llorar.

—¿Quién es ese? —preguntó Bo mientras señalaba al hombre esposado en el suelo, porque no lo conocía.

Los otros cuatro se la quedaron mirando.

—Es Kyle —Emily moqueó—. Mi marido.



—¿Qué? ¿Kyle? ¿Qué le ha pasado al pelo?

Bo había visto a Kyle una o dos veces, y siempre había creído que Emily había conseguido el premio gordo de la familia Gooding, aunque quizás no. En las anteriores ocasiones en que lo había visto, llevaba el pelo cortado al cero e iba recién afeitado. Pero en esos momentos tenía el pelo cortado al cero, casi a la altura de los hombros y barba de tres días, como la que llevaban muchos tipos modernos.

—Se lo ha dejado crecer —contestó Emily, aunque no hiciera falta explicar lo evidente.

Kyle empezó a retorcerse y a emitir sonidos, mezcla de gruñidos y gemidos. Le siguieron unos juramentos subidos de tono.

—Estúpida zorra, pagarás por esto —fueron algunos ejemplos.

—¿Estás amenazando a tu mujer? —preguntó Jesse en tono policial, dejando a un lado la bolsa de hielo y agarrando a Kyle por la chaqueta con ambas manos para sentarlo.

Y en ese momento se oyó la primera sirena, seguida de una segunda proveniente del otro extremo de la ciudad.

Kyle no era estúpido. Su padre siempre había pagado para sacar a sus hijos de los problemas en los que se metían, pero la señorita Doris y Emily eran muy queridas, y algunas cosas estaban por encima del dinero. Y no solo eso, empezaba a darse cuenta de que se había peleado con dos agentes de la ley, y eso no era bueno.

—No —contestó él hoscamente—. Hablaba del divorcio.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó la señorita Doris mientras lo fulminaba con la mirada—. Has caído tan bajo que tendrías que crecer tres metros para poderle llegar a Emily a la suela de los zapatos.

—Señorita Doris, ¿qué tal si usted, Emily y Brandwyn se van al otro lado de la tienda, por favor?

Jesse miró a Bo y a Kyle. Decidió que la una parecía estar bien, y el otro no iba a ir a ninguna parte, y empujó a las señoras hacia un rincón.

Kyle miró a Bo con gesto hosco.

—No sabía que eras tú —le explicó ella, aunque tampoco habría actuado de manera diferente de haberlo sabido—. No te había visto desde que te has dejado crecer el pelo.

Kyle no parecía lamentar nada, pero no era estúpido.

—Yo tampoco te reconocí —murmuró. Y seguramente era así, dado que ella había saltado sobre su espalda—. Lo siento. ¿Estás bien?

Bo no contestó porque en ese instante los paramédicos pararon delante de la pastelería, haciendo chirriar los frenos, lo mismo que un coche municipal

que llegaba desde el lado opuesto de la calle. Aparcaron morro contra morro y dos paramédicos saltaron de uno mientras que un agente lo hacía del otro. A lo lejos se oían las sirenas de más coches patrulla.

Por algún extraño motivo, los paramédicos se dirigieron primero a ella. La atención resultaba abrumadora, inundándola de una sensación de pérdida de control y de desconexión. No estaba tan malherida, quizás algo magullada, mientras que Jesse estaba sangrando, pero de repente comprendió que los demás estaban todos de pie, salvo ella que seguía sentada, bueno, excepto Kyle. Pero considerando que estaba esposado, era poco probable que hubiera despertado las simpatías de nadie. Uno de los paramédicos al fin se apartó de ella para verificar el estado de Jesse y Emily, mientras que el otro seguía comprobando las pupilas de Bo que, al parecer, respondían bien.

Quizás fuera una reacción ante la novedad de «la jefa», mezclada en un altercado, pero la pequeña pastelería pronto estuvo llena a rebosar de agentes del condado y otros funcionarios, además de los otros cuatro policías de la ciudad, dos de los cuales no estaban de servicio. ¡Por el amor de Dios!, incluso apareció el forense. Debía ser un día muy tranquilo para los cadáveres. Varios miembros del ayuntamiento hicieron acto de presencia, al igual que el alcalde Buddy. Kyle Gooding fue obligado a ponerse en pie antes de examinarle el golpe en la cabeza que había recibido gracias al silletazo de Brandwyn, y luego fue llevado al hospital, situado en la siguiente población, para ser examinado. Él insistía en que arrestaran a la persona que lo había golpeado, pero no lo consiguió, dado que en el momento de ser golpeado estaba atacando a dos agentes de la ley. Tras pasar por el hospital, ya que seguramente no sería ingresado, sería llevado a la cárcel del condado porque el pueblo no disponía de calabozo y todos los arrestos eran puestos a disposición del condado. Incluso después de que Kyle se hubiera marchado, la gente seguía en la pastelería, riendo y rememorando el altercado.

Bo se refugió instintivamente tras un muro mental, el lugar al que iba siempre que necesitaba sentirse protegida. Había aprendido a hacerlo desde muy pequeña como un medio para soportar el incesante desfile de novios y maridos de su madre, las constantes mudanzas, y un padre que parecía olvidarse de ella durante varios años seguidos. Y lo que había funcionado para la niña seguía funcionando para la adulta. No le gustaba ser el centro de atención, y si esa atención no desaparecía, entonces lo hacía ella. Al menos en su mente.

—Menudo jaleo —el alcalde Buddy se acercó y le dio una palmadita en la mano.

A continuación tomó una silla y se sentó junto a ella, el agradable y acogedor rostro teñido de una mezcla de preocupación y diversión.

—Me gustaría disculparme por mi lenguaje —Bo se obligó a regresar a la realidad.

Durante la última media hora había oído repetir unas cuantas veces la frase «arrancar la jodida cabeza». A los agentes parecía resultarles divertido, pero ella no sabía cómo se lo tomarían los más mayores del lugar. A nadie le importaría si juraba como un marinero, en privado, pero la imagen pública era otra cosa.

—No te preocupes por eso —el alcalde rio—. Esa frase es tan buena que seguro que la repite más de uno a partir de ahora. Los pocos que se ofenderán estarán sin duda en inferioridad numérica. Te juro que nunca pensé que algo así formaría parte de tu trabajo.

—Yo tampoco —Bo pensaba que era un puesto administrativo, de principio a fin.

Y podría haberlo sido. Meterse en la pelea había sido elección suya. Nadie le había pedido que lo hiciera.

—El padre de Kyle va a armar un escándalo.

—Lo sé.

Warren Gooding era dueño de un par de prósperos aserraderos en la zona y, por tanto, daba empleo a muchos vecinos, hecho del que le gustaba aprovecharse. Siempre había intervenido cuando sus hijos se portaban mal, culpando a otro, de modo que seguramente seguiría su costumbre. Aun así, no vivía dentro de los límites de la ciudad, y ni siquiera votaba en las elecciones. Y, dadas las circunstancias, Bo opinaba que concentraría sus esfuerzos en encontrarle a Kyle un buen abogado y, quizás, conseguir que el fiscal no presentara cargos.

Por ella ya era agua pasada. En realidad no había resultado herida, ni Jesse tampoco. El problema, en su opinión, era que había golpeado a Emily. El que Emily presentara cargos o no dependía de ella. Sin embargo habría cargos, porque nadie quería que la gente pensara que podrían librarse tras resistirse a un arresto y atacar a agentes de la ley. Todo ese asunto prometía ser muy feo. La señorita Doris era muy querida en el pueblo, y los Gooding no, pero en cambio sí tenían influencias, muchas y persistentes.

Bo echó un vistazo al gran reloj sobre la pared tras el mostrador. Casi había pasado una hora.

—¡Tricks! —exclamó, espantada por su negligencia.

Aunque hacía suficiente frío para que el interior del coche no se hubiera recalentado, ya era hora de sacarla del todoterreno.

—¿Dónde está? —preguntó uno de los agentes del condado.

Bo estaba casi segura de que se llamaba Mayhew, o Mayfield, o algo así. Y no le sorprendió en absoluto que ese hombre conociera a su perro.

—En el todoterreno —contestó ella mientras se dirigía a la puerta.

—Tú quédate aquí, tómate un té y recupérate. Ya voy yo.

—¡Té! —los ojos de la señorita Doris se iluminaron—. Esa sí que es una buena idea. Los tres necesitáis tomar algo —corrió tras el mostrador y se puso manos a la obra.

Bo observó al agente cruzar la calle y abrir la puerta del copiloto antes de soltar a Tricks del arnés. Sin embargo, no fue lo bastante rápido para agarrar la correa. Tricks saltó del coche y corrió hacia la acera, la expresión cargada de ansiedad mientras buscaba a su dueña. Como de costumbre, se paró en el bordillo y miró a izquierda y derecha, un truco que hacía las delicias de todos los críos cuando la veían a punto de cruzar la calle. Con la correa colgando, corrió directa hasta la puerta de la pastelería, seguida de cerca por el agente que intentaba infructuosamente atrapar la correa.

Ignorando el reglamento de sanidad sobre la presencia de animales en un establecimiento en el que se vendiera comida, otro agente abrió la puerta para dejar entrar a Tricks. El animal entró disparado hacia Bo, todo el cuerpo bamboleándose de felicidad ante el reencuentro. Bo fue obsequiada con una concienzuda olida de pies a cabeza, seguida de un lametón en la mano, y acto seguido fue abandonada cuando el olor a comida captó su atención. Como una centella, se situó frente al mostrador, la cola barriendo el suelo mientras parecía examinar detenidamente el género.

—Voy a sacarla fuera otra vez —anunció Bo a nadie en particular mientras sacaba a su perro del establecimiento y la llevaba a una pequeña zona de césped a la vuelta de la esquina.

El breve período de soledad fue todo un alivio. Bo permaneció en el frío exterior, deleitándose con la soledad y la calma, mientras observaba a Tricks inspeccionar olfativamente todo y elegir el lugar perfecto para mear. No era precisamente una persona ermitaña, pero el absurdo episodio había sido demasiado caótico e intenso para ella. Necesitaba un poco de tiempo para recomponerse.

Cuando Tricks y ella regresaron a la pastelería, la señorita Doris les esperaba con una taza de humeante y dulce té. Emily y Jesse también tenían su taza, aunque Jesse no parecía muy acostumbrado a sujetar entre sus manos una taza tan delicada. Seguramente habría preferido un café, pero la señorita Doris opinaba que lo que necesitaba era un té, de modo que se tomó un té y le dio las gracias por él.

El ambiente empezaba a relajarse. Se tomó declaración a todos los implicados, los paramédicos determinaron que Bo no tenía nada grave, aunque le aconsejaron que pasara la noche acompañada, por si surgiera algún síntoma más tarde.

A pesar del rejuvenecedor té de la señorita Doris, que la había ayudado a calmarse, Bo se sentía agotada. No sabía que pelearse fuera tan duro. Pudo escabullirse y dirigirse a la comisaría, donde hizo cosas normales como dar de comer a Tricks, darle de beber, y luego arrodillarse en el suelo y enterrar el rostro en el dorado pelaje mientras la abrazaba y se disculpaba por haberla dejado en el todoterreno tanto tiempo. Al perro no pareció importarle, era feliz con ser abrazada y mimada, independientemente del motivo.

Por supuesto no disponía de la comisaría para ella sola. La operadora de la centralita, Loretta Hobson, exigió oír el relato completo de lo sucedido. Después sonó el teléfono, los dos agentes fuera de servicio acudieron para comprobar si todo iba bien, Daina, que se había enterado de lo sucedido, llamó para saber si estaba bien, un par de los mayores cotillas del pueblo acudieron con ridículas excusas para enterarse de todo lo que pudieran y luego informar al Club de los Mentirosos, en el bar, donde se sentaban a tomar café y a hablar durante horas.

Todo eso resultaba de lo más normal, aunque Bo empezó a darse cuenta de que jamás estaría a la altura de lo relatado.

Obedientemente se sentó y comenzó a trabajar en el interminable papeleo generado en la comisaría de un pequeño pueblo. A fin de cuentas era su trabajo. Llevaba media hora con ello cuando Jesse llegó y se dejó caer en la silla frente al escritorio de su jefa.

—Siento lo sucedido —se disculpó bruscamente.

Parecía avergonzado por haberla implicado en una situación violenta. A Jesse le encantaba ser policía, nunca había querido ser otra cosa, pero odiaba hasta límites insospechados el papeleo y el trabajo administrativo. Había sido idea suya contratarla como jefa de policía para ocuparse de los aspectos administrativos mientras él lo hacía de la aplicación de la ley. Y por eso se sentía culpable de que ella hubiera resultado herida, aunque fuera solo ligeramente.

—Nadie me obligó a intervenir —Bo se encogió de hombros y sintió un intenso dolor en el hombro derecho—. Lo hice sin más. Y estoy bien.

—Permití que me sorprendiera. Sé muy bien que una pelea doméstica puede estallarte en la cara, pero de todos modos bajé la guardia —el hombre se sonrojó.

No había estado a la altura de sus propias exigencias como policía y eso lo volvía loco. Pero se aseguraría bien de no volver a cometer el mismo error nunca más. Con sus cabellos rubios y cortos, ojos azules y mandíbula cuadrada, tenía el aspecto de un boy scout y era muy fácil subestimar su dedicación al trabajo.

—¿Estás bien de verdad? Los paramédicos te han dicho que te quedes con alguien esta noche.

—Ya tengo a alguien conmigo —contestó ella.

—¿A quién?

—Un viejo amigo. Apareció inesperadamente ayer por la tarde.

—¿Amigo?

—Morgan Rees. Está convaleciente y necesitaba un lugar en el que recuperarse.

Jesse se puso de inmediato en modo policía. Su mirada se endureció al sopesar el significado de «convaleciente», y los motivos que pudiera haber detrás, como la adicción a las drogas.

—¿Cómo de convaleciente?

—Sufrió una operación a corazón abierto, seguida de una neumonía. No tiene a nadie que le cuide. El pobre parece un muerto viviente.

—¿Es un antiguo novio?

—No —Bo entendía perfectamente lo raro que resultaba que hubiera abierto su hogar a alguien con el que no tenía ningún lazo—. Al principio era el amigo de una amiga. Nunca salimos juntos, pero nos llevábamos bien, y no tiene a nadie... —ella se interrumpió mientras volvía a encogerse de hombros—. Al menos no estaré sola esta noche.

—¿Te importaría presentármelo? —así era Jesse, claro y decidido.

—Ya le dije que querías conocerlo —Bo sonrió ante lo acertado de su predicción—. Puedes venir cuando quieras.

Aunque no sirviera para disipar las sospechas de Jesse, a ella le hubiera gustado presentarle a cualquiera que se alojara en su casa, como medida de seguridad. No era ninguna miedica, pero sí precavida. Se le ocurrió que nunca antes había tenido un huésped alojado en su casa, de ningún género, y que rara vez acudía alguien a visitarla. A ella le parecía bien porque le gustaba su intimidad y le gustaba regresar a su casa cuando le apeteciera.

—Había pensado seguirte hasta casa para asegurarme de que llegabas bien. Los golpes en la cabeza pueden ser traicioneros.

—Te lo agradezco —contestó ella con sinceridad.

## Capítulo 8

Morgan estaba medio dormido cuando oyó regresar el todoterreno, cuyo sonido ya había aprendido a reconocer. Sin embargo, también oyó un segundo coche que seguía de cerca al primero. Se sentó en el sofá, aliviado por haber hecho el esfuerzo de vestirse. No llevaba puestos los zapatos, pero al menos sí los pantalones, los calcetines y una camiseta. A través de la ventana la vio con su perro, seguida de un tipo con uniforme de policía. Ese debía de ser el famoso Jesse, que iba a echarle un vistazo.

Por él estupendo. Lo esperaba, estaba preparado. Los policías no le preocupaban. Su identidad falsa era a prueba de investigación. Desempeñaría su papel. Además, hacerse el débil y el enfermo en su caso no era actuar, y bien que le fastidiaba.

La puerta se abrió y la perra entró a toda velocidad, directa a él. Tras ofrecerle un lametón en la mano, se volvió hacia el sándwich a medio comer que había sobre la mesita de café. Suerte que él lo había vuelto a guardar en la bolsita, lo que le impidió a Tricks engullirlo. Se inclinó hacia delante y recuperó la bolsita, cerrándola bien. Si permitía que la perra se lo comiera, sin duda su anfitriona le echaría la bronca.

—Jesse, te presento a Morgan Rees —tras cerrar la puerta de la casa, Bo se volvió hacia ellos—. Morgan, este es Jesse Tucker.

Las presentaciones fueron breves y sencillas. Morgan la miró para intentar leer algo en su expresión y entonces vio el moratón que tenía en la mejilla y que se le hinchaba por momentos.

De inmediato su cuerpo se puso en alerta, la adrenalina agudizando su mirada, enderezándole la columna, tensando sus músculos. Sin saber cómo, se encontró de pie, aunque el proceso fue tan lento que fastidió cualquier golpe de efecto.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber con voz ronca.

Bo lo miró perpleja antes de darse cuenta de que se refería a su mejilla. Daba la sensación de haberse olvidado por completo del tema.

—Ah, eso. Hubo una pelea en la pastelería. Se lo han pasado de lo lindo.

—Bo, quiero decir la jefa, me ayudó a reducir a un sospechoso —le explicó Jesse.

Morgan ya había concluido una primera evaluación. Ese policía parecía el prototipo de la persona honesta. Buena forma, porte militar, ojos limpios y

mirada directa. Solo había cometido un desliz, uno que a Morgan le había venido bien. Al parecer la llamaban «Bo», en lugar de Isabeau. Menos mal que no había utilizado su nombre formal, de lo contrario ese poli podría haberse formado la idea de que no se conocían muy bien y eso podría destapar la caja de Pandora. ¿Por qué no se lo había advertido? Pues porque aún no la había llamado por su nombre cuando había hablado con ella, aparte de cuando le había preguntado si era Isabeau Maran. Esa mujer no estaba acostumbrada a los subterfugios, y el que la llamara por un nombre u otro no le había llamado la atención.

—Espero que el gilipollas pagara por ello —rugió Morgan mientras taladraba a Jesse con la mirada.

—Lo ha pagado, y aún va a pagarlo más.

Él asintió brevemente. Su ira era renuente, pero real. El moratón sobre la mejilla de Bo no era gran cosa, comparado con los que recibía él en sus misiones. Pero le habían formado para eso, y estaba entrenado para soportar el castigo físico. Ella no. Ella era estilizada, de largos brazos y piernas, sin apenas masa muscular, y de hueso fino. No le sobraba ni un gramo, ni le sobraría jamás. Su rostro tenía la forma de un fauno, con unos enormes ojos marrones de ciervo y una delicada mandíbula. Fracturarla sería sencillo, y los puños de Morgan se cerraron al imaginarse a algún imbécil sacudiéndole un puñetazo.

—No es más que un golpe —le explicó ella mientras se fijaba en el sándwich que tenía en la mano—. ¿Quieres que me lo lleve? Jesse, ¿te apetece beber algo?

Así, Bo daba por zanjado el tema. No quería que le prestaran más atención de la debida.

—No quiero nada, gracias.

Morgan le entregó la bolsita de sándwich y ella la llevó a la cocina, dejando a los dos hombres solos, aunque, dado que la planta era prácticamente diáfana, «solos», era exagerar un poco.

—La jefa dice que sois viejos amigos —Jesse lo miraba fijamente.

Ese tema podría ser un poco delicado. Morgan tenía que hacer que pareciera que se conocían lo bastante bien para que pudiera aparecer en su casa y esperar que ella lo alojara mientras se recuperaba, pero no debía dar la impresión de que se conocían tanto como para mantenerse en contacto y saberlo todo el uno del otro.

—Sí, nos conocimos hace años, teníamos algunos amigos comunes. No mantuvimos ninguna relación ni nada de eso, solo amigos.

—Pero os conocéis bastante bien.



—Si me estás preguntando si somos lo bastante íntimos como para que yo diera por supuesto que me iba a acoger en su casa, entonces no. No aguantaba más en el hospital y no quería ingresar en un centro de rehabilitación. Estaba harto —él frunció el ceño—. Después de todo un mes, ¡por Dios santo! Me habría marchado de allí a gatas si hubiera hecho falta.

—Y decidiste venir aquí.

Morgan comprendió al instante que su pasado ficticio no iba a sostenerse ante ese policía entrometido. Sin duda iba a hurgar más profundamente que los demás y ahí la lógica fallaría. La mayoría de la gente aceptaría la bonita versión que habían elaborado, pero Jesse Tucker no. Lo miró fijamente, evaluándolo de nuevo. Quizás lo mejor sería contarle la verdad, no toda, no su nombre verdadero ni las circunstancias completas, pero sí lo bastante para que ese poli se conformara. No era lo que habían acordado Axel y él, pero siempre le dejaba cierta autonomía en el campo de batalla para que hiciera los ajustes que creyera oportunos.

—Me dispararon —admitió a regañadientes.

—Creía que no ibas a hablar de eso —la voz de Bo llegó alta y clara desde la cocina.

El tono era tanto de interés como de naturalidad, exactamente como debería ser. Quizás se desenvolviera mejor en esos menesteres de lo que él había supuesto. El comentario bastó para que Jesse recibiera el mensaje de que no le había mentado, de que tenía los ojos bien abiertos, y de que no necesitaba protección.

—Debe saberlo —contestó Morgan—. Para que no haga ninguna indagación que pueda delatarme.

Jesse lo miraba con dureza, la postura erguida, firme. Su mano descansaba sobre la pistola en un movimiento automático del que, seguramente, no era consciente.

—¿Delatarte a quién?

—Al responsable del tiroteo —contestó él con sequedad. No era del todo cierto, pero sí bastante cierto. Ya sabían quién había disparado, pero no quién lo había contratado—. Por eso no podía quedarme en mi casa.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando exactamente? —preguntó Jesse tras reflexionar unos segundos.

—Te contaré lo que pueda. ¿Te importa que me sienta? —Morgan odiaba tener que admitir su debilidad, pero era eso o empezar a tambalearse. Sin aguardar respuesta, de todos modos le daba igual, se sentó en el sofá, sujetándose con el brazo derecho para que los músculos del pecho no sufrieran con algún movimiento repentino—. En primer lugar, soy agente del

gobierno. No voy a contarte nada más. Si empiezas a husmear y disparas alguna alarma, conseguirás que me maten.

—¿Y has traído tus problemas a mi ciudad, sin importarte las consecuencias? —la mirada del policía destilaba fuego, un fuego justificado.

Jesse también tomó asiento, eso ya era un progreso. Al menos estaba dispuesto a escuchar y, gracias a la reacción de Bo, se mostraba inclinado a creer lo que le fueran a contar.

—¿Te crees que soy imbécil? —espetó Morgan—. Hay muchas capas de protección. Rees no es mi verdadero apellido. Hemos hecho un gran trabajo para asegurarnos de que Bo no pueda ser asociada a lo sucedido. Mi tapadera es sólida, estoy fuera del alcance del radar. Nadie va a poder encontrarme, a no ser que descubras mi tapadera haciendo demasiadas preguntas. Estamos esperando a que el responsable del tiroteo se descubra al intentar encontrarme. Cuando lo haga, lo rastreamos, lo identificaremos y nos ocuparemos de él —lo que no dijo fue cómo iban a «ocuparse», ni tampoco tenía por qué hacerlo.

—Yo ya le he preguntado todo eso —intervino Bo, que se había reunido con ellos—. Jesse, no le permitiría quedarse en mi casa si no estuviera convencida de que era seguro. Hablé con su... supervisor, supongo que era eso. Por el modo en que han manejado todo esto, sin ningún rastro electrónico o en papel, no hay manera de que nos asocien. Su supervisor, él, yo, y ahora tú, somos los únicos que lo sabemos.

Salvo que no era cierto, pensó Morgan, aunque evitó que su expresión lo delatara. Iba a resultar difícil encontrar alguna conexión entre ellos, pero el éxito del plan estribaba en que con el tiempo sí pudiera ser localizado. Entonces, los culpables perderían el control y él regresaría a su vida real para seguir pateando culos de terroristas.

Era más que evidente que a Jesse no le gustaba aquello, no le gustaba nada de aquella situación. Miraba de Morgan a Bo una y otra vez, considerando, sopesando, pero al final ganó la confianza que tenía en Bo.

—Si tú estás conforme, jefa...

—De momento lo estoy —ella asintió entusiasta, indicando con su gesto que se lo había tragado todo al cien por cien—. Desde luego estoy segura de que el estado de Morgan no le permite marcharse. De modo que asunto concluido.

Esa también había sido una buena respuesta. Bo era consciente del posible riesgo, pero también de la realidad. Si Jesse sospechara que estaba siendo descuidada, la cosa podría ponerse fea, pero ella acababa de asegurarle que se mantenía en guardia.

—No habría venido si pensara que pudiera poner en peligro a Bo o a alguien en el pueblo —Morgan aportó su granito de arena para que la balanza se inclinara a su favor—. Si sirve de algo, voy armado.

—¿Tienes permiso?

—Uno que abarca todos los estados. Pero también tengo uno específico para Virginia Occidental.

—¿Te importaría enseñármelos?

Axel también había previsto ese aspecto, proporcionándole permisos para portar armas, a nombre de Morgan Rees. Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y le entregó los permisos a Jesse.

—Están a nombre de Morgan Rees —Jesse enarcó las cejas—. Creía que ese no era tu nombre.

—Y no lo es. Si pensabas descubrir así mi nombre verdadero, no funcionará. Me dedico a esta mierda como medio de vida, y el papeleo con el que la agencia me respalda es sólido. Estos documentos servirán —no eran legales, pero servirían.

Morgan veía claramente la ira y la frustración reflejadas en los ojos del policía. Sabía que Morgan tenía razón y no le gustaba nada no poder investigar algo que su instinto le decía que debía investigar. No había motivo alguno para creer en él, pero también era consciente de que podía estar diciéndole la verdad. Jesse miró a Bo y, de nuevo, la confianza que tenía en ella fue el factor determinante.

—Si a ti te parece bien, jefa, entonces supongo que a mí también.

—Pero aunque yo crea que está bien —contestó ella—, también creo que deberíamos ser inteligentes y no bajar la guardia.

Eso pareció zanjar la cuestión. A los pocos minutos, Jesse se marchó, no satisfecho, pero sí algo más tranquilo. Bo se puso de inmediato el abrigo y sacó a Tricks de paseo. Morgan se asomó a la ventana y vio desaparecer a la perra y a su dueña en el bosque. Tricks daba saltitos de un lado a otro mientras perseguía la pelota de tenis que ella le lanzaba con la mano izquierda —algo que se le antojó extraño—, y regresaba con la pelota para depositarla a sus pies mientras meneaba la cola feliz, con una expresión de ilusión tan grande en el rostro que se veía claramente incluso desde esa distancia.

Morgan repasó mentalmente toda la conversación mantenida con Jesse, las inflexiones en su voz, las palabras exactas que había pronunciado. A pesar de todo tenía la sensación de que el policía podría ser un buen aliado. Para cubrirse las espaldas debía comunicarle a Axel con total exactitud todo lo que había sido dicho y que el policía estaba, en parte, metido en el ajo. Pero no

podía llamarlo a no ser que se tratara de una auténtica emergencia, porque no tenía ni idea de dónde se encontraba Axel, ni con quién. Cualquier contacto tendría que esperar a que Axel lo estableciera.

Se puso en pie y caminó un poco. Tenía que empezar a forzar su recuperación, un poco más cada día. Las horas de conducción del día anterior lo habían dejado exhausto, demostrándole que aún le quedaba un largo camino antes de estar recuperado por completo. Era muy capaz de esperar varios días pacientemente en una emboscada, pero esa incapacidad física que sufría lo estaba volviendo loco. No había manera de saber cuándo lo encontraría el que había ordenado que le dispararan, y debía estar preparado.

Bo y su perro regresaron al cabo de una media hora. Tricks parecía feliz y las mejillas de Bo encendidas por el frío. Abrió la puerta con la mano izquierda.

—¿Qué le pasa a tu brazo derecho? —preguntó él, de nuevo sentado en el sofá.

—Es el hombro —le corrigió ella en un tono desenfadado—. Me lo golpeé en la refriega. Solo está magullado.

—¿Te han echado un vistazo?

—No es más que un golpe. Le aplicaré hielo antes de irme a la cama.

—¿Está hinchado?

Un destello de irritación asomó a los ojos de Bo, pero rápidamente desapareció, las emociones de nuevo bajo control.

—No, solo está magullado.

A Morgan le pareció que lo repetía mucho. La mayoría de las mujeres solían ser más abiertas con respecto a sus emociones que los hombres, pero ella no. Bo cerraba las escotillas y dejaba traslucir muy poco, salvo con su perro. Con Tricks era un libro abierto. Su rostro se iluminaba y se suavizaba a la vez, y su voz adquiría un tono más dulce. Con las personas, al menos con él, ya que pudiera ser que se mostrara más abierta con sus amigos, era brusca y profesional.

Quizás no le gustaba el exceso de atención. A lo mejor le costaba admitir cualquier debilidad. A Morgan le resultaba comprensible porque él era igual. Estaba tan cansado de que lo cuidaran que a veces temía que fuera a golpear a la siguiente persona que intentara ahuecarlo la almohada o arrojárselo con una manta. Menos mal que Bo no parecía tener instinto maternal. Lo había demostrado al meterle un sándwich en una bolsita y dejárselo en la mesita junto a una botella de agua antes de marcharse, dejándolo solo durante todo el día. En realidad la soledad había sido una bendición.

A pesar de su reserva natural, parecía estar a gusto con el policía, indicativo de que trabajaban bien juntos y de que entre ellos había una verdadera amistad. Morgan supuso que no podía culparla por las reservas que mostraba hacia él, dada la situación y que acababan de conocerse.

—A ver qué puedo preparar que resulte comestible —anunció ella cambiando de tema—. He comprado comida de tíos. No soy una buena cocinera, pero sí soy capaz de preparar platos básicos, como espaguetis.

La mención de los espaguetis hizo salivar a Morgan. Durante el último mes su alimentación había consistido, básicamente, en dieta blanda que no había conseguido despertarle mucho interés. ¿Dónde estaba la lógica de intentar estimular el apetito de una persona dándole de comer algo que sabía a engrudo?

—¿Espaguetis? ¿Con pan de ajo?

—Supongo que con eso has contestado a mi pregunta —Bo sonrió—. Vamos, Tricks, primero te daré de comer a ti y luego me pondré con la comida de los humanos.

A Morgan no le sorprendió que la perra fuera primero.

Perplejo, asistió a un extraño ritual en el que ella animaba al animal con palabras tiernas y muchas, «probemos con esta». No intentó averiguar más. Estaba dando de comer a su perro, ¿qué tenía eso de interesante? Poca cosa.

A continuación Bo preparó una cena a base de espaguetis. No le llevó mucho tiempo. Desde el sofá la vio abrir un bote de salsa que ni siquiera se molestó en enriquecer con carne o especias.

Otra cosa de la que no le importaría prescindir el resto de su vida eran las bandejas, de modo que lentamente se acercó hasta la pequeña mesa de la cocina y se sentó frente a su anfitriona. Bo le sirvió un vaso de leche de verdad. Morgan habría preferido una cerveza, o incluso una copa de vino barato, pero al menos la leche no era desnatada. La pasta había quedado un poco gomosa, pero las especias y el pan de ajo sabían a gloria. Lo único que se le podía comparar en sabor era la hamburguesa que se había comprado camino de Virginia Occidental. Solo había conseguido darle un par de mordiscos, pero ese ketchup con pepinillos y cebolla casi le había arrancado un gemido al estallar el sabor en su lengua.

—Has sufrido unas veinticuatro horas muy duras —observó él tras haber comido en silencio durante unos minutos.

Lo cierto era que ya no le cabía más, aunque a lo mejor, si perdía un poco de tiempo en hablar, podría comer un poco más. Además, y muy a su pesar, sentía curiosidad por esa mujer. Le resultaba muy interesante todo ese tinglado que tenía montado, el asunto de la jefa de policía...

—¿En serio? —ella lo miró perpleja.

—Casi te ahogan, te lastimaste la mano al darme un puñetazo, te han golpeado en la cara, te has lastimado el hombro —Morgan enumeró los motivos uno a uno.

—Ah, eso —exclamó ella al comprender—. También me di un golpe en la nuca contra el suelo. Tengo un chichón.

—¿Este tipo de altercados sucede muy a menudo?

—¿Reyertas en la pastelería? Es la primera vez.

—Supongo que la plantilla aquí será tan pequeña que os llamarán a todos para casi todos los arrestos.

—Soy un agente administrativo, no de acción. Me contrataron para sacar adelante el papeleo y organizar los turnos.

—Pero habrás tenido que recibir una formación antes de estar cualificada para el puesto —Morgan frunció el ceño y tomó un poco más de espaguetis.

—En Virginia Occidental no. Es un estado pequeño con poca población, de modo que supongo que tienen que dar otras opciones, de lo contrario la mitad de las ciudades carecería del personal necesario. El puesto de jefe de policía puede ser puramente administrativo. Jesse no quería asumir el papeleo, ni los dolores de cabeza por tener que organizar los turnos. De modo que el alcalde Buddy pensó en una alternativa. Sabía que me manejo bien con las tecnologías porque me dedico a la escritura técnica, y me ofreció el puesto. Yo lo acepté. Es a media jornada, y un buen negocio tanto para la ciudad como para mí.

Morgan soltó un gruñido. Si todo eso era cierto, significaba que se había lanzado a una pelea sin tener idea de cómo protegerse. Había tenido suerte de salir tan bien parada. Un parte de él la admiraba por su arrojo, pero otra se sentía irritado porque se hubiera puesto en peligro. «No es asunto tuyo», pensó.

—¿Y te lanzaste a una pelea sin ningún entrenamiento? —preguntó a pesar de su anterior reflexión.

Intentó que no se notara su enfado en la voz, pero solo lo consiguió a medias.

Si ella se dio cuenta, no le hizo ningún caso. Se limitó a encogerse de hombros.

—Menuda estupidez, ¿a que sí? Jesse insistió en enseñarme a disparar, un poco, y también me enseñó algunos movimientos básicos de autodefensa, pero ya está. Sé que corrí un gran riesgo. Salió bien, pero debería pensármelo dos veces antes de volverlo a hacer.

Era tan malditamente razonable sobre ese asunto que Morgan se sintió frustrado por haber aireado su irracional ira. De nuevo se dijo que no era asunto suyo. Por otra parte, si Bo acababa en el hospital, él estaría en una situación delicada, de modo que prefería que se mantuviera sana y salva. Y eso lo convertía en un asunto muy suyo.

—Yo podría enseñarte algo más.

—Apenas puedes moverte.

El acertado comentario le fastidió aún más.

—Hoy estoy mejor que ayer. No me hace falta estar en una gran forma para enseñarte a inmovilizar a alguien.

—Ya veremos —contestó ella.

Morgan tuvo la sensación de que la evasiva respuesta significaba que no tenía ninguna intención de aceptar.

Bueno, desde luego que ya verían.

Convivir con alguien empezaba a resultar cada vez más irritante, como oír constantemente el zumbido de un mosquito, pero sin poder localizarlo para aplastarlo. Pero, por otra parte, en el transcurso de los últimos días parecían haberse acomodado en una especie de rutina. Bo no iba a la ciudad los fines de semana, de modo que la mayor parte de los dos días la pasaba trabajando en sus proyectos de escritura técnica, y disfrutando de Tricks.

Pero, aunque no pasara por la comisaría, sí recibió cumplida información sobre Emily y Kyle, suministrada por Jesse y Daina. El juez había estado conveniente, y seguramente intencionadamente, ilocalizable, de modo que la fianza de Kyle no había podido ser depositada hasta el sábado por la tarde, dándole a Emily mucho tiempo para actuar. Lo primero que había hecho había sido pedir el divorcio, pedir una orden de alejamiento contra Kyle para ella y su familia, y llevar la ropa y los efectos personales de Kyle a casa de su padre. Eso último lo había hecho acompañado por Jesse, para asegurarse de que todo fuera bien. Emily estaba decidida.

La familia Gooding en pleno estaba muy ocupada hablando mal de Emily y de su familia. El tío de la joven, por parte de padre, Harold Patterson, era el dueño de la barbería y, por supuesto, su establecimiento era un punto caliente para las habladurías. El escándalo Emily-Kyle se calentaba por momentos y media ciudad había tomado partido, tal y como Bo había sospechado que sucedería. La mayoría se había puesto de parte de Emily, pues Warren Gooding nunca se había hecho querer por nadie, pero había

unos cuantos que opinaban que Emily se estaba comportando como una zorra.

Daina suministró la información de que la señora Gooding había comentado en el salón de belleza que sospechaba que Emily engañaba a Kyle con otro. También Daina le contó que el incidente de la pastelería había empezado después de que Emily descubriera que Kyle la engañaba con otra.

El asunto tenía visos de colear durante mucho tiempo. Quizás fuera buena idea organizar patrullas policiales en los eventos deportivos y cosas así, cualquier lugar en que miembros de ambas familias pudieran llegar a coincidir.

Pero primero esperaría un poco. A lo mejor Kyle decidía mudarse. Emily podría conocer a alguien, y ser ella la que se marchara del pueblo. La vida seguía y Bo ya tenía bastante con lo que tenía sin necesidad de buscarse más problemas.

El tiempo decidió cooperar volviéndose soleado, aunque seguía siendo fresco, de modo que Tricks y ella disfrutaron de largos paseos y abundantes juegos. La primavera al fin parecía dar señales de que fuera a quedarse. Y ya era hora, porque todos estaban bastante hartos del invierno. Los árboles dedicaron el fin de semana a echar brotes, como si tuvieran una información privilegiada de la que carecieran los humanos. El aire estaba cargado de una especie de vibración, como si todas las plantas hubieran iniciado una febril actividad.

Morgan no era un paciente exigente. No pedía nada especial, y tampoco era exactamente un paciente. Aún no tenía muchas fuerzas y ni siquiera había intentado subir las escaleras, pero sí era capaz de ir él solo al cuarto de baño, y ducharse sin ayuda.

Lo mejor era ver la expresión en sus ojos cuando ella se acercaba cada mañana con una taza de café. Morgan contemplaba la taza con verdadera ansia. Cada vez caminaba más. Dormía, leía, veía televisión, aunque no mucha. El domingo por la tarde, y por primera vez, salió de la casa, aunque solo hasta la terraza. Colocó una de las sillas al sol y se quedó un rato sentado.

El gesto volvió loca a Tricks. Había alguien fuera, alguien que podría lanzarle la pelota, aunque ese alguien no fuera Bo. Sin embargo, y para su pesar, la perra no estaba fuera. Corrió de ventana en ventana, hasta la puerta, agarró la pelota de tenis, se acercó a Bo, regresó a la puerta. Soltó la pelota y ladró antes de volverla a recoger y volver a empezar el circuito.



Bo intentaba trabajar y sabía lo insistente que podía ser su perra cuando se empeñaba en salirse con la suya. Ceder sería un error táctico. Consultó la hora, pero aún no era el momento de salir de paseo.

—No —sentenció con voz firme antes de reanudar su trabajo.

Tricks trotó hasta ella y le dio un topetazo en la pierna.

—No —repitió Bo con más seriedad mientras alzaba un dedo a modo de advertencia.

La perra suspiró, dejó caer la pelota, pero decidió ceder, de momento, y se enroscó sobre la alfombra para hacer pucheros tranquilamente.

Eso era lo que Bo quería, que Tricks cediera siquiera un minuto, para que no creyera que había ganado. Dejó pasar un par de minutos, guardó el trabajo y se levantó.

—Vamos fuera.

Tricks se levantó de un salto, recogió la pelota y corrió hasta la puerta. Bailaba de pura emoción, golpeando el suelo con las patas.

Un par de días de descanso y el hielo aplicado a su hombro habían hecho maravillas. Bo ya era capaz de lanzar la pelota sin dolor. En cuanto salió de la casa, la arrojó lejos y Tricks se lanzó a una alegre persecución.

—Buen brazo —observó Morgan.

—Llevo practicando casi sin parar desde hace dos años, desde que fue lo bastante grande para sujetar la pelota en la boca.

Tricks atrapó la pelota al segundo bote y se la devolvió a su dueña para una repetición de la jugada, depositándola a los pies de Bo, y saliendo disparada a la carrera.

—Tramposa —se quejó ella mientras se agachaba para recoger la pelota, que lanzó por encima de la cabeza de Tricks, que en esa ocasión la atrapó al primer bote.

El animal se detuvo y se volvió, posando.

—¡Buena captura! —gritó Bo en tono de admiración.

Tras menear la cola un par de veces, todo volvió a comenzar.

Y de repente Tricks dejó la pelota a los pies de Morgan.

Bo se dispuso a intervenir, pero él la recogió del suelo y la lanzó hacia un lado. Consiguió lanzarla a bastante distancia, demasiada, pues la pelota ya se había detenido para cuando Tricks la alcanzó. El perro lo miró con expresión de fastidio y le llevó la pelota a su dueña.

—Has fracasado en la prueba de lanzamiento de pelota —ella no pudo reprimir una carcajada.

—Ha sido un buen lanzamiento —protestó Morgan.

—Ha ido demasiado lejos. A ella le gusta atraparla en el aire.

—Y eso lo sabes porque te lo ha contado, ¿verdad?

El suave escepticismo en su voz hizo dudar a Bo.

—Obsérvala. Una captura al segundo bote es aceptable, pero prefiere las pelotas que atrapa al primer bote. Se para, posa, y aguarda a que yo la alabe. Te concedió el honor de lanzarle la pelota y fracasaste.

Él soltó un bufido.

Bo lanzó la pelota y Tricks la atrapó al segundo bote. Se la llevó a su dueña, la dejó a sus pies, y arrancó de nuevo. Ella la recogió del suelo y la lanzó sobre su cabeza. Fue una captura al primer bote y, en cuanto Tricks la tuvo, se quedó inmóvil en una pose orgullosa, la cabeza alta.

—¡Una captura preciosa! —anunció Bo tras esperar unos segundos.

El perro agradeció la alabanza moviendo la cola, y regresó con la pelota.

—No sé si la he entrenado a ella, o ella a mí —Bo rio—, pero lo que sí sé es que no debo subestimar su ego, vanidad, insistencia o inteligencia. Sería insoportable si no fuera tan alegre y adorable.

Morgan sacudió la cabeza. Daba la sensación de que pensaba que Tricks era, en efecto, insoportable independientemente de lo alegre que fuera, pero ¿y qué? Su perra seguiría allí mucho después de que él se hubiera marchado.

—¿Entonces tiene dos años?

—Unos dos años y medio. La compró la difunta señora Carmichael. Yo jamás podría haberme permitido su precio. Pero unas dos semanas después de que la señora Carmichael la tuviera en casa, la anciana sufrió un infarto mientras se dirigía a visitar a una amiga y chocó con el coche. Tricks iba con ella, por suerte en una jaula de viaje. La señora Carmichael murió por el infarto —Bo observó a Tricks olisquear de un lado a otro, encontrar el sitio perfecto y, por fin, decidirse a vaciar la vejiga—. El animalito temblaba aterrorizado. Me la llevé a comisaría mientras avisábamos al hijo de la señora Carmichael. La tuve en brazos todo el tiempo. Y, cuando el hijo de la señora Carmichael anunció que no la quería y me pidió que se la regalara a quien la quisiera...

—Decidiste quedártela.

—Desde luego —contestó Bo con cierta tristeza—. Yo no sabía nada de cachorritos, jamás había tenido mascota, pero, tras tenerla en brazos varias horas, supongo que me había conquistado. El hijo se dirigió a casa de su madre, recogió todos los juguetes y la comida de Tricks y me lo trajo. Estaba conmovido, pero sabía a ciencia cierta que su esposa no quería perros. Me traje a Tricks a casa y busqué desesperadamente información sobre el cuidado de cachorros. Ella seguía aterrorizada, en un sitio nuevo y extraño, y solo dejaba de temblar cuando la tenía en brazos. Cuando la dejé en su jaula

por la noche se puso a llorar. Me partió el alma. De modo que la saqué y la dejé dormir acurrucada junto a mí. Y ya no hizo falta más.

—Fuiste una presa fácil —Morgan sonrió.

—¿Acaso crees que podrías haberte resistido a una pequeña bola peluda? Parecía un peluche, o una bolita de algodón con pies grandes —una demoníaca bola de algodón.

El primer año había sido un auténtico infierno, hasta que Tricks había decidido ceder ante el humano que parecía controlar la comida.

—Cuando yo era pequeño siempre teníamos mascotas —le explicó él, aunque no contestaba a su pregunta—. Pero ahora nunca estoy en casa el tiempo suficiente ni para cuidar de un cactus.

—Dijiste que eras de Florida, ¿no? —le había parecido oírsele decir, pero la otra tarde había estado distraída con otras cosas.

—Sí. ¿Y tú qué? Tu acento no es de Virginia Occidental.

—Soy un poco de todas partes. Nací en Arizona, pero no recuerdo nada de aquello. Mamá se mudaba mucho —y se casaba mucho, de ahí las mudanzas.

Morgan había sido muy agudo al descubrir la diferencia entre su acento y el de Jesse. A lo largo de los años le parecía haber cambiado de pronunciación. En las raras ocasiones en las que había hablado con su madre, exactamente dos, ella le había comentado lo paleta que le resultaba el acento. A lo mejor era un acento repelente de madres, pues hacía años que no había sabido nada de Rebecca. Amaba a su madre, pero la prefería si estaba lejos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Siete años.

La respuesta pareció agotar el tema de conversación durante un buen rato. Morgan se quedó sentado al sol, contemplando el campo, los árboles. Era evidente que lo que fuera que hiciera para ganarse la vida era peligroso, de modo que Bo supuso que no estaba acostumbrado a la tranquilidad del campo, o a su estado de inactividad. Lanzó la pelota durante unos buenos cuarenta y cinco minutos para que Tricks la recuperara con alegría antes de acercarse al cuenco de agua, echar un buen trago y dejarse caer sobre el suelo de cemento, jadeando y golpeando la pelota de tenis con la pata.

—Debes de estar aburriéndote —observó Bo tras contemplar a su perro durante unos minutos.

—Ya me siento mejor —contestó él.

Bo supuso que al menos eso había sido una respuesta. Si se sentía mejor, era lógico que se aburriera. Cuando no había sido capaz de hacer otra cosa que no fuera dormir a todas horas, el aburrimiento no había sido un factor a tener en cuenta.

—No puedo ofrecerte demasiadas distracciones. Tengo algunos libros, el portátil. No suelo utilizar el portátil para trabajar, de modo que puedes servirme de él cuando quieras.

—Elijo el ordenador, gracias —contestó él al instante.

—¿Tienes miedo de que los libros sean para chicas? —Bo estiró las piernas y rascó a Tricks con un pie.

El perro se tumbó panza arriba y se quedó allí, con las patas en el aire y la lengua colgando a un lado, la viva imagen de la felicidad canina.

—Eso me da igual —Morgan se interrumpió y la miró. Un destello azul brilló fugazmente en sus ojos—. ¿Lo son?

—Algunos. Pero también tengo novelas de misterio, de suspense, un par de libros de Stephen King. Están arriba, en mi dormitorio. Bajaré algunos, y si quieres alguno más me lo dices.

Bo nunca había pensado que fuera capaz de satisfacer a un hombre con algunos libros y un portátil. Disimuló una sonrisa y se levantó para entrar en la casa, con Tricks pisándole los talones.

## Capítulo 9

El lunes por la mañana cuando Bo salió del dormitorio y se asomó a la planta inferior, se dio cuenta de que empezaba a acostumbrarse a ver a ese hombre despatarrado todo lo largo que era en el sofá. «Despatarrado» era el término más adecuado, pues dormía con una pierna apoyada en el respaldo del sofá y la otra estirada o con el pie apoyado en el suelo. Dada su estatura, y el tamaño del sofá, no le quedaban muchas más opciones. El día que fuera capaz de subir las escaleras hasta el cuarto de invitados para dormir en una cama de verdad, habría que marcarlo en rojo en el calendario.

Tuvo la impresión de que tenía mejor aspecto, no mucho mejor, pero algo sí. Su piel ya no parecía tan gris y, aunque había dormido durante bastante tiempo después de haber estado sentado al sol el día anterior, al menos había sido capaz de hacer ese esfuerzo. Tan solo dos días antes le había costado mucho simplemente ir del sofá al cuarto de baño y regresar.

Su apetito también estaba mejorando. Cada día comía un poco más. Bo empezaba a sentirse implicada en su estado y eso le preocupaba. No quería llegar a conocerlo bien, nada que pasara de un nivel superficial. Quería que se recuperara y se marchara, causando el menor impacto posible en su vida, aparte del muy bienvenido incremento de ciento cincuenta mil dólares en el balance de su cuenta corriente.

Tenía que admitir que estaba demostrando ser muy inteligente al mantenerse a un nivel tan discreto. Sin duda era un tipo acostumbrado a estar al mando, a dar órdenes, pero se mostraba muy poco exigente. Aunque de vez en cuando dejaba traslucir algo de impaciencia, nunca permitía que fuera algo más que un goteo. Asimismo, en un par de ocasiones se había mostrado bastante gruñón, pero sin llegar a enfadarse. Tras el incidente del estrangulamiento, ambos se habían esforzado por mantener la situación bajo control, y ella no podía evitar agradecerle ese esfuerzo.

Para Tricks, en cambio, no había límites. En su mundo, Morgan era un nuevo compañero de juegos, y estaba decidida a conseguir que jugara. Corrió escaleras abajo, llena de entusiasmo y energía, disparada hacia el sofá. Hundió el hocico en el brazo de su amigo y le dejó la pelota sobre el pecho. La pelota cayó rodando al suelo y ella se lanzó a por ella con alegría.

Él gruñó y bajó las piernas para sentarse.

—Hola, chica —la saludó con voz ronca mientras la rascaba detrás de las orejas.

Tricks había regresado a su lado con la pelota en la boca. En esa ocasión se la dejó entre las piernas y él la agarró rápidamente, antes de que al perro se le ocurriera darle un empujón a la bola con el hocico. Bo tuvo que reprimir una carcajada. Su invitado había aprendido por las malas.

Morgan se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño mientras ella preparaba el café. Ambos se saludaron con un escueto «buenos días», y Bo se llevó a Tricks de paseo. Cuando regresó, abrió la nevera para comprobar lo que había y se preguntó qué preparar para el desayuno. Hacía tan solo tres días que se había gastado una pequeña fortuna en hacer la compra, ¿a qué venían tantos problemas? Pues porque ella no solía cocinar para desayunar, por eso. Normalmente comía unos cereales y se tomaba un café mientras trabajaba.

Iba a tener que ser algo que no le llevara demasiado tiempo, porque tenía trabajo que hacer. Metió algo de beicon en el microondas, preparó unos huevos revueltos y tostó algo de pan. En diez minutos, máximo, estaría hecho el desayuno.

Y mientras servía los huevos en los platos, la realidad le golpeó entre ceja y ceja.

Había estado muy ocupada, agobiada por hacer acopio de suministros para su invitado, cocinando para él, haciéndole la colada. Su llegada la había descolocado. Después, el incidente de la pastelería, y todo el trabajo extra que implicaba cuidarlo. Esa era sin duda la explicación al hecho de que no le hubiese formulado casi ninguna pregunta, de que no tuviera realmente una idea de a quién alojaba en su casa. Aparte de la escueta información que él y Axel le habían suministrado el primer día, no sabía nada de él.

Bueno, pues eso tenía fácil arreglo. En cuanto saliera del cuarto de baño, recién duchado y afeitado, vestido con su camiseta verde oliva y pantalones negros, que apenas se le sujetaban a la cintura, y eso gracias a un cinturón, lo asaltó.

—¿Eres un espía o algo así?

Lo que fuera era de suma importancia, ya que era el motivo de que estuviera tan demacrado, de que estuviera en su casa.

Morgan la miró, pero ni siquiera se detuvo en su camino hacia la cocina, donde tomó la taza de café que ella le había dejado sobre el mostrador.

—¿Ya empiezas a hacerte algunas preguntas? —él se apoyó contra el armario y la miró por encima del borde de la taza mientras tomaba un sorbo.

—Es un poco tarde, pero sí —Bo se preguntó si le iba a responder a alguna de sus preguntas, o si podría fiarse de su respuesta en caso de que sí lo hiciera. A fin de cuentas los espías se ganaban la vida mintiendo, ¿no?

—No, no soy un espía.

—Si lo fueras, mentirías de todos modos —señaló ella mientras repartía las tiras de beicon entre los dos platos y empezaba a untar mantequilla sobre las tostadas, que dejó en otro plato.

—Cierto. Pero, si fuera un espía, más te valdría no insinuarlo.

La calma con la que lo exponía resultaba irritante, o gratificante, Bo no sabía bien. Quería creerle, quería pensar que estaba haciendo algo bueno acogiéndolo en su casa, aunque le pagaran bien por ello. Era una lástima que, literalmente, no hubiera manera de estar segura. Solo podía fiarse de lo que creía más probable.

—Creo que es un poco tarde para eso, dado que ya estás aquí. Pero, si no eres un espía, ¿por qué sufriste una emboscada?

—Esa es la pregunta del millón. No lo sabemos.

Ella dejó a un lado el cuchillo de la mantequilla para tomar un sorbo de café mientras reflexionaba sobre la respuesta.

—Trabajas para el gobierno y, por tanto, supones que está relacionado con eso. Pero ¿podría ser algo personal?

—No es probable.

—¿Tan prístina es tu vida?

—Yo no he dicho eso —Morgan sonrió divertido—. Pero no tengo ninguna exnovia psicótica, no me he metido en ninguna pelea con los vecinos, nada que pudiera ser un desencadenante. Llevaba varios meses fuera del país y, tras recuperar el sueño perdido, me fui de pesca. Alguien pirateó los archivos estatales y me rastreó a partir de la matrícula de mi barco. Pero comamos mientras hablamos, esto se va a enfriar.

Morgan dejó la taza de café a un lado y llevó los platos de huevos y beicon a la mesa. El día de su llegada, su aspecto había sido lamentable, nada que ver con la idea que uno se haría de James Bond, pero después de unos pocos días de tranquilidad y comida de verdad, empezaba a moverse mejor. Despacio, pero con más confianza, o eso le parecía a Bo. Empezaba a distinguir cierta gracia animal en el movimiento de los músculos, que le recordaba una y otra vez que ese hombre vivía una vida totalmente diferente de la suya.

Desestimó los pensamientos sobre el movimiento y se concentró en las palabras. Si el ataque hubiera sido personal, el atacante seguramente habría sabido dónde vivía y no habría necesitado piratear ningún archivo.

—De acuerdo, de modo que fue un trabajito.

—Sí. Y el atacante pertenecía a la mafia rusa, pero fue contratado desde fuera de la organización.

Bo se quedó muy quieta, dejó la taza de café sobre la mesa y lo miró con expresión acusadora.

—Dijiste que no sabías quién te había disparado.

—A ver, sabemos quién me disparó porque lo neutralicé. Lo que no sabemos es para quién hizo el trabajo. Eso sí, el que lo hizo tenía capacidad para entrar en los archivos estatales, lo cual tampoco es que sea muy difícil, pero los archivos de nuestra... agencia también fueron pirateados, y eso no solo requiere un experto de alto nivel, sino también el conocimiento de que esos archivos existen.

Bo tenía muchas cosas en que pensar. Supuso que «neutralizar», era un eufemismo para «matar». Ese hombre había matado. En el fondo no le sorprendía, bastaba con recordar cómo la había agarrado del cuello solo porque lo había sobresaltado, y porque había sido disparado. Ella no conocía a nadie a quien le hubieran disparado. Los accidentes existían y las personas recibían disparos porque ellas, o alguien relacionado con ellas, estaban mezcladas en algún crimen. Pero tenía la sensación de que las armas de fuego y la violencia eran una constante en la vida de su invitado.

—Has dicho que no eres un espía, pero has mencionado a una «agencia» — continuó ella tras dejar escapar el aire con fuerza —. ¿Eres de la jodida CIA o no?

—No.

—Entonces, ¿qué eres? A no ser que se trate de una de esas «te lo diría, pero entonces tendría que matarte».

—No, no soy un agente secreto, ni trabajo en operaciones clandestinas. Soy un antiguo militar...

Menuda noticia.

—Pero ahora soy paramilitar. Tengo más libertad de acción. Nos organizamos en equipos, con el visto bueno del gobierno, y nos ocupamos de las crisis antes de que estallen en catástrofes.

Mientras hablaban, Bo había llevado a la mesa el plato con las tostadas, y un tarro de mermelada, y él había vuelto a llenar las tazas de café. Ella volvió a sentarse en la silla habitual y él, en la que se había apropiado, a su derecha. Por primera vez Bo se preguntó si había elegido esa silla en concreto porque quedaba situada frente a la ventana y la puerta. No iba armado y no sabía de qué le serviría ver acercarse el peligro, tampoco les hacía falta ver al intruso



porque tenían a Tricks, que lo oía todo antes que ellos. Era un estupendo sistema de alarma.

Y el sistema de alarma, atraída por el olor de la comida, se acercó a la mesa y se enroscó a los pies de Bo.

—¿Y crees que tiene alguna relación con tu última misión?

—No es probable.

—¿Acaso tienes alguna idea, la que sea? —preguntó ella con creciente impaciencia.

—No. He repasado una y otra vez todo lo que hice aquel día, y nada llama mi atención. Hablé con cuatro personas, sin contar a la cajera del supermercado en el que me detuve. Con ella serían cinco. No había nada extraño en los cuatro, nada que haya surgido en la investigación de Mac. Pero, dado que los archivos de la agencia fueron pirateados, eso significa que alguien sabía cómo me gano la vida y dónde trabajo.

El informe fue expuesto con calma y precisión, interrumpido por algunos mordiscos a la comida. Parecía más que hubiera estado analizando un problema académico que algo que casi lo había matado.

Bo no acababa de entender esa perspectiva, a no ser que recibir un disparo fuera tan habitual para él que no le diera importancia. No se imaginaba cómo debía ser una vida así, ni la clase de persona que la elegiría deliberadamente.

—Si no es nada personal, entonces el motivo es o bien algo que hiciste, o algo que viste, ya fuera en la misión o después de regresar a casa. Es de sentido común.

—Lo sé, pero no tengo nada. Si vi algo, no me di cuenta de lo que veía, de modo que no lo registré. En la misión no hubo nada fuera de lo normal. Hubo alguna metedura de pata, pero siempre las hay, y ninguna fue de importancia. Llegamos, hicimos nuestro trabajo, nos enviaron a otro punto caliente, y luego a otro más, y siete semanas después nos volvimos, regresamos a casa. Todos vivos y en un estado aceptablemente bueno.

Bo partía de una posición de absoluta ignorancia, de modo que no podía ofrecerle ninguna posibilidad en la que no hubiera pensado ya él, o Axel o, seguramente, un montón de personas más. Tampoco aceptaba del todo lo que le había dicho, y no veía ningún motivo para disimularlo.

—Podrías contarme cualquier cosa —señaló ella—. No tengo modo de saber si mientes o no. Para alguien de tu oficio, suponiendo que sea realmente tu oficio, te estás mostrando muy abierto, no solo conmigo, sino también con Jesse.

Morgan tomó un trago de café antes de encogerse de hombros. Ya era la segunda vez que utilizaba el café para ocultar su expresión o como una sutil

maniobra de distracción. A Bo nunca se le había ocurrido que beber café pudiera incluirse entre las acciones evasivas, pero con ese hombre empezaba a creer que debía cambiar por completo su punto de vista.

—No eres muy confiada —observó él al fin.

Evidentemente, ella no era tan buena como él en esas maniobras de distracción y ocultando sus sentimientos.

—Y me parece algo bueno —continuó Morgan—. Tendrías que ser tonta si te creyeras cualquier cosa a pies juntillas. Todo lo que has dicho tiene sentido. Pero, como jefe del equipo, tengo la autoridad y la formación para tomar decisiones sobre el terreno. Si no hubiera metido a Jesse en el ajo, podría haber hecho saltar algunas alarmas husmeando donde no debía, ¿tengo o no tengo razón? No me pareció un tipo dispuesto a rendirse cuando quiere saber algo, a no ser que tenga un motivo de peso para hacerlo.

—Lo has clavado —ella arrugó la nariz.

—En cuanto a ti... Mac y yo hablamos de cuánto podríamos contarte, y él dijo que yo decidiera —alargó una mano hacia el tarro de la mermelada para echar una buena cantidad sobre la segunda tostada.

Era la primera vez que repetía. Su brazo rozó el de Bo, que, automáticamente, lo retiró. Un escalofrío de consciencia inundó todas sus terminaciones nerviosas. No sabría decir por qué, no era la primera vez que se tocaban, cuando le ayudaba a moverse por la casa se tocaban, pero siempre había sido ella la que lo tocaba a él. Esa era la primera vez que él la tocaba.

Por una parte, sobresaltarse era una tontería. No tenía miedo de ese tipo, no creía que fuera un violador ni nada de eso. De haberlo pensado, jamás le habría dejado quedarse en su casa. Pero, a un nivel muy básico, su instinto le decía otra cosa, que era como un tigre en el zoológico: de momento bajo control, pero sin dejar de ser un animal salvaje.

Ella levantó la vista y percibió una aguda consciencia en los ojos azules, como si hubiera interpretado correctamente su reacción. Aquello podría volverse incómodo, considerando que seguiría viviendo en su casa durante un tiempo indeterminado... si ella se lo permitía. Lo mejor era ser clara.

—No te lo tomes como algo personal. Soy una persona cautelosa.

Por su experiencia, las relaciones amorosas eran poco fiables y generaban más problemas que satisfacciones. Los ejemplos de sus padres eran prueba suficiente para ella, pero, además, ella misma había probado un matrimonio, que había fracasado antes de cumplir el año. Y había aprendido la lección: estaba mejor sola, dependiendo solo de ella misma.

—¿Entonces no tienes miedo de que me abalance sobre ti?

—¿En tu estado? —ella bufó ante la expresión burlona que apareció en los ojos azules—. Podría ocuparme de ti.

—Por humillante que me resulte admitirlo, es verdad, podrías —la mirada de Morgan se oscureció—. No soporto estar tan débil. Estoy trabajando en ello y creo que en una o dos semanas podré empezar a hacer ejercicio de verdad.

¿Era una advertencia o solo conversaba con ella? Si alguna vez había tenido habilidades para descifrar la dinámica de las personas, se le habían oxidado por falta de uso. De haber sido Morgan un perro, no habría tenido tantos problemas. Finalmente optó por la conversación.

—En la ciudad hay un gimnasio. No es el mejor, pero al menos es un gimnasio. Y yo tengo una cinta de correr guardada bajo las escaleras. Puedo sacarla cuando creas que estás preparado.

—Gracias. De momento, mi objetivo es subir esas escaleras. No te ofendas, pero tu sofá me está matando.

Mientras Bo dedicaba la mañana a trabajar, Morgan paseaba fuera de la casa, tanto para ofrecerle espacio para que pudiera concentrarse como por el placer de salir al aire libre y disfrutar del sol mientras forzaba un poco más su cuerpo. No iba a recuperar su forma física así como así. Iba a tener que trabajar duro para conseguirlo, quizás más duro de lo que hubiera trabajado nunca, porque no recordaba haberse sentido tan débil jamás. Ya se sentía más fuerte, seguramente porque comía más. Bo no era una gran cocinera, pero él tampoco era un comensal exquisito. Donde estuviera una buena hamburguesa o una cena a base de espaguetis que se quitaran esas fruslerías de dos judías verdes, un champiñón y un gramo de pollo a la plancha.

En cuanto estuviera mejor se ocuparía de algunas tareas del hogar, sería lo justo. Sabía pasar el aspirador y hacer la colada. Y por lo que había visto, Bo no tenía apenas tiempo libre, salvo los momentos que dedicaba a pasear a su perro.

Se acercó cautelosamente al lindero del bosque y se volvió para contemplar el granero... casa. Un hogar inusual para una mujer inusual. A él le gustaban las mujeres, de modo que analizó a su anfitriona. Vivía rodeada de muros, unos muros muy sólidos. Algunas mujeres levantaban muros porque tenían miedo, pero no había percibido timidez o incertidumbre en Bo. Era una persona contenida, segura de sí misma y de sus elecciones. Sola y feliz de estarlo.

Y eso le gustaba porque la gente pegajosa y dependiente lo irritaba. Por su carácter siempre tomaba el mando de las acciones, por eso estaba en un equipo de fuerzas especiales. Le gustaba la sensación de la adrenalina bombeando en su cuerpo, pero también la sensación de la satisfacción por el éxito logrado, por ser capaz de hacer cosas que la gente normal no podía hacer. Cada vez que iba a una misión ponía su vida en juego. La indecisión y la debilidad no lo atraían, por bonito que fuera el envoltorio.

Y el envoltorio de Bo era más bien escuálido, aunque sin dejar de ser atractivo. Era un poco más alta de lo habitual para una mujer, delgada, de largas piernas y largos brazos, pero sin tetas dignas de mención. Si esa mujer usaba una talla de sujetador más grande que la copa A, se juró a sí mismo que le besaría el culo, y disfrutaría haciéndolo. Porque, aunque fuera delgada, tenía un culo monísimo. Su rostro era ligeramente exótico con unos enormes ojos oscuros y una delicada boca, más atractiva que bonita. De nuevo la palabra «atractiva». Pero él no debía pensar en eso. Estaba allí para recuperarse mientras esperaba a que la trampa de Axel funcionara y, cuando lo hiciera, podría marcharse. De haber sido otras las circunstancias, habría disfrutado del flirteo, de la atracción sexual. Pero las circunstancias eran las que eran. Y no tenía sentido pensar en el redondeado trasero de Bo.

Lo que sí debería hacer era repasar una y otra vez todo lo sucedido el día en que recibió el disparo para intentar descubrir el detalle que se le estaba escapando hasta ese momento. Le irritaba haber sido relegado a la posición de espectador. Él estaba acostumbrado a la acción, a hacer lo que fuera necesario, a ser la bala en lugar del cebo. Quería hacer algo, lo que fuera, aparte de quedarse ahí sentado. Se sentía como un inútil. ¡Demonios! Era un inútil. Si sucediera algo, no estaba seguro de poder salvarse a sí mismo, mucho menos a otra persona.

No había más que verle: había logrado caminar casi cincuenta metros y ya estaba agotado, aunque no dejaba de ser un avance, puesto que a su llegada el jueves anterior había necesitado ayuda solo para entrar en la casa, y también para ir al cuarto de baño. Lo que más le fastidiaba era necesitar descansar antes de poder emprender los cincuenta metros de regreso.

Pero al menos estaba de pie y bajo el sol. El brillante calor le hacía mucho bien. Se quedó un rato escuchando el estruendoso trino de los pájaros, que casi parecían borrachos. Su mente regresó a aquel día.

La congresista Kingsley encabezaba su lista de posibles responsables, aunque tenía que admitir que el único motivo para pensar así era su condición de política. Aparte de eso, no se le ocurría nada que esa mujer hubiera dicho o hecho que se saliera de lo normal. Y luego estaba su marido,

Dexter, el abogado. Político, abogado de los poderosos, ¿qué diferencia había? Pero, de nuevo, no se le ocurría nada que Dexter hubiera hecho, aparte de ser abogado.

Volvió a repasar la escena de la conversación que había mantenido con ellos. Todo lo que habían dicho, cualquier cosa que hubiera visto. Pero nada llamó su atención.

El siguiente de la lista era Brawley, que había hecho una llamada de teléfono nada más verlo. Sin embargo, Axel había conseguido rastrear esa llamada y la única que Brawley había realizado en esa franja horaria había sido a su esposa. Tras comprobar tanto a Brawley como a su esposa, Axel no había encontrado nada raro. Eran ciudadanos normales, sin ningún antecedente sospechoso. Habían criado a un par de hijos, tenían un puñado de nietos e iban a la iglesia los domingos.

La última persona de la lista de Morgan era la que más se resistía a creer que estuviera implicada. Kodak. Kodak y él habían participado juntos en tantos tiroteos que ya ni se acordaba de las veces que el uno le había salvado la vida al otro. Pero Kodak sabía dónde vivía y no habría necesitado piratear los archivos estatales para conseguir su dirección. Aun así, era lo bastante inteligente como para haber hecho precisamente eso para desviar las sospechas sobre otro.

Y al final llegó a la misma conclusión que con las demás personas en su lista: no se le ocurría ningún motivo. Por el interrogatorio al que Axel había sometido a Kodak tras la emboscada, sabía que esa mañana estaba, tal y como había asegurado, acompañado por una dama, y que había pasado el día con ella. La mujer se había ido a su casa tras cenar. Todo parecía normal, ninguna llamada sospechosa realizada desde el móvil de Kodak, ni siquiera desde el de su amiga, y ninguna transferencia desde su banco al de Albert Rykov.

No habían sido capaces de rastrear ese dinero. Rykov había depositado una cantidad considerable, pero en efectivo, y en el Bank of America ATM de la avenida Pennsylvania. Todo había quedado grabado por las cámaras de seguridad y Rykov había ido solo. El dinero era un callejón sin salida. Ni siquiera le resultaba gratificante saber que alguien había pagado veinte mil dólares en efectivo para que lo mataran.

Toda la información conducía a un callejón sin salida. Ninguna de las personas a las que había visto ese día había dicho o hecho nada sospechoso. Estaba tan cerca de averiguar quién había intentado matarlo como lo había estado el mismísimo día del tiroteo.

Oyó un alegre y sordo ladrido, y se volvió. Vio a Tricks correr a toda velocidad hacia él con la pelota de tenis en la boca, lo que explicaba el sonido

apagado del ladrido. Bo la seguía de cerca. Tricks lo alcanzó y dejó la pelota junto a sus pies antes de echar a correr. Con cuidado para no perder el equilibrio, él se agachó para recuperarla y la lanzó lejos. La pelota dio un bote, la perra saltó, y la atrapó. De inmediato se quedó congelada en su habitual pose de orgullo, esperando su alabanza.

—¡Buena chica! —gritó Bo mientras daba palmadas—. Qué bonita captura —llegó junto a Morgan y se dirigió a él—. Ya llevas un buen rato fuera. ¿Estás bien?

Los ojos marrones lo miraban con calma, sin reflejar nada que no fuera una intrascendente preocupación.

—Sí. Estaba pensando, nada más.

—Pues llevas cuarenta minutos sin moverte. ¿Quieres regresar a casa antes de que me lleve a Tricks de paseo?

Lo cual significaba que ella no estaba del todo segura de que fuera capaz de regresar a la casa por sus propios medios, y que no quería dejarlo allí hasta que volviera. El recuerdo de su debilidad le irritó, y Morgan estuvo a punto de gruñir una respuesta antes de contenerse. Pagarlo con Bo no le iba a ayudar a recuperarse antes, por mucho que le irritara tener que aceptar su ayuda.

Por otro lado, quizás hubiera algo bueno en todo eso.

—Mis rodillas empezaron a temblar —contestó al fin—. Pensé que sería mejor descansar antes de intentar regresar a la casa.

En realidad no había mentido, pues sus rodillas sí habían temblado tras el paseo. Y también era cierto que había decidido descansar. Pero no le costaría nada regresar a la casa por sus propios medios. Bueno, a lo mejor algo sí le costaría, pero estaba seguro de lograrlo sin caerse de bruces.

—Apóyate en mí —sugirió ella sin pensárselo dos veces, aunque de nuevo en su rostro no se veía reflejada una gran preocupación.

Bo se acercó a él y deslizó el hombro contra su cuerpo, como había hecho el día de su llegada, rodeándole la cintura con el brazo derecho. Morgan, a su vez, le rodeó los hombros con el brazo izquierdo y apoyó una pequeña parte de su peso sobre ella mientras caminaban lentamente hacia la casa, escoltados por una saltarina Tricks.

Morgan contempló los brillantes cabellos castaños iluminados por el sol. La melena llegaba hasta la mitad de la espalda, y lo único que había hecho era sujetarla a la altura de la nuca con una pinza. De llevar maquillaje, no se le notaba, aunque tampoco podía considerarse un experto en cuestiones de maquillaje. Era capaz de detectar el carmín de labios, o si la mujer llevaba

tanto lápiz de ojos que pareciera un mapache. Aparte de eso, era un tío, y eso significaba que no se fijaba en esos detalles.

Tenía la piel suave, y de un tono saludable. Un ligero rubor rosáceo caldeaba sus mejillas. Bajo su mano sentía los huesos de su hombro, unos huesos frágiles, no mucho más sólidos que los de un niño. Sin embargo, no había nada infantil en esa mujer. Sentir su hombro hizo que se le encogiera el estómago al recordar cómo se había metido de cabeza en esa pelea sin pensar en su propia seguridad, en cómo un canalla, que necesitaba que le enseñaran un par de cosas sobre lo que les sucedía a los imbéciles que pegaban a las mujeres, le había soltado un puñetazo en la mejilla.

—¿Estás bien? —preguntó Bo de nuevo, frunciendo el ceño mientras lo miraba de reojo.

Morgan comprendió que su respiración se había acelerado a medida que la rabia burbujeaba en su sangre.

—Lo conseguiré —contestó secamente, esquivando la verdadera pregunta.

Claro que estaba bien. Acababa de hacerse una promesa a sí mismo: antes de abandonar ese lugar, encontraría a ese bastardo y se aseguraría de que jamás volviera a pisar Hamrickville.

## Capítulo 10

Cuando Bo entró en la comisaría con Tricks a su lado, la primera persona que vio fue a Warren Gooding. De no haberla visto él también, se habría escabullido discretamente para no regresar hasta que él se hubiera marchado. Desgraciadamente, sí la había visto y no tuvo escapatoria. El estómago se le encogió ante la idea de la confrontación que se avecinaba, porque no iba a ser agradable.

Loretta, la telefonista, asomó la cabeza fuera de su cubículo y verbalizó un silencioso «lo siento», con los labios. Bo asintió para hacerle saber que no pasaba nada. ¿Qué opciones tenía Loretta? ¿Echar a ese hombre de la comisaría? Ojalá. Físicamente podría haberlo hecho, porque Loretta era una mujer de gran envergadura, pero con ello solo habría conseguido que la conversación fuera aún más hostil.

—Señor Gooding —saludó Bo con calma. No se sentía calmada, pero sí podía actuar como si lo estuviera.

Decirle que era un idiota, y su hijo otro, no serviría de nada. Intentó imaginarse el sendero por el que había paseado con Tricks hacía un rato, un tranquilo camino bordeado de árboles, inundado de viento y sol. Quizás ese rollo de pensar en tu lugar feliz funcionara. Al menos merecía la pena intentarlo.

—Me gustaría hablar contigo en privado —el tono de ese hombre era seco, el ceño fruncido indicaba que no estaba de un humor pacífico.

Era un hombre alto y corpulento, y habría podido resultar atractivo si su descontento con el mundo y la gente que lo rodeaba no se reflejara tan claramente en su expresión.

—Desde luego —de haber sido aficionada a las apuestas, Bo habría apostado hasta el último centavo que Axel le pagaba a que sabía lo que le iba a decir.

Ese hombre se creía un copito de nieve especial, que las normas se aplicaban a todos menos a él. A Bo no le agradaba la perspectiva de sufrir la reacción de Gooding cuando descubriera que no era más que un copito de nieve como todos los demás. Al final todos se derretían.

La comisaría consistía en una planta prácticamente diáfana por la que se esparcían unas cuantas mesas y sillas. El dinero municipal no daba para mucho, de manera que había que ser práctico. La decoración y las apariencias



quedaban relegadas a un segundo plano. Lo mejor que podía decirse del espacio de trabajo de la jefa era que su silla era la más nueva de toda la oficina, o sea que tenía menos de diez años. A lo mejor. Guio a su invitado hasta su despacho y le señaló una silla para que se sentara. Él miró furioso a su alrededor, como si la distribución de la comisaría fuese culpa de ella.

—He dicho en privado.

—Ya le he oído, pero esto es lo más privado que va a conseguir. No tengo un despacho privado. La única opción es encerrarnos en el baño y, no se ofenda, pero no pienso hacer tal cosa —se estaba imaginando la escena, a gritos en los lavabos, aunque esperaba que no llegaran a gritarse.

La esperanza era muy pequeña, pero los milagros sucedían de vez en cuando.

Él miraba a su alrededor, como si esperara que se materializara un despacho de la nada. Frustrado, se volvió y la fulminó con la mirada.

—Por favor, tome asiento —Bo volvió a señalar la silla para las visitas.

Tras dudar unos segundos, no queriendo ceder, pero sin otra opción, el señor Gooding arrastró la silla al otro lado del escritorio, sentándose prácticamente al lado de Bo en lugar de enfrente. Bo empujó su silla hacia atrás y la giró para quedar frente a él. No se estaban reuniendo como iguales, y ella no quería que Gooding tuviera la impresión de que lo eran.

Tricks, que había acudido a saludar a Loretta, se acercó al nuevo. Sin embargo, a unos pocos metros de distancia su instinto perruno se reflejó en su rostro, en un claro gesto de desagrado, y el animal se paró en seco. Bo no le quitaba ojo de encima, preparada para intervenir si decidía saludar al señor Gooding con su habitual entusiasmo. Pero, tras observarlo detenidamente durante unos segundos, Tricks reuló y se dirigió a su cama. Al parecer el mal humor olía fatal.

«¡Buena chica!». No había ninguna evidencia de que Tricks tuviera poderes telepáticos, pero Bo le envió el mensaje de todos modos.

El señor Gooding fulminó a Bo con la mirada, como si ella fuera la causa de todos sus problemas.

—Quiero que retires los cargos contra Kyle —anunció bruscamente.

Comenzar por un intercambio de cortesías no habría estado nada mal, pero no había podido ser. Bo sospechaba que el señor Gooding no reconocería una cortesía aunque le mordiera el culo.

—¿Por qué? —quiso saber ella, preguntándolo con mucha calma y un cierto toque de perplejidad.

—Porque esa zorra con la que se casó... —a medida que él gritaba, su rostro enrojecía.

—Yo no tengo nada que ver con ese matrimonio —ella lo interrumpió—. El que Emily presente o no cargos es cosa suya. Los únicos cargos en los que yo tengo algo que ver son los de asalto a un agente de la ley y resistencia al arresto.

—Dice que no te reconoció.

—Sí, lo sé. Yo tampoco lo reconocí a él cuando entré en la pastelería y lo descubrí peleándose con el oficial Tucker. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Jamás te habría golpeado de haberse dado cuenta —insistió el señor Gooding.

Su rostro seguía rojo y cerraba y abría los puños continuamente.

—No importa.

—¡Y una mierda que no importa! —de nuevo alzó la voz.

—Señor Gooding, aunque no supiera quién era yo, sin duda sí sabía quién era el oficial Tucker.

—Nosotros no vivimos en este pueblo. No conocemos a todos los inútiles policías.

—Es posible —ella tragó saliva—. En cualquier caso, doy por hecho que tanto usted como su hijo saben reconocer el aspecto de un uniforme de policía. El oficial Tucker iba uniformado —¡qué desagradable resultaba todo eso!

Los nudos en su estómago se estaban transformando en unas ligeras náuseas. El rollo ese del lugar feliz no estaba funcionando. Bo no disfrutaba con la confrontación, pero tampoco se echaba atrás. Tan solo debía conservar la calma.

—Mi hijo podría terminar cumpliendo condena por algo insignificante. Ni tú ni el subcomisario resultasteis heridos. No tiene ningún sentido alargar este asunto, arruinar su vida porque su patética esposa y él tuvieron una pelea. Dime qué necesita esta comisaría y me aseguraré de que lo tengáis. ¿Un nuevo coche patrulla? ¿Un anexo al edificio para que puedas disponer de tu despacho?

¡Qué descaró! Incluso para ese tipo. Furibunda, Bo lo escuchó durante un minuto. Él seguramente creía que estaba sopesando la oferta. Pero en realidad lo que hacía era preguntarse si sería muy malo enganchar la silla con sus pies y dar un empujón para hacerle caer de espaldas. A lo mejor se golpeaba la cabeza con la misma fuerza con la que se la había golpeado ella durante la refriega con su hijo.

No, no podía hacerlo. Eso solo desataría la locura, intensamente satisfactoria, pero locura. Esperó unos segundos hasta estar segura de su capacidad para controlar el tono de su voz.

—¿Está realmente intentando sobornarme? Porque, si es así, espere mientras saco el móvil y lo grabo todo —y en efecto, eso fue lo que hizo. Tras pulsar sobre una serie de iconos, lo dejó sobre la mesa—. ¿Le importaría repetir lo que acaba de decirme, por favor? Todo eso de comprar un nuevo coche patrulla o añadir un anexo al edificio, si retiramos los cargos contra Kyle —alzó las cejas con expresión inquisitiva.

—¡Niego categóricamente que haya intentado sobornarte! —Gooding parecía a punto de explotar, o de sufrir un infarto. Sin duda había notado las arenas movedizas bajo los pies—. Los cargos contra Kyle son ridículos...

—No te molestes en grabarlo —anunció Loretta lacónicamente desde su cubículo—. Lo he oído todo.

Gooding volvió la cabeza bruscamente. En su cólera, se había olvidado de Loretta, quizás porque no estaba a la vista y porque el teléfono no había sonado ni una vez. El tono rojo de su rostro empezó a volverse púrpura. Y, antes de que se hundiera aún más en el fango, Bo respiró hondo y decidió hacer uso del sentido común.

—Sugiero que dejemos que el caso siga su curso. Kyle no tiene antecedentes, al menos ninguno que haya permanecido, dado que usted siempre lo ha sacado, a base de dinero, de todos los líos, lo cual debería decirle unas cuantas cosas —no había podido evitar soltarlo, acompañado de una férrea mirada, aunque rápidamente recuperó la calma—, de modo que dudo que lo pase muy mal, aunque puede que el juez lo meta algún tiempo en el calabozo del condado. Pero lo dudo. Lo más probable es que salga en libertad condicional. No lo sé a ciencia cierta, pero lo supongo.

En lugar de aceptar la salida que ella le ofrecía, el señor Gooding atacó desde otro flanco.

—Pero seguirá fichado. Mi chico ya tiene bastantes problemas con la puta de su esposa quitándole todo lo que tiene. Ni siquiera ha podido sacar sus cosas de su propia casa, porque ella ha conseguido una orden de alejamiento contra él. Seguramente venderá todas sus armas...

«¡Sí, por favor, que lo haga!», rezó Bo en silencio. Aunque en voz alta se expresó de otra forma.

—Tengo entendido que Emily reunió todas las cosas de Kyle y las envió a su casa. ¿Qué más necesita? Páseme una lista y yo me aseguraré de que lo tenga. Pero no incluya las armas, porque estoy segura de que entiende que Kyle no necesita tener acceso a ninguna arma hasta que se haya calmado un poco.

—Esas armas le pertenecen.

—Entonces le serán asignadas en el acuerdo de divorcio. No se preocupe por las armas. No es temporada de caza y, si cometiera alguna estupidez con una de esas armas, no podría comprarle la libertad, le encerrarían durante mucho tiempo. Lo mejor que puede hacer ahora es mantenerse a su lado y asegurarse de que no se meta en ningún lío para que las cosas puedan calmarse.

El señor Gooding seguía abriendo y cerrando los puños con fuerza. Incapaz de controlar la rabia de sentirse en desventaja, se puso en pie de un salto, con tanta violencia que la silla se cayó al suelo. Tricks, asustada, soltó un ladrido y salió disparada de su camita, apretándose con fuerza contra las piernas de Bo.

—¡Voy a presentar cargos contra ti, señoritinga! —tenía la voz cargada de una salvaje ira—. Has amenazado a mi hijo...

—¿Se refiere a eso de arrancarle la jodida cabeza? —intervino Loretta sin salir de su cubículo. A continuación se oyó un bufido—. Es verdad, todo el mundo se lo tomó realmente en serio, sobre todo considerando que él pesa más o menos el doble que ella.

—¡Cállate! —rugió el padre de Kyle volviéndose hacia el lugar de trabajo de la telefonista—. Este estúpido pueblo acepta órdenes de dos ignorantes coños andantes y...

Loretta irguió su más de metro ochenta y cinco de estatura y se asomó desde detrás de la división. Tenía la barbilla alzada, los ojos brillantes, y clavó en ese hombre la mirada como si no fuera más que un plato de carne picada y ella un león hambriento.

—Pues yo apuesto mi ignorante coño contra su verga cuando quiera, amigo. Y por si no sabe quién soy, el nombre es Loretta Hobson, de la calle Lister. Creo que conoce a mi familia. Los «Malos-Como-Demonios-Hobson». Cuando quiera le llevo a conocerlos.

El señor Gooding volvió a girar la cabeza. Todo el mundo en el condado había oído hablar de los «Malos-Como-Demonios-Hobson». Si te metías con un Hobson, lo más probable era que tu casa acabara en llamas... eso si estaban de buen humor. Lo malo era que eran muy listos y nunca los habían pillado.

—Señor Gooding —Bo intervino con tono calmado—, creo que lo mejor sería que se fuera. Tenga paciencia, dígame a Kyle que, por una vez en su vida, sea inteligente, y permita que las cosas se calmen. Por esta vez olvidaré que ha intentado sobornarme, pero, si vuelve a intentar algo parecido, lo arrestaré de inmediato. ¿Lo ha entendido?

El señor Gooding seguía mirando a Loretta como si fuera una cobra que lo tuviera hipnotizado.

—¿Lo ha entendido? —rugió la mujer.

Él pegó un salto ante la brusquedad del tono y se volvió hacia Bo. Las mejillas habían perdido todo el color, pero los ojos brillaban llenos de malicia.

—Haré que te despidan por esto —murmuró en un tono casi inaudible—. Cuando la ciudad descubra que estás viviendo con un tipo que ha surgido de la nada...

«Mucho ha tardado esto», pensó Bo, teniendo en cuenta que Morgan llevaba ya cuatro días en su casa.

—¿Se refiere a mi viejo amigo al que acaban de operar a corazón abierto y apenas puede caminar? ¿Ese es el tipo? Claro, inténtelo, pero prepárese para ser objeto de unas buenas risas.

Esa información sobrepasaba lo que Gooding era capaz de asimilar. A punto de estallar, consiguió controlarse, su instinto aconsejándole que no lo hiciera porque era muy consciente de que Bo y Loretta estaban a punto de esposarlo. No soportaba tener que admitir una derrota, pero no tenía otra elección. Por fin se volvió y salió de la comisaría, dejando la puerta abierta.

Bo dejó escapar el aire y cerró la puerta antes de volverse hacia Loretta. Ambas mujeres se sonrieron satisfechas y chocaron los cinco.

—No te imaginas cuánto me alegro de que seas una Hobson —le aseguró Bo a Loretta.

—De vez en cuando viene bien —la otra mujer sopló sobre las uñas y se las frotó contra la camisa—. Me muero de ganas de contárselo a mis hermanos. Les va a encantar. ¿De verdad tienes a un hombre viviendo contigo?

—De momento. El pobre tipo acaba de salir del hospital.

La clave estuvo en «pobre tipo». Ninguna mujer que tuviera algún interés romántico en un hombre lo describiría así. Loretta no tardó en perder el interés.

—Espero que se recupere pronto —y con eso, el tema quedó zanjado.

Una vez calmado el ambiente, Loretta regresó a su cubículo y Bo a su escritorio. Tricks olisqueó el aire antes de decidir echarse una siesta. Tras meditarlo unos minutos, Bo decidió telefonar al alcalde Buddy e informarle de los detalles de su encuentro con Warren Gooding.

Tras escuchar el relato, el hombre suspiró, y ella casi pudo ver su rostro, normal, pero agradable, surcado de profundas arrugas de preocupación.

—Sabía que iba a crearnos problemas. Aun así, acaba de proporcionarnos una ventaja.

—Estoy destrozada —admitió ella—. Ese hombre me desagradaba tanto que me encantaría ficharlo por intento de soborno, pero a la larga eso no sería bueno para el pueblo. Si cierran los aserraderos porque él ya no los dirige, sería fatal para unas cuantas familias inocentes que dependen de ese trabajo.

—Tú decides. Si quieres presentar cargos, yo te apoyaré.

Renunciando a la imagen de Warren Gooding entre rejas, Bo suspiró.

—Estratégicamente, creo que lo mejor será no presentar cargos, pero sin que él lo sepa.

—Estoy de acuerdo. Hablaré de todo esto con el consejo municipal. No quiero que todo el mundo se vea implicado en lo que debería ser un divorcio privado. La mala sangre puede generar problemas durante años. Harold Patterson —el barbero—, ya está furibundo porque hace años que le gusta la señorita Doris, aunque ella no quiera saber nada de él, y cree que podrá impresionarla si habla bien de ella y de Emily.

Bo se frotó la frente. Se avecinaba un dolor de cabeza. La manera en la que se entretejían las vidas de las familias en una ciudad pequeña le era ajena, pero a lo largo de los años se había visto implicada de todos modos y, maldita fuera, conocía a esas personas y le importaban, aunque a regañadientes. De haber sabido que ocurriría, quizás no habría aceptado el puesto de jefa de policía.

—Necesito vacaciones —se lamentó en voz alta.

—Sé cómo te sientes —el alcalde Buddy rio—. Es lo que tienen las ciudades pequeñas, ¿verdad? —hizo una pausa antes de continuar con un ligero tono de culpa—. Pensándolo bien, ¿algunas vez te las has tomado? Vacaciones, me refiero.

—Era broma — se apresuró a aclararlo Bo, mortificada ante la idea de que el alcalde creyera que le estaba pidiendo unos días libres, pagados—. Tengo demasiado trabajo en casa como para considerar siquiera tomarme un día libre. Aparte de un montón de proyectos técnicos que esperan a que los escriba, tengo a un amigo alojado en casa que se está recuperando de...

—Ya me lo han contado. Cuando se encuentre mejor, tráelo a la ciudad para que la gente pueda conocerlo. Apuesto a que la señorita Doris horneará algo especial para él.

Sí, desde luego le dolía la cabeza. Cuando Morgan se sintiera mejor, no tendría aspecto de enfermo. Eso tenía su lógica, ¿no? ¿Y qué vería la gente? ¿Verían lo que veía ella, a un hombre que había elegido vivir caminando por el filo de la navaja? Claro que sabía que le habían disparado y sabía, vagamente, cómo se ganaba la vida, pero para ella era evidente en la agudeza de su mirada, en su manera de caminar, en el intenso estado de alerta en

situaciones tan peligrosas como ver la televisión... ¿Quién podría ser tan ajeno a la realidad como para mirarlo a los ojos y creer que no había nada fuera de lo normal en ese hombre?

Y el alcalde Buddy quería obsequiarle con el abrazo colectivo de la ciudad, lo cual para ella era como meter a un tigre en un zoológico de mascotas. Y la señorita Doris hornearía la magdalena especial para el tigre.

Por Dios santo, no podía mantener a Morgan recluido, o todos morirían de curiosidad y a su casa llegaría un incesante desfile de visitantes, peregrinos que acudían a ver al hombre al que mantenía oculto. Los habitantes de las ciudades pequeñas eran entrometidos a la par que descarados, poco les importaba la fragilidad de sus excusas si conseguían su objetivo. Antes o después, generalmente antes, Bo iba a tener que llevar a Morgan a la ciudad. ¿Y qué mejor manera de frustrar las denuncias de Warren Gooding que permitir que la gente viera por sí misma el estado en el que se encontraba ese hombre? Cuanto antes mejor, mientras aún tuviera aspecto enfermizo.

Cuando Bo regresó a su casa, Morgan estaba de nuevo sentado en el porche al sol. Para ella hacía un poco de fresco a última hora de la tarde, pero él ni siquiera se había puesto una chaqueta sobre la camiseta. Tenía el portátil sobre el regazo mientras tecleaba algo. En cuanto lo vio, Tricks soltó un alegre ladrido y, cuando Bo la soltó del arnés del coche, saltó del todoterreno y corrió hacia él, la cola girando vertiginosamente, moviendo todo el cuerpo de alegría.

Él detuvo lo que estuviera haciendo y la rascó detrás de las orejas con ambas manos mientras le preguntaba por su día. Después de un minuto de mimos, Tricks lo abandonó para olisquear un poco a su alrededor.

—Hola —saludó Morgan a Bo antes de devolver su atención al portátil—. ¡Mierda! —exclamó dos segundos después.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, colocándose a su lado sin dejar de mantener un ojo sobre Tricks.

—He salvado a siete de estos pequeños cabrones. Debería servir de algo —rugió él mientras se mesaba los cabellos—. Lo siento. Se me escapó.

Bo soltó una carcajada y acercó otra silla para sentarse y estirar las piernas.

—¿Jugando al Pet Rescue?

—Debo llevar unas tres horas. Se me agotan las vidas y juego a otra cosa hasta que recupero más vidas —la miró de reojo, los azules ojos centelleantes—. No te ofendas, pero este aburrimiento me vuelve loco. No se me da bien no hacer nada.

—No me ofendes. Yo también me aburriría —esa conversación no podría haber surgido en mejor momento—. Si te apetece, podrías acompañarme al trabajo mañana. No puedo garantizarte que estar sentado en la comisaría vaya a ser más interesante que jugar al Pet Rescue, pero al menos cambiará el entorno.

—¡Sí, por favor!

—Hoy la cosa se ha puesto interesante.

Bo le habló de la visita de Warren Gooding y el enfrentamiento con Loretta, arrancando unas cuantas carcajadas a Morgan.

—No se puede negar que la gente ya empieza a sentir curiosidad por ti, de modo que no te sorprendas si hay un desfile continuo de gente entrando en la comisaría mañana. Pero el alcalde Buddy también cree que la señorita Doris preparará algo especial para ti, de modo que merecerá la pena.

—¿Nunca habéis visto a un forastero en el pueblo? —murmuró él.

—Es una ciudad pequeña, casi es obligatorio ser entrometido —ella sonrió y levantó el rostro hacia el sol. Ese momento de descanso resultaba... relajante.

Y curiosamente agradable, sentada allí con su huésped a última hora de la tarde, charlando mientras observaba atentamente a Tricks. Jamás habría descrito a ese hombre como amigable, pero lo era.

—¿Cómo acabaste aquí? Digamos que no es precisamente un lugar de paso.

—Por puro orgullo —contestó ella. No era una historia bonita, pero tampoco se avergonzaba de ella, ¡qué demonios! Había cometido errores, y había trabajado duro para salir del profundo hoyo—. Me asocié con una amiga en California y decidimos invertir en una casa para luego venderla. Nos pareció divertido, la compraventa de casas era un negocio al alza y conseguimos unos beneficios de treinta mil dólares cada una. Echando la vista atrás, fue lo peor que podría habernos sucedido porque decidí que me gustaba más dedicarme a la compraventa de casas que a la escritura técnica, y también ganaba más dinero. A mi amiga no le gustó tanto el trabajo, aunque sí el dinero, de modo que desistió de invertir conmigo en la siguiente compra. También resultó bien y gané mucho dinero. Me creía una experta. Las personas que compraron la segunda casa tenían un amigo que me contrató para transformar el viejo granero en el que se había criado, y aquí estoy.

—¿Te dejó en la estacada?

Ella apreció la comprensión que demostraba Morgan.

—Al final era cada vez más difícil ponerme en contacto con él y, cuando lo conseguía, me decía que siguiera adelante. Tomaba decisiones sobre



iluminación, entarimado, electrodomésticos para la cocina. Para que todo siguiera adelante, aporté mi dinero y, cuando se terminó, recurrí a las tarjetas de crédito. Una estupidez. La burbuja inmobiliaria empezaba a pincharse. El granero casi estaba terminado cuando me dijo que no había conseguido la financiación necesaria. Aparte de la estupidez de utilizar mi propio dinero para financiar el proyecto, no habíamos firmado ningún contrato. Se marchó tranquilamente y yo me quedé con un granero transformado en vivienda y un montón de deudas.

—Lo cual explica por qué estoy aquí. De no ser por eso, me habrías puesto de inmediato de patitas en la calle.

—El dinero fue, desde luego, un factor decisivo. Pero he trabajado mucho para reducir mi deuda, y ya era algo manejable. Gracias a mi contrato con el ayuntamiento he sacado la cabeza del agua. Además, no te habría puesto de patitas en la calle el primer día. Dabas pena.

Morgan dio un respingo ante la poco atractiva descripción, pero no podía negar su exactitud, de modo que se encogió de hombros y lo dejó estar. Durante un minuto observó detenidamente a su anfitriona, pero sin dejar traslucir sus pensamientos. Las primeras palabras que surgieron de su boca sorprendieron a Bo.

—Puedo conseguir que Axel te pague más.

—No hace falta —ella parpadeó perpleja—. Cuando digo que es manejable, lo digo en serio. Voy a emplear el dinero para reducir considerablemente la hipoteca. Quizás la liquide por completo, o renegocie unas cuotas más bajas. Estoy contenta con la cifra —se levantó de la silla—. Ya basta de descansar. ¿Una pizza? Comerás pizza, ¿no?

—Una pizza suena a gloria. Cualquier clase de pizza. En una ocasión incluso comí pizza vegana. No fue voluntario, pero me la comí —con sorprendente facilidad, Morgan se levantó también de la silla, el portátil en una mano.

—Vamos, Tricks —Bo llamó a su perra antes de mirar a Morgan con una sonrisa burlona—. Por cierto, sería de gran ayuda que mañana tuvieras un aspecto penoso, porque ya hay rumores de que estamos liados.

## Capítulo 11

Penoso. La palabra seguía resonando en su cabeza, poniéndolo furioso. Esa mujer lo encontraba penoso. Quizás no estuviera tan bien como él creía, incluso peor, si podía fiarse de la afirmación de Bo. Desde luego, el día de su llegada iba arrastrando el culo por el suelo, pero estaba mucho mejor. Al menos algo mejor.

Intentaría en la medida de lo posible tener un aspecto patético al día siguiente. Lo haría por ella. A nadie iba a podersele ocurrir que Bo fuera a meterse bajo las sábanas con él. A partir de ese día, sin embargo, iba a empezar a ponerse en forma. Y ya sabía cómo hacerlo. Había sufrido entrenamientos que destrozarían a la mayoría de los hombres. Su visita a la comisaría le iba a exigir un sobreesfuerzo. Los músculos del pecho y el esternón seguían en proceso de sanación, y no quería que se le desgarrara nada.

Morgan desvió su atención a la rigidez, casi militar, de la espalda de Bo mientras la veía caminar delante de él, y no pudo evitar preguntarse si había empleado el término «penoso», para humillarlo. A nadie le gustaba ser descrito así. La táctica podría haber funcionado con la mayoría de hombres, pero él no era como la mayoría. Era agresivo, inteligente y no decía cosas como «¡uf, vaya!», cuando se enfrentaba a un problema o un desafío. Se enfrentaba al desafío y resolvía el problema.

Sin duda Bo había elegido esa palabra, si no malintencionadamente, desde luego sí intencionadamente. Lo presentía. Ahí estaban de nuevo los muros. Aunque había tenido mucho cuidado con no hacer ningún comentario que pudiera ser considerado de carácter sexual, ella había sentido la necesidad de reforzar la distancia entre ambos. ¿Era simplemente porque ya llevaba unos cuantos días allí y empezaba a formar parte de su vida doméstica? Había querido asegurarse de que no dejara de ser un intruso temporal.

Por lo que había visto hasta ese momento, su hogar era su refugio. El oficial Tucker la había seguido para interrogarlo, y también para asegurarse de que la jefa llegara a su casa sana y salva después de haberse golpeado la cabeza contra el suelo, pero nadie más había pasado por el granero. Nadie, aparte del oficial Tucker llamaba por teléfono para ofrecerle el parte de todas las noches, y siempre eran llamadas muy breves.

Era una mujer solitaria, eso lo había entendido enseguida. También era cándida y abierta sobre su pasado, sobre cómo había acabado viviendo en ese lugar, sobre sus ideas. A lo mejor esa candidez no era más que otro mecanismo de defensa. Si le proporcionaba a la gente información de sobra, no sería sospechosa de ocultar nada, por ejemplo, una parte esencial de sí misma.

Bo encendió el horno y sacó la comida de Tricks mientras él se sentaba en uno de los taburetes de acero inoxidable y madera junto a la barra de la cocina, y observaba los saltitos exaltados de la perra alrededor de su dueña. Cuando la comida estuvo en el cuenco, acompañada de unos trocitos de pavo, Bo la dejó en el suelo y Morgan se dispuso a presenciar el extraño ritual que se repetía en todas las cenas. Tricks no lo hacía en ningún otro momento del día, pero a la hora de la cena había que animarla a comer.

En esa ocasión, sin embargo, la perra ignoró la comida y se tumbó junto al taburete en el que él estaba sentado. Cruzando las patas delanteras, lo miró expectante.

Bo recogió el cuenco de la comida y soltó una expresión exasperada.

—Sí, Su Majestad —dijo, como si el perro hubiera hablado.

Se acercó a Tricks, que descruzó las patas. Bo colocó el cuenco entre la perra y Morgan, justo delante de ella. El animal meneó la cola y empezó a comer.

—¿Exactamente cuál de las dos es la que está entrenada? —Morgan no pudo reprimir una carcajada. Ese perro y su dueña representaban una infinita comedia.

—Pues, hasta cierto punto, yo —admitió Bo sin dudar mientras sonreía de refilón—. Lo ha hecho toda su vida. Durante el resto del día come sin ningún problema, pero las cenas le gustan a su manera. A veces hay que elogiarla para que coma. De vez en cuando elige un lugar en el que debes depositar su cuenco, y tengo que ponérselo justo delante de las patas, de lo contrario no come —se agachó y rascó la cabeza de Tricks. La perra dejó de comer y lamió la mano de su dueña—. Pero ella lo merece.

Bo se irguió, se lavó las manos y sacó una pizza del congelador.

—Es una suprema. ¿Quieres que le quite algo antes de hornearla?

—No, me gusta todo.

Salvo las anchoas. Las había probado aunque, en su opinión, al que tuvo la idea de poner pescado en una pizza habría que fusilarlo. Algunas cosas no debían estar permitidas.

El horno pitó, anunciando que ya estaba precalentado y ella metió la pizza. Morgan la observaba, admirando la fluidez de sus movimientos. Se movía un poco como una bailarina, cada paso preciso y grácil.

Podría haber seguido mirándola hasta que la pizza estuviera cocinada, pero no dejaba de preguntarse si sería igual de cándida en su vida como lo había sido sobre el fracaso de su negocio inmobiliario. A lo mejor podría aprender alguna cosa más sobre sus gustos. La única manera de descubrirlo era hacer preguntas y esperar respuestas.

—¿Qué os pasa a Axel y a ti? —preguntó.

—Que es idiota —contestó ella sin dudar.

—Sí, sobre eso no hay nada que objetar. Me refería a cuál es vuestra historia.

—Mi madre se casó con su padre. Yo no estaba nada contenta, y él tampoco. Nos odiamos a primera vista.

—¿Cuánto tiempo permanecieron casados?

—Siete, no, ocho interminables meses. Interminables para los cuatro.

—No es tiempo suficiente para desarrollar un odio eterno hacia alguien.

—Tratándose de Axel, sí —ella se apoyó sobre la barra del bar—. Yo tenía trece años y era insoportable, él dieciocho y era insoportable. Al menos yo tenía la excusa de tener trece. Supongo que él sigue siendo insoportable.

—Tiene sus momentos buenos. No muchos, pero algunos sí. No se le da bien tratar con las personas, pero es de lo mejor en su trabajo. Y cuando tu vida depende de la inteligencia y un buen equipo, es de agradecer.

—Supongo que sí —Bo se encogió de hombros.

—Créeme, es así. ¿El padre de Axel fue el segundo marido de tu madre? —la pregunta fue hecha en un tono despreocupado y Morgan se preguntó cuánto le revelaría.

Bo tenía todo un repertorio de ruidos para expresar distintas emociones. En esa ocasión eligió un bufido.

—¿El segundo? Creo que el cuarto más bien —ella levantó la vista hasta el techo y los contó con los dedos de una mano—. Papá, Wilson, Hugh, Douglas... sí, el cuarto.

—¡Madre mía! ¿Cuatro matrimonios y tú solo tenías trece años?

El tono seguía siendo despreocupado. Sospechaba que a ella no le gustaba la simpatía.

—Mamá es una novia en serie. Ya va por el séptimo, pero se está haciendo mayor y puede que este le dure algo más, a no ser que ya se haya divorciado desde la última vez que supe algo de ella, que de eso hace ya un tiempo. No estamos unidas. Tampoco es que nos llevemos mal, pero no estamos unidas.

Ella vive su vida y yo vivo aquí, en Virginia Occidental. Le gustan las grandes ciudades.

El panorama empezaba a aclararse. Bo había carecido de cualquier tipo de estabilidad en su vida, no tenía a nadie en quien poder confiar, de modo que había aprendido a confiar en sí misma y en nadie más. Las habilidades de Morgan para la psicología no eran muchas, pero tampoco hacía falta ser un genio para imaginarse cómo había afectado el juego de la silla, pero con padrastros, a la vida de una chiquilla. Afortunadamente él no tenía queja de su propia infancia, que había sido sobradamente equilibrada.

—Después de Douglas permaneció soltera unos años, lo bastante para que yo pudiera terminar el instituto sin tener que mudarnos de nuevo, aunque sí tuvo un par de novios formales. Después de que me fuera a la universidad se casó con... Adam. Creo. No le duró mucho y ni siquiera llegué a conocerlo. Era Adam, Alan, o algo que empezaba por A. Tampoco estoy muy segura sobre el número seis. El número siete es William, y a ese sí lo conozco. Llevan ya unos cuantos años juntos y viven en Florida.

—¿Cuántas veces cambiaste de colegio?

—Cada vez que se casaba, aunque después de Douglas permanecí en el mismo centro hasta graduarme. Incluso pude entrar a formar parte del equipo de natación. Adoro nadar. Todas las urbanizaciones en las que vivimos tenían piscina, y así pasaba yo los veranos.

Desde luego se la imaginaba como nadadora, con ese cuerpo aerodinámico. Sin duda una nadadora de velocidad, mientras que él lo era de resistencia, capaz de aguantar nadando durante varios kilómetros. Aunque en esos momentos, no superaría los veinte metros.

—¿Y tu padre? ¿Estáis unidos?

—No, él prácticamente se olvidó de mí cuando se marchó. Volvió a casarse, adoptó a los hijos de su nueva esposa, tuvo un par de hijos más, y ahora esa es su familia. Creo que vive en Sacramento, pero eso fue hace años, de modo que ahora puede que estén en otra parte.

Morgan se hizo un retrato bastante fiel. No era horrible, pero tampoco bonito. Ignorada, abandonada, arrastrada de un lugar a otro. Normal que hubiera levantado esos muros.

—¿Y tú qué? —preguntó ella, mirándolo de reojo desde sus oscuros ojos, lanzando la pelota a su tejado—. ¿Has estado casado alguna vez? ¿Qué hay de tu familia?

—Mi padre murió de una caída en la cocina. Se golpeó la cabeza contra la esquina de un armario. Eso fue hace casi quince años. Mi madre volvió a

casarse hace dos años con un tipo bastante majo. Él la ama y la cuida, y a mí eso me basta.

—Bo esperó unos segundos, seguramente para que le contestara a la primera pregunta.

—¿Matrimonio?

—Nunca he estado casado, y no tengo hijos. Estuve a punto de casarme en una ocasión, pero no salió bien. Para una esposa es duro tener un marido con un trabajo como el mío. Estoy más tiempo en el extranjero que aquí —tampoco le había roto el corazón, porque lo cierto era que recordaba el nombre de su prometida, aunque no su aspecto.

—Supongo que puede ser un problema —admitió ella.

—¿Y tú? ¿Alguna vez has estado casada?

—Una vez. Lo intenté nada más salir de la facultad, con veintiún años. Me engañó antes de cumplir los seis meses de casados.

—Uff —Morgan había estado pendiente del reloj y tenía una idea bastante precisa de cuánto tardaba una pizza congelada en estar hecha, después de haber comido unas cuantas a lo largo de su vida—. Siento no haber prestado más atención —se bajó del taburete—, pero no sé dónde guardas las cosas. Indícame dónde están los platos y los cubiertos y yo pondré la mesa.

—¿Seguro que podrás? —ella lo miró sorprendida y enarcó las oscuras cejas.

—¿Llevar dos platos? —preguntó él secamente—. Sí, estoy seguro.

—No te pongas tan gruñón. Los platos están ahí —Bo señaló hacia un armario—. Los vasos ahí, y los cubiertos aquí.

—¿Para qué necesitamos cubiertos?

—Supongo que no los necesitamos —ella rio.

—Me gusta el granero —observó Morgan mientras sacaba los platos y los vasos de los armarios—. Hiciste un buen trabajo.

Los armarios de la cocina estaban algo desgastados, pero supuso que su aspecto era así deliberadamente. Del techo colgaban unas enormes luces de aspecto industrial, y también unos ventiladores de acero. Considerando la altura de los techos, los ventiladores eran imprescindibles. La planta era diáfana siendo el cuarto de baño, y las habitaciones de la planta superior, el único recinto privado. Sería un lugar estupendo para un soltero, en medio del campo, en un edificio de posibilidades ilimitadas.

—Gracias. No está del todo a mi gusto, pero supongo que con el tiempo se ha convertido en mío. Los muebles sí son míos, y eso ayuda. Además, nadie más ha vivido aquí, y eso lo hace más mío aún.

—Nadie más, salvo las vacas.

—Las vacas no cuentan —ella le obsequió con una sonrisa.

Morgan puso los platos en la mesa, y añadió unas servilletas.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó mientras abría el armario de los vasos.

—Puedes sacar un par de cervezas de la nevera.

—¿Cerveza? —él se volvió de golpe—. ¿Tienes cerveza?

¿Esa mujer le había estado dando leche cuando tenía cerveza?

—Si ya te mantienes en pie lo suficiente para llevar los platos, puedes tomarte una cerveza. Además, no tomas ningún medicamento. De lo contrario, no te dejaría mezclarlos con alcohol.

—Cerveza —murmuró Morgan mientras abría la puerta del frigorífico y, sí, ahí estaba.

¡Gracias, Jesús! Había cinco botellas oscuras. Agarró dos y las sacó. No eran Bud o Miller. En la etiqueta había un cerdo.

—¿Naked Pig? —leyó la etiqueta—. Nunca había oído hablar de ella.

—En Alabama hay una pequeña fábrica de cerveza, Back Forty. Uno de los habitantes del pueblo es camionero y cada vez que pasa por ahí carga el camión para nosotros. A mí me gusta Naked Pig.

Le gustaban las pequeñas destilerías. Pues por él estupendo. Esa mujer bebía cerveza y la vida se ponía mejor por momentos.

Bo señaló un abridor pegado con un imán a la puerta de la nevera. Morgan abrió las botellas y arrojó las chapas a la basura.

—¿Te pongo vaso?

—Sí, por favor.

—Qué femenina.

—Es mi cerveza —ella rio—, de modo que cuidado con tus comentarios o no te daré.

Morgan rio y sirvió las cervezas en vasos, la suya también, aunque no le habría importado beber directamente de la botella. Pero era su cerveza, y sus normas. El siguiente pedido lo pagaría él.

Casi soltó un gemido de placer ante el primer trago que se deslizó por su garganta. Las burbujas estallaron en su lengua, y la frescura del sabor le hizo desear vaciar el vaso de golpe.

—¡Qué buena está! —exclamó antes de suspirar.

—La pizza estará en un minuto —anunció Bo. Tricks había trotado hasta el horno y lo contemplaba con gesto esperanzado—. No, para ti no hay —le explicó—. Tú ya has cenado y no estoy horneando galletas.

—¿Haces galletas? —preguntó Morgan.

—Se las preparo para su cumpleaños.

- Y su cumpleaños es mañana, ¿verdad?
- No, todavía falta para que llegue su cumpleaños.
- Pues el mío es mañana —mintió él.
- No lo es. Me enseñaste tu carnet de conducir, ¿recuerdas?
- Es falso.
- No voy a hacer galletas.

Morgan se consoló con la cerveza, silenciosamente encantado con la conversación que mantenían desde hacía media hora. Habían flirteado, un poco, y ella le había dado una idea de por qué era tan reservada y autoprotectora. Ninguno de los dos le había dado mucha importancia, pero él sabía muy bien que la tenía. Los niños necesitaban estabilidad, y ella no la había tenido.

Bo sacó la pizza del horno y la cortó con el cortador especial antes de colocarla sobre la mesa. Después se sentó y se volvió para echar un vistazo al perro. Al hacerlo, la luz del atardecer iluminó su rostro. Daba la impresión de tener una mancha en la mejilla. Morgan estuvo a punto de decirle algo, pero entonces comprendió el buen trabajo que había hecho tapándose el golpe del puñetazo. De no haberse ido una parte del maquillaje, él ni siquiera se habría dado cuenta. Lo cierto era que no se había dado cuenta desde el viernes anterior, lo que significaba que se lo había tapado desde el primer día.

Era evidente que no quería que la gente se preocupara por ella, o que pensara que no estaba perfectamente bien.

Podría haberse aprovechado de ello. Morgan conocía a más de una persona que lo habría hecho. Pero Bo prefería que la dejaran tranquila.

Dedicaron toda su atención a la pizza y la cerveza. Por primera vez desde que le habían disparado, Morgan se sintió de nuevo él mismo y no una piltrafa. ¿Había algo más normal que la pizza con cerveza? Seguía siendo una piltrafa, pero una piltrafa que empezaba a ser de nuevo un ser humano.

Después de cenar, Bo recogió los platos y salió con Tricks para el último paseo del día. Morgan permaneció junto a la ventana y les observó alejarse hasta que estuvieron fuera de vista, en parte por asegurarse de la dirección que habían tomado, en parte porque le gustaba contemplar ese redondeado trasero.

Una vez a solas decidió probar sus fuerzas. No esperaba ningún milagro, pero necesitaba un parámetro sobre el que juzgar sus progresos. Se acercó a las escaleras, se agarró con firmeza a la barandilla y empezó a subir.

El primer peldaño no supuso ningún problema, el segundo tampoco. El tercero casi bien, pero al llegar al sexto, sentía las rodillas débiles y temblorosas, y había roto a sudar. Interpretó su reacción como un aviso para



no forzar su suerte. Lentamente bajó, mientras aún le quedaban fuerzas para hacerlo de pie, sin tener que sentarse en los peldaños como un bebé. Al día siguiente volvería a intentarlo, y quizás alcanzara el séptimo escalón.

De nuevo en la planta baja, se volvió. Había muchos escalones, pues la altura era mayor que la de un piso normal. Contó veinte peldaños. Si conseguía aumentar un peldaño cada día, en dos semanas estaría durmiendo en una cama.

Se sentía ridículo ante la ilusión que le despertaba ir a Hamrickville. Era una ciudad pequeña, muy pequeña, pero ya llevaba cinco días en el granero y necesitaba un cambio de aires para aliviar su creciente aburrimiento. Ciertamente que Bo le había prestado un portátil, pero no podía buscar información sobre los asuntos que le interesaban sin disparar las alarmas, de modo que solo podía consultar información intrascendente y jugar a estúpidos juegos que se le daban fatal.

Cuando llegó la hora de marcharse, Tricks salió corriendo de la casa y se puso a dar saltos, como si se alegrara de que él los acompañara. Bo abrió el todoterreno y llamó a Tricks. Mientras le ajustaba el arnés para engancharlo al cinturón, Morgan se subió al coche. Ella condujo al perro hasta el asiento del copiloto.

—Arriba, Tricks —le ordenó.

La perra ni se movió.

—Arriba, Tricks.

Nada.

Morgan miró a Tricks, inmóvil junto a la puerta del copiloto, mirándolo con lo que solo podía describirse como una expresión de consternación, suponiendo que un perro pudiera sentir consternación.

—Tricks, vamos —insistió Bo antes de quedarse helada al levantar la vista y mirar a Morgan.

—¿Qué? —preguntó él, la creciente impaciencia reflejándose en su voz. No sabía qué estaba pasando, pero sí que tenía ganas de que el todoterreno se pusiera en marcha.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? —Morgan miró a su alrededor en busca de alguna amenaza, cualquier cosa, echando la mano hacia un arma que no estaba en la cartuchera, cartuchera que no llevaba puesta.

—Te has sentado en su sitio.

Morgan se quedó paralizado. ¿Lo había oído bien? Miró a la mujer. Miró a la perra. Tenía que estar de broma, la mujer, no la perra. Pero la expresión de Bo era una mezcla de gravedad y estupefacción, como si jamás se le hubiera podido ocurrir que algo así le pudiera suceder. Y Tricks, con la misma expresión consternada de hacía un rato, lo miraba sin pestañear. Los dos pares de oscuros ojos empezaban a irritarlo.

¿Qué se suponía que debía hacer? Era evidente, a pesar del poco tiempo que hacía que la conocía, que Bo situaba al perro muy por encima de la mayoría, si no todos, de los humanos. Pero aun así... miró hacia el asiento de atrás. El todoterreno no era un modelo de cuatro puertas. El asiento trasero era pequeño, y solo la idea de tener que contorsionarse para meterse ahí detrás, hizo que le doliera el pecho.

—Lo sé —ella asintió con gesto lastimero—. No puedo pedirte que lo intentes.

Al menos eso era algo. Otra opción era que condujera él y Bo se sentara en el asiento trasero, dado que era evidente que Tricks no estaba dispuesta a hacerlo. Sin embargo, se suponía que debía tener un aspecto penoso, solo de recordarlo se sintió irritado, y la gente penosa no conducía. Frente a ellos estaba el Tahoe, y tenía cuatro puertas.

—Podemos ir en el mío. ¿Crees que le importará de quién sea el asiento en el que se siente?

—No debería —contestó ella, aunque su voz encerraba un ligero toque de duda.

Morgan se bajó del todoterreno y Bo regresó al interior de la casa para buscar las llaves del Tahoe. Utilizó el control remoto para abrir las puertas y él se sentó en el asiento del copiloto antes de que Tricks se le adelantara. Por si acaso. Bo sacó la pistola de la guantera del todoterreno y regresó junto al Tahoe, abrió la puerta de atrás y repitió la orden.

—Arriba, Tricks.

Afortunadamente, Tricks saltó al asiento de atrás y se sentó como si fuera la mismísima reina Isabel en su carroza real. Morgan la miró, pero la perra desvió la mirada. Su dorado y peludo cuerpo reflejaba con ese gesto la indignación por el ultraje que había sufrido.

—Acaba de tacharte de su lista —Bo reprimió una carcajada mientras ajustaba el arnés al cinturón del coche.

Tricks era, sin duda, una perra inteligente, pero los perros no planeaban venganzas, de modo que Morgan no se sintió preocupado. Además, en cuanto le diera una chuche, todo quedaría olvidado. Sin embargo, no pensaba mencionar la chuche ante Bo. No era tan tonto.

Había circunvalado Hamrickville camino del granero de Bo, de modo que prestó especial atención al camino por el que se dirigían, anotando mentalmente las salidas de la autopista. El Tahoe tenía un sistema de navegación y GPS, pero él prefería confiar en sus propios conocimientos a hacerlo en un montón de personas a las que no conocía y que podrían, o no, prestar atención a los detalles al cartografiar esa zona del país. El trayecto duró unos doce minutos en total, nada mal. De haberse encontrado en Washington D. C., en doce minutos no habría recorrido más de dos manzanas, y eso dependiendo de la dirección tomada y la hora del día.

No se veía el menor rastro de civilización. Pero Bo salió de una curva y, de repente, allí estaba, una compacta ciudad en la que la mayoría de los edificios tenían el aspecto de haber sido construidos en los años 1940 o 1950, aceras, ningún parquímetro. Y la mayoría de los cruces solo tenía una señal de «Stop». Morgan vio un banco, una ferretería, una barbería y otras tiendas más pequeñas, y la pastelería que debía haber sido el escenario de la pelea de la semana anterior, porque no se imaginaba que un pueblo como ese tuviera dos pastelerías. Algunas tiendas lucían macetas, o pequeños arbustos, delante de los escaparates, pero en general no podía decirse que fuera una ciudad muy adornada.

—La escuela está a menos de dos kilómetros, por ahí —Bo señaló hacia el sur en un cruce.

A Morgan le sorprendió que ese pueblo fuera lo suficientemente grande para tener colegio, pero decidió guardarse esa observación para sí mismo. Pasaron frente al ayuntamiento, un edificio de ladrillo rojo, compacto, de una planta y con columnas blancas a los lados de las puertas de entrada. A continuación vio el cartel de la comisaría de Hamrickville, también sobre un edificio de ladrillo rojo, pero sin columnas. Bo aparcó en la parte trasera, junto a un Dodge con huellas de óxido en la carrocería.

—Esa es la camioneta de Loretta —le informó ella.

Morgan se moría de ganas de conocer a Loretta. También era muy consciente de que tenía un papel que representar, el que llevaba representando desde su llegada a casa de Bo. Debía dar marcha atrás en la agudeza de sus sentidos, intelecto, personalidad, todo aquello que le convertía en un arma letal. Había cometido un desliz cuando Bo lo había despertado, sobresaltándolo, pero desde entonces se había mantenido en un estado de cocción a fuego lento, y no en el de rugiente ebullición en el que solía funcionar. Tenía que convencer a la buena gente de Hamrickville de que era el débil y enfermo viejo amigo de Bo, y que resultaba, básicamente, inofensivo. La parte de débil y enfermo no requería mucha exageración,

aunque en realidad era más debilidad que enfermedad lo que sufría. La parte inofensiva requería de toda su concentración, y la audición iba a celebrarse con la tremenda Loretta Hobson.

La mujer hacía honor a su fama. Era casi tan alta como él, y le superaba con creces en peso. Parecía un tanque. Pero lucía una dulce sonrisa y era evidente que le gustaba Bo. Tricks, que seguía haciéndole el vacío, saltó al interior del cubículo con el objeto de recibir unos cuantos mimos de la operadora de la centralita. Bo le contó el episodio del asiento del coche, y Loretta sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—Te lo hará pagar —la mujer lo examinó más concienzudamente de lo que nadie lo hubiera hecho jamás—. He oído que has tenido algún problema de salud.

—Alguno —admitió él, pero sin entrar en detalles porque ya estaba harto de pensar en ello.

—Pues has venido al lugar adecuado para descansar. La gente de aquí te cuidará. ¿Estoy en lo cierto al pensar que estás aquí porque te ha entrado la fiebre del enclaustramiento?

—Has acertado —admitió Morgan de nuevo.

—Normalmente esto es muy tranquilo. El viernes pasado y ayer son una excepción, no la norma. Aun así, sigue siendo un cambio de ambiente para ti.

Morgan estuvo de acuerdo y se sentó en la silla de las visitas, frente al escritorio de Bo. Ella sirvió una taza de café a Loretta y otra a él antes de acomodarse, con una botella de agua en la mano, frente a un viejo ordenador cuyo monitor, que constituía una unidad separada, tenía el tamaño de un baúl. Hacía mucho que no veía algo así, pero Bo lo encendió y después de lo que pareció media hora pulsando teclas, consiguió que se pusiera en funcionamiento.

Morgan estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

—¿Y qué pasa si esta cosa se estropea? —preguntó mientras señalaba el ordenador—. ¿Siguen fabricando piezas de repuesto?

—No, pero de momento estamos consiguiendo piezas de otros equipos. Por ahora estamos teniendo suerte.

Bo se enterró entre papeles y Morgan optó por mantenerse en silencio para no desconcentrarla. La tranquilidad de la que había presumido Loretta no duró mucho tiempo. El oficial Jesse entró por la puerta trasera.

—Hola, jefa. Hola Morg. ¿Cómo te encuentras? —el saludo dejó claro que Morgan era aceptado en el mundo del oficial Jesse.

Ese tipo era muy listo. Mentalmente, Morgan lo ascendió a la categoría de oficial Tucker porque no se le podía rechazar o subestimar. Encajaría

perfectamente en cualquier fuerza de seguridad de una gran ciudad si quisiera.

—Estoy mejor —contestó él.

A continuación se enzarzaron en la habitual charla masculina sobre el béisbol. Morgan no era un gran seguidor de los deportes porque estaba muy a menudo en el extranjero, pero sí había visto algunos partidos de béisbol durante los días que llevaba en casa de Bo, y eso le permitió participar de la conversación. De momento, todo iba bien.

De repente, y por alguna especie de ósmosis, se corrió la voz de que estaba en el despacho de Bo. No supo cómo se había sabido porque oían cada palabra que Loretta pronunciaba por la emisora, y ella no había dicho nada. Bo no había llamado a nadie y Jesse tampoco. La única explicación era que alguien les hubiera visto llegar, a pesar de que habían aparcado en la parte trasera de la comisaría.

La puerta se abrió y una mujer bajita, regordeta y de cabellos grises entró luciendo unos ojos brillantes y una sonrisa resplandeciente. Y en las manos llevaba una bandeja tapada, que desprendía un olor celestial.

—Señorita Doris —saludó Jesse poniéndose de pie de un brinco y liberando a la mujer del peso de la bandeja.

—He oído que tu huésped te había acompañado a la ciudad —le explicó la señorita Doris a Bo.

La repostera miró a Morgan con las mejillas sonrosadas. Quizás estuviera emocionada, dada la poca afluencia de forasteros a Hamrickville.

—Y así es. Señorita Doris, le presento a Morgan Rees. Morgan, esta es la señorita Doris, la dueña de la pastelería y la mejor repostera del país.

Morgan ya conocía a Bo lo bastante como para identificar el tono humorístico en su voz, aunque nadie más pareció darse cuenta. Quizás estuvieran demasiado interesados en la bandeja. Él mismo sentía un vivo interés por su contenido.

—No es para tanto —la señorita Doris se sonrojó un poco más—. Pero estoy encantada de conocerlo, señor Rees. Le he traído una cesta de bienvenida, en realidad una bandeja, porque no tenía ninguna cesta. A lo mejor hay algo en ella capaz de tentarlo.

Morgan ya sentía la boca llena de saliva. Prácticamente babeaba solo con el olor que desprendía esa bandeja.

—Señora —contestó—. Me sentí tentado en el instante en que entró por esa puerta.

No aclaró el comentario, dejándolo caer sin más. La señorita Doris se ruborizó tanto que era incapaz de pronunciar palabra alguna de lo turbada que estaba.

Bo hizo un sonido con la garganta que podría ser interpretado como risa o bufido. Morgan sospechaba lo segundo, pero la ignoró y tomó la mano de la señorita Doris para besarle suavemente los nudillos.

—Gracias, señora.

—¡Oh! —la mujer no conseguía cerrar la boca y tuvo que parpadear varias veces—. ¡Madre mía! No hay de qué, señor Rees.

—Llámeme Morgan —le sugirió—. Cuando se alimenta a un hombre, hay que llamarlo por su nombre.

—¿Y desde cuándo besas manos, Morgan Rees? —Bo puso los brazos en jarras—. Nunca lo habías hecho.

De nuevo, el tono era perfecto para alguien que hablaba con un viejo amigo. A cambio él hizo una mueca sin dejar de intentar tener un aspecto «penoso».

—Nunca estabas presente cuando las circunstancias exigían besar alguna mano.

—Dejad de hablar y veamos qué hay en esa bandeja —intervino Loretta.

Esa mujer era la más sensata de todos.

La señorita Doris quitó la tapa y descubrió varias magdalenas, tartaletas individuales de fruta, y un pegote de algo que resultó ser pan de mono, Morgan lo supo porque Bo exclamó «¡pan de mono!», y unos donuts rellenos de crema. También había algunos dulces con forma de hueso que, según informó la mujer a Bo, había horneado para Tricks solo con ingredientes adecuados para perros. El olfato de la aludida era mucho mejor que el de ellos, por supuesto, y ya estaba bailando alrededor de la bandeja, con una expresión de felicidad y expectación perrunas.

—Este es para ti, cariño —anunció la señorita Doris con voz melosa.

Durante un segundo, Morgan pensó que hablaba con él. ¡Mierda! ¿Se había tomado el flirteo en serio? Pero, no, la mujer hablaba con la perra. Debería habérselo figurado.

Tricks engulló la chuche y de inmediato se puso a buscar más.

—Puedes mordisquear tu hueso de goma mientras nosotros probamos nuestras chuches —le anunció Bo.

Sacó de su escritorio algo parecido a un cuerno y se lo ofreció a Tricks, que de inmediato saltó sobre el juguete y se lo llevó a su camita, donde se tumbó y empezó a morderlo con fruición.

Todos, salvo Tricks, parecían esperar a que Morgan eligiera, dado que la bandeja estaba allí en su honor. Él no era mucho de magdalenas, le parecían más bien cosa de chicas. Lo que le apetecía era una de esas tartaletas. Pero el pegote marrón tenía un aspecto interesante.

—¿Qué es el pan de mono? —preguntó.

—Es como un puñado de rollitos de canela pegados —le contestó Bo.

Decididamente le gustaba el pan de mono. La señorita Doris colocó unos cuantos pegotes sobre un plato de cartón que había tenido el buen juicio de llevar. Se estaba convirtiendo a toda velocidad en su persona favorita de ese pueblo.

Se sirvió café para quien quiso, Loretta y él, y cada uno eligió lo que más le apetecía de la bandeja. Durante varios minutos, el único sonido que se oyó en la comisaría fue el de bocas masticando y alguna exclamación de deleite. Jesse se decidió por las tartaletas, Bo por una magdalena, Loretta por el pan de mono, y la señorita Doris se limitó a observar la escena con una resplandeciente sonrisa.

Durante un buen rato, Morgan estuvo demasiado absorto con los trozos de canela del pan de mono como para fijarse en otra cosa, pero al levantar la vista lo que vio fue a Bo lamiendo delicadamente la cobertura de su magdalena.

Un salvaje estallido de lujuria lo paralizó. Se quedó helado, cada músculo de su cuerpo estaba focalizado en un único objetivo. Consiguió apartar la mirada y fingir que estaba concentrado en su pan de mono, pero, ¡mierda!, lo único que tenía en su mente era la puntita rosada de esa lengua lamiendo la cobertura con delicadeza, casi dulzura. Morgan sintió la piel ardiente y tensa, la respiración entrecortada. ¡Mierda y mierda! Así, sin más, se había puesto duro como el acero, y debía sentarse antes de que alguien se diera cuenta. Suponiendo, claro, que fuera capaz de moverse una mierda.

Pero de algún modo lo consiguió. Prácticamente se derrumbó en la silla de las visitas, lo único que podía hacer porque la dureza le imposibilitaba sentarse con normalidad sin acomodar sus partes, cosa que no iba a hacer delante de las damas. Loretta y Bo podrían llevarlo bien, pero la señorita Doris seguramente se desmayaría.

—¿Estás bien? —preguntó Bo, desviando toda su atención sobre él.

—Sí, bien —murmuró Morgan.

Con suerte pensarían que se avergonzaba de su estado de debilidad. Dejó el plato de cartón sobre el regazo para tapar las evidencias, y rezó para que una brusca palpitación no lo hiciera caerse de lado. ¡Maldita fuera! ¿Es que las

mujeres no se daban cuenta de que no podían dedicarse a lamer cosas delante de un hombre?

De repente todas las mujeres se afanaron por atenderle y Loretta se ofreció a hablar con sus hermanos para que lo ayudaran con algunos ejercicios de fortalecimiento cuando estuviera mejor. Agradeció el ofrecimiento de Loretta mientras con una mano impedía que la señorita Doris le colocara un paño húmedo sobre la cara. Estaba sudando, sí, pero no de enfermedad. Al menos consiguió desviar su atención de la lengua de Bo y ganar algo de tiempo para que su miembro se resignara y empezara a relajarse.

La señorita Doris debía regresar a la pastelería y se fue, despedida por una oleada de agradecimientos. Jesse tomó otra tartaleta, pero no sin antes mirar a Morgan de reojo, lo que le hizo temer que el oficial hubiera comprendido la verdadera causa de su «debilidad». Seguramente todo hombre vivo habría sufrido la misma reacción. Todos los pantalones llevaban en su interior esas partes rebeldes.

Afortunadamente, Bo no quiso lamer una segunda magdalena, ni siquiera se comió la primera. Se produjo una llamada. Un crío de cuatro años se había quedado atascado en un árbol, y Jesse se marchó dispuesto a trepar un poco. Bo regresó al papeleo que aguardaba sobre su mesa, y Tricks se echó una siesta, agotada tras la paliza que le había dado al cuerno de goma.

Una bonita rubia, que fue presentada como Daina, la amiga de Bo, se dejó caer por la comisaría con unos granizados para que todos pudieran merendar. Morgan empezaba a temer que moriría de una sobredosis de azúcar. Daina estaba allí movida únicamente por su curiosidad. No se quedó mucho tiempo, pero sí el suficiente para flirtear un poco.

De repente, un puñado de vehículos se detuvo junto a la acera, varias camionetas y coches de los que bajó una caterva de niños. La puerta de la comisaría se abrió y toda la manada entró, hablando todos a la vez.

—¡Jefa Bo! —saludaron—. El señor Cummins dijo que teníamos que practicar con Tricks el recorrido en carroza.

A priori aquello no tenía sentido, porque Morgan dudaba que Bo permitiera que nadie se llevara a Tricks a dar una vuelta subida a una carroza. Pero ella parecía saber exactamente a qué se referían.

—¿Qué habéis traído?

—Habíamos pensado empezar con una camioneta —contestó uno de los chicos—, para que se acostumbre a montar al descubierto. Si tú también te subes, estamos seguros de que no saltará.

Tricks había saltado de la cama ante la llegada de los chicos y se encontraba en medio del grupo, recibiendo su ración de mimos.



—Incluso hemos traído una tiara y una boa de plumas para ella —anunció una de las niñas.

—No creo que ponga ninguna pega a la boa, pero con la tiara no estoy tan segura —contestó Bo sin pestañear—. En una ocasión intenté ponerle una gorra y no quiso. Pero lo que sí le gustó fue el lazo de Navidad que le puse en la cabeza.

Morgan mantenía la boca cerrada. La conversación se volvía más rara por momentos. ¿Qué demonios estaban haciendo?

—Vamos a subirla a ver qué pasa —insistió el chico—. Conduciré muy despacito, jefa.

Bo, Tricks, y todo el grupo salieron a la calle. Loretta abandonó su cubículo para observar desde la acera, y Morgan se unió a ella. El chico bajó la portezuela de su camioneta e intentó conseguir que Tricks saltara a su interior, pero el animal estaba demasiado ocupado recibiendo mimos.

—Arriba, Tricks —ordenó Bo mientras le daba una palmadita a la puerta trasera.

Tricks saltó obedientemente, pero al instante se bajó de otro salto.

—Tricks, arriba.

Mismo resultado.

Bo suspiró y se subió al suelo de la camioneta, se sentó y volvió a intentarlo.

—Arriba, Tricks.

Estando el centro de su universo sentado en esa camioneta, la perra se subió alegremente y cubrió el rostro de Bo de húmedos lametones. Un par de chicas se subió con ella. Una llevaba la mencionada tiara y la boa. Enganchó la boa rosa alrededor del cuello de Tricks y, con mucho cuidado, colocó la tiara sobre su cabeza. Una sola sacudida bastó para que la tiara cayera. El segundo intento dio el mismo resultado.

—Creo que en la salita de descanso hay un lazo adhesivo —observó Loretta antes de darse media vuelta para comprobar la veracidad de su información. Ni siquiera se molestó en explicar qué podía hacer un lazo en una comisaría.

Al rato regresó con un lazo brillante, algo aplastado, de color verde. Retirado el papel protector, el lazo fue pegado sobre la cabeza de Tricks.

El chico cerró la portezuela de atrás y se subió a la camioneta. Bo se agachó en la parte trasera del suelo y las dos chicas rodearon a Tricks con sus brazos.

—¡Adelante! —gritó la chica que le había puesto la boa.

Como en un desfile, todos los vehículos se pusieron lentamente en marcha con las luces encendidas y tocando el claxon.

Morgan miró a su alrededor para asegurarse de que seguía en el planeta Tierra. Quizás se tratara simplemente de una extraña costumbre de pueblo. Su experiencia con los pueblos era limitada.

—¿Qué demonios es todo esto? —preguntó a Loretta.

—Están practicando para el desfile anual —le explicó ella—. La clase de los mayores decora una carroza, y la de los pequeños otra. Los mayores han elegido a Tricks para que haga el recorrido en la suya, pero la jefa dijo que seguramente no querría si no estaba acostumbrada, y por eso están practicando con ella. Las carrozas de verdad aún no están preparadas, y de todos modos no las mostrarían antes de tiempo. Apuesto a que a la próxima vez ensayarán con un remolque para heno. Para que se acostumbre al tamaño.

Eso, desde luego, explicaba lo de la tiara y la boa.

Las aceras empezaron a llenarse a medida que los tenderos y los clientes salían a la calle para presenciar el pequeño desfile.

—¡Tricks! —empezó a gritar la gente mientras agitaban las manos en el aire.

Las dos niñas que abrazaban a Tricks saludaron, ensayando así su parte. Y Tricks ladraba a izquierda y derecha, el rostro perruno resplandeciente.

—Parece la reina —observó alegremente Loretta, asomándose un poco más para ver mejor.

Totalmente estupefacto, Morgan se colocó a su lado.

Unas manzanas más abajo, junto al semáforo, un hombre se colocó en medio de la calle para detener el tráfico, aunque tampoco es que hubiera mucho. Agitando una mano en el aire, dirigió a la pequeña procesión para que los coches hicieran un cambio de sentido e iniciaran su regreso a la comisaría.

Los chicos, conduciendo con sumo cuidado llevando el precioso cargamento de jefa y perro, dieron media vuelta.

A medida que se acercaban de nuevo se oían cada vez con más fuerza los alegres ladridos y enseguida asomó la dorada cabeza adornada con el lazo verde que se bamboleaba de izquierda a derecha mientras Tricks aceptaba de buen grado los aplausos y vítores de todo el pueblo.

De algún modo, pensó Morgan, haber sido disparado lo había lanzado a los jodidos límites de la realidad.

¡Qué demonios! Podría muy bien encajar en todo aquello.

Y empezó a saludar y aplaudir como el que más.

## Capítulo 12

Cuando regresaron a la casa, Bo dejó salir a Tricks del Tahoe, mientras Morgan las seguía, aunque más lentamente. Odiaba admitirlo, y desde luego había disfrutado con la visita a la ciudad, pero la inhabitual actividad lo había agotado. Seguía echándose una siesta cuando se sentía cansado, pero ese día no había podido permitirse ese lujo y le estaba pasando factura. Pensó con añoranza en el sofá. Nada le apetecía más que estirarse y cerrar los ojos.

Bo abrió la puerta y la perra corrió al interior.

—El esfuerzo ha sido mayor de lo que pensabas, ¿a que sí?

—Sí —admitió él.

—Puedes poner los pies en alto y descansar mientras preparo la cena —Bo se hizo a un lado para que él pudiera entrar en la casa y luego cerró la puerta.

Morgan se fue directo al sofá antes de detenerse súbitamente.

Tricks estaba sentada en medio del sofá, los exuberantes y largos mechones de su rubia cola extendidos sobre el cojín. Miraba hacia otro lado, como si aquello no fuera con ella.

—O quizás no puedas —Bo contemplaba la escena con la misma perplejidad que él—. Cielo santo. Le quitaste el asiento y ahora ella te ha quitado el tuyo. Yo no pienso meterme. Tendrás que solucionarlo tú, hacerte perdonar. Te advierto que te la tiene jurada.

Eso era más que evidente. Por otra parte, era un perro.

—¿Te parece bien que le dé una chuche? —preguntó Morgan.

Tricks clavó su mirada sobre Morgan al oír la palabra «chuche», pero no abandonó su asiento.

—Sobornarla no es una buena idea. Tiene buena memoria y tendrás que sobornarla cada vez.

—De acuerdo, nada de sobornos. Tampoco intentaré hacerla bajar. Le daré la chuche y luego me sentaré en otra parte. ¿Funcionará?

—A lo mejor. Desde luego ayudará mucho a que puedas congraciarte con ella. Pero, además, deberías disculparte.

—¡Venga ya! —la idea era tan rocambolesca que él soltó una carcajada—. Eso sería ir demasiado lejos. Entiende de comida. Pero ¿qué entiende de disculpas?

—Te sorprendería. Puedes seguir mi consejo, o no.

Bo se dirigió a la cocina y tomó una loncha de pavo de la nevera.

—Aquí tienes —le dio la loncha a Morgan—. Espero que funcione.

Él hizo un rollito con la loncha de pavo y se sentó al lado de la perra. En cuanto el cojín se hundió bajo su peso, ella se volvió, alertada por el olor a pavo, pero enseguida desvió la mirada de nuevo.

—Buena chica —susurró él. Arrancó un trocito de pavo y se lo ofreció—. Fuiste una campeona subiéndote a esa camioneta hoy.

Tricks contempló el trocito de pavo y, con mucha delicadeza, lo tomó de manos de Morgan.

—Y ese lazo en la cabeza te quedaba genial —otro trocito de pavo aceptado de buena gana.

Morgan decidió que ya la había alabado lo suficiente y le ofreció el resto del pavo, permitiendo que se quedara sentada en el sofá. Realmente tenía muchas ganas de tumbarse, pero optó por encender el televisor y estirar las largas piernas mientras apoyaba la cabeza sobre el respaldo del sofá. No era lo mismo que tumbarse, pero serviría.

Tricks no se bajó, pero, después de un par de minutos, ella también se tumbó y apoyó la cabeza sobre el muslo de Morgan. Él posó una mano sobre el sedoso lomo, sintiendo el calor de su cuerpo, el latido de su corazón. No estaba mal.

Aunque el viaje a la ciudad había resultado de lo más divertido, Morgan decidió pasar el resto de la semana en lo que empezaba a considerar «casa». En cuanto Bo se marchaba a trabajar, se ponía a hacer ejercicio. Paseaba por el patio, incluso empezó a aventurarse a dar cortos paseos por el bosque cuando sus piernas se pusieron más fuertes. Le sentaba bien estar al air libre. La primavera, aunque tardía, había llegado acompañada de buen tiempo, buenas temperaturas, aunque sin llegar a hacer calor. Y, de repente, de la noche a la mañana todo se tiñó de verde. Él siempre había preferido estar al aire libre, de modo que, aunque las circunstancias distaban mucho de ser las ideales, al menos estaba fuera y moviéndose por sus propios medios.

Bo regresó a casa a última hora de la tarde del viernes.

—El alcalde Buddy ha convocado para mañana una reunión urgente en el ayuntamiento. Tiene que ver con el tema Gooding. Tengo que asistir.

—¿Qué ha hecho?

—No lo sé, pero es la primera vez que el alcalde Buddy convoca una reunión de emergencia, de modo que debe de ser algo serio.

—¿Tiene poder para hacer algo en contra de la ciudad?

—Varios de sus habitantes trabajan para él. Si los despidiera, sin duda haría mucho daño a las familias.

—¿Ha amenazado con hacerlo?

—Supongo que mañana lo averiguaré.

Morgan se sintió decepcionado porque había esperado poder disfrutar de ella todo el fin de semana, pero, ¡qué demonios!, aprovecharía para ejercitarse un poco más. Había estado trabajando en esas escaleras. Ya conseguía llegar al duodécimo escalón sin que le temblaran las piernas. Pero nunca se forzaba demasiado en las escaleras. Lo último que le faltaba era marearse y caerse por ellas. De todos modos, en tan solo una semana había pasado de sentirse como una ruina física a algo más parecido a un humano. El dolor en el pecho, aunque seguía ahí, había mejorado. Las piernas estaban más fuertes. Comía más. No estaba seguro, pero creía haber engordado unos dos kilos en el tiempo que llevaba allí.

Estaba aburrido de su propia compañía, pero tenía un motivo más para no ir con Bo al trabajo cada día: no quería agotar la bienvenida que le habían dispensado. Bo tampoco querría verlo a todas horas. Parecía sentirse más relajada en su compañía, aunque no abiertamente cómoda, claro que muy pocas personas lo estarían con un extraño cuya presencia le hubiera sido impuesta. Cualquier incomodidad que pudiera sentir quedaba encerrada tras esos muros, pero se imaginó que alguna habría. Era demasiado reservada, emocionalmente hermética, como para no sentirse estresada por su presencia.

Si supiera que se había puesto duro al verla lamer el azúcar de la magdalena, se mantendría tan alejada de él como fuera posible, quizás incluso llegaría a echarlo a la calle a pesar del acuerdo con Axel. Por lo que él sabía, no había gastado ni un céntimo del dinero que Mac había ingresado en su cuenta y, aunque sin duda le iría muy bien, no le resultaba imprescindible. Era libre para deshacerse de él y no le preocuparían sus sentimientos.

Pero él no quería marcharse. Al menos aún no. Deseaba resolver el misterio de quién había intentado matarlo, cierto, pero eso era una cuestión del futuro sobre la que no podía actuar. Sobre lo que sí podía actuar era en mejorar su estado físico, y la creciente atracción que sentía hacia Bo. Esa mujer era un desafío para él, y eso le gustaba, aunque no solo eso. No sabía exactamente qué tenía que tanto despertaba su interés. Parecía sentirse a gusto consigo misma, con su físico, con su vida en general. Resultaba agradable estar en compañía de una mujer que no necesitaba que reforzaran continuamente su autoestima.

El sábado por la mañana, después de desayunar, Bo llevó a Tricks a dar un largo paseo antes de subir a su habitación para arreglarse. Cuando bajó de

nuevo, Morgan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no mirarla fijamente. Llevaba una sencilla falda y una blusa, nada elegante, pero la falda era lo bastante ajustada para pegarse al redondeado trasero y, por Dios que esas piernas parecían infinitas. En el instante en que se las imaginó apoyadas sobre sus hombros, Morgan rompió a sudar. «Relájate, chico», ordenó mentalmente a su miembro. «No señales».

Pero el imbécil no le hizo caso y señaló, lo que le obligó a sentarse.

—¿Se trata de un acto que exija ir bien vestido? —preguntó para distraerse.

—No exactamente —ella se miró la falda—, pero no quiero ir vestida con unos vaqueros o algo así. Los vaqueros están bien para el trabajo, porque nunca sé qué voy a tener que hacer, pero una reunión en el ayuntamiento es diferente.

En lugar de llevar su gruesa mata de pelo recogida en la habitual coleta, la había recogido, dejando al descubierto la nuca. De no estar sentado, él habría sentido flaquearle las rodillas ante la visión de la delicada piel. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido atraído por el cuello de una mujer, pero el de Bo, con esos oscuros cabellos enmarcando su esbeltez, hizo que el estómago le diera un vuelco. Pues sí que había conseguido distraerse, sí.

Tricks bailoteaba alrededor de Bo, encantada ante la perspectiva de dar un paseo en coche. Esa perra vivía permanentemente encantada, por ir, por volver, por comer, pasear, jugar a la pelota, por la vida en general. Lo único que no le había gustado era verlo a él sentado en su asiento del coche, y a pesar del pavo, le había llevado un par de días perdonarlo lo suficiente como para permitirle lanzarle la pelota. Sin embargo, Morgan ya había vuelto a ser santo de su devoción.

—¿Por qué no me dejas a Tricks? —sugirió—. ¿Sueles llevártela a las reuniones en el ayuntamiento?

—Normalmente sí —Bo miró a su perro con gesto de preocupación—, pero no suelen durar más de una hora. En este caso no lo sé.

—Pues entonces déjala aquí. Puedo sacarla a pasear y lanzar la pelota, y le daré de comer si no has regresado a mediodía.

Bo parecía indecisa.

—Podré manejarla —insistió él—. ¿Crees que llegaría a escaparse?

—No. Aunque no le gustará que me vaya sin ella.

—¿Y qué podría hacer? ¿Sufrir una rabieta?

—No —ella sonrió—, pero, cuando deje de hacer pucheros, explícale que he tenido que ir a la ciudad y que regresaré lo antes posible. ¿De acuerdo?

La expresión de Morgan debía ser de completa estupefacción. Estaban hablando de un perro, no de un niño, y aquello empezaba a ir demasiado lejos, incluso para Bo.

—Sé que puede sonar ridículo —se disculpó ella—, pero ¿sabías que dicen que un perro tiene la inteligencia de un niño de dos años? Pues ella la tiene de uno de cuatro. Entiende muchas de las cosas que se le dicen.

Desde luego entendía el tono de voz de quien le hablaba, pero la mayoría de los perros aprendían y respondían a eso.

—¿Entenderá que no ha sido abandonada y la hora que es?

—Sí, se sabe la hora —Bo lo miró airada—. No importa. La llevo conmigo.

—De acuerdo —contestó él irritado—. Se lo explicaré. Te lo prometo. Y ahora márchate si no quieres llegar tarde.

Ella no quería hacerlo, se le notaba, pero le preocupaba más cómo soportaría Tricks la reunión si se alargaba más de lo necesario, y eso zanjó la cuestión.

—Esta vez te quedas, cielo —Bo se agachó y acarició la cabeza de su perra—. Estarás mucho más cómoda aquí que en una vieja sala de reuniones. Volveré en cuanto pueda.

Se irguió y salió de la casa sin mirar atrás, aunque se notaba que se moría por hacerlo. Tricks y Morgan se colocaron junto a la ventana para verla marchar, él para disfrutar de la visión de las largas piernas cuando se subió al todoterreno, y ella porque no acababa de creerse que la hubiera dejado tirada.

En cuanto el todoterreno se alejó por el camino, Tricks empezó a lloriquear.

—No pasa nada, chica —susurró él mientras la acariciaba—. Antes de que te des cuenta estará de vuelta.

Y porque se lo había prometido, aunque se sentía ridículo, añadió:

—Tiene que asistir a una reunión que podría durar mucho, y no quiere obligarte a esperar en caso de que necesites mear, o lo que sea. Seguramente estará de vuelta a la hora de comer. No creo que esas reuniones duren mucho más, ni siquiera aunque estén hablando de un gilipollas.

Tricks volvió a lloriquear antes de lamerle la mejilla y marcharse trotando en busca de un juguete.

Morgan leyó las noticias en el portátil y jugó a un par de juegos antes de dejarlo. Después de lo mal que había estado, era bueno sentirse inquieto. Ya no sentía deseos de quedarse tumbado en el sitio, quería moverse.

Atacó las escaleras, y llegó hasta el peldaño decimoquinto, casi arriba del todo. Tuvo que descansar un rato, había que fastidiarse que quince peldaños lo agotaran, y decidió hacer unos pocos calentamientos. Estirar y aumentar

suavemente el ritmo cardíaco le iría bien. Se sentó en el suelo y estiró, probando con sumo cuidado los límites de sus rígidos músculos.

Y por supuesto la perra se acercó saltando, convencida de que se trataba de un juego porque ese hombre estaba en el suelo. Prácticamente le saltó encima. Morgan le dijo que no un par de veces, le ordenó que se apartara en otras dos ocasiones, y se rindió. Y eso que se suponía que entendía prácticamente todo lo que le decían. Todo el mundo la trataba como si fuera la reencarnación de Air Bud, pero a fin de cuentas era un perro. Un perro muy bonito, tuvo que admitir, y muy listo, pero un perro.

Morgan abandonó los estiramientos en el suelo, se puso de pie e intentó apoyar las palmas de las manos en el suelo para estirar los gemelos. Los gemelos no dieron ningún problema, pero la zona lumbar sufrió un tirón que casi lo hizo caer de rodillas.

Mascullando juramentos, consiguió ponerse derecho. ¡Mierda! El tirón remitió y tras un minuto consiguió volver a respirar con normalidad, furioso con el nuevo aviso de lo lamentable que era su estado. Seis semanas antes había estado en su mejor momento físico, capaz de correr y nadar durante kilómetros, cargar con una mochila de casi cincuenta kilos mientras caminaba bajo condiciones miserables, y ser el mejor en combate.

Cabía la posibilidad de que jamás volviera a ser el mismo y tenía que enfrentarse al hecho de que quizás iba a tener que acostumbrarse a una nueva realidad. Los médicos habían reparado sus lesiones, pero el cuerpo humano no era un coche en el que pudieras encajar una nueva pieza y listo. Su corazón podría no recuperar la fuerza de antes. Pero solo lo sabría si se esforzaba hasta el límite. ¿Qué pasaría si no lo conseguía?

Pues que abandonaría el grupo OG. La vida de cada hombre dependía de que los demás miembros del equipo hicieran su trabajo. Jamás les pondría en peligro por egoísmo, por no abandonar. Seguramente seguiría implicado de algún modo, quizás como monitor de entrenamiento, quizás en funciones de logística, pero, si no estaba al cien por cien de sus facultades, no participaría en ninguna misión.

Tricks se acercó con la pelota de tenis y se paró delante de él. Apoyó una pata sobre su rodilla y miró hacia la puerta.

— ¿Hora de hacer pipí? De acuerdo, vamos.

Ella saltó hacia la puerta. Ese perro no parecía capaz de simplemente andar, como cualquier otro perro. Daba la impresión de tener muy claro lo guapa que era y que el mundo, tal y como lo había dispuesto Bo Maran, giraba en torno a ella.

— Niñata consentida — murmuró él.



Sin embargo enseguida sonrió al recordar su aspecto, sentada en la parte trasera de esa camioneta con un lazo verde pegado a su cabeza, ladrando como la reina del baile... suponiendo que las reinas del baile ladraran.

En cuanto salieron de la casa Tricks dejó la pelota a sus pies y echó a correr. Morgan se agachó para recuperarla y el tirón en la espalda lo volvió a acribillar. Entre maldiciones y gruñidos consiguió enderezarse, aunque el sudor bañaba su frente. ¡Mierda cómo dolía! No era el mismo dolor que había sentido tras el disparo, ni el del postoperatorio, pero sí era de una intensidad aguda y paralizante. Ni siquiera estaba seguro de poder caminar con normalidad. Dio unos cuantos pasos y se esforzó por olvidar el dolor.

Tricks volvió trotando, con una expresión acusadora en su rostro.

Bo había insistido en que su mascota comprendía la mayoría de las palabras que le decían. Qué demonios. Sin duda era mentira, pero...

—Tricks, me he hecho daño en la espalda y no puedo agacharme. Si quieres que te lance la pelota, tendrás que dejármela en la mano.

El animal saltó sobre la pelota como si fuera un gato, la recogió del suelo, y la dejó sobre la palma de su mano antes de salir corriendo.

Morgan se quedó allí, perplejo. No. Y una mierda. Tenía que ser casualidad. Al ver que la pelota no botaba delante de ella, como más le gustaba, Tricks se detuvo y se dio la vuelta. Morgan no se atrevía a retorcer el torso para un lanzamiento alto, pero sí hizo un buen lanzamiento bajo para que la pelota botara justo frente a ella, que la atrapó al primer bote. Se detuvo. Y posó.

Él puso los ojos en blanco, pero claudicó.

—Buena chica.

Tricks llevó la pelota de regreso, y la dejó sobre la mano de Morgan, que la volvió a lanzar. De nuevo ella regresó con la pelota, y de nuevo se la dejó en la mano. Y así hasta una cuarta vez.

Morgan estaba tan sorprendido que se olvidó del dolor de espalda y caminó con la perra hacia el bosque. Siempre que mantuviera el paso lento y uniforme, siempre que no se retorciera, se encontraba bien. Lanzó de nuevo la pelota y Tricks se la entregó de nuevo en la mano. No podía ser casualidad, pues nunca le había visto hacer algo así. Siempre dejaba la pelota a los pies de la persona a la que le hubiera concedido el honor de lanzársela. Pero, después de haberle explicado lo que quería que hiciera, le había dejado la pelota en la mano. Todas las veces.

Al fin el animal se cansó y se paró para mear. Morgan también estaba cansado y le dolía la espalda.

—Vamos, chica —ambos de dirigieron de regreso al granero.

Un vistazo al reloj le indicó que casi era la hora de comer, como si la visión de la perra de pie junto al cuenco, mirándolo fijamente, no hubiera sido pista suficiente. Y por si no lo había pillado, Tricks miró fijamente al cuenco, y luego a él.

—Todavía no. Tu mamá es muy estricta con el horario.

El perro suspiró y se tumbó a esperar junto al cuenco.

¿Realmente era posible que lo entendiera? Bo estaba convencida y hablaba con ese perro como si se tratara de un niño de cuatro años. Él no estaba convencido del todo, pero empezaba a tener sus dudas.

Esperó a que fuera la hora exacta de la comida antes de acuclillarse junto al cuenco y echar la cantidad exacta de comida. Acuclillarse no le hizo daño a la espalda, aunque sí tuvo algunos problemas para volver a ponerse de pie y tuvo que agarrarse a la encimera de la cocina y tirar hacia arriba.

Tricks se lo agradeció meneando la cola e interrumpiendo su comida para lamerle la rodilla. Era lo normal, pensó él. A los perros les gustaba que les dieran de comer.

Él también necesitaría comer. Era evidente que la reunión del ayuntamiento iba a durar más de lo que Bo había previsto, pero no pasaba nada porque casi toda su vida se había alimentado a sí mismo. Preparó un sándwich y se lo comió de pie. Incluso bebió un vaso de leche, pues era mejor para él que la cerveza. No quería terminarse la cerveza que quedaba en la nevera porque no sabía cuándo llegaría el siguiente pedido.

Se sentó un rato a la mesa para leer. La silla tenía el respaldo recto y le aliviaba el dolor de espalda. Tras esperar a que Tricks se echara una siesta, se le ocurrió una idea.

—¡Tricks! ¿Vamos a dar un paseo?

Necesitaba comprobar si había sido casualidad.

Tricks corrió en busca de la pelota y se dirigió hacia la puerta, la cola oscilando con entusiasmo, los pies bailoteando. Salieron al sol de la tarde. El perro dejó la pelota a sus pies y echó a correr.

—Eso pensaba yo —murmuró él—. ¡Tricks! —llamó, alzando la voz.

Tricks se detuvo y lo miró, sorprendida y decepcionada porque no le había lanzado la pelota. Sin embargo, regresó trotando junto a él. Ese perro tenía el rostro más expresivo que hubiera visto en un perro. Interpretar lo que sentía era como oírle hablar.

—Tienes que ponérmela en la mano —le explicó porque, a fin de cuentas, si era capaz de entenderlo debería recordar lo que le había dicho sobre la espalda... suponiendo que ese animal supiera lo que era una espalda.

Tricks tomó la pelota del suelo, se la dejó en la mano, y salió corriendo.

Morgan se quedó mirando la babeada, sucia y desgastada pelota amarilla.

—¡Que me parta un rayo! —murmuró en voz baja antes de lanzar la pelota sobre la cabeza del animal para que pudiera atraparla al primer bote y posar, esperando su alabanza.

Cuando Bo entró en la sala de juntas del ayuntamiento le sorprendió ver tanto a la señorita Doris como a Emily allí, además de Jesse. Pero enseguida comprendió que no debería sorprenderle porque el tema de la reunión tenía que ver con los Gooding y las maldades que podrían desatar sobre la ciudad, lo cual significaba que Emily, Jesse y ella misma eran el objetivo principal. Jesse y ella se sentaron al fondo de la sala, pero no tuvieron tiempo de intercambiar ni una palabra.

El alcalde Buddy dio comienzo a la reunión, y dio la palabra a Emily.

Emily era joven, veintitantos años, pero se mostraba dueña de sí misma.

—En primer lugar, quisiera pedir disculpas por los problemas que mi vida personal está causando a la ciudad.

Hubo un murmullo de voces tranquilizadoras, todas asegurándole que la culpa no era suya.

—Tuve la mala idea de casarme con Kyle —la joven se ruborizó y continuó—, y los problemas se remontan a esa época. Esta última semana ha sido como estar en una guerra. Su padre y él amenazan con todo lo que se les ocurre si no cedo todo a Kyle y retiro los cargos de violencia doméstica. He de informaros que algunas de esas amenazas implican a la ciudad.

—¿Qué clase de amenazas? —preguntó la señorita Virginia Rose, la cajera del supermercado, que también formaba parte del consejo municipal.

—Bueno —Emily se retorció, nerviosa, las manos—. No se trata solo de la gente que trabaja en los aserraderos. El señor Gooding dijo que, si cerraba los aserraderos, la ciudad perdería su fuente de ingresos porque la mayor parte de las personas compra aquí. Y tiene razón.

—Dudo mucho que cierre los aserraderos —observó el alcalde Buddy—. También es su fuente de ingresos.

—Lo único que puedo decir, alcalde, es que no para de hablar de sus inversiones y del mucho dinero que tiene guardado, y dice que él podrá sobrevivir varios meses si cierra los aserraderos, pero que la ciudad y la gente que trabaja para él no.

La reunión estalló en un barullo de comentarios airados, hasta que el alcalde Buddy llamó a todos al orden. Lo cierto era que se trataba de un gran problema porque la ciudad tenía un presupuesto muy ajustado, sin reservas

de las que tirar. La disminución en los ingresos de impuestos por las pérdidas de ventas, incluso durante unos pocos meses, resultaría catastrófica.

Bo y Jesse escuchaban en silencio. Todos tenían ideas sobre qué hacer, incluyendo la señorita Virginia Rose, que sugirió que un puñado de ciudadanos se llevaran a los Gooding a algún lugar apartado y les dieran una paliza. Por los gestos de algunos miembros del consejo, Bo supo que más de uno encontraba la idea acertada. Y eso suponía un problema para Jesse y para ella.

El tiempo pasaba. Ella consultó la hora en el móvil. Aquello se estaba prolongando más de lo previsto. Al final se alegró de que Tricks se hubiera quedado con Morgan porque, de lo contrario, habría tenido que interrumpir la reunión al menos un par de veces para sacarla. Además, habría tenido que acercarse a la comisaría en busca de un poco de comida de perro que siempre guardaba allí. Por otra parte, seguramente se trataba del mayor tiempo que había estado separada de ella, aparte de aquella vez en que tuvo bronquitis y Daina tuvo que quedarse con Tricks mientras ella esperaba a ser atendida por el médico. Por aquella época, Tricks contaba seis meses de edad y era todo un demonio, demasiado para Daina. Y lo seguía siendo.

—Vamos a tener que detener a la mayoría de los presentes —observó Jesse.

El tema de conversación había pasado de prevención a venganza, incluyendo la propuesta de contratar a los Malos-Como-Demonios-Hobson para encargarse de la situación. Teniendo en cuenta cómo había reaccionado el señor Gooding ante Loretta, a Bo se le antojó una idea nada despreciable.

Sin embargo, también recordaba cómo el señor Gooding había deseado que su hijo no tuviera antecedentes.

De inmediato levantó una mano y el alcalde dio un golpe de martillo.

—La jefa Maran tiene la palabra.

Bo se puso en pie y todos los presentes se volvieron expectantes hacia ella.

—Emily, ¿qué prefieres, ver a Kyle juzgado por pegarte o que firme los papeles del divorcio y se marche de aquí?

—El divorcio y que se marche —aseguró Emily al instante—. Sé que debería seguir adelante con la acusación, pero debo reconocer que no sufrí una paliza ni nada de eso. Aquel día en la pastelería me dio una bofetada. Y me avergüenza admitirlo, pero yo también lo abofeteé esa misma mañana antes de marcharme de casa. Si él quisiera, también podría presentar cargos contra mí, ¿verdad?, pero no lo ha hecho.

—Sí, podría haberlo hecho —Bo asintió—. No sé si el alcalde os lo habrá contado, pero el señor Gooding vino a verme el lunes. Está muy preocupado por el hecho de que Kyle pueda tener antecedentes penales. Creo que

podríamos usar eso a nuestro favor y llegar a un acuerdo entre la ciudad y los Gooding que incluya que Kyle firme los papeles del divorcio y deje a Emily en paz.

Ponerse de acuerdo en un plan les llevó un buen rato. Tal y como lo expresó el alcalde Buddy, los Gooding eran unos hijos de perra amargados y vengativos que nunca olvidaban una ofensa a no ser que «hagamos todo lo posible para que les interese olvidar».

El plan se centraba en Emily, y ella participó activamente en todo el proceso. Solo había pasado una semana, pero aún podía presionar para que le concediera un divorcio rápido. Podía meterle prisa al abogado, podrían tener los papeles preparados, podrían conseguir el apoyo del juez Harper. El punto clave era conseguir que Kyle firmara. La propuesta final consistía en que si Kyle no molestaba más a Emily, si accedía al acuerdo de divorcio que consistía en que él recuperaba sus efectos y ella conservaba los suyos, vendían la casa y se repartían los beneficios, suponiendo que hubiera alguno, se retirarían los cargos en su contra. También debía mantenerse alejado de ella y seguir con su vida sin interferir en la de Emily. Si no lo hacía, el acuerdo no se mantendría. Y si Emily empezaba a sufrir extraños accidentes, como el pinchazo de los neumáticos del coche y cosas así, recibirían la visita de los Hobson. La última parte no era legal, pero, qué demonios, quizás tampoco lo fuera el resto.

Jesse era la ley entre los asistentes a la reunión, y por él no hubo ningún problema. Estaba de acuerdo con cualquier acción que fuera beneficiosa para la comunidad en lugar de ponerse estricto con unos pocos cargos menores, lo único que tenían contra Kyle.

—Por mí bien —anunció—. Kyle se llevó una buena tunda, incluyendo un silletazo en la cabeza, cortesía de Brandy. Si todos están de acuerdo, yo me sumo.

Y con eso el plan quedó sellado, por lo que respectaba a los demás.

Solo quedaba decidir quién iba a ser el encargado de presentarle la propuesta al señor Gooding. El alcalde Buddy se ofreció voluntario, y todos respiraron aliviados. El alcalde era astuto como el que más y conseguiría que pareciera que les estaban haciendo un favor a los Gooding, resultando además muy convincente. El alcalde les explicó que deberían redactar y firmar algún documento, porque tenía que presentar papeles firmados para que los Gooding se lo tomaran en serio. El que esos papeles fueran aceptados en el tribunal era otra cuestión, pero, por las conversaciones que se oían a su alrededor, Bo pensó que, si los Gooding se negaban, el tribunal sería el menor de sus problemas comparado con la llamada a los Hobson.

¡Por fin! Por fin consiguió salir de allí y encaminarse hacia su casa. Se moría de hambre, pero ni siquiera paró para comprarse una hamburguesa, tal era la ansiedad que sentía por averiguar qué tal les había ido a Morgan y a Tricks. Tricks no le preocupaba tanto, pero el bienestar de Morgan era el que corría más peligro. Si Tricks se había sentido maltratada o insultada, podría haberse negado a regresar a casa del paseo y Morgan estaba demasiado débil para correr tras ella. Podría caerse y lastimarse si intentaba forzar demasiado.

Prácticamente bloqueó los frenos y derrapó al detenerse junto al Tahoe.

La buena noticia era que no había nadie en el suelo, incapaz de ponerse de pie por sus propios medios, ni una irritada golden retriever que se negara a obedecer cuando la llamara. A lo mejor habían salido adelante sin mayores problemas.

Menuda estupidez, pero el corazón le latió un poco más deprisa mientras abría la puerta, preparada para la escena que se fuera a encontrar. No, no era ninguna estupidez. Conocía a Tricks.

Aun así no estaba preparada. Nada podría haberle preparado.

Morgan estaba sentado en el sofá, entero. Tricks, apoyada sobre sus patas traseras, las delanteras sobre el pecho de Morgan lo miraba con expresión de pura delicia mientras él le rascaba detrás de las orejas y la hablaba en un suave murmullo. Sus narices prácticamente se tocaban. Al oír entrar a Bo, Tricks volvió la cabeza hacia ella, dedicándole una de esas miradas alegres que siempre le derretían el corazón porque nunca había visto a una criatura más feliz. El animal se volvió de nuevo hacia Morgan y él inclinó la cabeza para apoyar la frente contra la de ella.

—Ahí está mamá —anunció, aunque no hubiera necesidad de decir nada.

Tricks lo tomó como una señal para acudir a saludar al centro de su vida.

Corrió hacia ella y empezó a saltar a su alrededor, demostrando un exceso de felicidad. Bo se arrodilló en el suelo y la acarició, aunque no estaba muy segura de qué hacía. Se sentía como si le hubieran disparado entre ceja y ceja, o como si hubiese recibido un puñetazo en el estómago. Incluso los labios los sentía entumecidos.

No. Por Dios bendito, no.

## Capítulo 13

No quería sentirse atraída hacia él. No debería, no podía, sentirse atraída hacia él. No tenía ningún sentido, y era una estupidez, una total pérdida de tiempo y un esfuerzo emocional. Y ella no hacía esas cosas.

Pero allí estaba, sorprendida porque había encontrado a ese tipo acurrucado junto a su perro. Bueno, no tanto. Tricks tenía su modo de conseguir que todos comieran de su pata. Cuando se trataba de verlo a él tal y como era, Bo no se ponía nunca las gafas de color de rosa. La mayor parte del tiempo él se había mantenido en un discreto segundo plano, y ella le agradecía el esfuerzo, pero no olvidaba que se encontraba allí porque vivía una vida muy peligrosa, una tan diferente de la suya que no sabría por dónde empezar a compararlas. Además, era un huésped temporal. En cuanto se encontrara bien, se marcharía. No podía quedarse.

Bo nunca se había sentido atraída hacia una masculinidad tan descarada. ¿Por qué él? Su exmarido era más guapo, un inútil, pero más guapo. Los rasgos de Morgan eran rudos, cincelados por duras experiencias. Una mujer no podía mirarlo a la cara y pensar «¡Qué guapo!», pero sí «¡Madre mía!». Quizás se tratara de eso, quizás fuera una reacción química, y ella no hacía más que responder a toda esa testosterona.

El corazón le latía con demasiada fuerza, quizás producto del pánico. Había sido muy consciente de él desde el primer momento, y no le había resultado difícil engañarse a sí misma, pensar que lo que la ponía tan nerviosa era la inhabitual presencia de un hombre en su casa. Bo había atemperado esa consciencia, la había controlado, racionalizado. Lo que no había sido capaz de hacer era eliminarla. Y esa sensación había aguantado agazapada, como una bomba de relojería. Quizás se había permitido a sí misma acomodarse demasiado con su huésped. El caso era que le había estallado en la cara y no sabía qué hacer.

Morgan había cambiado. De haber seguido siendo el mismo, todo habría ido bien y ella habría seguido en su papel de cuidadora. Había llegado hecho una ruina física, pero ya no lo era. Llevaba poco más de una semana allí y, aunque lo veía cada día, se daba cuenta de que su color mejoraba, estaba más fuerte, había ganado peso. Sin estar segura del todo, suponía que, en cuanto ella se marchaba de casa, él se ponía a hacer ejercicio. No se imaginaba a un hombre de su profesión conformarse con esperar a estar mejor. No, sin duda

se estaba esforzando más de lo que haría una persona normal, luchando contra la debilidad, una evidencia más de quién y qué era.

Estaba muy lejos de estar recuperado, pero en esa semana había mejorado lo suficiente como para manejarse él solo. El instinto de autoprotección de Bo le decía que debería insistir en que se marchara. Hacerlo sin duda le haría perder el dinero que Axel ya le había ingresado en la cuenta, pero no había gastado ni un céntimo, de modo que no estaría peor que antes. No era una indigente, se las apañaba económicamente.

Pero eso planteaba el problema de adónde iría Morgan. No podía regresar a su casa. Tendría que contactar con Axel para organizar otra logística, y ya había dejado claro desde el primer día que contactar sería como dibujar una diana en su espalda. Tenía dinero, tarjetas de crédito, sin duda se las apañaría. Debería decirle que se marchara.

Pero ¿qué clase de persona sería si lo hiciera, si situara sus emociones por encima de la vida de ese hombre? Aquello no era ningún juego. Ya había estado a punto de morir. Y Axel le había contado que lo habían perdido dos veces durante la intervención.

Si lo obligaba a marcharse estaría poniendo en peligro su vida.

Si no lo hacía, estaría poniendo en peligro su propio corazón.

Todas esas consideraciones cruzaban por su mente a la velocidad del rayo. El torbellino desatado en su interior era tan grande que sentía la sangre abandonar su rostro, literalmente sentía contraerse la piel. Morgan también debía haberlo notado pues se puso de pie de un salto, se detuvo en seco, hizo un gesto de dolor y se irguió. Moviéndose deprisa, estuvo a su lado en tres largas zancadas.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras le agarraba los codos para sujetarla por si se caía.

Bo luchó contra su reacción, la conquistó, recuperó el equilibrio mental. De ninguna manera permitiría que él supiera lo que pensaba. Su instinto de conservación era demasiado fuerte para hacer algo así. Respiró hondo y soltó el aire.

—Es que me he mareado un poco. Me habrá bajado el azúcar, supongo. No he comido nada.

—Siéntate y te prepararé algo —Morgan la miraba con gesto de preocupación—. ¿Qué te apetece? ¿Un sándwich?

—Solo un yogur. La hora de la cena está demasiado cerca para comerme un sándwich.

Y no solo la cena estaba cerca. Él estaba demasiado cerca, demasiado caliente, demasiado grande. Bo se resistía a darse cuenta de que su cabeza no



le llegaba a la barbilla o de lo anchos que tenía los hombros. No quería fijarse en la pequeña cicatriz, apenas visible, de la mandíbula, ni oler el masculino aroma que desprendía su piel. Seguía sujetándola por los codos y le gustaba la sensación de esas grandes manos sobre su piel, el calor que desprendían. Aquello era muy malo. Tenía que soltarla. Necesitaba apartarse.

Y por suerte Morgan la soltó para dirigirse a la nevera en busca del solicitado yogur y una cuchara. Bo se acercó a la barra y se sentó en una de las banquetas. Temblaba, por dentro y por fuera. Él no podía saberlo. Jamás podía enterarse. Tenía que tragárselo, ocultar sus sentimientos. No, tenía que ignorar esos sentimientos, encerrarlos bajo llave, hasta que ni siquiera ella misma fuera capaz de darse cuenta de su existencia.

Morgan abrió el yogur y lo dejó frente a ella sin apartar la penetrante mirada azul de su rostro.

—Gracias —contestó Bo con expresión neutra mientras se metía una cucharada en la boca.

Jamás se había sentido tan agradecida hacia alguien por algo tan simple.

—Nunca he entendido por qué os gusta tanto el yogur a las mujeres —observó él mientras apoyaba una cadera contra el otro lado de la barra.

Seguía muy delgado, pero tenía la gracia del atleta, de alguien que había entrenado su cuerpo más allá de la capacidad de la mayoría de los humanos. ¿Cómo sería cuando estuviera en plena forma?

«No lo pienses, no lo pienses». Bo obligó a sus pensamientos a desviarse de ese camino y se encogió de hombros.

—La textura es cremosa. Es fácil de comer, no hay que preparar nada. Cuando no te apetece gran cosa, es perfecto.

—Lo mismo podría decirse de la mantequilla de cacahuete.

—¿Te gusta la cecina?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que no sé qué atractivo le encuentras a masticar algo que tiene la textura del cuero.

—Cuando terminas, te quedas con la sensación de haber logrado un objetivo —él sonrió, entornando los ojos azul hielo—. ¿Por qué no paraste para comer algo? ¿Estabas preocupada por Tricks?

—Sabía que Tricks estaría bien —ella bufó y puso los ojos en blanco—. El que me preocupaba eras tú. Te imaginaba haciendo algo durante el paseo que la fastidiara. Ella se enfadaría y se negaría a volver a entrar en casa, y tú te lastimarías intentando atraparla.

Morgan soltó una carcajada mientras miraba a la perra, tumbada de espaldas con las cuatro patas en el aire mientras mordía entusiasmada la jirafa de una pata.

—Es verdad, es terrorífica —él se frotó la nariz, la expresión repentinamente avergonzada—. Tienes razón. Para ser un perro es condenadamente brillante.

—Lo sé —contestó Bo—. Ya llevo con ella dos años y medio.

La inteligencia de Tricks no era debida a nada que ella hubiera hecho, pero eso no le impedía sentirse orgullosa. Hizo una pausa, la curiosidad venciendo sobre el control.

—¿Qué hizo?

—Yo meforcé demasiado y sufrí un tirón en la espalda. Ella quería salir, y yo no me podía agachar para recoger la pelota del suelo. De modo que le dije que tendría que dejármela en la mano. Y lo hizo —Morgan sacudió lentamente la cabeza, todavía incrédulo—. Una y otra vez. ¿Cómo pudo entenderlo?

—No lo sé. Lo único que sí sé es que lo entiende. Si pudiera hablar y tuviera los pulgares oponibles, dominaría el mundo —Bo se terminó el yogur, saltó de la banqueta para tirar el envase a la basura y dejar la cuchara en el lavaplatos—. ¿Y qué tal tu espalda?

—Mejor —él se volvió, recostándose de nuevo contra el mostrador de la cocina—. Le tomé prestada la pelota y la utilicé para aflojar el tirón. A ella le pareció tremendamente divertido e intentó quitármela de debajo de la espalda.

Bo soltó una carcajada al imaginarse la escena. Una de las cosas que más le gustaban a Tricks era tener a alguien tumbado en el suelo. Se le iluminaba el rostro de felicidad... justo antes de saltar sobre ese alguien.

—¿Qué tal fue la reunión? —preguntó él—. Por lo mucho que ha durado, me temo que no muy bien.

—Pues, en realidad, bastante bien. Por supuesto trató sobre los Gooding, pero conseguimos elaborar un plan para manejar el problema. El alcalde Buddy va a presentarle al señor Gooding una oferta que no podrá rechazar.

—¿Tiene algo que ver con una cabeza de caballo?

—Solo si hace falta llamar a los Hobson —ella reprimió una carcajada—. Espero que no lleguemos a eso. Vamos a ofrecerle retirar los cargos a cambio de que Kyle firme los papeles del divorcio y deje a Emily en paz.

—¿Y qué le va a impedir incumplir su palabra en cuanto se hayan retirado los cargos? —Morgan la taladró con su centelleante mirada azul—. ¿Puedes confiar en él?

—Ni una pizca. Ahí es donde entran los Hobson. Si no respeta el acuerdo, se los enviamos.

—Me gusta la idea —él rio—. Todas las ciudades deberían tener unos Hobson.

—Y seguramente los tienen, pero en nuestro caso tenemos la suerte de que Loretta y su marido trabajen ambos para el ayuntamiento. Charlie está en el departamento de aguas.

—¿Está casada?

—Con su novio del instituto. Su hijo ha empezado a estudiar en Morgantown.

—¿Él también es un Hobson? —preguntó Morgan con expresión algo perpleja.

—No, ¿por qué? ¡Ah! Lo dices por su apellido. Loretta ya trabajaba para el ayuntamiento cuando se casó y le pareció un incordio cambiárselo.

—Supongo que mantener el apellido Hobson tiene sus ventajas.

—Desde luego —Bo no conseguía dejar de tener la sensación de que la conversación que mantenían le resultaba demasiado agradable.

Estaba demasiado cómoda con él, y él ya estaba demasiado familiarizado con el pueblo y con su vida. Había llegado la hora de dar un paseo.

—¿Te apetece dar un paseo, cielo? —ella se agachó y rascó la barriga de Tricks—. He estado encerrada todo el día en esa sala de reuniones y me vendría bien un poco de ejercicio.

Tricks soltó la jirafa y se puso de pie de un salto, corriendo en busca de su pelota. Cuando Bo pasó a su lado, Morgan la agarró del brazo y la miró con expresión seria.

—¿Te encuentras bien para dar un paseo? Puedo sacarla yo.

Una parte de ella se sintió conmovida ante tanta consideración, pero otra parte sintió un agudo pánico ante el contacto físico y la atención que le prodigaba. No quería que él se fijara en ella, no quería que pensara en ella ni en nada que ella hiciera. Sin embargo, ocultó su reacción tras una expresión neutra.

—Ya me encuentro bien —le aseguró.

Y era cierto, al menos físicamente. A fin de cuentas su reacción había sido física, pero no permitiría que él lo averiguara.

—¿Adónde soléis ir? —preguntó él mientras contemplaba el bosque desde la ventana—. Me vendría bien saberlo por si sucede algo y tengo que llamar a la patrulla de rescate.

—Sigo el sendero colina arriba hasta el bosque, y vuelta. No llega a dos kilómetros y medio, pero suficiente para que se dé un buen paseo —Tricks

llegó con su pelota y Bo le acarició la cabeza—. Supongo que debería cambiarme de ropa. Aguanta un poco, cielo, no tardaré.

Bo corrió escaleras arriba con la perra pisándole los talones. En cuanto cerró la puerta del dormitorio a su espalda, soltó un profundo suspiro. Necesitaba ese paseo, más que Tricks. Necesitaba un tiempo alejada de él para decirse a sí misma unas cuantas cosas, para encerrar esa estúpida reacción en una caja mental y cerrarla con llave. No descartaba encontrar algún día a alguien con quien volverse a casar. Al menos no rechazaba la idea. No del todo. Estaba bien. Era lo normal.

Enamorarse de un hombre que iba a marcharse era sencillamente una estupidez. Había aprendido de sus errores, no seguiría cometiéndolos una y otra vez.

Porque Morgan iba a marcharse. No podía dejar de repetírselo, porque en cuanto lo olvidara estaría metida en un lío.

—Hoy he subido las escaleras hasta arriba del todo —anunció Morgan el martes siguiente, después de cenar—. Estoy preparado para subir de categoría, del sofá a una cama de verdad.

—Eso está bien —Bo mantuvo el tono de voz neutro a pesar de que su estómago se le había encogido ante la idea de que pasara la noche arriba, tan cerca de ella, mientras dormían.

Cierto que estaría en la habitación de invitados y que todos los dormitorios tenían su cuarto de baño, de modo que ni siquiera iban a tener que compartirlo. Pero aun así... le gustaba la sensación de la lejanía, la barrera que suponían esas escaleras. Una barrera que había sido conquistada por Morgan, que pasaría las noches arriba, con ella.

—Creo que la cama está hecha, pero lo comprobaré para estar segura, y pondré toallas en el cuarto de baño.

—Yo ya he subido mi bolsa.

Ella lo miró sobresaltada, casi dejando caer el plato mientras lo metía en el lavavajillas. ¿Había conseguido subir esa bolsa? ¿Cómo? Sin duda habría tenido que arrastrarla. Cierto que parte de la ropa estaba en la lavadora, pero de todos modos...

—¿Y cómo lo has conseguido? —balbuceó.

¿Y cómo no se había dado cuenta de que la bolsa no estaba? Era un macuto grande y el único lugar dónde colocarlo para que no estorbara, y que al mismo tiempo resultara accesible, era detrás del sofá. Y el macuto había

desaparecido, aunque lo que sí estaba era la pistola, sobre la mesita junto al sofá.

Morgan hizo una mueca y se apoyó contra el armario junto al lavavajillas, cruzando los tobillos.

—Con inteligencia. Saqué la mitad de las cosas, las subí arriba, volví a bajar y recogí el resto de las cosas. Lo cual significa que subí dos veces esas escaleras —él rio ante la expresión de Bo—. Jamás pensé que un día me sentiría orgulloso solo por haber subido un tramo de escaleras.

—Teniendo en cuenta el estado en que llegaste, has avanzado mucho.

Seguía estando muy delgado y no se le veía con mucha energía, pero tanto el peso como la fuerza parecían aumentar día a día.

—¿Cuánto hace que te dispararon?

—El jueves hará seis semanas. Ya estaría mejor de no haber sido por esa maldita neumonía, pero me he esforzado muchísimo.

Solo seis semanas. A Bo le pareció muy poco tiempo, considerando la gravedad de sus lesiones, pero ese tipo se quejaba de una neumonía que había frenado su recuperación. Desvió la mirada hacia la pistola Glock.

—¿Sientes la necesidad de protegerte?

—No especialmente, pero nunca se sabe. Además, ahora que me siento más fuerte, puedo sacar a Tricks de paseo si estás ocupada. Me he dado cuenta de que te llevas la pistola cuando sales a pasear con ella.

Y así era. Con el buen tiempo regresaban las serpientes, aunque no se hacía muchas ilusiones con acertar a una serpiente de un disparo, y por eso llevaba también un palo. Y, sobre todo, mantenía a Tricks muy cerca de ella.

—Es por puro sentido común —le explicó.

Después de llevar al perro a dar un paseo especialmente largo, disfrutando ambas de la fragante noche de primavera, paseo en el que no faltó la pistola, comprobó que el dormitorio de invitados y el cuarto de baño estuvieran en perfecto estado para ser ocupados. La ropa de Morgan ya colgaba del armario. No solo había subido todo, también había tenido la energía suficiente para colocarlo en su sitio.

—¿Has estado entrenándote con el saco de arena? —preguntó ella, asomada a la barandilla de la escalera.

Morgan estaba viendo la televisión, las largas piernas estiradas y los pies cruzados. En lugar de darse la vuelta, se limitó a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué lo dices?

—Has colgado tu ropa. Después de subir las escaleras, dos veces. Deberías estar agotado.

—Me las apañé —fue la única respuesta antes de que Morgan devolviera toda su atención al televisor.

Lo cual significaba que se había excedido en el ejercicio, tal y como se había estado excediendo desde ese primer y horrible día, porque así era él. La mayoría de la gente descansaba cuando se sentía cansada. Él lo tomaba como una señal de que debía esforzarse más.

Bo escondió su inquietud tras la rutina habitual. Morgan se tomó una cerveza, una de las seis Miller que le había encargado que le comprara, previo pago, en espera de que su amigo camionero hiciera otro viaje a Alabama y pudiera hacer acopio de más Naked Pig. Tras la primera incursión en el supermercado, él había insistido en pagar todas las compras, y ella se lo había permitido. Le gustaba que Morgan hubiera pensado en ello.

Trabajó un poco, pero durante los últimos días se había esforzado tanto por mantenerse ocupada que en solo una hora ya había terminado el encargo, demasiado pronto, y no tenía ninguno más de momento. Con la obsesión de mantenerse ocupada, había conseguido lograr tener más tiempo libre.

¿Para qué?

Se dedicó a hacer algunas cosas inútiles, hasta que Tricks empezó a jugar a su particular versión del fútbol. Tras observar al animal durante un par de minutos, Morgan se hizo cargo del partido, lo que le permitió a ella dedicarse a otras cosas, más cosas inútiles, en la cocina, como sacarle brillo a los cubiertos.

Morgan jugó al fútbol con Tricks tanto tiempo que el animal al final solicitó una pausa y corrió hacia su cuenco de agua.

—Supongo que la he agotado —observó Morgan antes de sentarse en el sofá.

Tricks bebió durante un buen rato antes de regresar trotando alegremente hasta Morgan.

—No permitas... —empezó a advertirle Bo, aunque demasiado tarde.

Tricks había guardado un poco de agua en la boca y se lo había llevado a su amigo, vertiéndola sobre sus rodillas.

—¡Mierda! —exclamó él mientras se levantaba de un salto.

Tricks reculó unos pasitos y se sentó. En el rostro lucía una expresión de impresionante orgullo hacia sí misma porque le había demostrado a su nuevo amigo lo mucho que le importaba, llevándole un poco de agua.

Habiendo sido la receptora de las ofrendas acuosas de la perra en numerosas ocasiones, Bo cedió al ataque de risa. Había intentado aguantarlo, pero la expresión en el rostro de Morgan era tan divertida y desvalida que no había podido evitarlo.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó él.

—¿Mi opinión? —ella tosió y se esforzó por aguantar la risa—. Después de jugar tanto rato tenía sed y pensó que tú también la tendrías, por eso te llevó un poco de agua. No es la primera vez que lo hace, pero solo conmigo y con un puñado de personas a las que quiere de verdad.

Morgan se contempló los vaqueros mojados, y luego miró a la perra, que seguía sentada, observándolo con la mirada resplandeciente, suponiendo que un perro tuviera la capacidad para resplandecer.

—Espero que no sea una broma —murmuró Morgan antes de aclararse la garganta y acariciar al animal—. Gracias, Tricks, eso ha sido muy considerado por tu parte —añadió un poco secamente.

Tricks le ofreció una sonrisa perruna y meneó la cola, como si supiera muy bien lo lista que era.

A la hora de irse a la cama, todos subieron juntos. La sensación era tan extraña que Bo apenas fue capaz de desearle buenas noches a su huésped. Si él hubiera subido antes, o después, que ella, no habría pasado nada. Pero subir juntos generaba la impresión de que eran una familia, y esa sensación disparó todas las alarmas en el cuerpo de Bo. Ni siquiera eran amigos. Simplemente dos conocidos que compartían casa temporalmente, haciendo hincapié en «temporalmente».

Cerró la puerta con fuerza y pensó incluso en echar el cerrojo, pero decidió que no iba a comportarse así. Morgan era capaz de subir las escaleras y el que durmiera en el sofá o en la habitación de invitados no suponía diferencia alguna. De haber pensado alguna vez que podría suponer una amenaza para ella, nunca le habría permitido entrar en su casa.

Se preparó para acostarse, dedicó unos mimos a Tricks y le ordenó que se fuera a su camita, antes de apagar la luz. Estaba demasiado nerviosa para dormirse de inmediato, pero al menos lo iba a intentar.

Un minuto más tarde, Tricks empezó a lloriquear, corriendo de la cama a la puerta y de vuelta a la cama.

—No. No empieces con esas tonterías —murmuró ella—. ¡Tricks, a la cama!

Pero Tricks tenía una curiosa manera de distinguir las discusiones de las que podía salir victoriosa de las que no, y decidió insistir. De la cama a la puerta y de nuevo a la cama, gimoteando y dando toquecitos con el morro a Bo, por si no había pillado el mensaje. Sabía que Morgan estaba arriba, algo nuevo y excitante. Quería ir a verlo. Si Tricks hubiera hecho lo mismo durante el día, Bo se habría mantenido firme, pero a la hora de dormir estaba demasiado cansada y los gimoteos resultaban irritantes.

Después de unos cuantos minutos más de gimoteos y golpecitos con el morro, se rindió.

—¡Está bien! —Bo saltó de la cama.

La habitación estaba a oscuras, pero por las ventanas entraba suficiente luz, y también la generaba el despertador eléctrico, como para ver a su perro saltando de alegría porque ese obtuso humano al fin había comprendido lo que quería.

Bo ni se molestó en encender la lámpara. Completamente exasperada porque lo que deseaba era tranquilizarse y dormir, abrió la puerta del dormitorio, salió al descansillo y...

—¡Morgan! —gritó.

Casi antes de que la primera sílaba hubiera abandonado sus labios, se produjo un estallido de movimiento en el descansillo, un destello de luces al encenderse, que casi la cegaron porque su visión se había acostumbrado a la oscuridad. Bo entornó los ojos y los protegió con una mano... y se encontró mirando de frente a Morgan, agachado en posición de disparo. En realidad lo que miraba era el cañón de la enorme Glock, sujeta por ambas manos y, justo encima del cañón, un par de penetrantes ojos azules taladrándola.

Bo se quedó paralizada y sintió que se le helaba la sangre. Siempre había creído que se trataba de una expresión, pero no, acababa de comprobarlo. Estaba mirando a la muerte a los ojos, y su cuerpo se enfriaba desde dentro, como si la sangre se le hubiera congelado. El corazón golpeaba con fuerza las costillas, tanto que su camiseta se movía. Y lo único que era capaz de hacer era quedarse allí, esperando a que le disparara.

Encantada, Tricks corrió hacia Morgan y Bo casi murió de terror, temerosa de que en su estado hipersensible disparara contra la primera cosa que se moviera. Y esa cosa era Tricks.

—¿Qué pasa? —en lugar de disparar, Morgan rugió y se irguió.

Un rápido y brusco movimiento de muñeca bastó para que la pistola quedara apuntando al techo. La sensación de alivio de Bo fue espectacular, a su manera tan debilitante como el terror. Durante un instante la visión se volvió borrosa, y casi cayó al suelo antes de conseguir recuperarse.

Tricks meneaba la cola con tanto entusiasmo que su trasero se bamboleaba de un lado a otro. Se pegó a Morgan y le lamió la rodilla antes de hundir el morro en su entrepierna para asegurarse de que se trataba de él. Morgan gruñó suavemente, pero no se movió, su mirada seguía buscando la amenaza.

Bo intentaba respirar, llenar los pulmones de tanto aire como le fuera posible. Con voz apenas audible, lo máximo que consiguió sacar de su garganta, contestó:



—Tricks.

Con gesto severo, él contempló a la perra, que lo miraba, los ojos brillantes y una expresión que lo decía todo: «¿No te alegras de verme?».

—¿Qué le pasa a Tricks? —preguntó él con brusquedad.

Hasta su voz era diferente. Profunda, dura y clara. Había perdido la debilidad que poseía el día que había llegado a su casa, aunque el cambio había sido tan gradual que Bo no estaba segura de en qué momento se había producido. No había recuperado todas sus fuerzas, pero seguía siendo un arma letal, y por primera vez ella lo comprendió de un modo en que no lo había hecho hasta entonces, ni siquiera cuando había intentado estrangularla accidentalmente.

—Nada —consiguió contestar, la voz aún temblorosa.

En realidad temblaba de pies a cabeza, consciente de que Tricks o ella, o las dos, podrían estar en esos momentos tumbadas en medio de un charco de sangre, y todo por su culpa. Sabía a qué se dedicaba ese hombre, pero había abierto la puerta de golpe y gritado su nombre, sin tener en cuenta que la reacción de Morgan, fruto de años de entrenamiento, sería la que había tenido. Uno no podía pinchar a un caimán y esperar que no saltara. Y eso era exactamente lo que ella había hecho.

—Ella...

La frase quedó interrumpida a medida que el terror se disipaba lo suficiente para que pudiera verlo, entero, no solo pistola y ojos. Bo se tambaleó ante la segunda acometida de terror, de una naturaleza completamente diferente a la primera, pero igual de devastadora.

Solo llevaba puestos unos calzoncillos.

Bo tenía la imagen de un hombre delgado, y lo era, pero solo comparado con la potente musculatura que había lucido antes de ser disparado, y todo ello a juzgar por cómo le colgaba la ropa que llevaba puesta. Pero el cuerpo que tenía ante ella parecía el de un nadador, musculoso aunque delgado. ¿Había conservado toda esa musculatura o se había forzado hasta tal punto durante las dos últimas semanas que ya había desarrollado más?

Si bien se había quedado helada, de repente sintió una oleada de sofocante calor envolver su cuerpo. Quiso desviar la mirada, quiso abrir la boca y ordenarle a Tricks que dejara de empujar el morro contra las pelotas de ese tipo, quiso disculparse y regresar a su dormitorio. Pero ninguna de esas opciones era viable, porque era incapaz de moverse, literalmente. Se sentía tan estupefacta como lo estaría si hubiera chocado contra una fuerza invisible que la hubiera vuelto idiota.

En los brazos de Morgan, en las largas, y todavía fuertes, piernas, se dibujaban perfectamente los músculos. Y no era lo único que se dibujaba claramente. Había algo bajo los calzoncillos perfectamente marcado, y a Dios gracias, durmiente. Tragando con dificultad, se obligó a desviar la mirada hacia arriba, hacia el ancho torso ligeramente cubierto de vello. Se detuvo, contemplando obscenamente la larga y roja cicatriz que le atravesaba el pecho, y otras cicatrices dispersas que le daban a su cuerpo el aspecto de un parabrisas roto. La cicatriz roja... bueno, no era la primera vez que veía la cicatriz de una operación de corazón, y una cicatriz era una cicatriz. Pero ¿qué demonios eran esas líneas oscuras que salían de la cicatriz?

—¿Qué es eso? —balbució aturdida mientras señalaba su pecho.

—Cicatrices —Morgan frunció el ceño. Seguía en modo ataque, sin dar salida a toda la adrenalina que se vertía a su circulación—. Ya sabes. Tiroteo. Operación.

—No, me refería a eso —ella sacudió la cabeza—. Esas líneas —se acercó un poco, frunciendo el ceño al contemplar el torso desnudo bajo la brillante luz del descansillo que él había encendido al salir de su habitación—. Parece... ¿una tela de araña?

—Ah, eso —él se miró el pecho e hizo una mueca—. Es lo que queda de mi tatuaje.

¡Un tatuaje! Bo parpadeó perpleja. Lo cierto era que tenía sentido, aunque el diseño no tanto.

—¿Por qué una tela de araña?

—No es una tela de araña —contestó Morgan visiblemente molesto—. Es una diana.

Una... diana. Ella parpadeó una y otra vez. ¿Una jodida diana?

Pasó de la perplejidad al enfado tan deprisa que no tuvo tiempo de controlarse, de retirarse tras el muro. Abrió la boca y la mantuvo abierta durante tres interminables segundos antes de soplar.

—¡Te has dibujado una maldita diana en el pecho! —gritó—. ¿Eres idiota o qué? ¿Tienes ganas de morir? ¿Te pareció divertido que un cavernícola casi te matara?

Morgan se acercó a ella, la cabeza baja, cuadrándose como un luchador a punto de iniciar un combate. La miraba fijamente, la mirada azul desprendiendo fuego, pero se encogió de hombros.

—Lo que pensé en ese momento fue «¡mierda, se ha cargado el tatuaje!».

Bo tenía la sensación de que los ojos se le iban a salir de las órbitas y que tenía los pelos de punta. Solo había estado tan enfadada en su vida en una ocasión, cuando Kyle Gooding le había soltado un puñetazo en la cara. La

sensación había sido la misma, como si su piel no pudiera contener a su cuerpo. En su furia, volvió a pinchar al caimán, golpeándole el pectoral izquierdo con el dedo índice mientras lo fulminaba con la mirada.

—¡Idiota!

Los ojos de Morgan centellearon como el hielo de un glaciar. Y entonces la besó.

No la había avisado de nada. No la estaba besando y, de repente, la besaba. Morgan le rodeó la cintura con el brazo derecho atrayéndola hacia él. Bo sentía el frío de la pistola que aún sujetaba en la mano y que presionaba contra su cadera. Con la mano izquierda le sujetó la barbilla para elevar su rostro hacia él y, agachando la cabeza, cubrió sus labios con los suyos.

Una especie de cataclismo estalló dentro de ella. Aquello parecía bueno, como si todos los demás besos que hubiera disfrutado en su vida hubieran sido malos. Todos sus sentidos, todo lo que sabía o sentía, habían quedado anulados por ese beso. El sabor de Morgan la llenó, la menta de la pasta de dientes que acababa de utilizar y algo salvaje, ardiente y potente, algo que hizo que el corazón le latiera con fuerza y que su sangre, que segundos antes había estado helada, le quemara las venas a su paso. También sentía la ardiente piel de Morgan, casi toda expuesta, contra ella, bajo sus manos. El top que llevaba no era más que una fina capa de algodón que los separaba, totalmente inadecuada para protegerla, pero que de repente le resultaba áspera contra los pezones, unos pezones duros y erectos. Y más abajo... era Morgan el que estaba duro y erecto, presionándole a ella entre los muslos. Allí también había mucho calor, de ambos, la sangre acumulándose, palpitando, ardiendo.

En el fondo era consciente de que se trataba solo de un beso, un beso, un beso que aún no había terminado. También era consciente de que estaba más que dispuesta a dejarse arrancar los pantalones para que él pudiera colarse entre sus piernas. Peor aún, no solo era consciente sino que lo deseaba, lo deseaba más de lo que había deseado jamás a un hombre. Lo quería allí, dentro de ella, cabalgando sobre ella con fuerza, profundamente.

Era una estúpida.

La noción fue como una bofetada en la cara, un jarro de agua fría, lo que necesitó para devolver el control a los brazos y las piernas, la columna. Lo primero que debía hacer era girar la cabeza, interrumpir el contacto con la boca de Morgan. No era más que un beso, pero si seguía besándola sabía que en cuestión de segundos estaría en posición horizontal. Apoyó la frente en el hombro de Morgan, y eso fue casi peor, porque podía oler el calor de su piel y

sentir el tirón del instinto que la empujaba a apretarse contra él para poder absorber un poco más de ese calor y aroma masculino.

Lo segundo era dejar de hundir los dedos en los atléticos hombros, apoyar las manos en el torso y empujar. Los dedos se flexionaron durante un instante, pero Bo concentró toda su fuerza en imprimirles presión. No podía apartarlo de un empujón, era demasiado fuerte para eso, pero la presión le indicó que deseaba que parara.

Morgan la soltó lentamente. Bo estaba de puntillas y al bajarse ligeramente, su cuerpo rozó el borde de la erección, sintiendo la caricia entre sus piernas, provocando ardientes sensaciones en su clítoris. Casi sin aliento, contuvo un gemido desesperado, aunque siguió empujándolo para apartarlo. Por Dios, cómo le gustaría volver a ponerse de puntillas y susurrarle al oído «hazlo otra vez», porque estaba tan cerca que, si lo hacía, sin duda llegaría.

Un beso. Un beso, y todo lo demás.

Cuando estuvo libre, dio un paso atrás y, ¡aleluya!, sus rodillas se comportaron como unas campeonas y ni siquiera se doblaron.

Morgan no pronunció ni una palabra. Entornó los ojos y fijó la mirada en ella. El pecho le subía y bajaba como si hubiese estado corriendo y ella sintió una profunda satisfacción al comprobar que no era la única que luchaba contra los efectos de ese beso. Se negó a mirar más abajo del rostro de ese hombre, no quería ver lo abultados que estaban los calzoncillos, o si eran capaces de sujetar el contenido. ¿Y si no hubieran aguantado? ¿Habría podido resistir la tentación de rodearle el pene con los dedos, acariciarlo, obligarlo a caer de rodillas como casi la había obligado él?

—No —anunció con voz ronca, aunque firme—. No vamos a hacer esto. El sexo no es una cuestión que esté sobre la mesa. No forma parte del trato —y no dejaría de repetírselo hasta estar convencida de ello.

—No forma parte del trato —él asintió y ladeó ligeramente la cabeza—, pero acabaremos haciéndolo. Cuenta con ello.

Una sacudida de pánico inundó a Bo, porque temía que estuviera en lo cierto. Y, si lo estaba, sería por culpa de su propia debilidad. No podía permitirse ser débil, no debía olvidar que él se marcharía. No podía bajar la guardia. Había aprendido demasiadas veces a no depender de nadie para olvidarse de esas duras lecciones. Se dio media vuelta, pues necesitaba el refugio y la privacidad de su dormitorio, donde podía cerrar la puerta y estar sola.

—No vuelvas a tocarme —se despidió—. Buenas noches.

—Espera.

Ella no quería detenerse, quería entrar en su dormitorio, pero sus pies se pararon y se quedó quieta, de espaldas a él, esperando oír lo que tuviera que decirle.

—¿Por qué me llamaste?

¿Llamarlo? Era incapaz de pensar, su mente un enorme barullo en blanco. ¿Por qué lo había llamado, iniciando así ese desastre? Bo se volvió, el rostro reflejaba la confusión que sentía. Y entonces vio a Tricks, tranquilamente sentada, esperando a que los humanos dejaran de hacer tonterías.

A su mente acudieron lentamente los recuerdos.

—Tricks —contestó al fin.

—¿Qué pasa con Tricks? —él miró a la perra.

—Me estaba volviendo loca. Sabía que estabas aquí arriba, en otro cuarto, y quería hacerte una visita.

Morgan se frotó la rugosa barbilla, el sonido penetrando en los oídos de Bo. En su mente se formó la imagen de esa barba arañándole los pechos, entre los muslos... ¡No, no, no! No iba a caer en eso... ya había caído.

—¿Y ya está? —él suspiró—. ¿Por eso gritabas como si alguien hubiera asaltado la casa?

—No, gritaba porque estaba exasperada, quería dormirme y ella no me dejaba —contestó Bo secamente—. No todos los gritos implican algún ataque.

—En mi mundo sí.

La veracidad del comentario silenció a Bo. La cicatriz del pecho de Morgan era la muestra de que vivían en mundos muy diferentes.

—Da igual... eso fue todo lo que pasó —ella asintió a modo de reconocimiento y cerró brevemente los ojos—. Si no te importa, deja tu puerta abierta y yo haré lo mismo con la mía. Seguramente se pasará la noche yendo de un dormitorio a otro hasta que elija un lugar para instalarse. Puede que se suba a la cama, de modo que, si no quieres que lo haga, dilo y la obligaré a quedarse conmigo por muy pesada que se ponga.

—No, da igual, no me importa —Morgan sonrió de un modo que recordaba a un lobo enseñando los colmillos, con una total falta de humor—. Pero solo para que quede constancia, si tuviera elección, no sería ella la elegida.

## Capítulo 14

Bo permaneció tumbada en la cama, acurrucada de lado, tan tensa que le dolían todos los músculos del cuerpo. Había sido imprudente, había sido estúpida, y todo el incidente había sido culpa suya. Porque ella sabía mantenerse alejada de él, sabía cómo ocultarle lo atraída que se sentía hacia él. Y el beso ni siquiera había sido lo peor. Ciertamente le había correspondido, con la misma ansia que había manifestado Morgan. Aunque un enorme error, era algo que se sentía capaz de controlar. Lo peor había sido enfadarse con él porque se había tatuado una diana en el pecho.

Incluso un estúpido comprendería que una mujer se enfadaría por un tatuaje, tatuaje que prácticamente desafiaba a alguien a que lo disparara, solo si ese hombre le importara. Y Morgan no era ningún estúpido. De hecho empezaba a darse cuenta de lo inteligente y astuto que era al haber atemperado su personalidad para que ella no se sintiera incómoda en su compañía. Ya había presenciado algunos destellos de Morgan sin atemperar, pero esa noche había visto una gran parte del poder de su personalidad, alto y claro.

Quería dormir. Necesitaba dormir. Pero estaba demasiado nerviosa, su mente bullendo mientras repasaba todo lo sucedido, cómo se había sentido cuando la había tocado, su sabor, para luego detenerse en los motivos por los que no debería permitir que volviera a suceder jamás. Tricks, por supuesto, estuvo yendo de un dormitorio a otro, saltando sobre la cama para hundir el morro en el cuerpo de Bo y, minutos después, bajarse de la cama de un salto y trotar hasta el otro dormitorio para, presumiblemente, someter a Morgan al tratamiento «me alegra que nadie vaya a dormirse». De vez en cuando oía el gutural murmullo de su voz intentando que Tricks se decidiera por un cuarto o el otro, pero sin suerte. Aunque quizás estuviera elogiando a la perra porque casi había conseguido que él tuviera sexo esa noche, pensó Bo con resentimiento.

Al fin, tras la quinta o sexta visita, Tricks le dio a Bo un lametazo en el brazo y se acurrucó junto a ella.

—Por favor, duérmete —murmuró Bo, aunque no comprendía por qué importaba tanto.

A fin de cuentas habría sido incapaz de dormirse aunque Tricks no hubiera estado de juerga.

Por algún motivo, tener al perro quieto en su habitación, y no trotando de un lado a otro, consiguió que ella se relajara. No podía cambiar lo sucedido, simplemente debía asegurarse de que no volviera a suceder. En cuanto lo tuvo grabado a fuego en la cabeza, se durmió.

Tricks la despertó a la hora habitual, apoyando el morro en la almohada y mirándola fijamente. El mensaje era claro: «ya es de día y aún no me has dado de comer».

Bo abrazó a su perra y se quedó tumbada en la cama un rato más. La mañana había despertado de nuevo la mortificación que había sentido la noche anterior. No le apetecía levantarse y enfrentarse al día, no quería enfrentarse a él. Quería que toda la situación desapareciera, una idea tan inmadura que se abofeteó mentalmente a sí misma, saltó de la cama e inició la rutina habitual.

No lo había oído pasar frente a su cuarto, pero lo encontró en el piso inferior, entrando por la puerta mientras ella bajaba las escaleras. Llevaba una camiseta de color verde oscuro y unos pantalones color caqui. En su mano una taza de café, lo cual significaba que Bo había estado tan profundamente dormida que ni siquiera había oído el ruido de la cafetera. Era evidente que Tricks también había estado tan cansada después de sus idas y venidas durante la noche que no había alertado a su dueña de la actividad de Morgan.

Morgan, sin embargo, tenía aspecto descansado y despierto, y completamente satisfecho. No era justo.

—Buenos días —saludó él mientras se acercaba a la cafetera y la ponía en marcha. En pocos segundos empezó a escupir una taza de café que estuvo lista para cuando ella llegó a la cocina.

Morgan se reclinó contra el armario de la cocina que se había convertido en su habitual punto de apoyo.

—Siento lo de anoche.

Por suerte, Bo aún no tenía la taza en la mano, de lo contrario quizás se le habría caído al suelo. De todas las cosas que se había imaginado que podría decirle aquella mañana, esa no estaba en la lista, ni siquiera al final de la lista.

—Gracias —contestó tras suspirar aliviada.

—No pretendía colocarte en una posición incómoda. Soy un invitado en tu casa, y quiero que te sientas segura conmigo aquí. Por delicioso que me parezca ese culito tuyo, el que pase algo entre nosotros, o no, dependerá de ti.

Bo no se imaginaba ninguna frase capaz de hacer añicos sus pensamientos como las que acababa de escuchar. Una afirmación... ¿encontraba su trasero delicioso?, seguida de otra afirmación. Pero lo único en lo que ella podía pensar era en que a Morgan le gustaba su culo.

Alargó una mano para tomar la taza de café y se detuvo, mirándolo furiosa.

—No me mires el culo.

—Demasiado tarde. Soy un hombre y, por supuesto, te he mirado el culo.

Ella se apoyó con el culo apretado contra los armarios de la cocina para protegerlo de miradas ajenas y por fin consiguió echar mano de la taza de café.

—Pues vaya una manera de tranquilizarme y hacerme sentir cómoda.

—Bueno, ¿qué quieres?, supongo que eres consciente de que tienes un culo estupendo, a no ser que te hayas pasado la vida en un convento.

Lo cierto era que Bo nunca le había prestado mucha atención a su culo. Pensó en lo que Morgan acababa de decirle y tomó un buen trago de café antes de hablar.

—Estás coqueteando conmigo.

—Culpable de todos los cargos —él dibujó una media sonrisa en sus labios—. Me parecía que te iría bien un poco de coqueteo. ¿Quieres que saque a Tricks?

De vuelta a tierra gracias a la pregunta formulada, Bo miró a su perra, de pie junto a la puerta, mirando a ambos como si se hubieran vuelto locos porque nadie parecía tener la menor intención de llevarla de paseo.

—¡Mierda! —murmuró ella—. No, ya la saco yo —necesitaba alejarse de ese hombre unos minutos, y Tricks no era la única a la que le gustaba la rutina.

La rutina la centraba, le proporcionaba un respiro de la sensación que tenía de que le habían hecho perder el control.

Salió a la fresca y soleada mañana con la taza de café mientras observaba a Tricks. «Muy bien, ¿y ahora qué?», pensó. El tema había quedado oficialmente expuesto sobre la mesa. Morgan había dicho que el siguiente paso lo debía dar ella, y a continuación se había puesto a coquetear con ella.

Se sentía como una adolescente, aunque tampoco era exacto del todo, pues incluso siendo adolescente había sido desconfiada. En cualquier caso, las posibilidades que ofrecía el coqueteo siempre le habían excitado. De no haber sido así, jamás se habría casado. Sin embargo, desde esa mala decisión había rechazado, con delicada indiferencia, cualquier atención masculina, y se le había dado tan bien que no recordaba la última vez que había tenido una cita. Quizás no la hubiera tenido desde el divorcio, y de eso habían pasado años. No lo había echado de menos, ni le había preocupado. Le gustaba su vida tal y como era. Le gustaba la intimidad, la tranquilidad, la sensación de control.



Entonces, ¿por qué se estremecía su corazón ante la idea de que Morgan coqueteara con ella? Pues porque se sentía atraída hacia él, por eso. Su cerebro sabía que aquello era temporal, pero su cuerpo y sus hormonas no.

Tal y como lo veía ella había dos opciones: podía mantener las distancias, o podría disfrutar de un revolcón con él y luego despedirse alegremente cuando lo viera marchar. Mantener las distancias produciría menos desgaste y agotamiento sobre sus emociones, pero el revolcón la dejaría físicamente muy satisfecha.

Por supuesto, optó por proteger sus emociones.

Tricks por fin terminó con sus cosas y se hartó de olisquear. Estaba preparada para el desayuno. Cuando Bo abrió la puerta para que entrara la asaltó un delicioso olor a beicon que casi la hizo babear. ¿Había mejor olor en el mundo que el del beicon y el café? Bueno, quizás el olor a coche nuevo, pero eso era discutible. Se paró en seco y contempló la escena que se desarrollaba en la cocina. Morgan se había colgado un paño del hombro mientras con un tenedor le daba la vuelta a las tiras de beicon que se freían en una sartén.

—Tenía hambre —al oírla llegar, se dio la vuelta—, y pensé que lo mejor sería ponerme manos a la obra. Soy capaz de preparar huevos con beicon y tostar pan en la tostadora. ¿Te bastará con eso?

—Desde luego sí que estás intentando caerme bien, ¿verdad? Sí, gracias, huevos con beicon suena genial.

—Podrías haberte ahorrado la primera frase —Morgan la señaló con el tenedor—, aunque tengas razón.

La sonrisa que le dedicó fue toda una sorpresa que dio a su rostro la expresión de un travieso encanto. Un Morgan encantador también era una sorpresa, aunque ya había recibido una muestra cuando había besado la mano de la señorita Doris. En su vida real sin duda tendría que apartar a las mujeres. De nuevo Bo tuvo la sensación de que ese hombre le permitía ver un poco más de su verdadero ser, o quizás el verdadero Morgan se sentía lo bastante bien como para hacer el esfuerzo.

No obstante, ella apreciaba tanto el esfuerzo como la comida. No le gustaba cocinar, aunque sí el resultado. Y era agradable poder desayunar caliente, sobre todo si ella no había tenido que prepararlo. En un cómodo silencio, le dio de comer a Tricks y puso la mesa mientras él se ocupaba del desayuno. En diez minutos estaban sentados a la mesa.

La noche anterior no habría creído posible volver a sentirse cómoda con él, pero allí estaba, sentada a su lado y manteniendo una charla informal mientras él se interesaba por su agenda para el día, por saber cuándo iban a

llevar los chicos a Tricks a dar otra vuelta de ensayo para el desfile, o por la situación entre Kyle y Emily.

Bo se mostraba recelosa y en guardia, pero aquella mañana estableció la norma para los días que siguieron. Abril dio paso a mayo, y los días empezaron a caldearse. Las mañanas y noches frías quedaron solo para el recuerdo. Cuando estaba en casa, Bo procuraba mantenerse todo lo ocupada como le era posible, trabajando como una loca en sus encargos de escritura técnica, parando únicamente para sacar a Tricks de paseo o preparar la comida. Lo mejor que podía hacer por ella misma era mantener la interacción con Morgan al mínimo, nada fácil considerando que vivían en la misma casa y que, a pesar de todo, se estaban haciendo amigos.

¿Cómo no hacerlo? Si la amistad hubiera resultado imposible, si ese tipo hubiera sido un imbécil, no habría consentido tenerlo en su casa tanto tiempo, aunque le hubieran pagado por alojarlo. Pero Morgan no era un imbécil. Conversaban sobre temas diversos. Él había viajado a muchos lugares y visto muchas cosas. Tenía otro punto de vista sobre casi todas las noticias y las conversaciones con él eran siempre interesantes.

Su trabajo en la ciudad la mantenía distraída. La situación Emily/Kyle parecía estar bastante encarrilada. El señor Gooding, en principio, había accedido a las condiciones del consejo, aunque Kyle estaba, por lo visto, bastante enfadado con toda la situación y su hermana, Melody, no paraba de hacer comentarios desagradables sobre Emily, que se mantenía firme e ignoraba a su cuñada. Además, el abogado casi tenía preparados los documentos.

También ocupaba su tiempo con los ensayos del desfile. Tricks seguía negándose a subir a ningún vehículo sin Bo. Al final tuvo que resignarse a participar ella también en el desfile. Los chicos le habían asegurado que iban a idear algún sistema para que estuviera lo más oculta posible, y ella les tomó la palabra, pues los ensayos debían concluir, ya que los chicos iban a estar ocupados todo el tiempo que tuvieran libre con la decoración de las carrozas.

De vez en cuando, cuando estaba muy aburrido, Morgan la acompañaba al trabajo. Bo ni siquiera se imaginaba lo mucho que debía agotarle la inactividad. Era un hombre acostumbrado a vivir con una permanente sobrecarga de adrenalina, saltando de aviones y participando en combates. Parecía divertirse con las peculiaridades de una pequeña ciudad, como el desfile y el drama desatado con el divorcio. Siempre que estaba con ella en la comisaría, aparecían innumerables visitas, normalmente con algo de comida, ya que todo el pueblo parecía haberse puesto como meta engordarlo. Por

algún motivo, empezaba a conocer a un sorprendente número de ciudadanos y a convertirse en parte de la vida local.

Una tarde, entre el correo del buzón, descubrió una carta dirigida a Morgan Rees, en un sencillo sobre blanco, sin remitente.

La carta tenía que ser de Axel, el único que sabía dónde estaba, o el nombre que estaba utilizando. Bien pensado, el correo postal era el mejor medio para contactar con Morgan, ya que no dejaba rastros.

Él enarcó las cejas al ver el sobre.

—¿Ha gastado un sello para decirme que no hay ningún progreso? Debe tener miedo de que abandone el barco si no recibo noticias.

—A lo mejor sí ha habido progresos, aunque nada definitivo aún.

Morgan abrió el sobre y leyó atentamente la carta, escrita en una sola hoja, antes de arrugarla y lanzarla a la papelera.

—Ningún progreso.

Bo no sabría decir si se sentía defraudada, o no. Quería que se marchara de su casa, pero también era muy consciente de que iba a echarlo de menos.

—¿Serías capaz de abandonar el barco?

—Solo si tuviera un buen motivo.

Ella prefirió no preguntar qué consideraba un buen motivo, pero era evidente que el aburrimiento no estaba en la lista.

Morgan empezó a acompañarla en sus paseos con Tricks. Siempre llevaba la Glock, porque donde había calor había serpientes. Ella, sin embargo, dejó de llevar la suya. Si él iba armado no tenía ningún sentido que lo fuera ella también, de manera que se limitó a llevar el palo de paseo. No se consideraba muy capaz de dispararle, y acertar, a una serpiente, pero dio por hecho que él sí lo sería.

Al principio no podía acompañarlas todo el camino, porque la colina era demasiado escarpada, y las esperaba al pie de la misma. Tricks siempre regresaba corriendo hacia él en un paroxismo de felicidad, como si no lo hubiera visto en días en lugar de en la media hora escasa transcurrida. La cuarta vez que las acompañó logró subir una parte de la colina. Y a la séptima ya le seguía el paso a Bo. La velocidad a la que se recuperaba era impresionante, claro que ya había partido de una forma física envidiable y no tenía tanto terreno que recuperar como una persona más normalita.

Uno de los problemas de trabajar como una loca en los proyectos de escritura técnica era que los terminaba enseguida y pasaba períodos de tiempo sin nada que hacer. No podía inventarse nuevos encargos, y aunque ocasionalmente le llegaba algún trabajo de última hora porque el escritor

asignado al mismo no había podido terminarlo, casi todo el trabajo que recibía estaba programado con tiempo.

Sus opciones consistían en quedarse sola en la habitación o ver la televisión con Morgan. Veía la televisión.

Siempre había sido una espectadora intermitente. Alguna vez la enganchaba un programa, pero normalmente solía tener la televisión encendida mientras hacía otras cosas, como leer o trabajar en algún proyecto técnico. En cuanto a Morgan, dada su agenda habitual cuando había estado en activo, lo único que solía ver eran deportes y noticias. Ciertamente que tampoco le interesaba mucho más. Prefería el hockey al baloncesto, y el rugby al béisbol, pero al poco de llegar a casa de Bo había desarrollado una pasión por el softball. Gracias al sistema por satélite que ella tenía instalado, había visto un montón de horas de softball femenino. Y dado que ella no tenía preferencia por otra cosa en especial, se encontró viendo partidos de softball.

Con el traslado de Morgan a la habitación de invitados, el sofá había dejado de ser una cama para convertirse de nuevo en un asiento. Él solía sentarse en un extremo y ella en el otro, con Tricks entre ambos durmiendo la siesta, feliz sobre su mantita especial. El hocico siempre descansaba sobre el muslo derecho de Bo y el trasero apuntaba hacia Morgan, aunque no parecía importarle. Era consciente de en qué posición se situaba él en la jerarquía de afecto de la perra.

El día que ella regresó a su casa y descubrió que Morgan había cortado el césped, le faltó poco para abrazarlo. Pero no lo hizo, porque no era tonta, aunque el impulso estaba allí.

¡Mierda! No solo sentía afecto por él, le gustaba.

Morgan se encontraba más fuerte y decidió subir las colinas que rodeaban la casa de Bo para grabarse la topografía en la cabeza. Quería descubrir todas las posibles rutas que cualquiera pudiera emplear para acercarse a la casa. Las colinas y montañas circundantes eran escarpadas, y eso era bueno. Había riscos, maleza impenetrable, arroyos y ríos. Desde un punto de vista estratégico, aquel lugar le gustaba.

Era muy poco probable que ocurriera nada allí, pero su entrenamiento lo obligaba a prepararse para lo inesperado. Él era el cebo en la trampa, pero la idea era que la rata no consiguiera alcanzar el queso. El mero acto de buscar su escondite haría saltar la alarma.

Aun así... a veces las cosas salían mal.

De tratarse únicamente de él no importaría, pero tenía que pensar en Bo.

El enfoque más sencillo solía ser siempre el mejor. Cuanto más complicado fuera el plan, mayor era el número de detalles que podían salir mal. En ese caso, lo más sencillo sería llegar por el camino de entrada. La longitud de ese camino aumentaba las probabilidades, pues permitía a cualquiera alejarse lo suficiente de la carretera como para no ser visible ni desde la carretera, ni desde la casa.

No podía convertir el granero en un bunker, simplemente no era factible enterrarlo, o reforzar los muros, las ventanas y las puertas. Tampoco era posible cavar un túnel para huir, no cuando su construcción, longitud, coste y tiempo, se sopesaba frente a la probabilidad de que sucediera algo.

Había opciones más realistas y mundanas.

No habló de ello con Bo porque sabía que se alteraría, o eso o llegaría a la muy razonable conclusión de que no le había contado todo sobre el peligro al que se enfrentaba. Desde luego Axel y él habían quitado importancia a ese aspecto de la situación, pero no podía decirse que hubieran mentido exactamente.

Por pura lógica, los habitantes del pueblo estarían bien. Solo un idiota intentaría atacarlo en la ciudad, donde encontrarían un montón de testigos y personas dispuestas a intervenir. No, en caso de que hubiera algún problema, sería allí, en casa de Bo.

Había varias medidas de sentido común que podrían adoptarse sin tener que transformar la casa en un bunker. Morgan llamó a una empresa de seguridad y solicitó la visita de un comercial para que pudiera explicarle sus necesidades y conseguir un presupuesto. Y como no era estúpido, no le dijo nada a Bo hasta el mismo día de la visita.

—¿Qué has hecho? —Bo, sentada ante el ordenador, se volvió hacia él. Su voz estaba cargada de irritación—. ¿No crees que deberías haber hablado conmigo antes?

—No —contestó él secamente—. Sabía que te molestarías, y no me he equivocado.

—Ya tengo instalado un sistema de seguridad.

—Tienes alarmas en ventanas y puertas. Necesitas más.

Una de las cosas que a Morgan más le gustaban de esa mujer era su carácter lógico, razonable y organizado. Desgraciadamente, eso implicó que de inmediato llegó a la razonable y lógica conclusión a la que él no había querido que llegara.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó mirándolo con los oscuros ojos entornados—. Si es imposible rastrearte hasta aquí, ¿por qué necesito reforzar la seguridad?

—Porque siempre existe la posibilidad de que algo salga mal. Estoy hablando de cosas que, de todos modos, deberías tener ya, como cámaras de seguridad. Vives aquí sola y necesitas poder ver qué hay en el patio antes de sacar a Tricks de paseo por las noches. Necesitas luces con sensores de movimiento. Yo lo pago y yo lo voy a instalar. Si no te gusta, cuando me haya marchado, podrás quitarlo todo.

—No seas tan malditamente sensato —murmuró ella mientras lo fulminaba con la mirada—. Dame algo que me permita discutir.

De eso nada.

Bo tenía que marcharse a la ciudad antes de la hora prevista para la llegada del comercial, lo cual no hizo más que aumentar su frustración. Seguía con el ceño fruncido mientras conducía por la autopista. Por lo menos Tricks le dedicó una sonrisa desde su asiento, en la parte delantera del todoterreno.

El comercial de la empresa de seguridad era el típico vendedor, amistoso, sociable y con una gran habilidad para adular. Fue pura mala suerte que Morgan fuera inmune a los halagos.

Se llevó al hombre a dar una vuelta por la propiedad y le explicó con detalle lo que quería, y dónde: cámaras que cubrieran todo el exterior de la casa, sin dejar ningún punto ciego, con monitores en las habitaciones más frecuentadas, luces con sensor de movimiento, y alarma en el camino de entrada. La alarma del camino era lo más problemático. Lo mejor sería un sensor enterrado y que funcionara dentro de la línea de visión, lo cual significaba que si se colocaba a la entrada del camino, cerca de la carretera, no funcionaría. Había demasiadas colinas, árboles y curvas en medio. De haber contado con recursos ilimitados, tanto de tiempo como de dinero, y el apoyo del gobierno, habría podido conseguir algo que funcionara, pero no tenía ninguna de esas tres cosas y tuvo que conformarse con una sonda colocada en el punto más lejano del campo de visión, desgraciadamente a menos de siete metros. Tendría que bastar con eso. Si alguien se acercaba por la noche, lo más probable, podrían apagar las luces del coche y conducir en la oscuridad, llegando muy cerca de la casa antes de que se disparara la alarma.

Hizo caso omiso de los esfuerzos del comercial por incluir un contrato de mantenimiento y servicios. Quería el sistema, no la monitorización de la empresa. Y lo quería instalado lo antes posible.

La instalación abarcaría todo un día, lo que significaba que Bo estaría presente al principio. Lo primero fue instalar las cámaras, que ofrecían una sorprendente claridad de imágenes en los monitores. Morgan permitió que Bo eligiera la situación de los monitores porque, a fin de cuentas se trataba de

su casa, y quería implicarla al máximo para que dejara de fulminarlo con la mirada.

Cuando le llegó la hora de irse a la ciudad para trabajar, no ocultó el fastidio que sentía.

Morgan la despidió agitando una mano en el aire y con una amplia sonrisa en la cara.

—Te crees muy listo —murmuró ella al regresar a casa aquella noche, todavía malhumorada.

El hecho de que estuviera preparando la cena, nada especial, solo unos filetes con patatas asadas, y una ensalada para ella, evidentemente no la conmovió.

—¿Quieres que me acerque con el coche lo suficiente para que se dispare la alarma y así veas cómo funciona?

—Sí —contestó ella sin dudar ni un instante.

Así pues, Morgan condujo lo bastante lejos como para hacer saltar la alarma y luego regresó al lugar donde solía dejar aparcado el coche. Al bajarse del Tahoe oyó a Tricks ladrar enloquecida.

—¿Impresionada? —preguntó al entrar de nuevo en la casa.

—Admito que suena muy fuerte. Tricks casi se vuelve loca.

—Tricks hará un buen sistema de alarma de apoyo, en caso de que ni tú ni yo oigamos la alarma, cosa que no creo que nos pase.

Sería materialmente imposible dormir con el escándalo que estaba armando Tricks, corriendo de un lado a otro de la casa mientras buscaba al ruidoso intruso.

Morgan no estaba satisfecho del todo, pero sí se sentía mejor preparado en caso de que se armara una gorda.

—El juez Harper dictará hoy la sentencia de divorcio —anunció Bo tres días antes del desfile—. Crucemos los dedos para que no haya ningún problema.

Morgan consideró seriamente acompañarla a la ciudad, solo por la diversión, pero había algo que quería hacer.

—¿Quieres dejar a Tricks aquí conmigo, por si los Gooding te dan mucho trabajo?

Ella miró a su perro con pesar. Morgan sabía que a Bo le gustaba llevarse a Tricks con ella, y también que ese perro estaba mucho más feliz con su dueña, pero había asuntos prácticos que considerar, como la necesidad que tenía de

salir regularmente a hacer sus cosas. Él se las apañaba bien para cuidar al perro, y Tricks estaría mucho más cómoda.

—De acuerdo, gracias. Llamaré si veo que voy a volver tarde.

Bo se marchó y Tricks llevó a cabo la habitual rutina de mirar por la ventana con gesto desolado. Morgan abrió la puerta del cuarto trastero que había bajo las escaleras y vio la cinta de caminar que Bo le había mencionado. Estaba plegada y contaba con ruedas para ser transportada y, por suerte, no estaba bloqueada por demasiados trastos. Retiró algunas cajas y sacó la máquina. La actividad le provocó un tirón en la cicatriz del pecho, pero nada grave. En cuanto hubiera recuperado más energía, empezaría con las pesas.

La cinta era bastante buena, eléctrica, con pendiente y podría servirle para ejercitarse a fondo. Subir y bajar la colina con Bo y Tricks estaba bien, pero necesitaba algo más.

Intrigada, Tricks se acercó a inspeccionar el nuevo artilugio, olisqueándolo a fondo para a continuación correr en busca de la pelota, acercarse a la puerta y quedarse allí mirando de la puerta a Morgan y de nuevo a la puerta. Él no le hizo caso a la primera, de modo que corrió hasta él y le golpeó la rodilla con la pata, la señal para indicar que realmente necesitaba mear y que más le valía darse prisa en abrir.

—Eres una asquerosa prepotente, ¿lo sabías? —le indicó Morgan.

Pero a ella no le importaba lo que le dijera, mientras consiguiera lo que quería. En cuanto le abrió la puerta salió de un brinco, dejó la pelota en el suelo y echó a correr.

Él tenía ganas de ponerse con la cinta, pero era muy consciente de que la perra tenía que tener su rato de diversión antes de mear, y por tanto le lanzó la pelota. Y otra vez. Y otra vez más. A la cuarta, se dirigió a ella con gesto severo.

—Jovencita, como no mees ahora te vas a meter en un buen lío.

Morgan no tenía ni idea de cuál era ese lío, pero la frase le sonó bien. Lanzó la pelota y Tricks corrió tras ella. Habría jurado que lo miró de reojo al recuperarla. Y cuando se marchó corriendo de nuevo, seguía sin quitarle ojo. Y entonces se paró y dejó caer el culo sobre el suelo. De haber aguantado unos segundos más, él podría habérselo tragado, pero había sido un gesto demasiado rápido. Tricks regresó corriendo hasta él, moviendo la cola feliz, segura de haberlo engañado.

Morgan no pudo contener la carcajada que escapó de sus labios. Sin dejar de reír, la acarició y elogió porque la condenada perra acababa de fingir que meaba. Y estaba orgullosísima de haberlo engañado.



Era más que evidente que había mentido sobre su necesidad de salir a mear. Solo tenía ganas de jugar.

Morgan se rindió y alzó una imaginaria bandera blanca. Se había enamorado de esa perra.

Regresaron a la casa y él terminó de instalar la cinta antes de subir a la habitación para ponerse las zapatillas deportivas. A lo mejor estaba siendo demasiado optimista al pensar que iba a correr, pero estaba dispuesto a comprobarlo.

Bajó de nuevo y fijó el gancho de seguridad a su camiseta. Seleccionó el programa de ejercicio que deseaba, nada excesivo, solo caminar rápidamente a ritmo constante con unos pocos grados de pendiente, para ver cómo estaba de forma. Tricks se tumbó junto a la cinta y apoyó el hocico entre las patas.

Morgan puso en marcha la cinta y se subió, acomodándose al ritmo.

En cuanto la cinta empezó a moverse, Tricks levantó la cabeza, las orejas tiesas y los ojos brillantes de curiosidad. A continuación se levantó y se alejó al trote. Estaba claro que ya se había aburrido.

Lo primero que hizo Morgan fue un rápido repaso: piernas, bien. Respiración, bien. Ritmo cardíaco, bien. Claro que acababa de ponerse en marcha, pero en conjunto no estaba mal.

Tricks regresó con la pelota de tenis en la boca. ¡Ahora quería salir!

—Lo siento, princesa...

Tricks inició una especie de bailoteo delante de la cinta y soltó la pelota.

La pelota aterrizó entre los pies de Morgan, sobre la cinta, y salió disparada hacia el otro extremo de la estancia. El perro corrió tras ella.

Él soltó un juramento mientras intentaba evitar la pelota y mantener el equilibrio sobre la cinta al mismo tiempo. Durante un segundo se sintió como un personaje de dibujos animados resbalando sobre una cáscara de plátano, pies y manos lanzados en distinta dirección. Se sujetó a las barras y consiguió no caerse justo antes de que su cabeza impactara sobre el panel de control, pero los pies siguieron moviéndose. Se recompuso, se sujetó a las barras con todas sus fuerzas y dio un salto en el aire. Los pies aterrizaron sobre los carriles laterales.

Tras recuperar la pelota, Tricks regresó y se detuvo frente a la parte delantera de la cinta mientras él seguía con las piernas separadas sobre la cinta. Y de nuevo soltó la pelota.

—¡Mierda! ¡Joder! —rugió él exasperado mientras apagaba la máquina.

Cuando la cinta se hubo detenido, se bajó y miró furioso a la perra, que meneaba suavemente la cola, mirándolo con expresión perpleja. Para ella no

tenía ningún sentido que ese nuevo juego hubiera terminado nada más empezar.

Morgan se sentó en el suelo y ella corrió de inmediato a su lado en busca de una buena ración de mimos. La mala noticia era que le iba a ser imposible ejercitarse sobre la cinta mientras Tricks estuviera en la casa.

La buena, que al menos no se había matado.

## Capítulo 15

La llamada entró a última hora de la tarde, justo cuando estaba a punto de irse a casa.

—¡Mierda! —murmuró Bo al oír las voces al otro lado de la radio, y las respuestas de Loretta.

Dejó caer la cabeza entre sus manos. Habían estado a punto de culminar el día sin ningún drama.

Era el día libre de Jesse y en la comisaría se encontraba el oficial Patrick Jones.

—¡Yo me ocupo, jefa! —anunció mientras salía por la puerta.

En todo el tiempo que lo conocía, Bo nunca lo había visto moverse tan deprisa.

—¡Vaya!, cómo me gustaría verlo —anunció Loretta casi con pena.

Bo no era de la misma opinión. Estaba a punto de regresar a su casa. Sentía iniciarse un dolor de cabeza, precipitado por el drama y las largas horas que se avecinaban.

—Pues yo esperaba que todo fuera bien y que la ciudad pudiera pasar página.

—Sí, pero tú no eres una Hobson. Nosotros vivimos para mierdas como esta —Loretta hizo una pausa—. ¿Quieres que llame a Jesse? No digo que Patrick no pueda ocuparse de ello pero Jesse tiene una especial habilidad para calmar a la gente.

Y todo gracias a la mirada de «no me fastidies», que el policía había patentado.

—Estará con Kalie —contestó Bo, aunque ambas sabían que tendría la radio encendida y que lo más seguro era que ya estuviera en camino, acompañado por Kalie. Nadie quería quedar excluido de los chismorreos del día siguiente, ni siquiera Jesse.

En cuanto a ella, lo que quería era dar por terminada la jornada y marcharse a casa, pero esa opción había dejado de existir.

Desde el móvil llamó a Morgan, que contestó al tercer timbrado.

—¿Sucede algo? —preguntó él a modo de saludo, yendo directamente a la cuestión.

—El tema del divorcio no ha ido bien. Seguramente me retrasaré varias horas. Si tienes hambre, come algo, y dale de comer a Tricks. Yo tomaré cualquier cosa cuando tenga tiempo. ¿Qué tal Tricks?

—Está bien. Casi me mata, pero ella está bien.

—Genial, estupendo —contestó Bo distraídamente y colgó.

Unos segundos después asimiló las palabras de Morgan y estuvo a punto de volverle a llamar, pero sacudió la cabeza y decidió olvidar el tema. Tratándose de Tricks, podría significar cualquier cosa. Ya lo averiguaría más tarde.

Veinte minutos después la comisaría parecía la escena de un caos. Bo esperaba ver llegar a Kyle y a Emily, al menos a Kyle, pero no fue así. El primero en llegar fue Patrick llevando a Melody Gooding esposada en el asiento trasero del coche patrulla. La mujer gritaba y lanzaba insultos contra Patrick mientras pateaba el asiento, armando un gran escándalo. Después, tal y como había esperado, apareció Jesse llevando en su coche a quien menos hubiera esperado Bo, la señorita Doris, también esposada en el asiento trasero, mientras que Kalie Vaughan iba en el asiento del copiloto, los ojos como platos y una expresión de conmoción en el rostro.

La señorita Doris escupía fuego por la boca. En cuanto los policías sacaron a las mujeres de los coches, empezó a gritar a Melody.

—¡Voy a patear tu patético culo por todo el pueblo! —aullaba la ancianita. Su habitualmente dulce rostro estaba completamente rojo y congestionado, y con un aspecto nada dulce, mientras que sus cálidos ojos azules escupían fuego.

¡Mierda!

Más gente apareció por las pequeñas dependencias policiales: Emily y su madre, el alcalde Buddy, unos cuantos miembros del consejo municipal, los abogados de ambas partes del divorcio, un par de bomberos voluntarios y un paramédico. La señorita Virginia Rose, que sin duda había asistido al juicio como público, Sam Higgings, el conductor del autobús escolar, el señor Gooding y Kyle, el segundo con expresión furiosa y huraña.

Kyle le dedicó a Bo su mirada más amenazante, antes de recordar dónde estaba y apartar rápidamente la vista. No, pensó ella, no le interesaba empezar a gritar y exigir que soltaran a su hermana. Apenas había evitado la detención la última ocasión, y solo porque había accedido a firmar el acuerdo de divorcio a gusto de Emily.

Por último apareció Daina con su novio del momento, Kenny Michaels. ¿Qué demonios hacían allí esos dos?

El vocerío resultaba ensordecedor. Todo el mundo gritaba a la vez y nadie lograba entender nada de lo que se decía. En opinión de Bo, al menos la mitad de esas personas estaban de más allí, aunque quizás el paramédico sí fuera a resultarles de utilidad.

—He pensado que podría llevarme a Tricks —le susurró Daina al oído—, para quitarla de en medio y que no tengas que preocuparte por ella.

—Vaya... pues gracias —contestó Bo aliviada—. Pero tuve el mal presentimiento de que algo como esto podría suceder y la dejé en casa con Morgan.

—¿Entonces todo va bien?

—Yo no diría tanto.

—Pues nosotros nos quitamos de en medio —Daina contuvo una carcajada—. Llámame cuando haya terminado. Quiero un resumen completo.

Kenny y ella se marcharon.

Pero seguía habiendo demasiada gente allí.

—¡Eh! —exclamó Bo a voz en grito tras ponerse de pie sobre el escritorio.

No le gustaban las confrontaciones, pero a fin de cuentas era la jefa y no iba a poder aclarar la situación con tanta gente.

Se hizo el silencio, incluso entre Melody y la señorita Doris, que no habían dejado de insultarse en ningún momento. A Bo le sorprendía que la señorita Doris conociera siquiera ese vocabulario. Todo el mundo se volvió hacia ella.

—Quiero a todo el mundo fuera —anunció—. A ti también, alcalde Buddy. Todos excepto mis dos oficiales, la señorita Doris, Melody, Loretta y yo. El que no sea una de las seis personas que acabo de nombrar, que salga de aquí de inmediato.

—Vamos a ver... —empezó el señor Gooding en tono airado.

—No, no vamos a ver nada. No podemos solucionar este lío si todo el mundo se está gritando. Emily, Kyle, llevaos también a vuestros abogados. Si, después de haber hablado con la señorita Doris y con Melody, consideramos necesaria su presencia, podrán volver. Fuera. Lo digo en serio. El que siga aquí pasados sesenta segundos será arrestado.

—No seré yo quien te desobedezca cuando te enfadas así —el alcalde Buddy sonrió orgulloso a su jefa de policía mientras se dirigía a la salida, tan solo haciendo una pausa para guiñarle un ojo.

Le siguió de inmediato Sam Higgins, los bomberos y el paramédico. Pero hizo falta una nueva mirada fulminante de Bo, acompañada de las miradas amenazantes de Jesse y Patrick para que se marchara el resto. La señorita Virginia Rose permaneció con una expresión testaruda en el rostro, como si quisiera resistirse, hasta que Loretta se levantó y se aclaró la garganta.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó la señorita Virginia Rose mientras se dirigía a la salida.

En cuanto la puerta se cerró, se hizo el silencio en la comisaría. Loretta soltó un bufido.

—Por un momento la creí capaz de hacerse arrestar con tal de no perderse nada.

—No me lo puedo creer —murmuró Bo mientras sacudía la cabeza, bajaba de un salto del escritorio y se quedaba mirando fijamente a las dos pendencieras.

—Todo es culpa de esta vieja zorra —anunció Melody mirando con desprecio a la señorita Doris.

—Me gustaría borrarte esa estúpida expresión del rostro —la señorita Doris volvió a estallar, su pequeño y redondeado cuerpo temblando de ira—. Claro que es tan profunda que no se iría ni con lejía y papel de lija.

Jesse se volvió y consiguió transformar una risotada en un ataque de tos.

—De acuerdo, vamos a tomarles declaración. Jesse, Patrick, llevadlas a habitaciones separadas para que no puedan oírse la una a la otra —Bo hizo una pausa y ambas mujeres se volvieron para mirarla—. No olviden que hay muchos testigos de lo sucedido y que vamos a hablar con todos. Más vale que lo que nos cuenten se acerque considerablemente a lo que cuenten ellos, porque de lo contrario podríamos añadir falso testimonio a la lista de posibles cargos.

La señorita Doris adoptó una expresión de horror ante la idea de que pudiera ser acusada de algún delito, mientras que Melody se limitó a mirar con cara de desprecio. Dado que su padre se había pasado toda la vida pagando su fianza para sacarla de diversos líos, no esperaba que la situación fuera distinta esa vez. Sin embargo, tanto ella como la señorita Doris permanecieron en silencio mientras Jesse y Patrick las conducían a las diminutas, aunque separadas, salas de interrogatorio, contiguas y separadas únicamente por un panel de yeso, lo que obligó a los policías a poner en marcha los ruidosos ventiladores que habían sido adquiridos precisamente para evitar que se oyeran las conversaciones. La solución no era sofisticada, pero funcionaba.

Las declaraciones fueron breves. Patrick fue el primero en salir, dejando a Melody sola en la sala de interrogatorios. Bo y Loretta lo contemplaron expectantes.

—Básicamente —Patrick se aclaró la garganta—, el juicio había concluido sin mayores incidentes, aunque Kyle no parecía muy contento. Camino de la salida, Emily, su madre y la señorita Doris pasaron delante de un grupo de

Gooding y Melody dijo, cito textualmente: «a ver si esto acaba pronto y mi hermano puede buscarse una esposa de verdad en lugar de una puta». Fin de la cita.

El insulto no se alejaba gran cosa de lo que solía oírse en muchos divorcios. Ni siquiera era original. Bo recordó algunos de los divorcios de su madre que habrían situado la expresión de Melody al nivel de una escuela dominical.

—Emily y su madre no hicieron ningún caso —continuó Patrick—, pero la señorita Doris estalló. Se colocó pegada al rostro de Melody y empezó a gritar «mantén cerrada esa sucia boca tuya en lo referente a mi nieta o hundiré mi puño en tu garganta», de nuevo cito y fin de la cita.

—¡Uff! —Bo dio un respingo.

La señorita Doris era, sin duda, culpable de amenazas, un delito menor, pero...

—Melody ha admitido que contestó: «fregaré el suelo contigo, vieja. No te sentirás tan valiente cuando tu casa haya quedado reducida a cenizas», lo cual iguala los cargos de amenazas.

Loretta soltó una exclamación de desagrado. Sin duda no podía consentir que alguien que no fuera un Hobson utilizara la amenaza de quemar la casa.

Bo sintió cierto alivio. Las cosas empezaban a aclararse. Ambas mujeres habían cometido el mismo delito menor, y eso le proporcionaba una base para empezar a negociar. Si solo una parte hubiera sido culpable, la otra, sin duda, habría presentado cargos y todo ese lío no habría acabado nunca, ni siquiera con la muerte. La gente de Virginia Occidental no olvidaba fácilmente una ofensa.

Lo difícil iba a ser convencer a ambas mujeres para que no presentaran cargos, pues seguían furiosas. No iba a poder evitar los resentimientos que, sin duda, perdurarían, pero al menos ninguna de ellas tendría antecedentes.

Jesse también salió de la sala de interrogatorios y procedieron a comparar las declaraciones. Al menos Melody y la señorita Doris habían sido fieles a la verdad. Ambas declaraciones eran prácticamente un calco.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jesse mientras miraba por la ventana, donde Kalie seguía esperando pacientemente sentada en el coche patrulla.

Al menos había tenido el buen juicio de no unirse a la muchedumbre que había entrado en la comisaría. Bo pensó en recordarle a Jesse que no podía llevar a nadie en el coche oficial sin una autorización, pero había cosas más importantes que tratar. Además, Jesse lo sabía de sobra, y ella no iba a poner pegas por quebrantar una norma cuando le había pedido que quebrantara una, y bien grande, en lo concerniente a Morgan.

Quizás no fuera una buena jefa de policía, pues parecía tener problemas para acatar las normas. Pero ya pensaría más detenidamente sobre ello en otra ocasión, porque de momento tenía otros problemas que tratar.

—¿Por qué no te llevas a Kalie a casa mientras dejamos a esas dos ahí sentadas para que reflexionen un poco? —sugirió ella—. Media hora, o una hora, necesitan tiempo para calmarse.

Hubo un asentimiento general. Que se calmaran solo podía ser bueno. Jesse llevó a Kalie a su casa, Patrick se tomó su pausa para cenar, Loretta decidió que las emociones ya se habían terminado y se marchó a su casa a prepararle la cena a Charlie y ponerle al día. Bo se quedó sentada ante su escritorio y se dispuso a encargarse del papeleo. De las salas de interrogatorio no salía ni el sonido de una mosca.

El teléfono sonó una vez. Bo rezó para que no se tratara de una llamada para informar de que los restantes miembros de las dos familias se habían enzarzado en una pelea. El que llamaba era un Gooding, pero al menos tuvo suerte con el propósito de la llamada.

—Quiero saber qué está pasando —rugió el señor Gooding—. ¿Hace falta que envíe a nuestro abogado?

—Estoy intentando convencerlas para que no presenten cargos y nadie tenga que ser fichado —le explicó Bo con calma—. Tenga paciencia.

—¡Oh! —el hombre pareció sorprendido por la actitud de Bo—. Pues gracias, jefa. Por si sirve de algo, dile a Melody que le he aconsejado aceptar tu sugerencia.

—Lo haré. Gracias por llamar, señor Gooding —si ese hombre era capaz de mostrarse amable, ella también.

Tras esperar unos minutos más, Bo se dirigió a la sala de interrogatorios donde Melody esperaba sentada, seguramente muy aburrida porque allí no había televisión, ni revistas, ni nada a lo que echar un vistazo, salvo su manicura.

La guapa joven tenía una expresión hosca, pero también se vislumbraba cierto cansancio. Quemar tanta adrenalina siempre resultaba agotador. Bo se sentó en la única silla que había libre y esperó a que Melody levantara la cabeza y la mirara.

—Te voy a proponer un trato. La señorita Doris no presentará cargos si tú tampoco lo haces. Podéis seguir con vuestra rabieta si creéis que os conducirá a alguna parte, pero te digo claramente que lo único que vais a conseguir es una ficha policial. Tu padre acaba de llamar y me pidió que te dijera que aceptes el trato.



Melody abrió la boca, sin duda para decir algo ocurrente, pero la volvió a cerrar y reconsideró sus opciones.

—De acuerdo —asintió al fin sin discutir, sin amenazar.

¡Aleluya! Bo se sintió aliviada ante lo fácil que estaba resultando.

—¿Dónde está tu coche?

—En el ayuntamiento.

—¿Te apetece ir andando? Si no quieres, haré que un oficial te lleve.

—Iré andando.

Mientras Bo acompañaba a Melody a la salida se cruzaron con Jesse que regresaba a comisaría.

—¿Todo bien? —preguntó cuando la joven se hubo marchado.

—La mitad sí. Todavía tengo a la señorita Doris en la otra sala, pero Melody ha accedido a no presentar cargos.

—Esperaré y luego llevaré a la señorita Doris a su casa. Sé que no llevó su coche porque Kalie me contó que Emily la recogió en el suyo.

¿Y cómo demonios sabía Kalie que Emily había recogido a su abuela? A pesar de que ya llevaba siete años en ese pueblo, a Bo le seguían sorprendiendo algunas de sus peculiaridades. Todo el mundo sabía a qué se dedicaban los demás. Y la información pasaba de unos a otros, quizás por algún extraño fenómeno osmótico.

—Kalie y Emily se comunican por Facebook —le explicó Jesse con una sonrisa al interpretar la expresión de su jefa—. Emily lo colgó.

Las redes sociales al rescate. Al menos eso tenía sentido. Ella no poseía cuenta en Facebook, pues era de la opinión de que su vida privada no era asunto de nadie. Tampoco tenía un montón de parientes que le siguieran la pista, o que se interesaran siquiera por lo que hacía con su vida.

Al fin decidió entrar en la sala donde estaba la señorita Doris. Había decidido empezar por Melody porque era la más inclinada a presentar cargos, en cuyo caso no habría ningún trato que proponerle a la señorita Doris. De nuevo, se sentó en la única silla libre. La anciana tenía aspecto enfadado a la par que culpable, y eso significaba que podría inclinarse hacia cualquier lado.

—Melody ha accedido a no presentar cargos si usted tampoco lo hace —básicamente, Bo le contó a la señorita Doris lo mismo que le había contado a Melody.

—¿Eso ha hecho? —la otra mujer se quedó boquiabierta, cerró la boca y la volvió a abrir al instante.

—Es culpable del mismo delito que usted —Bo se encogió de hombros—. Lo más lógico es que ambas decidan no presentar cargos.

—¡Cielo santo! —la señorita Doris consideró las opciones durante medio segundo como máximo—. De acuerdo. Si ella no presenta cargos, yo tampoco.

—Buena elección. Jesse ha dicho que la lleva a casa.

—Qué encanto. Supongo que ya se habrá hecho de noche.

—Sí, pero de todos modos no la habría permitido regresar caminando.

Y con eso concluyó todo. Jesse y la señorita Doris salían por la puerta trasera de la comisaría en el instante en que Morgan y Tricks entraban, cruzándose a medio camino. Se detuvieron durante un par de minutos para saludarse e intercambiar unas palabras, tras lo cual los dos primeros se marcharon y los otros dos entraron en la comisaría. Tricks corrió directamente hasta Bo, con su mejor sonrisa perruna y apoyando una pata sobre la rodilla de su dueña.

—Yo también te he echado de menos —murmuró ella mientras le rascaba detrás de las orejas y apoyaba la frente sobre la de Tricks—. ¿Qué hacéis aquí? —preguntó mirando a Morgan.

—Supuse que ya habrías tenido tiempo de solucionarlo todo, salvo que hubiera habido sangre, y también pensé que tendrías hambre. Podemos comprar una hamburguesa en algún autoservicio.

Una deliciosa hamburguesa calentita que no hubiera tenido que cocinar ella misma sonaba estupendo.

—Vamos —ella asintió y se puso en pie.

Tras cerrar la puerta de la comisaría, los tres se dirigieron al Tahoe. La hamburguesería estaba a un par de manzanas por lo que apenas tuvo tiempo más que para decirle lo que le apetecía comer: una hamburguesa pequeña, patatas fritas pequeñas y una botella de agua. Morgan optó por la hamburguesa con queso deluxe, del doble de tamaño que la de Bo, patatas fritas grandes y otra botella de agua. Se llevaron su botín de regreso a la comisaría y lo dispusieron sobre el escritorio convertido en mesa. Morgan acercó una silla y se sentó frente a ella.

—Tu amigo el camionero llamó —le informó él mientras echaba sal a las patatas fritas y abría los sobrecitos de ketchup—. Estuvo en Alabama y paró para comprarte unas Naked Pig. Se imaginó que querías, de modo que ni se molestó en consultártelo. Las ha traído a tu casa y se las he pagado.

—Gracias.

—También le he dicho que en el próximo viaje traiga el doble. Si yo también bebo, necesitaremos más.

—¿No prefieres una Miller o una Bud? —ella reprimió una sonrisa.

—Me he convertido. Solo quiero Naked Pig —Morgan hizo una pausa y la miró con los ojos entornados—. Jamás pensé que pronunciaría esas palabras.

Ambos se echaron a reír.

—Cuéntame lo que ha pasado —le pidió él.

Y Bo lo hizo, feliz de que todo se hubiera calmado tan fácilmente sin que nadie hubiera resultado herido. Morgan soltó una carcajada al oír el lenguaje empleado por la señorita Doris, y ella hizo lo propio cuando él le contó el episodio de la cinta mecánica. Estuvo a punto de atragantarse al imaginárselo intentando evitar matarse mientras Tricks era feliz persiguiendo su pelotita.

—¿Cuánto tiempo aguantaste sobre la cinta? —preguntó tras mojar una patata frita en el ketchup.

—¿Bromeas? Sigo vivo, ¿no? Lo dejé de inmediato. No habrá cinta mientras Tricks esté en la casa —Morgan le guiñó un ojo y se metió una patata en la boca—. A cambio salimos fuera y subimos la colina un par de veces.

Debía ser su día para recibir guiños, pensó Bo. Primero el alcalde Buddy y luego Morgan. Al oír su nombre, Tricks había apoyado la cabeza sobre la rodilla de Bo, regalándole su mirada más triste, haciéndole saber lo horriblemente mal que se sentía por no compartir la comida con ellos.

—Olvídalo, jovencita.

La perra abandonó de inmediato a su dueña y pasó a apoyar la cabeza sobre la rodilla de Morgan, sometiéndole a la tortura de la mirada desconsolada.

—Qué lista es —exclamó él antes de dirigirse a la perra—. No —afirmó en el mismo tono empleado por Bo segundos antes.

A ella no se le escapó el detalle. Morgan empleaba sus mismas palabras, su mismo tono.

Un extraño ruido proveniente del exterior captó la atención de Bo. Parecía... no sabía lo que parecía. ¿Una fiesta? ¿Un partido? Frunció el ceño y ladeó la cabeza, pero seguía sin identificar el sonido. Y entonces, a través de la ventana, vio lo que parecía un... ¿rebaño? ¿bandada?, de luciérnagas dirigiéndose hacia la comisaría.

—¿Qué demonios es eso?

Morgan, que también se había vuelto hacia el sonido miró por la ventana.

—Una revuelta —anunció en tono des preocupado.

—¿Una revuelta? ¿En Hamrickville?

Bo frunció el ceño y se levantó de la silla. Él también se levantó, y la agarró del brazo. En su expresión no quedaba rastro de humor y de nuevo había adoptado un aspecto duro y capaz.

—Si crees que pueda haber el menor peligro, quédate aquí y yo me ocuparé.

Sin duda sería muy capaz de ello. Solo era un hombre, pero un hombre al que ni siquiera una muchedumbre se tomaría a la ligera.

—No creo que sea para tanto —contestó ella—. Me pregunto qué querrán, qué les habrá alterado tanto. Supongo que solo hay un modo de averiguarlo.

Tras echarle una ojeada a la hamburguesa a medio comer y lo que quedaba de las patatas, que estarían frías y nada apetecibles cuando regresara, se volvió hacia la puerta.

—De acuerdo —Morgan cedió —, pero estaré aquí, junto a la puerta, en caso de que me necesites.

Bo estaba cansada y hubiera preferido terminarse la hamburguesa, pero enfrentarse a la muchedumbre formaba parte de su trabajo. Abrió la puerta y salió a la calle, entornando los ojos ante el grupo que se acercaba. Los semáforos iluminaban sus rostros creando extrañas sombras, y la luz resultaba tan fantasmagórica que algunos parecían zombis, aunque solo hubo unas cuantas personas a las que no reconoció.

Quizás «muchedumbre», fuera exagerar un poco. Estimó que habría unas treinta personas que cruzaban la calle, por cierto sin mirar, aunque en Hamrickville no se tomaban en serio esas estúpidas normas referentes a los lugares por los que se podía cruzar la calle. Las luces provenían en su mayor parte de los móviles, un guiño moderno a las antorchas, aunque un par de fumadores llevaba mecheros encendidos. Muchos de los miembros del grupo eran comerciantes de las tiendas locales, lo cual les convertía, supuestamente, en amigos de la señorita Doris. Bo vio a Harold Patterson, el barbero, a la señorita Virginia Rose, que parecía decidida a formar parte de todo lo que sucediera allí, a Faye Wiggins, la florista. Incluso el bibliotecario estaba allí.

Todos y cada uno de ellos llevaba puesta una camiseta blanca por encima de su ropa. El dulce rostro de la señorita Doris estaba estampado en todas ella y debajo, impreso con letras mayúsculas, se podía leer: «LIBERAD A DORIS».

Bo se cubrió la boca con una mano y se pellizcó con fuerza para no soltar una carcajada. Aquello era precioso y su corazón dio una pequeña sacudida antes de henchirse de emoción.

Cuando por fin fue capaz de controlarse, sacó el móvil del bolsillo y tomó una foto. El flash, y la consciencia de lo que acababa de hacer, provocaron que todos se pararan en seco. No había tomado la foto como prueba policial, sino para recordar ese momento e inmortalizarlo. Se apoyó contra el poste del semáforo y cruzó los pies.

—¿Qué sucede? —preguntó en tono informal.

—¿Qué sucede? —Harold Patterson repitió airado la pregunta—. Yo te diré lo que sucede. ¡Habéis metido a la señorita Doris en la cárcel mientras permitís que esa Gooding se pasee por la calle como si fuera la dueña! No está bien, sencillamente no está bien. Hemos venido a sacar a la señorita Doris de la cárcel.

—Nos ocuparemos de la fianza, firmaremos lo que haga falta —añadió la señorita Virginia Rose—. Lo que sea para sacarla de la cárcel.

Esa gente ni siquiera sabía cómo funcionaba una revuelta, con violencia y no con el ofrecimiento de pagar la fianza de la señorita Doris. La escena resultaba tan encantadora que Bo temió que se saltaran las lágrimas si no se controlaba.

—En primer lugar —comenzó—, yo no soy quien decide sobre cuestiones de fianzas, solo puede hacerlo el juez.

—¿Dónde está el juez Harper? —preguntó alguien desde el fondo.

Todos se volvieron, como si esperaran que el juez formara parte del grupo. O quizás estuvieran pensando en dirigirse a su casa.

—No hay fianza —continuó Bo, alzando la voz.

—¿Significa que la estáis reteniendo sin fianza? —exclamó Harold Patterson.

—No, significa que no hay fianza porque no se han presentado cargos. La señorita Doris no presentó cargos contra Melody, y Melody no presentó cargos contra la señorita Doris.

—Entonces, ¿por qué sigue la señorita Doris encerrada?

—No lo está. Está en su casa.

El barbero se ruborizó violentamente. Estaba tan alterado que parecía incapaz de razonar y empezó a gritar.

—¡No es verdad! Nadie la ha visto salir de la cárcel. Todavía la tienen ahí dentro y...

—No seas chiquillo, Harold —intervino la señorita Virginia Rose mientras miraba a Bo con gesto severo—. Jefa, sé sincera con nosotros. ¿De verdad ha sucedido así?

A Bo le costaba cada vez más esfuerzo controlar la sonrisa que pugnaba por dibujarse en su rostro. Por Dios que esa gente era estupenda, y bendijo el día en que había aterrizado en ese pueblo.

—Sí, así ha sido. Jesse llevó a la señorita Doris a su casa hará una media hora, quizás más. Emily había colgado en Facebook que recogería a su abuela para ir al juicio, y Kalie es amiga de Facebook de Emily, de modo que Jesse sabía que la señorita Doris estaba sin coche.

Al parecer, la enrevesada explicación tuvo pleno sentido para todos porque en sus rostros empezaron a dibujarse sonrisas. Se oyeron varios «gracias», y «perdón por haberte molestado», y también «ya te dije que todo iría bien». Una vez cumplida la misión, la muchedumbre regresó por donde había llegado y empezó a dispersarse hacia coches y residencias.

Bo se quedó un minuto más en la acera, observándolos, antes de regresar al interior de la comisaría.

Tricks estaba sentada con una enorme sonrisa perruna dibujada en el rostro, feliz como la que más. Morgan estaba agachado y rodeaba al perro con un brazo. Reía a carcajadas, los hombros estremeciéndose mientras intentaba ahogar el sonido enterrando el rostro en el pelaje de Tricks. El corazón de Bo hizo un nuevo redoble y el vello de los brazos se le erizó. No quería sentir por Morgan nada que no fuera preocupación por su situación. Cualquier cosa que fuera más personal resultaría demasiado peligrosa.

—Será mejor que no moquees sobre mi perro —espetó Bo, alejando toda emoción.

—¡Liberad a Doris! —consiguió exclamar él tras alzar el rostro.

Pero enseguida volvió a sucumbir, cayendo de culo en el suelo mientras se sujetaba el estómago con ambas manos.

—¿Verdad que ha sido genial? —preguntó Bo. Le gustaba la risa de Morgan, profunda y sonora—. Todo el proceso. Hice una foto.

Y Bo ya no pudo contenerse más, estallando ella también en una carcajada.

Morgan se levantó del suelo, tomó a Bo en sus brazos y la hizo girar. A ella le sorprendió la facilidad con la que la había levantado, pero no podía dejar de reír mientras se agarraba a sus hombros.

—¡Bájame! ¿Y si entra alguien?

—¿Y qué si entra alguien? —Morgan soltó un bufido—. ¿Después de lo que acabo de ver? Nadie de esta ciudad movería ni una ceja —sonrió a Bo, los ojos azules aún brillantes de tanto reír.

Ella levantó la vista. Estaba tan cerca que veía claramente la incipiente barba sobre la fuerte mandíbula, las vetas, claras y oscuras, de sus ojos que hacían que ese azul fuera tan brillante. Los músculos de los hombros se tensaron bajo las manos de Bo al dejarla de nuevo en el suelo.

—Tienes un buen corazón, jefa —añadió él antes de darle un beso en la frente.

Un beso en la frente era asumible, pensó ella. Resultaba amistoso sin que fuera nada sexual. Tampoco quería que fueran amigos, pero...

Pero Morgan dio al traste con todo cuando le tomó el rostro entre ambas manos, lo inclinó hacia arriba y cubrió su boca con sus labios.

## Capítulo 16

Fue igual que la vez anterior, el mismo sabor ardiente, el deleite de la familiaridad, el deseo instantáneo. Pero también era diferente, porque ninguno de ellos bordeaba la ira. Hubo una lentitud en el modo en que sus bocas permanecieron unidas, una languidez en las caricias de la lengua de Morgan. ¿Cambiaba la risa el sabor de su boca? ¿Cambiaba el de la suya? Morgan ya no le sujetaba el rostro, sus manos habían descendido hasta la cintura, las palmas ardientes sobre la suavidad de su piel mientras la atraía hacia él.

Morgan le mordisqueó el labio inferior, lamió la diminuta herida, deslizó los labios hacia su cuello. Bo echó la cabeza hacia atrás, como si el contacto con su boca hubiera transformado su cuello en goma y sujetarla erguida le supusiera demasiado esfuerzo. Ni siquiera lo intentó pues no podía negar el deleite, las ardientes ráfagas que surgían de la boca de Morgan y acababan en sus pezones y entre los muslos.

No era la primera vez que se excitaba. Conocía el atractivo del sexo, el calor y el placer que lo acompañaban. Pero incluso durante su matrimonio se había sentido algo despegada del acto, como si su mente no consiguiera conectar con su cuerpo. Aquello era diferente. Y daba miedo. No solo estaba allí su mente, sentía que su cuerpo lo dominaba todo, como si tocar a Morgan hubiera hecho que su cerebro se quedara en punto muerto. Aquello era más que placer. No le apetecía simplemente disfrutar de la experiencia, deseaba tenerlo a él, sentirlo sobre ella, dentro de ella. Aquello no era sexo, era necesidad, y la necesidad era un asunto completamente diferente. Ella no quería necesitar a nadie.

Y aun así lo hacía. A él, por motivos que no lograba identificar. Quizás se tratara de química. Seguramente se debía a la estrecha convivencia. Además, le gustaba su perra.

Una alarma se desató en su cerebro, aunque llegaba de lejos. Estaban en medio de la comisaría. Al menos él no estaba casi desnudo, como la primera vez que la había besado. Tampoco les empujaba un deseo animal. Bo no corría peligro de ceder al sutil estallido de necesidad que ascendía por su cuerpo, al menos no en ese lugar. Era consciente de la alarma, nada más, tal y como era consciente de la espesa cabellera bajo su mano. Pero ¿cuándo había deslizado la mano desde el hombro de Morgan hasta su nuca? La sensación

de sus cabellos era fría en la superficie, más caliente junto a la cabeza, y eran unos cabellos tan suaves que no pudo evitar enroscar sus dedos en ellos. Sentía el movimiento ascendente y descendente del pecho de Morgan con cada respiración, y también sentía el latido de su corazón.

Ese corazón al que le había faltado muy poco para no volver a latir porque su trabajo y la vida que llevaba lo ponían en constante peligro. Porque la bala de un maldito asesino casi lo había matado.

De repente Bo se quedó helada, y con la sensación de frío regresó el sentido común, la fuerza de voluntad. Apartó los labios de la boca de Morgan, agachó la cabeza y apoyó la frente contra su pecho, posando suavemente una mano sobre ese corazón que seguía latiendo con fuerza a pesar de todas las apuestas en contra, porque ese hombre había tenido la fuerza para superar lo que debería haber sido una herida mortal. Y ella tenía que tener esa realidad muy presente, en lugar de hacer una estupidez como empezar a soñar con un futuro juntos. No, había que enfrentarse a los hechos: ya había sido bastante estúpido besarlo. Morgan se había mostrado claro en cuanto a sus deseos y ella había puesto en evidencia su debilidad en lo que a él respectaba. Él era demasiado astuto para no haberse dado cuenta de lo que implicaba lo que acababan de hacer.

Bo sintió la necesidad de dejar clara su postura, a pesar de lo que indicaban sus acciones, o quizás precisamente por lo que indicaban sus acciones.

—Las normas no han cambiado. Nada de sexo —en cuanto las palabras salieron de su boca, se encogió avergonzada. ¿Demasiadas señales contradictorias?

—¿Y qué tal un beso para celebrarlo?

La voz de Morgan era grave y su aliento acariciaba el pelo de Bo mientras deslizaba sus labios por debajo de su oreja, para lamerla suave y delicadamente, como si la estuviera saboreando. Todos los receptores nerviosos de la piel de Bo se encendieron y sus pezones se tensaron. Se moría de ganas de frotar todo su cuerpo contra él.

Sería una estupidez negarse a lo que ya habían hecho. Que no tuviera ninguna intención de mantener una relación con él, ¿significaba que no podía permitirse el disfrute puramente físico de besarlo? Menuda senda resbaladiza, pensó ella, pues la misma lógica, o falta de lógica, podría aplicarse a acostarse con él.

—Acabamos de celebrarlo —con no poco esfuerzo, ella se obligó a soltarlo.

Morgan la dejó ir sin mayor esfuerzo, lo que provocó cierto resentimiento en Bo, pues una parte de ella deseaba que él insistiera. ¿No era una locura?



Pero también era una reacción humana. Lo que quería era que él la deseara del mismo modo en que ella lo deseaba a él.

Pero al menos sonreía, una sonrisa torcida que la invitaba a imitarle.

—¿Y hay alguna norma sobre el número de besos de celebración que están permitidos?

—Sí. Uno.

—¿Quién fue el idiota que escribió esa norma?

—Yo.

—Borra el comentario anterior.

La inmediatez de la respuesta de Morgan hizo que Bo soltara una carcajada. Ese hombre tenía una mente muy rápida, lógico, pues de no ser así lo habrían matado hacía ya tiempo.

Bo suspiró y regresó a su escritorio para recoger los restos de la comida, ya fría. Ojalá no la hubiera besado, pero lo había hecho y, una vez más, ella había sido cómplice. Al menos no había hecho nada más que besarla, aunque sospechaba que se debía más a la capacidad de autocontrol de ese hombre que a la falta de deseo. No le parecía una persona visceral, sino más bien alguien que perseguía su deseo y que era muy bueno en planear su estrategia.

Y eso le preocupaba. Ella no quería ser el objetivo de ninguna estrategia... ¿o sí? En realidad no tenía ni idea de lo que quería. Sabía lo que debería querer, pero por primera vez en mucho, mucho, tiempo no estaba segura de poder seguir la hoja de ruta que se había trazado para sí misma.

—¿Ya has terminado aquí? —Morgan miró a su alrededor.

—Sí. Me largo de aquí antes de que pase algo más —a lo mejor con la «liberación», de Melody y la señorita Doris, recuperarían la paz.

Tras cerrar la puerta con llave, cada uno se dirigió a su vehículo respectivo. Tricks se subió al todoterreno con aspecto encantado de estar sentada en su lugar especial junto a Bo. Y Bo decidió dejar de pensar en cosas que no debía, que no podía, y concentrarse en lo bueno que había en su vida.

—¿Jugaste a la pelota con la máquina de Morgan? —preguntó mientras acariciaba al animal detrás de las orejas—. ¿Fue divertido? —cómo le hubiera gustado que se hubiera grabado en vídeo.

Tricks le ofreció su sonrisa especial, la que incluía la lengua colgando de un lado de la boca.

Desde su coche, Morgan le hizo una señal para que ella fuera delante. Quince minutos más tarde, tras la parada preceptiva junto al buzón de correos, aparcaron uno al lado del otro en el camino frente al granero. Las luces de seguridad se encendieron de inmediato. Además, Morgan había dejado encendidas las luces de la terraza para eliminar las sombras. A Bo no

le gustaba entrar en una casa a oscuras, nunca le había gustado, de modo que recibió toda aquella luz con alivio. Aunque, desde luego, jamás se lo diría a Morgan. Bastaba con que se hubiera salido con la suya en el tema del refuerzo de la seguridad.

Se bajó del todoterreno y soltó a Tricks. La suave brisa primaveral la envolvió, acompañada del dulce olor que desprendían los rododendros silvestres y la hierba fresca. Los grillos emitían su característico sonido y algunos pájaros nocturnos ofrecían una nota ocasional. Bo se detuvo unos segundos para disfrutar del olor del aire antes de reunirse con Morgan en la terraza.

Entraron todos juntos, hombre, mujer y perro. Casi como una familia, pensó ella antes de caer en el tema recurrente. Morgan no era su familia. Tricks y ella sí eran una familia, y seguirían allí cuando él se hubiera marchado a algún lugar en la otra punta del mundo.

Tricks corrió hasta sus cuencos para comprobar si la comida se había materializado por arte de magia, y luego dedicó toda su atención al agua.

Morgan se dejó caer en su sitio habitual del sofá, apoyó los pies sobre la mesita de café y encendió el televisor. Bo se quedó un rato de pie, absorbiendo el nuevo ritmo de su vida, que se había vuelto algo habitual sin que ella se diera cuenta.

—Deja de mirarme así —protestó él sin volverse siquiera—. De lo contrario vamos a tener que subir arriba.

¡Mierda! Debería haberse figurado que un hombre como él se daría cuenta de cuándo estaba siendo observado. Sintió que las mejillas le ardían. No había modo de negarlo, aunque no le gustaba que la hubiera pillado. Negar su interés por él sería una estupidez, ceder a él sería claramente peligroso.

—No —contestó ella—, no lo haremos. Dijiste que la decisión era mía, ¿recuerdas? —añadió.

—Pero nunca dije que no intentaría hacerte cambiar de idea —Morgan la miró de reojo.

La mente de Bo gritaba «¡No!», pero su sangre hervía de excitación. Estuvo a punto de preguntarle qué métodos pensaba emplear, pero se contuvo a tiempo. La atracción física era una mierda. Sabía muy bien lo que debería hacer, y también que iba a tener que luchar contra la química y las estúpidas hormonas para no perder la cordura.

—Cualquier relación entre nosotros sería una pérdida de tiempo —observó irritada.

—¿Y eso? —él juntó las manos por detrás de la nuca.

Parecía totalmente relajado, lo que resultaba a la vez irritante y sexy. Bo no quería que se sintiera relajado si ella no lo estaba, pero esa autoconfianza le atraía mucho.

—¿Y la clave no sería precisamente esa relación?

—Ya lo he vivido antes y no veo motivo para repetirlo. Yo no... —Bo estuvo a punto de decir «estoy interesada», pero se tragó las palabras antes de hacer aún más el ridículo—. Yo intento aprender de mis errores. Lo cierto es que estoy mejor sola que invirtiendo tiempo y esfuerzo en una relación que terminará, en el mejor de los casos, dentro de unos meses, quizás en unas pocas semanas, quizás mañana mismo por lo que sabemos.

—¿Y cómo estás tan segura de que va a terminar? —Morgan enarcó las cejas.

—Porque tú no estarás aquí —le explicó ella con exagerada paciencia—. Te marcharás, y...

—¿Y las carreteras solo van en un sentido? ¿No puedo regresar?

Bo quiso abofetearlo de pura frustración. De no haber dejado al descubierto la atracción que sentía por él, habría mentido sin más, pero se había quedado allí plantada como una idiota y le había devuelto el beso de un modo que ningún hombre podría malinterpretar, sobre todo un hombre entrenado para fijarse hasta en el más mínimo detalle. Estaba preocupada, y ella odiaba estar preocupada, odiaba no tener el control. ¿Por qué tenía que ser tan persistente y razonable? Él buscaba sexo. Para un hombre era sencillo, pero ella no era un hombre.

—Menudo imbécil estás hecho —exclamó mientras subía las escaleras.

Sus sentimientos no mejoraron con las carcajadas que oyó a sus espaldas.

Morgan sonrió para sus adentros mientras ponía un partido de softball. Normalmente, Bo se mostraba más equilibrada y contenida que cualquier persona que hubiera conocido jamás. Se enfadaba, pero no perdía el control. Pero empezaba a estar obsesionada con él, y eso era bueno porque significaba que no era capaz de mantener las distancias. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero la química entre ellos era tan fuerte que la cegaba, la irritaba y la turbaba.

Lo cierto era que él casi sabía cómo se sentía Bo. No era tan reticente como ella a mantener una relación, pero casi a diario sufría en el estómago el puñetazo de la creciente intensidad de la obsesión que sentía por ella. Y eso era algo nuevo para él, y le asustaba.

No era la primera vez que deseaba a una mujer, aunque básicamente lo que deseaba era el sexo. No se había obsesionado con una mujer en concreto desde el instituto, cuando conoció a su primer amor, y la situación empeoraba día a día. En lugar de dedicar la mayor parte del tiempo a pensar en cómo recuperar las fuerzas, a repasar una y otra vez todo lo sucedido aquel día con el fin de descubrir qué había sucedido exactamente para que casi hubiera muerto, pensaba en Bo. La observaba todo el rato, evaluaba sus respuestas, aprendía sus costumbres, movimientos y gustos.

Él no era egocéntrico. Cuando le apetecía sexo, conseguía sexo, así de sencillo. Y después del sexo, su mente analítica regresaba al trabajo. Pero por algún motivo sentía la necesidad de concentrarse en Bo, de evaluarla lo más correctamente posible para no cometer ningún error. No entendía por qué no estropearlo con ella era tan importante, pero lo era, de modo que decidió continuar con su campaña para conseguirla, con la misma intensidad con la que había planeado las operaciones críticas. La pregunta sobre si podía, o no, regresar, no había sido retórica. Pasara lo que pasara con su trabajo, no quería perder el contacto con Bo.

Ni con su perra. No había que olvidar a la perra.

Como si le hubiera leído la mente, Tricks se acercó trotando y apoyó el morro en su rodilla, ofreciéndole el tratamiento completo de mirada intensa y ceño fruncido. Después soltó un pequeño ladrido y miró hacia las escaleras antes de volver a mirarlo a él. Morgan rio porque el mensaje no podía ser más claro, «¿No vas a subir tú también?». Si uno de sus humanos estaba arriba, era evidente que el segundo debería seguirle.

A Morgan le gustaba su manera de pensar. Y le gustaba considerarse a sí mismo como uno de sus humanos.

Pero Bo se estaba concediendo un tiempo para calmarse y él no quería agobiarla. Ella bajaría enseguida. La siguiente ocasión... quizás en la siguiente ocasión conseguiría posar sus manos sobre esos pechos y descubrir si eran blandos o firmes. Apostaba por firmes, y al pensarlo se le hizo la boca agua. ¡Mierda!, lo tenía mal. O bien. Aún no lo había decidido, pero resultaba de lo más excitante.

—Aún no, chica —murmuró mientras acariciaba la cabeza de Tricks.

## Capítulo 17

Los días previos al desfile el tiempo estuvo nublado, pero el día mismo amaneció cálido y despejado... por desgracia. En el fondo Bo había esperado que lloviera, aunque para los niños fuera malo. Al fin tuvo que resignarse a sentarse en una carroza bajo el sol, pero por lo menos los demás se divertirían.

Se metió en la ducha con Tricks. Al animal le encantaba retozar bajo la «lluvia». No había mucho espacio, pero a Tricks le daba igual. Bailoteó y se giró mientras intentaba capturar las gotas de agua con la boca. Bo tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no perder el equilibrio, su mascota girando como un derviche enloquecido, mientras intentaba lavarla y aclararla. Terminada la ducha, utilizó tres toallas de playa para quitar la humedad del pelaje dorado antes de proceder a secárselo con un secador mientras Tricks permanecía muy quieta, como si supiera que necesitaba estar especialmente guapa.

Cuando todo hubo terminado, Bo soltó un enorme suspiro. Ella también necesitaba una ducha y, aunque le habían asegurado que no se la vería desde la calle, no apostaría por ello. Y eso significaba que debía maquillarse y ponerse algo más elegante de lo que solía llevar a diario. No podía ponerse un vestido, desde luego, porque iba a tener que subirse a la carroza y luego bajarse, pero sí unos pantalones y zapatos de vestir, y una bonita blusa. Una parte de ella tenía ganas de arreglarse un poco, pero participar en un desfile nunca había formado parte de su lista de cosas que hacer antes de morir. En cambio Tricks y los niños se lo pasarían en grande. Si el animal tuviera una lista de cosas que hacer antes de morir, ser la reina del desfile sin duda estaría en ella.

Abrió la puerta del dormitorio para que Tricks fuera a saludar a Morgan mientras ella regresaba a la ducha y empezaba a prepararse. Se secó los cabellos, dejándolos sueltos en una sedosa melena que le llegaba a la mitad de la espalda. Se maquilló y se puso pendientes. Mientras se aplicaba el colorete con una brocha se preguntó si Morgan se daría cuenta, y luego se sacudió mentalmente una bofetada por preguntarse algo así. El que se fijara o no, no debería importarle. No podía permitir que le importara. Pero, maldita fuera, sí le importaba. Quería que él la encontrara atractiva. Quería estar guapa para él.

Estaba tan mal como Tricks. Pero, mientras que Tricks estaba convencida de ser el perro más bonito del mundo, ella no se hacía ilusiones en ese sentido. No iba por ahí rompiendo espejos, pero tampoco era una reina de la belleza. Le gustaba su espesa mata de pelo y los ojos grandes. Si algo fallaba, era sin duda la falta de tetas. El único canalillo que tenía estaba en el trasero, y Morgan había dicho que era muy bonito.

Una oleada de calor la inundó y las piernas le flaquearon tanto que tuvo que apoyarse en la bañera. Recordar lo que le había dicho, y el fuego que había surgido de su mirada al decirlo, vació sus músculos de energía y solo quería tumbarse un rato, preferentemente con él.

Bo se cubrió los ojos con las manos. Estaba metida en un lío. Su única esperanza para salir indemne de ese acuerdo firmado con el diablo era que Axel anunciara que había llegado el día, para que así Morgan pudiera marcharse de inmediato. La tentación de simplemente olvidar sus bien fundadas reservas crecía por momentos. Y, aunque se marchara ese mismo día, dudaba que permaneciera indemne. ¿Sería capaz de olvidarlo sin más? La respuesta era no. Podría ser que no lo olvidara del todo jamás. A lo mejor él permanecería el resto de sus días en ese rincón del corazón reservado a los arrepentimientos.

Antes de ahogarse en un mar de dudas, Bo se obligó a salir del abatimiento y terminó de vestirse. Iba a ser un día muy largo, y no tenía tiempo que perder.

Largo o no, el día seguramente sería interesante y quizás incluso divertido... en cuanto hubiera concluido el desfile. A continuación se celebraría un gigantesco pícnic en el parque municipal. Algunos vendedores ya habían instalado sus puestos de refrescos, algodón de azúcar, palomitas de maíz y otras golosinas. Todos los años sucedían cosas que proporcionaban a los habitantes del pueblo temas de conversación para varios meses, como cuando el alcalde Buddy se cayó al estanque, o cuando uno de los críos pensó que sería una buena idea atar las llaves del coche de su papá a un globo de helio y soltarlo. El niño había pensado que el peso de las llaves haría descender el globo, que se arrastraría por el suelo. Pero el globo era de los grandes y el niño se había equivocado.

Desde que se había convertido en jefa de la policía, Bo participaba en la celebración durante todo el día junto con el alcalde Buddy, los miembros del consejo municipal y al menos un agente de policía. Normalmente todo transcurría con relativa normalidad, y con tan solo algún tropiezo menor, aunque dos años atrás se había producido cierta conmoción cuando una barbacoa se había incendiado, alcanzando las llamas al árbol más cercano.

Desde entonces estaba prohibido colocar las barbacoas a la sombra de los árboles, o cerca de alguna estructura. Lo sorprendente era que no hubiera sucedido antes.

Salió del dormitorio y encontró la planta inferior vacía. Por la cristalera vio a Morgan paseando por el patio con Tricks. Se había puesto unos vaqueros, una camiseta blanca, y unas deportivas en lugar de sus habituales botas. Lo vio agacharse para susurrarle algo al oído a Tricks y rascarla detrás de las orejas. El animal levantó una pata y la apoyó sobre el brazo de Morgan, la expresión de su rostro de puro deleite mientras escuchaba atentamente sus palabras.

Bo se quedó quieta, simplemente contemplando la escena. Morgan tenía una manera de moverse poderosa y ágil, grácil como un bailarín, aunque de manera completamente diferente, como si su equilibrio y fuerza estuvieran tan entrelazados que sería capaz de atacar desde cualquier ángulo sin perder velocidad. Los brazos estaban cubiertos de potentes músculos, la piel bronceada por todo el tiempo que pasaba al aire libre. Llevaba allí tan solo un mes y su recuperación solo podía calificarse de espectacular, sobre todo considerando el estado en el que había llegado.

En esos momentos era completamente capaz de cuidar de sí mismo, ¡demonios!, incluso cuidaba de ella. Morgan hacía la mayor parte de las tareas domésticas: la colada, casi toda la limpieza, parte de la comida. Si no fuera por la situación en la que se encontraba ya se habría marchado.

Bo siempre había valorado tener la casa para ella sola. Era su refugio, donde podía dejar fuera el mundo y estar sola, sola con Tricks. Pero cuando él se marchara quedaría un hueco vacío que hasta entonces no se había dado cuenta de que existía, un hueco que él había llenado con sus malas pulgas y sus cosas de tíos. La casa incluso olía diferente. Había un hombre allí, y resultaba evidente. Sintió el impulso de llevar algunas flores frescas para compensar el almizclado olor a hombre, sudor, el cuero de sus botas, el aceite que utilizaba para limpiar las pistolas, la suya y la de ella, y a veces el penetrante olor a pólvora que le indicaba que había estado practicando el tiro mientras ella no estaba. Durante su matrimonio no había sido tan consciente de la presencia de otra persona, pero en esos momentos todos sus sentidos parecían sintonizados con Morgan de un modo que jamás creyó posible.

Mientras reunía todo lo que Tricks iba a necesitar a lo largo del día, comida, agua, un juguete, una manta, Morgan regresó del paseo con la perra.

—¿Estás preparada? —preguntó.

—Casi —ella metió la comida, el agua y el juguete en una pequeña nevera portátil y colocó la nevera sobre la manta—. Ahora sí.

Morgan guardó la Glock en la cartuchera oculta en el cinturón y se puso una camisa azul sin abrochar sobre la camiseta blanca.

—Yo también.

—¿Para qué es la pistola? —preguntó ella sorprendida—. Nunca te la habías llevado a la ciudad.

—Habrá mucha gente, ¿no? —él enarcó las cejas.

—Pues sí. Casi todo el mundo participa.

—Por eso voy armado. La probabilidad de que haya algún problema aumenta exponencialmente con la cantidad de personas presentes.

—Nunca ha pasado nada, al menos nada que requiera armas de fuego —Bo hizo una pausa y sonrió—. Lo retiro. El año pasado alguien tuvo que abatir a tiros un globo de helio.

—¿Pretendía huir?

—Con unas llaves de coche.

—Me hubiera gustado verlo —Morgan rio.

—Ver a un hombre hecho y derecho dar saltitos como Rumpelstiltskin mientras gritaba «¡dispáralo, dispáralo!», fue sin duda la culminación del día —ella hizo una pausa y suspiró—. Supongo que podría llevarme el arma que guardo en el todoterreno. No se me había ocurrido.

—Las armas son como los hospitales. Si las tienes y no las necesitas es buena señal. Si las necesitas y no las tienes, es muy malo.

Bo gruñó para sus adentros porque iba a tener que llevar la pistola en el bolso, que le resultaría más pesado según avanzaba el día. Nunca se había molestado en hacerse con una cartuchera que pudiera enganchar al cinturón, dado que su puesto en la policía era meramente administrativo y no realmente policial, pero lo ocurrido en el último mes la había hecho darse cuenta de que, para bien o para mal, era jefa de policía, una de verdad, y debía aceptar las responsabilidades que conllevaba el cargo. Durante el incidente con Kyle Gooding no le habría ido mal estar mejor entrenada, y la escena de la «revuelta», podría haber acabado mucho peor si los participantes se hubieran comportado de otro modo. Había tenido suerte, pero necesitaba espabilar.

Morgan se metió la correa de la perra en el bolsillo antes de tomar la nevera portátil y la manta de manos de Bo. Mientras él lo metía todo en el Tahoe y hacía subir a Tricks, ella sacó la pistola del todoterreno y se la metió en el bolso, que se volvió tan pesado como había anticipado.

La calle principal había sido cortada al tráfico. Morgan se había aprendido tan bien las calles que Bo sospechaba que se había dedicado a estudiar Google Maps y, sin pedir indicaciones, tomó varias calles secundarias que les



llevaron a la zona delimitada a lo largo del parque para que se concentraran las carrozas.

—¡Mierda! —exclamó él mientras bajaba del Tahoe y supervisaba la escena—. No pensé que fuera tan grande.

—Creo que hay unas treinta y tantas, pero no todas son de Hamrickville. Los Shriners no lo son. Vienen de otra ciudad, pero participan en todos los desfiles.

La asociación local de veteranos encabezaba el desfile, seguida de los Shriners sobre sus motos y el club de damas sobre una pequeña carroza que emulaba una merienda en la que las señoras estaban todas sentadas alrededor de una mesa de hierro forjado. En una ocasión, el alcalde Buddy había encabezado el desfile montado en un Segway, pero había perdido el control, se había caído de culo en medio de la calle y arrollado un cubo de basura. Eso había sido antes de romperse el tobillo mientras esquiaba. Después de lo del tobillo, el alcalde Buddy había decidido que montar el Segway era pedir problemas a gritos y, para desilusión de los parroquianos, había desistido de ello.

La carroza de los mayores del instituto era la séptima, y los chicos se acercaron corriendo al ver llegar a Tricks.

—Va a ser increíble —exclamó una de las niñas.

Llevaba un vaporoso vestido de verano y una tiara, y su cara resplandecía de purpurina. Todos iban vestidos con sus mejores ropas, chicos y chicas, y todos querían «vestir», a Tricks. A pesar de los esfuerzos por conseguir que se acostumbrara a la tiara, la perra no parecía dispuesta, pero en previsión de ello llevaban un brillante lazo rosa que pegaron en su cabeza. Al menos hacía juego con la boa rosa que le enrollaron alrededor del cuello. Bo se aguantó la risa y vio que Morgan se había vuelto de espaldas, aunque el temblor de sus hombros lo delataba. Los chicos también reían, de modo que no creía que fueran a ofenderse. La expresión de Tricks era de absoluta dicha, pues toda esa atención era por ella.

—Intentamos camuflar una silla para que pudieras ir sentada, pero se te vería la cabeza por encima del decorado —le explicó a Bo uno de los chicos en tono de disculpa—, de modo que hemos puesto un cojín en el suelo. ¿Estará bien así?

—Un cojín será perfecto —ella sonrió.

Lo cierto era que había esperado ir sentada en el suelo, de modo que el cojín era un gran avance.

—¿Quieres que te sujete el bolso? —preguntó Morgan.

Bo pensó en lo divertido que sería verlo con un bolso colgado del hombro, pero sacudió la cabeza.

—Gracias, pero yo lo llevaré. Iré sentada.

Cuando el organizador del desfile soltó un silbido y anunció a través de un megáfono que faltaban cinco minutos para empezar, todos tomaron posiciones en la carroza. Bo se dispuso a subir, pero Morgan se le adelantó y, agarrándola por la cintura, la levantó en vilo como si fuera una niña. Mientras ella seguía con el corazón acelerado, él tomó a Tricks en brazos y la colocó sobre la carroza, ya que las flores de papel le impedían ver bien por dónde tenía que saltar para subirse. El perro corrió hasta su dueña y la lamió excitada ante la perspectiva de dar un paseo. Bo encontró su asiento, un grueso cojín frente al estrado sobre el que se habían subido los más populares, chicos y chicas, de la clase. Incluso podía apoyar la espalda contra el estrado. La decoración la ocultaba por completo de la vista a ambos lados de la carroza, aunque ella sí podía ver lo que sucedía por delante. Estar rodeada de decorado la hacía inaccesible para la brisa, pero había sido Bo quien había pedido permanecer tan oculta como fuera posible. De todos modos el desfile no duraría tanto tiempo, quizás cuarenta y cinco minutos, una hora si lo alargaban mucho.

De la cabeza del desfile llegaba el rugido de las motos de los Shriners al ser arrancadas. La asociación de veteranos, vestidos con los uniformes que ya no les valían, marcharon en formación. Y así comenzó el desfile.

Morgan avanzó al paso con la carroza, manteniéndose a su derecha. El desfile transcurría a paso de tortuga, con pausas periódicas para que la banda pudiera tocar o bailar algo. No tenía ni idea de lo que sucedía en la cabeza del desfile, pues toda su atención estaba puesta en Tricks. Al principio no había mucho público, la mayoría se había agrupado en la calle principal, pero a la perra no le importó. En cuanto sonaron los primeros aplausos y gritos de «¡Tricks!», inició su rutina de ladridos mientras giraba la cabeza a izquierda y derecha, una expresión de felicidad grabada en el rostro. Cada ladrido generaba un nuevo aplauso, lo que generaba otro ladrido, de modo que aquello no tenía fin.

Las chicas situadas a ambos lados de Tricks reían y sonreían mientras saludaban con la mano, los chicos no paraban de hacer posturitas de culturismo, mientras que el resto de las chicas arrojaban caramelos. Los críos se lo estaban pasando en grande, quizás tanto como Tricks.

El desfile giró por la calle principal y el público se hizo más numeroso, formando hasta cuatro y cinco filas, incluso más en algunos lugares. También había espectadores asomados a las ventanas de los pisos superiores de los edificios, y algunos en los tejados. Morgan sintió cómo se le activaba el modo alerta. Hasta entonces había estado muy tranquilo en Hamrickville, pero las multitudes siempre lo ponían nervioso. La gente podía iniciar una discusión, o hacer alguna estupidez que podría desembocar en desastre. Los chicos tenían mucho cuidado de que Tricks no se acercara demasiado al borde de la carroza, pero si algo les asustaba, o a la perra, ¿qué pasaría? ¿Y si Tricks saltaba de la carroza en marcha? ¿Y si Bo se lanzaba tras ella de cabeza? Ante la mera idea, Morgan rompió a sudar, pues sabía que Bo ni se lo pensaría.

Era muy consciente de estar buscando problemas donde no los había. La chica de la izquierda sujetaba a Tricks firmemente de la correa, y la de la derecha estaba ligeramente detrás, aunque su pierna no perdía el contacto con el costado del animal. Ambas saludaban al gentío con la mano, pero sin perder de vista a la perra. La de la izquierda se arrodilló y rodeó a Tricks con un brazo, sin dejar de saludar a la gente. A juzgar por las risas y los aplausos, el público estaba encantado con la reina del baile. La idea había sido todo un acierto.

La recta principal abarcaba ocho manzanas. Morgan no había pensado en preguntar dónde finalizaría el desfile, pero tampoco importaba, pues tenía la intención de acompañarlo durante todo el trayecto. Inició una rutina de patrulla, la cabeza moviéndose de un lado a otro, fijándose en todos y buscando cualquier cosa que se saliera de lo normal. La mujer y el perro que iban en esa carroza le importaban, y estaba decidido a hacer todo lo posible para que nada les sucediera.

Pero sucedió al llegar a la quinta manzana. Vio al hombre, a unos veinte metros por delante de él. Joven, alto, pelo largo y marrón. Fue la estatura lo que llamó la atención de Morgan, pues sobresalía entre la gente que lo rodeaba. Y lo que le hacía destacar era el detalle de que ni aplaudía ni gritaba. Miraba furioso... a la carroza. Estaba visiblemente molesto, y la gente molesta podía crear problemas.

Morgan apretó el paso automáticamente, rodeando a la gente, atravesando grupos, queriendo acercarse más a ese tipo por si algo sucediera.

Y entonces ese tipo se volvió y empezó a caminar hacia él. Haciéndose a un lado, lo dejó pasar. El hombre casi lo rozó, pero ni se fijó en él. Seguía con la mirada puesta en la carroza, decididamente obsesionado con esa carroza en particular, la de Bo y Tricks. Y su expresión no auguraba nada bueno.

Llevaba una cazadora y Morgan sintió un cosquilleo de alerta en la columna.

Empezó a seguir a su objetivo, acercándose a pesar de la multitud. La gente intentaba posicionarse y se atravesaban delante de él sin mirar, o él tenía que esquivar a algún niño. La buena noticia era que ese tipo también tenía que hacer frente a las mismas condiciones y obstáculos, y Morgan acertaba distancias.

Mierda. Esa cazadora no encajaba. Hacía demasiado calor para llevar chaqueta. Todo el mundo iba vestido con ropa de verano, manga corta, pantalones cortos, sandalias, ropa ligera. En su mundo, las personas que llevaban puesta una cazadora cuando no debían, ocultaban un arma de fuego o una bomba.

El tractor que tiraba de la carroza pasó junto a ellos. Morgan y el otro tipo estaban al lado de la carroza llena de adolescentes que saludaban con la mano. En la parte trasera había una plataforma con dos adolescentes subidos, y Bo iba sentada con la espalda apoyada contra la plataforma, fuera de vista. A través del papel de colores encajado en los huecos de una alambrada metálica veía el dorado pelaje de Tricks, que alzaba la cabeza con cada ladrido y la giraba de lado a lado.

El desfile se interrumpió de nuevo, la carroza se detuvo, y la banda comenzó a tocar una alegre pieza. Estallaron los aplausos, pero Morgan no se molestó en buscar lo que los había causado. Toda su atención estaba centrada en el hombre que seguía abriéndose paso entre la gente que había en la acera.

El tipo se situó a la altura de la parte trasera de la carroza, donde iban Tricks y las chicas, y bajó de la acera a la calle. Su mirada no abandonó la carroza en ningún instante mientras metía la mano en la cazadora.

El desfile había vuelto a detenerse, pero a Tricks no le importó. Se consideraba la receptora de todos los aplausos. Bo no pudo evitar reírse ante lo metida que se la veía en su papel. De vez en cuando se volvía hacia su dueña, para asegurarse de que su mamá humana siguiera allí, pero en general se comportaba como la estrella que era.

El brillante sol caía con fuerza sobre la cabeza de Bo, que se alegró de haberse puesto las gafas de sol. Al ritmo que iba, el desfile seguramente duraría otra media hora. En realidad estaba disfrutando. Uno de los chicos le había dado una limonada fría y lo único que tenía que hacer era quedarse allí sentada, bebiendo la limonada a sorbos, y ver divertirse a Tricks.

Aprovechando la parada, una de las chicas abrió una botella de agua y sacó de alguna parte un cuenco, que llenó para que Tricks bebiera. La otra chica sujetaba la boa rosa para que no se mojara. Bo rio y se dispuso a hacer una foto, pero Tricks dejó de beber antes de que ella pudiera sacar el móvil del bolso. Esperaba que alguien estuviera haciendo fotos a lo largo del recorrido y que luego las compartiera con ella. No se le había ocurrido encargarse a Morgan de esa tarea. Para no correr riesgos, haría algunas fotos de Tricks antes de que todos se bajaran de la carroza.

Volvió a apoyarse contra el estrado, feliz por lo bien que estaba saliendo todo. El cojín resultaba sorprendentemente cómodo y empezaba a entrarle sueño. Apoyó también la cabeza contra el estrado y gracias a las gafas de sol, aunque cerrara los ojos nadie se daría cuenta. La idea resultaba de lo más tentadora.

Kyle Gooding se situó en la calle, a unos pocos metros de la parte trasera de la carroza. Bo lo miró boquiabierto. ¿Qué hacía cruzando la calle en medio de un desfile? ¿Se había vuelto loco?

Y entonces sacó una pistola de debajo de la cazadora, el atractivo rostro desfigurado por un feo gesto, y apuntó la pistola... directamente a Tricks.

A Bo se le heló la sangre en las venas ante el horror que sintió, y el corazón le dejó de latir. Entornó los ojos al máximo y con un grito gutural, inhumano, se lanzó hacia delante, consciente de que no le daba tiempo de cubrir la distancia que le separaba de Tricks para salvarla, consciente de que esa preciosa vida iba a quedar destrozada, consciente de que iba a matar a Kyle Gooding con sus propias manos a no ser que también le disparara a ella antes de que lo consiguiera. Aterrorizada, histérica, intentó desesperadamente agarrar a Tricks. El aire era denso, ralentizando su paso, sujetando sus manos y pies.

Las dos niñas vieron la pistola y gritaron, agachándose. Bo vio el destello en los ojos de Kyle, mientras los agudos gritos rasgaban el ambiente, en un breve instante de duda.

Algo azul se coló en su campo de visión en el instante en que un disparo hacía estallar la alegría del día, la paz de la ciudad, su corazón.

Tricks soltó un aullido. Uno solo.

Sin dejar de gritar, incapaz de parar los sonidos animales que surgían de su garganta, Bo alcanzó a Tricks.

La rodeó con sus brazos, esperando sin esperanza que la herida no fuera fatal, buscando en el dorado pelaje con manos temblorosas, tan temblorosas que no podía controlarlas. Tricks se apoyó contra ella y le lamió la mejilla. Los horribles gritos habían cesado y Bo se oyó balbuciendo algo a su perro,

suplicándole que estuviera bien, «aguanta, cielo, yo cuidaré de ti. Mataré a ese bastardo».

¿Dónde estaba la sangre? No la veía.

—Lo siento —se disculpó una de las niñas, arrodillada sobre la carroza, llorando—. Le pisé una pata.

Bo no conseguía aclarar sus pensamientos. ¿Qué tenía que ver el que le hubieran pisado la pata a Tricks con el hecho de que le hubieran disparado? Pero la niña, ¿Christa?, levantó sus llorosos ojos azules hacia Bo.

—Vi la pistola y me agaché, y entonces pisé la pata de Tricks y ella aulló. Está bien, ¿verdad? ¿No la he dejado tullida?

Bo seguía atrapada en una maldita neblina, incapaz de pensar. El tiempo transcurría a una agonizante cámara lenta. Giró la cabeza hacia la derecha y vio a Kyle Gooding, el bastardo, boca abajo sobre el asfalto con la rodilla de Morgan sobre su espalda mientras le retorció el brazo derecho hacia arriba y hacia atrás con una agonizante presión, a juzgar por los gritos de Kyle.

—¡Me estás rompiendo el brazo! Para. Me estás rompiendo el brazo.

Morgan le propinó otro violento tirón y el grito se convirtió en un aullido. A continuación levantó la vista hacia Bo, arrodillada y abrazada a Tricks, el rostro transfigurado en una salvaje máscara, la mirada de un azul hielo.

—¿Estás bien?

Ella quería gritar y arrancarse los cabellos. ¿Cómo podía estar bien cuando Tricks...? Sin embargo, Tricks estaba allí sentada, apoyada contra ella y propinándole lametones. Christa pareció darse cuenta de lo que sucedía porque rodeó a Bo con sus brazos.

—No pasa nada, jefa —susurró con dulzura, las lágrimas aún rodando por sus mejillas—. Tricks está bien. No le disparó. El señor Rees se lo impidió.

Bo movía la boca como si estuviera intentando formar palabras.

—El disparo —consiguió decir al fin antes de que se le cerrara la garganta.

A pesar del sol estaba helada. El corazón volvía poco a poco a latir con calma.

Morgan miró a su alrededor. La gente empezaba a rodearlos, murmurando y haciendo preguntas. Bo oía gritos y jaleo mientras todo el mundo corría hacia ellos, empujándose unos a otros. Vio a Jesse correr desde el parque con expresión alerta.

—¿Hay alguien herido? —rugió Morgan—. El disparo salió desviado. ¿Hay alguien herido?

Ante la pregunta, todos miraron a su alrededor, pero nadie parecía estar herido.

De repente un alarido rasgó el aire.

—¡Dios mío! Le han disparado —se oyó.

La sangre de Bo volvió a helarse en sus venas.

—¡Mierda! —gimió Kyle—. ¡Me estás rompiendo el brazo!

—Cállate —espetó Morgan agarrando a Kyle por los pelos y golpeando bruscamente su cabeza contra el pavimento.

Kyle se calló, seguramente porque estaba inconsciente.

A Bo no le pareció mal aquello. Si alguien preguntaba, estaba dispuesta a jurar que Morgan no había hecho nada. Lo que declarara la gente que se arremolinaba en torno a ellos, estaba por ver, pero no le pareció oír ninguna expresión de simpatía hacia Kyle.

Bo sintió que debería bajarse de la carroza. Debería dejar de agarrar a Tricks y bajarse de la carroza, hacer su trabajo, porque era la jefa de policía. Pero era incapaz de moverse, incapaz de lograr que le importara. Apoyó la mejilla sobre la cabeza de Tricks y cerró los ojos mientras intentaba concentrarse en respirar.

De repente aparecieron Jesse y Patrick, Jesse vestido de calle porque era su día libre y Patrick de uniforme, pues estaba oficialmente a cargo. Patrick se agachó junto a Morgan y esposó a Kyle, mientras que Jesse se acercaba a la parte trasera de la carroza.

—¿Está todo el mundo bien ahí arriba, jefa?

—Creo que sí —fue Christa la que contestó con voz temblorosa, como si supiera que Bo era incapaz de hacerlo—. Nos estaba apuntando y el señor Rees lo derribó.

En realidad a quien había estado apuntando era a Tricks, aunque estando las chicas tan cerca y Bo justo detrás, cualquiera de ellas podría haber sido alcanzada por una bala.

Los gritos alrededor de la persona herida se hicieron más fuertes y Jesse se dirigió hacia ellos. Bo se estaba recuperando, al menos estaba pensando en recuperarse, cuando unos fuertes brazos la rodearon y la bajaron de la carroza. De inmediato quedó envuelta en el aroma y el calor de Morgan que empezó a derretir el hielo de sus venas.

—No —consiguió decir con voz débil, aunque no estaba muy segura de a qué se estaba negando.

—¿Puedes tenerte en pie? —preguntó Morgan mientras la dejaba en el suelo.

Ella asintió. Morgan le tomó una mano y la posó sobre la carroza, por si acaso. Después tomó a Tricks en brazos y la dejó suavemente en el suelo también. Se enrolló la correa alrededor de la muñeca y le pidió a uno de los

chicos que le pasara el bolso de Bo. Colgándoselo del hombro izquierdo, volvió a tomar a Bo en brazos.

—¿Puede alguien abrir esta tienda? —gritó—. La jefa necesita protegerse del sol.

Alguien pudo abrirla. Resultó ser la ferretería. Morgan llevó a Bo al interior con Tricks trotando a su lado. El establecimiento estaba fresco y era más íntimo que la calle. A ella ni siquiera le importó el característico olor que tenían las ferreterías.

Alguien le ofreció una destartalada silla de oficina con ruedas y Bo se sentó antes de inclinarse hacia delante y abrazar a Tricks, enterrando el rostro en el suave pelaje. El alcance de lo que había estado a punto de suceder era tan grande que apenas conseguía respirar, apenas lograba que sus pulmones bombearan. Tricks había sido apuntada con un arma, y todo por su culpa. A pesar de la locura que había invadido el cerebro de Kyle Gooding, sabía muy bien que la mejor manera de golpearla era a través de su perra. Todo el mundo sabía que adoraba a ese animal, y la alegre, inocente y feliz Tricks había estado a punto de morir por ello.

La consciencia de ello resultaba devastadora y la llenaba de tal dolor y remordimientos que no podía controlar sus emociones. Había podido con todo lo que la vida le había mandado: inestabilidad, traición, problemas financieros, privaciones, pero no sabía si sería capaz de soportar que a Tricks le sucediera algo malo por su culpa. ¿Qué era lo que había hecho? ¿Qué había podido enfurecer a Kyle hasta el punto de decidir destruir la vida de alguien a quien amaba?

¡El hijo de perra! Bo sentía verdaderos deseos de estrangularlo, de golpearlo con todo lo que tuviera a mano.

Fue Morgan quien la arrancó de sus pensamientos. Se agachó frente a ella y le agarró los brazos con sus grandes y cálidas manos, contemplándola con los ojos azul hielo casi cubiertos por las oscuras cejas fruncidas en un gesto de preocupación.

—Bo, cielo, todo va bien. Tricks está bien.

Ella comprendió de repente que Morgan también podría haber muerto. Saltar sobre Kyle como lo había hecho... Kyle podría haber vuelto el arma hacia él y disparar. Había arriesgado su vida por ella, por Tricks, por todos los que estaban en la carroza, por los espectadores que presenciaban el desfile. Kyle podría haber seguido disparando hasta quedarse sin munición. Pero, a pesar de haber estado a punto de morir un par de meses antes, Morgan no lo había dudado ni un instante.



Sintiendo que algo no iba bien, Tricks apoyó la cabeza sobre el muslo de Bo y la miró con expresión preocupada. Ella le acarició suavemente la cabeza.

—¿Por qué no disparaste contra él? —preguntó en un susurro, porque no quería que nadie más se enterara de que Morgan iba armado.

—No tenía un buen ángulo de tiro con toda esa gente alrededor —murmuró él.

La miraba con tal intensidad que ella por fin comprendió que debía recomponerse. Era la jefa de policía y debía comportarse como tal. Si el alcalde Buddy y el consejo municipal decidían que Jesse y Patrick se ocuparan del incidente porque ella estaba demasiado involucrada, no le causaría mayor problema, pero hasta que se lo comunicaran, tenía un trabajo que hacer.

Respiró hondo, volvió a soltar el aire, y encajó la mandíbula. Por dentro seguía temblando, pero por fuera mostraría firmeza, o moriría en el intento.

—Estoy bien —anunció mientras alzaba la cabeza y miraba a su alrededor a todas las personas que se arremolinaban en la tienda, todas con expresiones de preocupación dibujadas en las caras, algunas conocidas y otras no—. Dadle un poco de agua a Tricks, yo tengo que volver ahí fuera a hacer mi trabajo.

## Capítulo 18

Salió al brillante sol primaveral, seguida de cerca por Morgan, que sujetaba la correa de Tricks en la mano. Tras beber unos sorbos de agua, el animal se había negado a dejar marchar a su dueña sin ella, como si se hubiera dado cuenta de lo alterada que estaba.

De nuevo, por culpa de Kyle Gooding, oyó sirenas de policía y ambulancia aproximarse a Hamrickville. En esa ocasión no habría retirada de cargos, al menos no por su parte. Tenía la intención de acusarle de todos los cargos posibles y dejar que el fiscal se ocupara de ello.

La calle estaba atestada de gente que iba de un lado a otro, y carrozas que taponaban el tráfico en todas direcciones. Los chicos de la asociación de veteranos, y los Shriners, intentaban despejar las calles apartando las carrozas del camino, lo cual generaba dificultades, ya que en algunos casos los hombres que habían conducido los tractores los habían abandonado para ver de cerca lo sucedido. Sin embargo, la parte delantera del desfile empezaba a moverse y la zona a despejarse.

La mayor concentración se producía junto a la parte trasera de la carroza donde se encontraba Kyle, y también al otro lado de la calle, donde estaba la víctima del disparo. Con Morgan y Tricks a su lado, Bo optó por cruzar la calle. No quería ver a Kyle porque, si lo hacía, podría saltar sobre él. No solo eso, le daba igual si ese hijo de perra moría o no.

Se abrió camino entre la gente, ayudada por el fuerte brazo de Morgan que, extendido al frente, iba apartando a las personas a su paso. Algunas la miraban y se disculpaban, «lo siento, jefa», mientras se hacían a un lado. Otras miraban a Morgan con los ojos muy abiertos y murmuraban «perdón», también al apartarse. A Bo no le hacía falta imaginarse el aspecto que tendrían los ojos de Morgan, pues ya había visto ese hielo letal con anterioridad. Lo cierto era que no estaba segura de necesitar su intervención, pero se alegró de tenerlo allí.

Había un hombre tirado en el suelo, la cara y la camisa cubiertas de sangre. Varias personas se arrodillaban junto a él, y una mujer le comprimía la herida de la cabeza con un trapo. El hombre tenía los ojos abiertos y hablaba. Eso era bueno.

Bo hizo lo que mejor sabía hacer, despejar a la multitud. Después se agachó y averiguó el nombre de la víctima, Jeff Simmons. No lo conocía de nada,

aunque su esposa, la mujer que sujetaba el paño sobre la herida, sí le resultaba familiar. No tardó mucho en saber que la señora Simmons era profesora en la escuela local, por eso le resultaba tan familiar.

La mujer conseguía mantener la calma y le ofreció a Bo una declaración coherente. Pero, al levantar el paño, la herida de la cabeza de su esposo empezó a manar sangre. La señora Simmons soltó una exclamación y empezó a llorar.

—Yo me ocuparé —anunció Morgan mientras se agachaba al lado de la mujer y se colocaba entre Tricks y el hombre herido—. He recibido entrenamiento médico.

Morgan volvió a taponar la herida con el paño y treinta segundos después había conseguido una camiseta que colocó encima, atándolo todo con la corbata de otra persona. ¿Quién iba a un desfile vestido con corbata?

Bo siguió despejando corrillos y luego se concentró en obtener una declaración formal. El señor Simmons se mostraba impresionantemente tranquilo.

—No creo que me hayan disparado —aseguró—. Cierto que todos oímos el disparo, pero hubo un fuerte sonido metálico y algo me alcanzó en la cabeza.

—¿Estaba cerca de ese poste de la luz? —Morgan miró a su alrededor sin dejar de hacer presión sobre la herida.

—Sí —afirmó el hombre.

—Creo que la bala alcanzó el poste y una astilla de madera le golpeó en la cabeza. O quizás no. La bala podría haber rebotado, rozándole la cabeza. En cualquier caso, no hay orificio de entrada.

—¡Alabado sea el Señor! —lloriqueó la señora Simmons.

La mujer se enjugó las lágrimas, lo que resultó ser una total pérdida de tiempo porque seguía llorando. Alguien le pasó un paquete de pañuelos de papel.

Los paramédicos llegaron y aparcaron en una calle lateral para hacer lo que les quedaba de trayecto corriendo. Bo y Morgan se hicieron a un lado. Tricks golpeó la pierna de Bo con una pata y gimoteó. La atmósfera era totalmente distinta a la del desfile y no le gustaba ni un poquito. O eso, o necesitaba mear. Bo la miró y sonrió emocionada. Desde luego esa mirada era de «necesito mear». Suponiendo que un perro pudiera retorcerse, Tricks se retorció.

—Necesitas estar un rato a solas con ella —observó Morgan tras interpretar la silenciosa conversación entre perro y dueña—. Llévala junto a ese edificio. Tengo que ocuparme de algo. ¿Adónde irás después?

—Volveré aquí —contestó ella mientras se dirigía a la acera—. Más me vale no acercarme a Kyle.

—Nos vemos aquí. Tardaré quince minutos como mucho.

Morgan deslizó una mano por la nuca de Bo y la besó en la frente, sin importarle quién pudiera estar mirando. Llegados a ese punto, a Bo no podía importarle menos, y no parecía que a él le hubiera importado nunca. Lo único que quería era terminar lo que tuviera que hacer y marcharse a su casa.

Morgan se abrió paso entre la gente. Hamrickville no era un sitio grande, pero casi todos los habitantes parecían estar en la calle. Eso le frenó algo el paso, aunque tampoco demasiado. Tenía que ocuparse de un asunto y quería hacerlo cuanto antes. Su rostro no dejaba lugar a dudas y algunas de las personas más perceptivas le abrieron paso. Sentía cómo se le helaba la sangre, la hiperalerta de todos sus sentidos, el modo en que siempre reaccionaba cuando todo se iba a la mierda y había que luchar o morir.

Jesse y Patrick seguían junto a la carroza, pero Kyle Gooding estaba sentado en el suelo. La sangre le goteaba de la nariz y la barbilla. Morgan lo miró con frialdad, deseando haberle golpeado la cabeza contra el asfalto con más fuerza. De haberlo hecho, todo habría terminado. Había sido un error de cálculo por su parte.

Patrick había acercado el coche patrulla, abriéndose paso entre la gente con las luces azules encendidas, aunque había tenido que hacer uso de la sirena ocasionalmente. Morgan esperó a que levantaran a Kyle del suelo y lo metieran con suavidad en la parte de atrás del coche, aunque Morgan sospechaba que ambos habrían preferido meterlo de un puntapié. Kyle, con gesto hosco, se miraba los pies.

—Me gustaría hablar en privado con ese imbécil —Morgan se acercó a Jesse—. ¿Puedo subirme al coche?

—No puedes matarlo —Jesse se volvió y lo miró fijamente.

—No era mi intención —«al menos de momento».

—Ni siquiera puedes tocarlo. Esta vez no voy a correr el riesgo de que se libre.

—Tampoco tengo intención de tocarlo.

—De acuerdo entonces —una gélida sonrisa se dibujó en el rostro de Jesse—. Te pediría que lo grabaras todo con el móvil, pero seguramente será mejor que no sepa lo que se diga ahí dentro. Da un golpecito en la ventanilla cuando quieras bajar.

Morgan asintió, abrió la puerta trasera del otro lado del coche y se sentó junto a Gooding. Cerró con un calculado portazo.

—¿Quién coño eres tú? —Kyle levantó el rostro manchado de sangre y lo miró.

«Tu peor pesadilla». La cinematográfica frase se materializó en la mente de Morgan, pero se contuvo de pronunciarla en voz alta. Miró por la ventanilla en lugar de a Kyle y habló en tono despreocupado.

—Soy el hombre que va a matarte.

—¿Qué? ¿Quién...? —las palabras sonaban pastosas por culpa de la hinchazón en los labios de Kyle.

Morgan sonrió satisfecho y lo miró. La sonrisa no era nada amistosa, a juzgar por el gesto de Kyle, que se echó hacia atrás todo lo que pudo.

—Intentaste matar a la jefa. Y da la casualidad de que estoy enamorado de ella.

Morgan se sorprendió de las palabras que surgieron de su propia boca, pero siguió adelante. Ya reflexionaría sobre ello más tarde.

—Yo no intentaba matarla —balbució Kyle con gesto hosco—. El perro. Iba a disparar al jodido perro. Todo ha sido por culpa suya. Si no hubiera saltado sobre mí, jamás la habría golpeado, y mi familia no me habría obligado a firmar los jodidos papeles del divorcio para evitar ser arrestado. Yo he perdido mi casa, y ella debería perder a su perro. A nadie le importa un perro, ni siquiera puedes acusarme de «daño emocional», ni nada de eso. Me he informado.

—Bueno, verás, eso es lo que dice la ley, pero a mí la ley me importa una mierda. Y da la casualidad de que yo también adoro a esa perra. Es mucho más lista que tú. Y también más atractiva.

—Que jodan al maldito perro. Me estás amenazando. Eso va contra la ley —por la barbilla de Kyle corría un hilillo de sangre y babas—. Haré que te detengan.

—Perfecto. Puedo conseguir que nos encierren en la misma celda —Morgan volvió a mirar despreocupadamente por la ventanilla—. Te diré lo que va a pasar. No vas a decir ni una palabra sobre lo de que apuntabas al perro, vas a declarar que intentabas matar a la jefa...

—¡Y una mierda!

—Y vas a declararte culpable —continuó Morgan como si Kyle no lo hubiera interrumpido—. Irás a la cárcel. Porque será la única manera de que permanezcas con vida. No saldrás bajo fianza, plantarás tu patético culo en una celda hasta ser juzgado, y cumplirás tu condena. Cuando salgas, te marcharás lejos de aquí y jamás regresarás a esta región.

—¿Sabes quién soy yo? Mi padre...

—Que se joda tu padre. El problema es que tú no sabes quién soy yo. Soy un hombre que sabría matarte de siete maneras distintas, una por cada día de la semana, y me muero de ganas de probar las siete contigo, hijo de perra. Pon un pie fuera de la cárcel y serás hombre muerto. No lo olvides. ¿Quieres saber cómo tengo pensado matarte? Creo que arrancarte la piel me produciría un gran placer. Puedo hacer que dure mucho, y estarás vivo y gritando hasta el final. Sí, me gusta la idea —Morgan recordó el pálido rostro de Bo y su mirada salvaje, los sonidos inhumanos que surgían de su garganta mientras se lanzaba sobre Tricks, y la veracidad de sus palabras se reflejaron claramente en su rostro.

Kyle reculó en el asiento hasta golpearse la cabeza contra la ventanilla. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, reflejando el terror que sentía.

—¡Estás como una cabra!

—Puede ser —Morgan consideró la afirmación y se encogió de hombros—. Pero también soy un hombre de palabra. El único sitio en el que estarás a salvo de mí será en la cárcel. Y será mejor que reces para que no les suceda nada a la jefa o su perra, porque si les pasara algo voy a suponer que has pagado para que ocurra e iré a por ti, cárcel o no. No habrá lugar en el que puedas esconderte, ni siquiera cambiándote de nombre. Y sé cómo librarme, aunque le pidieras a un centenar de personas que fueran a por mí si algo te sucediera.

Los ojos de Kyle prácticamente se le salían de las órbitas. Pero el muy imbécil no cedía, aferrado a la idea de que era más listo que nadie.

—No te creo —balbució.

—Será tu funeral —contestó Morgan—. Y me muero de ganas de asistir a él —dio un golpecito en la ventanilla y Jesse abrió la puerta del coche.

Antes de bajarse, Morgan le ofreció a Kyle otra gélida sonrisa.

—Si te dice que lo he amenazado, está mintiendo —informó a Jesse.

—Ya me lo suponía.

Antes de que hubieran transcurrido los quince minutos prometidos, Morgan ya estaba de vuelta. Bo había llevado a Tricks a mear y luego se había arrodillado junto a su perra para abrazarla y mimarla durante varios minutos, tan agradecida de que estuviera viva que había estado a punto de desmoronarse y permitir que fluyera el torrente de lágrimas que amenazaba con escapar de su control. Y allí seguía cuando Morgan rodeó el edificio buscándola.

—Ya podemos irnos a casa —anunció él, apoyando una mano en la espalda de Bo, que se había levantado.

—No, no podemos. Aún tenemos que prestar declaración.

—A la mierda. Jesse puede acercarse por casa —la expresión en el rostro de Morgan era dura, implacable, como si le importara un bledo si declaraban o no.

Gracias a Dios que la había acompañado al desfile. De no haberlo hecho... Bo ni siquiera se atrevía a pensarlo. Incluso después había seguido siendo una roca sobre la que apoyarse, capaz de actuar donde ella se había quedado petrificada por una debilitante sensación de horror que aún perduraba en sus huesos.

—Es mi trabajo —contestó ella mientras se preparaba para ello.

No resultaría traumático, solo agotador. Porque lo único que quería era acurrucarse y no pensar durante un par de días.

Cuando hayas tenido suficiente, házmelo saber y nos sacaré de aquí.

Y lo haría. Independientemente de la cantidad de preguntas que requerían respuestas, si ella anunciaba que quería irse a casa, él la llevaría.

Algo más animada por esa certeza, Bo se sumergió en sus obligaciones. El trabajo policial siempre era más lento de lo que la gente pensaba. La televisión había dado al país la falsa idea del tiempo necesario para procesar la escena de un crimen, de interrogar a los testigos, y en ese caso había más de cincuenta testigos que habían visto algo, y unos doscientos que solo creían haber visto algo. Pasarían varias horas antes de que pudiera regresar a su casa, el resto del día en realidad.

Jesse le tomó declaración, a ella y a Morgan, y luego a todo el que hubiera visto algo. De todos los críos que habían ido en la carroza, el testimonio de Christa fue el más coherente y completo, lógico puesto que había estado arrodillada junto a Tricks, rodeándole el cuello con un brazo, mirando fijamente la pistola en la mano de Kyle.

Nadie mencionó el detalle de que Morgan hubiera golpeado la cabeza de Kyle contra el asfalto y, si el propio Kyle lo había denunciado, Bo no estaba al corriente. Kyle ni siquiera se encontraba allí. Había sido llevado a la cárcel del condado... otra vez. Sin embargo, la comisaría estaba tan abarrotada como el día del incidente entre Melody y la señorita Doris, con gente entrando y saliendo todo el rato. El desfile, por supuesto, había sido suspendido, pero el pícnic no. En cuanto se hubo restablecido la normal circulación, la gente no quiso otra cosa que no fuera reunirse en el parque donde todos pudieran comentar lo sucedido, o lo que pensaban que había sucedido.

Alguien llevó a la comisaría algo de comida para la jefa, y una cerveza fría. Bo se moría por tomarse esa cerveza, pero estaba demasiado cansada y nerviosa para decidir si estaba de servicio o no, de modo que optó por beber agua. Morgan se tomó la cerveza mientras le dedicaba un gesto burlón. A Bo le daba igual que se burlara de ella. Había salvado la vida de Tricks y, por lo que a ella respectaba, podía burlarse todo lo que quisiera.

Daina se acercó a la comisaría para hacerse cargo de Tricks. Bo la dejó marchar aunque cada célula de su cuerpo protestó al perder de vista al animal. A Tricks le encantaban las multitudes y la gente, pero se le notaba cansada y necesitaba echarse una siesta.

Por fin el día concluyó. Jeff Simmons quedó ingresado en el hospital para pasar la noche en observación. Al parecer había sido rozado por la bala rebotada, pero se pondría bien. Daina regresó con Tricks, ya descansada, que saltó de uno a otro para anunciar su presencia, regresando cada vez junto a Bo para tocar la base, su centro de seguridad.

Bo decidió que ya había tenido bastante y anunció con tono de cansancio que se iba a casa.

El alcalde Buddy, de natural solemne, había estado allí todo el tiempo y le dio una palmadita en el hombro.

—Has tenido un día duro. Creo que deberías tomarte un par de días libres, calmarte un poco. A no ser que se desate el infierno esta noche en el parque, Jesse y el resto de los hombres se ocuparán de todo, y te llamarán en caso necesario. Lo digo en serio. Quédate en casa.

Normalmente habría seguido al pie del cañón. Pero aquello no era normal, de modo que Bo asintió.

—Me tomaré un día por lo menos.

Después haría un repaso de su estado. Estaba agotada. Se sentía vacía y alarmanamente frágil, como si pudiera estallar en mil pedazos sin previo aviso. Necesitaba irse a casa.

—Iré a por el coche —anunció Morgan.

Bo recordó entonces que habían aparcado en la otra punta de la ciudad, donde empezaba el desfile.

—No hará falta —anunció el alcalde Buddy, evidentemente comprendiendo dónde había aparcado su coche Morgan—. Tengo el coche aquí mismo, os llevaré.

—Gracias, pero también está Tricks —señaló ella.

A muchas personas no les gustaba llevar animales en los coches. Ella había sido de esas, hasta tener a Tricks.



El alcalde Buddy miró a la perra, tumbada con el hocico apoyado en el pie de su dueña, y un espasmo cruzó por su cara. La versión oficial era que Kyle había tenido intención de disparar a Bo, pero ella sabía que no era así, y era evidente que más personas lo sabían también.

—Puede subirse a mi coche cuando quiera —anunció el alcalde—. Incluso en el asiento delantero.

—No le des ideas —Bo consiguió sonreír, aunque débilmente.

El trayecto hasta el parque duró unos escasos minutos. El parque estaba abarrotado de gente que terminaba la jornada tal y como lo habían planeado, con pícnic, puestos de comida, globos, juegos y fuegos artificiales que darían por concluida la festividad. Para la mayoría, el jaleo de la mañana había supuesto una momentánea distracción que no les había afectado salvo para proporcionarles un tema de conversación mientras asaban hamburguesas y perritos calientes en la barbacoa. Y nadie prestó atención cuando el alcalde Buddy se detuvo junto al SUV negro de Morgan.

—Me siento con ella —anunció Bo cuando Morgan abrió la puerta trasera para que Tricks saltara al interior.

Él asintió y abrió la otra puerta trasera para ella.

—Enseguida vuelvo —anunció tras arrancar el motor para poner en funcionamiento el aire acondicionado.

Morgan se acercó a una de las furgonetas donde vendían comida. Regresó al poco rato con una bolsa de papel marrón que llenó el Tahoe de olor a hamburguesas y cebollas. Bo consultó la hora, sorprendida al comprobar que ya había pasado la hora de la cena. Se había comido casi la mitad de lo que le habían llevado al mediodía, demasiado conmocionada para poder comer más, pero en esos momentos se descubrió francamente hambrienta. Lo curioso era que, si a Morgan no se le hubiera ocurrido, ella se habría quedado sin comer.

Tricks mostró un gran interés por los olores que surgían de la bolsa de papel, pero el arnés enganchado al cinturón del asiento le impedía saltar al asiento delantero para inspeccionar. No obstante, el animal se inclinó hacia delante todo lo que pudo, los oscuros ojos fijos en la bolsa. Bo apoyó una mano sobre ella, hundiendo los dedos en el suave pelaje, necesitando sentir el calor y la vida que seguían allí. Necesitaba tocarla.

—Gooding seguramente va a declararse culpable —anunció Morgan mientras la miraba por el espejo retrovisor.

—¿Kyle? —Bo se removió en el asiento y bufó—. Su padre seguramente ya se habrá puesto en contacto con cada juez y abogado que conoce y ya estará intentando borrar lo que ha hecho.

—Estoy bastante seguro de que no sucederá así en esta ocasión.

Morgan no añadió nada más, pero ella no era estúpida, y no había olvidado su mirada, ni los quince minutos que se había tomado para hacer algo que tenía que hacer. En su rostro, en la frialdad de su mirada, aún se reflejaba algo de esa expresión. Estaba bastante segura de que, si Kyle se declaraba culpable, sería porque temía las consecuencias de no hacerlo. A Bo se le daban bien esas cosas, y no le hacía falta preguntar.

De repente sintió todo el peso del cansancio caer sobre ella de golpe. El agotamiento emocional la dejó vacía, como si hubiese corrido una maratón. Se acercó a Tricks y descansó la cabeza sobre su costado, disfrutando de la agradable sensación de estar cerca de ella.

—Ya sé que es un perro —murmuró, sin saber si Morgan la oía. Tampoco le importaba, porque necesitaba decirlo—. Pero la quiero.

No añadió ninguna aclaración. El amor era el amor y no podía medirse.

—Lo sé —contestó él con calma, mirándola de nuevo por el espejo retrovisor.

Por fin llegaron a su casa. Tricks saltó del coche, recuperadas las energías. Bo bajó como si le dolieran todos los huesos del cuerpo, y en el fondo así era, pero más que nada estaba tan cansada que apenas podía moverse.

—Todavía es de día —Morgan miró hacia el cielo—. Puedo sacarla de paseo. Entra en casa y pon los pies en alto, o cómete una hamburguesa. Yo comeré cuando volvamos.

—Os acompaño —anunció ella sin pensárselo dos veces.

Aún era demasiado pronto para perder a Tricks de vista. Había permitido que Daina se la llevara porque sabía que era lo mejor para la perra, pero solo por eso, y había estado nerviosa cada segundo que había transcurrido hasta su regreso.

Morgan pareció captarlo, pues asintió brevemente y le ofreció la mano izquierda. Bo no sabía si debía tomarla, o si no era más que un gesto de «vamos», pero optó por agarrarla con fuerza.

—Gracias.

Debería haberlo dicho antes, y lo habría hecho de haber podido pensar siquiera. Intentaba con todas sus fuerzas funcionar sin ceder al terror que seguía agazapado en su interior, pero apenas lo conseguía.

—Fue una suerte, más que suerte, que estuvieras allí.

Morgan le apretó la mano y entrelazó los dedos con los suyos hasta que sus palmas se pegaron. El contacto con su piel, la fuerza que ella sentía en la mano, la mantuvo cuerda en un momento de creciente fragilidad en el que tenía la sensación de ir a estallar en mil pedazos.

—No fue suerte —él sacudió la cabeza mientras atravesaban el patio para dirigirse al camino que Tricks y ella habían hecho en el suelo—. Ya me había llamado la atención.

Bo observaba a su perro bailotear por el sendero tan entusiasmada como si no caminara por él varias veces al día desde que era un cachorrito, pero el comentario de Morgan le hizo volver la cabeza sorprendida.

—No sabía quién era —le explicó—, pero llevaba puesta una cazadora y eso me hizo sospechar. Cuando empezó a andar, lo seguí.

—¿Qué tiene de sospechosa una cazadora? —de repente, Bo lo comprendió—. ¡Oh!

¿Por qué llevaría alguien cazadora con ese calor si no era para ocultar algo debajo? Ella jamás se habría fijado en ese detalle, al menos no al principio.

Los horribles y breves momentos regresaron a su mente, tan vívidos como si estuvieran sucediendo de nuevo. Vio el odio en la mirada de Kyle, la brutalidad en estado puro, y el enfermizo disfrute ante lo que iba a hacer.

—Estaba apuntando a Tricks —susurró mientras tragaba con dificultad porque la garganta se le cerró automáticamente al recordar.

—Eso me pareció, aunque podría haberte apuntado a ti, dado que estabas justo detrás de la perra. Pero estaba casi seguro de que su objetivo era Tricks.

—Sabía que no me daba tiempo de llegar hasta ella —la voz de Bo era cada vez más débil—. Pero tú sí lo hiciste.

—¡Eh! —Morgan volvió a apretarle la mano y ella alzó la vista—. No iba a permitir que os sucediera nada a ninguna de las dos.

Pero podía haberles sucedido. ¿Quién sino Morgan podría haber pensado que había algo raro en alguien vestido con cazadora? Su entrenamiento, su experiencia en detenciones lo había situado en una posición única para inmovilizar a Kyle, pero ¿qué pasaría cuando se hubiera marchado? Bo no podía pensar en ello, sencillamente no podía.

—No lo entiendo. ¿Por qué hacerle daño a ella? Es un ser inocente... —a Bo se le quebró la voz.

—Te culpa por haber tenido que concederle a Emily todo lo que le pidió en el acuerdo de divorcio.

—¿A mí? —la ira le devolvió parte del control. Bo se detuvo en seco y lo miró perpleja.

—Su razonamiento, o la falta de ese razonamiento, es que todo el mundo estaba furioso con él porque te golpeó, y no te habría golpeado si no hubieras saltado sobre él. Por tanto, todo es culpa tuya.

Ante eso Bo no tuvo nada que decir, demasiado impactada por la monumental falta de lógica como para siquiera intentar pensar en ello. El

silencio era bueno, no requería ningún esfuerzo. Lo único que la mantenía en pie era observar la rutina de Tricks, aparentemente indiferente a los acontecimientos de aquella mañana, y la sensación de la mano de Morgan apretada contra la suya. Tricks hizo sus cosas y todos se dieron media vuelta, desandando el camino bajo la luz crepuscular.

Las hamburguesas se habían quedado frías, pero ella las calentó lo justo para poderlas comer, mientras Morgan abría una cerveza para cada uno. De no haber sido por esa cerveza, Bo jamás habría conseguido tragar la hamburguesa. Cuando todos, incluyendo Tricks, hubieron comido, los acontecimientos del día cayeron pesadamente sobre ella. Dejó que Morgan se ocupara de recoger y limpiar mientras ella se arrastraba escaleras arriba y se daba una ducha. Después, se asomó a la barandilla y le anunció que se iba a la cama.

Morgan estaba sentado en el sofá viendo la televisión e inclinó la cabeza hacia atrás para poder verla.

—¿Estás bien?

—No —contestó ella con sinceridad—. Pero lo estaré.

Y lo estaría. Sabía que lo estaría. Pero no esa noche. Todo estaba demasiado reciente y sus nervios seguían tensos. En cuanto se metió en la cama, Tricks se subió de un salto y se acurrucó contra ella, como si supiera que su dueña necesitaba consuelo.

La necesidad de tocar a Tricks era abrumadora. Bo acarició el suave pelaje, procurando no pensar en lo poco que le había faltado para perderla.

—Mi dulce niña —susurró mientras recordaba el cachorrito que había sido, una veloz bola de pelo empecinada en atacar la vida y probar todo lo que pudiera meterse en la boca, tropezando con sus propias patas, lanzándose contra los cordones de los zapatos de su dueña, salpicando como una loca en la piscina de plástico que le había comprado. Intentó aferrarse a esos recuerdos para obligarse a sonreír y utilizar los buenos recuerdos para mantener los malos a raya.

Pero no pudo. La frágil sonrisa se esfumó en la oscuridad, empujada por los malos recuerdos que lo ocupaban todo. Tumbada en la cama se sintió invadida por ese horrible instante en el que había intentado alcanzar a Tricks, consciente de que sería demasiado tarde. Durante unos breves minutos, tan devastadores que apenas era capaz de pensar en ellos, le había parecido ver morir a Tricks ante sus ojos. Ese aullido... ¿y si hubiera sido el último sonido emitido por Tricks?

Un grito de angustia escapó de su garganta. Bo hundió el rostro en el cuello de Tricks y sollozó. Odiaba llorar. Solía mantener sus emociones controladas

y encerradas, porque la mejor manera de salir adelante en la vida era con una visión pragmática y neutral de las cosas. Quería parar, quería dejar los sucesos del día atrás y recuperar el equilibrio.

Siempre había procurado mantener a Tricks a salvo, pero había sido incapaz de hacerlo durante el desfile. Si Morgan no hubiera estado allí, Kyle la habría matado.

Estaba tan sumida en la angustia que no oyó abrirse la puerta del dormitorio, pero no se sobresaltó al sentir que el colchón se hundía bajo el peso de Morgan, sentado con la cadera apoyada contra su espalda.

—Eh... —murmuró mientras le retiraba unos húmedos mechones del rostro—. No pasó. Procura pensar en eso. No pasó.

—Lo sé —contestó ella entre sollozos—. Pero estuvo a punto. No conseguí alcanzarla. Vi lo que estaba a punto de hacer y no pude moverme lo bastante deprisa. Tenía la sensación de que los pies estaban pegados al suelo.

—Si te sirve de algo mi experiencia, en situaciones como esta, lo que uno siente suele diferir de lo que sucede de verdad. Te movías como si hubieras salido disparada de un cañón.

—Y aun así no habría llegado a tiempo —el dolor que sentía Bo en el alma se reflejaba claramente en su tono de voz. Habría fracasado. Y Tricks estaría muerta.

El dormitorio no estaba totalmente a oscuras gracias a la luz que entraba desde el descansillo por la puerta abierta. Bo veía las cejas de Tricks subiendo y bajando de perplejidad ante el inusual comportamiento, tanto de su humano principal como de su humano auxiliar. Esa perra era tan expresiva que solo le faltaba hablar. El corazón de Bo se inflamó mientras deslizaba el dedo por el dorado pelaje para frotarle entre los ojos.

Durante toda la vida de Tricks, Bo había hecho lo posible por mantenerla a salvo, sana y feliz. Los perros no vivían muchos años y cada día valía su peso en oro. Pero a pesar de todo lo que había hecho, de todas las precauciones que había tomado, y los cuidados que le había prodigado, podría haber perdido a Tricks esa mañana, y la situación se había escapado totalmente de su control. Las cosas sucedían. Había personas imbéciles. No podía preverlo todo, ni siquiera la mayoría de las cosas. Las pérdidas se producían. Se producían al azar, azotaban sin previo aviso y a pesar de todos los esfuerzos por evitarlas. El rayo podía alcanzar a un ermitaño que viviera solo sobre una montaña con la misma probabilidad que a alguien en medio de la ciudad.

—No lo hagas —susurró Morgan.

Bo se dio cuenta de que volvía a sollozar y su intento de frenar las lágrimas estaba abocado al mismo fracaso que el de detener la bala.

También podría haber perdido a Morgan. En realidad no le pertenecía, y por tanto no lo habría perdido, pero... ese hombre le importaba. No podía negar el hecho de que le importaba. Tricks no había sido la única que había estado en peligro. Kyle podría haber apuntado a Morgan con la misma facilidad. La cruda realidad le había golpeado en la cara. No había ninguna garantía. Podía proteger sus emociones al máximo y aun así verse sorprendida por acontecimientos que escapaban a su control. Esa mañana podría haber perdido a Tricks. Y al día siguiente podría perder a Morgan. Se acostara o no con él, mostrar lo mucho que le importaba no afectaría al dolor que sentiría si algo le sucediera. Tendría que llevar la sobrecarga del remordimiento por no haber aprovechado al máximo el tiempo que habían pasado juntos.

Morgan podría irse o quedarse. Ella no tenía ningún control sobre eso. Lo único que podía controlar era cómo vivía el presente, pues el presente era lo único que tenía asegurado. Comprenderlo resultó casi tan terrorífico como el instante en que había pensado que Tricks iba a morir. Se había estado protegiendo, engañándose con una ilusión.

Morgan se levantó silenciosamente de la cama y salió al descansillo. Las luces se apagaron. Su ausencia le dolió a Bo, que estaba a punto de llamarlo, suplicarle que regresara, cuando vio su oscura silueta regresar hasta la cama.

Lo veía allí de pie mientras oía el crujir de la tela, el sonido del cinturón al golpear el suelo. El corazón de Bo inició un salvaje latido, lanzando la ardiente sangre por todo su cuerpo, borrando el frío.

La voz le llegó, profunda y firme, desde la oscuridad.

—Vamos, Tricks, encuentra otro lugar para dormir.

Morgan chasqueó los dedos y la perra, traidora, saltó como si estuviera deseando irse a su cómoda camita, pero estuviera haciéndole compañía a Bo solo porque la notaba muy alterada, pero «gracias, Morgan, por relevarme de ese deber». Sus patas golpearon el suelo y trotó decidida fuera de la habitación, como si tuviera algo importante que hacer.

Bo dejó escapar un grito ahogado ante sus propios pensamientos, mitad sollozo, mitad risa.

—¿Qué? —consiguió decir tras tragar con dificultad.

No podía decirse que fuera muy coherente o elocuente, pero fue todo lo que pudo decir.

—Ya sabes qué —él se sentó en la cama para quitarse los zapatos—. La pregunta era «cuándo». Y la respuesta es «ahora».

Más escueto imposible.

Bo deseaba aquello. Lo deseaba, concretamente, a él. Pero no lo quería allí movido por la pena, y tanto sollozo podría ahuyentarlo. Morgan no se le antojaba un hombre que mostrara mucha paciencia con la debilidad.

—¿Estás seguro?

—Bromeas, ¿no? —él se detuvo mientras sujetaba las sábanas en el aire.

—Estoy hecha un lío.

Era una maraña de emociones, lamentando cuando no había motivo para lamentar, llorando cuando odiaba llorar, tan desbordada por los pensamientos que no conseguía concentrarse en ninguno de ellos el tiempo suficiente para comprobar a ciencia cierta cómo se sentía.

—Soy un tío —contestó él muy prosaico mientras se metía en la cama.

A Bo le sorprendió su propia carcajada. Le sorprendió ser capaz de reír.

—¿Significa eso que a los tíos no les importan esas cosas?

—Más o menos —Morgan deslizó un brazo bajo la nuca de Bo y la apretó contra su cuerpo, apoyando la cabeza contra su hombro.

El calor de la piel desnuda la envolvió, caldeándola a través de la ropa. Bajo los dedos sentía la dureza del vello del torso, que había vuelto a crecer con bastante suavidad.

—No quiero que lo hagas porque sientas lástima por mí —admitió ella en un susurro casi inaudible.

A modo de respuesta, Morgan tomó la mano de Bo y la deslizó hasta la cinturilla de los calzoncillos. La erección saltó ante el primer contacto, empujando contra su palma.

—¿A ti esto te parece simpatía?

No, desde luego que no lo parecía. Bo sintió una sacudida de excitación por todo el cuerpo y, cuando Morgan quitó la mano, ella dejó la suya en el mismo sitio, deslizando los dedos por la larga dureza antes de cerrarlos en torno al pene para hacerse una buena idea de su tamaño. Antes de que pudiera contenerlo, de su garganta surgió un suave ronroneo. Era tan grande que ella sintió una punzada de duda, duda que se encargaron de disipar sus hormonas. Sí, lo deseaba, deseaba aquello. Siempre había estado sola, se las había arreglado sola, pero en esos momentos no quería.

Las caricias arrancaron un gemido de Morgan, que se puso aún más duro. Con firmeza le retiró la mano.

—Tú no eres la única que tiene problemas —exclamó con voz ronca—. Hace tanto que no disfruto de sexo que puede que no dure más de quince segundos. Tengo que pensar en las cuestiones tácticas.

—¿Me estás considerando como una misión militar? —la oscuridad le permitió a Bo relajarse, sonreír.

—Ya te digo. Tengo un territorio que conquistar, empezando por estos dos enclaves estratégicos —él deslizó una mano bajo el top y frotó delicadamente los pezones, que se tensaron de inmediato.

La rugosa piel le provocó un estallido de sensaciones desde los pezones directo a la entrepierna. Bo arqueó la espalda a modo de respuesta, los dedos hundiéndose en los hombros. Una excitación primitiva le encendió las terminaciones nerviosas, disparando tal cantidad de respuestas que, instintivamente, se volvió hacia él buscando más. El calor de Morgan la quemó de pies a cabeza, atrayéndola, reconfortante y seductor.

—Colinas y desfiladeros —murmuró él mientras apretaba los labios contra la sien de Bo y deslizaba la mano hasta la zona lumbar antes de hundirla bajo la cinturilla de los pantalones para poder acariciar su trasero.

Bo arqueó desesperadamente la espalda otra vez. Su cuerpo era muy consciente de lo que deseaba y se curvaba ante las caricias. El corazón acelerado, la respiración entrecortada surgiendo en rápidos jadeos. Y así sin más estuvo tan sensibilizada como si le hubiera atravesado una ligera corriente eléctrica. Como si estuviera preparada para él... claro que ya llevaba preparada para él desde la primera vez que la había besado.

—Interesantes y estrechos enclaves —continuó él mientras deslizaba la mano más abajo, curvándola entre las piernas de Bo.

Dos grandes dedos se introdujeron en su interior y la sensación de ser penetrada resultó abrumadora. Bo se aferró a los anchos hombros, hundiendo los dedos en los fuertes músculos. Él se movía con rapidez y ella tenía la sensación de que debería pensar en algo, pero mientras ese hombre estuviera haciéndole esas cosas se sentía incapaz de pensar, solo podía sentir.

Los dedos desaparecieron y Morgan la tumbó hábilmente de espaldas. El repentino vacío fue tan agudo que ella tuvo que luchar contra la irracional ira que le provocaba la ausencia de sensaciones. Pero al menos le permitió un ligero respiro, y recordó lo que había querido decirle.

—Estoy tomando la píldora —balbució, demasiado distraída para pensar en una introducción.

Llevaba años tomando la píldora, no por un tema de control de la natalidad, sino porque de lo contrario sus periodos eran tremendamente irregulares.

—Menos mal. No me apetecía nada tener que salir de la cama y hacer una incursión de emergencia hasta la ciudad para comprar preservativos. A lo mejor no me dejabas volver —la voz de Morgan reflejaba claramente la sonrisa que tenía dibujada en el rostro.



Y era cierto. A lo mejor el pánico le impedía volver a dejarlo meterse en su cama. No hacía el amor desde hacía años, desde el divorcio, porque en las amargas postrimerías había llegado a la conclusión de que el sexo idiotizaba a las mujeres. La solución evidente era no permitir acercarse a nadie lo suficiente como para que se sintiera siquiera tentada, y no lo había estado... hasta la llegada de Morgan.

Al ver que ella ni se molestaba en discutir su suposición, Morgan soltó una carcajada y la besó. Hasta entonces, sumida en ese mar de deliciosas sensaciones que él le provocaba, Bo no se había dado cuenta de lo mucho que le apetecía que la besara. Le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso, uniendo su lengua a la suya, deleitándose en el sabor, el deseo y la urgencia que despertaba en él. Agarrándola por la cintura, Morgan se echó ligeramente hacia atrás y le arrancó el top antes de caer sobre ella.

«¡Oh!», fue el único pensamiento que surgió en la mente de Bo. Morgan era pesado y cálido, y el vello de su torso le frotaba los sensibles pezones hasta un punto casi doloroso. Con las fuertes piernas le separó los muslos y se acomodó entre sus piernas para presionar con la dura erección la suave entrada. Bo emitió un sonido incoherente y levantó el cuerpo contra él. Nunca jamás se había sentido tan... abrumada, tan completamente deshecha y excitada. Morgan era grande, peligroso, y estaba a punto de hacerle cosas que ya creía que no volvería a hacer jamás. Sin embargo, en sus manos, había pasado de cero a cien tan deprisa que casi se había mareado.

Que le hicieran el amor como si fuera una campaña militar era una experiencia nueva para ella. Morgan era una persona concienzuda en las tácticas, arrasando con cualquier nerviosismo que ella pudiera sufrir, abrumándola con placer y pasando a una nueva localización antes de que se hubiera recuperado lo suficiente para poder protestar por cualquier libertad que él se hubiera podido tomar. Bo intentó corresponderle, pero él no se lo consintió.

—Sin tocar —le ordenó cuando ella intentó acariciarle el pene a través de los calzoncillos—. Mi mecha es demasiado corta...

—Pues a mí no me parece nada corta —murmuró ella, haciéndose acreedora de la risa de Morgan.

—Guárdatelo para la próxima vez.

A lo mejor, pensó ella, o a lo mejor no. Soltó las manos del cuello de Morgan y las deslizó por la espalda hasta las caderas, donde comenzaba la cinturilla de los calzoncillos y las hundió en el interior.

—¿Por qué no te los quitas?

—Todavía no.

La negativa solo consiguió que ella se mostrara más decidida a quitarle los calzoncillos. Ágilmente tiró de ellos hacia abajo todo lo que pudo hasta dejar al descubierto una parte de su trasero. Morgan le agarró una mano y, aprovechando la distracción, Bo le rodeó la cintura con una pierna y hundió el pie dentro de los calzoncillos para bajárselos del todo.

—¿Jugando sucio? —él rio—. Supongo que no me dejas otra que enseñarte cómo se juega sucio de verdad.

En un abrir y cerrar de ojos le había quitado los pantalones. Parecía requerirle tan poco esfuerzo que ella no pudo evitar preguntarse cómo sería ese hombre estando en plena forma. Incluso a medio gas dejaba en ridículo a la mayoría de los hombres. Sintió una punzada de escrúpulos al pensar que solo ella estaba desnuda, él no. Pero no tuvo tiempo de reflexionar en lo vulnerable que se sentía porque Morgan se acomodó entre sus piernas, se las levantó para apoyarlas sobre sus hombros, y posó su boca en el punto más sensible.

¡Oh Dios! Bo arqueó la espalda y se agarró con fuerza a las sábanas. Desde luego ese hombre sabía lo que hacía. ¡Oh... Dios! Morgan la lamía, chupaba. Ella se ahogaba en un mar de sensaciones, de un placer que crecía, decaía y volvía a crecer. Sus músculos se tensaban y relajaban atrapados en un ritmo que crecía a paso constante hasta que la fuerza la hizo estremecerse. El cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco, y se sentía morir de deseo. Un calor, surgido de su mismo interior, casi la hizo entrar en combustión.

El clímax llegó arrollador como un tren de mercancías, rápido e incesante. El grito fue áspero y el placer tan acompasado que Bo solo pudo intentar soportarlo y sobrevivir. El grito espoleó a Morgan para alzarse sobre ella, cubrirla y sujetar la cabeza del pene junto a la puerta de entrada para, seguidamente, empujar con fuerza mientras ella aún seguía siendo víctima de los espasmos. Bo gritó de nuevo, emitiendo un sonido gutural que reflejaba tanto sorpresa como éxtasis, porque ese hombre era lo bastante grande como para estirarla hasta el punto de provocarle dolor, y sentir tanta masculinidad y tanto calor hundido profundamente en su interior, intensificó el rítmico aumento de placer. Necesitaba agarrarse a algo, y la única roca que encontraba allí era Morgan, de modo que se aferró a él con brazos y piernas para sobrevivir a la tempestad provocada por las fuertes embestidas.

Quizás aquello no duró más de quince segundos, Bo no sabría decirlo, y tampoco le importaba. Lo único que importaba era que ambos estaban atrapados, cabalgando juntos sobre la furiosa ola. Ella en sus brazos y él en los suyos mientras se estremecía y vaciaba en su interior.

Terminado todo, ambos se quedaron tumbados, destrozados como los restos de un naufragio, respirando entrecortadamente y temblando, incapaces de reunir la fuerza suficiente para separarse. Sus cuerpos, sudorosos por el esfuerzo, parecían haberse pegado. Y eso era bueno, reflexionó Bo, que consiguió alzar una mano y posarla sobre el costado de Morgan. Al fin se había deshecho de esos malditos calzoncillos, aunque ella no se había dado cuenta del momento exacto. Tanto daba. Lo único importante era el presente.

—¡Mierda! —exclamó él con voz débil mientras empezaba a apartarse de ella.

Sin embargo, lo único que consiguió fue derrumbarse de nuevo sobre Bo. Pesaba tanto que ella apenas podía respirar, pero tampoco le importaba. Hundió el rostro en su cuello y aspiró profundamente el ardiente y masculino olor.

—Quédate aquí un minuto —le encantaba sentirlo sobre ella, dentro de ella.

¿Alguna vez había disfrutado de un sexo como ese? De haberlo hecho, no lo recordaba. No recordaba que la hubieran invadido, poseído de ese modo. Jamás habría permitido que nadie la poseyera. Aun así... Morgan lo había hecho, y ella había disfrutado con ello. Además de intenso, el placer también había sido mutuo, y ella lo había poseído a él.

Lentamente sus corazones recuperaron el ritmo normal y los pulmones dejaron de buscar aire desesperadamente. Bo sentía el cuerpo pesado y relajado, de una consistencia más parecida a la gelatina que al músculo. Morgan se apoyó sobre los codos para permitirle respirar mejor y le mordisqueó el labio. Ella le devolvió el mordisco hasta que él hundió las manos en sus cabellos y la besó apasionadamente con besos lentos y profundos que, aunque pareciera imposible, prendieron una sutil e inconfundible llama.

Imposible. Aunque él fuera capaz, ella no. Quizás pasada una hora, o dos. En ese momento lo único que quería era dormir, aunque la necesidad de limpiarlo todo empezaba a ser más importante a medida que pasaban los segundos. Si conseguía reunir fuerzas, a lo mejor incluso podría cambiar las sábanas.

Morgan alargó un brazo y encendió la lámpara. Bo parpadeó deslumbrada por la repentina luz y sonrió ante la expresión dibujada en el hermoso rostro. Morgan tenía los cabellos húmedos de sudor, los ojos medio entornados del placer saciado, la boca curvada en un gesto de pura satisfacción. Era la perfecta imagen del triunfo sexual masculino. Bo sonrió, pues el triunfo era de ella. Ella había dibujado esa expresión en su rostro, y le daba igual que él

jamás fuera consciente de ello, porque no se trataba de una competición, se trataba de hacerse feliz el uno al otro.

El corazón de Bo dio un vuelco mientras rodeaba el cuello de Morgan con una mano y lo atraía hacia ella para besarlo.

Y justo en el instante en que sus bocas estaban a punto de contactar, él se quedó helado. La expresión de satisfacción de su rostro se convirtió en una de consternación.

—¿Qué sucede? —ella frunció el ceño.

Morgan permanecía inmóvil, como si se acabara de encontrar cara a cara con una serpiente de cascabel. Lentamente, miró hacia su izquierda.

Bo se volvió en la dirección de la mirada de Morgan. Tricks estaba junto a la cama con el morro apoyado sobre el colchón. Las cejas casi tapaban los oscuros ojos en un ceño fruncido, como si no se pudiera creer lo que estaba viendo hacer a sus humanos. La expresión acusadora de su mirada era clara: él debía ser el instigador de todo aquello porque Bo jamás había hecho algo así antes.

—¡Mierda! —repitió Morgan mientras se apartaba delicadamente de Bo y rodaba hasta quedar tumbado junto a ella, la mirada fija en el techo—. Puede que no se me vuelva a empalmar en la vida.

## Capítulo 19

Por suerte, Morgan se equivocó por completo en su afirmación.

Bo despertó desnuda en sus brazos, con la cabeza apoyada en el hombro de Morgan y las piernas enredadas con las suyas. Las sábanas debían estar en algún lugar del suelo, dado que no se las veía por ninguna parte. Aunque, desde luego, con una estufa viviente tumbada a su lado no había sentido ni pizca de frío. Apoyó una mano sobre el fuerte torso, sintiendo el áspero vello, la cicatriz, los fuertes músculos. Contemplando el alargado cuerpo, Bo siguió el rastro del vello por el firme abdomen hasta el pene y los testículos. Los hombres eran tan interesantes, pensó adormilada, todo lo tenían expuesto, siempre en medio, necesitando ajustárselo todo el rato. ¿Cómo conseguían sentarse siquiera?

El pene de Morgan se movió, y ella parpadeó presa de la curiosidad, observándolo atentamente. De repente empezó a hincharse y alargarse y Bo no pudo reprimir una sonrisa. Ante la señal evidente, despertó y ella alzó la vista y lo encontró mirándola fijamente.

—Buenos días —saludó Bo antes de volver a apoyar la cabeza en su hombro.

—Buenas —la voz mañanera de Morgan era más ronca de lo habitual. Alargó una mano y le acarició la espalda—. ¡Demonios!, me gusta tu modelito. Deberías llevarlo puesto más a menudo.

—Me lo pongo todos los días —señaló ella.

—Sí. Lo que no me gustan son las capas que le pones por encima.

Cuando estaba a punto de mostrarle cuánto le gustaba su modelito, Morgan pegó un salto.

—¡Mierda!

El tono y la palabra lo decían todo, y Bo se volvió sabiendo exactamente qué se encontraría. Tricks estaba de nuevo junto a la cama con el morro apoyado en el colchón, mirándolos con expresión acusadora.

—Así deben sentirse los padres cuando sus hijos los pillan haciéndolo —él se tumbó de lado y levantó la mirada al techo.

—No creo —Bo rio—. Tricks no nos va a preguntar qué estamos haciendo.

—¿En serio? Mira esa cara.

—Ya ha pasado la hora de su desayuno —el horario de comidas era muy importante para ese perro.

—¡Solo por cinco minutos! —Morgan consultó el reloj.

—Eso le da igual. Sabe leer la horas, y sabe que nos hemos retrasado.

Hubo un tiempo en que Morgan habría soltado un bufido ante semejante absurdez, pero ya no. Saltó de la cama y frotó con entusiasmo a Tricks detrás de las orejas antes de dirigirse al cuarto de baño. Al perro le encantó, pero no por ello se olvidó del desayuno.

Bo suspiró al contemplar la visión de Morgan dirigiéndose al baño, desnudo. Porque un culo tan firme y musculoso merecía una exploración más a fondo.

Y entonces fue consciente de que ella también necesitaba ir al baño y de lo desconcertada que se sentía al comprobar que su cuarto de baño había sido invadido. Hacía tanto tiempo que no compartía un baño que no se le había ocurrido que pudiera suceder algo así.

Saltó de la cama, se puso algo de ropa y se dirigió al dormitorio de Morgan, a su baño. Era evidente que ya había marcado el territorio con su olor, su ropa, sus cosas de aseo... la pistola sobre la mesilla de noche. Bo permaneció inmóvil en medio de la habitación, simplemente absorbiendo el exceso de testosterona. Desde luego se había levantado un poco loca esa mañana, no había duda.

Tricks despachó enseguida el paseo matinal porque ya iban retrasadas con la agenda. Si un perro era capaz, con su actitud, de decir «date prisa», Bo estaba siendo achuchada por su perro, y no era la primera vez. Llevaba mal los retrasos cuando tenían que ver con su comida. Aun así, Bo se agachó y la abrazó con fuerza, cerrando los ojos en una silenciosa plegaria de gratitud por tenerla aún con ella, pensando que quizás no se recuperaría del todo de los momentos de terror vividos el día anterior.

Cuando Morgan bajó al salón, Tricks ya había comido y Bo estaba sentada en la cocina, tomándose a sorbos su primer café. Él aceptó una taza y se sentó sobre una banqueta al lado de ella, le rodeó el cuello con una mano y la besó pausada y prolongadamente. No se había afeitado y la barba le arañó la cara. A pesar de ser una cosa de lo más mundana, ella pasó una mano sobre la rugosa mejilla y se deleitó con la sensación que le producía. Se apoyó contra él y disfrutó del beso, el contacto, la presencia. Estaba muy a gusto con él, como no lo había estado desde ese momento en que había comprendido que se sentía atraída hacia él, pero intentaba luchar contra ello. Pero la lucha había terminado y ella había ganado. O perdido. O ambas cosas. No conseguía decidirse, ni conseguía que le importara.

—¿Te apetece hacer algo especial hoy? —Morgan interrumpió el beso, pero no la soltó, acariciándole la espalda.

Bo sacudió la cabeza un poco desconfiada. No quería que Morgan, ni nadie, la cuidara como si fuera una frágil damisela que corriera el riesgo de romperse en pedazos. Cierto que eso era precisamente lo que había sucedido la noche anterior, pero también lo era que había estado sola en su habitación. Había llorado, no se había derrumbado.

—No necesito que me trates con tanto mimo —contestó.

—Eres la mujer más difícil de cortejar que he conocido en mi vida — Morgan sacudió la cabeza y sonrió. Los ojos azules desprendían un intenso brillo.

¿Cortejar? Aturdida, Bo consideró la idea. En primer lugar, y siguiendo con la terminología empleada por Morgan, ¿para qué intentar cortejarla esa mañana? Ya había conseguido lo que buscaba la noche anterior. En eso consistía el cortejo, ¿no? En un esfuerzo destinado a conseguir sexo. Suponiendo que lo hubiera dicho en el sentido más anticuado de la palabra, entonces empezaba a tener problemas porque implicaba un objetivo futuro que ella no acababa de aceptar, al menos aún no. Decidirse a disfrutar del momento no significaba modificar por completo su enfoque sobre la vida, solo su enfoque con respecto a Morgan.

—Has estado haciendo mi colada —se aventuró ella.

—¿Ves a qué me refiero? —él soltó una carcajada—. ¿Cuántas mujeres confunden hacer la colada con cortejar?

—Seguramente la mayoría. La colada es como un grano en el culo.

—Bueno, pues no tienes más que lanzarme un cargamento de ropa interior y me pondré a ello.

—Ahora mismo prefiero pensar en el desayuno —Bo rio—. ¿Te parece bien?

Se sentía extrañamente relajada mientras transcurría la rutina matinal. Había tomado una decisión y estaba conforme con ella, sucediera lo que sucediera después. El día anterior le había enseñado que no había forma de aislarse de la vida y sus cosas malas, y que no podía predecirlas ni prepararse para ellas. Lo único que podía hacer era vivir.

Quizás no tuviera ningún futuro junto a Morgan, pero contaba con el presente, y eso le bastaba. De repente se sintió libre, libre para tocarlo cuando le apeteciera, lo cual sucedía muy a menudo, libre para pasearse por su casa vestida como le diera la gana, libre para desear. Desearlo y negárselo a sí misma había sido una tortura. Desearlo y poder cumplir sus deseos era sencillamente delicioso.

A lo largo de la noche, habían hecho el amor en dos ocasiones más. Morgan era muy buen amante, centrado y concienzudo, lo que se traducía en algo

estupendo para ella. Se sentía algo dolorida, pero también infinitamente relajada. Decidió no atormentarse pensando si para él no había sido más que sexo, mientras que para ella había sido hacer el amor, porque saberlo no cambiaría nada. Podría analizar la situación hasta la muerte sin que cambiara ni un solo detalle. Mañana podría ser diferente, pero hoy era hoy.

Después de desayunar y limpiar la cocina, ella se dedicó a ordenar cosas que no estaban desordenadas, y luego subió al piso superior. Tomándole la palabra a Morgan, le lanzó una carga de ropa sucia. Juntó varias prendas hasta conseguir un peso suficiente, y un par de vaqueros aterrizó limpiamente sobre su cabeza mientras él veía la televisión, los pies apoyados en la mesa y pasando los canales con el mando a distancia, en la típica actitud masculina. Había esperado que se levantara de un salto, pero Morgan soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás.

—Me preguntaba si serías capaz de hacerlo.

Mientras él ponía la lavadora, Bo cambió las sábanas de la cama, entre divertida y excitada porque resultaba evidente que necesitaban un lavado. Las sábanas sucias también volaron por la barandilla. Ya sabría él qué hacer con ellas. Encantada con el juego de lanzar cosas a la planta inferior, Tricks empezó a correr y a ladrar, antes de agarrar su muñeco de peluche y propinarle una paliza de muerte. Todos se estaban divirtiendo, ¿por qué ella no?

Morgan agarró el peluche por una pata y empezó a jugar al tira y afloja con la perra. Mientras estaban ocupados, Bo se dirigió al escritorio y lo contempló en silencio.

Tenía un trabajo con el que debería ponerse. Lo estudió, reflexionó sobre él, pero no fue capaz de plantar el culo en la silla. Por primera vez en su vida no sentía ningún interés por el trabajo. Por traumático que hubiera resultado para ella el día anterior, y por intensa que hubiera resultado la noche, opinaba que se merecía un día para relajarse y disfrutar de la vida. Podría hacer algo. La cuestión era qué.

Tricks la salvó al abandonar bruscamente el juego con Morgan y, dirigiéndose hacia la puerta, dedicarle su mirada de «¿Y bien?». El primer paseo de la mañana había sido por necesidad, no por pasear, y ya había pasado la hora de su primera caminata del día.

Morgan fue a buscar la pistola y ella las llaves y el móvil, tras lo cual salieron todos juntos.

El día parecía invitar a una larga caminata sin rumbo fijo, mucho más larga que de costumbre. Al principio no hablaron. La mañana era cálida, pero todavía no resultaba calurosa en exceso. La hierba seguía fresca y húmeda de



rocío, y el cielo de un limpio azul salvo por algunas nubes algodonosas que pasaban flotando. A Bo siempre le había sorprendido lo ruidosa que era la naturaleza. Los pájaros cantaban como locos y parecían borrachos, unos arbustos crujieron movidos por algún animal. Ella esperó que no fuera un conejo, pues no quería que Tricks le intentara dar caza. Las ramas de los árboles se mecían al ritmo de la suave brisa. Abejas e insectos zumbaban, y los pájaros empezaron a discutir entre ellos.

Morgan le tomó una mano y caminaron uno al lado del otro siempre que fue posible. Allí donde no lo era, él caminaba delante, aunque sin soltarle la mano, mientras buscaba cualquier posible peligro: reptil, roedor, cualquier cosa que pudiera llamar la atención de Tricks. Aunque llevaban años caminando por ese mismo sendero, y sin que se hubiera producido ningún incidente, él la agarraba con fuerza para sujetarla mientras pasaban por encima de troncos y piedras.

Bo se sentía un poco culpable, como si estuviera haciendo novillos.

—No sé relajarme —admitió tras reflexionar sobre ello un minuto—. Tengo la sensación de que debería estar haciendo algo.

Morgan entrelazó los dedos de su mano con los de ella. Que le tomara de la mano le resultaba nuevo, excitante y... cómodo. Se sentía cómoda con él. Y de repente se le antojó muy sexy, lo cual le indicaba lo mal que estaba porque estaba equiparando comodidad con sexy. Sospechaba que, si Morgan fuera patizambo, también le resultaría sexy.

—Llevas trabajando sin parar para salir del agujero desde que te mudaste a esta casa —él apartó una rama para que ella pudiera pasar—. Y eso requiere agallas. Pero me he dado cuenta de que no eres de sentarte a vegetar en el sofá delante del televisor.

—Vegetar frente al televisor casi te volvió loco en un tiempo récord, de modo que tú no eres quién para decirme nada.

—No me va mucho estar en interiores. Cuando tenía tiempo libre, me gustaba ir de pesca, pero eso se acabó de momento.

Tricks desapareció de su vista detrás de una roca cubierta de musgo, y Bo se soltó para correr tras ella, para no perderla de vista, para asegurarse de que no se hubiera encontrado con una serpiente o una mofeta. La encontró parada frente a una planta con flores amarillas. Miraba fijamente a un abejorro que zumbaba mientras iba de flor en flor.

—Ven aquí —le ordenó Bo—. No te comas al abejorro.

Pero Tricks la ignoró y continuó pendiente del insecto hasta que su dueña empezó a impacientarse.

—¡Jovencita!

La exclamación correspondía al segundo nivel en la escala de serios problemas y, meneando la cola, Tricks trotó de regreso al sendero. Ya había visto suficiente.

—¿Sabías que los abejorros son incapaces de volar si sus músculos están a menos de treinta grados? —observó Morgan.

Él también había estado observando al abejorro. En cuanto Bo regresó a su lado, volvió a tomarla de la mano.

—Pues yo los he visto volar cuando hacía mucho más frío —ella parpadeó.

—Tienen escalofríos para calentar sus músculos torácicos. Puede llevarles hasta cinco minutos.

—Pero se supone que no deberían ser capaces de volar en absoluto.

—Ha sido un error de cálculo. Los abejorros entran en una fase de inmovilidad dinámica, crean un pequeño torbellino. Además, sus pequeñas alas desplazan una masa desproporcionada de aire.

Aquello resultaba de lo más interesante, pero el tema elegido hizo que Bo lo mirara recelosa.

—Y tú eres un experto en la aerodinámica de los abejorros porque...

—Fue un tema interesante que tratamos en la escuela de vuelo.

Ella permaneció en silencio mientras asimilaba la novedad que acababa de aprender sobre Morgan. Si había asistido a la escuela de vuelo significaba, por lógica, que era piloto.

—¿Qué aparatos vuelas?

—Helicópteros y pequeñas avionetas. Volar está bien, aunque no me gusta tanto como el agua —contestó él sin darle importancia, como si saber volar helicópteros y avionetas fuera de lo más normal.

Y a lo mejor en su mundo sí lo era. En el mundo de Bo, la gente conducía coches. Solo conocía una persona capaz de pilotar avionetas. Sin embargo, no le sorprendió esa faceta, ni hasta dónde abarcaban sus conocimientos. Desde el principio había resultado evidente que navegaba aguas muy profundas. ¿Así se sentiría la mujer de un militar? ¿O la mujer de un bombero o un policía? ¿Tenían la sensación de que las experiencias de sus maridos eran espectaculares y diametralmente opuestas a las suyas? ¿Cómo lograban encontrar un lugar común?

Bo podría volverse loca intentando hallar la respuesta, porque la respuesta no existía, o podría dejarlo pasar. Optó por su nueva actitud zen. Se habían acostado, hasta ahí llegaba su relación y, de momento, era suficiente. Quizás no pensaría lo mismo al día siguiente, pero eso ya lo descubriría cuando llegara el día siguiente. Mientras tanto, quería saber algo más sobre un aspecto que parecía entusiasmarle.

— ¿Dónde sueles pescar?

— Cuando regreso a casa de una misión, en el Potomac. Intento ir a Florida un par de veces al año para practicar pesca en alta mar, lubina, por ejemplo. No suelo tener mucho tiempo libre porque incluso cuando no estamos en una misión estamos entrenándonos a muerte, pero sigo manteniendo mi barco.

— ¿Qué clase de barco tienes?

— Un viejo barco de pesca, el *Shark*. Cuando me licencie y vuelva a la vida civil, iremos a dar una vuelta, si es que te gusta pescar — Morgan levantó la mirada hacia el cielo, visible entre las ramas de los árboles.

El bosque no era lo bastante espeso como para dificultar el paseo, pero la sombra sí resultaba agradable.

— No entiendo nada de pesca, nunca lo he probado, pero el agua me encanta.

Bo mantuvo un tono de voz desenfadado a pesar de que su corazón había dado un vuelco ante la mención del futuro. No pondría la mano en el fuego por ese futuro, pero le gustaba lo que Morgan le estaba ofreciendo.

— Es verdad, eres nadadora. Pues por aquí no hay muchas oportunidades para nadar, ¿no?

— Más de las que tú te crees — contestó ella mientras pensaba en el lago apartado donde solía llevar a Tricks en verano.

— ¿Ah, sí? ¿Dónde?

— Ya te lo enseñaré más tarde.

El lago sería una agradable sorpresa. Quizás incluso podrían celebrar un picnic. El lugar era bonito y el lago lo bastante grande para nadar en serio, aunque el agua estaba tan fría que ella solo podía soportarla cuando hacía muchísimo calor. A Tricks no le importaba. Le encantaba nadar. El frío del agua era, sin duda, lo que mantenía alejadas a las serpientes, porque nunca había visto una en ese lago, ni en sus alrededores. De existir, Tricks sin duda se habría encontrado con ella. Ese animal tenía un don especial para meterse, y a todos los que la rodeaban, en líos.

— ¿Todo este terreno es tuyo? — preguntó él.

Estaban aproximadamente a kilómetro y medio de la casa, seguramente más, aunque habían caminado al menos el doble, ya que no habían seguido una línea recta.

— No, yo soy dueña de unas cuatro hectáreas. Creo que esto pertenece a alguien que vive en Charleston, pero no estoy segura. El alcalde Buddy es dueño de una parte del terreno cerca de aquí, y al este pertenece a la familia de Kenny Michaels. Ya lo conoces, es el novio de Daina.

— Lo recuerdo. De modo que... estamos cometiendo allanamiento.

—Técnicamente sí. La parcela no está vallada ni delimitada. Seguiré paseando por ella hasta que el dueño, quienquiera que sea, me diga lo contrario, y entonces dejaré de hacerlo. De todos modos siempre tengo cuidado con no tirar basura ni nada de eso.

—Tú, un agente de la ley.

—Lo sé, es vergonzoso —Bo sonrió.

Morgan se detuvo y sujetándola por las caderas la atrajo hacia sí para besarla prolongadamente, ansiosamente.

Con la mente puesta en el pícnic, Bo preparó unos sándwiches y llenó una pequeña nevera portátil con botellas de agua y cerveza. Añadió una bolsa de patatas fritas y un paquete de Oreo.

—Vamos —anunció—, llevemos esto al todoterreno. Quiero mostrarte un sitio.

—¿Y vamos a estar fuera tanto tiempo que necesitaremos avituallamiento?

—él contempló la neverita.

—Había pensado comer allí, y pensé que a ti también te gustaría.

Mientras Morgan cargaba la nevera en el coche, y también dos sillas de camping, ella se ocupó de llevar comida y agua para Tricks, además de una manta y varias toallas. Dobló las toallas dentro de la manta para que él no las viera.

Consciente de que Tricks insistiría en ir sentada en el asiento delantero, Bo arrojó las llaves del coche a Morgan.

—Tú conduces, yo me sentaré atrás.

—Tricks gana de nuevo —Morgan sonrió.

—Ya te digo.

Cuando todos estuvieron instalados en el todoterreno, con Tricks mirando encantada desde el asiento delantero después de haber tenido que hacer varios viajes en el asiento trasero del Tahoe desde que Morgan había vuelto a conducir, Bo señaló hacia delante.

—Por ahí.

—¿Campo a través? —los ojos azul hielo emitieron un destello.

—El camino es bastante cómodo, aunque no lo haría con un coche normal.

Morgan condujo por el campo como si lo hubiera hecho millones de veces, y seguramente era verdad. No había ningún tramo realmente complicado, solo lugares en los que había que maniobrar para evitar algún bache, y una parte en la que la única opción era llevar el todoterreno sobre un montón de piedras ya que no podían rodearlo por culpa de los árboles.

Pasados diez minutos coronaron la cresta de una colina y se toparon con el lago, resplandeciente y azul, y de unas cinco hectáreas. Al norte, hacia la parte menos profunda, estaba el gélido manantial del que se surtía el lago. Unos grandes sicomoros y robles negros proporcionaban una agradable sombra en la orilla, lo cual era de agradecer durante lo peor del calor estival. La hierba llegaba en algunas zonas a la altura de la rodilla porque el lago no estaba en una zona municipal, objeto de mantenimiento. Al este se alzaba una enorme roca que bloqueaba el acceso desde esa dirección.

Morgan detuvo el todoterreno y se limitó a contemplar el lago durante un minuto.

—Agua —susurró al fin en un tono casi reverencial—. No me dijiste que hubiera ningún lago.

—Es un lago de agua fría y no dejo bañarse a Tricks hasta llegar a esta época del año. Para mí el agua está demasiado fría. Le daré un par de semanas más antes de intentar bañarme.

—Pues yo voy a meterme —anunció él sin dejar de contemplar el lago.

—No digas que no te lo advertí. Si quieres congelarte el culo, allá tú.

Ella, sin embargo, iba a quedarse sentadita a orillas del lago sobre la manta mientras le lanzaba la pelota a Tricks.

Morgan puso en marcha el todoterreno de nuevo, bajando la colina. Al alcanzar la orilla condujo hacia delante y hacia atrás varias veces para allanar una zona de vegetación lo suficientemente grande para facilitar el camino hasta el agua y para poder extender la manta. Tricks se dio cuenta de dónde estaban y supo que iba a poder nadar, y por eso empezó a ladrar emocionada. Morgan se sumó al regocijo general haciendo pasadas con el todoterreno mientras Tricks lo animaba con sus ladridos. Bo permanecía sentada en el asiento de atrás, preguntándose si alguna vez saldrían de ese vehículo.

Al fin el coche se detuvo junto a un sicomoro y descargaron las cosas. Tricks corría de Bo a la orilla del lago, ladrando para que quedara claro que estaba preparada para que la pelota cayera en el agua.

—Relájate —le aconsejó Bo—. Enseguida busco la pelota.

Cuando desplegaron la manta y Morgan vio las toallas, sonrió.

—Sabías que no iba a resistirme.

—Lo sospechaba —contestó ella secamente.

—¿Serpientes? —preguntó él mientras se quitaba la camiseta.

—Nunca las he visto por aquí —contestó Bo mientras lo observaba tirar la camiseta al suelo y proceder a quitarse los zapatos y los calcetines.

Los hombros desnudos resplandecían a la luz del sol tamizada por las ramas del enorme sicomoro. Normalmente su expresión era de desconfianza,

o con la mirada en blanco, pero en esos momentos sus ojos brillaban de felicidad, y sus labios estaban curvados en una sonrisa.

—¿Algún bicho acuático?

—Mantente alejado del extremo sur, es una zona difícil —ella hizo una pausa—. No sé nada de tortugas, de modo que ten cuidado con tus apéndices colgantes.

Morgan soltó una carcajada y se quitó los pantalones vaqueros, quedándose únicamente en calzoncillos.

—Mantendré mis apéndices colgantes bien sujetos. No puedo delimitar un perímetro de seguridad para asegurar una total intimidad, de modo que nada de nadar desnudo.

Tricks seguía impaciente, bailoteando de un lado a otro. Bo encontró la pelota de tenis y se acercó al agua con el hombre y la perra.

—Doy por hecho que vas a excederte —se volvió hacia Morgan—, de modo que hazme una seña si tienes algún problema.

Por su propia experiencia como nadadora sabía que las personas que se ahogaban de verdad no gritaban pidiendo ayuda porque no podían respirar.

Él entornó los ojos ante la idea de que un hombretón grande y fuerte como él pudiera necesitar ayuda en el agua. Bo se imaginó que una gran parte de su entrenamiento se desarrollaría en el agua, y que normalmente le daría cien mil vueltas nadando, pero a pesar de la firme musculatura que lucía su cuerpo casi desnudo, a ella no le habían disparado, mientras que a él sí. Quizás su advertencia le resultara hasta graciosa, o insultante, pero le daba igual.

—Nena —Morgan optó por la diplomacia—, jamás te pondría en peligro obligándote a ayudarme.

—¡Qué encanto! —ella bufó—. Voy a comprobar mi medidor de «me importa una mierda», para ver qué marca. Pues no, no marca nada. Lo siento —se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

Haberla llamado «nena», no iba a distraerla, aunque sospechaba que se lo había soltado para molestarla, o para ablandarla. Pues peor para él, aquello no iba de si era capaz o no, iba de si Morgan podía admitir, o no, que todavía podría necesitar ayuda. Los primeros días tras su llegada no había tenido ninguna elección sobre aceptar esa ayuda o no, y Bo sospechaba que se sentía algo molesto por tener que hacerlo en esos momentos.

Por ella podía ignorarla y meterse en el agua. No iba a detenerlo, y los dos lo sabían. Pero la noche anterior... la noche anterior, una de dos, o se había establecido un nexo entre ellos o no. En caso afirmativo, él debía darse cuenta

de que ella necesitaba una señal. En caso negativo, ella también necesitaba saberlo.

Bo sentía el frío crecer en su interior mientras esperaba una respuesta. De acuerdo, lo admitía, no estaba completamente zen. Sin embargo, aquello no era un ultimátum. Fuera cual fuera la respuesta de Morgan, podría seguir disfrutando de él hasta que se marchara. La única diferencia sería que sabría con seguridad que sería algo temporal, pero se las apañaría.

Morgan se acercó a ella y le tomó la barbilla con la mano ahuecada, mientras le acariciaba la mandíbula con el pulgar. Ella lo miró a los ojos y experimentó uno de esos momentos de aguda consciencia de lo grande que era. Le sacaba más de una cabeza. El azul de sus ojos se oscureció a medida que estudiaba su rostro. Inclinandose ligeramente, la besó suavemente, como un susurro.

—Levantaré el puño en alto —le indicó antes de soltarla y darse la vuelta.

Al verlo entrar en el agua, Tricks corrió a su lado con tanto entusiasmo que empezó a salpicar por todas partes, pero enseguida empezó a nadar hacia donde, estaba segura, Bo le lanzaría la pelota. Obedientemente, ella arrojó la pelota de tenis de manera que aterrizara justo delante de ella. Tricks la atrapó y se dio media vuelta para dirigirse triunfalmente hacia la orilla, pero, al darse cuenta de que Morgan no la seguía, volvió bruscamente la dorada cabeza. Él avanzaba con facilidad por el agua, la oscura cabeza brillante como la de una foca. Los brazos se movían con rítmica precisión, sin apenas salpicar, ofreciendo un destello de brillante piel y una ligera turbulencia del agua.

—¡Tricks, aquí! —gritó Bo, alarmada por lo que sabía estaba a punto de suceder.

Pero ignorándola, Tricks se dio la vuelta y nadó tras él todo lo deprisa que pudo. Incluso dejó caer la pelota de tenis que quedó flotando en el agua.

—Mierda —se dijo Bo a sí misma.

Sabía muy bien qué estaba haciendo Tricks, pero un perro no podía nadar tan deprisa como un humano, bastante buen nadador además. Y Morgan era más que bastante buen nadador. No intentaba nadar deprisa, pero sus brazadas y patadas eran potentes y suaves, comiéndose las distancias.

Bo empezó a quitarse los zapatos y los vaqueros, preparándose para lanzarse al gélido lago, porque lo único que podía apartar a Tricks de Morgan era que ella también estuviera en el agua. Hizo un nuevo intento, rodeando la boca con las manos ahuecadas.

—¡Tricks! —gritó todo lo alto que pudo.

Morgan ya se había alejado casi cien metros, quizás doscientos, pero debió oírlo porque se detuvo bruscamente y se volvió hacia ella. Bo, sin embargo, dudó que fuera a prestarle mucha atención porque Tricks estaba a punto de alcanzarlo, nadando con tanta fuerza que dejaba una estela en el agua.

El perro alcanzó a Morgan y, aunque Bo no llevaba prismáticos, tampoco los necesitaba para saber lo que estaba sucediendo, porque conocía a su perro. Se llevó las manos a la cabeza al confirmar que, en efecto, Tricks se enganchaba al brazo de Morgan y tiraba de él hacia la orilla, «salvándolo». Había hecho lo mismo con ella la primera vez que habían ido juntas a nadar, y le había llevado varias excursiones al lago para que el animal relajara la vigilancia.

—¡Por Dios santo! —murmuró ella. Se imaginaba lo que estaría pensando Morgan.

Después de convivir con Tricks desde hacía dos años y medio, a Bo ya no le sorprendía casi nada de lo que hacía la perra, pero de vez en cuando había un momento alucinante como ese. Si lo pensaba bien, no era difícil comprender el razonamiento del animal: Morgan había llegado a sus vidas débil e incapaz de valerse por sí mismo. Por tanto era un ser al que Tricks debía cuidar. Verlo en el agua, sin darse cuenta de lo mucho que se había recuperado, había despertado su instinto protector y por eso había ido tras él pensando que el lago sería más de lo que podría manejar.

Bo esperó ansiosa a que alcanzaran la orilla. La distancia era demasiado grande para que Tricks la cubriera sin descansar. Era capaz de recuperar la pelota lanzada al agua una y otra vez, y así durante horas, pero al final de cada viaje, sus patas siempre descansaban sobre suelo firme. A medida que se acercaron, vio que era Morgan el que la estaba ayudando, dando brazadas con el brazo que tenía libre y manteniendo la vista fija en Tricks. Si se cansaba demasiado, se aseguraría de que no corriera peligro y que regresara sana y salva.

Por fin alcanzaron la zona poco profunda y él se puso en pie, pero sin apartarse de Tricks hasta asegurarse de que ella también pisaba el fondo. El perro no dejaba de tironear de su brazo, insistiéndole para que saliera del agua. Y no lo soltó hasta alcanzar la vegetación apisonada por el todoterreno. Morgan se secó el agua del rostro con una mano antes de recibir una ducha, cortesía de Tricks, al sacudirse vigorosamente.

El pecho de Morgan subía y bajaba con profundas respiraciones mientras miraba a Bo. Ella se encogió de hombros y se esforzó por no emocionarse, aunque la actitud de Tricks hacía que se le saltaran las lágrimas.

—Buena chica —susurró mientras se agachaba junto a su perra.



Morgan también la alabó, dándole las gracias antes de sacudir la cabeza cuando su mirada se cruzó con la de Bo.

—Acaban de salvarme —observó con ironía—. ¿Crees que me dejará volver a meterme en el agua?

## Capítulo 20

Antes de que Bo pudiera responder, Tricks se acordó de que se había dejado la pelota en el agua y se lanzó de nuevo al lago. Bo echó a correr tras ella y dio dos pasos en el agua. ¡Estaba gélida! Por suerte, Morgan la agarró del brazo para detenerla.

—No parece tener ningún problema. Si veo que se cansa, iré a buscarla.

Ella salió del agua sin apartar la mirada de la perra. Morgan permanecía a su lado, vigilante también.

—¿Ha hecho esto alguna vez? —preguntó.

—La primera vez que nadé con ella —Bo asintió—. Al verme en el agua se le dibujó una expresión de horror en la cara. Solo tenía cuatro o cinco meses, pero ya nadaba como una campeona. Menos mal que yo no me había alejado mucho de la orilla, porque no era más que un cachorro. No sé si habría tenido fuerzas para aguantar.

—Seguro que estaba pensando «¡mierda!, mamá está en el agua y, si se ahoga, estoy jodida».

—Ella no se sabe ninguna palabrota —Bo soltó una carcajada tras mirarlo sorprendida.

—Te apuesto a que sí.

La idea del cachorrito Tricks soltando juramentos era divertido. Bo seguía riendo mientras contemplaba a su perra recuperar la pelota y darse media vuelta para regresar a la orilla. No nadaba tan deprisa como solía, pero tampoco parecía agobiada. Con Morgan sano y salvo en tierra, su expresión había regresado a la habitual, alegre y feliz. Era increíble cómo conseguía un perro sonreír mientras llevaba una pelota en la boca.

—Los chicos pasarán el resto de sus vidas burlándose de mí si esto sale a la luz —observó Morgan.

—Qué bien. Ya tengo algo con lo que chantajearte.

Tricks ya hacía pie y salió del lago de un brinco, salpicando agua. Bo tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar la ducha, pero Morgan no se movió del sitio, pues ya no podía estar más mojado. El perro lo miró con desprecio, evidentemente abroncándole por ser tan estúpido como para nadar, y le llevó la pelota a Bo.

—Creo que me está ignorando —Morgan se rascó la barbilla.

—Desde luego —Bo no tomó la pelota que Tricks le ofrecía, pero se agachó a su lado—. Necesitas descansar unos minutos, princesa, has nadado mucho rato. Solo unos minutitos, ¿de acuerdo? Echa una ojeada por ahí y olisquealo todo.

Segundos más tarde, Tricks dejaba caer la pelota y se alejaba trotando para olisquear algunas cosas de lo más interesantes.

Morgan se volvió hacia el lago. Bo percibía sus ganas de regresar al agua, pero esperó, pues no estaba seguro del todo de la reacción de Tricks. En cuanto a Bo, se conformaba con verlo allí de pie porque solo con mirarlo sus hormonas empezaban a susurrar «¡Madre mía!, qué hermoso». Por bueno que fuera su aspecto, el musculoso cuerpo brillante y goteando agua, no se quería ni imaginar cómo sería contemplarlo una vez restablecidas sus fuerzas. Para él, «débil», era lo que la mayoría de la gente consideraba normal.

La cicatriz que atravesaba el pecho no era la única que lucía. El tríceps derecho tenía una cicatriz blanca. Una decoloración oscura, que recordaba a una quemadura de asfalto, discurría por el muslo izquierdo. La escápula izquierda lucía una cicatriz irregular y había otra más en el pie izquierdo. Bo se preguntó si todas las heridas del lado izquierdo del cuerpo se habrían producido al mismo tiempo. Además, por la posición de Morgan, solo veía las que tenía por detrás. La noche anterior no había visto ninguna en la parte delantera, claro que había estado ocupada con otras cosas, y la luz estaba apagada.

Su mirada se posó en los empapados calzoncillos que colgaban de las caderas y se aferraban al trasero. La definición de los músculos de las piernas haría salivar a cualquiera. Pensándolo bien, todo en él hacía que una salivara, pero esas piernas parecían fuertes como troncos. Alrededor de la columna se marcaban gruesos músculos que descendían hacia las costillas. Recordó que, cuando llegó, los brazos le habían parecido muy delgados, pero desde luego en esos momentos no podían calificarse como tal. Desconocía a qué se dedicaba mientras ella estaba en la comisaría, pero sospechaba que para haberse recuperado tanto no debía haber descansado mucho.

Poseía el cuerpo de un guerrero. Bo no pretendía olvidar a qué se dedicaba, pero en la normalidad cotidiana de la rutina que habían establecido, una realidad era engullida por la otra. No obstante, cada vez que estaba a punto de olvidarlo sucedía algo que se lo recordaba. El día anterior ese momento había sido cuando había derribado a Kyle, el salvaje destello en su mirada, la despreocupación con la que había estampado la cabeza de Kyle contra el asfalto para dejarlo inconsciente. Y el recordatorio en esos momentos eran las cicatrices que estaba contemplando. Desde la ocasión en que casi la había

estrangulado, Morgan había tenido mucho cuidado con controlarse, pero ya era demasiado tarde. A lo mejor la gente del pueblo se lo había tragado, pero ella sabía la verdad.

—Desde que llegaste aquí has estado caminando con pies de plomo, ¿verdad? —preguntó ella mientras se agachaba para recoger los pantalones del suelo—. Cocción a fuego lento en lugar de ebullición. Siempre que estás en los Estados Unidos de América caminas sobre la cuerda floja, ¿no?

Morgan no necesitaba preguntar a qué se refería, ni tampoco lo negó. Se limitó a encogerse de hombros.

—La mayor parte del tiempo no me hace falta porque suelo frecuentar la compañía de otros hombres que se dedican a lo mismo que yo. Eso pertenece a mi trabajo. Pero cuando estoy en el mundo real soy capaz de controlarme sin problema, salvo por ese pequeño desliz cuando me despertaste sacudiéndome.

—Pequeño —Bo bufó mientras se vestía. Ese tipo casi la había matado del susto y podría haberle aplastado la garganta sin mayor esfuerzo—. Podrías haberme matado.

—Podría. Pero no lo hice, y tampoco te hice daño, y eso lo convierte en «pequeño». Puede que te asustara. Y lo siento.

Hablaba en un tono despreocupado. Ella levantó la mirada y vio que Morgan estaba pendiente de cómo se subía la cremallera del pantalón. Su expresión reflejaba tal deseo que el corazón de Bo falló un latido y se quedó helada, intentando controlar su reacción a algo tan simple como una mirada. Le faltaba el aliento y estaba excitada. Un minuto antes tenía los pies helados después de haberlos metido en el lago, pero una mirada suya había bastado para que el calor la inundara de pies a cabeza.

Con las mejillas incendiadas, se agachó para recoger los zapatos. No era una mujer tímida, pero tampoco dada a flirtear, nunca le había interesado. ¿Por qué no era la gente sincera y se ahorraban tiempo y molestias? Pero de repente se había descubierto con ganas de coquetear, de excitarlo tanto como lo estaba ella, aunque, a juzgar por su comportamiento de la noche anterior, no necesitaba gran cosa para excitarse.

—Si quieres volver al agua —Bo respiró hondo y recuperó la compostura, recordando que a Morgan le apetecía nadar un buen trecho—, puedo sujetar a Tricks para que no vuelva a salvarte. Puede que si vuelves a meterte ahí ella te catalogue como un esfuerzo inútil.

—En ella no me extrañaría que lo hiciera —murmuró él—. Pero sí, me gustaría nadar un buen rato. Estoy muy lejos de estar en forma.

—¿Qué distancia solías nadar antes?

—Unos veinticuatro kilómetros o así. Ya te he dicho que nos entrenábamos a muerte.

¿Veinticuatro... kilómetros? ¿Ese hombre era capaz de nadar una distancia superior a la que separaba su casa de Hamrickville?

—Sí, claro —susurró ella con un hilillo de voz—. Entiendo que nadar solo unos tres kilómetros te resulte decepcionante.

—Los primeros tres kilómetros son divertidos. Después de dieciséis kilómetros deja de ser diversión y empieza a ser trabajo.

Bo llamó a Tricks y la sujetó con firmeza mientras Morgan volvía a meterse en el lago y empezaba a cruzarlo con fuertes y suaves brazadas. El perro luchaba por soltarse, gimoteando sin apartar la mirada de Morgan, pero Bo le explicó que no pasaba nada y, después de un minuto, la actitud de su dueña terminó por convencerla.

Sin apartar la mirada de Morgan, pendiente de ese puño elevado que indicaría algún problema, y esperando sinceramente no tener que meterse en el agua helada, aunque lo haría si no hubiera más remedio, Bo empezó a arrojar la pelota al lago para que Tricks la recuperara en una acción que combinaba sus dos actividades preferidas, recuperar y nadar. Después de un buen rato el sol empezó a quemarle el rostro y los brazos, y llamó a Tricks para que saliera del agua, esperó a que se sacudiera y la secó con una toalla antes de extender otra toalla seca sobre el suelo para que se tumbara. Morgan, que había dejado de nadar lago arriba, lago abajo, se deslizaba hacia ellas manteniendo un ritmo constante. Las actividades acuáticas parecían haber concluido.

Salió del lago con la respiración agitada. Bo lo recibió en la orilla con una toalla.

—Gracias —él tomó la toalla y se frotó vigorosamente la cabeza, el pecho, brazos y piernas. Se dirigió al montón de ropa que había dejado tirado, se quitó los calzoncillos y se puso los pantalones. Sus movimientos eran ágiles y Bo apenas tuvo tiempo para regalarse la vista, pero se conformó con lo que veía, y lo que veía era impresionante. Las partes íntimas de los chicos no eran bonitas, pero, por Dios santo que las de Morgan resultaban espectaculares. Casi se quedó sin aliento al recordar su cuerpo atrapado bajo el suyo mientras él entraba y salía de ella. ¿Qué podía hacer con las sensaciones que despertaba ese recuerdo en ella? Habían practicado sexo, ninguno le había hecho promesas al otro.

—Qué bien me ha sentado —Morgan se dejó caer sobre la manta y se tumbó con las piernas abiertas, respirando hondo.

Bo supuso que algunas cosas debían ser así sin más, sin necesidad de dedicarle profundos pensamientos, de modo que se arrodilló junto a la neverita y la abrió para sacar un par de cervezas.

—Toma, celébralo con una cerveza. ¿Te apetece un sándwich?

—Y dos también —él se sentó para abrir las botellas de cerveza mientras Bo sacaba los sándwiches.

Llevándose a los labios, Morgan casi vació la suya de un trago. Había estado al sol el tiempo suficiente para que sus hombros y brazos hubieran tomado color. Sentado con las piernas encogidas y los brazos apoyados sobre las rodillas, escudriñó el lago con los ojos entornados contra el sol que arrancaba destellos del agua. Sujetaba la botella de cerveza por el cuello, con dos dedos. Su postura no habría podido ser más masculina, ni más atractiva.

Bo se sentó de lado y repartió la comida. Llenó el cuenco de Tricks, que acudió rauda y meneando el rabo al oír el familiar ruido. Durante varios minutos los únicos sonidos que se oían eran los producidos por un hombre, una mujer, y un perro concentrados en su comida.

La comida siempre sabía mejor en un pícnic, pensó Bo, aunque se tratara de un simple sándwich y una cerveza fría. Quizás fuera el sol, el aire fresco o la calma y tranquilidad, o que sus papilas gustativas estuvieran especialmente sensibles, o menos exigentes. Pero sobre todo porque tenía a Morgan y a Tricks para ella, al menos por ese día.

La perra estaba visiblemente cansada, demasiado para intentar mendigarles comida. Regresó a su toalla y se acurrucó, completamente satisfecha con el día que estaba teniendo, para echarse una siesta perruna. Morgan engulló el primer sándwich en un abrir y cerrar de ojos, pero se tomó su tiempo con el segundo. Bo disfrutaba del silencio, terminó la mayor parte de su sándwich, comió una galleta y se estiró sobre la manta con un suspiro de satisfacción. Medio adormilada pensó que no le iría mal una siesta y se giró de lado apoyando la cabeza sobre un brazo.

—¿Crees que anoche me aproveché de ti? —preguntó Morgan, la grave voz llenándolo todo y sacándola de golpe del sopor.

Bo abrió un ojo y lo observó mientras él la observaba también con esa intensa y penetrante mirada azul hielo.

—Podría haber dicho «no», de haber querido —contestó ella tras reflexionar un instante y rechazar la idea de que no había sido capaz de dominar sus propios sentimientos—. Pero no quise —concluyó con un bostezo.

—Eso me pareció a mí también, pero quería asegurarme.

—No te mentiré, ayer fue una auténtica pesadilla. Estaba alterada, llorando una pérdida...

—¿Llorando una pérdida? —Morgan la miró, sorprendido con la elección de la palabra.

Bo agitó una mano en el aire. No tenía ganas de explicarle la aflicción que le había provocado el que se le hubiera caído la venda de los ojos, saber que se había estado engañando al pensar que podría mantener su corazón, y a Tricks, a salvo, que cada día vivían peligrosamente al borde del precipicio del azar, y que ese azar podía empujarles hacia abajo.

—De repente tuve la sensación de que había muerto —le explicó a cambio—. A pesar de que sabía que no era así, pero superarlo no me resultó fácil. Durante un minuto, un solo minuto, viví un infierno. Pero... —Bo alzó el tono de voz—, pero llorar no me convirtió en una floja. Estaba llorando, nada más.

Morgan alargó una mano y rodeó con sus dedos el tobillo de Bo.

—Jamás pensé que fueras una floja. Pero tampoco diré jamás que entienda la mente de las mujeres, y cabía la posibilidad de que tú pensaras... ¡mierda!, me estoy haciendo un lío. Si te pareció bien lo de anoche, me alegro.

—Me pareció bien —y porque podía, Bo apoyó una mano sobre el hombro desnudo de Morgan y luego la deslizó por su espalda—. Más que bien —hizo una pausa antes de continuar—. Y bien... ¿por qué intentas tomarme el pelo?

Morgan le soltó el tobillo y terminó el sándwich en silencio antes de tumbarse junto a ella, de espaldas sobre la manta, apoyando la botella de cerveza sobre su estómago.

—¿Qué te hace pensar que te estoy tomando el pelo? —preguntó él mientras se ponía cómodo y cuando ella ya pensaba que no le iba a contestar.

—¡Por favor! ¿Cuándo fue la última vez que no estuviste seguro de algo, sobre todo referente a una mujer? ¿Te crees que no me he fijado en cómo actúas desde que estás aquí?

—Es imposible engañarte, ¿verdad? —Morgan le dio una palmada en el muslo.

No parecía nada preocupado, en realidad había una nota de satisfacción en su voz.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Solo intentaba hacerte creer que conservabas cierto control —contestó él antes de soltar una carcajada cuando ella lo pellizcó—. ¡Ay!

—Te lo mereces —Bo suspiró y cerró los ojos de nuevo, disfrutando de la tranquilidad, escuchando el crujir de las ramas de los árboles mecidas por la brisa, que cambiaba continuamente la incidencia de la luz sobre sus cuerpos.

Tricks estaba profundamente dormida, descansando tras el agotador ejercicio. Morgan estaba tumbado a pocos centímetros de ella y su presencia resultaba en cierto modo tranquilizadora, como si supiera que él nunca bajaba la guardia y que con él estaría a salvo. Deslizó una mano sobre la manta hasta tocar su costado, y se durmió.

Morgan no quería moverse para no despertar a Bo, pero sí consiguió levantar la cabeza lo suficiente para tomarse otro trago de cerveza. De ninguna manera iba a permitir que ese Naked Pig se calentara sobre su tripa. Resultaba muy agradable estar allí tumbado, felizmente extenuado tras haberle hecho el amor a Bo en tres ocasiones la noche anterior y haber nadado, hasta agotarse, en el lago. Desde luego se había forzado al máximo, pero seguía contento con la distancia que había recorrido, considerando el tiempo que hacía que no se ejercitaba.

Cuando trabajaba, el entrenamiento, tanto físico como táctico, era casi continuo. Uno no aprendía a disparar y mantenía el nivel sin practicar constantemente. Uno no nadaba veinticuatro kilómetros, dejaba de meterse en el agua durante tres meses, y luego daba por hecho que sería capaz de seguir nadando la misma distancia. Permanecer en la cima requería entrenamiento constante. Ya que había descubierto ese lago tenía la intención de acudir allí casi a diario, preferentemente con Bo para que lo vigilara, porque incluso los nadadores más expertos podían tener dificultades. Cuando trabajaba no se inmutaba, porque sabía que siempre había un compañero preparado para ayudar, pero una parte de él se rebelaba ante la idea de poner en peligro a Bo por ayudarlo, por ejemplo, si le daba un calambre.

Tanta reticencia a ponerla en peligro, incluso solo en teoría, debía significar algo. En ocasiones había trabajado con mujeres y ni una sola vez se había preocupado por ellas porque fueran mujeres. Se preocupaba por el bienestar de su equipo en general. Por supuesto que esas mujeres eran profesionales que conocían las posibilidades y los riesgos. Bo no era una compañera de trabajo, era una de esas personas a las que él había jurado servir y proteger.

Volvió la cabeza hacia ella, que seguía dormida, de lado y rozándole con una mano. El ligero contacto hizo que a Morgan se le inflamara el pecho, tanto que apenas podía contener el corazón. Ser consciente de ello sorprendía, asustaba. ¡Mierda! A lo mejor se le había escapado la verdad cuando le había dicho a Kyle que estaba enamorado de ella, aunque no estaba muy seguro de qué era el amor, ni cómo se sentía. Le gustaba Bo. Seguramente más,



decididamente más, de lo que le había gustado nunca una mujer. No era la primera vez que se excitaba con una mujer en concreto, por supuesto, pero ponerse cachondo y gustar eran dos cosas diferentes, y la manera en que se mezclaban en ese caso lo desarmaba por completo.

En el pasado había estado prometido, pero nunca enamorado. Incluso sintió cierto alivio cuando la cosa se terminó, y eso decía mucho. Aun así, no era egocéntrico y no solía dedicar mucho tiempo a pensar en sus errores, o en lo que buscaba en una mujer, o si de verdad quería pasar el resto de su vida con una mujer en concreto. El equipo de ofensiva global le suministraba dinero, emociones y un propósito. Siempre que quería disfrutaba de la camaradería femenina, y sexo si era lo único que deseaba. Si alguien le hubiera preguntado, habría contestado que no era mala vida para un hombre.

O no lo había sido... hasta entonces. Pero de repente se trataba de Bo, y le importaba. Si quería sexo, ¡pues claro!, quería que fuera con ella. Si quería amistad, la quería con ella. Le gustaba la rutina de su ordenada casa, la falta de remilgos con la que se enfrentaba a la vida. No era dada al dramatismo, guardaba la compostura, se enfrentaba a lo que surgiera. De ahí su desolación cuando había estado a punto de perder a Tricks. Morgan habría hecho lo que fuera para borrar esa expresión de pánico de su mirada. No las tenía todas consigo y, considerando lo mucho que se había esforzado por mantener las distancias con él, corría el riesgo de que lo echara a patadas de su cama. Sin embargo, Bo se había entregado a él con tal... la única palabra que se le ocurría para describirlo era «dulzura». Esa mujer lo estaba convirtiendo en un jodido poeta.

Podría con ello, siempre que volviera a tenerla.

A lo largo de ese día había tenido la sensación de que algo había cambiado en ella. Estaba más suave, más relajada, más a gusto. Si la causa estaba en la noche anterior, le encantaría reforzar esa expresión de contento, pero su ego no era lo bastante grande como para asumir que su polla fuera un mágico curalotodo. Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando en esa cabecita, lo había logrado ella sola, y el que se lo contara alguna vez, o no, estaba por ver.

Esa era otra cuestión: Bo no había hecho la menor intención de revivir lo de la noche anterior, no había repasado cada detalle, preocupada por su significado. Por su experiencia, las mujeres solían hacerlo, y eso lo volvía loco. Follar significaba follar. Fin de la historia. Pero Bo ni siquiera había sacado el tema, y le había obligado a hacerlo a él.

A lo mejor eso significaba algo.

Morgan no tenía prisa por averiguarlo. Tenía tiempo. Bueno, mejor dicho, esperaba tener tiempo. No había tenido noticias de Axel, salvo por la famosa

carta, pero lo cierto era que no había esperado recibir ninguna, ni siquiera esa. No sabía en qué dirección encaminar a Axel y no les quedaba otra que esperar a que los malos hicieran algún movimiento. De momento nadie se movía. ¿Por qué iban a hacerlo? A no ser que descubrieran que había recordado lo que fuera que no era capaz de recordar, no perdían nada con esperar. Y tampoco iban a moverse hasta que tuvieran que hacerlo, y eso les dejaba a Axel y a él completamente ociosos.

¿Qué pasaría si recibiera al día siguiente una llamada de su jefe para informarle de que la trampa había saltado, los gilipollas atrapados y que debía reincorporarse al equipo a la mayor brevedad posible? Por primera vez en su vida, no le apetecía regresar al trabajo. Quería pasar más tiempo con Bo.

Si Axel lo supiera se cagaría de miedo. A pesar de alguna razón lógica para enviarle a casa de Bo para que se recuperara, lo había hecho sobre todo por rencor, y Morgan lo sabía. Así era Axel. Era malo, inmaduro y vengativo con todos los que consideraba que estaban en contra suya, lo cual encajaba bastante bien con un trabajo como el suyo, convirtiéndole en un ser casi patológicamente fiel a sus hombres, o a los que consideraba como suyos. Jamás habría enviado a Morgan a ese lugar si hubiera sospechado remotamente que podría perder a uno de los jefes de su equipo.

La idea le sobresaltó. ¿Sería capaz de abandonar el equipo de operaciones especiales por Bo? ¿Se podría ver obligado a hacerlo? Algunos de los miembros del equipo estaban casados y conseguían que funcionara. Algunos se habían casado y luego se habían divorciado, pero eso le sucedía a todo el mundo, independientemente de la clase de empleo que tuvieran.

Mierda y dos veces mierda. ¿Estaba pensando realmente lo que estaba pensando?

Contempló a Bo, que dormía, los carnosos labios relajados, las largas pestañas cubriendo los grandes y oscuros ojos cerrados, pero que en cualquier momento podrían abrirse y ella sonreírle. Y, si lo hacía, él sabía muy bien cómo reaccionaría. En un abrir y cerrar de ojos la habría desnudado, y Tricks les volvería a dedicar esa mirada de censura.

Mierda, mierda y tres veces mierda. Dado que, en efecto, estaba pensando realmente lo que estaba pensando, tenía que tomar una decisión: contarle el verdadero plan de Axel, que consistía en poner a Morgan de cebo, y que podría tener como consecuencia un grave peligro para todos, o esperar que eso no llegara a suceder. La segunda opción era la más sencilla, pero seguramente también la más estúpida.

La decisión era suya, y tenía que tomarla.

## Capítulo 21

Cuando Bo despertó soltó un pequeño suspiro de relajado contento, se estiró y se sentó antes de hundir la mano en la neverita en busca de una botella de agua. Mientras abría la botella se volvió hacia Morgan, tumbado con las manos cruzadas bajo la nuca.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Alrededor de una hora —él sonrió y sus ojos emitieron un destello de humor—. Al menos no roncas, y no te he visto babear, pero tampoco puedo descartarlo por completo.

—Todo el mundo babea —contestó ella sin mayor problema antes de tomar un buen trago de agua—. ¿Tú roncas?

Bo alargó la mano hacia el cuenco del agua de Tricks y le echó un poco. La perra había levantado la cabeza al oír la voz de su dueña, y eso significaba que daba por concluida su siesta también. Enseguida se puso de pie y acudió a beber.

—Eso depende —Morgan acarició el lomo de la perra—. Si estoy en alguna misión, seguramente no porque nunca llego a dormirme profundamente. Pero cuando regreso a casa después de haber atravesado tantos husos horarios que ya no sé ni en qué día vivo, sin duda ronco.

—Ya. Supongo que roncar podría suponer un peligro cuando estás en una misión —ella jamás había pensado en los ronquidos en esos términos.

Qué raro, inquietante, y algo triste que algo tan humano pudiera, bajo unas circunstancias que para él eran normales, suponer una amenaza para su vida.

—Eso depende de dónde estemos. A veces estamos en una casa segura en una ciudad, y allí roncar no supondría mayor problema.

—¿Estás autorizado a explicarme lo que haces?

—En parte. La mayor parte es reservado —Morgan entornó los ojos y contempló el lago, como si estuviera buscando las palabras, como si estuviera decidiendo cuánto podía contar—. Soy el jefe de un grupo de operaciones especiales, OG. Las siglas significan Ofensiva Global. Nos envían allí donde seamos necesarios, sea legal o no, y por eso en la mayoría de los casos es material reservado. A lo mejor tenemos que apaciguar una rebelión incipiente, desactivar a algún pez gordo, cosas así. Ni se te ocurra buscar en Google algo de lo que te estoy diciendo porque podría acarrear, y a mí también, un montón de problemas. Pero sobre todo a ti.

—Te lo prometo.

Bo prefirió no preguntar qué significaba «desactivar», a alguien, aunque se lo imaginaba, y buscar en Google cualquier cosa relacionada con un equipo OG sería una verdadera estupidez.

Así era la vida de Morgan, una en la que el menor detalle podía desatar una acción y reacción extremas. Ni siquiera podía imaginarse la presión y el estrés que sufrían, aunque seguramente todas las personas que trabajaban en ese mundo serían unos adictos a la adrenalina, incluyendo al hombre que estaba a su lado.

—¿Sueles saltar de aviones? —preguntó para confirmar su teoría.

—Solo si es necesario. Aunque no es lo que más me gusta.

Eso la tranquilizó. Bo siempre se había preguntado qué clase de diarrea mental empujaba a la gente a practicar paracaidismo por gusto.

—¿Colocar explosivos? —fue la siguiente idea que se le ocurrió.

—Tenemos un experto que se ocupa de eso, pero sé cómo hacerlo.

—¿Montar en moto?

—¡No, por Dios! Esas mierdas pueden matarte.

La vehemencia de la contestación hizo que Bo soltara una carcajada.

—¿Y las demás cosas no? Y, eh, ¿ya has olvidado el motivo por el que viniste aquí?

—Supongo que eso depende de a lo que estés acostumbrado —Morgan se rascó la nariz—. Si lo que intentas es averiguar si me gusta la acción —sugirió acertadamente—, la respuesta es hasta cierto punto. Patear culos y hacer explotar la mierda puede ser muy divertido, pero también me gustan un montón de cosas de los Estados Unidos de América. Que las cañerías funcionen. La comida. ¿Sabías que tenemos la mejor comida basura del mundo?

No había duda de que era un experto en comida basura, y su evidente afición por ella rozaba el fervor.

—Hablando de comida basura, tenemos Oreo.

—Sácalas.

Alertada por el crujido del paquete, Tricks se acercó para inspeccionar las galletas, pero no eran para ella. Bo la distrajo con una chuche de perros, un delicioso hueso para morder. Con la golosina en la boca, la perra regresó a la toalla y se afanó en su desintegración. Morgan engulló un par de galletas, que bajó con una cerveza.

—Tenemos que hablar —anunció.

El tono de voz, la expresión, hicieron que Bo se sintiera intranquila y bajó la vista a su galleta en un intento de ocultar su aprensión. La experiencia le

había enseñado que las conversaciones que comenzaban con esas tres palabras nunca eran buenas. Así había empezado su exmarido la explicación sobre su necesidad de recibir más de lo que ella era capaz de darle. Así se habían despedido un par de padrastros. Así le había anunciado su madre que iba a volver a casarse la primera vez. Y así le iba a contar Morgan que no debía tomarle demasiado afecto, que lo que tenían era temporal, y que iba a regresar a su excitante trabajo en cuanto pudiera. Lo sabía, no hacía falta que se lo dijera. Pero saberlo era una cosa, y oírlo otra. No soportaría oírle decir «nos lo pasaremos de muerte, nena, pero después será adiós».

—No, no tenemos que hablar —espetó ella—. Lo entiendo.

—Créeme —gruñó él—. No tienes ni idea.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Entonces no es aquí cuando me dices que te marchas y...?

—Quiero...

—...y está bien porque en realidad no quiero oírlo —concluyó ella secamente.

—Bo. Cállate.

La dureza del tono de voz hizo que ella alzara la vista y lo mirara furiosa. Pero Morgan deslizó una mano por su nuca y la besó con pasión y fiereza. Durante un instante ella permaneció rígida, sin responder, pero él no se lo tragó y la atrajo hacia sí hasta que el trasero de Bo estuvo colocado entre sus muslos, y las piernas descansando sobre las suyas. Le empujó la cabeza hacia atrás y la volvió a besar hasta que la sintió relajarse un poco. Bo seguía sin devolverle el beso, pero al menos aceptaba sus labios. La mano de Morgan se deslizó bajo la camiseta de ella y se cerró sobre el pecho, pellizcando hábilmente el pezón hasta que lo sintió tensarse. La sensación era fuerte, pero no dolorosa. El placer se disparó por sus piernas, tensándola como si él estuviera dentro de ella. Maldito fuera.

Bo no quería rememorar las sensaciones, pero no podía controlar el recuerdo, ni su respuesta. Durante todo el día lo había deseado. No era un deseo desesperado, pero sí una cocción constante a fuego lento. Había sentido deseo de tocarlo, de sentir su cuerpo sobre el suyo, la tensa presión de esa masculinidad empujando entre sus piernas, dentro de ella. No se había concedido el capricho porque esperar tenía una especie de carga de perverso placer al notar crecer lentamente el deseo. Le gustaba la anticipación, saber que, cuando al fin volvieran a unirse, el placer sería tanto más intenso por la espera.

Y por el modo en que la estaba besando, Bo empezó a pensar que la charla sobre «esto es algo temporal», no era lo que Morgan tenía en mente. La

besaba con demasiada pasión. Sus caricias eran demasiado... ¿posesivas? Nunca había estado con alguien posesivo y no reconocía la sensación.

—No me mandes callar —murmuró Bo mientras le mordía un labio.

Más que nada porque tenía que hacerle comprender que no se iba a salir con la suya.

—Si lo hago —Morgan se apartó ligeramente y la miró, los ojos casi entornados y las mejillas sonrojadas—, ¿volverás a morderme?

—Ya te digo.

—Cállate.

El aire se volvió denso y ardiente. Ella rio y volvió a morderle el labio, y acabó tumbada de espaldas con la camiseta levantada y la boca de Morgan cerrada sobre un pezón. Bo respiró hondo y cerró los ojos, hundiéndose y a la vez flotando en la aguda sensación que tironeaba de ella. Él deslizó una mano entre sus piernas y la cubrió a través de los vaqueros, frotando la palma contra el clítoris. Bo abrió los ojos de golpe y miró fijamente los pedacitos de cielo azul que se veían entre las ramas de los árboles. No lograba enfocar la vista porque toda su atención estaba dirigida hacia el interior, sobre su cuerpo y lo que ese hombre le estaba haciendo. «Voy a llegar», pensó brevemente. Dicho y hecho.

Morgan le arrancó los pantalones mientras ella permanecía en un estado casi comatoso, incapaz de ayudarlo porque su cuerpo estaba inane, pesado y palpitando débilmente. Él no le quitó la camiseta, pero sí la subió hasta las axilas. Colocó las manos bajo sus muslos y le levantó las piernas mientras las separaba, acomodándose firmemente entre ellas. La ligera brisa refrescó brevemente la ardiente y húmeda piel de Bo antes de que él colocara la gruesa cabeza del pene contra su abertura, estirándola mientras se introducía lentamente. De su garganta surgió un sonido ronco mientras le levantaba las piernas para hundirse todo lo posible. Bo consiguió agarrarle los hombros y rodearle la espalda con las piernas, y se sujetó con fuerza mientras empezaba el terremoto.

No duró mucho tiempo, alrededor de un minuto, pero fue un minuto tumultuoso. Las fuertes embestidas del miembro viril en su interior la llevaron de nuevo a la cima, tan deprisa y tan fuerte que en el transcurso de ese minuto Bo se sintió de nuevo arrasada por el huracán del deseo. Morgan alcanzó el orgasmo, arqueando la espalda y con fuertes estremecimientos, antes de hundirse lentamente sobre ella hasta hacerle aguantar todo su peso. Casi de inmediato se incorporó y se apoyó sobre los antebrazos para permitirle respirar, aunque la frente seguía apoyada contra la suya.

—Me vas a matar —murmuró él en un tono casi inaudible—. Bo.

¿Y eso era bueno? Bo se lo preguntó un poco aturdida. Morgan la embriagaba, la dejaba borracha de placer. Deslizó las manos por la sudorosa espalda, bien para calmarlo, bien para satisfacer su propia necesidad de tocarlo. A lo mejor las dos cosas juntas, quizás en algún momento habían confluido las necesidades de ambos.

Cuando reunieron las fuerzas suficientes se separaron en silencio y se limpiaron con las servilletas que ella había llevado, y parte del agua. Morgan rio al ver que Tricks les había dado la espalda mientras terminaba de comerse la chuche. A medio vestir, ella con camiseta y ropa interior, y él con los vaqueros, Morgan la atrajo hacia sí y la sentó entre sus piernas encogidas, abrazándola por la cintura.

—Y ahora —anunció—, vamos a hablar. Tengo algo importante que decirte, sobre mi presencia aquí.

—¿Me va a gustar? —preguntó ella tras reflexionar unos segundos.

—Seguramente no. Pero si tú y yo vamos a seguir con esto, tengo que ser sincero contigo. Puede que después me echés de una patada en el culo, pero debo correr ese riesgo.

No parecía la clásica charla de «no puede haber nada serio entre nosotros porque tengo un pie fuera de tu casa». Bo apoyó la cabeza contra su hombro y el brazo sobre los suyos. La mente le iba a mil por hora intentando imaginarse de qué podía tratarse. De inmediato sus reflexiones se detuvieron en Axel.

—¡Mierda! —exclamó contrariada—. Sabía que no debería fiarme de Axel. Él está detrás de todo esto, ¿verdad?

—De casi todo. Yo también tengo mi parte de responsabilidad. Lo que te explicó era básicamente la verdad, hasta cierto punto...

—Pero, tratándose de Axel, no tardó mucho en desviarse del camino de la verdad, ¿a que no?

Bo tenía ganas de gritar. Cada vez que Axel intervenía en algo, sus niveles de irritabilidad se disparaban. No le gustaba ese hombre, no confiaba en él, y de momento siempre había dado en el clavo.

—Tiene otras prioridades —Morgan protestó—, y son unas prioridades muy importantes. Sin duda me envió a ti, en parte, por una cuestión de rencor, porque Axel es así. Pero también tuvo otros motivos para elegirte, como el relativo aislamiento de la población, el reducido número de habitantes, que facilita el descubrimiento de cualquier extraño, la distancia relativamente reducida hasta Washington D.C. Estaba colocando una trampa.

Bo asimiló las palabras de Morgan, rechazando rápidamente varias opciones. No había recibido formación en subterfugios, pero era inteligente y

observadora, y la información que acababa de recibir encajaba de un modo que la explicación inicial de Axel no había hecho. Se había dejado convencer por el estado de Morgan, por el dinero que le había ofrecido Axel, por la aparente lógica de su primera explicación. Una lógica que se había hecho más fuerte al comprender que la organización podría haber sido comprometida desde dentro. Y aun así debería haber sido más desconfiada.

—¿Hay posibilidades de que alguien de la ciudad esté en peligro o resulte lastimado? —fue la primera pregunta que hizo Bo, la más importante.

Esa había sido su principal preocupación desde el principio, y había sido lo bastante estúpida como para creer a Axel cuando le había asegurado que no había peligro. La ciudad, y sus habitantes, formaba parte de su responsabilidad y, sobre todo, muchos eran amigos suyos. Si algo les sucedía no estaba segura de poder superarlo. Por otro lado, apreciaba el gesto de Morgan al contarle la verdad, aunque la magnitud parecía tan enorme que no estaba segura de poder manejarla. Qué ironía que hubiera estado preocupada por si Morgan se marchaba y, de repente, quizás tuviera que obligarle a irse. No obstante, tenía derecho a ser oído, y no iba a tomar una decisión apresurada. Había muchos factores a tener en cuenta, circunstancias que sopesar.

—Te diré lo que pienso —Morgan suspiró y apoyó la barbilla sobre la coronilla de Bo—. Las posibilidades son prácticamente nulas. Pero todo es posible. No sabemos a quién nos enfrentamos. La idea era que yo me escondiera en un lugar seguro, aunque no del todo inaccesible, filtrar información que hiciera creer que empiezo a recuperar la memoria, y provocar al malo para que hiciera otro sabotaje. Pero esta vez la información estaría pinchada para saber quién es el pirata.

—Y si eso fallara, Hamrickville es lo bastante pequeño, y está lo bastante aislado, como para que enseguida nos demos cuenta de la aparición de un extraño —Bo concluyó la explicación por él—. Pero hay un fallo en esa teoría. La ciudad es pequeña, pero también lo suficientemente grande como para que yo no conozca a todo el mundo, ni siquiera tengo una buena idea de quién es casi la mitad de la población. Hay cuatro mil personas, un extraño no tiene por qué destacar.

Las personas que vivían en las grandes ciudades solían pensar que en los pueblos todo el mundo se conocía, pero no era así.

—Pero no hay muchas carreteras que conduzcan a Hamrickville e interceptar a alguien debería ser más fácil que si llegara directamente por la interestatal. Hamrickville fue un factor secundario, y uno muy conveniente.



El dinero de Axel servirá para atrapar al hacker y para seguir la rama del árbol de Judas hasta el mismísimo tronco.

—Y sin embargo no ha sucedido nada a pesar de sus filtraciones — normalmente, a Bo le gustaba que todo estuviera en calma. El drama no iba con ella.

Pero en esos momentos, pensó que debía mostrar una reacción más... valiente, más airada, aunque las medias tintas no eran lo suyo. Ciertamente estaba enfadada, pero con Axel. Era el campeón de los gilipollas. Ni siquiera había pestañado ante la posibilidad de poner en peligro a los habitantes de su ciudad, o a ella misma, llegado el caso. Su único objetivo era encontrar y eliminar la amenaza contra el equipo OG y, sobre todo, contra Morgan. Morgan... bueno, él mismo lo había explicado claramente, él era secundario. Quizás por eso no descargaba su ira contra él, quizás por eso no estaba gritándole y diciéndole que se jodiera a sí mismo la siguiente ocasión en que se le pusiera dura.

—Efectivamente. Aún no le ha podido hincar el diente a nada. De manera que todo esto es una causa perdida porque seguimos sin una jodida pista sobre por qué me eligieron. Si sirve de ayuda, cometer cualquier acción en la ciudad sería una tremenda estupidez. Si consiguen esquivar la trampa de Axel, es más probable que vayan directamente a tu casa.

—¡Ah, bueno! —contestó ella con fingida calma—. Eso al menos explica tu insistencia en mejorar el sistema de seguridad.

—Creo que las probabilidades son escasas, pero no puedo ignorarlas. Prefiero ser precavido a descuidado. Hasta que, y a no ser que, Axel nos comunique que ha saltado la trampa y el idiota ha sido capturado... —él se encogió de hombros.

—No podemos hacer nada más que esperar —de nuevo Bo concluyó la frase.

—¿Significa eso que no me vas a echar de tu casa? —preguntó Morgan tras reflexionar en silencio.

—Aún no lo sé —contestó Bo con sinceridad—. Tengo muchas cosas en que pensar. No olvides que conozco a Axel. Fue él quien tuvo la idea, y tú seguramente estarías medio inconsciente cuando lo hizo, atiborrado a analgésicos.

Considerando lo débil que había estado al aparecer ante su puerta, Bo solo podía imaginarse la gravedad de su estado en el momento en que Axel había elaborado su plan. Y luego ese bastardo lo había metido en un coche para que condujera él solo todo el camino hasta allí, el mismo día en que lo habían dejado salir del hospital. Lo normal hubiera sido sufrir un colapso antes de

haber recorrido la mitad del trayecto, pero Morgan había aguantado. Claro que Axel seguramente sabía que lo haría.

—No me juzgues a la ligera, porque he tenido mucho tiempo para pensar desde que dejé de tomar esas sustancias.

—No lo hago —contestó ella—. Esto es muy serio, de modo que no me presiones, ¿de acuerdo? Necesito pensar en muchas cosas.

Y una de esas cosas era que Morgan no intentaba eludir su responsabilidad ni echarle toda la culpa a Axel, algo irrisoriamente fácil de hacer.

—Preferiría que me rompieras la nariz de un puñetazo y acabar con esto de una vez.

—No estás en posición de elegir. Estoy furiosa, pero aún no he decidido cómo descargar mi ira.

—¡Cielos! —él la abrazó con más fuerza—. Me está bien empleado por empezar a enamorarme de una mujer sensata. Preferiría que te pusieras a gritar y lo soltaras todo.

Bo permaneció muy quieta, envuelta en los brazos de Morgan, asimilando sus palabras. Era lo bastante precavida, lo bastante desconfiada, sobre las relaciones amorosas como para que su primer pensamiento cínico fuera preguntarse si le había dicho que se estaba enamorando de ella como táctica de manipulación. Era un hombre muy inteligente, y lo había dejado patente al comprender en una décima de segundo cómo era Jesse. Sabía analizar a las personas, sabía cómo decir lo que hacía falta para conseguir lo que buscaba.

Por otra parte, y salvo por la información que le había omitido al principio, que ella supiera, siempre había sido sincero. No le había ocultado nada, había contestado a todas sus preguntas... y el día anterior había arriesgado su vida para protegerlas a ella y a Tricks.

Bo contemplaba el lago sobre el que se formaban unas ondas, que seguramente indicaban la presencia de algún pez acercándose a la superficie, y la vegetación en la orilla que ondeaba bajo el viento. Tricks olisqueaba a su alrededor, pasando de un interesantísimo olor al siguiente, la extravagante cola moviéndose alegre de un lado a otro. Morgan seguía abrazándola, protegiéndola con su fuerza del resto del mundo. No sabía qué pensar de ello porque siempre había estado sola, siempre se las había tenido que apañar sola, hasta su llegada a Hamrickville.

Era consciente de que la pequeña población no tenía nada de especial, salvo quizás la afectuosa mezcla de admiración y temor que todos profesaban hacia los Malos-Como-Demonios-Hobson, y que podía haber hallado amistad y cariño en casi cualquier lugar que hubiera elegido. Salvo que no lo había

elegido. Las circunstancias económicas la habían obligado a mudarse allí, esa era la verdad. Eran sus amigos. Eran su responsabilidad.

La línea de pensamiento la llevó a preguntarse si Morgan la consideraba a ella, a ellos, como alguien a quien proteger. Siempre había estado allí cuando lo había necesitado. Se había excedido. Para bien o para mal, se estaba convirtiendo en parte de esa ciudad. La gente ya lo saludaba con un «¡Hola, Morg!», como si fuera uno de ellos. Jesse lo trataba con respeto, y Bo tuvo que admitir que eso pesaba mucho a su favor porque Jesse no se dejaba engañar por nadie.

Se le ocurrían varios motivos para no culpar a Morgan de la situación. La trataba con respeto, ni una sola vez la había humillado. No dudaba de ella, no cuestionaba sus decisiones, dejaba bien claro que consideraba que estaba en su casa y que se regía por sus normas, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudar. La trataba como a un igual lo cual, considerando la clase de hombre que era y lo que hacía para vivir, no era cualquier cosa.

Y, siguiendo por ese camino, Morgan había sucumbido a Tricks. Se había resistido, pero ya no intentaba fingir ser indiferente. A lo mejor no estaba bien de la cabeza por fundamentar sus decisiones en si la persona en cuestión amaba, o no, a su perra, pero Tricks era tan importante para ella que no podía ignorarlo.

—¡Tricks! —impulsivamente la llamó—. Ven aquí, cielo —dio varias palmadas—. Ven a por un abrazo.

Tricks se dio media vuelta y acudió dando saltitos, una enorme sonrisa grabada en su cara. El sol arrancaba dorados destellos de su pelaje, capturando los cabellos iridiscentes y haciéndolos resplandecer. Entusiasta, dio un salto y lamió el rostro y las manos de su dueña, el rabo en perpetuo movimiento, tan intenso que todo su cuerpo se retorció.

—Preciosa —susurró ella mientras intentaba esquivar algunos de los lametones de Tricks al tiempo que la abrazaba y acariciaba—. Eres una chica muy lista. ¿Qué te parece Morgan? —sujetó la cabeza de la perra y la miró a los ojos.

El animal se quedó quieto, la expresión de profunda atención, como si supiera que Bo le estaba preguntando algo importante.

—Hizo algo que no me gustó —Bo señaló a Morgan con el pulgar—, y no sé si debería quedarme con él o no. En su mayor parte no fue culpa suya.

—Menuda hija de perra —murmuró Morgan—. Y no era mi intención hacer un juego de palabras. Estás pidiéndole a un perro que decida...

—Que decida si recibes mi aprobación —ella asintió—. Sí. Tiene un talento excepcional para juzgar el carácter de las personas, por si no te habías dado

cuenta. No será ella quien tenga la última palabra, pero quiero saber su opinión. Tricks, ¿merece la pena quedarse con Morgan?

Tricks desvió la mirada hacia el aludido, como si estuviera considerando la opción. Bo lo sentía tenso y, por una parte, sintió ganas de reír. Solo hablaba medio en serio, pero esa mitad desde luego quería conocer la opinión de Tricks. La cuestión era que Bo no recordaba haberle hecho jamás una pregunta tan abstracta. Pudiera ser que la perra la comprendiera en parte, pero no estaba segura. En cualquier caso, el sutil pánico con el que Morgan aguardaba el veredicto del animal resultaba divertido, y en esos momentos no le iba nada mal un poco de diversión.

Tras unos tensos segundos, Tricks se adelantó y lamió la mejilla de Morgan. A continuación reculó, meneó el rabo y regresó a sus asuntos.

Bo y Morgan permanecieron sentados en silencio.

—He sido bendecido —anunció Morgan.

—No es exactamente lo mismo que si viniera del Papa, pero sí.

—¿He conseguido tu aprobación?

Bo permitió que la pregunta quedara flotando en el aire, porque lo cierto era que no estaba preparada para tomar una decisión definitiva, no podía.

—Supongo. Hay muchos puntos a tu favor.

Morgan apoyó la cabeza en el rostro de Bo. No hacía falta que se lo explicara con detalle, él sabía que estaba enfadada y que quizás permaneciera así durante un tiempo, pero no iba a echarlo de su casa y ya encontrarían la solución. Eso hacía la gente que mantenía una relación de verdad, pensó ella con una aguda punzada de terror. Por Dios santo, ¿se trataba eso de una relación verdadera? Una parte sí parecía real, parecía algo más que sexo. Llevaban semanas viviendo juntos, construyendo una rutina y mezclando sus vidas.

—Puede que esto sea de verdad —susurró con un hilillo de voz.

—Supongo que tendré que esforzarme para convencerte de ello —contestó él mientras alzaba los pulgares hacia Tricks—. Gracias, chica.

## Capítulo 22

A Bo se le daba bien dejar las cosas en el aire durante un tiempo hasta que se sentía capaz de pensar la situación más detenidamente, o hasta que sucedía algo. Se habría sentido mucho peor si la hubiera obligado a tomar una decisión inmediata porque se trataba de una cuestión demasiado importante. Se sentía capaz de pensar en lo que tenían Morgan y ella, aunque le resultaba extraño considerarse la mitad de una pareja. Se sentía capaz de imaginárselo formando parte de su vida durante un tiempo, quizás incluso durante bastante tiempo. Se sentía capaz de aceptar lo que tuvieran en ese momento sin arrepentirse a pesar de lo que acababa de averiguar. Esas cosas sí se sentía capaz de hacer. Lo que no se sentía capaz de hacer era pensar en algo permanente, porque eso implicaba que iba a tener que enfrentarse a más de a lo que estaba realmente dispuesta. Se sentía capaz de manejar el futuro inmediato, el presente, pero no un compromiso que fuera más allá.

No era ciega a las circunstancias que le habían dado forma. Había tomado deliberadamente la decisión de inhibir la parte romántica de la vida y permanecer sola. Le gustaba estar sola, la sensación de seguridad que le proporcionaba. Había necesitado un suceso traumático para cambiar de idea, uno que la había sacudido hasta la médula y que hubiera preferido no tener que vivir, pero no podía borrar el día anterior. Era real, y ella sabía enfrentarse a la realidad. Las cosas habían cambiado. Había reorganizado sus prioridades, voluntaria y deliberadamente.

Durante el trayecto de regreso desde el lago a su casa, Bo permaneció en silencio en el asiento trasero, contemplando a Morgan conducir con mano experta el todoterreno entre rocas de granito, sorteando árboles e inclinando el vehículo para atravesar baches. Le gustaba la imagen de solidez que proyectaba su cabeza sobre los anchos hombros, la seguridad con la que sujetaba el volante, la concentración con la que estaba pendiente de cada detalle, girando constantemente la cabeza. Nada podría sorprenderlo, pensó ella.

Le observó alargar una mano para acariciar el cuello de Tricks, siendo recompensado por un rápido lametón. La perra resplandecía. Había disfrutado de un gran día. Había montado en el asiento delantero del coche tanto a la ida como a la vuelta, había nadado y recuperado la pelota hasta agotarse. Se había echado una buena siesta y mordido un hueso de chuche.

Contemplar a esa criatura feliz e inocente inflamó el corazón de Bo de amor y ternura, y no pudo evitar sonreír.

—Gracias de su parte —susurró.

—No puedo consentir que os suceda nada malo a ninguna de las dos — Morgan la miró por el espejo retrovisor—. Antes lo habría matado con mis manos.

Y lo habría hecho. No se trataba de una fanfarronada, era la simple constatación de lo que podía hacer, y haría. Bo lo aceptó, incluso halló consuelo en esa idea. No estaba muy segura de qué indicaba de ella el hecho de que le gustara tener en su vida a alguien con esa habilidad mortífera. Nunca antes había sentido la necesidad de ser protegida, pero el día anterior le había demostrado que en cualquier momento y lugar podría suceder algo malo, y que los hombres como Morgan estaban siempre preparados para intervenir. Jesse, o cualquiera de sus agentes, habría hecho lo mismo, pero, a pesar de conocer a Kyle, ¿se habrían dado cuenta de que sucedía algo raro simplemente porque llevaba puesta la cazadora? Quizás sí, quizás no, nunca antes habían tenido que enfrentarse a una situación como esa. Morgan había reconocido la amenaza desde el primer instante y había tomado cartas en el asunto y, pasara lo que pasara entre ellos en el futuro, ella lo amaría siempre por lo que había hecho el día anterior.

Cuando llegaron a la casa, Morgan se bajó del coche y se dirigió al otro lado para desabrochar el arnés de Tricks y que pudiera bajarse ella también. A continuación esperó a que Bo saliera de la parte trasera. Cuando prácticamente había desmontado, la agarró de la cintura y la sacó en brazos, depositándola en el suelo.

—Gracias —Bo echó hacia atrás su oscura melena, pero, al ver que no la soltaba, levantó la vista.

Morgan la atrajo hacia sí e, inclinando la cabeza, tomó sus labios en un beso demasiado largo e intenso para resultar cómodo. Ella respondió con tanta calidez y pasión que se sorprendió a sí misma, pero en eso consistía lo que había entre ellos, y aceptó la fuerza que tenía. Cuando Morgan se apartó, ella apoyó la cabeza en su pecho y él le acarició la espalda hasta detener las manos sobre el trasero, que apretó para atraerla más hacia sí.

¡Por Dios cómo le gustaba la libertad de tocarlo y dejarse tocar! De momento, a Bo le bastaba con eso. Morgan estaba allí, Tricks estaba allí, y a Bo le sorprendió descubrir lo feliz que era a pesar de lo que él le había contado. Irritada sí, pero... feliz.

Descargaron el todoterreno y Morgan llevó la neverita al interior mientras abrazaba a Bo por la cintura con el brazo que le quedaba libre. Al entrar ella

tuvo de nuevo esa sensación de familia cuando estaban los tres juntos. Tricks bailoteaba a su alrededor mientras que Morgan y ella vaciaban la neverita y guardaban las cosas.

Bo se había dejado el móvil en la casa para asegurarse de que nadie la molestara y cuando echó un vistazo al gran reloj colgado de la pared de la cocina se sorprendió de que pasaran de las tres. O bien la siesta había durado más de lo que había afirmado Morgan, o habían hecho el amor durante más tiempo del que le había parecido. Quizás ambas cosas. El tiempo en el lago había volado y lo que le había parecido un par de horas había duplicado ese tiempo.

Habría más días como ese, pues Bo tenía la intención de convertir las visitas al lago en una costumbre.

Consultó el contestador automático, pero no había ningún mensaje. Tampoco había llamadas perdidas ni mensajes en el móvil. Bo comenzó a sospechar que el alcalde Buddy había dado orden de que nadie la molestara, y eso acababa de hacerle merecedor de un gran abrazo. Justo en el instante en que lo pensaba, el móvil empezó a sonar con la melodía indicativa de un mensaje. Se lo tenía merecido por tentar a la suerte. El mensaje era de Daina, bastante inmune a la benigna tiranía del alcalde Buddy.

Daina: *¿Estás bien?*

Bo: *Bastante bien.*

Daina: *¿Quieres que te lleve algo para cenar?*

Bo estaba a punto de negarse, pero luego lo reconsideró.

Bo: *¿Qué hay en el menú?*

Daina: *Risas. Cualquier cosa que se te antoje para llevar.*

Bo: *Estaba bromeando. Gracias por el ofrecimiento, pero tenemos comida de sobra.*

Daina: *¿Sigue el buenorro cuidando de ti?*

Bo sonrió. ¿Desde cuándo se había convertido Morgan en el «buenorro»? decidió tomarle el pelo a su amiga.

Bo: *¿Quién?*

Daina: *¡Venga ya! Ese pedazo de hombre que te mira como si le apeteciera devorarte.*

Bo: *Ah, ese.*

Sin embargo se sorprendió. ¿De verdad la miraba de ese modo?

Daina: *Bufido.*

Bo borró los mensajes, como hacía siempre, basándose en la teoría de que algo que no existía no podía avergonzarla. Sonrió y dejó el móvil a un lado, contenta de tener amigas, de no estar tan sola. A pesar de sus esfuerzos por no permitir que nadie le importara, le importaban. Lenta, pero segura, había

desarrollado relaciones, aunque no hubieran sido románticas hasta llegar a Morgan.

Se acercó al ordenador y se sentó delante de la pantalla. Necesitaba considerar detenidamente todos los aspectos de la situación hasta ese momento. Así pues, elaboró un gráfico de pros y contras para poder visualizar cada elemento con más claridad y sopesarlos.

—¿Estás trabajando? —preguntó Morgan desde la cocina.

A Bo se le ocurrió que quizás estuviera cocinando algo, pero no miró hacia atrás para comprobarlo.

—No exactamente —contestó distraídamente.

Bajo el encabezamiento de los contras escribió: «poner en riesgo la ciudad», y permaneció un buen rato reflexionando. Sin embargo, y para su sorpresa, no se le ocurría nada más. Ciertamente Morgan había mentido por omisión, pero eso quedaba incluido en el riesgo para la ciudad. Por otra parte, él consideraba cualquier riesgo para la ciudad como insignificante y que era más probable que el peligro estuviera allí, en su casa. Quizás también debería colocarlo bajo el mismo encabezamiento y, además, había tomado precauciones para minimizar ese riesgo.

Y aparte de eso, ¿qué?

Tras contemplar el cursor infructuosamente durante un rato, pasó a la columna de los pros. Lo primero que acudió a su mente fue que, en cuanto su relación se había vuelto íntima, él se había mostrado totalmente sincero. No había intentado ocultárselo, no se había inventado ninguna excusa. Su sinceridad contrarrestaba por completo todo el asunto de las mentiras por omisión. Era un hombre, no un inmaduro. Aceptaba la responsabilidad de sus propios actos, además de los de los demás.

Había arriesgado su vida para protegerlas a ella y a Tricks.

Estaba dispuesto a brindarle su apoyo cuando ella lo necesitaba, pero tenía la confianza suficiente como para no ponerse dramático al respecto. Confiaba en que ella supiera manejar su vida y su trabajo.

Y eso era muy importante.

Por el rabillo del ojo Bo lo vio acercarse y supo que sentía curiosidad, dado que le había dicho que no estaba trabajando. No había rellenado ninguno de los elementos que se le habían ocurrido para la columna de los pros, y un ramalazo de travesura la impulsó a escribir: «tiene la polla grande».

Morgan se movía como un fantasma, sin hacer ruido, pero ella sentía su presencia como una descarga eléctrica de baja intensidad mientras permanecía de pie tras ella.



Tras una breve pausa él leyó los encabezados de las columnas, y los dos elementos anotados. Soltó una carcajada y la levantó de la silla, dándole la vuelta para que lo mirara de frente. Sus ojos brillaban divertidos, la boca curvada en una sonrisa.

—Lo único que necesito saber es si el pro supera al contra.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, hundiéndose en la fuerza y la calidez.

—No, pero todo lo demás que no anoté sí lo hace.

Había sentido la necesidad de reflexionar sobre ello, pero una vez hecho eso, no tenía ninguna duda. Bo lo conocía bien, y era consciente del acero del que estaba fabricado, y el hecho de que fuera un tipo sorprendentemente agradable era la guinda del pastel.

—Prefiero no saber cuáles son los demás elementos. Lo que sí quiero saber es si te parece bien cenar espaguetis con ensalada y pan de ajo.

—Sí, será perfecto. Pero ¿por qué me lo preguntas si ya estás preparando la salsa? Ya la huelo.

—Necesitaba una excusa para venir a ver qué hacías.

—Daina se refirió a ti como el «buenorro» —ella sonrió con la cabeza aún apoyada sobre su hombro—. También dijo que me mirabas como si desearas devorarme.

—¿En serio? ¿Qué te parece? Yo diría que ya lo he hecho —la voz de Morgan se hizo más grave y el recuerdo provocó un escalofrío en la columna de Bo—. Y tengo la intención de volver a hacerlo.

La estaba seduciendo antes siquiera de servirle los espaguetis prometidos. Bo intentó recordar si alguna vez la habían intentado seducir. Sinceramente le parecía que no. Dos días antes habría asegurado que no quería que la sedujeran, pero eso fue dos días antes.

Estaba feliz, pensó algo sorprendida. «Feliz». No era la primera vez que aseguraba estar contenta, y desde luego había sentido algo parecido, pero no el estremecimiento de euforia que circulaba en esos momentos por sus venas.

Feliz. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a ello.

Regresar al día siguiente al trabajo, llevándose a Tricks con ella, le resultó más difícil de lo que había supuesto. A medida que el reloj se acercaba a la hora de marcharse a la ciudad, la sensación de miedo se incrementaba. Se le ocurrió pedirle a Morgan que se quedara con la perra, pero a la hora de partir, él decidió acompañarlas.

—No estoy preparado para perderte de vista —anunció con el ceño fruncido—. Me llevará un tiempo superar la imagen de ese canalla sacando el arma y saber que yo no tenía un buen ángulo de tiro.

Bo se había sentido del mismo modo, consciente de que no podía hacer nada para salvar a Tricks. Miró a su perra, que saltaba junto a la puerta.

—Siempre tuve la sensación de que estaría mejor conmigo, pero estarlo podría ponerla en peligro.

—Solo por culpa de Kyle Gooding, y ese bastardo no asomará la nariz fuera de la cárcel en una buena temporada.

—Saldrá bajo fianza.

—Podría, pero no lo hará. Sabe que no le conviene.

Morgan no añadió nada más, pero Bo se hizo una idea más clara de por qué Kyle iba a declararse culpable, y no le cabía la menor duda de que lo haría. Si salía de la cárcel, Morgan lo estaría esperando.

Los habitantes de Hamrickville ya se habían acostumbrado al Tahoe negro de Morgan, y sabían que lo más probable era que Bo y Tricks viajaran dentro. Morgan bajó las ventanillas para que todos pudieran ver a Tricks, y Tricks pudiera recibir sus aclamaciones. Parecía haber más gente de la habitual por la calle, de manera que los gritos de «¡Tricks!», se multiplicaron. El animal, por supuesto, se comportaba como si aquello fuera una prolongación del desfile y empezó a ladrar feliz, girando la cabeza de lado a lado para saludar a todos sus súbditos.

Contemplar la escena, contemplar la felicidad de Tricks, ayudó a calmar el corazón de Bo. Agradecida de que el animal no sufriera ni rastro del terror que la había asolado a ella, sonrió a su mascota. Quería que Tricks viviera siempre contenta y confiada.

Morgan aparcó, como siempre, detrás de la comisaría, y todos entraron por la puerta trasera. Bo iba delante y se detuvo en seco al ver lo que había sobre su mesa. Morgan, que la seguía muy de cerca, chocó contra ella haciéndole perder el equilibrio. Enseguida la agarró para sujetarla, abrazándola contra él hasta que la sintió de nuevo firme.

Alguien había atado a la silla un enorme ramo de globos, que se mecían suavemente en las corrientes de aire de la oficina. Tricks también se quedó helada, mirando los globos durante varios segundos antes de echar a correr hacia delante meneando el rabo hasta detenerse bajo los globos mirando hacia arriba con tal intensidad que Bo pensó que estaría calculando la trayectoria que necesitaría imprimirle al salto para alcanzarlos. Debía haber al menos treinta, de todos los colores, y desde luego estaban a tiro.

—Esos globos está a punto de explotar —anunció Morgan mientras se colocaba entre Tricks y su objetivo.

Desató la cuerda de la silla de Bo y la volvió a atar al cajón superior del archivador. El perro lo siguió, la mirada aún fija en la atractiva disposición, antes de volverse y contemplar la silla colocada junto al archivador.

—¡Aparta esa silla! —exclamó Bo.

Morgan movió la silla justo en el instante en que Tricks se preparaba para dar un salto sobre ella, y de ahí hasta los globos. Frustrado, el animal soltó un gruñido y trotó hasta la mesa de Bo, alzando el hocico y olisqueando una misteriosa caja colocada en el centro.

—El alcalde Buddy trajo los globos —explicó Loretta desde su cubículo al otro lado de la mampara—. Y Daina trajo las galletas.

—Galletas —Morgan se movió a velocidad de vértigo, alcanzando la mesa antes que Bo y abriendo la caja para examinar su contenido—. Esas son de pepitas de chocolate, y hay unas de azúcar con algo rojizo por encima.

—Galletas de canela —aclaró Loretta sin abandonar su cubículo—. ¿No reconoces las distintas clases de galletas?

—Conozco las Oreo. Un hombre no necesita más —Morgan le ofreció la caja a Bo—. Son para ti, de modo que te dejo elegir la primera.

—¡Eso sí que es generosidad! —exclamó ella mientras elegía una de cada variedad.

Tricks empezó a dar saltitos al ver, y oler, las galletas. Y porque se trataba de un día especial, Bo partió un trocito de una galleta de azúcar y se la ofreció.

Después se volvió hacia el montón de papeleo que había sobre la mesa y suspiró. Era el resultado de faltar un día al trabajo: doble papeleo. No había nada que pudiera hacer al respecto, salvo ponerse manos a la obra, y eso hizo, dejando las galletas elegidas a un lado sobre una servilleta. Morgan le llevó una taza de café y la dejó junto a las galletas antes de dirigirse al cubículo de Loretta para charlar con ella.

Y entonces comenzó el desfile.

En ningún momento se juntó un gran grupo, normalmente las visitas llegaban de una en una, pero la puerta de la comisaría permaneció abierta en todo momento. La señorita Doris llegó con varias cajas, que Morgan se apresuró diligentemente a quitarle de las manos.

—Magdalenas —anunció con un destello en la mirada azul mientras se volvía hacia Bo—. Por favor no te pongas a lamer la cobertura —gimió mientras la señalaba con un dedo.

¿Qué?

—Yo siempre lamo la cobertura —Bo lo miraba perpleja.

—Pues no lo hagas.

La señorita Doris rio nerviosa y Bo vio sonrojarse a la anciana. De nuevo miró a Morgan, cuya expresión estaba más que clara. Y sintió que ella también enrojecía.

—De acuerdo —asintió al fin, forzando las palabras a través de la garganta, que se le había cerrado por el calor que ascendía en oleadas desde los dedos de sus pies.

Se sentía como una adolescente, o como ella se imaginaba que se sentiría una adolescente. Su etapa en el instituto no había incluido ninguna relación aparte de las amigas y el equipo de natación.

—También hay unas galletas con forma de perro —Morgan se concentró de nuevo en inspeccionar la caja—. Solo para estar seguro, señorita Doris, ¿son galletas para humanos o...?

—¡No, no! Son para Tricks —anunció la mujer antes de que Morgan les diera un mordisco—. Tengo mi propia receta sana y segura para perros, por si no lo sabías.

—Lo que sí sabré es que me ama el día que prepare galletas con forma de hombre —Morgan le guiñó un ojo y la anciana fue todo risitas nerviosas y rubor.

Poco después de que la señorita Doris se hubiera marchado, Patrick llegó con una docena de donuts, mitad rellenos de chocolate, mitad rellenos de limón.

—Hola, jefa —saludó mientras dejaba la caja sobre la mesa—. Me imaginé que te apetecería un poco de terapia azucarada. ¿Esas son las magdalenas de la señorita Doris?

—Lo son. Sírvete —lo invitó Bo, convencida de que iba a morir de un coma diabético, pero incapaz de no probar todo lo que le habían llevado—. Esas son para Tricks —le advirtió cuando Patrick empezó a husmear entre las galletas para perros. No le harían daño, pero Tricks sin duda le guardaría rencor eterno si se daba cuenta de que alguien se estaba comiendo sus chuches.

Jesse y Kalie llevaron una cesta de frutas, al menos ese azúcar contenía vitaminas. Bo empezó a preguntarse si toda la ciudad pensaba que ella se había derrumbado por culpa del trauma. Luego se dio cuenta de que sí había estado a punto de hacerlo. De haber sido la única a quien hubieran intentado matar se habría sentido asustada, no desolada. Y no solo eso... de repente se le ocurrió que, aunque nadie dijera una palabra, era evidente que todos sabían que Kyle había apuntado a Tricks, no a ella. Christa, que estaba junto

al perro, subida a la carroza, sabía la verdad. Bo supuso que ya la habrían interrogado, y sin duda había contado la verdad. Daba igual, Kyle iba a declararse culpable por intentar matar a la jefa de policía, y esa sería la versión oficial.

Evan Cummins, el director del colegio, apareció con un centro de flores de parte suya y de su esposa, Lisa. Se disculpó ante Bo una y otra vez, como si todo fuera culpa suya por haberla convencido para que permitiera que Tricks se subiera a esa carroza. Bo se sentía tan agradecida de que no hubiera llegado con más comida que estuvo a punto de abrazarlo. Sin embargo, se limitó a asegurarle que estaban bien, a preguntarle si sabía cómo estaba el marido de la señora Simmons y a intentar agasajarle con un montón de dulces.

El señor Simmons estaba bien, había pasado la noche en el hospital, pero lo habían dejado marchar el día anterior por la mañana.

Tras aceptar un donut relleno de chocolate, el señor Cummins se marchó.

Acabado su turno en el supermercado, la señorita Virginia Rose se pasó con una caja de bombones. Para entonces incluso Morgan parecía estar harto de comida basura, pero Bo se mostró entusiasmada con las chokolatinas. Quizás no fueran a comérselas de inmediato, pero con el tiempo seguro que sí. Cuantas más personas aparecían, para preguntar por ella y mimar a Tricks, más conmovida se sentía Bo. Esas personas se preocupaban por ella, se preocupaban los unos por los otros, por la ciudad. No estaba sola, no lo había estado desde hacía mucho más tiempo del que ella había tardado en darse cuenta.

De no haber levantado ese muro a su alrededor en el instituto, ¿habría hecho algunos amigos íntimos? Jamás lo sabría, pues no podía revivir el pasado, pero no podía evitar preguntárselo. Las personas eran básicamente iguales, ya fuera en una gran ciudad, un pequeño pueblo o el campo. Hacían amistades y protegían a los suyos.

Al final la procesión empezó a aflojar y Bo se dispuso a trabajar en serio. Morgan se llevó a Tricks de paseo. En cuanto estuvieron solas, Loretta abandonó su cubículo y se acercó a Bo, dándole una palmada en el brazo.

—Felicidades.

—¿Qué? —Bo levantó la vista y la miró sobresaltada.

—Morgan. Es más de lo que muchas mujeres podrían manejar, aunque, si no fuera por Charlie, no me importaría hacer un intento —continuó la otra mujer pensativa antes de regresar a su puesto.

Bueno, pues era evidente que todo el pueblo estaba al corriente. Bo reflexionó sobre ello unos minutos antes de encogerse mentalmente de

hombros. No se sentía avergonzada. Ni siquiera se le había ocurrido pedirle a Morgan que mantuviera en secreto su recién estrenada relación, lo cual indicaba cómo de repentino había sido el cambio para ella.

Mayo dio paso a junio y la primavera al verano. Los engranajes de la ley se movían con lentitud y Kyle seguía en prisión, esperando una fecha de comparecencia para poder declararse culpable. A Bo no le habría extrañado que Warren Gooding le hiciera otra visita, pero la familia Gooding no se prodigaba demasiado. Melody no había sido vista yendo de compras, ni su madre tampoco. Los trabajadores del aserradero no tenían nada que contar, no habían oído nada ni recibido amenazas. Quizás Kyle se había pasado tanto en esa ocasión que sus padres sabían que no tenía manera de librarse. Aunque Bo no apostaría la granja, estaba casi segura.

Morgan empezó a ejercitarse como un maníaco. Cada día, salvo si llovía, iba a nadar. Y algunos días aunque lloviera. Según él una vez se mojaba... De modo que, a no ser que hubiera relámpagos, él nadaba. También corría. Empezaba por lo que llamaba «una horita», que cada día parecía alargarse cinco o diez minutos. Bo sabía que ya hacía tiempo que había empezado a correr, pero aun así era sorprendente la rapidez con la que recuperaba la forma, visible casi día a día sobre los tonificados músculos.

Un día se llevó a Tricks a pasear para concederle a Bo el tiempo que necesitaba para terminar un trabajo técnico importante. Avanzó mucho en el proyecto, ayudada por la concentración que le permitía la cafeína, y lo terminó justo a tiempo para comer algo antes de irse a la ciudad. Se levantó de la mesa, se estiró y se volvió para decirle algo a Morgan, antes de darse cuenta de que aún no había regresado. Consultó el reloj. Llevaban fuera bastante más de una hora.

Las alarmas se dispararon en su interior y el estómago se le encogió. ¿Había tropezado Morgan, cayéndose y quizás rompiéndose una pierna? ¿Se había lastimado Tricks? La idea de comer algo y marcharse a trabajar se esfumó de su mente y corrió hasta la puerta, parándose tan bruscamente que casi se chocó contra ella. Por la ventana había visto a Morgan y a Tricks en el patio. El perro olisqueaba a su alrededor, la pelota de tenis olvidada sobre la hierba, y Morgan se ejercitaba practicando abdominales.

El pánico de Bo se transformó de golpe en admiración al ver esos hombros y brazos tensarse con cada repetición. La camiseta gris estaba oscura de sudor, lo cual indicaba que o bien había estado corriendo con Tricks, o practicando abdominales desde hacía un buen rato. Mientras ella lo

observaba, se detuvo tumbado boca abajo y llamó a Tricks. El animal se acercó correteando y cuando le dio una palmadita en la espalda, supo de inmediato lo que quería, pues se subió delicadamente a la espalda de Morgan. Y los abdominales volvieron a comenzar.

Bo se quedó boquiabierto. Tricks no era un perro gigante, su peso se mantenía en torno a los veintiocho kilos, pero seguían siendo veintiocho kilos. Los abdominales ya eran lo bastante duros de por sí, al menos lo eran para Bo, pero Morgan los practicaba como si nada. ¿Cuánto tiempo llevaba utilizando a su perro como lastre?

Lo bastante como para que Tricks lo encontrara natural. La lengua le colgaba de un lado de la boca y tenía los ojos entornados en un gesto de puro placer. A su perro le gustaban las cosas nuevas, le gustaba Morgan, le gustaba montar en cosas. Subirse a la espalda de Morgan mientras este hacía abdominales englobaba unas cuantas de las cosas que le gustaban.

Bo abrió la puerta. Su intención era quedarse allí unos minutos disfrutando de la escena, pero, en cuanto se movió, Tricks la vio y soltó un ladrido antes de bajarse de la espalda de Morgan y saltar por encima de su cabeza, apoyando las patas delanteras sobre su espalda para tomar impulso y arrancar en una carrera hacia su dueña. Morgan soltó un grito. Esas patas tenían que haberle hecho daño, por no mencionar que le había sobresaltado el salto que había dado por encima de su cabeza. Bo soltó una carcajada y se agachó para recibir a Tricks entre sus brazos, abrazándola y recibiendo unos cuantos lametones entusiastas.

Morgan se sentó y se secó el sudor de la cara con la manga de la camiseta. Sus oscuros cabellos estaban negros de la humedad y la piel le brillaba. Sin duda debía oler bastante mal, pensó ella, pero le daba igual. A pesar del sudor, sintió un inmenso deseo de lanzarse en sus brazos para que él le diera la vuelta y acabara encima de ella. Sus partes íntimas se tensaron al pensarlo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contener ese impulso. Tenía que ir a trabajar.

—¿Cuánto tiempo llevas utilizando a Tricks como lastre? —preguntó mientras se ponía de pie y caminaba hasta el borde del patio.

—Más o menos una semana —Morgan entornó los ojos, deslumbrado por el sol—. Enseguida se animó. Sin embargo, ya voy necesitando aumentar el peso. Tú serás la siguiente.

—¿Te has vuelto loco? —ella lo miró perpleja. ¿Quería que se sentara sobre su espalda mientras hacía abdominales?—. Yo peso mucho más que Tricks.

—¿Y no crees que podría ser divertido?

Bueno, visto así... Le dio una última palmada a Tricks y ladeó la cabeza.

—Me lo pensaré. ¿Cuántos abdominales haces?

—No quieras saberlo. Ni siquiera quiero saberlo yo, pero son un montón.

—¿Más de cien?

La mirada que le devolvió Morgan mientras se ponía en pie y se acercaba a ella le indicó que había fallado por mucho.

—¿Mil?

No se imaginaba lo que sería hacer mil abdominales. Era una mujer fuerte y sana, pero los abdominales siempre eran un desafío.

De nuevo la misma mirada.

—No puedo con esto —murmuró ella—. Pensar en esa cifra de abdominales me da dolor de cabeza. ¿Y qué se supone que debo hacer yo mientras tú te haces cincuenta mil abdominales conmigo sobre la espalda? ¿Echarme la siesta? ¿Limarme las uñas? ¿Leer *Guerra y paz*? Deberías ir al gimnasio a levantar pesas como la gente normal.

—No es lo mismo, pero te entiendo —él se dirigió a la casa.

Bo verificó que había estado en lo cierto con respecto al olor. Y también en lo de que no importaba en absoluto.

¡Mierda! Lo cierto era que no le importaría que apestara. Ya se había rendido a la evidencia de que ese hombre le despertaba una lujuria desmesurada, que significaba mucho más para ella de lo que le hubiera gustado, incluso que podría partirle el corazón, pero hasta ese momento había evitado admitir la verdad ante sí misma. El que no le importara que oliera como una mofeta era lo más, y ya no podía seguir esquivando sus emociones.

Estaba enamorada de él.



## Capítulo 23

A finales del mes de junio llegó otra carta para Morgan. Había acompañado a Bo a la comisaría y mientras ella se ocupaba de diversas gestiones él había acompañado a Jesse en el coche patrulla. Se llevaba bien con todos los agentes y ella sospechaba que existía un instinto masculino que les hacía adivinar que sus conocimientos en armas, explosivos y la lucha cuerpo a cuerpo superaba con creces la que tenían ellos, a pesar de que estaba segura de que Morgan no les había hablado de ello. Tras negarse Bo a sentarse en su espalda mientras hacía abdominales, Morgan había empezado a acudir al pequeño gimnasio de la ciudad y todos los agentes que no estuvieran de servicio cuando él acudía se habían sumado a ejercitarse con él. Los chicos de Bo se esforzaban por mantenerse en forma, pero la idea que tenía Morgan de la «forma», hacía que ellos parecieran unos críos jugando en el parque. En ocasiones se maravillaba de que no se ahogaran en su propia testosterona, pero ellos seguían empeñados en ponerse a su nivel.

Morgan dio media vuelta y se detuvo frente al buzón, sacó el correo y se lo pasó a ella mientras se dirigían a la casa. Tras descartar la publicidad y los catálogos de ventas, Bo se quedó con la factura de la tarjeta de crédito y el sobre sin remitente destinado a Morgan. Sin decir una palabra lo sostuvo en alto para llamar su atención.

—Ábrelo. No pondrá nada que tú no puedas leer también. Si hubiera tenido noticias, te habría llamado al móvil.

Ella rasgó el sobre y sacó la familiar hoja de papel sobre la que había escritas, con letras de imprenta, dos palabras: *Sin noticias*. Si de algo no se podía acusar a Axel era de ser hablador.

—Mierda —Morgan frunció el ceño—. Ya han pasado más de tres meses. Conozco a Axel y sé que está haciendo correr la voz de que estoy recuperando la memoria, pero aquí no se mueve nada. Quienquiera que sea está jugando al juego de la paciencia, pero eso es peligroso.

—O eso o sospecha que hay una trampa —señaló ella.

—También puede ser. Cualquiera que conozca a Axel sabe lo retorcido que es.

—En cuyo caso no se habrán creído lo de la recuperación de tu memoria, que es el caso, dado que para empezar nunca la perdiste. Pero no nos pongamos quisquillosos.

Morgan alargó una mano y le dio una palmada en el muslo. La familiaridad del gesto arrancó una sonrisa a Bo. Llevaban un mes durmiendo juntos y ella aún no había dejado de encenderse como un cohete cada vez que la tocaba. Siendo justos, Morgan parecía igual de excitado por ella. Bo se sabía atractiva, de una manera nada voluptuosa, pero jamás se había sentido sexy hasta conocer a Morgan. Cada vez que levantaba la vista se lo encontraba mirándola con tal intensidad que sentía arderle la piel. Ni siquiera le hacía falta hacer nada, al menos nada especial. Tenía la impresión de que simplemente verla llenar el lavavajillas lo ponía cachondo. En un mes le había hecho el amor más veces de lo que se lo había hecho su exmarido en casi un año de casados.

Era feliz. Se sentía en paz. Lo que tenían era tan maravilloso que merecía la pena el dolor que sufriría si, cuando, se marchara al fin. De vez en cuando le mencionaba algo que podrían hacer juntos en el futuro, pero siempre se trataba de un futuro cercano, no uno lejano. Bo no hacía ninguna suposición al respecto, porque las suposiciones llevaban a expectativas, y las expectativas a desilusiones. Simplemente aceptaba, y vivía más feliz de lo que había vivido nunca.

Al llegar a la casa, él arrojó el sobre y la carta a la basura junto con el resto de correo basura. Hacía suficiente calor como para esperar casi al anochecer para sacar a Tricks de paseo. Dio de comer al perro antes de que Morgan y ella se prepararan algo rápido para cenar. Él se mantenía callado y cada vez que Bo lo miraba, descubría una expresión muy intensa en sus ojos entornados. Y eso significaba que estaba pensando en la situación desde todos los ángulos, intentando recordar algún detalle que se le hubiera escapado. Su trabajo era peligroso, pero importante, y hasta que su situación no se hubiera resuelto, no podía dedicarse a él, no podía utilizar su nombre verdadero, no podía conducir su coche o vivir en su casa. Bo era feliz, pero Morgan vivía en un limbo, su verdadera vida en suspenso.

Quizás ella formara parte de su verdadera vida, pero no lo sabría con seguridad hasta que él hubiera recuperado la suya. El instinto de Bo la impulsaba a dejar estar el asunto, a tomar lo que le ofrecía mientras las circunstancias le siguieran siendo favorables. Pero ¿era eso justo para Morgan? Se había construido la vida que quería, se había sometido a un entrenamiento inhumano y vivido al filo de la navaja para cumplir con su trabajo. Si decidía dejarlo en algún momento no sería lo mismo, porque sería por elección propia. Que lo obligaran a dejarlo sería su muerte.

Ella sabía que Morgan había repasado mentalmente una y otra vez los detalles del día en que había sido disparado, sabía que Axel y Morgan lo

habían analizado todo a fondo. Y sin resultados. Era poco probable que lograra algo repasándolo una y otra vez, pero ella tenía una mente metódica y sabía escuchar, y a veces volver atrás destapaba algo que antes había parecido insignificante.

—¿Te apetece hacer un repaso de ese día de principio a fin? —le propuso en tono desenfadado para que él no se diera cuenta de lo poco que le apetecía hacerlo.

—Lo he hecho una y otra vez hasta que me han entrado ganas de liarme a puñetazos con la pared —él frunció el ceño mientras preparaba una ensalada—. Es muy frustrante saber que hay algo ahí, pero que no lo veo. ¿Qué demonios son estas cositas verdes? —preguntó señalando la ensalada.

—Alcaparras —contestó ella tras echar un vistazo.

—¿Y qué es exactamente una alcaparra? —Morgan apartó una del cuenco y la probó.

—Capullos en vinagre.

—¿A quién pudo habersele ocurrido encurtir un capullo?

—Alguien que tenía mucha hambre.

—Seguramente —Morgan soltó una carcajada—. He comido cosas raras alguna vez, porque no había nada más. De acuerdo, acabemos con esto, un nuevo punto de vista no hará daño.

Bo se preparó para mantenerse en una posición neutra, simplemente formulando preguntas y dejando que él describiera los detalles.

—Empieza por el principio. ¿Qué hiciste al levantarte?

—Llamar a un compañero del equipo y preguntarle si le apetecía venir conmigo a pescar. Me dijo que no. Estaba acompañado por una dama y, para él, ese es un plan mucho mejor que ir de pesca.

—¿Solo para él? —Bo enarcó una ceja.

Morgan la atrajo hacia sí y la besó con pasión, con lengua, largamente, un beso que acabó con ambos respirando entrecortadamente. Él alzó la cabeza y secó los labios de Bo con el pulgar.

—Yo no he dicho eso. Si estuvieras desnuda en mi cama, desde luego que me saltaría la pesca.

—Vaya, pues muchas gracias —Bo le acarició el costado, sintiendo los fuertes músculos, antes de apartarse a regañadientes, pues debían proseguir con la conversación que habían iniciado porque si no dejaban de besarse, pasarían de la cena y acabarían desnudos. Ya lo habían hecho las veces suficientes como para que no le cupiera duda—. ¿Sabía tu compañero adónde ibas?

—No, pero sabe dónde vivo y no habría tenido que piratear ninguna base de datos para conseguir mi dirección.

—Podría haberlo hecho para alejar de él las sospechas.

—Eso dijo Axel.

Bo frunció el ceño porque no le gustaba la idea de tener algo en común con Axel el Gilipollas.

—Yo tampoco lo creo —Morgan sonrió y le acarició una mejilla antes de continuar—. Kodak es un amigo, desde hace mucho tiempo. Si me hubiera atravesado en su camino durante la misión, cosa que no hice, habría tenido muchas oportunidades para eliminarme y hacer que pareciera un daño colateral. He puesto mi vida en sus manos en un par de ocasiones, y al revés. Mi instinto dice que no.

—De acuerdo, confiaré en tu instinto. ¿Y qué pasó luego?

—Me dirigí a la marina donde tengo anclado mi barco. De camino paré a desayunar en un autoservicio de comida rápida, pero no vi a nadie, ni hablé con nadie, aparte de la chica de la ventanilla. En la marina saludé a Brawley, que de inmediato descolgó el teléfono, pero Axel comprobó la llamada, que fue a su esposa. Nada importante.

—A no ser que su esposa sea una espía y que tú vieras algo que no deberías haber visto en la marina.

Bo esperaba una nueva carcajada, pero Morgan se mantuvo serio.

—Inspeccioné la marina, como siempre hago. Todo parecía normal. No había ningún barco decrepito con una carísima antena de radio, ninguna matrícula extraña. Y Brawley lleva allí desde antes de que yo alquilara el atraque. No me cuadra.

Ella soltó el aire mientras intentaba hacerse una idea de la mentalidad y el nivel de alerta que requería comprobar un lugar familiar cada vez que acudiera a él. Era de locos. Al cabo de unos segundos se rindió.

—¿Y hay algo que te cuadre?

—Pues la verdad es que no. Lo siguiente que pasó fue que me encontré con una congresista y su esposo, que navegaban en su yate por el río, y me acerqué a saludar. Los conozco a ambos, no muy bien, pero su hijo fue secuestrado y nosotros lo trajimos de vuelta sano y salvo, de modo que yo diría que sus sentimientos hacia mí son de simpatía.

—No recuerdo haber leído nada en el periódico sobre el secuestro del hijo de una congresista —observó ella mientras sacaba las patatas asadas del microondas.

De acuerdo, meter las patatas en el microondas en lugar de asarlas en el horno era una herejía, pero ella había apostado por la rapidez.

—No salió en las noticias. Todo el episodio se mantuvo en secreto.

—¿Había alguien más en el barco con ellos?

—No que yo viera.

Sacó las costillas que había puesto en la olla de cocción lenta por la mañana y las sirvió en una fuente.

—Si no les conoces bien, ¿cómo reconociste su barco?

—No lo hice. Reconocí el pelo de la congresista. Era Joan Kingsley.

—¡Sé quién es! —exclamó Bo. Tras pensar unos segundos, un rostro apareció en su mente—. Tiene el cabello blanco. Es estupenda.

—Sí. Está en el Comité de Servicios para las Fuerzas Armadas.

—¿Y crees que pueda estar detrás de todo esto?

—Por mi experiencia, los políticos son culpables de casi todo, es lo que pienso por defecto. Su esposo es un abogado de Washington D.C., casi tan malo como ser político en una ciudad en la que se mezclan continuamente. Pero ni siquiera pensando como pienso me cuadra —Morgan llevó la ensalada a la mesa y puso los platos y los cubiertos.

—Ya sabes lo que decía Sherlock Holmes: elimina lo imposible y solo te quedará la verdad, por improbable que sea. Parafraseándole, por supuesto.

—Todo es improbable. Cada posible sospechoso.

—Excepto el que no lo es. De acuerdo, ¿a qué distancia estabas del barco de la congresista cuando la viste? ¿Supiste que era ella?

—No estaba seguro, pero su pelo es inconfundible. Estaría a unos noventa metros. Su barco estaba fondeado en un tramo abierto, a bastante distancia río abajo, en dirección a la bahía —él hizo una pausa y reflexionó—. Por el lugar en el que estaban fondeados, nadie podría haberseles acercado sin que ellos lo vieran primero. Es una buena estrategia de seguridad.

Sirvieron la comida en la mesa, se sentaron y empezaron a llenar los platos. Bo comió en silencio durante unos minutos, pensando en lo que ya sabía, pero también tomándose el tiempo necesario para apreciar la tiernísima costilla de cerdo. Que Dios tuviera en su gloria al inventor de la olla de cocción lenta. No podía decir nada más.

—¿Necesitaba alguna medida de seguridad especial? —preguntó una vez satisfecha la primera punzada de hambre.

—No es la portavoz de su grupo, pero en Washington D. C. es importante. Además, su hijo había sido secuestrado, podría haber muerto. Yo diría que la respuesta es afirmativa.

—De modo que el lugar en el que tenía fondeado el barco no resultaba sospechoso.

—No. De haber echado yo el ancla, habría hecho lo mismo.

—¿Qué viste mientras te acercabas a ella?

—Estaba de pie apoyada en la barandilla, saludándome con la mano. Su esposo estaba en cubierta, pero se bajó.

—¿Cómo sabes que era su esposo, si no estabas lo bastante cerca para estar seguro de que era ella siquiera? —Bo dejó el tenedor en el plato y ladeó la cabeza.

Morgan hizo una pausa mientras pensaba, la mirada ausente, puesta en el pasado.

—No lo sé, desde esa distancia no, pero llevaba una camisa azul y cuando volvió a subir a cubierta la seguía llevando y... ¡Mierda!

—¿Qué? —preguntó Bo, tan sorprendida por el estallido verbal que dejó caer el tenedor, que golpeó ruidosamente el plato. Lo atrapó de inmediato para evitar que cayera al suelo.

—Se estaba abotonando la camisa cuando volvió a subir —el tono de voz de Morgan era amargo, áspero—. Por encima de una camiseta blanca. Pero no vi nada blanco cuando bajó.

—¿Y qué hay de malo en...? Ah, ya lo entiendo. ¿Para qué se la estaba abrochando si ya la llevaba puesta?

—Exactamente —él permaneció en silencio, destripando mentalmente los detalles—. El hombre que descendió bajo cubierta tenía el cabello gris, hasta donde pude fijarme. El cabello de Dexter Kingsley no es gris. No estoy completamente seguro porque el sol puede alterar la percepción del color de pelo, pero... casi seguro.

De repente todo resonaba en su interior, como hacían las cosas cuando estabas completamente seguro de ellas.

—Entonces había alguien a bordo del barco al que no querían que vieras. Ella es política, de modo que no puedo decir que me extrañe. ¿Qué pasó después?

—Me acerqué a su barco y detuve el motor del mío. Charlamos. Ella me invitó a subir a bordo para tomar una copa.

—Eso no tiene sentido. ¿Para qué iba a invitarte a bordo si no quería que vieras a la persona que iba con ellos?

La mirada de Morgan la dejó helada. Sus ojos se volvieron de un color azul hielo, la mandíbula tan apretada que supo que tenía los dientes encajados.

—Para matarme —contestó fríamente—. No podían estar seguros de que me hubiera tragado el engaño. De haber sido otra persona, no se habrían preocupado tanto, pero ella no supo que me dirigía hacia ellos hasta que acerqué mi barco. Trabajo en contraterrorismo, estoy entrenado para fijarme

en todos los detalles, pero pasé ese por alto. Y ellos no podían saberlo, de modo que tenían que ocuparse de mí.

En esa ocasión, Bo no soltó el tenedor, lo dejó suavemente sobre el plato, sin rastro de hambre. Había pensado que sacar cada detalle de información para analizarlo ayudaría, aunque en el fondo esperaba que no fuera así. Y de repente tenía que lidiar con las repercusiones, y todo iba a cambiar a velocidad de vértigo. Pasara lo que pasara, tenía que centrarse en cómo aquello podría ayudar a Morgan. Sus sentimientos eran secundarios, y algo de lo que debería ocuparse, aunque no era fácil asumir la realidad de que alguien había tomado la decisión a sangre fría de matarlo.

—Pero ¿de qué serviría matarte? ¿No te habría dado tiempo de informar?

—De informar sobre un comportamiento sospechoso, sí, pero ella sabía que no podía haber reconocido a ese hombre, igual que ella no me pudo reconocer al principio. Yo pilotaba un barco, concentrado en mi rumbo y en lo que hacía. Había mucho tráfico en el río, con muchos barcos que se cruzaban. Además, pensar que alguien pueda ser sospechoso no es lo mismo que saber que allí está sucediendo algo malo.

—Pero tú no lo sabías —insistió Bo—. Aunque hubieras informado de algo sospechoso y les hubieran interrogado, lo único que tenían que hacer era negar que hubiera nadie más a bordo. No hay ninguna prueba.

—¿Quieres saber lo que pienso? Por mi trabajo, aunque no hubiera visto a ese tipo lo bastante bien para reconocerlo, tengo recursos para husmear. Por todo Washington D. C. hay cámaras, además de un montón de lugares que disponen de cámaras de seguridad privadas. No podían estar completamente seguros de no estar bajo los focos. Si aparecieran en cualquier lugar, en el que hubiera cámaras, con ese tipo, Axel lo descubriría solo con saber por dónde empezar a buscar.

—Entonces Axel podría identificar a ese otro tipo.

—Seguramente. Eso dependería de si lo tenemos en alguna de nuestras bases de datos, o de si consiguiéramos una matrícula o un recibo de tarjeta de crédito —Morgan se encogió de hombros—. Sí, es muy probable que encontráramos algo. El caso es que, de haberme dado cuenta de algo, no habría podido comenzar a investigar mientras seguía en mi barco. No es más que un viejo barco de pesca, sin ningún equipamiento sofisticado. De haber querido indagar, habría tenido que esperar a regresar a tierra. Ellos consiguieron el número de matrícula del barco y pusieron todo en marcha. Seguramente no averiguaron qué marina había utilizado, de manera que, en lugar de esperarme en el ataque, averiguaron mi dirección y me tendieron una emboscada.

—Pero llevabas móvil, ¿no? ¿No podrías haber telefonado a alguien y puesto en marcha la investigación antes de regresar a tierra?

—Solo puedo suponer que no iban equipados para dispararme desde lejos. Además, el tirador habría tenido que ser un francotirador de primera para alcanzar a alguien en un barco en movimiento. Yo me dirigía río abajo, no hacia Washington D. C, de modo que, muy probablemente, asumieron que no había sospechado nada de inmediato. Si empezaba a pensar en ello y llamaba antes de que ellos me alcanzaran, no podrían hacer nada sin perseguirme río abajo y organizar un tiroteo ante cientos de testigos potenciales. Se la jugaron a que no me había dado cuenta de nada, y acertaron. Si lo hubieran dejado estar, jamás habría vuelto a pensar en ese encuentro.

Bo se levantó de la mesa y llevó el plato a la cocina. Era una persona lógica, pero la situación requería una manera estratégica de pensar que le era ajena. De hecho ya le dolía la cabeza solo de intentar pensar en todas las posibilidades, probabilidades, pormenores y enfoques.

—Sin embargo intentaron matarte y fallaron. Puedes hacer que los detengan... ¡mierda! No puedes, porque no tienes ninguna prueba de que hicieran algo.

—Pero voy a llamar a Axel para que empiece a rodar la bola —Morgan también se levantó—. El primer paso será intentar identificar al otro hombre que había a bordo. Al menos ahora no tendremos que esperar a que hagan saltar una trampa electrónica al intentar piratear de nuevo el sistema para averiguar mi paradero.

—¿Y luego qué? Sigues sin tener nada.

—Tenemos un trozo de cuerda del que tirar. Al final llegaremos al ovillo, de algún modo u otro.

Bo lo observó subir corriendo las escaleras en busca del móvil desechable con el que iba a llamar a Axel. Casi le daba miedo pensar en lo que podría suponer ese «algún modo u otro». No, casi no, le daba miedo y mucho, porque obligarles a salir a campo abierto y cometer algún acto por el que pudieran ser arrestados, implicaba ceñirse al plan original. Utilizar a Morgan como cebo.

Morgan sacó del bolso el móvil desechable, nada de smartphone, tan solo un teléfono sencillo que no tenía GPS, y llamó a Axel.

—Lo tengo —anunció al oír la familiar voz en el contestador—. Llámame cuando puedas.



El mensaje en clave significaba que debía utilizar un móvil desechable él también, o por lo menos que se alejara del alcance de la red de la agencia, que podría estar pirateada. La forma de contactarle dependía de su jefe, en función de lo paranoico que estuviera ese día. Morgan no se molestó en dejar su nombre en el contestador pues llevaban años llamándose por teléfono y, aunque Axel no hubiera reconocido su voz, algo altamente improbable, si reconocería el número desechable. El bastardo era buenísimo para esas cosas.

Debía estar en una reunión, o con un ataque de paranoia, porque tardó media hora en devolver la llamada. Morgan y Bo estaban viendo la televisión sentados en el sofá, esperando a que el sol se pusiera para sacar a Tricks de paseo.

—¿Quién ha sido? —preguntó Axel en su habitual tono brusco.

—La congresista Kingsley. Había alguien más con ellos a bordo del barco. Al verme llegar, él bajó y cuando Dexter Kingsley subió a cubierta se estaba abrochando la camisa del otro tipo.

—Y acabas de acordarte de eso porque...

«Que te jodan», pensó Morgan sin acritud. Si se ofendiera por todo lo que Axel le dijera, lo habría matado hacía mucho tiempo. Divertido, se volvió hacia Bo.

—Axel quiere saber por qué acabo de recordar ese detalle.

Tal y como había esperado que hiciera, Bo le arrancó el móvil de las manos.

—Porque tuve el sentido común de hacer preguntas sobre esos detalles cuando ya no estaba luchando por su vida y atiborrado de drogas —espetó.

«Buena chica». A Morgan no se le hubiera ocurrido nada mejor que decir para molestar a Axel del modo en que, sin duda, acababa de hacer Bo. Le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba y recuperó el teléfono.

—Ya que eres tan lista —decía Axel tras soltar unos cuantos juramentos—, ¿por qué esperaste dos malditos meses para empezar a hacer esas preguntas?

—Soy yo otra vez —anunció Morgan con una sonrisa. Era la primera vez que veía a Axel descolocado.

—¿Esa era Bo? Más vale que lo fuera. Espero que no se lo hayas contado a nadie más. ¿Qué le has contado?

—Todo.

—¿Todo, todo, o una versión más aséptica?

—Todo, todo —él sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo su jefe—. Por Dios, Mac, ¿cuándo regresaste a la adolescencia?

—Que te jodan a ti también. Escucha, ¿estás seguro?

—Completamente. Empieza a buscar en las bases de datos. Ese tipo podía ser de aquí, pero creo que el tirador es la clave. Era ruso, de modo que

empieza por buscar a agentes rusos. Les haría falta tener contacto con la mafia rusa para encontrar a ese tipo. ¿Quién se encontraba en el país en esas fechas? ¿Quién tiene el cabello gris? El peso... —hizo memoria intentando calcular el peso de la figura que se dirigió bajo cubierta, comparándola con la de Dexter Kingsley al subir—, entre ochenta y cuatro y noventa kilos, estatura rondando el metro ochenta. Si encuentras a alguien que pudiera encajar, quizás podamos asociarle con una retirada de veinte de los grandes, si el pago se hizo desde un banco nacional.

—No me digas cómo hacer mi trabajo —gruñó Axel—. De acuerdo, lo he pillado. ¿Algo más?

—Eso es todo.

—Te volveré a llamar.

Morgan colgó la llamada y arrojó el móvil sobre el sofá.

—¿Cuánto tardará en encontrar algunas fotos para poder mostrarte? —preguntó Bo.

—Podría ser una hora —él se encogió de hombros indicando su impotencia—, podrían ser días. Hay montones de tipos rusos con el pelo gris, pero quizás pueda reducir la búsqueda con los datos del peso y la altura. Después tendrá que localizar su paradero conocido durante la franja horaria que nos interesa. Para eso necesitará consultar registros, la agencia de inteligencia, registros de llamadas de móviles, cámaras de tráfico, y eso es solo lo primero que se me ha ocurrido. Lo demás, son todas posibilidades. Además, no podré hacer una identificación positiva, solo una probable que le ayude a acotar un poco más las posibilidades.

—Y a no ser que hagan algo, como volver a piratear los archivos de la agencia, no tienes nada contra ellos —señaló Bo... de nuevo.

Estaba tan acertada en esa segunda ocasión como lo había estado en la primera. Morgan se echó hacia atrás y juntó las manos detrás de la nuca, y la miró sonriente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella mientras comprobaba si se había manchado la ropa.

—No hay nada gracioso. Me gusta mirarte —y eso hizo.

Le gustaba el sentido del humor de Bo, pero también la seriedad que constituía una parte importante de su imagen. Los grandes y oscuros ojos reflejaban tanta seriedad cuando se concentraba en algo, como cuando le había hecho una pregunta tras otra para intentar reavivar sus recuerdos... ¡Y encima había funcionado!

Se sentía aliviado por haber localizado al fin el detalle importante, aliviado hasta el punto de tener ganas de reír. Se había deshecho de un enorme peso y

había visto nacer un nuevo propósito. No saber el porqué lo había estado reconcomiendo, saber que ahí fuera tenía un enemigo, pero no sabiendo de quién se trataba. No podía defenderse contra alguien a quien no conocía. Pero al menos ya sabía quién era. Lo que seguía sin respuesta era el porqué.

Por primera vez vislumbraba el final del túnel. Hasta que las cosas se calmaran estaría atado de pies y manos con respecto a Bo, no sabiendo lo que podía o no podía hacer, cuánto tiempo duraría la situación, si lo encontrarían en Hamrickville... Pero ya no tendría que esperar. Podría tomar la iniciativa, aclarar las cosas.

Tomó a Bo en sus brazos y la sentó sobre su regazo, ignorando su grito de sorpresa, para besarla con toda la pasión que sentía cada vez que la tocaba.

—Lo conseguiste —murmuró mientras deslizaba los labios por el delicado, casi frágil, cuello.

Era muy consciente de que Bo no tenía nada de frágil, pero todo en ella se lo parecía. Su esqueleto era tan fino que sus propias muñecas eran el doble de anchas que las de ella. Casi le había dado aprensión colocarse encima de ella. Casi, pero desde luego no lo suficiente como para detenerlo. Ella siempre le había correspondido con tanto entusiasmo que en el fragor de la pasión se olvidaba. Y por Dios que era maravilloso.

Le gustaba su sinceridad. No había juego, no fingían, solo daban y recibían abiertamente. Morgan estaba casi seguro de que ella lo amaba, aunque conseguir que esa mujer lo admitiera alguna vez podría llevarle toda una vida. A pesar de eso, y sabiendo que ella no esperaba tener un futuro junto a él a pesar de lo que sentía, Bo había hecho lo que pensaba era lo mejor para él, en lugar de para sí misma, al decidir hacerle todas esas preguntas. La apuesta había sido arriesgada, pero eso no la había detenido.

—No sé por qué tus preguntas me sonaron diferentes a cuando me las formuló Axel, pues él también me preguntó por todos los detalles, pero tú mencionaste el que necesitaba oír.

—Ya se lo he dicho a él —contestó ella distraídamente, concentrada en tocar, no en hablar—. Esperé a que no estuvieras drogado.

—Buena teoría, pero hace ya un par de meses que no tomo medicación alguna, y seguía sin darme cuenta de la importancia del detalle de la camisa. He repasado la escena una y otra vez. Pero se me escapó.

Se sentía molesto, pero a veces se producía algún error. Aunque hubiera recordado el detalle de la camisa nada más recuperar el conocimiento, tal y como había señalado Bo ya en un par de ocasiones, seguiría sin tener nada en contra de la congresista. Si al final lograba identificar al hombre misterioso, y no le cabía la menor duda de que lo haría, demostrar que habían estado

realizando alguna actividad ilegal iba a ser muy jodido. Ese tipo podría ser el jefe del servicio de inteligencia ruso, pero reunirse con él en un barco para charlar no era ningún crimen. Sospechoso, pero no un crimen.

Axel indagaría. Por fin tenía un nombre y sin duda levantaría cada piedra sobre la que hubiera pisado Joan Kingsley.

Pero ¿cuánto tiempo llevaría eso? Fuera lo que fuera que estuviera sucediendo, habían dispuesto de tres meses para borrar su rastro. Morgan no estaba dispuesto a esperar más.

Una idea empezó a fraguar en su cabeza, una que sorteaba la necesidad de buscar alguna escurridiza evidencia sobre lo que habían estado haciendo ese día y que proporcionara un delito totalmente diferente del que acusar a los Kingsley. En cuanto los investigadores hubieran metido un pie en la puerta, las evidencias del otro delito surgirían automáticamente.

Iba a tener que repasarlo bien, estudiar todos los enfoques. Había muchas cosas que podrían salir mal, pero la ventaja del plan era que no se quedaría sentado esperando en Hamrickville, una presa fácil, posiblemente poniendo en peligro a Bo y sus otros amigos.

## Capítulo 24

El móvil de Bo sonó a las cinco y media de la mañana con el tono que indicaba un mensaje de texto. El sonido la despertó de un sueño profundo.

—¡Qué narices! —rugió.

De haberse producido alguna emergencia en la ciudad, la habrían llamado, no le habrían enviado un mensaje.

Morgan encendió la luz y estirándose sobre ella le arrebató el teléfono de la mesilla de noche.

—Es de Axel —anunció mientras leía la parte del texto que aparecía en la pantalla de inicio.

Deslizó los pulgares por la pantalla y marcó la contraseña de Bo para acceder al texto completo.

Bo bostezó y se estiró, deleitándose con el cuerpo desnudo de Morgan atravesado sobre ella. No se había dado cuenta de que él sabía su contraseña, pero no le sorprendió, ni le preocupó. La había visto utilizarlo lo bastante a menudo para haberse aprendido el patrón.

—¿Qué pone?

—Ha enviado unas fotos para que las mire —contestó Morgan distraídamente.

Bo ya conocía ese tono de voz y su corazón dio un brinco, como de costumbre. Morgan tenía la mirada fija en sus pechos desnudos, como si ella fuera una gacela y él un tigre hambriento. Tras dejar caer el móvil sobre la cama, él deslizó las manos bajo las sábanas y le acarició los muslos antes de ascender hasta la tripa, y de nuevo hacia abajo, entre las piernas, mientras cerraba la boca en torno a un pezón y le propinaba un tirón. Ella emitió un suave sonido gutural al mismo tiempo que Morgan introducía el pulgar en su interior.

Incluso después de un mes, la pasión seguía siendo urgente entre los dos, como si ninguno pudiera esperar. Bo sabía que no la iba a dejar atrás, y su reacción fue lo bastante feroz como para que él tuviera que apresurarse. El modo en que encajaba en su interior, lo bastante grande como para que ella sintiera cómo la estiraba, lo bastante largo para penetrarla profundamente, la volvía loca. Era perfecto, como si sus cuerpos estuvieran hechos para estar juntos. Sabía que, por lógica, eso era imposible, pero cuando hacían el amor la lógica salía volando por la ventana y la sensación era de auténtica perfección.

—En cualquier momento llamará —anunció ella sin aliento mientras Morgan se colocaba sobre ella.

Le acarició los costados y los hombros antes de abrirse de piernas para él y rodearle las caderas. La entrada de Morgan fue suave, pero en cuanto la cabeza del pene estuvo en su interior, se hundió profundamente, como le gustaba a ella.

—No sería la primera vez que lo ignoro —él se apoyó sobre los codos y le tomó el rostro entre las manos ahuecadas mientras se movía dentro de ella, observándola con ojos de águila, como si quisiera capturar cualquier cambio de expresión.

Era un gesto que repetía a menudo: la miraba fijamente como si no hubiera nada más que ella en el mundo.

Pero Bo era demasiado consciente del aspecto revuelto de sus cabellos, de su aspecto de recién levantada en general, para sentirse cómoda.

—Me estás observando.

—Sí —contestó él con voz ronca mientras mantenía un ritmo lento y constante—. Quiero saber si en algún momento te hago daño, o algo que no te guste. O si hago algo que te guste mucho, para volver a hacerlo.

A ella le gustaba prácticamente todo lo que él le hacía, de modo que no tenía motivos de queja. Por otra parte, sí le apetecía devolverle el favor, de modo que apoyó las manos sobre su torso y empujó.

—Quiero ponerme encima.

Morgan le sujetó las caderas, inmovilizándola mientras rodaba hacia un lado. Bo se sentó, sintiéndolo empujar tan al fondo que le produjo un agradable dolor. Suspirando de placer absorbió la sensación y movió las caderas buscando más.

—Dime si te gusta esto —murmuró ella, apoyando las manos sobre la cama, a ambos lados de Morgan, y alzándose hasta que el único punto de contacto entre ambos fue el pene.

Bo se alzó lentamente antes de volver a dejarse caer, sin apartar la mirada de su rostro.

—¡Dios todopoderoso! —Morgan respiró entrecortadamente.

—¿Eso ha sido un sí? —ella repitió el movimiento.

—Es la misma sensación que si me estuvieras haciendo una mamada — consiguió contestar él casi sin aliento y mientras apretaba los puños con fuerza.

—Y así es —ronroneó Bo—. Pero no con la boca.

Seguidamente se concentró profundamente en la tarea. De repente empezó a sonar el teléfono, pero apenas se dieron cuenta. Él no era el único que

estaba obteniendo placer de la nueva postura. Cada vez que ella se dejaba caer, sus terminaciones nerviosas estallaban en pequeñas explosiones de placer. El clímax se aproximaba con cada bajada, y Bo ralentizaba la subida al máximo para exprimir cada átomo de sensación.

Era una auténtica tortura, pero de lo más placentera que uno pudiera imaginarse. Los pezones se tensaron protuberantes y unos escalofríos de éxtasis le recorrieron la piel. Un placer mutuo de ese calibre hizo que sus muros mentales se derrumbaran y en el borde de su consciencia se formó la frase «te amo», que, sin embargo, permaneció sin pronunciar porque aún no había decidido si se trataba de un regalo o una carga, y tampoco sabía cuál de las dos cosas supondría para él. En lugar de arriesgarse, las pronunció en silencio, reconociendo con ello lo mucho que ese hombre significaba para ella, permitiéndose saborear el momento, solo ese momento, de amor.

Pero, por mucho que intentara prolongarlo, el placer iba en aumento hasta llegar a un punto en el que casi la paralizó, dejándola temblando al borde del clímax. El cuerpo de Morgan dibujaba un tenso y musculoso arco debajo de ella, sus dientes se apretaban mientras intentaba no llegar antes que ella. Los músculos interiores de Bo estaban tan contraídos a su alrededor que cualquier movimiento ascendente o descendente seguramente supondría el final para ambos. Y ella gimió temblorosa.

Fue él el primero en romperse, agarrándola con fuerza de las caderas y hundiéndola profundamente sobre su grueso pene. Bo soltó un pequeño grito mientras su orgasmo se formaba y estallaba, inundando su cuerpo de unas sensaciones tan intensas que todo lo demás desapareció. Las caderas de Morgan bascularon bajo el cuerpo de Bo, intensificando los espasmos. A ella le pareció oírle jurar entre dientes, pero las palabras quedaron amortiguadas por los fuertes y rápidos latidos de su corazón, que palpitaban en su pecho, sus oídos, su garganta.

Los espasmos comenzaron a ceder, llegando cada vez más despacio mientras su cuerpo se agitaba con cada uno de ellos. Gradualmente se colapsó sobre él, tumbada, floja como una muñeca de trapo. La respiración de Morgan era acelerada y profunda, igual que la de ella y en cuestión de segundos sus cuerpos se habían sincronizado en respiración y latidos del corazón.

Un minuto más tarde él consiguió mover una mano para acariciarle la espalda y el trasero.

—Maldita mujer —murmuró.

Eso fue todo, pero a Bo esas dos palabras le llegaron al alma.

Recuperar la fuerza necesaria para salir de la cama requirió unos cuantos minutos más. Tras lavarse rápidamente, bajaron a la planta inferior para que Morgan viera las fotos en el ordenador de Bo, ya que ver fotos en el móvil no era la mejor manera de lograr identificar a nadie.

Cuando regresó del primer paseo del día con Tricks, ella encontró a Morgan con una taza de café en la mano y otra preparada para ella. La estaba esperando para empezar a mirar las fotos. Rápidamente Bo dio de comer a Tricks y se acercó al ordenador.

Él había encendido el móvil desechable y lo había guardado en un bolsillo, porque no había modo de saber a qué teléfono llamaría Axel.

—Sírvete —indicó ella mientras señalaba el ordenador.

Morgan se sentó, abrió el correo electrónico de Bo y el mensaje con el archivo adjunto. Ella se inclinó sobre su hombro y leyó la dirección desde la que se había enviado. El nombre era de mujer y la cuenta de Gmail.

—¿Ese es Axel? —preguntó.

—Supongo. Me figuro que ha abierto una cuenta desde algún lugar seguro, o un teléfono registrado Dios sabe a qué nombre —hizo clic en el enlace y la pequeña rueda empezó a girar indicando que la orden se estaba procesando. Las fotos empezaron a aparecer en pantalla, y Morgan empezó a pasar de una a otra.

Eran fotos tomadas en distintos ambientes, en la calle, en restaurantes, en un patio de lo que parecía una embajada, a juzgar por las banderas. Bo no preguntó cómo habían sido conseguidas las fotos. Otro hombre, de cabello oscuro y vestido con traje, había sido añadido con Photoshop a cada una de las imágenes. El Photoshop era evidente porque la imagen era la misma en todas las fotos.

—¿Quién es ese? —preguntó Bo señalando la pantalla.

—Dexter Kingsley. Así puedo comparar alturas a partir de lo que recuerdo del hombre de la camisa azul que vi bajar, antes de que Kingsley subiera. Tengo buena memoria espacial.

A Bo no le cabía la menor duda.

—¿Son los agentes extranjeros que no tienen coartada para ese día?

—Casi todos. Conociendo a Axel, supongo que habrá unos cuantos pendencieros locales. Habrá incluido a cualquiera que le haya parecido sospechoso.

Morgan se tomó su tiempo contemplando cada foto, comparando las estaturas de los dos hombres y, supuso, cosas como la forma de la cabeza, o cualquier otro detalle en el que podría haberse fijado desde lejos. No veía



cómo era posible hacer una identificación positiva bajo esas circunstancias, pero se trataba de acotar las posibilidades.

Cada imagen estaba numerada, veintitrés en total. No había ninguna identificación, pero a él no le preocupó. Axel sabría sin duda de quién se trataba. Morgan se detuvo en la imagen número ocho, pasó a la nueve, diez, once, doce, se detuvo en la trece y continuó por las diez restantes. Regresó a la trece, y luego a la ocho. De nuevo la trece. Ocho. Pasó de una a otra un par de veces antes de dar un golpecito sobre la pantalla.

—Ocho.

Bo no tenía la menor idea de los parámetros que estaba empleando. Para ella ninguno de los hombres se parecía, aunque todos tenían el cabello gris. El del número ocho era de un tono gris acerado, bien cortado, siguiendo la forma del cráneo.

—¿Ese es el más probable? ¿Qué te ha hecho decidirte?

El ocho y el trece no se parecían en nada en cuanto al rostro, de modo que tenía que ser otra cosa lo que le había impulsado a dudar entre uno y otro.

—La forma de la cabeza y la colocación de las orejas.

—¿Qué agudeza visual tienes? —preguntó ella a la par sobresaltada e impresionada.

Desde la distancia a la que él había afirmado encontrarse, los detalles debían haber sido casi imperceptibles, al menos lo habrían sido para ella, que gozaba de una vista perfecta: veinte sobre veinte.

—Quince sobre veinte en el ojo derecho, un poco menos en el izquierdo. Me viene muy bien.

—¡Vaya! Ya lo veo. Y también veo que necesitaré maquillarme cada mañana antes de que despiertes.

—No, no lo necesitas —él deslizó una mano por su muslo derecho—. Estás estupenda. Además, si estás desnuda, no me daré cuenta de si llevas maquillaje o no —Morgan ni siquiera la miró, pero ella percibió una sonrisa asomando por la comisura de los labios.

Bo puso los ojos en blanco y le palmeó el hombro, aunque por dentro le encantaba que la encontrara atractiva cuando estaba desnuda.

—Muchas gracias. Pero, bueno, volvamos a nuestro asunto. ¿Sabes quién es ese tipo?

—No tengo ni idea. No me dedico a la parte de información —Morgan alargó una mano hacia el móvil, pulsó la tecla de llamada y conectó el altavoz.

—¿Por qué coño no contestabas al teléfono? —fue el ladrido a modo de saludo de Axel.

—No lo alcancé a tiempo —contestó él.

—Eres un hijo de puta —gritó Axel tras unos segundos de silencio—, ¿te estás follando a mi hermana?

Bo sintió tal oleada de ira que pensó que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Ese hombre siempre le había producido el mismo efecto. Inclinandose hacia delante, golpeó la mesa con fuerza con el puño.

—¡Yo no soy tu maldita hermana! —gritó—. Y no, no me está follando. ¡Lo estoy follando yo a él! Lo he dejado más seco que una pasa. Yo...

—¿Habías puesto el altavoz? —interrumpió Axel con voz de espanto.

—Es la mujer a la que le confiaste mi vida —protestó Morgan—. Por supuesto que conecté el altavoz. Además, ya está metida en el ajo, de modo que se merece saber lo que está pasando.

Morgan parecía irritado, pero también a punto de soltar una carcajada. Sin embargo, Bo no estaba segura de qué provocaba un sentimiento y qué el otro. Lo había llamado «pasa». Axel lo había llamado «hijo de puta». No había manera de saber cómo podría acabar esa llamada.

—¿Quieres saber qué foto he identificado o vas a seguir metiendo la nariz en algo que no es de tu incumbencia?

—Es asunto mío si... ¿qué foto? —el tono de voz de Axel cambió de inmediato, dejando muy claro dónde estaban sus prioridades.

—La ocho.

—Mierda.

—¿Mierda, qué?

—De todas las posibilidades que te envié, esa es seguramente la de peor pronóstico. ¿Estás seguro?

—No al cien por cien. Me guio por la forma del cráneo, las orejas. De lo que sí estoy seguro es de que, de todas las fotos que enviaste, es la que más se acerca.

—De acuerdo, eso me basta. Las fotos corresponden a los que no conseguimos situar con seguridad en ningún lugar en la franja horaria que nos interesa. A mí me vale.

—¿Ruso?

—Sí. Ha sido buena idea centrarnos en ellos. Se trata de Foma Yartsev, un pez gordo del servicio de inteligencia ruso. Una reunión con el Comité de Servicios para las Fuerzas Armadas sin duda sería algo por lo que matarían para mantener en secreto.

—Quizás fue Yartsev quien ordenó el asesinato si no quería que se supiera con quién se estaba reuniendo.

—Es posible. Desde luego lo tendré que investigar. Pero, de ser así, tenemos un problema aún más grande, porque eso significa que el servicio de inteligencia ruso ha pirateado nuestro sistema.

—¿Todavía no has podido rastrear eso?

—Si lo hubiera podido rastrear, ya lo habría solucionado, ¿no crees? —preguntó Axel con tono irritado—. Pues claro que no. El que lo hizo es un genio. Y cuando lo, o la, atrapemos, lo más probable será que reclutemos a ese bastardo —parecía compungido ante la perspectiva.

Incluso de joven, negociar nunca había sido su primera opción. Él prefería machacar desde el principio, empezar por el castigo más drástico.

—También puede ser que la persona que tienes buscando el modo en que han pirateado el sistema sea el mismo hacker —Bo no pudo resistirse a señalar el hecho, consciente de que el comentario sacaría de quicio a su exhermanastro.

El completo silencio al otro lado de la línea le confirmó sus sospechas. El cerebro de Axel había pasado a modo ardilla, considerando las posibilidades desde todos los ángulos.

—Podrías tener razón — Morgan enarcó las cejas hacia Bo, que se encogió de hombros—. No hay nada imposible.

—¡Mierda! —exclamó Axel—. Tendré que pedirle a otro que vuelva a comprobar a mi hombre. No lo veo como el malo de la película. Por supuesto lo investigué, pero si es lo bastante bueno para ser el hacker, podría construirse el pasado que le diera la gana.

—De acuerdo —concluyó Morgan—, mientras tú te ocupas de eso, yo propongo dar un paso al frente. He estado pensando.

—Adelante.

—No tenemos nada contra ellos. Aunque logres asociar a Yartsev con Rykov, tendrás que demostrar que contrató al tirador, y aunque logres demostrar que era Yartsev el que estaba a bordo del barco con los Kingsley, cosa que no creo que puedas demostrar porque es demasiado astuto, seguiremos sin tener pruebas de que los Kingsley hicieran nada malo o de que supieran algo sobre la emboscada preparada contra mí.

—Tienes razón —admitió su jefe tras una pausa—. Te escucho.

—Lo que sí podemos hacer es tenderles una trampa para que vengan a por mí de nuevo, básicamente lo que tenías planeado desde el principio. Esperabas atraparlos mientras buscaban mi escondite, pero son demasiado listos para hacer algo así porque ya esperaban una trampa de tu parte.

—Soy demasiado bueno en mi trabajo —protestó Axel con amargura.

Bo puso los ojos en blanco, aunque consiguió reprimir un bufido.

—El caso es que tengo que ir a por ellos —sentenció Morgan.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el otro hombre tras una corta pausa.

—Estaba pensando en voz alta, pero quizás podrías anunciar mi alta médica, o incluir en mi expediente que necesito ser revaluado por problemas físicos. Algo así. Me pondré en contacto con los Kingsley, y les haré creer que he recordado, que necesito dinero.

—Chantaje.

—Sin mencionar la palabra.

—Eso es tender una trampa.

—No soy agente de la ley.

—Ya, pero estarás cometiendo un delito, y ellos aún no lo han hecho.

—Lo harán cuando vengan a por mí e intenten matarme de nuevo. ¿De verdad crees que estarán dispuestos a pagar sobornos durante un futuro indeterminado?

—No. Una política como Kingsley no permitiría que una amenaza como esa pendiera sobre su cabeza.

A medida que las posibilidades y probabilidades cruzaban por sus mentes, los tres interlocutores permanecieron en silencio. Bo seguía de pie junto a Morgan. Por una parte tenía ganas de gritarle por ponerse de nuevo en peligro, pero por otra sabía que necesitaba hacer lo que fuera para resolver la situación. Dejando esas consideraciones a un lado, intentó pensar estratégicamente. Si los Kingsley, o más probablemente otro asesino contratado, iban tras Morgan, llegarían hasta su casa porque Morgan estaba en lo cierto, y ese sitio aislado sería el mejor lugar para atacarlo. Cualquier asesino medianamente competente se daría cuenta enseguida.

Pero ¿y si el asesino empleaba un rifle? Contra eso sería casi imposible defenderse. La casa estaba rodeada de colinas y un asesino con paciencia podría esperar el tiempo que fuera para tener un buen disparo. La sangre se le heló a medida que asimilaba lo que se le acababa de ocurrir.

No existía modo de saber si Morgan se habría fijado en el significado de la camisa azul si ella no lo hubiera interrogado. Lo cierto era que ella lo había puesto todo en marcha. Si algo le sucedía a Morgan, sería por culpa suya, y no sabía si podría vivir con ello.

Por tanto tenía que hacer lo que fuera para evitar que sucediera.

—Avísame cuando hayas manipulado mi expediente médico e investigado de nuevo a tu experto informático —concluyó Morgan antes de colgar y volverse hacia Bo, sentándola sobre su regazo—. Déjalo —le ordenó.

—¿Dejar el qué?

—Deja de preocuparte, de echarte la culpa.

Bo se inclinó contra él y disfrutó de la sensación de tener los rostros al mismo nivel y de sentirse sincronizada con él. Eso ya era una revelación en sí misma, porque se había pasado toda la vida esforzándose por esconderse de los demás. Sin embargo, Morgan la veía, y parecía gustarle lo que veía.

—Preocuparse forma parte de la situación —contestó—. Y, sí, tengo una parte de responsabilidad por lo que vaya a suceder. Si sale bien, pues bien por mí. Si no...

Para su horror la voz se le quebró y tuvo que parpadear con fuerza para evitar derramar las lágrimas que se le acumulaban en los ojos. Apretó los labios y alzó la barbilla, negándose a ceder. Debía enfrentarse con lógica y preparación a lo que les esperaba, no con lágrimas y emotividad. Ya habría tiempo para eso después.

—Escucha —Morgan frunció el ceño—. Parte de mi trabajo consiste en anticipar todas las posibilidades. Si fracaso en eso, la responsabilidad será mía. Pero hay cosas que podemos hacer. Por ejemplo, cuando llame a los Kingsley, Axel puede transferir la trampa al móvil que yo haya usado para que, cuando ellos intenten rastrear mi localización por el teléfono, sepamos que hay movimiento.

Era tranquilizador saber que no se iban a limitar a quedarse sentados esperando a que alguien le disparara.

—¿Y si los Kingsley son inocentes? —preguntó ella—. ¿Y si se trata del ruso, Yartsev, que quiera traicionar a los suyos a través de los Kingsley?

—Ese sería el mejor escenario posible. De ser ese el caso, en cuanto contacte con los Kingsley, el servicio de seguridad caerá sobre mí con tal rapidez que mi culo estará en la cárcel antes de que pueda parpadear. Axel tendrá que acudir a mi rescate antes de que me entierren en algún agujero.

El horror de Bo debió resultar evidente. No se fiaba de nada que hiciera Axel.

—La cosa no llegará tan lejos —Morgan rio—. Me retendrán hasta comprobar mi historia, por supuesto, y luego habrá algunas reuniones de alto nivel, pero después las agencias lo arreglarán todo. Estoy limpio para temas de alta seguridad y fui reinvestigado el año pasado. Con eso se calmará la situación.

—Pero, aunque se trate del mejor escenario posible, Yartsev intentó matarte. ¿No le dijeron los Kingsley quién eres y a qué te dedicas?

—Deberían haberlo hecho, de estar en lo cierto, pero eso no significa que Yartsev confíe en ellos. Si es un traidor a su país, seguramente verá el peligro en cada esquina.

—¿Y cómo sabes que no lo iba a intentar de nuevo?

—Supongo que el tema se discutiría con él —contestó Morgan secamente—. Pero no es más que una suposición. Hasta que no sepa con seguridad que los Kingsley no están implicados, voy a suponer que están metidos en esto hasta el cuello. Mientras tanto, tenemos que empezar a prepararnos y tomar precauciones.

—¿Por ejemplo?

—Establecer un perímetro de seguridad. Lo que hay hecho está bien, pero se puede mejorar, y Axel conseguirá el dinero necesario para pagarlo. Sistemas de cámaras termográficas por infrarrojos que detectan el calor corporal, transmisores inalámbricos, una ruta de escape. Puedo hacer instalar una en poco tiempo si no te importa arrancar una parte del suelo. Reforzar las ventanas. Por supuesto, lo mejor sería que Tricks y tú os quedarais en la ciudad.

—No —contestó ella rápidamente, antes de comprender que no iba a permitir que nada le sucediera a la perra—. Bueno, Tricks puede quedarse con Daina. Pero yo no voy a alterar mi rutina. ¿No sería eso una señal para alguien que nos estuviera vigilando?

—Solo si llevan vigilando el tiempo suficiente como para conocer tu rutina.

—El suelo no me importa —continuó ella haciendo caso omiso de la observación de Morgan. No estaba dispuesta a ceder—. Arráncalo. Puedes empezar mañana mismo.

—No hace falta darse tanta prisa. El reloj no se pondrá en marcha hasta que contacte con los Kingsley, y no lo haré hasta que Axel no falsifique mi expediente añadiendo una incapacidad médica y termine de investigar a su experto informático. Lo desquiciaste con eso —Morgan rio.

—Y ahora yo lo he retrasado todo porque es un paranoico.

—Si es verdad no es paranoia. El mundo en el que él vive es real. Sé que habrá comprobado a ese tipo tan concienzudamente que seguramente sabe dónde tiene cada peca. Supongo que estará limpio, pero Axel volverá a investigarlo a fondo —hizo una pausa—. Sugiero que metamos a Jesse en esto. Puede que nos haga falta su ayuda, la suya y la del resto de tus agentes. Quiero hacer todo lo posible para minimizar cualquier peligro para ti o la ciudad.

Bo reflexionó sobre lo que acababa de oír. Su mente de jefa repasó agendas y presupuestos.

—Tendría que ser en su tiempo libre. No creo que su implicación pueda correr a cargo del presupuesto de la ciudad.

—No espero de ellos que trabajen gratis, y me ocuparé de su salario —él se encogió de hombros—. Paso tanto tiempo en el extranjero que no me da tiempo a gastarme el sueldo, y no deja de acumularse.

Bo pensó que Morgan iba a tener que pegarse con esos hombres para que aceptaran su dinero. Prácticamente lo idolatraban como a un héroe, pero ese problema ya lo abordarían más adelante.

Instintivamente sabía que Morgan se estaba deslizando hacia su mundo, pasando a la ofensiva en lugar de esperar a que otro diera un paso. Sentía claramente cómo se agudizaba su concentración. Sin duda la sangre que corría por sus venas ya estaría electrizada. Así era su mundo, un mundo de estrategia y violencia, y allí se sentía a gusto.

## Capítulo 25

Animar a unos asesinos para que fueran tras él obligaría a Morgan a planear la situación muy bien, no solo por él, sino por Bo también, y por cualquiera de los agentes de Hamrickville que decidieran ayudar. Salió a correr, pues necesitaba una actividad física automática para despejar la mente y así poder analizar la situación a fondo. Se vistió con los pantalones cortos y zapatillas de correr, le indicó a Bo la distancia que tenía intención de cubrir y se lanzó colina arriba, forzándose a toda máquina.

Temía que Bo fuera a suponer un problema. Su instinto lo empujaba a asegurarse de que se mantuviera alejada de cualquier daño potencial, pero esperaba que ella se opusiera hasta el fin. Era una actitud que respetaba... hasta cierto punto, el punto en el que se volvía irascible y empezaba a arrastrar los nudillos por el suelo como un gorila. En el fondo se debía a que ella era lo máspreciado para él y que haría cualquier cosa, lo que pudiera, para mantenerla a salvo, por mucho que ella se resistiera.

Paso a paso. Si algo había aprendido de las misiones en las que había intervenido durante años era que los sucesos nunca se desarrollaban como uno los anticipaba al principio.

Y eso era preocupante porque significaba que por bien que lo planeara todo, no podría tener en cuenta todos los factores. Tenía que jugársela y prever desde dónde era más probable que llegara el ataque, pero sin dejar de permanecer alerta ante algo, cualquier cosa, que resultara diferente.

Aquello podría terminar de varias maneras. Desde luego sería estupendo si la seguridad nacional apareciera y lo arrestara, porque sin duda sería el mejor final tanto para él como para la nación. Deseaba que la congresista Kingsley fuera inocente, que trabajara para el país y no en contra de él. Le gustaba esa mujer. Parecía cálida y sincera. ¿Y qué? A él le importaban los hechos, no las emociones.

En cualquier caso, no le hacía falta prepararse para la seguridad nacional, seguramente el FBI.

Las demás posibilidades eran más complicadas, y más probables.

Los chicos malos podrían utilizar a la mafia rusa de nuevo, pero apostaría a que no, por un par de motivos. Primero porque ya habían aprovechado esa vía, y no había funcionado. Utilizarla de nuevo establecería un patrón que señalaba hacia Rusia, y que podría conducir hasta Yartsev. Y, si bien la mafia



rusa era capaz de mezclarse con la población en una gran ciudad, en Hamrickville era diferente. Un ruso destacaría como una hiena en una guarida de lobos. Demonios, incluso alguien de Nueva York destacaría.

Y eso dejaba a los Kingsley y a Yartsev con dos o tres opciones: contratar a un tirador local, que tuviera más probabilidades de éxito, pero que implicaría meter en escena a un extraño que podría resultar de fiar, o no, y que representaría otro posible riesgo de seguridad. O podrían implicar al Servicio de Inteligencia Ruso, SVR, que había sustituido a la KGB. La organización podría emplear métodos que le resultarían difíciles de contrarrestar, como la utilización de imágenes termográficas, y que les indicaría literalmente cuántos cuerpos calientes había en la casa, y dónde. Otra posibilidad sería que emplearan una fuerza sobrecogedora, en la cual todo ser vivo presente en la casa sería eliminado. Otra posibilidad sería una explosión masiva, o un francotirador experimentado que lo eliminara en cualquier ocasión en que saliera de la casa.

Por otro lado, si los Kingsley estaban compartiendo secretos de estado con el SVR, los rusos no querían llamar la atención hacia la organización o la conexión. Si algo salía mal, y casi siempre había algo que salía mal de algún modo, las repercusiones superarían con creces a los beneficios.

Morgan le dio vueltas mentalmente a la situación, decidió que la participación del SVR no era probable. Tampoco lo era la de la mafia rusa. Más probable era la intervención de un profesional, pero en ese caso el secretismo era esencial, implicar a otros sería un riesgo.

Lo más probable era que actuaran lo más cerca posible de la casa. Uno de ellos aparecería para hacer el trabajo personalmente.

De nuevo consideró las probabilidades. Joan Kingsley era la menos probable, y su esposo solo ligeramente más, porque los conocía a ambos. Por otro lado, quizás tuvieran unas desconocidas habilidades para matar, y contarían con ello como factor sorpresa. Yartsev era otra posibilidad. Él, desde luego, tendría experiencia en el manejo de armas, y seguramente también en el arte del camuflaje. Aunque Morgan disponía de fotos suyas, y seguramente pronto tendría alguna grabación, solo había visto a ese tipo en carne y hueso una vez, y de lejos.

Resumiendo, Yartsev era el candidato más probable, seguido de Dexter Kingsley y luego de Joan Kingsley. O Yartsev y Dexter formando equipo. O formaban equipo los tres.

A pesar del entrenamiento de Yartsev, Morgan confiaba en poder manejarlo. Su propio entrenamiento iba mucho más allá que cualquier cosa que Yartsev pudiera haber experimentado, al menos en cuanto a armas y

táctica de combate. El hombre del SVR se dedicaba al espionaje y la inteligencia, Morgan trataba con la devastación, dos disciplinas muy diferentes.

Su estrategia consistiría en prepararse para tres tiradores. Si al final solo eran dos, o uno, los que intentaran hacerle salir de casa, estaría preparado de sobra.

No había dejado de correr a fondo mientras repasaba mentalmente todos los detalles, pero una vez concluidas todas las reflexiones, bajó el ritmo a un suave trote para relajarse. Una ojeada al reloj le indicó que llevaba una hora corriendo. Estaba empapado de sudor, pero con todo se sentía bastante bien. Funcionaba a pleno pulmón, a pleno corazón, fuerte, aunque suave. Sus piernas aún no se habían recuperado del todo tras los dos meses de inactividad forzosa, pero cada día aumentaba un poco la distancia recorrida el día anterior.

Si esperaban encontrarse una ruina humana, iban a llevarse una buena sorpresa.

Dicho lo cual, no podía permitirse el lujo de confiarse en cuanto a sus posibilidades. Su buena forma física sería descubierta de inmediato a poco que investigaran antes de decidirse a actuar. Debía suponer que Yartsev estaría implicado. El ruso no entraría sin más en su dormitorio, a ciegas. Los Kingsley... quizás sí, si actuaban por su cuenta.

Aflojó un poco más el paso y se dirigió de regreso a la casa. A medio camino se encontró con Bo y Tricks, que disfrutaban de su paseo. En cuanto lo vio, la perra corrió hacia él, ladrando alegremente. Morgan se agachó, rodilla en tierra, y la rascó detrás de las orejas y en el pecho. La sensación era evidentemente tan buena que el animal casi sufrió un colapso de placer.

Bo se acercó caminando más despacio, la correa rosa de Tricks enganchada del cinturón, el top verde dejando al descubierto la piel de los hombros, resplandecientes bajo el sol de la mañana. Sonreía ante la escena protagonizada por su perra y su hombre.

—¿Ya tienes un plan? —preguntó.

Cuando él se puso en pie, Bo lo agarró del brazo, a pesar de que estaba bañado en sudor.

Morgan la contempló y todo en su interior se fundió en un cegador momento de luz, el color a su alrededor lanzó brillantes destellos antes de difuminarse hasta su tono normal. Un ruiseñor comenzó a cantar sobre la rama de un árbol, deleitándose con su repertorio de trinos, silbidos y gorjeos. La dulce tonada se le caló hasta los huesos.

—Aún no —contestó con la sensación de pertenecer a un universo alternativo que le gustaba—. Lo básico depende de ti.

—¿De mí? —Bo lo miró entre sorprendida y halagada—. Pensaba que no querías que te ayudara. De acuerdo, ¿qué puedo hacer?

No había dudado ni un instante. Estaba dispuesta a lanzarse a la batalla y hacer lo que pudiera.

—Puedes casarte conmigo —contestó él.

Ella se quedó helada y palideció ostensiblemente. Sus grandes y oscuros ojos se abrieron desmesuradamente hasta eclipsar su rostro. La boca se movía, pero no producía ningún sonido.

Morgan pensó que el hecho de que hubiera palidecido no era una buena señal, pero sabía que la batalla que iba a librar tenía que ganarla y estaba dispuesto a ir a la guerra desde ese mismo instante por conseguir a su mujer.

—Me lo he estado tomando con calma —le explicó—, sin presionarte porque sé que en el pasado te has relacionado con algunas personas no muy aconsejables y que te han defraudado, y quería darte tiempo para que comprendieras que puedes confiar en mí. Pero puede que se me esté acabando el tiempo, y quiero amarrarte legalmente, por si esto termina mal.

Parecía imposible, pero Bo palideció aún más, inmóvil en el estrecho camino del bosque. El ruiseñor volvió a cantar y unos pocos pájaros más se unieron con sus silbidos y llamadas. Tricks dejó caer la pelota a los pies de Morgan, reculó con el rabo en movimiento, invitándolo a que se la arrojara.

Por primera vez, los humanos de su vida la ignoraron.

Bo volvió a mover la boca y, en esa ocasión la voz surgió como un graznido, pero al menos surgió.

—Esto no es justo.

—La justicia me importa una mierda —él la agarró de la cintura y la obligó a volverse para mirarlo—. Vaya, eso no ha sonado muy romántico, ¿verdad? Lo que sí me importa eres tú —agachó la cabeza para poder mirarla directamente a los ojos—. ¿Te gusta que sea romántico? Puedo intentarlo. Soy más bien un tipo de aquí te pillo aquí te mato. Y eso hice: te vi, te desee, te conseguí.

La barbilla de Bo empezó a temblar y Morgan sintió que el pánico se apoderaba de él.

—¿Vas a llorar? No lo hagas. Por favor. Di que sí y todo irá bien.

Ella miró a su alrededor con expresión angustiada, como si esperara ser rescatada por un arbusto o un árbol de los que les rodeaban, pero las manos de Morgan la sujetaban con firmeza por la cintura y no parecía dispuesto a soltarla.

—¿Quieres que me case contigo porque podrías morir? —en esa ocasión la voz se pareció más a un agudo chillido.

Pero al menos estaba hablando, no llorando.

—No. Quiero que te cases conmigo porque estoy... estoy —para horror de Morgan, las palabras se atascaron en su garganta, y fue su turno para mirar alrededor en busca de uno de esos arbustos rescatadores.

¡Mierda! Estaba convencido de haber pronunciado esas palabras alguna vez, cuando había estado prometido, pero de haberlo hecho seguramente había sido porque era lo que se esperaba de él, y ni siquiera era capaz de recordarlo con seguridad. Aquello era completamente diferente. Aquello era importante. Aquello trataba del resto de su vida.

Contempló de nuevo esos enormes ojos oscuros, tan solemnes, y tan asustados, y el pulso se lanzó al galope por su cuerpo. Respiró hondo y lo intentó de nuevo.

—Estoy locamente enamorado de ti. Por eso quiero casarme contigo. Quiero casarme contigo ahora para que, si algo me sucediera, todo lo mío pase a ti sin ningún lugar a dudas. No soy rico, pero tengo algunos ahorros y una buena furgoneta, además de un viejo barco. ¿Qué dices?

Irritada ante tanto desprecio, Tricks ladró indignada. Morgan la miró mientras ella le acercaba la pelota al pie con una pata, por si no se había dado cuenta de lo que quería.

—Me conformo con que me ames al menos la mitad de lo que amas a tu perra —él soltó una carcajada.

Los segundos pasaron en medio de un tenso silencio, hasta que Morgan empezó a preguntarse si había fallado el tiro. Los labios de Bo se movieron, y un nuevo sonido surgió de ellos.

—Y así es.

Supo que estaba perdido cuando no le importó ser el segundo en su lista de afectos, por detrás de la perra. Ya estaba acostumbrado. Además, Tricks no era un perro como los demás.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

Ella asintió enérgicamente.

—Aunque te bastaría con hacer testamento y dejármelo todo a mí.

Típico de ella pensar en algo así.

—Y lo haré, también. Pero quiero casarme contigo, y acabas de asentir, de modo que tenemos un trato. ¿Hay un tiempo mínimo de espera en Virginia Occidental?

Bo sacudió la cabeza.

—Pero tendrás que utilizar tu nombre verdadero —le explicó ella—. Lo bueno es que Virginia Occidental no posee registros abiertos, de manera que no hay riesgo de que el certificado de matrimonio aparezca en una búsqueda online.

—Eso está muy bien. Ya estaba pensando en cómo ajustar los tiempos, pero me alegra que no importe. Me gustaría hacerlo mañana.

—No puedo —contestó ella, aún perpleja y más que aterrorizada.

—¿Y por qué demonios no puedes?

—La gente.

—¿Qué gente...? Ah, esa gente que se enfadaría contigo si no se lo contaras, ¿verdad?

—Daina, Loretta y Jesse, y media ciudad —Bo suspiró.

—Sí, claro, esa gente.

—De todos modos no puedo organizar una boda de un día para otro.

—Entonces nos casaremos y ya celebraremos la boda más adelante — ¡mierda! ¿Acababa de decir eso? Se había librado hasta abrir su enorme boca.

¿Qué le había dado? A los hombres les gustaban las grandes bodas menos que ir al dentista. En una lista de cosas que no le gustaría hacer, la boda seguramente estaría antes que acudir a un proctólogo. A lo mejor.

—Yo no quiero una gran boda —le explicó ella en un tono que seguía evidenciando el estado de shock en que se encontraba.

Cada vez se sentía más enamorado de esa mujer.

—Yo tampoco, pero ¿nos dejarán salirnos con la nuestra? Desde ya te digo que van a querer que Tricks sea la dama de honor.

—Seguramente tienes razón —Bo rio y contempló a su perra, que había abandonado la pelota para dedicarse a olisquear un poco—. ¿Y tú qué? Por ejemplo, tu madre. ¿Querrá asistir? Pensándolo bien, ¿te has mantenido en contacto con ella?

—No lo he hecho, pero Axel lo tenía todo pensado y le ha enviado un par de correos electrónicos que ella cree son míos, contándole que estoy bien, ocupado, esa clase de cosas.

—¿Sabe siquiera que te han disparado? —preguntó Bo, algo espantada.

—No, y prefiero que nunca lo sepa —Morgan se frotó la nariz—. ¿Crees que debería contarle que voy a casarme? Déjalo, no te molestes en contestar. Pero sigo sin estar dispuesto a esperar. Mi madre puede venir para la repetición de la ceremonia. ¿Qué me dices de tus padres?

—Les informaré —contestó ella tras reflexionar unos segundos—, pero realmente no tiene sentido invitarles. No vendrán. Un anuncio después de que lo hayamos hecho bastará.

—Si quieres que vengan, vendrán.

Aunque tuviera que retorcer brazos y romper cuellos, allí estarían. Haría que los escoltaran, apuntándoles con una pistola, si fuera necesario. Sus amigos no eran de la clase de personas que se dedicaban a hacer el tonto.

—Les obligarías a estar aquí, ¿verdad? —Bo sacudió la cabeza y lo miró con ironía—. Te agradezco el detalle, pero no. Su presencia aquí me estresaría. Prefiero ser feliz.

Y hacerla feliz sería la nueva misión de Morgan. La soltó para agacharse y recoger la pelota del suelo. Después, la tomó de la mano e iniciaron el regreso hacia la casa. Los delgados dedos de Bo le parecían tan frágiles en su mano como los huesos de un pajarillo y, por primera vez en su vida, fue consciente de la confianza que depositaban en él como hombre. Sus anteriores relaciones, por breves y relativamente simples que hubieran sido, se habían basado mayormente en el sexo. Pero aquello era algo más. Bo le estaba ofreciendo algo increíblemente especial: ella misma, su confianza, invitándolo a entrar en su vida.

—De todos modos no podemos casarnos de inmediato —insistió ella con pragmatismo—. Tenemos que sacar la licencia aquí, en el condado en el que vivimos. Aunque los juzgados no están en Hamrickville, me conoce demasiada gente. Las personas a quienes se lo contemos, mantendrán el secreto, pero la mayoría de los empleados del juzgado no sabrán que no deberían buscar tu nombre verdadero en Google y, confía en mí, al menos habrá uno que lo hará.

La reacción de Morgan fue una exclamación muy gráfica y concisa. Era evidente que no le gustaba la idea de que sus planes quedaran en suspenso.

—¿Tanta prisa tienes por acostarte conmigo? —ella lo miró divertida.

—Puedes apostar a que sí. Nunca he practicado sexo dentro del matrimonio. Me preguntaba si sería diferente.

Bo soltó una carcajada y él la atrajo hacia sí para rodearle los hombros con el brazo.

—De acuerdo, admito que no me hace feliz tener que esperar, pero no se me ocurre otra manera de hacerlo. De todos modos, durante los próximos días estaré ocupado. Tengo que abrir una cuenta en las islas Caimán. Poner a los chicos a punto. Comprar munición, organizar la seguridad, cosas así.

—¿Las islas Caimán? —fue la única pregunta que se le ocurrió a Bo tras asimilarlo todo.

—Para que el intento de chantaje resulte creíble tengo que pedir una cantidad seria de dinero, lo que plantea el problema de explicárselo al fisco. Ellos esperarán que esté al corriente de cosas como esa, y lo estoy. No puedo pedirles que transfieran el dinero a un banco estatal normal. El chantaje tiene que parecer real desde todos los puntos de vista, de manera que necesito una cuenta en ultramar para que me ingresen el dinero.

—¿Y cómo evitarás que te cause problemas?

—Todo lo que haga estará coordinado con Axel, y también quedará registrado. Cierto que hay zonas grises, pero lo importante es detenerlos. Hasta que se demuestre lo contrario, les supongo culpables —Morgan hizo una pausa—. No espero verlos ante la justicia. Esto se solucionará discretamente.

—Y eso significa...

—Significa que pueden negociar librarse de problemas si traicionan a los rusos, aunque puede que no estén en situación de hacerlo. El flujo de información puede ser unidireccional, en cuyo caso sus culos penden de un hilo. Cómo termine no es problema mío. Mi trabajo consiste en detenerlos.

—Nuestro trabajo —le corrigió ella—. Estamos metidos en esto los dos juntos —le sonrió de soslayo—. En eso consiste estar casados.

Estaban a menos de dos kilómetros de la casa y caminaron en esa dirección mientras le arrojaban la pelota a Tricks siempre que llegaban a un claro. Aún quedaba mucho tiempo hasta que Bo tuviera que marcharse al trabajo, de modo que no tenían prisa. A Morgan le gustaba tomarla de la mano, arrancarle una sonrisa, observar cómo el sol moteaba su rostro cuando paseaban bajo las ramas de los árboles.

Tenía la sensación de estar a la vez sobrio y borracho, eufórico y nervioso, entumecido y al mismo tiempo hiperalerta, consciente de todo, de cada trino, de cada brisa, de cada movimiento de las hojas.

Así debía sentirse uno cuando estaba enamorado. Normal que los enamorados se comportaran como imbéciles. Los chicos se lo iban a recordar de por vida. Y le daba igual.

De todas las cosas que habían sucedido desde que Morgan Yancy había aparecido frente a su puerta, aquella mañana había sido la más surrealista para Bo. Aún no podía creerse que le hubiera pedido que se casara con él, pero sobre todo le costaba creer que hubiera respondido que sí. Y sin embargo él se lo había pedido y ella había dicho que sí, y aún no se había recuperado de la conmoción.

Quedaban muchas preguntas por hacer y decisiones por tomar, pero por el momento se sentía incapaz de concentrarse en ellas. Ya se ocuparía más adelante, en cuanto se hubiera acostumbrado a la idea de que iba a casarse. No solo casarse, sino casarse pronto, en cuanto él ya no tuviera necesidad de ocultar su verdadera identidad. Para él, el retraso resultaba irritante, para ella los sucesos avanzaban a velocidad de vértigo. Se sentía deslumbrada y aterrorizada. En dos meses iban a pasar de extraños a amantes y a matrimonio. Bueno, para cuando hubieran terminado con todo aquello, sería un poco más de dos meses. Por Dios santo, ¿en qué estaba pensando?

Pues estaba pensando en que lo amaba. Estaba pensando en que vivir con alguien no era lo mismo que salir con alguien de vez en cuando. Que lo conocía mejor de lo que lo habría hecho si hubieran estado saliendo durante un año. Estaba pensando que confiaba en él, que ese hombre había arriesgado su vida por ella y por Tricks, que siempre estaba preparado para apoyarla cuando lo necesitaba. No conocía la fecha de su cumpleaños ni el nombre de su madre, ni un millón de cosas más sobre él, pero sí conocía lo esencial, y ya aprendería el resto sobre la marcha.

—Me doy una ducha rápida y te ayudo a preparar la comida —anunció él cuando llegaron a casa.

—¿Vas a acompañarme hoy a la ciudad?

—Hoy no. Tengo que reflexionar sobre cómo aumentar la seguridad aquí, pasear otra vez por las colinas detrás de la casa por si se me pasó algo por alto, esa clase de cosas.

Lo de la seguridad iba en serio, y dado que Morgan se iba a ofrecer como cebo, Bo estaba dispuesta a tomar todas las precauciones necesarias. La idea de que el peligro llamara a su casa, a su puerta, le provocaba escalofríos. Existía un riesgo verdadero de que muriera. Casi había muerto antes de conocerlo, pero ni siquiera había dudado a la hora de lanzarse de nuevo a la batalla, volviendo a arriesgar su vida. Eso era lo que hacía. Eso era él. Y, aunque a Bo le diera miedo lo que hacía, jamás cambiaría lo que era.

Metió un poco de beicon en el horno y empezó a cortar lechuga y tomate. Morgan bajó los escalones de dos en dos mientras ella echaba sal y pimienta.

—He olido a beicon —anunció.

—Voy a preparar unos burritos. Las tortillas están en la nevera. Espero que te gusten.

—Me encantan los burritos, salvo los que llevan aguacate.

—A ti te gusta el aguacate.

—Me gusta el guacamole. Son dos cosas diferentes. No me gusta el bocadillo de verdura.



—Pues siguiendo ese razonamiento, quítale el pan.

—El pan es aceptable. Aunque se trate de una tortilla. A fin de cuentas es pan, aunque plano.

La actitud tan típicamente masculina de Morgan a la hora de comer nunca dejaba de resultarle divertida. Por otra parte, tampoco era muy quisquilloso, algo que le habría vuelto loca.

Morgan puso la mesa y vigiló el beicon mientras Bo terminaba de cortar la lechuga y el tomate. Tricks observaba atenta toda la escena, sentada junto al cuenco de comida a modo de recordatorio para que no olvidaran que ella también comía.

—Como si pudiera olvidarme —la reprendió Bo con dulzura sin apartar la mirada del reloj para no darle de comer antes de tiempo.

Tricks recorría con la mirada el espacio entre el cuenco y Bo, y de nuevo al cuenco, antes de empujarlo con una pata.

—Aún no toca.

Aunque solo faltaban dos minutos, una norma era una norma, porque, si empezaba a saltarse las normas de Tricks, la perra dedicaría el resto de su vida a conseguir que te saltaras las demás. Cuando los números del reloj digital cambiaron, la perra ladró.

—Da miedo —observó Morgan que ya había asistido a ese espectáculo en más de una ocasión.

Tricks era perfectamente capaz de distinguir los números del reloj que marcaban la hora de comer.

Bo echó la medida exacta de comida en el cuenco y lo dejó en el suelo. Tricks meneó la cola en señal de aprobación y empezó a comer mientras su dueña le prodigaba unos cuantos mimos antes de volverse bruscamente hacia Morgan.

—¿Te estás casando conmigo por conseguir a mi perra?

—No es mala idea —contestó él sin dudar ni un instante, antes de echarse a reír—. Como si casarme contigo fuera a cambiar algo. Ella es tuya, no tiene la menor duda al respecto, nadie se te acerca siquiera. Sé muy bien cómo se siente —le guiñó un ojo—. Yo también soy tuyo, ¿recuerdas?

El sinvergüenza con su pico de oro sabía justo lo que había que decir. Bo rio y le correspondió con otro guiño, un poco sorprendida por la facilidad con la que se había acostumbrado a flirtear. De hecho, que ella recordara, Morgan era la primera persona a la que le guiñaba un ojo en su vida.

Después de comer se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde y corrió a ducharse y arreglarse para el trabajo. Morgan estaría ocupado y eso significaba que Tricks la acompañaría a la ciudad. Les contaría lo de la boda a

las personas más importantes para ella, y se reuniría con Daina para hacer planes. Una vez aplacada la prisa de Morgan para casarse al día siguiente no había ninguna necesidad de una boda rápida y una ceremonia de celebración más adelante. Prepararían algo en poco tiempo, la señorita Doris podría hacer una tarta, no hacía falta que fuera nada elegante, bastaba con el delicioso sabor de los pasteles de la señorita Doris, y ella tendría que comprarse un vestido. La ceremonia podría ser sencilla, quizás en el parque, un sencillo refrigerio y la compañía de los mejores amigos. ¿Qué podía haber mejor? Pero, si la situación de Morgan aún no se había resuelto para entonces, tendrían que extremar las precauciones y no celebrar la ceremonia al aire libre.

Un escalofrío le recorrió la columna. ¿Cuántas bodas se planeaban con la mente puesta en un francotirador que podría matar al novio?

Y eso le hizo pensar en otros aspectos de la seguridad que tendrían que considerar también. Tanto ella como Morgan iban a tener que extremar las precauciones. En cuanto hiciera la llamada para poner en marcha el «chantaje», haría que Daina se llevara a Tricks. No soportaba la idea de que su perro volviera a estar en peligro. Tampoco que lo estuviera Morgan, pero aquello era su espectáculo, su trabajo, y su decisión. Tricks era inocente como un bebé en todo el asunto. Separarse no iba a resultar sencillo para ninguna de las dos, pero mejor eso que que Tricks resultara herida.

La línea de sus pensamientos le provocó una profunda sensación de inquietud.

—Ten muchísimo cuidado —le aconsejó a Morgan con el ceño fruncido—. Lleva siempre contigo el móvil, y el arma.

—Ya lo tenía pensado —él asintió hacia la Glock que había sobre el mostrador de la cocina—. ¿Y tú qué? Nunca es demasiado tarde para empezar a adoptar el hábito de extremar las precauciones. ¿Dónde tienes tu arma, señora jefa de policía?

—En mi bolso —había comprado una cartuchera para enganchar a la cinturilla, pero solo la usaba cuando salía a pasear sola con Tricks, lo cual sucedía cada vez con menos frecuencia.

—Lleva demasiado tiempo sacarla del bolso. Llévala fuera, y a mano.

La voz de Morgan adquirió un tono de frialdad profesional al ponerse en modo acción, al menos eso le pareció a Bo que hacía. Pero también era cierto que sabía lo que hacía y de qué hablaba, de modo que no discutió con él.

—Me siento como Lara Croft, Tomb Raider —murmuró mientras se tapaba el arma con la camiseta.

—Qué dices. Tú eres mucho más guay —protestó él con una sonrisa, aunque deslizó la dura mirada por todo su cuerpo—. Lleva el bolso colgado del hombro derecho, así nadie se dará cuenta del bulto.

Bo recogió el móvil y la correa de Tricks. El perro corrió hasta la puerta y se sentó mirando ansiosa el picaporte, concentrándose al máximo como si con ello pudiera abrir ella misma la puerta con el poder de su mente. Y seguramente estaba convencida de que funcionaba, pues si se quedaba allí el tiempo suficiente, siempre había alguien que acababa abriéndola.

—Te llamaré cuando salga de la comisaría —le indicó a Morgan mientras se ponía de puntillas para darle un beso.

—Conduce con cuidado —él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí para darle otro beso—. Te quiero. Te veré esta noche.

—Yo también te quiero —contestó ella con cierta timidez tras dudar unos segundos.

Pronunciar esas palabras aún le resultaba extraño, porque sentirse libre para pronunciarlas se acercaba bastante a un terremoto. Notó cómo se ruborizaba mientras salía por la puerta, Tricks corriendo delante y ladrando excitada y saltando alrededor de los coches.

—¡Tricks, adentro! —gritó ella mientras pulsaba el botón del mando para abrir las puertas.

Abrió la del copiloto para que entrara su perra y arrojó la correa sobre el salpicadero. Tricks seguía ladrando, y Bo se volvió para reprenderla.

Algo duro se le clavó dolorosamente en la nuca mientras se oía la voz de un hombre.

—No te muevas o meteré un balazo en tu maldita cabeza.

## Capítulo 26

Bo se quedó helada. La piel le quemaba como si le hubieran deslizado cubitos de hielo por la espalda. Las rodillas se le doblaban como si fueran de gelatina. La garganta y los pulmones se le habían cerrado, el corazón le galopaba a mil por hora.

Pero mientras su cuerpo reaccionaba a la doble bomba de terror y adrenalina, su mente consiguió, de algún modo, distanciarse y aclararse. Dos ideas surgieron en su mente. La primera, que la voz y el acento era estadounidenses, por lo que probablemente se trataba del señor Kingsley. La segunda, que había estado en lo cierto respecto al hacker. ¿Cómo si no había podido localizarles con tanta rapidez si la conversación con Axel había sido la noche anterior?

Tricks no dejaba de ladrar. A Bo le sorprendía que Morgan no hubiera salido ya de casa para averiguar qué estaba sucediendo. Porque no lo había hecho. A lo mejor había mirado por la ventana y ya se había puesto en acción. No tenía ni idea de qué forma adoptaría esa acción, ni desde qué dirección llegaría.

—Haz que se calle el perro o lo haré yo —Kingsley agarró a Bo del pelo y le propinó un doloroso tirón—. ¡Ahora!

—Tricks, siéntate —consiguió ordenarle Bo, espoleada por la amenaza. Su voz era apenas audible, pero funcionó.

Tenía la cabeza girada en un ángulo que apenas le permitía ver a su perra por el rabillo del ojo, pero Tricks dejó de ladrar y posó el trasero en el suelo mientras miraba a su dueña con esa expresión perruna sonriente. Esperaba su alabanza.

—Buena chica —la elogió ella antes de dirigirse a Kingsley—. Es un golden retriever, son muy amigables.

Bo rezó para que ese hombre no hubiera confundido los ladridos de su perro con una agresión y decidiera dispararle. Lo más seguro era que sus ladridos hubieran sido gritos de júbilo: «¡Qué bien, un nuevo amigo para hacerme mimos!».

—¡Y una mierda! —contestó él mientras apretaba el cañón del arma con más fuerza contra su cabeza—. ¿Parezco imbécil? Sin embargo es una perra muy bonita. Puede que me la lleve cuando haya terminado aquí.

Bo no podía haber caído más bajo, pues se sintió agradecida ante el hecho de que Tricks podría sobrevivir, a pesar de que Morgan y ella misma no lo harían.

«¡Piensa!». Tenía que pensar. Tenía un arma metida en una cartuchera colgando de la cintura, oculta por el bolso que llevaba colgado del hombro. Si consiguiera alcanzarla sin que él se diera cuenta... Pero aprisionada contra él como estaba, no podría hacer un solo movimiento sin que lo notara. Tampoco importó porque el tipo ese se cambió la pistola de mano y la cacheó rápidamente, encontrando la pistola y arrancándosela de la cinturilla.

—Mira lo que hay aquí —observó con sarcasmo—. ¿Quién hubiera dicho que la jefa administrativa de la policía llevaría pistola? ¿Acaso pensabas que no lo comprobaría?

Sabía quién era. Dudaba mucho que los Kingsley hubieran conseguido averiguar tanto la localización del móvil de Morgan como su identidad sin recurrir a información privilegiada, y no solo del gobierno de los Estados Unidos de América.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría ese tipo allí fuera. A lo mejor les había visto entrar en casa, pero no había tenido un buen ángulo de tiro. Las pistolas no eran armas de precisión. Por otro lado, a lo mejor simplemente había esperado poder atrapar a uno de ellos mientras estuviera a solas. De haber sido Morgan, lo habría matado y se habría ido, pero había sido Bo la primera en salir de la casa. Y si algo tenía meridianamente claro era que iba a servir de escudo entre el tirador y Morgan.

Su mente funcionaba a toda velocidad. ¿Qué tal sería su puntería? Era abogado, ¿no? ¿Qué probabilidades tenía de ser un tirador experto? Aceptable, quizás, pero, cuando las personas como él iban de caza, lo más probable era que se dedicaran a la caza mayor con gente influyente a quien impresionar. Disparar con un rifle no tenía nada que ver con hacerlo con una pistola.

Pero, ¿y si lo era? Uno se encontraba a la gente más inesperada practicando el tiro al blanco.

Y aun así, el tiro al blanco era muy diferente de disparar a personas, que no se quedaban quietas. Una de las clases que Jesse había insistido en que tomara era la de correr cuando ser viera frente a frente con un arma, así había más posibilidades de no ser alcanzado. Solo tenía que soltarse...

Sus pensamientos fueron interrumpidos con un nuevo tirón de la coleta. El hombre se la enroscó alrededor del puño y tiró de ella hacia la casa.

—Mantén la boca cerrada, abre la puerta y no intentes hacer nada. ¿Dónde está?

—Él... estaba en la cocina cuando salí de casa, pero se iba a cambiar de ropa, por lo que supongo... no lo sé.

—Cuando entremos en la casa, ¿dónde quedará la cocina?

O bien no había tenido la oportunidad de hacer un reconocimiento y mirar por las ventanas, o le había dado demasiado miedo intentarlo. Acercarse a una ventana y mirar por ella a pleno día resultaba bastante evidente.

—A la izquierda —contestó con voz temblorosa.

En realidad estaba más bien de frente, y un poco a la izquierda, pero no totalmente a la izquierda.

—¿Hacia qué lado se abre la puerta?

—Eh... —Bo lo tuvo que pensar porque abría la puerta al entrar y salir y ambas direcciones le parecían naturales—. A la derecha.

El hombre la empujó hacia delante.

Sin duda Morgan tenía que haberlos visto. Sin duda había salido por la puerta trasera y en esos momentos estaba rodeando la casa hacia ellos. «Pero ¿y si ha subido arriba a buscar algo?». Bo no tenía modo alguno de saberlo. Se tropezó a propósito para ganar un poco de tiempo. En realidad no le hacía falta fingir mucho, pues dado que ese hombre seguía tirándole de la coleta y la obligaba a echar la cabeza hacia atrás, no veía dónde ponía los pies. De no haber conocido cada milímetro de su propiedad al dedillo, habría tropezado de verdad.

—No te caigas —rugió Kingsley mientras le propinaba otro empujón que la hizo avanzar unos metros.

Morgan sin duda había tenido que oír ladrar a Tricks. Solo podía confiar en que, al menos, hubiera mirado por la ventana.

La perra volvió a ladrar. Era el ladrido especial y alegre de bienvenida que reservaba a dos personas: Bo y Morgan.

—Le gusta que la mimen antes de comer —explicó. No se le había ocurrido nada más y esperaba que bastara para distraer la atención de ese tipo de su perra, de sus ladridos y de la posibilidad de que estuviera bailoteando hacia Morgan.

De nuevo rezó para que Morgan acudiera en su ayuda. Para que ese gilipollas no la empujara al interior de la casa y lo pillaran desprevenido. Si eso sucediera, ambos estarían muertos.

—¿Qué? —Kingsley parecía sobresaltado, como si no consiguiera encajar las palabras de Bo en ningún contexto. Eso estaba bien. Era lo que buscaba.

—Tricks. Cuando cena. Le gusta que le den palmaditas mientras.

—Olvida al maldito perro. Y no vuelvas a abrir la boca.

El hombre le propinó un nuevo empujón y tiró de la coleta ligeramente hacia la derecha. Por el rabillo del ojo, Bo vio movimiento, un movimiento que no correspondía a Tricks. Tenía una pistola pegada a la nuca, pero tenía que hacer algo para que el tirador no viera a Morgan. Si lo asustaba, podría apretar el gatillo. No tenía modo de saber si estaba firmando su propia sentencia de muerte, pero no podía hacer otra cosa. Al menos Morgan y Tricks estarían bien.

Los dos seres a los que más amaba en el mundo estarían bien. Eso era lo único que importaba.

Levantando ambos pies del suelo, se dejó caer pesadamente a tierra.

Un agudo dolor le atravesó el cráneo. El cuerpo de Bo se sacudió al aterrizar sobre el suelo. La mañana, el mundo, estalló con dos disparos. Le ardían la cabeza y el cuello mientras Kingsley seguía tirando con fuerza de la coleta. Una humedad, roja y ardiente, la empapó.

Y todo quedó en silencio, salvo por el zumbido en sus oídos. Se sentía rara, su visión era a la vez borrosa y aguda. Una serie de imágenes pasaba por delante de ella visibles hasta el mínimo detalle mientras todo lo demás estaba borroso. Estaba tumbada de lado, sin saber cómo había llegado hasta allí, mirando fijamente la grava y las briznas de hierba, el primer poste del patio, el suelo de cemento. Todo estaba de lado, resultándole de lo más extraño hasta que comprendió el por qué. Estaba tumbada de lado.

Sabía que estaba viva, aunque no estaba segura de cómo lo sabía. Era incapaz de ordenar sus pensamientos para... Kingsley... ¿Dónde estaba Kingsley? Ya no la agarraba del pelo, aunque no consiguió mover la cabeza. A lo mejor era ese peso que sentía sobre la espalda. A lo mejor la estaba utilizando como escudo.

Vio a Morgan correr hacia ella, empuñando la negra y grande Glock. Vio a Tricks pegada a sus talones, la oyó ladrar.

—Tricks, calla —se oyó decir a sí misma, temerosa de que Kingsley le disparara.

Y entonces se dio cuenta de que ya no hacía falta estar callado, no había nada que perder, porque era evidente que ese tipo ya sabía que Morgan estaba allí. ¿Por qué no disparaba Kingsley? ¿Y por qué había sonado su voz tan débil y distante?

Morgan se dejó caer de rodillas junto a ella y apartó el pesado cuerpo que había estado tirado sobre su espalda. La miró con unos ojos azul hielo en un rostro extrañamente pálido mientras la tumbaba sobre el suelo.

—Déjame ver, cariño —susurró con dulzura.

—¿Ver el qué? —Bo frunció el ceño.

—Tu cuello.

Morgan tironeaba de su ropa, Tricks gimoteaba golpeándole el brazo con el hocico. Bo levantó un brazo y acarició la pata de la perra, el único punto que parecía poder alcanzar.

—¿Qué le pasa a mi cuello?

—Kingsley te disparó.

—¿Eso hizo? —preguntó ella sorprendida—. Pues no me siento como si me hubieran disparado.

—Confía en mí —Morgan le giró la cabeza a un lado con ternura y a continuación suspiró aliviado—. Es más que un arañazo, más bien algo parecido a un agujero profundo, pero no ha alcanzado ninguna arteria o vena de importancia.

—Eso es bueno —Bo frunció el ceño, aunque no estaba segura de por qué. A lo mejor si conseguía parecer gruñona podría tranquilizarlo—. ¿Estás seguro de que no fuiste tú quien me disparó? Por supuesto por accidente —la pistola de Kingsley había estado apoyada contra su cabeza. ¿Cómo había podido fallar tanto como para provocarle solo un arañazo en el cuello? O un agujero. No se sentía capaz de imaginarse la diferencia.

—Estoy seguro —gruñó él mientras se arrancaba la camiseta y se la ataba a ella alrededor del cuello, apretando hasta casi hacerle daño y haciendo un nudo justo en el punto que empezaba a arderle.

—¿Cómo? Oí dos disparos.

—Porque el mío lo alcanzó a él.

Eso tenía sentido, de manera que Bo dejó de discutir y se aferró a la conclusión más lógica.

—Está muerto, ¿verdad?

—Mucho.

Bo estuvo segura de que «mucho», tenía alguna connotación macabra. No quería mirar y mantuvo la cabeza vuelta hacia el otro lado mientras Morgan deslizaba un brazo por debajo de sus rodillas, el otro bajo la espalda y la levantaba, acunándola dulcemente contra su cuerpo. El movimiento la hizo marearse y se agarró al hombro desnudo. Él la llevó al interior de la casa, parándose en la puerta para llamar a Tricks en un tono tan brusco que la hizo trotar obedientemente hacia él de inmediato, como si supiera que no era momento para bromas. Cuando tumbó a Bo sobre el sofá, la perra volvió a gemir.

—No intentes sentarte. Añadiría presión sobre el cuello y te haría sangrar más —le ordenó mientras echaba mano del teléfono.



—Espera —Bo levantó una mano hacia él y se sorprendió al ver sangre en su brazo y en su mano—. No estoy en estado crítico, ¿verdad?

Tras dudar unos segundos, la expresión todavía furibunda, Morgan la miró fijamente.

—Verdad.

—Pues entonces llama primero a Axel. Es más importante.

Con la mandíbula encajada, él empezó a escribir un mensaje.

—Le enviaré un mensaje de texto. Si el hacker está interceptando todas sus llamadas y oye mi voz, sabrá que se ha ido todo al garete y alertará a la congresista Kingsley—. «Ja, ja, hermanito. Yo tenía razón» —leyó—. Deberá bastar para que se imagine lo que ha pasado. Tú jamás lo llamarías «hermanito».

Una vez enviado el mensaje, volvió a marcar sobre la pantalla.

—Voy a llamar directamente a Jesse y no a emergencias. Quiero la máxima discreción posible en todo esto para darle tiempo a Axel de atrapar al hacker —informó a Bo—. Jesse, soy Morgan. Hemos tenido jaleo en casa de Bo. Hay un hombre muerto, Bo está herida, aunque no de gravedad. Tráete a alguien aquí, pero sin hacer ruido. Nada de radios. Todo esto tiene que ver con mi presencia aquí —escuchó durante un minuto antes de volver a hablar—. De acuerdo.

Pulsó la tecla para dar por finalizada la llamada.

—Jesse va a reunir a todo el mundo —anunció antes de sentarse en el borde del sofá, apoyando la cadera contra el cuerpo de Bo—. Casi me da un infarto —protestó—. Oí ladrar a Tricks, miré por la ventana y lo vi pegar el cañón de la pistola contra tu cabeza. Agarré la pistola y salí por la puerta trasera, pero temía que en cualquier segundo sonara un disparo.

—Parece que sí serví como escudo —observó Bo somnolienta. Le ardía el cuello y lo sentía palpitar, pero sobre todo se sentía somnolienta y muy confusa—. Esa fue la única razón. Menos mal que no era Yartsev.

—Desde luego, él habría tenido un plan mejor.

Lo más probable, pensó ella, era que a Yartsev ni siquiera hubiera llegado a verlo. La habría dejado marcharse a trabajar y luego habría matado a Morgan en cuanto hubiera puesto un pie fuera de la casa. Después, quizás habría esperado su regreso. Seguramente no. Ella habría regresado a casa, habría descubierto el cuerpo de Morgan y jamás se habría recuperado. Kingsley, sin embargo, no tenía la habilidad o la experiencia para poner en práctica un plan así. Pero ya estaba cansada de pensar, cansada de intentar mantenerse despierta.

—Tengo mucho sueño —murmuró mientras cerraba los ojos.

—Nena, no puedes dormirte —Morgan la agarró de un hombro para sacudirla.

—¿Acabas de llamarme «nena»? —Bo abrió los ojos lo justo para dedicarle una mirada hosca.

—Sí —él sonrió—. Y no puedes hacer nada al respecto.

—Pues te salió el tiro por la culata porque no me importa. Tú déjame descansar, ¿de acuerdo?

—Ya estás descansando. Estás tumbada de espaldas.

—Pero no paras de hablar, y yo quiero echar una siestecita. Solo una muy corta.

—No.

—Entonces ve a buscar un paño y quítame esta sangre, ¿quieres?

En cuanto Bo sintió que el sofá se aligeraba del peso de Morgan, que se marchaba en busca del paño, cerró los ojos y se durmió.

La despertó el suave roce de un paño cálido y mojado sobre el brazo.

—Me has engañado —protestó él mientras le limpiaba el brazo con pasadas firmes, aunque suaves.

—Solo un minuto —ella no se sentía en absoluto culpable—. Estoy tan cansada.

—Por la bajada de adrenalina y la pérdida de sangre.

—¿Dónde está Tricks?

—Aquí, tumbada. Está bien.

El teléfono de Bo indicó la llegada de un mensaje y Morgan lo tomó.

—«Di que sí, regodéate. 10-4» —leyó Morgan—. Lo ha entendido.

Bo no se imaginaba de dónde había sacado eso de que lo había entendido, pero dado que era él el que trabajaba con Axel, aceptó su palabra.

Mientras él seguía limpiándole la herida cuidadosamente, Bo se mantuvo en silencio. Le habría encantado poder cambiarse de ropa, pero no tenía energía suficiente para desnudarse. Sin duda la llevarían al hospital más próximo y allí se las cortarían de todos modos. No le importaba, pues no iba a poder ponérselas nunca más.

—Necesitaré algún pijama y ropa interior limpia —a pesar del cansancio, su mente empezó a razonar de manera práctica.

—¿Ahora mismo? —él la miró sobresaltado.

—En el hospital. Supongo que no habrá modo alguno de que me libre de ir.

—No.

—Pues entonces recoge algunas cosas por mí. Pijamas, ropa interior, bata, cepillo de dientes y pasta, un cepillo para el pelo. También unos vaqueros, sandalias, camisa y sujetador. Que sean dos pares de braguitas, por si acaso. Y cualquier otra cosa que se te pueda ocurrir.

—Ahora sé que te pondrás bien —Morgan se inclinó sobre ella y la besó.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Me estás dando órdenes, como el día que llegué aquí.

—Alguien tenía que hacerlo. No eras capaz de cuidar de ti mismo.

—Y tú tampoco lo eres de cuidar de ti ahora mismo. Creo que esperaré a que vengan los refuerzos antes de subir a por tus cosas —añadió, demostrando así lo listo que era.

—Estoy aquí tumbada, ¿no?

—Sí, pero no sé distinguir entre dormida e inconsciente, por eso te necesito despierta.

—De acuerdo, de acuerdo —el cuello le dolía cada vez más y, de todos modos, ya no estaba segura de poder dormirse—. Creo que voy a tatuarme una diana en el cuello —espetó para ver qué reacción provocaba en Morgan. Dado que en esos momentos no le apetecía hacer nada, ni siquiera sentarse, prácticamente no tenía otra cosa con la que divertirse.

—¡Y una mierda! —exclamó él con el ceño fruncido.

—¡Eh!, tú te lo hiciste.

—Me lo tatué antes de que me dispararan.

—Y yo puedo fingir que hice lo mismo.

—De acuerdo. «Mamá», tatuado en el tríceps no te habría resultado tan ofensivo, pero los equipos OG están formados por tíos ofensivos. Una vez...

Lo que fuera a contarle quedó interrumpido ante el lejano eco de las sirenas. Tricks se levantó de un salto, pero no corrió hasta la puerta como hacía normalmente cada vez que oía un ruido extraño. En su lugar permaneció pegada al sofá, imprimiéndole un movimiento incierto a la cola. La expresión de su rostro era la misma que ponía de cachorro cada vez que rompía algo y no entendía muy bien qué había pasado, pero se imaginaba que tenía la culpa de todos modos. Empezó a gimotear suavemente.

—No pasa nada, princesa —Bo se movió lo justo para poder tocar a Tricks, hundiendo los dedos profundamente en su suave pelaje—. Huelo a sangre, pero estoy bien —se volvió hacia Morgan—. Supongo que en cuanto me saquen de aquí te marcharás a Washington D.C. ¿verdad?

—Es mi trabajo —contestó él sin dudarle un segundo.

Bo no había esperado que se quedara, y jamás se lo habría pedido. Lo que estaba pasando abarcaba mucho más de lo sucedido en su casa, a pesar del cadáver en su patio.

Las sirenas se hicieron cada vez más fuertes, más cercanas. Morgan se asomó a la ventana y vio entrar en el patio los rugientes vehículos.

—Jesse encabeza el desfile —informó a Bo—. Le siguen los paramédicos.

Abrió la puerta para dejar entrar a los paramédicos y salió para reunirse con Jesse.

A partir de ese momento, Bo ya no tuvo ningún control, aunque tampoco había tenido mucho antes. En cuestión de segundos la casa y el patio estuvieron atestados de personal de emergencia. Los paramédicos la rodearon, sus cuerpos impidiéndole ver nada más. Le cortaron la camiseta que Morgan le había enrollado alrededor del cuello, pero una parte se le quedó pegada a la herida y dejaron el trocito de tela, cubriéndolo con una venda. El hecho de que no protestara cuando le pusieron el aparato de la tensión, le enchufaron una linterna en los ojos y le metieron una vía, indicaba lo mal que se encontraba. Jesse se acercó a verla, la expresión del rostro una cuidada mezcla de impasibilidad y «aquí no ha pasado nada», que los policías utilizaban para mantener los sucesos a distancia y así poder trabajar.

—Últimamente llevas una vida muy interesante, jefa.

—Me rodeo de compañías interesantes.

—Dímelo a mí. Ya me lo ha contado. Nosotros nos ocuparemos de la parte que nos toca. No te preocupes. Nada será filtrado a los periódicos hasta que él dé el visto bueno.

Bo tuvo serias dificultades para asentir porque el vendaje del cuello le impedía mover mucho la cabeza.

—¿Podrás ocuparte de Tricks? ¿La llevarías a casa de Daina?

—No hay problema. Si Daina no puede quedarse con ella esta noche, me la llevaré a mi casa.

Con tanta gente a su alrededor, no había visto a Morgan acercarse de nuevo. Apareció a su lado en el momento en que la subían a la ambulancia. Llevaba una de sus maletas en una mano y se había tomado el tiempo para ponerse otra camiseta.

—También te he traído el bolso —le informó mientras colocaba la maleta dentro de la ambulancia y el bolso sobre la camilla—. He metido tu móvil dentro —se agachó y la besó, los ojos azules fijos en ella—. Te llamaré cuando pueda.

—Haz lo que tengas que hacer —lo tranquilizó ella mientras le acariciaba la barbilla—. Te quiero.

—Y yo a ti. No lo olvides —Morgan volvió a besarla con pasión antes de desaparecer.

Desde el interior de la ambulancia ella no fue capaz de mirar mientras el coche se alejaba.

A veces las cosas sencillamente se iban a la mierda y no había nada que uno pudiera hacer al respecto salvo recoger los pedazos y enfrentarse a lo que quedara. No había previsto, nadie lo había hecho, que el tipo que Axel había elegido para poner la trampa y rastrear al hacker fuera el mismísimo hacker. Debieron haberse reído de lo lindo imaginándose a Axel esperando ansioso a que saltara una trampa que nunca saltaría porque sabían que era una trampa.

Dexter Kingsley se había movido con tal rapidez que Morgan no había tenido tiempo de colocar medidas de seguridad más sofisticadas, y las que sí había colocado habían resultado inútiles. Al parecer, Kingsley había conducido un parte del camino hacia la casa mientras ellos estaban de paseo. Después, seguramente se había limitado a esperar agazapado detrás del Tahoe hasta que alguien abandonó la casa. De haber sido Morgan el primero en salir, le habría disparado de inmediato. Pero la primera había sido Bo, y Kingsley no podía dispararle sin alertar a Morgan, de modo que había decidido utilizarla como escudo.

Que Dios lo guardara de los aficionados. Eran impredecibles, hacían locuras que cualquiera con dos dedos de frente no haría jamás, pero a veces funcionaba. ¿Qué hubiera pasado si a Kingsley se le hubiera ocurrido utilizar un silenciador? Seguramente habría disparado a Bo, y también a Tricks, y luego esperado tranquilamente a que él saliera de casa. A Kingsley no se le había ocurrido, y el estúpido plan no había funcionado, pero Bo había estado tan cerca de morir que Morgan había envejecido quince años de golpe. Lo único que le había mantenido en pie, que le había permitido pensar, mientras por dentro se volvía loco de terror, había sido su entrenamiento.

Quería al hacker, Devan Hubbert, y no para bien. Pero Hubbert les había dado esquinazo. Por lo menos Axel había podido requisar su ordenador y en esos momentos había todo un equipo informático destripando el aparato. Aún estaba en el aire que encontraran algo incriminatorio contra los Kingsley. La mala noticia era que las cámaras de tráfico habían captado a Hubbert entrando en la embajada rusa, lo cual significaba que, una de dos, o había pedido asilo o era un espía durmiente. No podían tocarlo, al menos no sin el permiso de los rusos, con el que no contaban. Mientras tanto, estaban

buscando en su pasado todo lo que pudieran para determinar si era un espía durmiente o simplemente un traidor a su país.

Cuando Morgan cruzó la puerta del cuartel general de los equipos OG, todas las personas con las que se cruzó lo miraron sorprendidas. A muchos los conocía de vista, aunque no supiera sus nombres. Sin embargo, todos sabían el suyo, y también sabían que le había sucedido algo muy malo unos meses antes. El lugar parecía inmerso en un simulacro de incendio. Todos corrían de un lado a otro y el aire estaba cargado de una sensación de urgencia.

Se dirigió directamente al despacho de Axel. Aunque confiaban en que Devan Hubbert ya no fuera capaz de monitorizar las conversaciones de Axel, mantenían un estricto protocolo de seguridad por teléfono, de manera que no se habían dicho gran cosa. El despacho de Axel, su coche, su casa, todo había sido concienzudamente registrado en busca de micrófonos. Era una práctica habitual cada cierto tiempo, pero en esa ocasión había sido más profunda que de costumbre. Todos los ordenadores estaban siendo comprobados en busca de algún programa espía instalado. El daño que Hubbert había podido causar, que sin duda había causado, era enorme.

—Salgamos fuera —propuso Axel con amargura indicando hasta qué punto le preocupaba que el edificio entero estuviera comprometido. Había una sala segura, completamente opaca a la electrónica, pero era evidente que ni siquiera se fiaba de eso.

Desde la calle el edificio parecía un bloque de oficinas anodino y medio decrepito que necesitaba unos cuantos arreglos. Desde una discreta entrada en la parte trasera se accedía a un aparcamiento seguro, y pegado a él había una zona pública donde Morgan había aparcado el coche porque no llevaba su identificación de seguridad.

El trayecto de tres horas por carretera le había hecho llegar a última hora de la tarde, cuando el calor en Washington D. C. era más agobiante y la humedad cercana al cien por cien. Debido a ello, y también a la posibilidad de que hubiera un micrófono parabólico enfocado hacia ellos, ya se esperaban cualquier cosa, se metieron en el Tahoe de Morgan, que encendió el aire acondicionado y la radio.

—¿Qué pasó? —preguntó Axel bruscamente.

—Dexter Kingsley apareció. Menos mal que no fue Yartsev, o el resultado sin duda habría sido muy distinto. Yo aún no había podido instalar un buen sistema de seguridad. Es pura suerte que Bo y yo no estemos muertos. La agarró por detrás cuando se iba a trabajar. Oí ladrar al perro, vi lo que sucedía, y lo abordé desde la parte de atrás. Apuntaba a Bo con una pistola en

la nuca —Morgan relató los acontecimientos con gesto cada vez más tenso a medida que revivía el miedo, terror, contra el que había tenido que luchar para poder funcionar—. Ella dio un salto y se arrojó al suelo. Él disparó, pero el tiro se desvió y le dio en el cuello.

—¿Está muerta? —la expresión de amargura de Axel no varió ni un ápice.

—No. No alcanzó ninguna zona vital.

—Supongo que él sí estará muerto.

—Así es.

—Por lo menos eso es algo —continuó Axel—. Seguimos sin tener ni una mierda contra la congresista. A lo mejor encontramos algo en el ordenador personal de Hubbert, pero hasta entonces no podemos hacer nada abiertamente.

La palabra clave era «abiertamente». Lo que se hacía en privado no tenía nada que ver con lo que se decía en público.

—Sugiero hacer una visita a la congresista Kingsley —propuso Morgan mientras consultaba la hora—. Me pregunto si seguirá en su despacho.

—No. Tengo a alguien siguiéndola. Se fue a casa hace veinte minutos —la sonrisa de Axel era fría y triste—. Creo que es buena idea hablar con ella. Extraoficialmente, por supuesto.

—Será un placer.

El largo viaje había conseguido aplacar la ardiente rabia asesina de Morgan hasta transformarla en una fría rabia asesina, impulsada por el conocimiento de que no podía hacer lo que quería. Su instinto lo empujaba a llamar a la puerta y, cuando Joan Kingsley abriera, meterle una bala entre ceja y ceja. Pero no podía hacerlo. La ley le importaba una mierda, pero lo que sí le importaba era ser o no libre para pasar el resto de su vida junto a Bo. Le importaba y mucho. Una cosa era la venganza personal y otra la estupidez. Axel se ocuparía de la congresista Kingsley, ya fuera con alguna acción catastrófica para su salud, o algo que implicara destituirla de su cargo, o una mezcla de ambas. A veces sucedían cosas. Y a veces esas cosas eran accidentes de verdad. A veces no.

—Déjame conducir a mí —sugirió Axel—. Conozco el camino.

Se cambiaron de asientos, aunque a Morgan no le volviera loco la idea porque Axel era un pésimo conductor. Pero, cuando llegaron a la residencia de los Kingsley, en Bethesda, comprendió el motivo de su insistencia. La casa era una impresionante mansión georgiana de tres plantas y gruesas columnas. El camino que conducía a la puerta estaba cerrado por una verja que impedía el acceso a la propiedad. Axel bajó la ventanilla y apretó el botón. Desde su posición, Morgan no conseguía distinguir ninguna cámara

de seguridad, pero sin duda había alguna, y Axel también lo debía saber. Prefería mantenerlo en el asiento del copiloto, fuera de la vista. Morgan lo ayudó agachando la cabeza como si estuviera consultando el móvil, por si hubiera varias cámaras apuntando desde diferentes ángulos.

—¿Sí? —se oyó una voz que no identificó la residencia.

—Axel MacNamara para ver a la congresista Kingsley.

Tras una breve pausa, la verja empezó a abrirse lentamente. Cuando hubo suficiente espacio para pasar, Axel aceleró. Mirando por el retrovisor lateral, Morgan vio cerrarse de nuevo la verja.

Había mucha ostentación de riqueza, en el garaje para tres coches, en el sistema de seguridad, en la casa, en el impecable mantenimiento del césped. Morgan recordó el yate, nada pequeño. Supuso que costaría unos doscientos mil dólares, tirando por lo bajo. Él nunca había soñado con un barco tan grande ni tan caro. Sin embargo, el sueldo de la congresista Kingsley no era despreciable, pero tampoco suficiente para costear todo eso. Dexter Kingsley debía haber sido un abogado endemoniadamente bueno, o llevaban un tiempo recibiendo dinero bajo cuerda.

Axel bajó del coche y cerró la puerta del conductor. Morgan esperó un poco más, vigilando las ventanas para detectar cualquier movimiento. Axel no lo esperó y se encaminó hasta la puerta. A Morgan le pareció ver moverse ligeramente las cortinas. El que se hubiera asomado solo habría visto acercarse a Axel.

Rápidamente bajó del coche, rodeó un arbusto y se colocó junto a su jefe en el instante en que la congresista Kingsley abría la puerta con una relajada sonrisa sobre su bonito rostro, el cabello plateado, como siempre, immaculado.

No esperaba nada más que sorprenderla, y la satisfacción fue inmensa al ver la expresión de absoluto espanto que se dibujó en su cara al reconocerlo.

—¡Morgan! —exclamó al fin—. Es estupendo...

La mujer se interrumpió al comprender que la pantomima no estaba siendo lo suficientemente buena porque era evidente que él había recordado lo que había visto aquel día. Y lo sabía por el hacker. Lo sabía porque su marido había ido a silenciarle. Lo que no sabía era lo que le había sucedido.

—Congresista —Axel interrumpió bruscamente el silencio—. ¿Podemos pasar?

Joan Kingsley no dijo nada. Se limitó a abrir la puerta del todo y hacerse a un lado antes de dar media vuelta sin importarle si la seguían o no.

Entraron en un elegante salón con muebles tapizados en franjas marrones y amarillas, seguramente en seda.



—Por favor, siéntense —les invitó con voz casi imperceptiblemente tensa.

Morgan plantó su culo en la seda a rayas, observando impasible a la mujer. Esperó a que Axel iniciara la conversación, pero cuando él no dijo nada, y ella tampoco, el silencio se hizo tan grande y tan espeso que todo el color abandonó el rostro de la congresista, salvo por los tonos artificiales conseguidos gracias al maquillaje. Morgan estaba acostumbrado a ser el instrumento, la punta de lanza, pero comprendió que en esa ocasión Axel prefería cederle el protagonismo.

—Señora —comenzó—. Lamentó comunicarle el fallecimiento de su esposo.

La mujer dio un respingo, un movimiento instintivo que, rápidamente, fue controlado.

—Entiendo. ¿Puedo conocer... las circunstancias?

—Un disparo en la cabeza —contestó él lacónicamente—. Mientras intentaba cometer un asesinato.

Joan Kingsley no estaba hecha de acero sino de titanio. Se quedó sentada en silencio, observándolos, esperando a que uno de ellos contara más de lo que debía y que demostrara hasta dónde estaban al corriente. No iba a darles nada, ni un solo detalle.

—Tenemos entendido que Foma Yartsev abandonó el país esta mañana —intervino Axel—. Hay todo un dispositivo puesto en marcha para capturar a Devan Hubbert, pero al menos tenemos su ordenador personal y un equipo desmenuzándolo.

—No sé de qué me están hablando —la congresista había palidecido ostensiblemente a medida que escuchaba a los dos hombres, pero no cedió ni un ápice.

—No me cabe la menor duda. Seamos francos, congresista. Lo sabemos. Aún no podemos demostrarlo, pero lo sabemos.

—¿Tiene esto algo que ver con la muerte de mi esposo? —preguntó, casi sin inmutarse, decidida a mantenerse firme mientras pudiera. Desde luego no estaba dispuesta a confesar.

—No se le permitirá abandonar el país —Axel ignoró la pregunta—. El FBI estará vigilando cada uno de sus movimientos. Sugiero que presente su inmediata renuncia al Comité de Servicios para las Fuerzas Armadas. A corto plazo, podría ser incluso beneficioso para su salud.

La mujer miró de soslayo a Morgan, que le sostuvo la mirada con toda la gélida ira que sentía.

—¿Y a largo plazo? —preguntó ella.

—Tendrá que correr el riesgo —contestó él al fin sin pestañear.

—Entiendo —la congresista se levantó y alzó la barbilla—. Gracias, caballeros, por pasar a transmitirme las malas noticias. Si no les importa, ahora me gustaría estar sola. ¿Puedo preguntar cuándo me será entregado el cuerpo de mi marido?

—Ya se lo haremos saber —concluyó Axel antes de marcharse.

## Capítulo 27

Dejar libre a la congresista Kingsley, al menos de momento, iba en contra de toda lógica, pero Morgan aceptó el hecho de que iba a tener que dejar a Axel hacer lo que mejor se le daba, manejar crisis. En otros tiempos se habría quedado, reanudado los entrenamientos y reintegrado al equipo. Pero los tiempos habían cambiado y necesitaba regresar junto a Bo.

—Ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo —se despidió de Axel mientras este se bajaba del coche al llegar al cuartel general de los equipos OG. Ya era de noche e incluso conduciendo a toda velocidad sería incapaz de llegar a Hamrickville antes de la medianoche. Podría haberse quedado en su apartamento, dormir allí, y salir al día siguiente por la mañana, más descansado. Pero no quería ir al apartamento. Lo que quería era volver a mirar a Bo a los ojos, comprobar por sí mismo que estaba bien, a pesar de que sabía que Jesse contactaría con él si algo sucediera. Eso era lo que sabía. Lo que sentía era otra cuestión.

—¿Adónde vas? —preguntó Axel sobresaltado.

—Regreso a Virginia Occidental.

—Ya, supongo que necesitas recoger tus cosas.

—No, necesito comprobar si Bo está bien. Vamos a casarnos.

—¿Qué? —los ojos de su jefe se salieron, literalmente, de las órbitas—. ¿Te has vuelto loco?

—Los miembros del equipo están autorizados a casarse.

—No es eso. Es... ¿te has vuelto loco? Hablamos de mi hermanastra. Es una víbora rencorosa. Te volverá loco. Te...

—Sí, ella opina lo mismo de ti.

Esos dos jamás iban a limar asperezas y hacerse amigos. A Morgan le daba igual, a fin de cuentas no estaba previsto que pasaran juntos la Navidad.

—Pero...

—Pero nada. Vamos a casarnos. Se lo propuse y dijo que sí. Puedes asistir a la boda si quieres, pero te lo advierto, vas a tener que portarte bien o la gente del pueblo te despellejará vivo.

—Necesitas recibir el alta médica —viendo que no estaba consiguiendo lo que quería, Axel cambió de táctica—, debes volver a entrenarte —hizo una pausa—. Doy por hecho que estás en condiciones de pasar las pruebas físicas, ¿no?

—Al principio no estaba seguro siquiera de poder regresar a la acción, pero sí, ya podría pasar las pruebas físicas. Me he estado entrenando a fondo por mi cuenta. Esa no es la cuestión. La cuestión es que regreso a Hamrickville. Tú ocúpate de la congresista.

Eso devolvió a Axel a su punto de concentración natural.

—Podría largarse —espetó—. Puede que no encontremos nada en el ordenador de Hubbert.

—Los problemas son tu especialidad —contestó Morgan—. Ocúpate de ellos.

Axel cerró la puerta y Morgan pisó el acelerador.

El primer número que marcó fue el del móvil de Bo, pero saltó directamente el buzón de voz, lo que indicaba que lo tenía apagado. El siguiente número fue el de Jesse.

—Voy camino de Hamrickville —anunció—. ¿Cómo está Bo?

—Está bien. Había perdido mucha sangre y ha necesitado una transfusión, pero, a no ser que tenga fiebre o algo, podrá regresar a su casa mañana por la mañana —Jesse parecía cansado—. Ha sido un día terrible por aquí. ¿Qué tal por ahí?

—No hemos conseguido atar todos los cabos sueltos, pero estamos en ello. Ya no hace falta que lo mantengas todo en secreto. Te contaré todos los detalles en cuanto llegue —lo mejor era no hablar demasiado por el móvil, tan íntimo como la habitación de un motel con la puerta abierta.

—Entendido. ¿Vas a pasarte a recoger a Tricks?

—¿Está contigo?

—La tengo en la comisaría. Sigo con el papeleo. Odio el papeleo —gruñó Jesse—. Y hay un montón.

—Lo siento.

—Ya. ¿A qué distancia estás de aquí?

—Acabo de salir. Tardaré unas tres horas.

—Seguramente seguiré aquí.

Aliviado por el estado de Bo, pero sintiendo la urgencia de volver a oír su voz, Morgan colgó el teléfono y volvió a llamarla. De nuevo el buzón de voz. Se imaginó que estaría durmiendo, ayudada por alguna sustancia de la felicidad. Aún recordaba cómo funcionaban esas cosas. Pero mejor dormida que dolorida. Así pues, se concentró en conducir a toda velocidad, espoleado por su deseo de volver a verla.

Habían pasado menos de tres horas cuando se detuvo junto a la comisaría. Las luces seguían encendidas, de modo que aparcó en la parte de atrás y entró. Jesse levantó la vista y se reclinó en la silla, bostezando.

—Acabo de terminar.

Tricks había estado dormitando en su cama, pero despertó y levantó la cabeza. Cuando vio a Morgan salió disparada hacia él, meneando el rabo, retorciendo todo el cuerpo, lamiéndole. Él cayó rodilla en tierra y la rascó detrás de las orejas.

—Ha sido un día muy largo para ti también, ¿verdad, chica? ¿Quieres ir a casa? —miró a Jesse—, después de pasar por el hospital. ¿En qué habitación está?

—La 308.

—¿Es uno de esos hospitales con un estricto horario de visitas?

—No, la gente entra y sale como quiere. Los parientes se quedan a pasar la noche. Cosas así.

Morgan le hizo a Jesse un resumen de los sucesos y le explicó más detalladamente lo que estaba sucediendo.

—Mierda, eso no pinta bien —observó el otro hombre al saber que la congresista Kingsley podría ser intocable—. Si ya ha vendido a su país, volverá a hacerlo.

—Lo haría si estuviera en situación de poder hacerlo. Pero no lo estará. A partir de ahora tendrá serias dificultades para ir a mear sin que nadie la vigile. Puede que no esté en la cárcel, pero tampoco libre.

Iban a tener que contentarse con eso. No era fácil de aceptar, pero iba a permitir que Axel hiciera lo que Axel hacía.

Morgan pensó en llevar primero a Tricks a casa, pero la necesidad de ver a Bo lo estaba volviendo loco. La noche era lo bastante fresca como para poder dejar a Tricks en el Tahoe con la ventanilla bajada para que durmiera un rato mientras él hacía una rápida incursión en el hospital. Pero antes le dio un pequeño paseo. El animal saltó alegremente al interior del coche y se acomodó. Al no llevar arnés para el asiento, Morgan condujo con cuidado, a pesar de que el tráfico era casi inexistente.

No conocía ese hospital, pero programó el GPS y siguió sus instrucciones. Media hora más tarde, entró en el aparcamiento del hospital y encontró un hueco libre bajo una farola. Le sorprendió la gran cantidad de coches que había allí, dado que no era un centro especialmente grande. Seguramente Jesse estaba en lo cierto en cuanto a la costumbre que tenía la gente de quedarse con sus parientes.

Dejó un poco bajada la ventanilla para que el fresco aire de la noche entrara en el Tahoe.

—Volveré en unos quince minutos. No permitas que entre nadie, ¿de acuerdo?

Tricks soltó un suave ladrido. Ya estaba subiendo por las escaleras del hospital cuando Morgan cayó en la cuenta de que había estado hablando con el animal como si se tratara de un ser humano que lo entendía todo. Mentalmente se encogió de hombros. Apostaba a que Tricks entendía más que muchos de los humanos que conocía.

Salió de la escalera al llegar a la tercera planta, comprobó los números de las habitaciones y se dirigió a la 308. El puesto de las enfermeras estaba al final del pasillo, un pequeño centro de actividad, aunque no le hacía falta llegar hasta allí. No tenía sentido llamar a la puerta, no si Bo estaba bajo los efectos de algún somnífero, de modo que se limitó a empujar la palanca y entrar.

La habitación no estaba completamente a oscuras, por la comodidad de las enfermeras que entrarían a comprobar su estado durante la noche. El cabecero de la cama estaba ligeramente elevado y Bo girada un poco sobre el costado izquierdo, las piernas encogidas y la mano izquierda bajo la mejilla. Un enorme vendaje le cubría el cuello y parte del hombro derecho, pero hasta donde él podía ver, tenía buen color. Tenía una vía metida en la mano derecha. De la percha colgaban dos bolsas, un antibiótico y un suero salino. Cualquier analgésico que le estuvieran administrando sería vía intravenosa o por pastilla.

—Hola.

Su voz le sobresaltó. Era apenas un susurro adormilado, algo balbuceante. Rápidamente, Morgan se volvió y la encontró sonriéndole débilmente. Apenas conseguía mantener los ojos lo suficientemente abiertos para poder mirarlo.

—Hola —contestó él con dulzura mientras le acariciaba la mejilla—. Me han dicho que dentro de unas horas te echarán de aquí.

—Eso dicen, siempre que no me dé fiebre. Espero que todos esos antibióticos que me están metiendo surtan efecto.

—¿Cómo te encuentras?

—Dolorida. Mejor dicho, muy dolorida. No sé qué han hecho para coserme, pero me pareció oír a la enfermera decir algo sobre unas grapas.

—Son muy jodidas —contestó él con conocimiento de causa. Las recordaba perfectamente.

Cuanto más hablaba Bo, más se apreciaba una ligera dificultad para hacerlo. Morgan sospechaba que tenía la garganta inflamada, seguramente hasta la mandíbula. Le esperaban unos días bastante incómodos.

Había estado a punto de perderla. De repente la idea, reprimida durante todo el día, lo golpeó con todas sus fuerzas. La vista se le nubló y cayó de rodillas junto a la cama.

—¡Mierda!

—¿Morgan? —ella intentó sentarse, alcanzarlo.

—Más te vale ponerte jod... ponerte bien —él le agarró la mano izquierda y se la llevó a la mejilla.

Había estado a punto de soltar una obscenidad, pero de repente le pareció fuera de lugar a tenor de lo que sentía.

—¿Me has oído?

—Lo mismo te digo —Bo giró la mano y le acarició la mejilla—. Estaba aterrorizada por si no habías prestado atención a los ladridos de Tricks, por si ese hombre te mataba delante de mí. En realidad por si nos mataba a los dos —suspiró—. Pensé que, pasara lo que pasara, yo ya estaba muerta. Solo podía esperar que no fuera muy buen tirador, y que hubiera oído a Tricks... ¿Dónde está?

—En el Tahoe, esperándome. Jesse se la llevó a la comisaría. Paré allí de camino para saber dónde estabas y la recogí.

—No la hagas esperar mucho tiempo —le pidió ella—. Como te decía, me pareció ver movimiento por el rabillo del ojo. Por el modo en que me sujetaba la cabeza no estaba segura. Lo único que se me ocurrió fue arrojarme al suelo y llamar su atención.

Estaba segura de morir. No había intentado salvarse, había intentado salvarle a él. Los ojos de Morgan ardían y un nudo se formó en su garganta.

—Te amo tanto —balbució mientras cerraba los ojos y le apretaba la mano—. Al ver que te tenía creí que se me iba a parar el corazón.

—Yo también te amo —las sencillas palabras le fueron ofrecidas como un regalo de una mujer que había pasado la mayor parte de su vida protegiéndose de las emociones, negándose a permitir que nadie le importara demasiado.

Cuando Morgan pensaba en lo que debía haberle costado a esa mujer derribar los muros, se sentía doblemente bendecido, doblemente honrado. Y no pudo evitar preguntarse si alguna vez le habría dejado entrar de no ser por Tricks, la primera en resquebrajar una parte de ese muro. Debía a esa perra, y a la ciudad, más de lo que iba a poder devolver en su vida.

—Al menos ha salido algo bueno de todo esto —susurró ella con voz adormilada.

—¿Qué?

Con gran esfuerzo, Bo consiguió apenas abrir los ojos una rendija.

—Que ya no tendremos que esperar para casarnos —soltó un pequeño suspiro y se durmió, sin soltarle la mano.

No, supuso él. Ya no.

La boda se celebró diez días más tarde. Si esperaron tanto, fue únicamente por la herida de Bo. No le apetecía lucir un enorme vendaje en el cuello en las fotos de la boda, por informales que fueran. Decidieron no contratar a un fotógrafo profesional porque resultó que Brandwyn Wyman no solo era experta en sacudir cabezas con una silla, también hacía sus pinitos en la fotografía y se ofreció a realizar el reportaje gratis, solo para practicar. De modo que habría fotos, y Bo no quería que su vendaje fuera el protagonista de todas ellas. Al cabo de los diez días seguía llevando un vendaje, pero uno más pequeño que podía cubrirse con un lazo de satén atado al cuello y que colgaba de su espalda. El efecto era de lo más victoriano, sobre todo cuando se combinaba con el sencillo vestido color marfil que llevaba. Daina la había peinado con unos tirabuzones que le enmarcaban el rostro y el cuello. El conjunto se completaba con unos brillantes pendientes. El ramo consistía en tres rosas color marfil atadas con un lazo parecido al que llevaba alrededor del cuello.

Todavía tenía que tener cuidado al girar la cabeza, pero en conjunto se había recuperado bien. Las grapas habían desaparecido el día anterior, por insistente petición suya, unos cuantos días antes de lo que había aconsejado el cirujano, pero él no era el que iba a casarse. Era ella, y quería hacerlo sin grapas. Al quitárselas, el médico reconoció que la herida tenía buena pinta. Simplemente había querido ser precavido.

Como era de esperar, todos sus amigos del pueblo se habían sumergido en los preparativos de la boda. La señorita Doris había insistido en preparar la tarta, como regalo, y Bo había discutido con ella, negándose a explicarle lo que quería hasta que la anciana accedió, a regañadientes, a cobrarle algo.

Morgan tomaba decisiones con infinita calma sobre detalles por los que todo el mundo preguntaba. Entre los dos consiguieron quitarles a sus amigos la idea de organizar una boda por todo lo alto. No habría fiesta, no habría padrinos o madrinas, solamente él, ella, y sin duda Tricks, porque no contaban con que el animal se quedara quieto al lado de Daina.

Bo no estaba tan tranquila como el novio. Casarse era algo muy importante, tanto que a veces tenía la sensación de que iba a sufrir un ataque de pánico ante la idea del trascendente paso que estaba a punto de dar. Pero entonces



miraba a Morgan, tan grande, mortífero e inteligente, y, demonios, no iba a dejarlo escapar por grande que fuera el miedo. Era suyo. Iba a hacerlo.

Para cuando le dieron el alta en el hospital, la casa ya no parecía la escena de un crimen, seguramente porque Jesse y Morgan habían despejado toda la zona. De todos modos, y dadas las circunstancias, no había sido la habitual escena de un crimen. El FBI había intervenido y todo se había llevado a cabo con suma discreción. La versión oficial era que el señor Kingsley había muerto en un accidente de coche. Si la congresista Kingsley quería contradecir esa versión y sacar a la luz las verdaderas circunstancias, era asunto suyo. Pero no lo había hecho. El funeral había sido sumamente discreto.

El equipo informático de Axel seguía sin descubrir nada que pudiera incriminar a la mujer, quizás ella ya lo supiera, quizás no estuviera lo suficientemente implicada para verse manchada. En cualquier caso, había seguido con su vida, ocupándose del entierro de su marido, aceptando condolencias. Había dimitido de su puesto en el CSFA, y al menos ya no ocupaba un puesto que le diera acceso a, o permitiera transmitir, información militar privilegiada. Era una pequeña victoria, demasiado pequeña, pero Axel aún no se había rendido.

A veces ganaban los buenos. A veces no.

Bo desterró de su mente ese terrible día. De una extraña manera, se sentía menos alterada por esos sucesos que por los acaecidos el día que Kyle Gooding había intentado matar a Tricks. La peor amenaza había sido contra su persona. Sabía que Morgan manejaría la situación y que Tricks no sufriría daño alguno. Podía con ello. Había soñado un par de veces con ese día, pero no habían llegado a ser pesadillas, y solo durante los dos primeros días en que no había dormido bien por culpa del cuello.

Aun así, de no haber sido por ese día, le habría gustado casarse en su casa, en el patio. Y aunque todo había sido despejado para cuando Morgan la llevó a casa desde el hospital, eliminando incluso las manchas de sangre de la hierba y el cemento, y los restos de masa encefálica del patio que habían sido eliminado con la manguera a presión, algo en lo que se negaba a pensar, a pesar de que ya tenía planeado sustituir la hierba por otra nuevo, al igual que la grava, no quería que los recuerdos de la boda se mezclaran con esos recuerdos. Lo mejor sería mantener ambos separados. Así pues se casarían en el parque municipal, en un pequeño cenador que ya había sido escenario de varias bodas.

—Prepárate —le advirtió Morgan el día antes de la boda mientras se dirigían a casa tras haber pasado consulta con el cirujano.

La madre y el padrastro de Morgan habían llegado el día anterior, y su madre, Theresa, había insistido en alojarse en el pequeño motel con el fin de no estorbarles, ganándose con ello la eterna gratitud y amistad de Bo. Iban a asistir al pequeño ensayo de boda que se celebraría esa noche. Aparte de comer con ellos para conocerse un poco, Morgan y ella no habían modificado gran cosa su rutina. Aunque Bo había regresado al trabajo una semana después de haber sido herida, porque el papeleo no esperaba, no tenía intención de trabajar el día antes de su boda, y todo el mundo parecía estar de acuerdo con eso.

—¿Por qué?

—Axel viene a la boda.

—¿Qué? —Bo giró la cabeza con tal fuerza que los tejidos y tendones de la herida protestaron vigorosamente y tuvo que llevarse una mano al cuello—. ¡Ay! ¡Mierda! ¿Qué quiere decir que viene a la boda?

—Quiere decir que viene a la boda —Morgan la miró con gesto preocupado—. No gires la cabeza tan bruscamente.

—No estamos de broma. ¿Por qué viene Axel? ¿Quién lo ha invitado?

—Nadie lo ha invitado. Se trata de una especie de asunto público, ¿recuerdas? Decidimos que viniera quien quisiera venir. Y da la casualidad de que mi equipo está ahora mismo entre dos misiones, por lo que vienen todos y él decidió acompañarlos.

—Mierda. Preferiría ver a mis padres antes que a él —Bo frunció el ceño y miró por la ventanilla—. Tú mantenlo alejado de mí, ¿de acuerdo? Haz que tus chicos lo inmovilicen o algo así.

—Se comportará lo mejor que pueda. Aunque, en Axel, eso no es mucho decir.

—Lo sé. Lo sentaremos al lado de Loretta, a la que daremos vía libre. Si la lía, ella lo noqueará. Problema resuelto —concluyó ella satisfecha.

—Estoy impresionado —Morgan soltó una carcajada—. Eso es una planificación de alto nivel. Casi estoy deseando que la lée.

—Yo también —Bo soñó durante un rato en lo satisfactorio que resultaría ver a Loretta tumbar a Axel de un puñetazo. Si lo hacía, iba a insistir en el ayuntamiento para que le subieran el sueldo a esa mujer.

El gran día transcurrió sin incidentes, básicamente porque no armaron demasiado jaleo con los preparativos. Un par de iglesias y el centro comunitario les ofrecieron sillas plegables para que los invitados se sentaran durante la ceremonia, y las dispusieron en filas. No estaban cubiertas con bonitas telas ni lazos, pero a nadie le importó.

A un lado se dispusieron varias mesas para colocar la tarta y el ponche, además de las cajas de Naked Pig que habían ido a buscar dos de los chicos de Morgan a quienes había pedido que hicieran una rápida incursión a Alabama. El suministro había disminuido sospechosamente durante el transporte a Virginia Occidental, pero Morgan ya lo había previsto y encargado una cantidad extra. También había agua con gas, té y bebidas gaseosas para quienes no se atrevieran a probar un Naked Pig.

Daina, Kenny Michaels y unos cuantos más, incluyendo a Emily, Brandwyn y Kalie, habían atado farolillos blancos alrededor del cenador y los arbustos más próximos. Aunque la boda iba a celebrarse durante el día, los farolillos le daban un aspecto estupendo al escenario.

El resto de los chicos de Morgan, y Axel, aparecieron mucho antes del inicio de la ceremonia. Bo y Morgan ya se encontraban en la ciudad, ella se estaba arreglando en los baños de la comisaría y él cuidaba de Tricks hasta que llegara el momento de ponerse el traje. Un traje nuevo porque, en su opinión, ninguno de los que tenía hacía justicia al evento. Bo se había comprado un vestido y él se había comprado un traje.

Los chicos no prestaron demasiada atención a Tricks al principio, aparte de para comentar lo bonito que era el perro, algo así como afirmar que Einstein era bastante listo. Estaban todos charlando en la calle mientras Morgan le lanzaba la pelota. Después de un rato, por supuesto, concedió el honor a algunos de los otros humanos de que le lanzaran la pelota. Concretamente, la dejó junto a los pies de Kodak.

Morgan mantuvo la boca cerrada mientras Kodak hacía un fuerte lanzamiento, y luego le explicó con detalle qué había hecho mal cuando Tricks recuperó la pelota y, dedicándole a Kodak una mirada de desprecio, se la pasó a otro de los chicos, a quien Morgan explicó cómo le gustaba a Tricks que le lanzaran la pelotita. El animal la atrapó al primer bote y le dedicó su mejor pose hasta que le dijo lo buena que era atrapando.

A partir de ese momento, los chicos no prestaron atención a otra cosa. Tricks no podía recibir más atenciones. La mimaban, jugaban con ella, y ella les impresionaba con su conocimiento del lenguaje humano, demostrándoles que sabía lo que significaban los números del reloj cuando llegó el momento de comer. Incluso Axel se mostró sorprendido.

—A lo mejor podríamos utilizarla en alguna misión —murmuró.

—Mantén tu culo alejado de ella —le advirtió Morgan.

Se alegró de que Bo no hubiera estado allí para escuchar el comentario de su jefe. De haberlo hecho, lo habría noqueado con sus propias manos, antes de llamar a los Malos-Como-Demonios-Hobson para que le quemaran la casa.

En cuanto a la perra, Axel le cayó mal desde el primer instante, lo cual solo demostró lo extraordinaria que era juzgando el carácter humano. Cada vez que el hombre intentaba acariciarla, Tricks volvía la cabeza. Seguramente la mejor mascota para Axel sería una serpiente.

Por fin llegó el momento de la ceremonia. Morgan y Bo caminaron juntos hasta el cenador, tomados del brazo. Ella, grácil como un junco, el vestido revoloteando alrededor de su fino cuerpo, la piel y los ojos resplandecientes, la espesa mata de pelo peinada por Daina.

La madre y el padrastro de Morgan se sentaron en la primera fila. Daina también, entre Kenny y el alcalde Buddy y su mujer. Tricks se sentaba delante de Daina, firmemente sujeta por la correa, con una expresión de felicidad perruna en el rostro después de tantas atenciones que había recibido esa mañana. Jesse y Kalie se sentaban al otro lado del pasillo, también en la primera fila. Los compañeros de Morgan ocuparon la segunda fila. Al pasar junto a los invitados, Bo vio a Loretta levantar los pulgares hacia ella. Axel se sentaba a su lado, visiblemente acobardado. Iba a ser un gran día.

—Isabeau Rebecca Maran —comenzó el pastor—, ¿aceptas a este hombre...?

Y así, recién comenzada, la ceremonia quedó interrumpida por el rotundo ladrido de Tricks en el momento preciso. Morgan y Bo estallaron en sendas carcajadas, secundadas por todos los invitados. Tricks aprovechó la coyuntura para soltarse de Daina y salir disparada hacia Bo, colocándose entre su dueña y Morgan, donde permaneció resplandeciente, felizmente cobijada entre sus dos humanos, justo donde debía estar.

Por supuesto el animal salió en todas las fotos, salvo en las de los primeros planos de los anillos, del ramo de Bo, y cosas así.

Terminado todo el suministro de Naked Pig, la tarta y demás comestibles, Bo y Morgan bailaron sobre la hierba antes de que los demás se les unieran. Y por fin Tricks consintió en echarse una siestecita y todos procedieron a las labores de limpieza. A Bo no se le escapó el detalle de que Morgan y su equipo se habían reunido a la sombra de un árbol y que mantenían una conversación que parecía muy seria.

Ella estaba charlando con Theresa y con Daina, y no iba a interrumpirles. Seguramente se trataba de un asunto confidencial del equipo OG. Y ella no quería acercarse a Axel. Pero, demonios, solo llevaba casada un par de horas y, si iba a marcharse esa misma noche, quería saberlo. Lo había aceptado para lo bueno y para lo malo, y estaba preparada para separarse de él durante largos periodos de tiempo. Pero esperaba que no fuera esa misma noche, y necesitaba saberlo cuanto antes.

Se acercó con toda la autoridad que le permitía el vestido de novia y abordó al grupo.

—¿Ha surgido algo? ¿Tienes que marcharte? —preguntó con voz resuelta, dispuesta a ayudarlo a hacer la maleta si la dejaba ayudarlo.

Morgan la contempló sonriente mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

—No, no pasa nada especial. Estaba presentando mi renuncia al equipo OG.

—¿Qué? —ella lo miró boquiabierta.

—Es por tu culpa —intervino Axel con su habitual tono agrio.

—¡Loretta! —gritó Bo hacia su amiga, que charlaba con unos amigos, junto a su marido, Charlie.

Loretta levantó la vista, se excusó y se dirigió resuelta hacia Bo y el grupo.

Axel palideció y empezó a recular.

—Bo no me ha pedido que renuncie —espetó Morgan—, no ha dicho ni una palabra. La decisión ha sido mía. Aún no soy viejo para esto, pero solo podré seguir en óptima forma unos cuantos años más. Por eso prefiero dar el paso ahora. Quiero quedarme aquí, formar una familia...

—¿Una familia? —preguntó Bo con voz chillona, tan evidentemente sorprendida que todos los chicos rieron. Bueno, todos excepto Axel.

—Con tu permiso —Morgan sonrió y la abrazó con más fuerza—. Renuncio.

—¡Maldita sea! —exclamó Axel frustrado—. Sabía que no debería haberte permitido venir aquí.

—Fuiste tú el que le envió aquí, gilipollas —rugió Bo.

Y así, sin más, ambos se encontraron cara a cara, con Morgan sujetando a su esposa porque aún no estaba recuperada para otra pelea. Por el rabillo del ojo vio a Loretta acelerar el paso.

—Tranquilízate, Mac —le advirtió a su jefe—, o te van a machacar.

Axel aceptó la sabiduría de las palabras de Morgan y reculó. Incluso puso las manos a la espalda. Loretta aflojó el paso, pero no apartó la mirada de él, como si fuera un misil teledirigido.

—Eres uno de mis mejores jefes de equipo. Demonios, el mejor —Axel parecía a punto de sufrir una rabieta, aunque se estaba conteniendo.

—Asúmelo —le aconsejó Kodak con una sonrisa. Adoraba ese tipo de escenas—. Ascíéndenos a uno de nosotros y aguántate. Y contrata a Morgan como consultor para que no lo perdamos del todo.

Axel pareció reflexionar sobre ello. Loretta los alcanzó y miró a Axel desde arriba, desde los casi dos metros que le proporcionaba su estatura y los altísimos tacones que llevaba.

—¿Está causando problemas el enano? —preguntó.

Era impresionante cómo una mujer con un vestido verde estampado de florecillas blancas, maquillaje, joyas y tacones, podía resultar tan intimidante, pero Loretta lo consiguió. Lo había elevado a categoría de arte. También le ayudaba el hecho de que Morgan les hubiera relatado a sus compañeros la escena con Warren Gooding, de modo que todos conocían su fama y sabían que no solía hacer prisioneros.

Bo fue la única que soltó una carcajada. Los hombres procuraron disimular las suyas. Axel parecía tan iracundo como aterrorizado. No era ningún enano, quizás de mediana estatura, incluso un poco más, pero Loretta desde luego lo hacía parecer muy pequeño.

—Lo está intentando —Bo no estaba dispuesta a permitir que Axel se fuera de rositas.

Loretta se limitó a esperar, la mirada fija en Axel, que se revolvió nervioso. Se sonrojó. Se pasó un dedo por el cuello de la camisa. Bo veía claramente que se moría por protagonizar una de sus típicas escenas, pero en el fondo temía la reacción de Loretta. No la conocía y, además, estaba en su territorio. Si ella lo noqueaba, todo el mundo, incluso su propio equipo, juraría que había tropezado con una raíz.

—¿Aceptarías el puesto de consultor? —por fin se volvió hacia Morgan.

—Se puede negociar —contestó él.

Bo sabía que sería la solución perfecta. Y sabía que Morgan no iba a permitir que Axel llevara las riendas de la negociación.

—De acuerdo —Axel parecía visiblemente aliviado—. Ve a verme el lunes. Eh, a no ser que te vayas de luna de miel o algo así —desvió la mirada hacia Bo. Una mirada que reflejaba la incredulidad que seguía sintiendo al ver que Morgan se había casado con ella.

—Aún no habrá luna de miel —intervino Bo—. Vamos a esperar al momento en que más te fastidie —a su lado, Tricks soltó un ladrido de aprobación.

Perfecto.

Morgan pasó el arco de seguridad de los juzgados y entró en la sala donde Kyle Gooding estaba siendo juzgado. El proceso había llevado mucho tiempo, pero Kyle había permanecido todo el tiempo encarcelado.

Lo que supuso era el grueso de la familia Gooding estaba allí. El fiscal del distrito estaba allí, el abogado de los Gooding, y un par de periodistas junto con algunos curiosos. Morgan se sentó en un lugar apartado del resto, tan aislado como le fue posible. Quería que Kyle lo viera bien.

Hicieron entrar a Kyle. Se había cortado el pelo y llevaba un buen traje, como si esperara salir a la calle, libre, en lugar de regresar a la celda. Un murmullo de anticipación surgió de su familia. Él los miró y les dedicó una sonrisa de gallito. En ese momento, Morgan estuvo seguro de que la intención de Kyle era romper el acuerdo.

Permaneció muy quieto, la mirada fija en Kyle. Después de un minuto, Kyle se sintió observado, a pesar de lo insensible que era a todo lo que no fuera él mismo. Se volvió y miró más allá del grupo de su familia y paseó la mirada por el resto de la sala.

Al ver a Morgan, abrió los ojos desmesuradamente. Tragó nerviosamente mientras Morgan seguía mirándolo, sin pestañear, permitiendo que su mirada reflejara cada gota de rencor que sentía arder en su interior. Ese hijo de perra había intentado destruir a la mujer que amaba, y de ninguna manera iba a permitir que se librara. Quizás no hiciera nada ese mismo día, pero la venganza se produciría, y pronto. El tiempo y las circunstancias las elegiría él mismo, y él sí se saldría con la suya.

Bajo el peso de su mirada, Kyle palideció y se giró bruscamente.

Se leyeron los cargos y el juez preguntó cómo se declaraba.

Kyle contestó con voz temblorosa y tensa.

—Culpable.

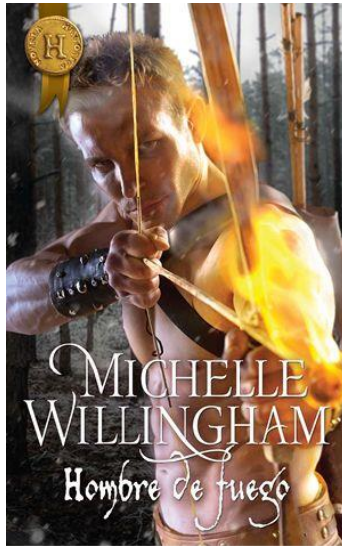
Su familia estalló en una sorda exclamación porque no se lo esperaban. El abogado lo miró como si se hubiera vuelto loco. El juez empezó a golpear con la maza, pidiendo silencio a gritos. Morgan permanecía inmóvil, simplemente observando cómo el jaleo se calmaba y la vista concluía. Mientras Kyle abandonaba la sala de juicios, esposado, se volvió hacia Morgan.

Morgan no se movió, no pestañeó, no interrumpió el contacto visual.

Cuando la puerta se hubo cerrado, se levantó tranquilamente y regresó a la furgoneta, que había recuperado de su casa el fin de semana después de la boda, ocho días atrás. También habían llevado el *Shark* de la marina a la casa de Bo.

Mientras abandonaba el juzgado, Morgan contempló el cielo azul y pensó que sería un buen día para ir de pesca.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)